

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

**Departamento de Personalidad, Evaluación y Tratamiento Psicológico
I (Personalidad, Evaluación y Psicología Clínica)**



**CONDUCTA ANTISOCIAL EN ADOLESCENTES:
FACTORES DE RIESGO Y DE PROTECCIÓN.**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR**

M^a Elena de la Peña Fernández

Bajo la dirección del doctor

José Luis Graña Gómez

Madrid, 2010

ISBN: 978-84-693-9496-0

© M^a Elena de la Peña Fernández, 2005

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Departamento de Personalidad, Evaluación
y Tratamientos Psicológicos I



**CONDUCTA ANTISOCIAL EN ADOLESCENTES:
FACTORES DE RIESGO Y DE PROTECCIÓN**

TESIS DOCTORAL

M^a Elena de la Peña Fernández

2005

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Departamento de Personalidad, Evaluación
y Tratamientos Psicológicos I



**CONDUCTA ANTISOCIAL EN ADOLESCENTES:
FACTORES DE RIESGO Y DE PROTECCIÓN**

TESIS DOCTORAL

M^a Elena de la Peña Fernández

Director de Tesis:

Prof. Dr. D. José Luis Graña Gómez

*A quienes me dieron la vida:
mis padres*

*A los niños que alegran mi vida:
Javier, Marta, Luis y David*

*A quienes comparten conmigo la vida:
mi familia y amigos*

Al amor de mi vida

AGRADECIMIENTOS

Al Prof. *Dr. José Luis Graña Gómez*, director de la presente tesis doctoral, por su continua paciencia, esfuerzo y dedicación; por todos los proyectos que hemos vivido juntos estos últimos años, por su ayuda desinteresada y porque sólo a él le debo mucho más de lo que aquí pueda expresar.

Al Prof. Dr. Francisco Javier Labrador Encinas, por su inestimable e incondicional apoyo, así como por su entera disponibilidad y cercanía a la hora de asesorarme profesionalmente.

A la Dra. Cristina Larroy, Directora del Departamento de Psicología Clínica, así como al resto del profesorado, porque todos ellos han colaborado directa o indirectamente en mi desarrollo académico y personal.

Al Dr. José Manuel Andreu Rodríguez, la persona que siempre ha estado a mi lado desde mis comienzos en el largo camino universitario. A mi fiel compañero de carrera, gracias por todos los momentos vividos. Gracias también por tu ayuda y tiempo dedicado a la realización de esta tesis doctoral.

A la Dra. Marina Julia Muñoz-Rivas, por su disponibilidad, consejos e inestimable apoyo en la materialización de este trabajo.

A Macarena Díaz Bugmann, por que su apoyo incondicional, su compañía y sus consejos han posibilitado que siguiera hacia delante. Por ser la persona que diariamente me ha levantado el ánimo. A ella mi más sincera amistad.

A Pedro Miguel Moya, por su ayuda y comprensión, por ser la persona que ha conseguido pintar mi vida de colores.

A todos los adolescentes que participaron voluntariamente en la investigación, ya que ellos son los máximos responsables de que ésta se haya podido realizar.

Al CES San Pablo CEU, por haberme integrado en el cuerpo docente de la División de Psicología, permitiéndome que desarrollara cada vez más mi gran pasión por la docencia. A todos mis alumnos, gracias por las muestras de cariño que he recibido en todos estos años.

Finalmente, agradecer especialmente a la Comisión de becas pre-doctorales de la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid, por otorgarme en Octubre de 1998, una Beca de Investigación Pre-doctoral.

A todos ellos, por haber hecho posible que pudiera continuar mi desarrollo académico y profesional.

ÍNDICE

Presentación	10
--------------------	----

Primera Parte **Fundamentos teóricos**

CAPÍTULO 1. APROXIMACIÓN CONCEPTUAL DE LA CONDUCTA ANTISOCIAL	13
---	----

1.1. Introducción	13
1.2. Aproximaciones a la conceptualización de la conducta antisocial	16
1.2.1. Aproximación sociológica	17
1.2.2. Aproximación legal y/o forense	18
1.2.3. Aproximación clínico-psicopatológica	21
1.2.4. Aproximación conductual	22
1.3. Otros conceptos asociados a la conducta antisocial: agresión-violencia	23
1.3.1. Agresión y agresividad	23
1.3.1.1. Agresión instrumental y agresión emocional u hostil	26
1.3.1.2. Agresión física y agresión verbal	27
1.3.1.3. Agresión directa y agresión indirecta	28
1.3.2. Agresión y violencia	29
1.3.3. Agresión y conducta antisocial	32
1.4. Integración conceptual de la conducta antisocial	34

CAPÍTULO 2. MODELOS Y TEORÍAS EXPLICATIVAS DE LA CONDUCTA ANTISOCIAL	39
--	----

2.1. Introducción	39
2.2. Del enfoque psicobiológico al psicobiosocial	40
2.2.1. Teorías evolucionistas	40
2.2.2. Teoría tridimensional de personalidad de Cloninger	42
2.2.3. Teoría de la personalidad delictiva de Eysenck	43
2.2.4. Teoría de las personalidades antisociales de Lykken	45
2.2.5. Teoría de la Taxonomía de Moffitt	45
2.3. Del enfoque sociológico al psicosocial	46
2.3.1. Teoría ecológicas	47
2.3.2. Teoría de la anomia	48
2.3.3. Teoría de la asociación diferencial	49
2.3.4. Teoría de las subculturas	50
2.3.5. Teoría de la desigualdad de oportunidades	50
2.3.6. Teoría de las técnicas de neutralización	51
2.3.7. Teoría del control o arraigo social	52

2.3.8. Teoría del aprendizaje social de Bandura.....	53
2.3.9. Teoría de la anticipación diferencial	53
2.3.10. Teoría integradora de Schneider.....	54
2.3.11. El modelo integrador de Elliot	55
2.3.12. Teoría de la desventaja acumulativa de Sampson y Laub	55
2.3.13. El modelo de coerción de Patterson	56
2.3.14. Teoría del equilibrio de control de Tittle.....	57
2.3.15. El modelo de desarrollo social de Catalano y Hawkins	58
2.3.16. Teoría de la tensión o de la frustración	59
2.3.17. Teoría del autorrechazo de Kaplan	60
2.3.18. Teoría del autocontrol de Gottfredson y Hirschi.....	62
2.3.19. Teoría de la acción razonada de Fishbein y Azjen	63
2.3.20. Teoría del desarrollo moral y cognitivo	63
2.3.21. Modelo integrador de Farrington	64
2.3.22. Teoría interaccional de Thornberry	65
2.3.23. Teoría de la conducta problema de Jessor y Jessor	67
2.4. A modo de conclusión.....	69

CAPÍTULO 3. FACTORES DE RIESGO Y DE PROTECCIÓN DE LA CONDUCTA ANTISOCIAL.....72

3.1. Introducción	72
3.2. Clasificación de los factores de riesgo	74
3.2.1. Factores ambientales y/o contextuales	74
3.2.1.1. Los medios de comunicación de masas.....	74
3.2.1.2. Diferencias entre zonas, comunidad y barrios.....	76
3.2.1.3. El desempleo	78
3.2.1.4. La pobreza y/o situación social desfavorecida	79
3.2.1.5. Las variaciones étnicas	81
3.2.2. Factores individuales.....	85
3.2.2.1. Mediadores biológicos y factores genéticos.....	85
3.2.2.1.1. Hormonas, neurotransmisores y toxinas	86
3.2.2.1.2. Sistema nervioso autónomo y estudios neurofisiológicos	90
3.2.2.1.3. Embarazo y complicaciones en el parto	90
3.2.2.1.4. Anomalías cromosómicas	91
3.2.2.1.5. La transmisión familiar	92
3.2.2.2. Factores biológico-evolutivos	96
3.2.2.2.1. Diferencias sexuales	96
3.2.2.2.2. Diferencias por edad	98
3.2.2.3. Factores psicológicos	101
3.2.2.3.1. Hiperactividad y déficit de atención y concentración	101
3.2.2.3.2. Trastornos emocionales: ansiedad y depresión	103
3.2.2.3.3. Asociación con trastornos mentales graves.....	104
3.2.2.3.4. Iniciación temprana en la delincuencia, conductas violentas y otras conductas antisociales	108
3.2.2.3.5. Variables de personalidad: impulsividad, búsqueda de sensaciones, empatía, autoestima y agresividad.....	109
3.2.2.3.6. Inteligencia.....	116
3.2.2.3.7. Actitudes y creencias normativas	117
3.2.2.3.8. Recursos personales y valores ético-morales	119

3.2.3. Factores de socialización.....	126
3.2.3.1. Factores familiares	126
3.2.3.1.1. Criminalidad de los padres.....	126
3.2.3.1.2. Maltrato infantil.....	127
3.2.3.1.3. Prácticas educativas inadecuadas.....	129
3.2.3.1.4. Relaciones afectivas e interacción entre padres e hijos.....	131
3.2.3.1.5. Vinculación o apego familiar	132
3.2.3.1.6. Conflictos maritales	133
3.2.3.1.7. Actitudes parentales favorables hacia la violencia.....	134
3.2.3.1.8. Eventos familiares estresantes.....	134
3.2.3.1.9. Separación de los padres y de las relaciones paterno-filiales.....	135
3.2.3.1.10. Padres adolescentes.....	136
3.2.3.1.11. El tamaño de la familia.....	137
3.2.3.2. Factores escolares.....	142
3.2.3.2.1. Fracaso académico	142
3.2.3.2.2. Apego o vinculación escolar	143
3.2.3.2.3. Absentismo y abandono escolar.....	144
3.2.3.2.4. Delincuencia y vandalismo en la escuela.....	144
3.2.3.2.5. Traslados de colegio.....	145
3.2.3.2.6. Aspiraciones o preferencias ocupacionales.....	146
3.2.3.3. Relación con el grupo de iguales.....	147
3.2.3.3.1. Hermanos delincuentes	147
3.2.3.3.2. Compañeros o amigos delincuentes	148
3.2.3.3.3. Pertenencia a bandas	150

Segunda Parte

Investigación Empírica

CAPÍTULO 4. METODOLOGÍA DE INVESTIGACIÓN	154
4.1. Planteamiento general	154
4.2. Muestra.....	156
4.2.1. Selección de los centros escolares.....	156
4.2.2. Selección de la muestra	156
4.2.3. Características sociodemográficas de la muestra	157
4.2.4. Elaboración del instrumento de evaluación.....	161
4.2.5. Procedimiento.....	165
CAPÍTULO 5. ANÁLISIS DESCRIPTIVO DE LA CONDUCTA ANTISOCIAL EN FUNCIÓN DE DIFERENTES PARÁMETROS	167
5.1. Introducción	167
5.2. Objetivos	168
5.3. Hipótesis	168
5.4. Muestra.....	169
5.5. Análisis de datos.....	169
5.6. Resultados	170
5.6.1. Análisis de la prevalencia de los comportamientos graves y/o violentos, en función de la edad y el sexo de los adolescentes.....	170
5.6.2. Análisis de la prevalencia de consumo de las diferentes sustancias en función de la edad y el sexo de los adolescentes	177
5.6.3. Análisis descriptivo del consumo de sustancias y las conductas agresivas situacionales en función del nivel de conducta antisocial de los adolescentes.....	181
5.7. Resumen de resultados	185
CAPÍTULO 6. VALOR PREDICTIVO DE LOS FACTORES PSICOSOCIALES ASOCIADOS A LA CONDUCTA ANTISOCIAL.....	190
6.1. Introducción	190
6.2. Objetivos	191
6.3. Hipótesis.....	191
6.4. Método	193
6.4.1. Muestra.....	193
6.4.2. Diseño	194
6.4.3. Instrumentos.....	194
6.4.4. Variables	194
6.4.5. Análisis de datos.....	198
6.5. Resultados	198

6.5.1. Análisis factorial de las sustancias de consumo	199
6.5.2. Predicción de la conducta antisocial	200
6.5.2.1. Análisis de las correlaciones entre las variables de estudio	200
6.5.2.2. Análisis de regresión: predicción de la conducta antisocial	203
6.5.2.2.1. Análisis de regresión de los grupos de variables predictivas	204
6.5.2.2.2. Análisis de regresión de las variables predictivas en función del grupo de edad: 14-15 y 16-17 años.	207
6.5.3. Resumen de los resultados obtenidos	216
 CAPÍTULO 7. MODELOS EXPLICATIVOS DE LA CONDUCTA ANTISOCIAL Y CONSUMO DE SUSTANCIAS EN ADOLESCENTES	220
7.1. Introducción	220
7.2. Objetivos	221
7.3. Hipótesis	221
7.4. Método	221
7.4.1. Muestra	221
7.4.2. Diseño	222
7.4.3. Instrumentos	222
7.4.4. Análisis de datos	222
7.5. Resultados	222
7.6. Resumen de los resultados obtenidos	237
 CAPÍTULO 8. DISCUSIÓN GENERAL Y CONCLUSIONES	239
8.1. Análisis descriptivo de la conducta antisocial en los adolescentes	239
8.2. Factores de riesgo y de protección de la conducta antisocial	243
8.3. Modelos explicativos de la conducta antisocial y el consumo de sustancias en adolescentes	248
8.4. Conclusiones generales	251
 CAPÍTULO 9. IMPLICACIONES PARA LA PREVENCIÓN Y FUTURAS LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN	253
 REFERENCIAS	256
 ANEXO I	296

PRESENTACIÓN

Es bien sabido por todos que la denominada “conducta antisocial” constituye, desafortunadamente, un tema de relevancia social indiscutible en la actualidad, no sólo por las graves consecuencias que a nivel social, familiar, escolar o jurídicamente conlleva, sino también, por los efectos tan devastadores que acarrea al propio adolescente. La creciente implicación de los jóvenes en este tipo de conductas, junto con los costes personales, sociales y económicos que conllevan, han suscitado el consenso sobre la necesidad de buscar solución a estos problemas. Así, diferentes profesionales de la salud y de la educación, entidades oficiales y políticas entienden que el potencial más prometedor para resolver este problema reside en el desarrollo de programas de prevención.

Son muchos los problemas que hoy por hoy rodean la investigación y prevención de la conducta antisocial. Quizás, en parte, por los múltiples profesionales y enfoques teóricos interesados en su estudio, lo que, sin duda, dificulta sobremanera la elaboración de un modelo teórico que permita su explicación comprensiva. Si bien, tal y como han mostrado las múltiples investigaciones al respecto, su análisis debe ser llevado a cabo con el mayor encomio y dedicación por cuanto que sus resultados nos deberían guiar, cuanto menos, a distinguir diferentes adolescentes en mayor o menor riesgo de conducta antisocial y, consecuentemente, poder diseñar específicamente las diferentes líneas de prevención e intervención para cada uno de estos sub-grupos.

Teniendo presente la ambigüedad conceptual del constructo “conducta antisocial” y sus complejas manifestaciones conductuales a lo largo de la infancia y la adolescencia, especialmente, con aquellas conductas agresivas, violentas y que infringen las normas sociales, además de sus relaciones determinantes con el consumo de sustancias, la presente investigación doctoral se ha centrado en los siguientes objetivos:

- a) Describir las distintas manifestaciones de la conducta antisocial (comportamientos antisociales graves y/o violentos, conductas agresivas y consumo de sustancias) en función tanto de la edad como del sexo de los adolescentes.
- b) Comparar los diferentes patrones de consumo de sustancias y prevalencias de conductas agresivas en función del nivel de conducta antisocial mostrada por los adolescentes.
- c) Determinar la forma en la que se asocian las diferentes sustancias de comercio legal e ilegal en los adolescentes (tabaco, alcohol, cannabis, fármacos antiirreumáticos y tranquilizantes, derivados morfínicos, estimulantes, cocaína, heroína, inhalantes y drogas de síntesis).

d) Determinar la capacidad predictiva de los factores bioevolutivos, escolares, familiares, del grupo de iguales y de personalidad, en el intento de establecer un perfil específico o un conjunto de factores especialmente asociados a un mayor riesgo de manifestación de comportamientos antisociales en los adolescentes.

e) Presentar distintos modelos de riesgo y protección en función de su valor predictivo, que sirvan como base para la posterior construcción y diseño de distintos modelos explicativos de la conducta antisocial en los adolescentes.

f) Contrastar la validez de diferentes modelos explicativos en relación con los diversos factores de riesgo asociados a la conducta antisocial y el consumo de sustancias, que ayuden, por una parte, a la explicación de la conducta antisocial en adolescentes, y, por otra, que contribuyan a diseñar programas de intervención y prevención.

g) Aclarar, finalmente, las complejas relaciones existentes entre la conducta antisocial y el consumo de sustancias de comercio legal e ilegal en los adolescentes, evidenciando que ambas conductas y, posiblemente, también otras conductas desviadas, puedan ser interpretadas como manifestaciones asociadas a un mismo *síndrome de conducta problemática* subyacente a una serie de factores de riesgo social.

Primera Parte

Fundamentos Teóricos

ANÁLISIS CONCEPTUAL DE LA CONDUCTA ANTISOCIAL

1.1. Introducción

La *conducta antisocial* es un problema que presenta serias consecuencias entre los niños y adolescentes. Los menores que manifiestan conductas antisociales se caracterizan, en general, por presentar conductas agresivas repetitivas, robos, provocación de incendios, vandalismo, y, en general, un quebrantamiento serio de las normas en el hogar y la escuela. Esos actos constituyen con frecuencia problemas de referencia para el tratamiento psicológico, jurídico y psiquiátrico. Aparte de las serias consecuencias inmediatas de las conductas antisociales, tanto para los propios agresores como para las otras personas con quienes interactúan, los resultados a largo plazo, a menudo, también son desoladores. Cuando los niños se convierten en adolescentes y adultos, sus problemas suelen continuar en forma de conducta criminal, alcoholismo, afectación psiquiátrica grave, dificultades de adaptación manifiestas en el trabajo y la familia y problemas interpersonales (Kazdin, 1988).

La *conducta antisocial* hace referencia básicamente a una diversidad de actos que violan las normas sociales y los derechos de los demás. No obstante, el término de *conducta antisocial* es bastante ambiguo, y, en no pocas ocasiones, se emplea haciendo referencia a un amplio conjunto de conductas claramente sin delimitar. El que una conducta se catalogue como antisocial, puede depender de juicios acerca de la severidad de los actos y de su alejamiento de las pautas normativas, en función de la edad del niño, el sexo, la clase social y otras consideraciones. No obstante, el punto de referencia para la conducta antisocial, siempre es el contexto sociocultural en que surge tal conducta; no habiendo criterios objetivos para determinar qué es antisocial y que estén libres de juicios subjetivos acerca de lo que es socialmente apropiado (Kazdin y Buela-Casal, 2002).

Estas conductas que infringen las normas sociales y de convivencia reflejan un grado de severidad que es tanto cuantitativa como cualitativamente diferente del tipo de conductas que aparecen en la vida cotidiana durante la infancia y adolescencia. Las conductas antisociales incluyen así una amplia gama de actividades tales como acciones agresivas, hurtos, vandalismo, piromanía, mentira, absentismo escolar y huidas de casa, entre otras. Aunque estas conductas son diferentes, suelen estar asociadas, pudiendo darse, por tanto, de forma conjunta. Eso sí, todas conllevan de base el infringir reglas y expectativas sociales y son conductas contra el entorno, incluyendo propiedades y personas (Kazdin y Buela-Casal, 2002).

Desde una aproximación psicológica, se puede afirmar que las actividades o conductas anteriormente citadas, que se engloban dentro del término *conducta antisocial* se podrían entender como un continuo, que iría desde las menos graves, o también llamadas *conductas problemáticas*, a las de mayor gravedad, llegando incluso al homicidio y el asesinato. Loeber (1990), en este sentido, advierte que el término conducta antisocial se reservaría para aquellos actos más graves, tales como robos deliberados, vandalismo y agresión física. Lo cierto es que aunque toda esta serie de conductas son diferentes, se consideran juntas, ya que suelen aparecer asociadas, a la vez que se muestran de formas diferentes según la edad de inicio en el niño y/o adolescente.

Uno de los principales problemas que surgen a la hora de abordar el estudio de la conducta antisocial desde cualquier aproximación, es sin lugar a dudas el de su propia conceptualización. Esta dificultad podría estar relacionada, entre otros factores, con el distinto enfoque teórico del que parten los autores en sus investigaciones a la hora de definir conceptos tan multidimensionales como los de delincuencia, crimen, conducta antisocial o trastornos de conducta (Otero, 1997).

Es evidente que la existencia de distintas interpretaciones que surgen desde los diferentes campos de estudio (sociológico, jurídico, psiquiátrico o psicológico), y que tratan de explicar la naturaleza y el significado de la conducta antisocial, generan orientaciones diversas y se acaban radicalizando en definiciones sociales, legales o clínicas (Otero, 1997).

No obstante, se ha de tener presente que a lo largo de la historia de las diferentes disciplinas científicas que han estudiado la conducta antisocial, se han venido aplicando numerosos términos para referirse a este tipo de conductas que transgreden claramente las normas, tales como delincuencia, criminalidad, conductas desviadas, conductas problemáticas, trastornos o problemas de conducta. A pesar de que las conductas a las que se refieren son las mismas, existen ciertas diferencias que son necesarias resaltar.

Para Loeber (1990), la llamada *conducta problemática* haría más bien referencia a pautas persistentes de conducta emocional negativa en niños, tales como un temperamento difícil, conductas oposicionistas o rabietas. Pero no hay que olvidar que muchas de estas conductas antisociales surgen de alguna manera durante el curso del desarrollo normal, siendo algo relativamente común y que, a su vez, van disminuyendo cuando el niño/a va madurando, variando en función de su edad y sexo. Típicamente, las conductas problemáticas persistentes en niños pueden provocar síntomas como impaciencia, enfado, o incluso respuestas de evitación en sus cuidadores o compañeros y amigos. Esta situación puede dar lugar a *problemas de conducta*, que refleja el término paralelo al diagnóstico psiquiátrico de “trastorno de conducta” y cuya sintomatología esencial consiste en un patrón persistente de conducta en el que se violan los derechos básicos de los demás y las normas sociales apropiadas a la edad (APA, 2002).

Dicha nomenclatura nosológica se utiliza comúnmente para hacer referencia a los casos en que los niños o adolescentes manifiestan un patrón de conducta antisocial, pero debe suponer además un deterioro significativo en el funcionamiento diario, tanto en casa como en la escuela, o bien cuando las conductas son consideradas incontrolables por los familiares o amigos, caracterizándose éstas por la frecuencia, gravedad, cronicidad, repetición y diversidad. De esta forma, el trastorno de conducta quedaría reservado para aquellas conductas antisociales clínicamente significativas y que sobrepasan el ámbito del normal funcionamiento (Kazdin y Buela-Casal, 2002).

Las características de la conducta antisocial (frecuencia, intensidad, gravedad, duración, significado, topografía y cronificación), que pueden llegar a requerir atención clínica, entroncan directamente con el mundo del derecho y la justicia. Y es aquí donde entran en juego los diferentes términos sociojurídicos de delincuencia, delito y/o criminalidad.

La *delincuencia* implica como fenómeno social una designación legal basada normalmente en el contacto oficial con la justicia. Hay, no obstante, conductas específicas que se pueden denominar *delictivas*. Éstas incluyen delitos que son penales si los comete un adulto (robo, homicidio), además de una variedad de conductas que son ilegales por la edad de los jóvenes, tales como el consumo de alcohol, conducción de automóviles y otras conductas que no serían delitos si los jóvenes fueran adultos. En España, esta distinción es precisamente competencia de los Juzgados de Menores (antes Tribunales Tutelares de Menores), que tienen la función de conocer las acciones u omisiones de los menores que no hayan cumplido los 18 años (antes 16 años) y que el Código Penal u otras leyes codifiquen como delitos o faltas, ejerciendo una función correctora cuando sea necesario, si bien la facultad reformadora no tendría carácter represivo, sino educativo y tutelar (Lázaro, 2001).

Los trastornos de conducta y la delincuencia coinciden parcialmente en distintos aspectos, pero no son en absoluto lo mismo. Como se ha mencionado con anterioridad, *trastorno de conducta* hace referencia a una conducta antisocial clínicamente grave en la que el funcionamiento diario del individuo está alterado. Pueden realizar o no conductas definidas como delictivas o tener o no contacto con la policía o la justicia. Así, los jóvenes con trastorno de conducta no tienen porqué ser considerados como delincuentes, ni a estos últimos que han sido juzgados en los tribunales se les debe considerar como poseedores de trastornos de conducta. Puede haber jóvenes que hayan cometido alguna vez un delito pero no ser considerados por eso como “patológicos”, trastornados emocionalmente o con un mal funcionamiento en el contexto de su vida cotidiana. Aunque se puede establecer una distinción, muchas de las conductas de los jóvenes delincuentes y con trastorno de conducta, coinciden parcialmente, pero todas entran dentro de la categoría general de conducta antisocial.

Desde un punto de vista que resalta más lo sociológico de este fenómeno conductual, se habla comúnmente de *desviación* o *conductas desviadas*, definidas éstas como aquellas conductas, ideas o atributos que ofenden (disgustan, perturban) a los miembros de una sociedad, aunque no necesariamente a todos (Higgins y Buttler, 1982). Este término es un fenómeno subjetivamente problemático, es decir, un fenómeno complejo de creación social; de ahí que podamos decir que no hay ninguna conducta, idea o atributo inherentemente desviada y dicha relatividad variará su significado de un contexto a otro (Garrido, 1987; Goode, 1978).

Se podría conceptualizar la *conducta delictiva* dentro de este discurso como una forma de desviación; como un acto prohibido por las leyes penales de una sociedad. Es decir, tiene que existir una ley anterior a la comisión que prohíba dicha conducta y tiene que ser de carácter penal, que el responsable ha de ser sometido a la potestad de los Tribunales de Justicia. Pero de la misma forma que la desviación, el delito es igualmente relativo, tanto en tiempo como en espacio. Las leyes evolucionan, y lo que en el pasado era un delito, en la actualidad puede que no lo sea (consumo de drogas) o al contrario. El espacio geográfico limitaría igualmente la posibilidad de que una conducta pueda ser definida como delito o no (Garrido, 1987).

El *delincuente juvenil*, por tanto, es una construcción sociocultural, porque su definición y tratamiento legal responden a distintos factores en distintas naciones, reflejando una mezcla de conceptos psicológicos y legales. Técnicamente, un delincuente juvenil es aquella persona que no posee la mayoría de edad penal y que comete un hecho que está castigado por las leyes. La sociedad por este motivo no le impone un castigo, sino una medida de reforma, ya que le supone falta de capacidad de discernimiento ante los modos de actuar legales e ilegales. En España ha surgido actualmente una reforma de los antiguos Tribunales de Menores, así como de las leyes relativas a los delincuentes juveniles, la Ley Orgánica 5/2000 reguladora de la responsabilidad penal del menor. Tal reforma ha procurado conseguir una actuación judicial más acorde con los aspectos psicológicos del desarrollo madurativo del joven.

Los términos *delincuencia* y *crimen* aparecen en numerosos textos como sinónimos de conducta antisocial, sin embargo ambos términos implican una condena o su posibilidad, sin embargo, todos los estudios han demostrado que la mayoría de los delitos no tienen como consecuencia que aparezca alguien ante los tribunales y que muchas personas que cometen actos por los cuales podrían ser procesados nunca figuren en las estadísticas criminales. Además, los niños por debajo de la edad de responsabilidad penal participan en una conducta antisocial por la que no pueden ser procesados. Para entender los orígenes de la delincuencia es crucial, por tanto, que se considere la conducta antisocial que está fuera del ámbito de la ley y también los actos ilegales que no tienen como consecuencia un procedimiento legal, además de los que sí la tienen.

En este sentido, y para el propósito que guía la presente tesis doctoral, el término de *conducta antisocial* se empleará desde una aproximación conductual para poder así, hacer referencia fundamentalmente a cualquier tipo de conducta que conlleve el infringir las reglas o normas sociales y/o sea una acción contra los demás, independientemente de su gravedad o de las consecuencias que a nivel jurídico puedan acarrear. Consecuentemente, se prima el criterio social sobre el estrictamente jurídico. La intención no es otra que ampliar el campo de análisis de la simple violación de las normas jurídicas, a la violación de todas las normas que regulan la vida colectiva, comprendiendo las normas sociales y culturales.

Tal y como señala Vázquez (2003), la inclusión de un criterio no solamente jurídico en la definición de la conducta antisocial presentaría la ventaja de centrar la atención en factores sociales o exógenos, y en factores personales o endógenos; cambiando el enfoque de la intervención y abordando directamente el problema real. Así, la conducta antisocial quedaría englobada en un contexto de *riesgo social*, posibilitando una prevención e intervención temprana en el problema que entroncaría directamente con los intereses de las distintas disciplinas de la psicología interesadas en este problema.

1.2. Aproximaciones a la conceptualización de la conducta antisocial

La dificultad para delimitar con precisión el concepto de la conducta antisocial es uno de los temas más ampliamente reconocidos por los estudiosos de la criminología. Cualquier examen de la literatura especializada de las últimas décadas sobre inadaptación social nos revela que tal dificultad se ha convertido en uno de los principales objetivos, siendo ya tradicional en las publicaciones sobre delincuencia hacer referencia a la ardua la tarea de establecer con claridad sus criterios definitorios y precisar sus límites conceptuales (Kazdin y

Buela-Casal, 2002; Romero, Sobral y Luengo, 1999; Rutter, Giller y Hagell, 2000; Vázquez, 2003).

Uno de los factores que ha podido contribuir a esta problemática conceptual ha sido, sin duda alguna, la naturaleza multidisciplinar que ha caracterizado el estudio de las conductas antinormativas (Blackburn, 1993; Shoemaker, 1990). El pensamiento filosófico, el derecho, la sociología, la antropología, la economía, la biología, la medicina o la psicología, en otras disciplinas, han prestado esencial atención al hecho delictivo, lo que, desde su amplia heterogeneidad han conferido su propio significado a un dominio conceptual que, en sí, es ya complejo y multidimensional.

No obstante, la existencia de múltiples disciplinas ha contribuido, por otra parte, a enriquecer el estudio científico de los comportamientos antisociales y delictivos. Así, los esfuerzos que se han realizado desde las ciencias tradicionalmente consideradas “naturales” como desde las ciencias “sociales” sobre la conducta antisocial, han posibilitado el desarrollo de un gran cuerpo de conocimientos, innumerables vertientes teóricas y líneas de investigación sobre este campo de estudio. Sin embargo, la escasa coordinación con que se han efectuado tales esfuerzos, así como las rivalidades que han caracterizado a las diferentes disciplinas han dificultado ostensiblemente la unificación de criterios definitorios, alimentando la confusión conceptual y metodológica que hoy presenta el estudio de la conducta antisocial o delictiva (Jeffery, 1990; Romero et al., 1999; Stoff, Breiling y Maser, 1997; Vázquez, 2003).

1.2.1. Aproximación sociológica

Desde la sociología, el concepto de la conducta antisocial ha sido considerado tradicionalmente como parte integrante del concepto más general de *desviación* (Cohen, 1965; Pitch, 1980; Vázquez, 2003). Desde esta aproximación, la desviación se entendería como aquel tipo de conductas -o incluso, como señalan Higgins y Butler (1982) de ideas o atributos personales- que violan una norma social (Binder, 1988).

La “norma” vendría a denotar, a su vez, dos campos semánticos relacionados entre sí. Por una parte, la norma sería indicativo de lo frecuente, lo usual o lo estadísticamente “normal” (Johnson, 1983). En este sentido, las normas podrían conceptualizarse como criterios esencialmente descriptivos que definen una rango de comportamientos mayoritarios y “típicos” dentro de un determinado sistema sociocultural. Lo desviado, sería, a su vez, lo “raro”, lo “distinto”, aquello que se aparta del “termino medio” dentro de unas coordenadas sociales dadas. No obstante, como pone de manifiesto Pitch (1980), esta forma de conceptuar norma y desviación parece claramente insuficiente para dar cuenta de lo que las teorías sociológicas han entendido clásicamente por comportamiento desviado.

Por otra parte, la norma, además de describir lo “frecuente” presenta implícitamente un componente evaluativo y prescriptivo (Johnson, 1983). Así, la norma social define lo permisible, lo apropiado, lo “bueno”, conteniendo expectativas sobre cómo se debe pensar o actuar. La desviación social no constituiría únicamente lo “infrecuente”, sino que presentaría además connotaciones negativas, reprobables o sancionables para, al menos, parte de los miembros de una estructura social. Higgins y Butler (1982) expresan esta idea en su definición sobre desviación, frecuentemente citada en la literatura: “aquellas conductas, ideas

o atributos que ofenden (disgustan o perturban) a los miembros de una sociedad (aunque no necesariamente a todos)”.

De una u otra forma, además de una cierta carga de ambigüedad e imprecisión en los parámetros definitorios, una de las características más representativas del concepto de desviación es el relativismo sociocultural. De hecho, como han indicado los sociólogos del etiquetamiento (Becker, 1963), la desviación no es en modo alguno una cualidad intrínsecamente ligada a ningún tipo de acto, sino que una determinada conducta podrá categorizarse como “desviada” sólo con referencia a un contexto normativo, social y situacional definido.

Garrido (1987) y Goode (1978) señalan tres elementos que determinan la medida en que un acto puede ser entendido como una forma de desviación: a) la *audiencia*, esto es, los grupos de referencia que juzgarán y responderán ante la conducta en cuestión en función de las normas que regulan su funcionamiento interno: un mismo acto podrá constituir desviación para determinados sectores sociales y, sin embargo, presentar connotaciones incluso positivas para otros grupos normativos; b) la *situación*, el homicidio resulta punible habitualmente en la mayoría de las sociedades actuales y, sin embargo, determinadas situaciones (tiempos de guerra) pueden convertir a este acto en un hecho común e incluso deseable y en definitiva, no desviado; c) las propias características del *actor*. El grado de tolerancia social a ese apartarse de las normas dependerá fuertemente de las características del sujeto que incurre en el acto. La literatura ha puesto de relieve en más de una ocasión, por ejemplo, que el grado de respetabilidad del actor influirá en la severidad con que se evalúen y sancionen los comportamientos potencialmente desviados (Berger, 1990).

En definitiva, el concepto de *desviación* es el que permite comprender el comportamiento antisocial desde la sociología. Y como tal comportamiento desviado, es contextualizado siempre en su entorno sicionormativo, estando siempre sujeto a un amplio margen de relatividad. De hecho, como han destacado las teorías sociológicas subculturales (Miller, 1958; Wolfgang y Ferracuti, 1967), se considera que las conductas antisociales podrían ser desviadas desde el punto de vista de la sociedad mayoritariamente, y, sin embargo, no ser inaceptables ni *desviadas* desde la perspectiva de algunos de los subsistemas socioculturales que la integran.

1.2.2. Aproximación legal y/o forense

La perspectiva sociológica ha servido de guía a importantes líneas de estudio e investigación sobre la delincuencia, pero han sido las orientaciones conceptuales legales y/o jurídicas las que han suscitado una fuerte y, a su vez, enriquecedora controversia en este campo de estudio.

Desde una perspectiva legal, inspirada en los fundamentos de las ciencias jurídicas, los conceptos de “crimen” “delito” y “delincuente” son los protagonistas por excelencia en el discurso criminológico. El delito se concibe, bajo esta aproximación, como aquel acto que viola la ley penal de una sociedad; siendo el delincuente, aquella persona que el sistema de justicia ha procesado y culpado por la comisión de un delito.

El relativismo histórico-cultural emerge también en este tipo de aproximaciones, como rasgo estrechamente ligado a la definición de lo delictivo. Las leyes, como normas

institucionalizadas que protegen determinados “bienes jurídicos”, se ven sujetas a múltiples variaciones en el tiempo y en el espacio en función de los valores e ideologías imperantes en las distintas sociedades.

La relatividad que caracteriza a los ordenamientos legales da lugar también a que el delito se convierta en una realidad cambiante y multiforme (Clemente, 1995; García Arás, 1987). Lejos de constituir una categoría “natural” y prefijada de comportamientos, lo delictivo responde a complejos procesos de producción sociopolítica y se convierte en un fenómeno cuyo contenido se puede especificar sólo en función de los ejes espaciales y temporales en los que se inscribe. La conducta que es delito en una sociedad puede no serlo en otra. Lo que fue delito en un momento histórico puede despenalizarse en otro punto del tiempo; y viceversa, diversas circunstancias pueden dar lugar a que sean proscritos actos en otros tiempos permisibles. Es más, la problemática conceptual de la delincuencia legalmente definida se agudiza en cuanto introducimos otro concepto central en las aproximaciones fundamentadas en lo sociojurídico: la *delincuencia juvenil*.

La expresión “delincuencia juvenil” designa comúnmente a aquellas personas que cometen un hecho prohibido por la leyes y que cuentan con una edad inferior a la que la ley de un país establece como de “responsabilidad penal” (Garrido, 1987). La minoría de edad penal conlleva que el individuo no pueda ser sometido a las mismas acciones judiciales que un adulto; por lo que el menor estará sujeto, por tanto, a la acción de los Juzgados de Menores, quienes no podrán imponer condenas, aunque sí aplicar medidas teóricamente destinadas a su rehabilitación y reforma.

No obstante, esta idea de que los jóvenes y los adultos deben recibir un tratamiento diferencial por parte de la ley no siempre ha estado presente en el funcionamiento de los sistemas de control oficial. De hecho, no fue hasta finales del siglo pasado cuando dentro de la doctrina legal se comenzó a sentir de un modo generalizado la necesidad de tener en cuenta las características específicas del joven (falta de madurez, responsabilidad y/o experiencia) a la hora de valorar su comportamiento antinormativo y a la hora de administrar las medidas correctoras oportunas (Empey, 1978).

La figura del delincuente “juvenil”, que surge de la necesidad de establecer diferentes líneas de actuación judicial para adultos y jóvenes, fue ocupando así a lo largo del tiempo un lugar de gran relevancia no sólo dentro de la dinámica interna del funcionamiento de los sistemas de justicia, sino que fue adquiriendo también un peso especial dentro del análisis de los comportamientos inadaptados.

En este contexto, la noción de delincuencia juvenil se ha convertido en un constructo de difícil delimitación conceptual. Incluso el relativismo que impregna el concepto legal de delincuencia se ve acentuado cuando le añadimos el calificativo de “juvenil”. En primer lugar, porque los límites de edad que establecen la mayoría de edad penal y que establecen quién es el delincuente juvenil, son diferentes en distintos puntos del espacio sociocultural y del discurrir histórico; mientras que en determinadas sociedades el límite se sitúa en los 15 años, en otras jurisdicciones se sitúa en los 16, 17, 18, o incluso los 20 años de edad (Otero, 1997; Rutter et al., 2000; Trojanowicz y Morash, 1992).

En segundo lugar, porque el conjunto de actos que constituyen la delincuencia juvenil presenta una gran disparidad intercultural en función de que una determinada sociedad se

adscriba a lo que se ha denominado perspectiva “restringida” o perspectiva “amplia” (Garrido, 1987). En múltiples países a los jóvenes se les prohíbe a nivel legal sólo aquellas conductas tipificadas como delitos en las leyes para adultos (perspectiva restringida). Sin embargo, en otros estados, la delincuencia juvenil incluye además la comisión de lo que en el mundo anglosajón se ha llamado “delitos de status”, es decir, actos que sólo son legalmente prohibidos a los jóvenes (p. ej., escaparse de casa o desobediencia crónica a los padres, consumo de drogas o conducir).

La importante relatividad de la que hace gala el concepto jurídico de delito, así como el concepto más específico de delincuencia juvenil, constituye uno de los principales problemas con los que tradicionalmente se han encontrado las disciplinas criminológicas y que dificulta notablemente la labor de análisis del fenómeno delictivo. De hecho, la comparación de hallazgos y conclusiones y la consiguiente acumulación e integración de conocimientos se ha visto a menudo dificultada, aunque no imposibilitada por la variabilidad espacio-temporal que presenta la realidad delictiva (Garrido, 1987). Una de las limitaciones más importantes que las definiciones legales muestran de cara al estudio científico del comportamiento antisocial se pone claramente de manifiesto cuando se examina el modo en que se especifica quién es considerado como delincuente.

Para los enfoques centrados en lo jurídico, el delincuente es definido como aquel individuo que ha sido convicto de un delito por el sistema de justicia de una comunidad. Desde una perspectiva legalista o institucionalista (Biderman y Reiss, 1967) sólo existirá delito y delincuente cuando se producen las reacciones oportunas por parte de los sistemas de control oficial. Los procesos legales de identificación, arresto e inculpación son esenciales para que la *etiqueta* de delincuente pueda ser aplicada al individuo (Olczak, Parcell y Stott, 1983). A esta concepción de delincuencia como “etiqueta” atribuida a la persona por los sistemas de control formal, se opone la aproximación que Biderman y Reiss (1967) denominaron “realista”, según la cual delito y delincuente tienen una existencia propia, independientemente de que ambos lleguen a ser detectados por los mecanismos de la justicia oficial. Desde este tipo de perspectivas, la delincuencia es entendida fundamentalmente como una “conducta”, como un comportamiento que puede haber sido realizado por cualquiera de los componentes de una sociedad, hayan sido o no asignados a la categoría legal de “delincuentes”.

La necesidad de diferenciar entre “etiqueta” y “conducta” ha sido puesta de relieve por diferentes investigadores (Binder, 1988; Farrington, 1987; Jeffery, 1990; Kaplan, 1984), quienes han llamado la atención sobre el hecho de que la atribución de la etiqueta de delincuente viene dada no sólo por el comportamiento del transgresor, sino también por el propio comportamiento de los agentes del sistema policial y judicial. Y, como la literatura científica ha mostrado, el comportamiento de tales agentes muestra un alto grado de selectividad (Blackburn, 1993).

Por una parte, sólo una muy pequeña porción de las conductas delictivas realizadas llegan a tener existencia oficial, es decir, llegan a ser detectadas y procesadas por los sistemas policiales y judiciales. Por otra parte, la acción de estas entidades de control oficial parece verse sesgada en buena medida por diversos factores de carácter claramente extralegal, como la raza, el sexo o el estrato socioeconómico, de forma que los individuos con la etiqueta de delincuentes pueden resultar bien poco representativos del conjunto de personas que

realmente han incurrido en conductas delictivas (Chambliss, 1969; Hawkins, Laub y Lauritsen 1999; Liska y Tausig, 1979; Rutter et al., 2000).

De todo ello se deriva que, para la psicología, y en concreto para el desarrollo de teorías e investigaciones sobre los procesos que conducen a los individuos a involucrarse en comportamientos delictivos, la concepción de la delincuencia en cuanto fenómeno conductual resulta más apropiada que la noción de la delincuencia como atributo asignado por las estructuras de control oficial.

1.2.3. Aproximación clínico-psicopatológica

La aproximación clínico-psicopatológica ha sido otro de los enfoques históricos que han profundizado en el estudio científico de las conductas antisociales. Partiendo de la tradición psiquiátrica y psicopatológica, esta aproximación ha conceptualizado los comportamientos antisociales como componentes, más o menos definitorios, de diversos tipos de trastornos mentales y/o de la personalidad.

Dentro de esta aproximación, una de las taxonomías más influyentes y populares ha sido el Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (DSM) de la Asociación Americana de Psiquiatría, que incluye, en sus diferentes ediciones, múltiples categorías diagnósticas definidas por patrones conductuales cuyo contenido se solapa en mayor o menor medida con la esfera conceptual de lo antisocial. Esto ocurre, por ejemplo, con diversos trastornos denominados “del control de impulsos”, tales como la cleptomanía, la piromanía o el trastorno explosivo-intermitente, o el trastorno por déficit de atención con hiperactividad y comportamiento perturbador, que se caracterizan por la presencia de episodios discretos de agresividad y violencia contra las personas o contra la propiedad.

No obstante, el solapamiento conceptual con el dominio de lo delictivo se presenta de un modo especialmente acusado cuando atendemos a dos de los trastornos que mayor interés han suscitado en los últimos tiempos dentro del estudio de los comportamientos antinormativos: por una parte, los denominados “*trastorno disocial*” (anteriormente denominado “trastorno de conducta”) y “*trastorno negativista-desafiante*”; y, por otra, el “*trastorno antisocial de la personalidad*” (APA, 2002).

El *trastorno disocial* se incluye dentro de lo que en el DSM denomina “trastornos de inicio en la infancia, la niñez o la adolescencia”. En concreto, esta categoría diagnóstica se aplica básicamente a individuos menores de 18 años que presentan patrones conductuales relativamente persistentes en los que se violan los derechos básicos de los demás, así como importantes normas sociales apropiadas a la edad. Entre los criterios diagnósticos especificados por el DSM en sus últimas ediciones se incluyen comportamientos tales como robo, agresión, destrucción de la propiedad, empleo de armas, conductas contra las normas impuestas por padres o profesores.

Tal y como han señalado Blackburn (1993) o Farrington (1993a), la constelación de conductas que delimitan el “trastorno disocial” presenta en definitiva gran cercanía conceptual a lo que en otros contextos se ha incluido bajo el término de delincuencia y, en concreto, delincuencia juvenil. No obstante, cabe subrayar también que el diagnóstico de este trastorno requiere que el patrón de conductas antisociales presente una cierta severidad; de hecho, en el DSM-IV se añadió un criterio según el cual sólo es posible aplicar la categoría de

“trastorno disocial” cuando el comportamiento antinormativo da lugar a un deterioro clínicamente significativo de las actividades sociales, académicas o laborales del individuo.

El *trastorno negativista-desafiante*, incluido también junto con el trastorno disocial en el grupo de “trastornos de inicio en la infancia, niñez y adolescencia”, se caracteriza según el DSM-IV-TR por presentar un patrón recurrente de comportamiento negativista, desafiante, desobediente y hostil, dirigido a las figuras de autoridad, que persiste por lo menos durante seis meses. Alguno de estos comportamientos serían: accesos de cólera, discusiones con adultos, desafiar activamente o negarse a cumplir las demandas o normas de los adultos, llevar a cabo deliberadamente actos que molestarán a otras personas, acusar a otros de sus propios errores o problemas de comportamiento, ser quisquilloso o sentirse fácilmente molestado por otros, mostrarse iracundo y resentido, ser rencoroso y vengativo, Asimismo, para calificar dichos comportamientos como trastorno, deben presentarse con más frecuencia de la típicamente observada en sujetos de edad y nivel de desarrollo comparables y deben producir deterioro significativo de la actividad social, académica o laboral (APA, 2002).

El *trastorno antisocial de la personalidad* es otra de las categorías del DSM dentro de las que los comportamientos antisociales adquieren un carácter definitorio. De acuerdo con el DSM-IV-TR, la característica esencial del trastorno sería un patrón general de desprecio y violación de los derechos de los demás, que se iniciaría en la niñez o en la adolescencia y que persistiría en la vida adulta. La categoría puede aplicarse a adultos con una historia de trastorno disocial antes de los 15 años y con patrones de comportamiento antisociales e irresponsables a partir de esa edad. De acuerdo con estos criterios diagnósticos, entre tales patrones de comportamiento se encontrarían: el fracaso en adaptarse a las normas sociales y legales, con la comisión de actos que son motivo de detención; manifestaciones de irritabilidad y agresividad, con agresiones y peleas físicas repetidas; fracasos en el cumplimiento de las obligaciones laborales o económicas, o ausencia de remordimientos (APA, 2002).

Como puede apreciarse, muchos de estos trastornos conllevan el desarrollo de conductas antisociales y/o delictivas, sin embargo, no son en ningún modo sinónimos de delito. Podrían alegarse diferentes inconvenientes para justificar la no equiparación terminológica entre estos trastornos y la delincuencia. Entre otros, por ejemplo, que los criterios para el diagnóstico dependen de muchas conductas que no implican quebrantar la ley; y, a su vez, que muchos individuos que sufren una condena no cumplen los criterios operativos para un diagnóstico de trastorno mental.

1.2.4. Aproximación conductual

Desde una aproximación conductual, el concepto de “conducta antisocial” resulta ser un foco de atención de especial significación y utilidad como objeto de estudio (Farrington, 1992; Loeber, 1990; Tolan y Thomas, 1995). En primer lugar, porque dentro de esta aproximación se incluyen tanto las conductas clínicamente significativas, las estrictamente delictivas como otra amplia gama de comportamientos antinormativos que, sin ser ilegales, se consideran dañinos o perjudiciales para la sociedad y que dan lugar a procesos de sanción dentro del sistema social.

Rebasar los límites de la concepción clínica o legal de delito, dando cabida a este tipo de comportamientos antinormativos (conductas disruptivas en el marco escolar, conductas de

agresión en niños o muchachos jóvenes) es una idea ampliamente reconocida dentro de la literatura del área (Blackburn, 1993; Catalano y Hawkins, 1996; Moffitt, 1993; Thornberry, 1996). La significación que a nivel teórico presentan estas conductas y el interés de su incorporación dentro de los estudios de la psicología criminológica vienen dados no solo porque son comportamientos con antecedentes y manifestaciones semejantes a las conductas transgresoras de la ley, sino también porque se ha demostrado dentro del curso evolutivo del individuo como claros predictores del desarrollo de actividades delictivas de mayor gravedad (Broidy et al., 2003; Catalano y Hawkins, 1996; Hawkins et al. 2000; Loeber y Farrington, 2000; Moffitt, 1993; Thornberry, 2004).

Frente a la dicotomización delincuente-no delincuente, implícita en concepciones legales, la comprensión conductual de la actividad delictiva como parte del constructo de “conducta antisocial” implica el reconocimiento de que la delincuencia, en ningún caso, se puede considerar como un fenómeno “todo o nada”. Por el contrario, las conductas delictivas forman parte de una realidad dimensional que puede adoptar un amplio rango de grados y modalidades de expresión. La concepción de la delincuencia en un continuo conductual permite así la puesta en práctica de análisis menos simplistas, más detallados y precisos que los posibilitados por la concepción de la delincuencia como atributo definitorio de cierta categoría de individuos¹.

A modo de conclusión, dentro de la problemática conceptual en la que tradicionalmente se ha visto envuelta la investigación de la conducta antisocial, la principal controversia se ha centrado, por una parte, entre los partidarios de una concepción legalista o psicopatológica de este fenómeno y, por otra, los defensores de la visión de la delincuencia como una realidad esencialmente conductual, que posee entidad propia al margen de que sean puestos o no en acción los engranajes del procesamiento judicial o sean o no síntomas clave de un trastorno clínico. Desgraciadamente, las diferencias existentes entre estos tipos de aproximaciones han constituido, como señalaron Olczak, Parcell y Stott (1983), uno de los principales impedimentos para el logro de una definición unificadora y consensuada dentro de este campo de estudio, dando lugar a posiciones también enfrentadas en lo concerniente a la metodología considerada adecuada para acceder a su estudio y evaluación.

1.2. Otros conceptos asociados a la conducta antisocial: Agresión – Violencia

La complejidad multidimensional de la conducta antisocial, tanto en relación con aquellas conductas que infringen las normas sociales, y no exclusivamente las jurídicas, como con su imprecisa delimitación conceptual, hacen necesario aclarar, en cierta medida, otros constructos muy ligados a ella, cuya distinción diferencial puede servir de ayuda a delimitar conceptualmente el propio concepto de conducta antisocial objeto de estudio.

1.3.1. Agresión y Agresividad

Bandura (1973) señaló acertadamente el hecho de que empezar el estudio de la agresión y la violencia es entrar en una auténtica *jungla semántica*: definiciones, conceptos, atributos, instigadores e intenciones. A lo largo del recorrido etimológico por el término

¹ Es más, la aproximación conductual en el estudio de la conducta antisocial permitiría, en este sentido, aplicar métodos de evaluación como la formulación funcional de casos (véase Andreu y Graña, 2003), lo que aportaría una mayor objetividad tanto en la evaluación como en la investigación de la delincuencia juvenil.

agresión, procedente del verbo latino *aggredior* -acercarse, acometer una acción-, se pone de manifiesto que éste ha servido de etiqueta *omnibus* a todo un amplio conjunto de significados que intentaban señalar desde un estado interno del individuo hasta una respuesta abierta.

Una de las diferenciaciones que deben hacerse en relación a la agresión reside precisamente en el uso bidimensional de este término: la acción y el estado emocional del agresor. En este sentido, Ramírez y Fernández-Rañada (1997) advierten que dos aspectos muy diferentes deben distinguirse a priori: uno objetivo, externo y observable, la *acción*, y otro subjetivo, interno e inobservable: el *estado agresivo*. En este sentido, los autores esbozan las siguientes consideraciones:

1) La *agresión* o *conducta agresiva* es una acción externa, abierta, objetiva y observable, que a lo largo de los años se ha ido definiendo mediante no pocas formulaciones. Por poner algunos ejemplos, encontramos definiciones desde posturas conductuales radicales como la que mantuvo Buss en la década de los 60, claramente influida por la orientación conductista contra los conceptos supuestamente mentalistas: “respuesta que proporciona estímulos dañinos a otro organismo” (Buss, 1961); a definiciones que intentaron caracterizarla principalmente por su componente intencional cuyo objetivo primario es la ofensa o el daño de la persona a quien se dirige (Berkowitz, 1965; Dollard et al., 1939). Otras, sin embargo, intentaron reflejar que en la agresión el efecto nocivo no era el único factor calificador de la conducta agresiva, al verse involucrados juicios sociales que *etiquetan* dicha conducta precisamente como agresión (Bandura, 1973). En este sentido, ésta sería una conducta nociva sobre las bases de una variedad de factores, algunos de los cuales residen tanto en el evaluador como en el ejecutor. Zillman (1979), por otra parte, introdujo un interesante matiz en la definición en cuanto que excluía aquellos casos en los que la persona no está activamente motivada para evitar el efecto nocivo. Para este autor, la agresión quedaría conceptualizada como aquella actividad a través de la cual una persona busca infringir daño o dolor físico sobre otra que está motivada para evitarlo. Un caso prototipo que excluiría esta definición sería el *comportamiento masoquista*.

2) El *estado agresivo* se configura como una combinación de cogniciones, emociones y tendencias comportamentales desencadenadas por estímulos capaces de evocar una respuesta agresiva, aunque no sean condición necesaria para ello ya que ésta puede verse desencadenada por otra serie de factores. Esta dimensión subjetiva de la agresión se ha ido caracterizando conceptualmente a través de términos tales como: agresividad, ira y hostilidad. Veamos a continuación qué se entiende, en términos generales, por dichos conceptos.

a) Por *Agresividad*: una disposición relativamente persistente a ser agresivo en diversas situaciones. Por tanto, hace referencia a una *variable interviniente* que indica la actitud o inclinación que siente una persona o un colectivo humano a realizar un acto agresivo. En este sentido, puede también hablarse de potencial agresivo. La agresividad suele ser concebida como una respuesta adaptativa que forma parte de las estrategias de afrontamiento de los seres humanos a las amenazas externas.

b) Por *Hostilidad*: la evaluación negativa acerca de las personas y las cosas (Buss, 1961), a menudo acompañada de un claro deseo de hacerles daño o agredirlos (Kaufmann, 1970). Esta actitud negativa hacia una o más personas se refleja en un juicio desfavorable de ella o ellas (Berkowitz, 1996). Tal y como este autor afirma, se expresa hostilidad cuando decimos que alguien nos disgusta, especialmente si

deseamos el mal para esta persona. Un individuo hostil es alguien que normalmente hace evaluaciones negativas de y hacia los demás, mostrando desprecio o disgusto global por muchas personas (Spielberger, Jacobs, Russell y Crane, 1983).

La hostilidad implica una actitud de resentimiento que incluye respuestas tanto verbales como motoras. Plutchik (1980) la consideró como una actitud que mezcla la ira y disgusto, y se ve acompañada de sentimientos tales como indignación, desprecio y resentimiento hacia los demás. Precisamente, estos sentimientos -resentimiento, indignación y animosidad- configuran la hostilidad como una actitud *clínica* acerca de la naturaleza humana, en general, que en ocasiones puede llegar incluso al rencor y a la violencia. La hostilidad conlleva creencias negativas acerca de otras personas, así como la atribución general de que el comportamiento de los demás es agresivo o amenazador. La “atribución hostil” hace referencia precisamente a la percepción de otras personas como amenazantes y agresivas (Fernández-Abascal, 1998).

c) Por *Ira*: Un conjunto de sentimientos que siguen a la percepción de haber sido dañado. No persigue una meta concreta, como en el caso de la agresión, sino que hace referencia principalmente a un conjunto de sentimientos que surgen de reacciones psicológicas internas y de las expresiones emocionales involuntarias producidas por la aparición de un acontecimiento desagradable (Berkowitz, 1996). La ira implica sentimientos de enojo o enfado de intensidad variable (Spielberger et al., 1983).

La ira es una reacción de irritación, furia o cólera que puede verse eliciteda por la indignación y el enojo al sentir vulnerados nuestros derechos (Fernández-Abascal, 1998). Izard (1977) la conceptualizó como una emoción básica que se expresa cuando un organismo se ve obstaculizado o impedido en la consecución de una meta o en la satisfacción de una necesidad. Diamond (1982), por otra parte, la describió como un estado de *arousal* o activación general del organismo con componentes expresivos, subjetivos, viscerales y somáticos.

Se ha de destacar el hecho de que esta emoción básica guarda una estrecha relación con aquellas situaciones en las que se produce una transgresión o violación de los derechos personales y de las reglas sociales. Así pues, es una emoción que se produce ante situaciones tales como una ruptura de compromisos, promesas, expectativas, reglas de conducta y todo lo relacionado con la libertad personal. A nivel motivacional, la ira genera un impulso apremiante por hacer algo que elimine o interrumpa la causa que la ha originado. Es, por tanto, una emoción muy explosiva o *caliente* que, en situaciones extremas, puede llegar incluso a generar reacciones de agresividad, tanto física como verbal (Fernández-Abascal y Martín, 1994).

Para Hoshmand y Austin (1987), los principales desencadenantes de la ira tienen que ver con situaciones en las que, por ejemplo, se es testigo de abusos a otras personas, con la intrusión de extraños en nuestros intereses, con la degradación personal, con la traición de la confianza o con la frustración de una motivación. Es decir, parece que la ira se desencadena ante situaciones que son valoradas por las personas como injustas o que atentan contra la libertad personal, por situaciones que suponen un control externo no deseado, coaccionando nuestro comportamiento, con personas que nos infligen cualquier tipo de agresión verbal o física y, finalmente, con situaciones en las que consideramos que se producen hechos injustos. Asimismo, la estimulación aversiva física, sensorial o cognitiva, o la falta de un mínimo de estimulación como ocurre ante

una situación de inmovilidad o de restricción física, pueden también actuar como desencadenantes de la ira.

Es necesario aclarar, de alguna manera, las complejas relaciones entre ira, hostilidad y agresión. La ira es el concepto más simple de los tres. La hostilidad, por contra, implica una actitud que usualmente va acompañada de sentimientos de enfado o ira y que predispone hacia la emisión de conductas agresivas dirigidas principalmente a la destrucción de objetos, al insulto o a la producción de algún daño. Si la ira y la hostilidad se refieren a sentimientos y actitudes, la agresión implica un paso más allá, puesto que conlleva la aparición de comportamientos destructivos, lesivos o punitivos dirigidos a otras personas u objetos (Miguel-Tobal, Casado, Cano-Vindel y Spielberger, 1997).

Evidentemente, los tres conceptos se entremezclan de forma constante. La hostilidad conlleva usualmente irascibilidad y, a su vez, actitudes que predisponen a la conducta agresiva. Asimismo, la ira puede tener como expresión más inmediata conductas agresivas tanto verbales como físicas. Dado el solapamiento entre estos conceptos algunos autores han acuñado el término *Síndrome ¡AHI!* (Agresión, Hostilidad, Ira) para denotar la común asociación entre las emociones, las actitudes y la conducta agresiva (Spielberger, Johnson y Russell et al., 1985; Spielberger, Krasner y Solomon, 1988). Este *síndrome* que refleja la unión o continuidad entre estos tres componentes, ha sido puesto de relieve en multitud de investigaciones relacionadas con la psicología de la salud y, más concretamente, en relación a los trastornos de tipo cardiovascular (Fernández-Abascal y Martín, 1994; Miguel-Tobal et al., 1997).

Tal y como considera Berkowitz (1996), la instigación a la agresión, la agresión en sí misma, la ira, la hostilidad y la agresividad son fenómenos independientes aunque normalmente relacionados. Sería un error asumir que son la misma cosa o incluso que siempre están estrechamente correlacionados. Una cuestión aún del todo no resuelta es determinar cómo, de qué manera y en qué grado estos constructos se relacionan entre sí.

Pedrería (2004) subraya los diferentes subtipos de agresión en el seno de la conducta antisocial y los trastornos de conducta en la infancia y adolescencia, considerando que la agresión resulta ser, en sí misma, un elemento crucial para poder comprender las diferentes formas de presentación de las conductas antisociales y delictivas.

Al hilo de estas consideraciones, se exponen aquellos subtipos de agresión que cuentan con mayor evidencia teórica y empírica en la actualidad (Graña, Andreu y Peña, 2001; Ramírez y Andreu, 2003), así como sus principales rasgos distintivos de cara a la comprensión de sus relaciones con la conducta antisocial.

1.3.1.1. Agresión instrumental y agresión emocional (hostil)

Una de las primeras distinciones que se realizaron entre diferentes tipos de agresión fue la de agresión *instrumental* y *hostil*, basada en si la intención principal del agresor era provocar dolor o daño (Bandura, 1973; Buss, 1961; Feshbach, 1964; Hinde, 1970). La instrumental, dirigida hacia la consecución de metas no agresivas, y la agresión hostil, cuyo principal objetivo es dañar a una persona u objeto (Sears, Maccoby y Levin, 1957). En la actualidad, la *agresión instrumental* se conceptualiza como una estrategia dirigida a la

obtención de recompensas o refuerzos de diversa índole, consistiendo su principal objetivo en lograr algún incentivo no agresivo, mediante caminos alternativos que aseguren refuerzos ambientales. También se conoce como motivada por incentivos, al referirse a acciones llevadas a cabo principalmente para obtener productos vitales y alcanzar varios incentivos extrínsecos, siendo sus acciones producto de una decisión deliberada; p. ej., muchos atracos son de naturaleza instrumental, en cuanto que, en situaciones de peligro, intentan lograr el máximo de beneficios con el mínimo de costos. Suelen distinguirse dos formas de agresión instrumental: a) aquella cuyo objetivo consiste en obtener recompensas personales y/o materiales; y b) las que tienen como finalidad el respaldo social, evitando la vergüenza; p.ej., éste es el caso en el que las normas sociales tienen efectos poderosos a la hora de determinar lo que se considera normativo y apropiado en dicho ambiente social. Así, una sociedad puede decretar que un hijo está obligado a vengarse de quien ha difamado a su familia, en cuyo caso el responder agresivamente es un acto justificado socialmente, mientras que el no hacerlo sería un acto de disconformidad social (Fraczek, Torchalska y Ramírez, 1985; Ramírez, 1991, 1993).

La *agresión hostil* puede definirse como un acto que pretende dañar a otra persona, estando motivada esencialmente por la intención de producir daño. También se denomina *motivada por irritación*, pues se desencadena primariamente para disminuir enojos o irritaciones y reducir condiciones molestas, ligadas a estados de alta excitación, como por ejemplo en una explosión de rabia, y a situaciones de emergencia. Por tanto, es *caliente*, estando producida, o al menos provocada, por el enfado (Olweus, 1986). También se la conoce como *agresión expresiva* o como *agresión emocional impulsiva* (Berkowitz, 1986, 1989, 1996). Aunque las acciones violentas suelen considerarse como impulsivas, a veces, más que ser instrumentales, se desencadenan accidentalmente, sin previa premeditación de quienes las perpetran: algo inesperado ocurre durante el encuentro con la víctima desencadenando un nivel de violencia ni planeado ni incluso deseado.

En conclusión, la agresión instrumental “sirve de instrumento para...”, siendo utilizada con otros fines distintos de los de la propia agresión, cuando el sujeto busca provocar daño a otro, o cuando se encuentra airado o enojado y trata de herirle, en cuyo caso se habla de *agresión hostil* o *emocional* (Cerezo, 1998). Ejemplificando estos subtipos desde un punto de vista delictógeno, si alguien agrediese a otro individuo para causarle la muerte nos encontraríamos ante un agresor hostil; pero si esta agresión tuviese como objeto conseguir dinero entraríamos en la categoría del agresor instrumental (García, 1994).

1.3.1.2. Agresión física y agresión verbal

Esta distinción parte de una clasificación de las respuestas agresivas en función de su naturaleza física; diferenciando la agresión entre acciones físicas y afirmaciones verbales (Berkowitz, 1996). Por una parte, la *agresión física*, denominada también *agresión corporal*, englobaría acciones meramente físicas tales como golpes o patadas; mientras que por otra, la *agresión verbal* consistiría fundamentalmente en afirmaciones verbales tales como insultos, discusiones e incluso amenazas (Ramírez y Fernández-Rañada, 1997).

Esta clasificación no sólo refleja una distinción básica de los actos agresivos sino que está asociada, tal y como multitud de estudios muestran, a diferencias sexuales respecto al tipo de agresión utilizado (Andreu, Fujihara y Ramírez, 1998; Archer, Holloway y McLouglin, 1995; Archer, 1998; Björkvist, 1994; Campbell y Muncer, 1994). Precisamente, esta

asociación entre la preferencia de hombres y mujeres por un tipo u otro de agresión fue el origen de la importante distinción que hizo Arnold Buss en 1961 cuando escribió su libro acerca de la psicología de la agresión, primera publicación de una investigación psicológica contemporánea en este tema. Según este autor, los hombres muestran una alta correlación positiva entre agresión física e ira, mientras que en las mujeres se aprecia una correlación negativa entre agresión física y verbal.

Asimismo, esta diferenciación entre estilos agresivos físicos y verbales corre paralela al desarrollo psicoevolutivo de los sujetos. La agresión física y verbal se ven moduladas en su expresión conforme se madura ontogénicamente. Antes del desarrollo de las habilidades cognitivas y verbales en la niñez, la agresión física es la predominante. Cuando las habilidades verbales empiezan a desarrollarse, conjuntamente con las cognitivas, la agresión verbal es más utilizada que la física como medio de resolución de conflictos. Posteriormente, en torno a los 11 años de edad, otros tipos de agresión más sofisticados entran en juego paralelamente al desarrollo de la inteligencia social (Björkvist y Niemela, 1992; Lagerspetz, Björkvist y Peltonen, 1988). En este sentido, existen buenas razones para creer que en los conflictos interpersonales entre adultos la agresión física es realmente la excepción y no la regla; se utilizan con mayor profusión otros tipos de agresión como los indirectos (Björkvist, 1994).

1.3.1.3. Agresión directa y agresión indirecta

También suele distinguirse entre *agresión directa*, cuyo ataque puede llevarse a cabo pegando, insultando o mofándose de otro, y *agresión indirecta* que se produce de forma mucho más sutil. Casos prototípicos de agresión indirecta consistirían en hablar mal de otros, tenderles trampas, rehusar el contacto social, no dirigirles la palabra o no ayudarles cuando lo necesiten. Esta distinción hace referencia principalmente a la forma con la que el agresor ataca a su objetivo (Berkowitz, 1996).

La agresión directa supone que el ataque puede llevarse a cabo ya sea mediante un contacto real, pegando, ya sea mediante mera amenaza, insultando o mofándose de otro; mientras que en la indirecta se intenta dominar al oponente intimidándole mediante el uso de símbolos que muestren su status o rango, como hablar mal de otros a sus espaldas, tender trampas o rehusar su contacto social (Geist, 1971; Schaller, 1977; Walther, 1974). Mientras que la agresión indirecta madura relativamente tarde en la ontogenia, estando raramente presente en el juego como lucha infantil, va reemplazando a los ataques directos en la vida adulta. Por el contrario, la frecuencia de la directa parece ir disminuyendo con la edad. También se revelan interesantes distinciones según el sexo del individuo: la agresión directa es más propia del sexo masculino, mientras que la indirecta es más característica del femenino (Björkvist, 1994; Campbell, Muncer y Coyle, 1992; Campbell, Muncer y Gorman, 1993; Lagerspetz et al., 1988).

Buss (1961), que fue el primer autor que dicotomizó la agresión en directa e indirecta, propuso una clasificación de la agresión combinando las diferentes dimensiones expuestas con anterioridad (física vs. verbal y directa vs. indirecta); añadiendo, a su vez, la dimensión *activa vs. pasiva*. Esta clasificación tiene en cuenta tres dimensiones que involucran al sistema orgánico, a la interacción social y al grado de actividad desarrollado en la agresión.

a) En relación al sistema orgánico involucrado, encontramos dos tipos de agresión: la *física* (un ataque contra un organismo a través de partes del cuerpo o de instrumentos), y la *verbal* (una respuesta vocal que proporciona estímulos nocivos a otro organismo, por ejemplo amenaza o rechazo).

b) En relación a la interacción social, la *directa* (por ejemplo, asalto, amenaza, rechazo), y la *indirecta* (que puede ser verbal como extender falsos rumores, o física, como destruir la propiedad de otros).

c) En relación al grado de actividad involucrado, la *activa* (que incluye todos los comportamientos mencionados hasta el momento) y la *pasiva* (obstaculizar o impedir que otro alcance una meta o logro). Para Buss (1961), la agresión pasiva es usualmente directa pero puede también ser indirecta.

Loeber y Schmalin (1985) también formularon la que es conocida como primera tipología de la dimensión bipolar “agresión franca” vs. “agresión encubierta”. Estos autores incluyeron en la tipología la forma de presentación a la hora de identificar las conductas agresivas y la agresión al otro, según sean conductas evidentemente agresivas o directas (p. ej., dar una bofetada a alguien o insultarle), o bien sean conductas que aparentan ajustadas a normas, pero encubren una gran carga indirecta de agresión (p. ej., realizar conductas que provoquen respuestas de agresión en la otra persona).

1.3.2. Agresión y Violencia.

Uno de los conceptos que más dificultades ha entrañado en su diferenciación con el de agresión, es el de violencia. Si bien, por una parte, parece haber suficientes datos como para distinguirla de la agresividad, multitud de veces *agresión* y *violencia* se han utilizado como sinónimos e incluso como homólogos. A continuación se exponen aquellas características que, según diversos autores, diferencian ambos constructos.

Etimológicamente, el término *violencia* tiene como uso más común la utilización exclusiva o excesiva de la fuerza. Del Latín, *violentia*, significa vehemencia o impetuosidad; siendo su uso más extenso el del ejercicio de la fuerza física para dañar o lesionar a una persona o una propiedad. Su uso lingüístico también describe una condición de una persona que no está en su estado normal, o que las acciones que realiza son contrarias a su disposición natural (Moliner, 1979).

En relación con la agresión, se aplica a las formas más extremas de este tipo de comportamiento (Archer, 1994), especialmente las relacionadas con la física, aunque también es aplicable a la fuerza psicológica que causa sufrimiento o traumatismo. Al igual que en el caso de la primera, se puede establecer una categoría emocional u hostil de violencia y otra de tipo instrumental. En la violencia hostil, el objetivo primario sería la producción de sufrimiento o daño extremo a la víctima, mientras que la violencia con otros fines secundarios sería un buen ejemplo de violencia instrumental (Berkowitz, 1996).

Pero antes de analizar con mayor profundidad el fenómeno de la violencia, es necesario hacer una serie de consideraciones acerca de la función adaptativa de la agresión. En este sentido, la tradición etológica clásica dicotomizó la agresión como instinto primario y la violencia como agresión destructiva o función incorrecta de ese instinto (Lorenz, 1972). De

esta forma, se consideró que la agresión desempeñaba una función biológica desencadenada para satisfacer necesidades vitales y eliminar cualquier amenaza a la integridad física; y que, bajo determinadas circunstancias, podía pasar a ser una función anormal o destructiva sustentada en un mecanismo incorrecto, anormal o patológico regulador de la agresión adaptativa.

Desde esta perspectiva, una de las definiciones más precisas fue la ofrecida por Scott (1975): “La agresión como conducta desadaptativa, no guarda relación con la situación en la que tiene lugar -por ejemplo, la agresión a un individuo cuya conducta no es aparentemente agresiva-, o es una reacción a una clase apropiada de estimulación pero en una dirección inadecuada -por ejemplo, la agresión a objetos físicos del entorno ante una agresión recibida por otro individuo-. En ambos casos, ninguna de las reacciones agresivas guarda relación aparente con los estímulos desencadenantes originarios y es, precisamente, en este contexto donde la agresión puede considerarse como desadaptativa; estableciéndose así un puente entre la conducta agresiva desadaptada y la violencia (O.c., p. 24).

Para Valzelli (1983), la agresividad es el componente de la conducta normal que, con diferentes formas vinculadas al estímulo y orientadas a un objetivo, se libera para satisfacer necesidades vitales y para eliminar o superar cualquier amenaza contra la integridad física. Además, está orientada a promover la conservación propia y de la especie de un organismo vivo, y nunca, excepto en el caso de la actividad depredadora, para producir la destrucción del oponente. Precisamente, éste es uno de los criterios diferenciadores para Valzelli entre agresión animal y humana en relación a la violencia. Según este autor, la propuesta falta de relación entre la agresión animal y humana (p. ej., Montagu, 1974) depende básicamente de una falta de distinción entre agresión y violencia que es, en definitiva, la diferencia que existe entre agresión normal y anormal; una diferencia, por otra parte, definida de forma cualitativa. Desde este planteamiento, las bases biopsicológicas de la violencia encontrarían sus raíces en los mismos aspectos que, a su vez, sustentan un mecanismo incorrecto, anormal o patológico que regula la agresión normal (Valzelli, 1983).

Desde una perspectiva psicosocial, la violencia es analizada enfatizando fundamentalmente su naturaleza social. La agresión física se ve comúnmente acompañada de juicios sociales negativos que destacan la ilegitimidad e ilegalidad de esos actos, así como su inaceptabilidad (Archer y Browne, 1989). Si bien, es cierto también que la violencia es más una expresión de quienes atestiguan o son víctimas de ciertos actos, que de aquellos que los ejecutan (Riches, 1988), conjuntamente a una serie de juicios sociales que la etiquetan como tal (Bandura, 1973). La evaluación del contexto social implica inevitablemente juicios morales, y tales juicios subjetivos pueden ser cruciales al considerar un acto como legítimo o ilegítimo (Feshbach, 1964). En este sentido, la agresión como violencia supondría un agravio, ultraje u ofensa contraria al derecho del otro.

Valzelli (1983), utilizando datos clínicos tales como la elevación del índice de violencia delictiva en casos de esquizofrenia y trastornos bipolares, asociados a uso de sustancias psicoactivas, es uno de los grandes defensores del concepto de transición patológica de la agresión a la violencia, transición sometida tanto a factores biológicos como socioambientales.

Desde esta perspectiva, De Flores (1991), señala que en la conducta humana la palabra *violencia* empleada en lugar de la palabra agresión, implica la liberación de componentes

agresivos patológicos, como consecuencia de un trastorno en los mecanismos de control del SNC o por una educación intencionadamente orientada a fomentar la intolerancia ideológica. Se entiende, por tanto, que la persona con conducta agresiva patológica tiene un trastorno funcional a nivel del sistema nervioso central, una baja tolerancia a los estímulos aversivos y un potencial agresivo dirigido hacia el entorno o hacia sí mismo. Un tipo de conducta, prosigue el autor, que necesita tratamiento inmediato y resultados rápidos después de establecido el diagnóstico preciso. Además, la agresividad, dentro de estos planteamientos clínicos, quedaría conceptualizada como un estado permanente o predisposición constitucional a cometer agresiones o a atacar sin que medie provocación alguna. En este sentido, el comité asesor sobre aspectos clínicos de la conducta agresiva de la Asociación de Psiquiatría Americana (APA), define clínicamente al paciente violento como aquel que actúa en el sentido de provocar dolor, lesión o destrucción (Comité Asesor de la APA, Informe 8, julio 1974).

En términos generales, y a modo de conclusión de lo anteriormente expuesto, la utilización excesiva de la fuerza física, junto con una reacción que no guarda aparentemente relación con los estímulos desencadenantes originarios, sería definitorio para hablar de un acto agresivo como violento. En este sentido, se podría argüir que:

- a) La violencia constituye un tipo de agresión desadaptada, que no guarda relación con la situación social en la que se desarrolla o que se da en una dirección espacial inadecuada.
- b) La violencia requiere la ejecución de conductas que denotan un uso excesivo o exclusivo de la fuerza física dentro de un contexto sociocultural determinante, esencialmente humano.
- c) La violencia está sustentada biológicamente en un mecanismo incorrecto que regula la función adaptativa de la agresión; destacándose su carácter eminentemente destructivo sobre las personas y las cosas.

La Tabla 1.1. resume los principales criterios conceptuales diferenciadores entre la agresión y la violencia expuestos a lo largo de la presente tesis.

Tabla 1.1. Algunos criterios diferenciadores entre agresión y violencia.

-
- La violencia es una función anormal, patológica, incorrecta o alterada de la agresión.
 - La violencia es cualitativamente diferente de la agresión y alude a déficits en los mecanismos de control de los impulsos.
 - La violencia tiene como principal motivo y efecto la lesión y destrucción del oponente, causándole un dolor o daño extremo; careciendo de cualquier objetivo biológico o adaptativo.
 - La violencia es esencialmente destructiva, hostil y antisocial.
 - La violencia es básicamente aprendida e incorpora juicios sociales que la definen como tal. Es propia y específica del ser humano.
 - Tiene un origen anclado en las condiciones sociales y económicas. La cognición y el afecto desempeñan un papel crucial.
 - Como conducta agresiva puede estar presente en trastornos mentales y del comportamiento.
 - Hay normas y valores que la regulan socialmente como ilegítima, inaceptable e injustificable.
 - Los medios a través de los cuales la violencia se materializa incluyen, comúnmente, el uso de instrumentos o armas.
-

Para finalizar, no se den obviar la existencia de una serie de comportamientos que se suelen citar en la literatura como sucesos o acontecimientos prototípicos de la violencia humana, o que están fuertemente asociados a ella. Entre otros, destacarían, el *bullying* entre niños y adolescentes escolarizados, el homicidio, la violencia doméstica, y, en especial, la violencia contra las mujeres, la agresión sexual o los malos tratos, siendo todos ellos claros ejemplos de conductas delictivas y, desde una perspectiva más amplia, diferentes tipos de conducta antisocial.

1.3.3. Agresión y conducta antisocial en la adolescencia

Aunque para muchos investigadores es evidente la alta estabilidad y continuidad que presenta a lo largo del tiempo tanto la conducta antisocial (Hinshaw, Lahey y Hart, 1993; Huesmann, Eron, Lefkowitz y Walder, 1984) como la agresión (Hart, Hofmann, Edelstein y Keller, 1997; Henry, Avshalom, Moffitt y Silva, 1996; Newman, Caspi, Moffitt y Silva, 1997), también es cierto que la conducta antisocial y las manifestaciones agresivas y/o violentas difieren en cuanto a su topografía en relación al estadio evolutivo de desarrollo en el que se encuentre el niño (Moffitt, 1993).

Aunque la agresión física y la violencia se han asociado a la adolescencia, tiene su inicio en una etapa anterior. Así, encontraremos que en la etapa preescolar (2-4 años) los niños muestran ya conductas físicamente agresivas, tales como rabietas sin motivo y peleas, que suelen estar motivadas por la adquisición de juguetes, golosinas u otros recursos preciados, por lo que se consideran actos agresivos de tipo instrumental. Durante el transcurso de la infancia intermedia, a partir de los 5 o 6 años, la agresión física y otras formas de conducta antisocial manifiesta, como por ejemplo, la desobediencia, comienzan a descender a medida que el niño se va haciendo más competente a la hora de resolver sus disputas de forma más amigable (Loeber y Stouthamer-Loeber, 1998; Tremblay et al., 1996). Sin embargo, la agresión hostil (especialmente en los chicos) y la agresión verbal (especialmente en las mujeres) muestra un ligero incremento con la edad, aun cuando la agresión instrumental y otras formas de conducta antisocial van disminuyendo. La explicación de este cambio, según Hartup (1974), estaría en el proceso madurativo, cuanto mayor es el niño, más capacitado está para detectar la intencionalidad agresiva de las conductas de los otros, por lo que es más probable que responda al ataque de forma hostil hacia quien le hace daño.

Es interesante señalar que mientras la mayoría de los niños se van implicando cada vez menos en los intercambios agresivos y antisociales durante el transcurso de su infancia, una minoría de jóvenes o adolescentes continúan participando de modo aún más frecuente en actividades antisociales y agresivas (Loeber y Stouthamer-Loeber, 1998). El nivel de violencia de estos adolescentes es más elevado durante la primera adolescencia (10 a 13 años) que durante la segunda (14-17 años), e incluso son más peligrosos aquellos adolescentes cuya pubertad es precoz (Cota-Robles, Neiss y Rowe, 2002), debido al impacto y desajuste que provoca tanto a nivel biológico como social. Así, continuarán manifestando comportamientos más encubiertos, como hacer novillos, robar en tiendas o consumir sustancias, y posteriormente, y durante la adolescencia, pueden ir apareciendo delitos más graves contra la propiedad, seguidos de delitos agresivos y violentos.

Si evolutivamente las conductas antisociales y agresivas tienden a disminuir, ¿porqué hay un incremento de arrestos juveniles por conductas antisociales agresivas o violentas al final de la adolescencia o principios de la edad adulta? (Cairns y Cairns, 1986; Loeber y

Farrington, 1999). Loeber y Stouthamer-Loeber (1998) sugieren al respecto que probablemente los adolescentes jóvenes que han sido más agresivos o violentos durante su infancia aumentan sus conductas antisociales y agresiones físicas o violentas a lo largo de la adolescencia. Es obvio que a pesar de que la agresión se manifiesta de formas diferentes según la edad, es un atributo bastante estable. Los niños que hacia los dos años eran más agresivos tendían a seguir siéndolo a los cinco. Otras investigaciones longitudinales rebelan que la conducta agresiva que los niños muestran entre los tres y diez años es un predictor de sus inclinaciones agresivas o antisociales más graves a lo largo de la vida (Hart et al., 1997; Henry et al., 1996; Newman et al., 1997; Tremblay, 2001; 2003).

De la misma forma, Rutter et al. (2000) ponen de manifiesto también que, cuanto mayor sea el número de infracciones o conductas antisociales que comete una persona, mayor es la probabilidad de que se impliquen en conductas agresivas violentas, apareciendo estas, a finales de la adolescencia y principios de la edad adulta. Henry et al. (1996) a partir del estudio longitudinal de Dunedin, ponen de manifiesto cómo la conducta antisocial de inicio temprano, que tiende a persistir en los últimos años de la adolescencia, estaba asociada a un incremento de la probabilidad de que los delitos cometidos en dichos años implicaran violencia.

Sin embargo, y apesar de estos estudios que ponen de manifiesto la correlación que existe entre conductas agresivas y otras conductas antisociales, sólo reflejan tendencias, ya que no implica necesariamente que el niño que fue muy agresivo siga siéndolo con el tiempo y se implique en más comportamientos antisociales, ni que aquellos que comenzaron su carrera antisocial en etapas más tardías y, tuvieron una infancia sin la presencia de comportamientos agresivos, no comentan actos violentos en la adolescencia o edad adulta (Windle y Windle, 1995). De la misma forma, la presencia de conductas agresivas o violentas no tienen porque aparecer unida a la conducta antisocial invariablemente, existiendo comportamientos antisociales no agresivos.

La investigación criminológica ha permitido detectar un número importante de variables individuales y ambientales relacionadas con la aparición y mantenimiento de tendencias antisociales (Pérez, 1987; Romero, Sobral y Luengo, 1999). La elevada disposición para manifestar conductas agresivas suele ser un aspecto más, no el único, de un patrón de comportamiento antisocial, siendo muy difícil encontrar variables que ejerzan una influencia selectiva en la aparición de conductas agresivas y no lo hagan en la de otros comportamientos antinormativos. Asimismo, la mayoría de delincuentes que muestran conductas violentas de manera persistente suelen presentar, además, una amplio abanico de conductas antisociales. Por este razón, creemos que el estudio de la mayor parte de los delincuentes violentos debe abordarse en el mismo marco metodológico y conceptual que el utilizado para toda la conducta antisocial. Consideramos que la conducta agresiva es sólo una (aunque muy grave) de las múltiples manifestaciones de un estilo de vida “socialmente desviado” (Torrubia, 2004).

Durante las últimas décadas, la investigación sobre las bases neurobiológicas, cognitivas y sociales de la agresión ha aportado conocimientos muy notables sobre los factores relevantes de las conductas agresivas, independientemente de que estas sean delictivas o no (Tobena, 2001). Los humanos podemos aprender a comportarnos violentamente por observación de modelos y por procesos de aprendizaje instrumental, pero las características temperamentales y las capacidades cognitivas de los individuos pueden

facilitar o dificultar la aparición y consolidación de pautas estables de comportamiento agresivo. En cuanto a los factores ambientales que contribuyen a dicho desarrollo se han propuesto, entre otras, las influencias parentales, la influencia de los iguales y el nivel socioeconómico (Lahey, Waldman, McBurnett, 1999). Respecto a los factores individuales que intervienen en la gestación de la conducta violenta estarían la adaptación escolar, la reactividad emocional, la impulsividad, la búsqueda de sensaciones, la baja percepción del riesgo o daño, entre otros (Del Barrio, 2004a). La importancia y el peso de dichas variables podría ser distinta para los diversos subgrupos de individuos antisociales. Muchos individuos antisociales poseen factores de riesgo individuales y/o han estado expuestos a muchos de esos factores ambientales; la interacción de todos ellos en las diferentes etapas evolutivas configura perfiles específicos de predisposición hacia determinados tipos de conductas antisociales y, entre ellas, las de tipo violento.

1.4. Integración conceptual de la conducta antisocial

Tras la revisión conceptual y teórica realizada sobre la literatura relacionada con el estudio de la conducta antisocial, se ha puesto en evidencia la existencia de los diferentes conceptos que han venido utilizándose para referirse a un estilo de comportamiento caracterizado, básicamente, por la manifestación de una serie de conductas personales que están al margen del orden socialmente establecido. Así, los más importantes han sido “conductas problemáticas”, “conductas desviadas”, “conductas antisociales”, “problemas de conducta o trastornos de conducta”, “conductas delictivas, delito o criminalidad”. A pesar de que todos estos conceptos se utilizan indistintamente para definir un estilo de comportamiento que, en mayor o menor grado, transgrede las normas sociales, cada uno de ellos tiene acepciones distintas dependiendo de la aproximación teórica de origen.

El objetivo fundamental en este último apartado será intentar realizar una integración de dichos conceptos, siendo imprescindible situarlos dentro de un continuo evolutivo o de desarrollo, para dar así un mayor sentido a la compleja aparición y mantenimiento de la conducta antisocial de los niños y adolescentes.

A pesar de que cuando hablamos de conductas antisociales, tendemos a situarlas en etapas más avanzadas del desarrollo de los niños, la aparición de las primeras manifestaciones tiene lugar en la primera infancia. Dichas conductas deben ser consideradas como “normativas” en el sentido de que aparecen en la gran mayoría de los niños y son propios de su etapa evolutiva. Son a éstas a las que denominaríamos como *conductas problemáticas*, sobre las que actúan tanto el entorno familiar como el escolar a nivel pedagógico con el objetivo de modificarlas y por tanto, la desaparición sucesiva de dichas conductas será lo esperable.

En la medida en que estas conductas estén influidas por la presencia de diversos factores de riesgo, se producirá un incremento de la frecuencia, intensidad y gravedad de dichas conductas, provocando así, el mantenimiento persistente en estadios evolutivos más avanzados y, apareciendo consecuentemente, un patrón de comportamiento que va a infringir o transgredir las normas socialmente establecidas, recibiendo denominaciones tales como *conductas desviadas* o la propiamente dicha *conducta antisocial*. A pesar de que ambos términos identifican dicho patrón de comportamiento, difieren tanto en la amplitud y precisión de su definición como en la aproximación teórica de la que parten. Así, el término de “conducta desviada” parte de un enfoque sociológico a partir del cual, la transgresión de la

norma social estará en función del grado en que se aparta o desvía de lo estadísticamente “normal” o “frecuente”, a la vez que considera cualquier tipo de conducta, ideas o atributos que ofenden o disgustan a los miembros de una sociedad (p.ej. uso de tatuajes, piercings o vestimentas propias de grupos minoritarios). Es evidente que este término es demasiado amplio y relativo como para tenerse en cuenta a la hora de abordar de forma objetiva el problema en cuestión, y más aún, si el objetivo final es realizar una intervención de carácter preventivo o terapéutico. Por esto, quizás, el enfoque conductual sea el más adecuado de cara a precisar la topografía de la conducta, sus parámetros y sus consecuencias. Estos elementos descriptivos junto con la tendencia a transgredir las normas sociales serán los que definirán el concepto de *conducta antisocial*, a la vez que determinarán su gravedad clínica o problemática legal.

La mayor parte del comportamiento antisocial tienden a disminuir por sí solo según va avanzando la edad del niño y su proceso madurativo. De la misma forma que pasaba con las conductas problemáticas de carácter normativo, la presencia de diversos factores de riesgo pueden producir un incremento de la frecuencia, intensidad y gravedad de dichas conductas, pudiendo así provocar en una minoría de adolescentes el mantenimiento persistente en estadios evolutivos más avanzados, apareciendo entonces, un patrón de comportamiento que va infringir o transgredir las normas legales o jurídicas, siendo denominados como *crimen, delito o delincuencia*. Este tipo de conductas estarían tipificados como delito en el código penal y serían motivo de condena si fueran cometidos por un adulto (p. ej. robo, tráfico de drogas, homicidio), habiendo otras que, sin ser delitos en la vida adulta, se considerarían como tal en la minoría de edad (p. ej. consumo de drogas o conducir vehículos). Es evidente que una vez llegado a este punto, el adolescente puede desistir en su comportamiento antisocial-delictivo, pero si los factores de riesgo que le facilitaron la situación actual persisten, habrá mayor probabilidad de que se mantenga durante la vida adulta, pudiéndose producir una escalada tanto en el número de transgresiones como en su gravedad, apareciendo aquellos delitos más agresivos y violentos y comenzando así su carrera delictiva que le llevará a reincidir a lo largo de toda su vida (Moffitt, 1993; Patterson y Yoerger, 2002; Thornberry, 1997).

Otra posibilidad conceptual tiene que ver con aquella minoría de niños o adolescentes que, manifestando un comportamiento antisocial que infringe las normas sociales, su frecuencia, intensidad, gravedad, cronicidad, repetición y diversidad, les provoca un deterioro clínicamente significativo en el funcionamiento diario y en todas las áreas de su vida: personal, familiar, escolar y social, denominándose como *problemas o trastornos de conducta*. Dentro de ésta conceptualización, pueden aparecer otros términos que hacen referencia a los diagnósticos más comunes que comparten la presencia de dicho patrón de comportamiento, tales como “trastorno disocial”, “trastorno negativista desafiante” o “trastorno antisocial de la personalidad”. De la misma forma, dichos trastornos pueden desaparecer con una intervención psicoterapéutica o tratamiento psicológico o, por el contrario, también existe la posibilidad de que si no se tratan, desarrollen conductas delictivas. Aquí, la presencia de psicopatología sería un factor de riesgo más, que potenciaría junto con otros, el progreso hacia una carrera delictiva (ver Cuadro 1.1.).

A tenor de estas consideraciones, el término de *conducta antisocial* sería el más adecuado para hacer referencia a un patrón de comportamiento que aparece en la infancia o adolescencia, que se caracteriza por violar o transgredir las normas socialmente establecidas o los derechos de los demás y que puede ser limitado a una determinada fase del desarrollo

evolutivo del menor o por el contrario, puede ser un patrón persistente de comportamiento. A su vez, se caracterizaría por la presencia de diferentes conductas, desde las meramente problemáticas hasta llegar a las más graves, violentas o delictivas. Es decir, este término englobaría a todos los demás, pero no necesariamente.

En relación a otros términos asociados a la conducta antisocial como son la *agresión* y/o la *violencia*, decir que no son términos sinónimos que se puedan utilizar indistintamente, sino que deben ser considerados como posibles manifestaciones del comportamiento antisocial, pero no exclusivos ni necesarios, al igual que otros, como son el consumo de drogas, robos, vandalismo o absentismo escolar. Si bien es cierto, que la presencia de conductas violentas supone una gravedad que entroncaría claramente con el término “delito” y nos pondría en evidencia del peligro en el que se encontraría el adolescente, ya que si contamos con la influencia de diferentes factores de riesgo personales y sociales asociados, es muy probable que su comportamiento persista hasta la edad adulta y pueda llegar a ser condenado, siendo este el primer peldaño de una carrera delictiva. Digamos por tanto, que pueden existir conductas antisociales sin violencia, que su presencia agravaría el patrón comportamental y que suelen aparecer en fases avanzadas de su desarrollo, sobre todo en la adolescencia y principios de la edad adulta (Broidy et al., 2003; Pfeiffer, 2004; Thornberry, 2004; Tremblay, 2001, 2003).

Así, el Cuadro 1.2., integra los aspectos diferenciales y compartidos que puedan existir entre los diferentes conceptos relacionados con la conducta antisocial. Se considera el concepto de *conducta problema* como el más global, que incluye comportamientos considerados como problemáticos por sus propias características, pero que a su vez pueden ser clasificados como normativos o propios del desarrollo evolutivo del niño (p. ej. las pataletas de un niño al separarse de los padres, peleas con los compañeros) o, por el contrario, desviados de la norma. Estos últimos corresponden más bien al concepto social de *conducta desviada*, término muy general que incluye tanto comportamientos infrecuentes o molestos para la mayoría de la sociedad (p. ej., tatuajes o vestimentas de algunos grupos minoritarios), así como comportamientos que transgreden las normas sociales o violan los derechos de los demás, correspondiendo finalmente éstos al concepto de *conducta antisocial*.

Como podemos observar en el Cuadro 1.2., las *conductas antisociales* pueden cumplir criterios legales para ser denominadas como *delitos* (p. ej. robar, vandalismo), pudiendo cumplir también criterios diagnósticos para ser consideradas como parte de un *trastorno psicopatológico* (p. ej. trastorno disocial). Pueden presentarse, a su vez, asociadas a comportamientos *agresivos y/o violentos* (p. ej. homicidio, abuso sexual) o no tienen por qué cumplir ninguna de estas acepciones (p. ej. absentismo escolar). Esta variedad de conceptos ponen en evidencia la gran heterogeneidad de dichos comportamientos.

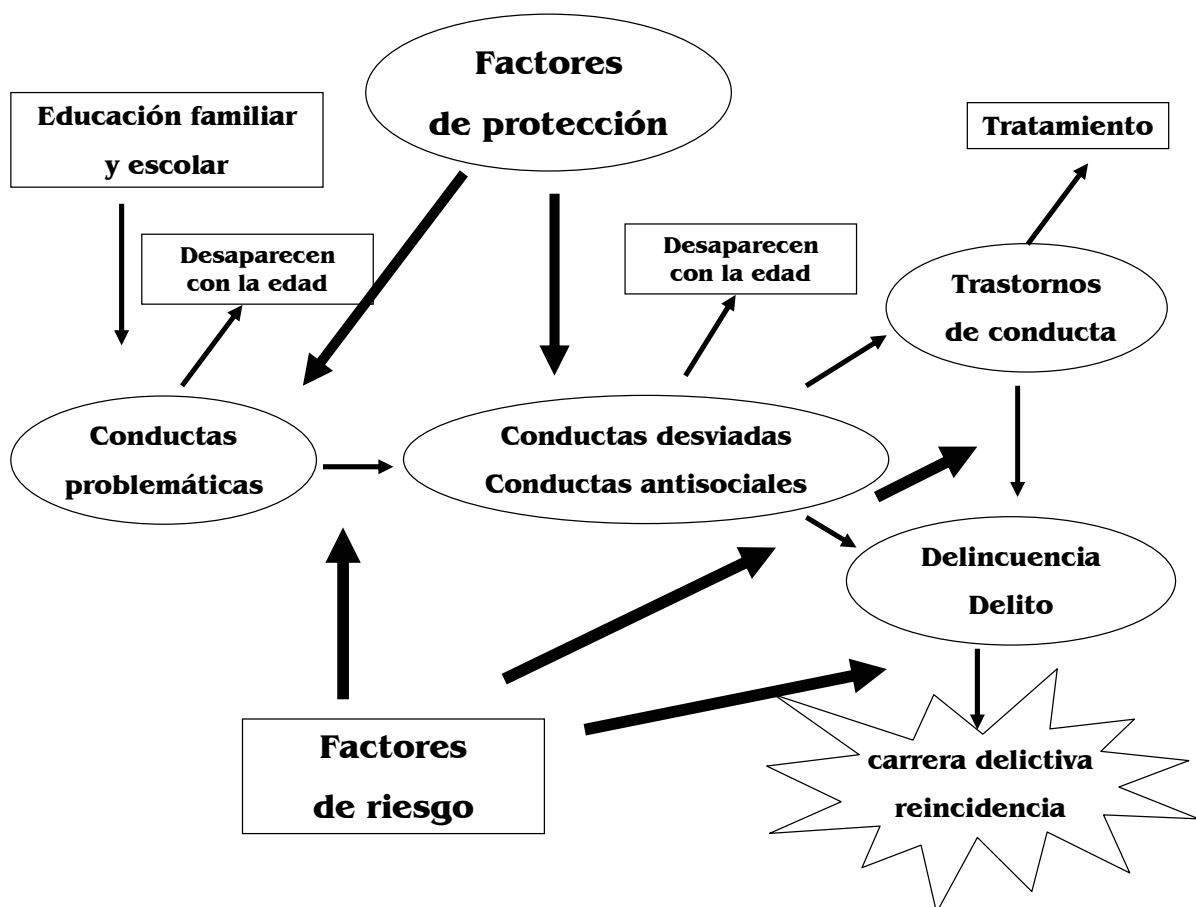
Mientras que todos los delitos son considerados conductas antisociales, no todos los trastornos psicopatológicos conllevan la presencia de dichas conductas. Una conducta antisocial puede ser delito y formar parte de un trastorno clínico, por ejemplo, la conducta de robo manifestada dentro de un trastorno disocial. De la misma forma, la conducta antisocial puede o no presentar conductas agresivas y/o violentas. Por ejemplo, mientras que el robo no tiene por qué ir unido a dichas conductas, otras como el asesinato o el terrorismo suponen el extremo máximo en un continuo de violencia. Lo mismo ocurre con las conductas agresivas: si suponen una transgresión de las normas sociales pueden ser consideradas como antisociales, pero existe la posibilidad de que estas conductas sean socialmente aceptadas y adaptativas,

por lo que habría una serie de comportamientos agresivos que quedarían fuera de dicho epígrafe (p. ej. agredir físicamente a otro que te ataca en defensa propia o para defender a un ser querido).

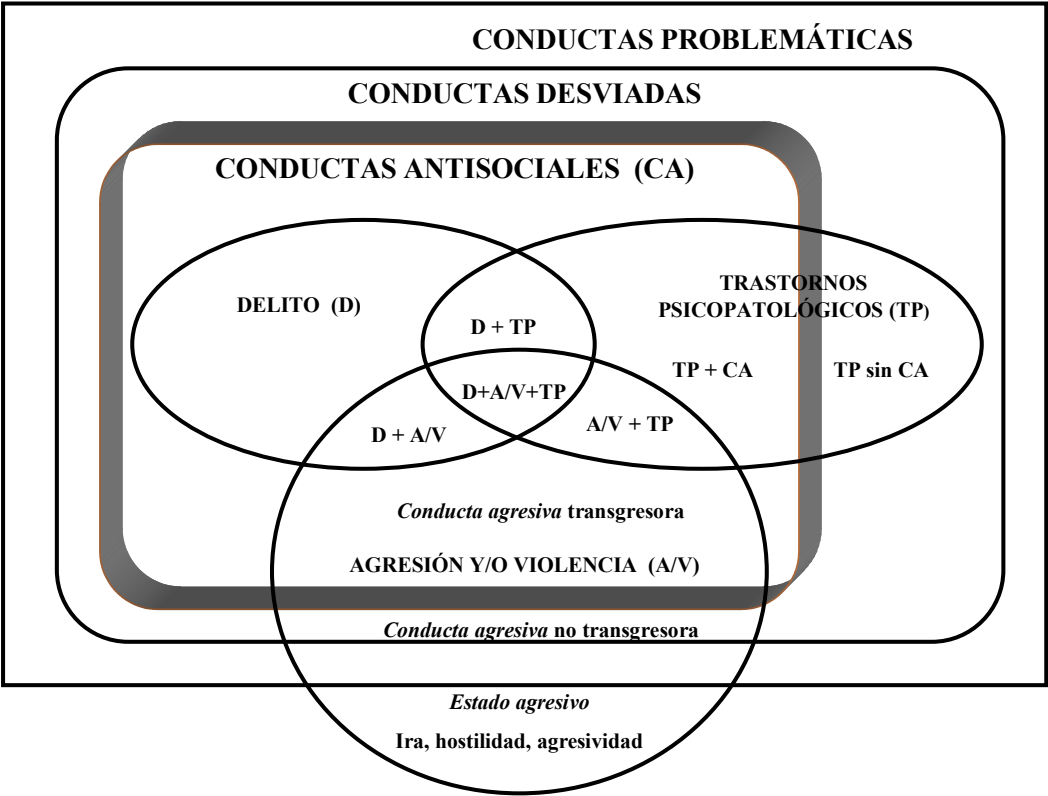
Por lo tanto, tendríamos dentro de las interrelaciones entre estos conceptos, diferentes subtipos de conductas antisociales. Por un lado, aquellas que son delito y además aparecen asociadas a un trastorno clínico (p.ej. consumo de drogas en un adolescente con trastorno negativista desafiante), aquellas que son delitos agresivos y/o violentos (p. ej. violencia doméstica o maltrato hacia un hermano), aquellas conductas agresivas y/o violentas que aparecen dentro de un trastorno clínico (p. ej. maltrato físico a los animales por parte de un adolescente con trastorno disocial) y, finalmente, aquellas que cumplen las tres características, es decir, son delito, son agresivas y/o violentas y además aparecen dentro de un trastorno clínico (p. ej. el adolescente con trastorno disocial que maltrata a su pareja).

Por último, quedaría señalar que el concepto de agresión hace referencia no sólo a conductas agresivas y/o violentas en sí mismas, sino además, a un *estado agresivo* que tendría que ver más bien con la presencia de variables de carácter temperamental y que preceden o potencian la aparición de la conducta agresiva como son la ira, hostilidad y agresividad.

Cuadro 1.1. Diferentes conceptos relacionados con la aparición y desarrollo de la conducta antisocial



Cuadro 1. 2. Relación entre los diferentes conceptos relacionados con la conducta antisocial



MODELOS Y TEORÍAS EXPLICATIVAS DE LA CONDUCTA ANTISOCIAL

2.1. Introducción

A lo largo de la historia, diversas teorías han intentado dar respuestas al por qué de la delincuencia y cuáles son sus causas. Algunas de ellas se han centrado en configuraciones biológicas de los individuos, otras han subrayado la importancia de los mecanismos sociales y otras, en cambio, han llamado la atención sobre características psicológicas o psicosociales. Estos enfoques han ido dando lugar a distintas teorías a lo largo del tiempo, pero con un éxito desigual. La supervivencia y la aceptación de cada una de las teorías han tenido que ver con diversas circunstancias, no sólo con su propia valía científica, sino también con el contexto social, institucional, académico e ideológico-político en el que aparecían, favoreciendo determinadas explicaciones y siendo desechadas otras (Romero, 1998).

El estudio de la conducta antisocial o la delincuencia ha vivido, a lo largo de la historia, intensas fluctuaciones entre el interés manifestado por los factores individuales y los factores externos o sociales como causas explicativas de dichos comportamientos. Estas fluctuaciones han sido determinantes para entender la proliferación de determinadas teorías frente a otras y cómo han ido surgiendo a lo largo del tiempo. Si miramos hacia atrás, veremos como existió un claro desplazamiento de las variables de interés y metodología a utilizar, desde lo más Biológico-Psicológico-Psiquiátrico hasta lo más Sociológico. En los últimos tiempos ha comenzado a surgir de nuevo el interés por los factores biopsicológicos en la comprensión de la conducta antisocial, apareciendo nuevas teorías que integran variables de carácter interno o individual a los diferentes contextos de socialización, ya sean a nivel macro o microsocioal.

Ante la dificultad que supone clasificar las teorías existentes, existiría la posibilidad de organizarlas dentro de un *continuo* en función del tipo de variables al que recurren a la hora de explicar la conducta antisocial, yendo, por tanto, desde el polo de lo más “*interno o individual*”, que recogería aquellas que parten de un enfoque psicobiológico, hacia el polo opuesto de lo más “*externo o social*” con teorías que defienden un enfoque puramente social. En medio de este continuo se situarían todas aquellas que, alejándose de las posturas polarizadas, defienden enfoques psicobiosociales, psicosociales y multifactoriales, enfoque que hoy por hoy, es el que parece explicar de forma satisfactoria la multicausalidad del comportamiento antisocial (Véase cuadro 2.1.).

A continuación, se describen los principales modelos y teorías explicativas sobre la génesis y/o mantenimiento de las conductas antisociales. Los factores de riesgo integrados en estas teorías constituyen los aspectos más relevantes a tener en cuenta, no sólo para la comprensión y explicación del propio comportamiento antisocial, sino también de cara a su oportuna prevención e intervención.

2.2. Del enfoque psicobiológico al psicobiosocial

Si comenzamos desde el polo de lo más “**interno o individual**”, es decir, aquellos autores que defienden que el comportamiento delincuente o antisocial se explica en función de la existencia de variables internas al propio individuo, nos encontraríamos primero con aquellas teorías que integran exclusivamente factores biológicos y psicológicos como fenómenos explicativos de la conducta antisocial. Dentro de este enfoque *psicobiológico*, las teorías más representativas serían las Evolucionistas, la Teoría de la personalidad de Cloninger (1987) y la Teoría de Eysenck (1964). Si avanzamos en el continuo podríamos encontrar cómo se va a añadir a los factores internos anteriormente expuestos, la importancia explicativa de ciertas variables que tienen que ver con los ámbitos de socialización más importantes, como pueden ser la familia y el contexto educativo-pedagógico. A esta nueva integración la denominaremos *biopsicosocial*, que estaría representada junto con la última reformulación de la Teoría de Eysenck (1983) sobre la conducta antisocial, por la Teoría de las personalidades antisociales de Lykken (1995) y la Taxonomía de Moffitt (1993).

2.2.1 Teorías Evolucionistas

El punto de partida de estas teorías sobre el estudio de la agresión y la violencia, se sitúa en la hipótesis de que las diferencias entre hombres y mujeres son más pronunciadas para aquellos tipos de agresión más extremos. De esta forma, los hombres mostrarían mayor agresión física que las mujeres mientras que habría una menor diferenciación para la agresión verbal. Asimismo, los hombres expresarían mayor impulsividad y hostilidad, siendo las diferencias ostensiblemente menores que para el caso anterior. Para la ira o el enfado apenas se constataría la existencia de diferencias (Archer et al., 1995).

Esta hipótesis se ha ido constatando ampliamente a través de múltiples estudios que usan tanto técnicas de auto-informe como experimentales, en los que invariablemente se muestra la existencia de mayores diferencias para la agresión física que para la verbal (Hyde, 1984). La práctica ausencia de dimorfismo sexual para la ira es además consistente con los diferentes estudios realizados sobre este tipo de emoción asociada al comportamiento agresivo (Averill, 1983). Asimismo, datos sobre actos violentos severos también sugieren que la diferencia sexual está más bien localizada en el grado de escalamiento de las acciones que siguen a la ira que en la frecuencia con la que el hombre o la mujer llegan a ser agresivos (Andreu et al., 1998; Archer, 1994).

Acorde al paradigma de la psicología evolucionista y teniendo presente la teoría de la selección sexual darwiniana (Trivers, 1972), el origen último de la violencia entre hombres sería optimizar la competición reproductiva entre aquellos varones sexualmente maduros dada, principalmente, su mayor variabilidad en el éxito reproductivo. De esta forma, se predeciría una mayor competitividad y toma de riesgos en hombres que en mujeres (Wilson y Daly, 1993), una disminución de las diferencias sexuales en agresión conforme avance la edad de

los sujetos y, un aumento de la agresión física en aquellos hombres con pocos recursos físicos (Archer et al., 1995).

Asimismo, desde esta perspectiva, determinadas circunstancias serían predictoras de la violencia en el hombre: a) en respuesta a un desafío de la auto-estima o reputación por otros individuos del mismo sexo (Campbell, 1986; Daly y Wilson, 1988); b) en la búsqueda de status o reputación en un ambiente competitivo; c) en los celos y posesividad sexual de la mujer (Daly y Wilson, 1988; Daly, Wilson y Weghorst., 1982) y d) en la disputa por determinados recursos, especialmente aquellos que son importantes para el status y para la atracción sexual de individuos del otro sexo (Buss, 1989, 1992; Ellis, 1992; Feingold, 1992). Por tanto, de forma simplificada, podríamos hablar, siguiendo a Archer et al. (1995), de tres situaciones básicas que serían predictoras de la agresión en el hombre: auto-estima y reputación, posesividad sexual y obtención de recursos.

Los planteamientos evolucionistas parten del reconocimiento de que a la conducta delictiva subyace un sustrato genético o procesos de heredabilidad biológica. Christiansen (1970) y Cloninger, Segvardsson, Bohman y Von Knorring (1982), basándose en ideas neodarwinistas, plantean que si hay genes que influyen en la criminalidad es porque ésta presenta ventajas para la reproducción de la especie y debió tener algún tipo de función adaptativa para nuestros ancestros (Ellis, 1998).

De esta forma y lejos de pretender desarrollar teorías generales e integradas, los evolucionistas buscan sentido a la conducta criminal, defendiendo que el delito contribuye de algún modo, a que los genes puedan transmitirse con éxito a las generaciones futuras y ofrecen explicaciones para tipos específicos de delito. Por ejemplo, la *violación* sería un medio para reproducirse de un modo prolífico (Thornhill y Thornhill, 1992) ya que mediante tácticas copulatorias forzosas el individuo puede transmitir sus genes sin realizar inversiones a largo plazo en la crianza de sus hijos. El motivo de los delitos de *malos tratos a la pareja* sería la amenaza de la infidelidad, puesto que si la pareja es infiel, el macho corre el riesgo de criar individuos que no portan sus genes, por tanto, el maltrato aparece como medio de mantener el acceso sexual exclusivo a su pareja (Smuts, 1993). De la misma forma, el *maltrato infantil y el infanticidio* (Belsky, 1993) se darán con más probabilidad si los recursos son limitados y el sujeto tiene más descendencia de la que puede criar; así dichos actos podrán conseguir que los esfuerzos de crianza se concentren en un número inferior de sujetos. En otros casos, el maltrato se puede dirigir hacia los hijos con “desventajas” reproductivas (anomalías físicas y mentales) y que no serán “buenos” transmisores de la información genética; o cuando no existe una relación genética entre padres e hijos (hijos adoptivos o padrastros) se predice una mayor probabilidad de negligencia y malos tratos al niño.

Otros planteamientos evolucionistas intentan explicar la delincuencia en general, sin centrarse en tipos específicos de delitos. Así, algunas teorías sostienen que el crimen es el resultado de una competitividad extrema (Charlesworth, 1988), donde las acciones utilizadas para luchar por los recursos necesarios para nuestra supervivencia pasan a ser consideradas delictivas.

Una de las teorías evolucionistas más conocidas es la **Tª del continuo “r/K”** (Rahav y Ellis, 1990; Rushton, 1995) o del “mating/parenting” (emparejamiento/crianza) (Rowe, 1996). El concepto de continuo “r/K” se refiere a las estrategias que utilizan los organismos a fin de reproducirse con éxito. Existe un continuo donde se sitúan todos los organismos animales, los

más próximos al polo “r” se reproducen rápida y abundantemente invirtiendo poco tiempo y esfuerzo en la crianza de la descendencia, los próximos al polo “K” se reproducen lentamente y dedican mucho tiempo y energía a la crianza. Las distintas especies se sitúan a lo largo de ese continuo, los humanos seguimos una estrategia tipo “K”, por contra, la criminalidad y la psicopatía son propias de individuos tendentes a la estrategia “r”, buscando una reproducción extensa sin dedicar esfuerzos al cuidado de las crías y sin preocuparse por la estabilidad familiar o económica realizando actos considerados como “delictivos” o “psicopáticos”. La estrategia “r” es más común en los hombres por ello la teoría predice que la criminalidad será mayor en los varones. Hipotéticamente las razas donde el tipo “r” es más común, la conducta antisocial será más probable, lo que explicaría que en sujetos de raza negra se han encontrado tasas más altas de delitos que en los blancos y en éstos, tasas más altas que en los orientales (Ellis y Walsh, 1997). Estos temas han sido considerados por sus propios defensores como ideológicamente “sensibles”(Ellis, 1998) y la imagen “animal” y descarnada que nos presentan no es precisamente una imagen atractiva o fácil de asumir (Rowe, 1996). Así, reconocen que aunque exista influencia genética, los genes no “determinan” la conducta de un modo inevitable. El aprendizaje es fundamental en la configuración del comportamiento antisocial, aunque es evidente que lo genético determinaría porque unos individuos aprenden más determinadas conductas y no otras.

Los bioevolucionistas a pesar de admitir que sus teorías son demasiado nuevas para poder determinar su validez (Ellis, 1998), proporcionan explicaciones que pueden permitir generar nuevas hipótesis para la predicción del crimen.

2.2.2. Teoría Tridimensional de Personalidad de Cloninger

Cloninger (1987) postula la existencia de tres dimensiones de la personalidad, cada una de las cuales estaría definida según un neurotransmisor específico presente en las vías neuronales del sistema cerebral. Estas dimensiones de personalidad se pueden presentar en diferentes combinaciones en los seres humanos y estar genéticamente determinadas dando cuenta, por lo tanto, de la organización funcional que subyace a la personalidad de cada individuo. Dichas dimensiones son: la *búsqueda de novedad*, la *evitación del daño* y la *dependencia de la recompensa*.

La *búsqueda de la novedad* sería una tendencia genética hacia la alegría intensa o la excitación como respuesta a estímulos nuevos o a señales de potenciales premios o potenciales evitadores del castigo, los que guiarían a la frecuente actividad exploratoria en la búsqueda incesante de potenciales recompensas así como también la evitación activa de la monotonía y el castigo potencial.

La *evitación de la daño* sería una tendencia hereditaria a responder intensamente a señales de estímulos aversivos, de allí que el sujeto aprende a inhibir conductas para evitar el castigo, la novedad y la no gratificación frustradora. Si el evento es conocido, el individuo va a dar una respuesta, pero si es desconocido para él, la respuesta será interrumpida. En otras palabras, esta dimensión involucra al sistema de inhibición conductual que actúa interrumpiendo las conductas cuando se encuentra algo inesperado. Las vías neuronales implicadas en este sistema presentan como neurotransmisor principal la serotonina. El aumento en la actividad serotoninérgica inhibe también la actividad dopaminérgica, ya que ambas áreas están interrelacionadas. De este modo, se puede apreciar que al inhibir conductas, ya sea

frente a castigos o a recompensas frustradas, disminuyen también las actividades exploratorias de los individuos.

La *dependencia de la recompensa* sería la tendencia heredada a responder intensamente a señales de gratificación, particularmente señales verbales de aprobación social, sentimentalismo y a mantener o resistir la extinción de conductas que previamente hayan sido asociadas con gratificación o evitación del castigo. En otras palabras, el sujeto responde intensamente a señales de recompensa tales como aprobación social, afecto, ayuda y se resiste a la extinción de conductas que previamente han sido asociadas a recompensas o al alivio del castigo.

Esta resistencia a la extinción es postulada como un aprendizaje asociativo del sistema cerebral, el cual es activado por la presentación de un refuerzo o al alivio de un castigo, posibilitando así la formación de señales condicionadas. La norepinefrina o noradrenalina es el principal neuromodulador en los procesos de aprendizajes asociativos, ya que una disminución en la liberación de noradrenalina interrumpe la posibilidad de crear nuevas asociaciones, inhibiendo el proceso de condicionamiento entre estímulos y respuestas.

Los individuos que presentan altos índices en búsqueda de novedad y niveles promedios en las otras dos dimensiones se caracterizan por ser impulsivos, exploratorios, excitables, volubles, temperamentales, extravagantes, y desordenados. Ellos tienden a comprometerse rápidamente en nuevos intereses o actividades, sin embargo se distraen o aburren con facilidad de las mismas. También, están siempre listos para pelear. En contraste, individuos que presentan bajos índices en búsqueda de novedad y niveles promedios en las otras dos dimensiones se caracterizan por ser lentos en comprometerse con nuevas actividades y a menudo, se vuelven preocupados por los detalles y requieren un considerable tiempo de reflexión antes de tomar decisiones. Ellos son descritos como típicamente reflexivos, rígidos, leales, estoicos, de temperamento lento, frugales, ordenados, y perseverantes, rasgos característicos de los sujetos pasivo- dependientes o de personalidad ansiosa (Tipo I).

En base a estas dimensiones, el autor establece dos grandes tipos de personalidad, el Tipo I y el Tipo II, que aunque dicha clasificación se ha dirigido básicamente para explicar el alcoholismo, es aplicable a cualquier problema antisocial o delincuente. Así, el Tipo II, estaría asociado con rasgos característicos de los individuos con personalidad antisocial (Cloninger, 1987), de tal forma que haciendo referencia a la tríada dimensional propuesta, encontraríamos:

- a) Alta búsqueda de novedad, es decir, individuos impulsivos, exploradores, excitables, desordenados y distraídos.
- b) Baja evitación del daño, es decir, individuos confiados, relajados, optimistas, desinhibidos, energéticos y descuidados.
- c) Baja dependencia a la recompensa, es decir, individuos socialmente desapegados, emocionalmente fríos, prácticos, tenazmente dispuestos e independientes.

2.2.3. Teoría de la personalidad delictiva de Eysenck

Dentro de las aproximaciones psicobiológicas, destacaría la Teoría de la personalidad delictiva de Eysenck, quien basándose en los principios generales de su teoría de la personalidad, intenta dar una explicación de la conducta antisocial. Eysenck (1964) asume

que las conductas infractoras de las normas sociales son una derivación natural del hedonismo humano, por tanto, lo que sería necesario aprender sería el comportamiento convencional. Así, a lo largo del desarrollo del individuo, se producirán múltiples asociaciones entre la infracción de normas y la administración de castigo por parte de padres, profesores, iguales y otros agentes de socialización. Por condicionamiento clásico la persona aprenderá a contener su tendencia a la transgresión y evitará esos comportamientos. Sin embargo, habrá sujetos cuyo condicionamiento sea lento y débil, presentando por tanto más dificultades para que aparezca la “conciencia social” y que ejerza como fuerza disuasoria de la conducta desviada o antisocial. Así, los sujetos *introvertidos* (personas reservadas, tranquilas, pacientes y fiables), debido a su mayor nivel de activación corticorreticular, mostrarán una mayor condicionabilidad e interiorizarán con mayor facilidad las pautas de conducta convencionales. Por contra, los *extravertidos* (seres sociables, excitables, impulsivos, despreocupados, impacientes y agresivos), serán más propensos a realizar comportamientos antinormativos, por ser mas difíciles de condicionar.

Además, el sujeto extravertido se caracterizará por el deseo de correr riesgos y de experimentar fuertes emociones, que podrían estar en la base de los comportamientos delictivos de muchos jóvenes. Por tanto, existiría una relación positiva entre extraversión y conductas desviadas.

La dimensión de *neuroticismo* (preocupación, inestabilidad emocional y ansiedad) también jugaría un importante papel en la conducta delictiva ya que actuaría como impulso, multiplicando los hábitos conductuales adquiridos de los extravertidos o introvertidos. Así un alto grado de neuroticismo en los extravertidos reforzaría su conducta antisociales mientras que en los introvertidos contribuiría a mejorar su socialización.

Finalmente, tras la integración del *psicoticismo* a su teoría de la personalidad, postulará que los delincuentes puntuarán también alto en esta dimensión, ya que sus características de frialdad afectiva, hostilidad, insensibilidad y despreocupación conllevarán a una mayor probabilidad de violar las normas sociales. Por tanto, un delincuente tenderá a ser un individuo con altas puntuaciones en las tres supradimensiones. Asimismo, no hay que olvidar que dichas dimensiones tienen una importante carga biogenética, por lo que la delincuencia se verá también influenciada por la herencia biológica.

Aunque es evidente que la teoría de Eysenck parte de un enfoque psicobiológico, más tarde reconocerá la importancia del componente contextual del individuo, definiendo él mismo a su modelo explicativo de la delincuencia como “biopsicosocial” (Eysenck, 1983).

Estudios posteriores realizados en España intentan confirmar la teoría de Eysenck, encontrando que la variable psicoticismo (muy relacionada con la necesidad de estimulación) aparece más asociada al delito que la variable extraversión, mientras que la variable neuroticismo parece no tener relación con la delincuencia (Carrillo y Pinillos, 1983; Pérez, 1984; Pérez et al., 1984; Valverde, 1988). Además, Pérez (1984) encuentra que personas que tuvieran una alta necesidad de estimulación, junto con poca susceptibilidad al castigo (personas extravertidas tal y como indican Barnes 1975; Eysenck, 1976; Lynn y Eysenck, 1961; Schallin, 1971), serían más susceptibles a cometer conductas antisociales. No obstante, García-Sevilla (1985) concede mayor importancia a la baja susceptibilidad al castigo, puesto que la necesidad de estimulación sería una consecuencia de una baja sensibilidad al castigo.

2.2.4. Teoría de las personalidades antisociales de Lykken

A pesar de ser conocido por sus trabajos pioneros en la psicofisiología de los delincuentes y haber desarrollado un modelo donde la dotación biológica es fundamental, pretendiendo reconocer la importancia de la herencia biológica en la determinación de nuestra conducta, plantea que para tener un comportamiento adaptado a las normas sociales también es necesario un proceso de socialización que nos inculque hábitos adaptados a las reglas. Este proceso dependerá por tanto de dos factores: las prácticas educativas de los padres (que han de supervisar la conducta del niño castigando las desviadas y estimulando las alternativas) y las características psicobiológicas heredadas que faciliten o dificulten el proceso de adquisición de normas. Esta interacción conducirá a una socialización satisfactoria o, por contra, a un comportamiento delictivo.

Así, Lykken (1995) distingue dos tipos de delincuentes: los *sociópatas* y los *psicópatas*. Los primeros son los más numerosos dentro de las personalidades antisociales y son el resultado de una disciplina parental deficitaria. El sustrato biológico del individuo es normal, pero la incompetencia de los padres impide la adquisición de normas sociales. Los psicópatas, por el contrario, son individuos que por su configuración psicobiológica son difíciles de socializar, incluso con padres habilidosos y competentes.

Las características psicobiológicas que dificultan la socialización según el autor serían: la impulsividad, el afán por el riesgo, la agresividad y, sobre todo, la falta de miedo. El pilar fundamental de la socialización es el castigo de las conductas desviadas; si el sujeto tiene “impulso” de cometerla sentirá miedo y se abstendría de realizarla. Pero si el sujeto es poco propenso a sentir miedo no se producirá el aprendizaje de las normas. Lykken recoge una amplia evidencia experimental que avala la “falta de miedo” en los psicópatas. Su propuesta enlaza con los trabajos que ponen de relieve las dificultades de los delincuentes en ciertas tareas del aprendizaje (Eysenck, 1964; Newman y Kosson, 1986). Por su dotación genético-biológica, ciertos sujetos tienen dificultad para aprender del castigo y su socialización fracasará. De la misma forma, Lykken insiste en la importancia de la prevención, proponiendo la necesidad de que los padres deben ser educados adecuadamente, sobre todo cuando los niños son “difíciles” y han de estar preparados para crear vínculos afectivos fuertes con sus hijos, supervisar sus conductas y ser consistentes en su educación. Un proceso de entrenamiento previo a la paternidad y la articulación de un sistema de “permisos” prevendrían el desarrollo de personalidades antisociales.

2.2.5. Teoría de la Taxonomía de Moffitt

La presente teoría intenta explicar la relación que existe entre edad y delincuencia. A pesar de que dichos comportamientos se manifiestan con cierta estabilidad en los individuos, lo cierto es que también podemos observar como las cifras delictivas se “disparan” al llegar a la adolescencia y decrecen posteriormente. Para explicarlo, Moffitt (1993) señala que existen delincuentes “persistentes” e individuos con una delincuencia “limitada a la adolescencia”. Ambos tipos de delincuencia responden a causas diferentes, desarrollando dos teorías complementarias.

En cuanto a la delincuencia “persistente”, sus orígenes se sitúan en etapas tempranas de la vida. Una combinación de características personales o psicobiológicas (déficits neuropsicológicos -irritabilidad, hiperactividad, impulsividad-, problemas perinatales, -

malnutrición en el embarazo, exposición a agentes tóxicos, complicaciones en el parto-, y factores genéticos) y del contexto educativo-pedagógico, actuarían como motor de la conducta antisocial. Esto hace que los niños sean difíciles de educar, incluso en los ambientes más favorables. Las características de padres e hijos aparecen correlacionadas iniciándose un proceso de interacción recíproca entre un niño vulnerable y un ambiente adverso. Así el aprendizaje de las normas se vería dificultado y el individuo desarrollaría conductas socialmente inadaptadas, produciéndose además un efecto “acumulativo”. Moffitt considera que el síndrome de conducta antisocial “persistente” puede ser considerado como una forma de “anormalidad” psicopatológica.

En cuanto a la delincuencia “limitada a la adolescencia” se considera como un comportamiento normal, no patológico. Frecuentemente se produce en individuos sin historia previa de conducta antisocial. Este tipo de comportamientos se consideran un fenómeno prácticamente normativo, que no tiene relación con las características personales del individuo y que desaparece progresivamente a medida que el individuo va accediendo a los roles adultos.

De esta forma, Moffitt introduce una interesante taxonomía que insta a examinar la delincuencia desde una perspectiva evolutiva y que muchos autores han comenzado a aplicarla en sus estudios sobre la delincuencia (Mazerolle et al., 1997; Raskin, White y Bates, 1997).

2.3. Del enfoque sociológico al psicosocial

Si comenzamos por el polo opuesto del continuo de lo más “**externo o social**”, partiendo de la idea de que la conducta antisocial se genera siempre dentro de un contexto social determinado, nos encontraríamos con el enfoque *sociológico*, que explicaría el comportamiento antisocial en función exclusivamente de la influencia de variables externas al individuo o relativas a su mundo social, centrándose básicamente en los factores macrosociales o más lejanos al individuo y minimizando, por tanto, el papel de los factores biológicos y psicológicos en la aparición de la conducta antisocial. Las Teorías Ecológicas o la Tª de la Anomia serían claros ejemplos del enfoque sociológico. Sin embargo, poco a poco las teorías van a ir introduciendo la importancia de las variables psicológicas para poder explicar porqué ante situaciones y contextos similares, no todos los individuos desarrollan comportamientos antisociales ni son de la misma gravedad o persistencia, dando lugar a un nuevo enfoque denominado *psicosocial*.

Dentro del enfoque psicosocial, habría teorías que priorizando lo social frente a lo psicológico, desplazan su interés de estudio desde los factores macrosociales o más lejanos al individuo, como la comunidad, el estatus socioeconómico o la desorganización social (p. ej., Tª de asociación diferencial, Tª de las subculturas y la Tª de la desigualdad de oportunidades) hacia los más próximos o microsociales como pueden ser la familia, el colegio y el grupo de iguales (p.ej., Modelo integrador de Elliott, Modelo del desarrollo social de Catalano y Hawkins, Modelo de coerción de Patterson, Tª integradora de Farrington). Otras, sin embargo, priorizan lo psicológico frente a lo social (p.ej., Tª del autorrechazo de Kaplan, Tª del autocontrol de Gottfredson y Hirschi, Tª de la Tensión frustración de Agnew y la Tª de la acción razonada de Fishbein y Azjen) y por último, otras defenderán una postura más integradora y multicausal (p.ej., Tª interaccional de Thornberry y la Tª de la conducta problema de Jessor y Jessor).

Así, el grupo de teorías que se describen a continuación van a situarse dentro del continuo en función de: a) el grado de importancia que concedan a las variables psicológicas para desarrollar comportamientos antisociales, comenzando así por las más sociológicas y terminando por las más psicosociales; b) si consideran, en mayor o menor medida, que la conducta antisocial se debe a los procesos deficientes de socialización de los individuos dentro de los ámbitos macrosociales como son la comunidad, las estructuras de control social o la propia desorganización social o, por el contrario, son los ámbitos microsociales como la familia, la escuela o las amistades las que guían incorrectamente la socialización del individuo; y por último, c) si defienden la multicausalidad de la conducta antisocial (véase Cuadro 2.1.) .

Si tenemos en cuenta que el fin último de la investigación dentro de este área es poder llegar a prevenir dichos comportamientos, va a ser desde el *enfoque psicosocial* de donde partan las principales teorías explicativas que van a servir de base tanto para el desarrollo de investigaciones como para la elaboración de los principales programas de intervención, ya que, y aun considerando la importancia que puedan tener los factores biológicos, a nivel práctico, los programas preventivos trabajan básicamente con variables modificables tanto psicológicas o individuales como sociales y, dentro de estas últimas, las relativas a los ámbitos más inmediatos de interacción del joven o adolescente, los llamados “microsociales” (familia, colegio y grupo de iguales). Es precisamente desde este enfoque psicosocial multifactorial del que partirá la presente investigación.

2.3.1. Teorías ecológicas

El exponente más claro de las teorías ecológicas lo constituye la *Escuela de Chicago*, fundada por Robert E. Park, que se caracterizó por estudiar la criminalidad desde una perspectiva ecológica y puramente social, relacionando el fenómeno criminal con la estructura social en la que se desenvuelve y en función del ambiente que le rodea (cit. en Vázquez, 2003).

Las teorías ecológicas parten de la idea de que la ciudad “produce” delincuencia. En el seno de la gran urbe, existen zonas o áreas muy definidas donde ésta se concentra. Explican el efecto criminógeno de la gran ciudad acudiendo a los conceptos de *desorganización* y *contagio* inherentes a los modernos núcleos urbanos y, sobre todo, invocando al debilitamiento del control social que en éstos tiene lugar. El deterioro de los grupos primarios (familia), la modificación cualitativa de las relaciones interpersonales que se tornan superficiales, la alta movilidad y consiguiente pérdida de arraigo al lugar de residencia, la crisis de los valores tradicionales y familiares, la superpoblación, la tentadora proximidad a las áreas comerciales e industriales donde se acumula riqueza y el mencionado debilitamiento del control social crean un medio desorganizado y criminógeno (García-Pablos, 2001).

Uno de los principales trabajos que asume el esquema ecológico fue el desarrollado por Burgess (cit. en Vázquez, 2003), con la idea central de *la hipótesis zonal*, donde analiza la delincuencia en la ciudad de Chicago, EE.UU. Se postula la división de la ciudad en zonas concéntricas: en el interior se encontraría la zona de negocios y alrededor de ésta la *zona de transición* donde aparecerían fábricas, suburbios y el barrio chino. La tercera zona estaría compuesta por gente trabajadora y alrededor de éstos aparecerían las dos últimas zonas con cada vez más hogares fuera del alcance de los suburbios. Según Burgess, el área de transición sería la zona de mayor desorden y potencialmente más delincuente, ya que presenta graves

carencias de integración por la constante llegada de inmigrantes de diferentes culturas y, donde los niños en particular, tienen dividida su lealtad entre sus costumbres de procedencia y su nuevo hogar.

En esta línea, Shaw y McKay (1972) concluyen que el ser delincuente no radica en la existencia de diferencia individuales, sino en las características diferenciales de los barrios donde viven, ya que demuestran que las tasas de delincuencia descienden en función directa al distanciamiento del centro de la ciudad y su zona industrializada, incrementándose cuanto más nos aproximamos a aquellos. Los autores se centran en que los barrios en los que hay un índice mayor de delincuencia acogen otros problemas como son la invasión de industrias, inmigración, desempleo, enfermedades o edificios deteriorados. Estos barrios están desorganizados socialmente y los jóvenes contactan con grupos delictivos organizados que les implican en sus actividades; aprendiendo, de esta forma, técnicas de actuación y actitudes propias de los miembros de esos grupos antisociales. Desde esta perspectiva, para los autores la solución al problema de la criminalidad, no reside en tratamientos individualizados a los delincuentes, sino en apuntalar el tradicional control social en los barrios desorganizados para lograr su estabilización.

2.3.2. Teoría de la anomia

Partiendo de un enfoque social, Durkheim (1897) es el primero en utilizar el término de *anomia* para referirse al delito, si bien es cierto que no llegó a desarrollar una teoría completa del mismo. Este concepto expresa las crisis, perturbaciones de orden colectivo y desmoronamiento de las normas vigentes en una sociedad (el orden social), debido a la transformación o cambio social producido súbitamente. Lo que se pone de relieve es que en la sociedad actual, debido a los progresos económicos, se producen una serie de crisis económicas que alteran la armonía social, produciendo unos bruscos cambios y desajustes sociales que dejan a muchos individuos sin un soporte en que apoyarse, así como sin metas que alcanzar, haciendo que el individuo se sienta perdido, desorientado y sin referencias. Es entonces cuando se produce el estado de anomia, que lleva al suicidio o la criminalidad. Por tanto, la anomia es un fenómeno social que debido a la falta de regulación suficiente, empuja a los individuos a la desintegración y al no conformismo y, en último término, al delito.

La teoría de la anomia tuvo un mayor desarrollo con Merton (1972) y su *teoría de la estructura social y de la anomia*. Aunque parte de los conceptos de Durkheim, para Merton la anomia no es sólo un derrumbamiento o crisis de los valores sociales o normas por determinadas circunstancias sociales, sino, ante todo, el síntoma o expresión del vacío que se produce cuando los medios socioestructurales existentes no sirven para satisfacer las expectativas culturales de una sociedad. Por lo tanto, la conducta irregular puede considerarse sociológicamente como el síntoma de la discordancia entre las expectativas culturales preexistentes y los caminos o vías ofrecidos por la estructura social para satisfacer aquéllas. Dicha discordancia fuerza al individuo a optar por cinco de las vías existentes: conformidad, innovación, ritualismo, huida del mundo o rebelión (todas ellas, excepto la primera, son constitutivas de comportamientos desviados). La elección vendrá condicionada por el grado de socialización y el modo en que interiorizó los correspondientes valores y normas.

Lo más reseñable del análisis teórico de Merton es la posible explicación de las correlaciones entre variables como la delincuencia y pobreza. La pobreza traería consigo la limitación de oportunidades, pero ambas no serían suficientes para explicar la delincuencia.

Es la asociación de las limitaciones generadas por la pobreza, que dificultan la competición por los valores culturales, la que, junto a la importancia cultural del éxito como meta predominante, fomentan una conducta delictiva.

La teoría de Merton ha presentado muy a menudo evidencias empíricas poco favorables, a pesar de que muchos estudios han intentado relacionar la delincuencia y la disparidad entre aspiraciones y expectativas (Elliott y Voss, 1974; Liska, 1971). Además la teoría tradicional de la anomia, con su énfasis en los determinantes socioestructurales (clase social) se ha enfrentado a muchos estudios en los que la relación entre clase y delincuencia era, cuando menos, controvertida. De la misma forma, la teoría ha sido incapaz de explicar también la delincuencia que surge a menudo en las clases medias o por qué ciertos individuos que viven la anomia o “tensión” estructural delinquen mientras que otros no lo hacen.

2.3.3. Teoría de la asociación diferencial

Sütherland (1947) considera que se puede llegar a ser delincuente según el ambiente en que uno se haya desarrollado. Su teoría de la asociación diferencial, llamada también de los *contactos diferenciales*, postula que el comportamiento desviado o delincuencial, al igual que el comportamiento normal o social, es aprendido. Las personas al vivir en sociedad se relacionan continuamente con otras personas, pudiendo convivir y relacionarse más a menudo con personas favorables a la ley o, por el contrario, con personas que violan y fomentan la violación de la misma.

De acuerdo con Sütherland, un joven se volvería delincuente o tendría más posibilidades de serlo cuando las actitudes positivas frente al comportamiento desviado superan cuantitativamente a los juicios negativos hacia el mismo, es decir, cuando haya aprendido más a violar la ley que a respetarla.

Las asociaciones y contactos diferenciales del individuo pueden ser distintos según la frecuencia, duración, prioridad e intensidad de los mismos. Lógicamente, unos contactos duraderos y frecuentes deben tener mayor influencia que otros fugaces u ocasionales, del mismo modo que el impacto que ejerce cualquier modelo en los primeros años de la vida del hombre suele ser más significativo que el que tiene lugar en etapas posteriores; y que el modelo es tanto más convincente para el individuo cuanto mayor sea el prestigio que éste atribuye a la persona o grupos cuyas definiciones y ejemplos aprende (García-Pablos, 2001). Por tanto, los jóvenes delincuentes serían miembros “sanos” de una “sociedad enferma” que simplemente han estado expuestos a un estilo de vida delictivo.

La teoría de la asociación diferencial propone el aprendizaje de la conducta criminal en interacción con otras personas mediante un proceso de comunicación. Al pasar los jóvenes la mayor parte del tiempo con su *gente íntima* aprenderán progresivamente a ser delincuentes a través de la intercomunicación. El aprendizaje del comportamiento criminal implicaría no sólo técnicas para la realización del mismo, sino la modulación de motivos, impulsos, razones y actitudes.

El proceso de aprendizaje del comportamiento criminal surgiría por la asociación con modelos criminales y no criminales, conllevando todos los mecanismos necesarios en cualquier proceso de aprendizaje y provocando la adquisición de un exceso de definiciones favorables a la violación de la ley. En cualquier caso, aunque el comportamiento criminal es

una expresión de necesidades y valores generales, los motivos y necesidades generales no explicarían por completo el comportamiento criminal.

En síntesis, para este autor, la asociación diferencial con grupos antisociales o no antisociales, sería la única posible explicación del comportamiento criminal. Obviamente, esto es muy criticable por su marcado carácter reduccionista, y así el propio Sutherland señaló posteriormente que su teoría incumplía, entre otras cuestiones, algunas consideraciones de *oportunidad* para cometer actos delictivos (Binder, Geis, y Bruce, 2001).

2.3.4. Teoría de las subculturas

Cohen (1955) define las *subculturas* como aquellas estructuras que forman los grupos dentro de la sociedad y que se apartan o rechazan mayoritariamente la moralidad y ética de la mayoría. Para Cohen, la *pandilla* o *banda* de delincuentes sería un ejemplo claro de subcultura criminal, ya que las pandillas de delincuentes juveniles se reclutarían a base de muchachos frustrados por su procedencia de una clase social trabajadora. Al darse cuenta estos muchachos de su categoría inferior y entendiendo como exagerado el esfuerzo que se requiere para pasar a un estilo de vida de clase media, pueden reaccionar, repudiando los valores y pertenencias de la clase media. Así, aquel joven que no destaca entre los más “respetables” se autoafirma entre los antisociales mediante conductas de agresión y vandalismo. La escuela es el lugar donde muchos jóvenes de clase baja obtienen malos resultados, relacionándose finalmente este rendimiento con la delincuencia. El joven de clase baja formaría la subcultura en búsqueda de reducir su frustración, obteniéndose un mayor autoconcepto a través de la adquisición de valores antisociales.

Para Cohen, el joven inadaptado podría optar por tres alternativas: a) incorporarse al ámbito cultural de sus compañeros de clase media, pese a su inferioridad en condiciones; b) integrarse en la cultura de otros jóvenes de la calle, renunciando a posibles aspiraciones más elevadas; y c) integrarse en una subcultura delincuente.

Por tanto, las subculturas se formarían al existir un número de personas con similares problemas de adaptación para los cuales no habría soluciones institucionalizadas ni tampoco grupos de referencia alternativos que les dotasen de otro tipo de respuestas. En estos términos, es probable que si las circunstancias lo favorecen, estas personas “desorientadas”, acaben por encontrarse y unirse, creando una subcultura nueva que sirva de solución para sus problemas de adaptación social.

La subcultura opera como evasión a la cultura general o como reacción negativa frente a la misma; es una especie de *cultura de recambio* que ciertas minorías marginadas, pertenecientes a las clases menos favorecidas, crean dentro de la cultura oficial para dar salida a la ansiedad y frustración que padecen al no poder participar, por medios legítimos, de las expectativas que teóricamente a todos ofrece la sociedad. La vía criminal sería un mecanismo sustitutivo de la ausencia real de vías legítimas para hacer valer las metas culturales ideales que la misma sociedad niega a las clases menos privilegiadas (García-Pablos, 2001).

2.3.5. Teoría de la desigualdad de oportunidades

Esta teoría supone, en cierto modo, una combinación de las teorías de la anomia, de la asociación diferencial y de las subculturas. Cloward y Ohlin (1960) admiten la existencia de

profundas desigualdades entre las diversas clases sociales a la hora de acceder legítimamente a metas cultural y socialmente aceptadas. En respuesta a esta frustración, los miembros de los grupos más deprimidos se servirían de medios ilegítimos para conseguir sus objetivos. La innovación más importante aportada por estos autores es la de considerar que los jóvenes no acceden de la misma forma a los medios ilegítimos. La adquisición de un rol o papel conformista o desviado estará determinado por una variedad de factores, como la posición económica, la edad, el sexo, la raza o la personalidad.

Sólo en aquellos barrios en que el crimen aparece de forma estable e institucionalizado habría un campo fértil de aprendizaje para los jóvenes. Así, distinguen tres tipos de subculturas delincuentes según los diferentes tipos de barrios de clase baja:

- a) *Subcultura criminal*: Suele aparecer en barrios de clase baja relativamente estables, en los que las conductas antisociales son aceptadas como algo normal.
- b) *Subcultura del conflicto*: Suele aparecer en barrios menos estables. Se promueve el uso de la violencia para acceder a un estatus privilegiado.
- c) *Subcultura de la retirada o abandono*: Hay individuos que fracasan en las dos estructuras posibles de oportunidades, legítimas e ilegítimas. Se eligen formas de vida alternativas a las de su comunidad alrededor de las drogas, el alcohol u otras formas de evasión.

Quizás, la dificultad más grave de la teoría radica en que no explica porqué solo un pequeño segmento de los jóvenes de clase social baja recurren a la delincuencia, ya que las menores oportunidades legítimas afectan a todos los miembros de esa clase (Garrido, 1987).

2.3.6. Teoría de las técnicas de neutralización

Matza y Sykes (cits. en Vázquez, 2003) proponen como solución a las discrepancias entre la teoría de la asociación diferencial y la de las subculturas, la teoría de las “técnicas de neutralización”. Para Matza (1964), los delincuentes juveniles no son completamente diferentes de los demás jóvenes ni están en absoluto alejados del orden social dominante. La mayor parte del tiempo actúan de acuerdo a la normativa imperante. En este sentido, la delincuencia, en su mayor parte, sería trivial y ocurriría usualmente en el período entre la infancia y la edad adulta cuando la aceptación por un grupo social o generacional se considera importante. Junto con los valores convencionales sociales, existirían unos valores subterráneos que son aquellos hacia los que los jóvenes delincuentes tenderían a actuar.

La teoría de la neutralización recibe su nombre debido a que los jóvenes descubren la inconsistencia y vulnerabilidad de las leyes imperantes, que implícitamente contienen sus propias formas de neutralización. Por lo tanto, los jóvenes delincuentes lo que aprenderían serían ciertas técnicas capaces de neutralizar los valores convencionales, racionalizando y autojustificando así la conducta desviada de los patrones de las clases medias.

Según señalan los autores, dichas técnicas de autojustificación son genuinos mecanismos de defensa con los que el infractor neutraliza su complejo de culpa, autojustifica y legitima su conducta y mitiga la respuesta social. Las principales técnicas de neutralización serían: la exclusión de la propia responsabilidad, la negación de la ilicitud y nocividad del comportamiento, la descalificación de quienes han de perseguir y condenar a éste, la

apelación a la supuesta inexistencia de víctimas del mismo y la invocación a instancias y móviles superiores (García-Pablos, 2001).

2.3.7. Teoría del control o arraigo social

Esta teoría distingue entre el control ejercido desde las fuentes externas al individuo y el control ejercido por el propio individuo (Hirschi, 1969). El primero de los agentes de control es el social y, el segundo, el autocontrol (teoría que más tarde desarrollará Gottfredson y Hirschi, 1990). La sociedad ejerce presión sobre sus miembros a través de modelos de conformidad. El control social es el mecanismo para frenar y evitar la comisión de actos delictivos y antisociales. Aquellos sujetos que no tienen vínculos sociales presentarán una mayor predisposición a delinquir que aquellos que presenten un fuerte arraigo social.

Hirschi (1969) considera cuatro variables o formas de control, representadas por un fuerte vínculo social, que explican la conducta conforme a las normas sociales:

- a) *Afecto*: Se desarrolla mediante una interacción íntima y continuada, poniendo en evidencia la medida en que los padres o profesores supervisan el comportamiento de los hijos, así como el grado en que se comunican adecuadamente con ellos. El vínculo afectivo es más importante que el contenido específico del aprendizaje resultante del mismo.
- b) *Compromiso*: Es el grado mediante el cual los propios intereses individuales han sido invertidos en determinadas actividades fijas o establecidas. Sería la racionalización del cálculo de las potenciales ganancias o pérdidas que los individuos registran al realizar una conducta antisocial.
- c) *Participación*: Se supone que muchas personas se comportan de acuerdo a la ley por falta de oportunidades de hacerlo de otra forma. La delincuencia juvenil podría prevenirse ayudando a los jóvenes a estar ocupados y fuera de las calles. En este sentido, la participación, considerada como un “desgastador” natural de tiempo y energía, supone un buen agente de control social.
- d) *Creencia*: Vínculo ideológico asociado a los valores y normas que cuentan con el respaldo social. Las creencias personales no son interiorizadas a no ser que haya un refuerzo social constante.

Así, Hirschi resalta la importancia de dos sistemas convencionales de control social, a través de los cuales los adolescentes pueden desarrollar adecuadamente sus vínculos con la sociedad: la familia y la escuela. El cariño y afecto hacia los padres, así como ser un buen estudiante, fortalece su moral y hará menos probable la comisión de delitos.

La aplicación de esta teoría supone que mejorando el arraigo social de los jóvenes (apego a los padres, compromiso con valores prosociales, participación en actividades prosociales y fortalecimiento de las creencias morales) se logrará una reducción del comportamiento delictivo de los jóvenes. La teoría de Hirschi cuenta en la actualidad con un apoyo empírico considerable.

2.3.8. Teoría del aprendizaje social de Bandura

Las teorías del aprendizaje explican la conducta delictiva como un comportamiento aprendido, ya sea basándose en el condicionamiento clásico, el operante o el aprendizaje observacional.

El aprendizaje observacional supera, en general, las limitaciones impuestas por el condicionamiento clásico y el operante; que aunque podían explicar la génesis y el mantenimiento de algunas conductas delictivas, presentan notables dificultades para explicar la totalidad de dichas conductas (la aparición de respuestas que no existen previamente en el repertorio conductual de los sujetos).

La teoría del aprendizaje social (Bandura, 1969, 1977) parte de que el sujeto puede aprender nuevas conductas mediante la observación de modelos, ya sean reales o simbólicos; representando una vía rápida y efectiva en la adquisición de las múltiples y complejas conductas que el ser humano es capaz de exhibir. El modelado jugaría un papel importante en el aprendizaje y ejecución de las conductas delictivas. Consecuentemente, los niños y adolescentes aprenderían primordialmente aquello que observan en sus padres, maestros, compañeros, personajes de la televisión o cualquier otro modelo significativo.

Para Bandura (1969), son tres las fuentes importantes de aprendizaje de la conducta agresiva: a) la *influencia familiar*, que sería la principal fuente de aprendizaje de la agresión, modelándola y reforzándola; b) las *influencias subculturales*, que son los determinantes provenientes del lugar donde reside una persona, así como los contactos que tiene con la propia subcultura y, c) el *modelado simbólico*, que haría referencia al aprendizaje por observación de modelos reales y/o de imágenes, palabras y acciones agresivas y amorales a través de los medios de comunicación social.

Para Feldman (1978), añadiendo la participación conjunta de factores cognitivos y situacionales a las consideraciones del aprendizaje social, postula que no sólo se aprenderían conductas delictivas por observación de modelos, sino que existirían una serie de aspectos cognitivos moduladores que influirían sobre el aprendizaje vicario. Así, modularían al aprendizaje por observación factores tales como los valores, la consolidación de actitudes y los procesos de atribución.

Más recientemente, Bandura (1986) redenomina a la teoría del aprendizaje social bajo el nombre de teoría cognitiva social, sosteniendo la existencia de una interacción recíproca entre las influencias ambientales externas, la conducta y los factores personales y cognitivos, donde el concepto de “autoeficacia” o percepciones que tiene el individuo de sobre su capacidad de actuar, adquiere un papel central como elemento explicativo de la adquisición, mantenimiento y cambio de la conducta.

2.3.9. Teoría de la anticipación diferencial

Glaser (1979) postula un modelo teórico que integra elementos de la teoría de la asociación diferencial (Sutherland, 1947), de la teoría de la desigualdad de oportunidades (Cloward y Ohlin, 1960) y la del control diferencial (Hirschi, 1969). Todo ello en un marco de elementos derivados de la propia teoría del aprendizaje social de Bandura (1969, 1977).

Acorde a los postulados principales de la teoría de la anticipación diferencial, cuando un individuo realiza o rechaza la comisión de un acto delictivo lo hace en función de las consecuencias que el autor anticipa, por las expectativas que se derivan de su ejecución o no ejecución. El individuo se inclinará por el comportamiento criminal si de su comisión se derivan más ventajas que desventajas. La modulación de estas expectativas se hará en función de: a) la totalidad de los vínculos sociales convencionales y criminales del individuo; b) el aprendizaje social a través de modelos de comportamiento y refuerzo directo de conductas sociales o antisociales; y c) la percepción de necesidades, oportunidades y riesgos de las circunstancias que rodean el posible acto delictivo.

Glaser puntualiza que esta teoría es aplicables sólo a los delitos intencionados, no a aquellos producto de imprudencia o negligencia.

2.3.10. Teoría Integradora de Schneider

Schneider (1994), ofrece una integración de las teorías sociológicas más importantes de la actualidad para explicar la delincuencia infantil y juvenil. A continuación se exponen las claves determinantes de su teoría explicativa: “La delincuencia infantil y juvenil tiene su origen en procesos defectuosos de aprendizaje social. Con los cambios sociales, el desarrollo de la sociedad y la transformación de la estructura socioeconómica cambian también el estilo de vida y las normas que determinan los comportamientos humanos. Como se aprenden los nuevos comportamientos y normas con distinta velocidad, nacen conflictos de valores y de comportamientos en el proceso de aprendizaje social. Si estos conflictos no se resuelven de manera pacífica y de común acuerdo, tendrán como consecuencias la destrucción de los valores, lo que produce, a través de la destrucción de grupos y de la personalidad, un aumento de la delincuencia. Si el desarrollo socioeconómico de ciertas áreas (barrios, vecindarios) queda atrasado, se destruye la solidaridad entre los miembros de la comunidad. Con la destrucción de la comunidad coincide el desarrollo de subculturas, de grupos de niños y jóvenes de la misma edad donde aprenden con el apoyo de grupo, costumbres y justificaciones delictivas.

El comportamiento delictivo no se aprende sólo por medio del resultado de ciertos comportamientos, sino también por medio de modelos de conducta. Puede ser aprendido en procesos de autoafirmación, por medio de habituación y falta de comprensión de la legitimación y necesidad de comportarse conforme a las normas. Un niño o un joven aprende a evaluar su comportamiento y considerarlo bueno o malo. Aprende las normas que determinan su comportamiento. Participará tanto más en comportamientos delictivos cuanto más apoyo ha obtenido hacia este tipo de comportamiento frente al comportamiento conforme con las normas sociales y cuanto más este comportamiento ha sido definido delante de él como deseable o, por lo menos, ha sido justificado como aceptable. Los niños y jóvenes delincuentes no han desarrollado afecto y apego a sus padres y profesores. La casa paterna y la escuela tienen sólo poca importancia para ellos. No han aprendido a contraer relaciones interpersonales. No persiguen unos fines a largo plazo y conformes con la sociedad. No respetan la ley. Cuando la reacción oficial a la delincuencia es demasiado fuerte, cuando representa una dramatización, agrava la delincuencia juvenil. La delincuencia primaria, que podría normalizarse, se convierte en delincuencia secundaria: el autor reincidente fundamenta su vida y su identidad en la realidad de la delincuencia: desarrolla una autoimagen delincuente” (Vázquez, 2003).

2.3.11. El modelo integrador de Elliot

La integración de varias teorías sobre desviación social fue el modelo que desarrolló Elliot, Huizinga y Ageton (1985) incorporando, en primer lugar, planteamientos de la teoría de la anomia como marco que explica la conducta desviada, que se centra en la disparidad entre metas y aspiraciones adoptadas por los individuos y los medios de que dispone para conseguirlas. Si la sociedad no facilita recursos para lograr las metas que ella misma inculca (éxito, status, poder económico), una reacción posible es el comportamiento desviado.

En segundo lugar, Elliot asume parte de las teorías de control social (Hirschi, 1969) según las cuales la conducta desviada aparece si no hay vinculación estrecha con la sociedad convencional; si el sujeto no asimila valores convencionales tenderá a transgredir las normas. Por último, otorga una especial importancia a los procesos de aprendizaje, principalmente en el grupo de amigos donde se modela y se refuerza la delincuencia o el consumo de drogas.

El modelo se puede considerar como una reformulación de la teoría del control social de Hirschi (1969), completándola por dos vías. En principio, señala tres factores causales por los que un individuo no se vincula con el mundo convencional: primero la “tensión” entre metas y medios que se vive en la familia y en la escuela; si el adolescente carece de oportunidades para lograr una adecuada relación con los padres o éxito académico, su unión a éstos será débil. En segundo lugar, la desorganización social debilita los vínculos convencionales; si el sujeto pertenece a vecindarios conflictivos, con escasos lazos comunitarios y dificultades socioeconómicas se implicará poco con las instituciones convencionales. En tercer lugar, los fallos en la socialización por parte de la familia o de la escuela serán determinantes en la falta de apego a estos ambientes y debilitarán también los vínculos convencionales.

Posteriormente, Elliot reformula la teoría del control social, indicando que la falta de vínculos convencionales no es suficiente para que aparezca la conducta desviada; la motivación por transgredir es inherente a la naturaleza humana, no es necesario aprender a violar las normas y si no hay apego al mundo convencional habrá tendencias desviadas; pero es necesario un paso más para que, según Elliot, aparezca desviación, que el sujeto entre en contacto con grupos de desviados, que le refuercen y le induzcan a realizar esas conductas; si el individuo no tiene lazos con la familia o la escuela se arriesga a implicarse con amigos desviados que serán la causa más directa de la conducta problema.

El modelo se ha puesto a prueba con muestras de adolescentes norteamericanos y ha sido aplicado al estudio del consumo de drogas y de la delincuencia. Estudios españoles han apoyado la teoría (Luengo, Otero, Carrillo y Romero, 1992), encontrando que la frustración de metas afectaba a los vínculos con la familia y con la escuela, lo que facilitaba la implicación con amigos delincuentes, siendo esto determinante en el desarrollo de la conducta antisocial.

2.3.12. Teoría de la “desventaja acumulativa” de Sampson y Laub

La “acumulación” progresiva de déficits psicosociales es el motivo último en la teoría de Sampson y Laub (1993, 1997). Su esquema teórico trata de trascender las visiones estáticas de las teorías tradicionales e intenta explicar el desarrollo de la delincuencia desde sus inicios, analizando por qué ciertos individuos tienen un comportamiento antisocial tan estable a lo largo de la vida, mientras que otros abandonan la delincuencia. La adolescencia es el centro

de muchas teorías criminológicas, pero la conducta antisocial es algo mucho más dinámico, que no se limita a ese período vital. Para muchos sujetos la conducta antisocial “nace” en la infancia, muchos desisten a lo largo del tiempo, otros son delincuentes en la etapa adulta.

La teoría se fundamenta en las ideas de control social y también en los planteamientos del etiquetado. Los lazos con los entornos convencionales inhiben la aparición de la delincuencia, ya que acarreará más costes si nos sentimos queridos y protegidos por la familia, la escuela o el entorno laboral, que si nos sentimos alienados. Con ese sentimiento de pertenencia y de interdependencia, nos sentimos poseedores de cierto “capital social” que tememos perder.

En la infancia, ciertos factores estructurales, como la clase social de origen, el tamaño familiar o la propia delincuencia parental, impedirán la formación de vínculos estrechos con la familia o con la escuela. La conducta antisocial es una consecuencia probable lo que deteriorará aún más los vínculos con el medio convencional. A medida que el individuo crezca pueden ocurrir acontecimientos vitales que permitan darle un “giro” a su vida, como el establecimiento de relaciones de pareja satisfactorias o consecución de un trabajo estable, convirtiéndose para algunos sujetos, en importantes vínculos adultos que no desean perder. Sin embargo, para otros, el proceso de “desventaja acumulativa” se ve intensificado por el contacto con los sistemas de justicia. El “etiquetado” y la institucionalización impiden la formación de redes sociales estrechas y limitan las oportunidades para cambiar de dirección, con lo que se potencia la escalada en la delincuencia. Los autores reconocen la importancia de contar con estudios longitudinales de amplio espectro para poner a prueba este tipo de planteamientos.

2.3.13. El modelo de la “coerción” de Patterson

El modelo de Patterson, Reid y Dishion (1992) se inscribe en una línea de trabajo con familias problemáticas (niños con problemas de conducta, maltrato o delincuencia), desarrollada desde orientaciones conductuales y del aprendizaje social. Presenta una amplia experiencia de intervención y su marco teórico intenta especificar cómo se forja la conducta antisocial

Este modelo teórico busca las raíces de los comportamientos antisociales crónicos en las primeras etapas de la vida, donde se produce una “cascada” de eventos que orientan al sujeto hacia un estilo de vida delictivo. Pero lo específico de este modelo es el hincapié que hace en las prácticas disciplinarias que tienen lugar en el medio familiar. Así, la teoría de Patterson explica cómo la conducta antisocial se desarrolla en cuatro etapas. En la primera etapa las experiencias familiares adquieren una importancia relevante y el “entrenamiento básico” en conducta antisocial es fundamental. Si las prácticas de crianza (ausencia de normas claras, los padres no refuerzan en el sentido oportuno las conductas del hijo) no son adecuadas, el niño percibe que emitiendo conductas aversivas (llorar, romper objetos, pegar, explosiones emocionales) le resulta “beneficioso” al escapar de situaciones desfavorables o permitiéndole conseguir refuerzos positivos. Esas son las primeras “conductas antisociales” del individuo. Este aprendizaje sutil hace que el niño ejerza conductas “coercitivas” o manipuladoras sobre el resto de los miembros de la familia.

La segunda etapa se inicia en el mundo escolar donde el ambiente social “reacciona” ante la conducta del sujeto. La falta de habilidades de interacción en nuevas situaciones, el

rechazo de sus compañeros, evitar las tareas académicas o el desajuste escolar enfrentan al niño a sus primeros “fracasos” en el mundo. En la tercera etapa el adolescente se implica con iguales desviados y “perfecciona” las habilidades antisociales. El fracaso académico recurrente y el rechazo por parte de los compañeros hace que el sujeto se sienta excluido del mundo prosocial y, por consiguiente, buscará relacionarse con individuos semejantes a él. Las actividades antisociales se irán ampliando y se harán cada vez más severas.

Finalmente, en la cuarta etapa, el adulto desarrollará una “carrera” antisocial duradera. Las habilidades deficitarias dificultarán la permanencia en un trabajo estable, la institucionalización reducirá las oportunidades de adoptar un estilo de vida convencional, las relaciones de pareja serán problemáticas y el alcohol u otras drogas impedirán un funcionamiento ajustado. Progresivamente, el sujeto se irá confinando a una existencia marginal y las actividades antisociales se cronificarán.

Patterson aclara que cuando un individuo está en una etapa, existe una elevada probabilidad de que pase a la siguiente; pero muchos sujetos por razones diversas ven interrumpida esa progresión y el número de individuos que encontramos en cada etapa se va reduciendo a medida que avanzamos en la secuencia. Este planteamiento teórico, por tanto, se aplicaría únicamente a un tipo de delincuentes, los de “inicio temprano”. Como Moffitt (1993), estos autores indican que, además de individuos con delincuencia crónica, existen otros delincuentes de “inicio tardío” con una implicación más temporal en la conducta antisocial. Son sujetos con recursos personales (habilidades sociales, académicas,...), cuya conducta tiene poco que ver con el proceso de coerción y estaría ligada fundamentalmente a la asociación con amigos desviados.

El tema central de la progresión propuesta por Patterson son la experiencias disciplinarias en la familia y, según el modelo, un entrenamiento a los padres en habilidades de crianza adecuada, que impida o bloquee el proceso coercitivo, será un arma fundamental para intervenir sobre las conductas antisociales.

2.3.14. Teoría del “equilibrio de control” de Tittle.

Charles R. Tittle (1995) propone un nuevo marco teórico por el que se identifican mecanismos causales que permiten incorporar o “sintetizar” ideas de otras perspectivas, lo que él denomina “integración sintética”, siendo el proceso central de su teoría el “equilibrio o razón de control”.

La teoría de Tittle pretende ser una teoría “general” de la conducta desviada explicando aquellos comportamientos que la mayoría de un grupo social considera inaceptables o que evocan una respuesta colectiva de carácter negativo. En la conducta desviada no sólo se encontraría incluido el delito sino también otras muchas formas de comportamiento, incluidas las conductas de sumisión extrema o el sometimiento exagerado a otras personas, siendo considerada, en muchos casos, como una conducta inaceptable por los grupos sociales y, por lo tanto, encajaría dentro de la categoría de comportamientos desviados.

Según Tittle para explicar la conducta desviada deben conjugarse cuatro elementos. Por una parte, debe existir en el individuo una *predisposición* hacia la desviación (aquí estaría la razón de control) y deben darse una serie de circunstancias situacionales: a) una provocación (la situación estimula a manifestar la predisposición inicial (insultos, desafíos);

b) una *oportunidad* adecuada para cometer un tipo específico de conducta (un robo no se podrá llevar a cabo si no existen bienes que sustraer); c) además el individuo ha de percibir que no existen *restricciones* para realizar ese comportamiento (que no existen mecanismos de control que impidan llevar a cabo la actividad deseada).

La idea fundamental es que tanto la motivación por cometer conductas desviadas como el tipo concreto de conducta dependerán de la relación existente entre la cantidad de control (o de poder) que un individuo puede ejercer y la cantidad de control a que está sometido. Esa relación es la llamada “razón de control” y está condicionada tanto por características individuales (inteligencia, personalidad, roles) como organizacionales (pertenencia a instituciones poderosas, relaciones con individuos influyentes). Si la cantidad de control a la que estamos expuestos es igual a la que podemos ejercer, existe un “equilibrio” de control y no se darán conductas desviadas. Si la relación se hace más “desequilibrada” (por déficit o exceso de control) aumenta la probabilidad de cometer dichos comportamientos, así, la conducta desviada sería un dispositivo que las personas utilizamos o bien para escapar de nuestra falta de control o bien para utilizar nuestro “superávit” de control.

La relación entre la razón de control y la probabilidad de desviación tiene forma de curva en “U”. Cuanto más alto es el desequilibrio en la razón de control, aumenta la probabilidad de aparición de la conducta desviada. La teoría también predice qué tipos específicos de desviación se producirán con distintos “desequilibrios”. Si hay un pequeño “déficit” de control, se prevé que se produzcan delitos de “depredación”(agresión, manipulación): el individuo está sometido a más control del que puede ejercer, pero no tiene demasiado coartadas sus posibilidades de acción y se sentirá motivado para superar su déficit tomando bienes de otras personas o forzándolas a hacer lo que él desee. Si el “déficit” de control es mayor, tendrá menos posibilidades de actuación, por lo que sus actos desviados serán de “desafío”, “protesta” u hostilidad hacia el contexto normativo (vandalismo). Si la carencia de control es extrema, la conducta desviada más probable será la de sumisión. En cuanto al “exceso” de control, al otro lado de la curva, ante un desequilibrio leve, el individuo deseará expresar su control, pero no podrá escapar del control de los demás y se implicará en una forma “segura” de depredación: la “explotación”(depredación indirecta: tráfico de influencias). Si el exceso de control es mayor, no percibirá demasiadas restricciones a sus acciones apareciendo grandes delitos (ecológicos, genocidios). Ante un exceso extremo son probables actos impulsivos o carentes de organización racional (pederastia, tortura sádica).

Los planteamientos de Tittle son compatibles con diversas fuentes de evidencia empírica, como la relación entre delitos y edad, sexo o clase social, pero la teoría no ha sido sometida a pruebas directas de modo que, por el momento, su validez es incierta.

2.3.15. El modelo del desarrollo social de Catalano y Hawkins

Ambos autores desarrollan un modelo teórico que también se inspira, en parte, en los planteamientos del control social. Es el llamado “modelo de desarrollo social” (1996) que trata de integrar la evidencia empírica existente sobre los llamados “*factores de riesgo*” y “*factores de protección*” e intenta especificar los mecanismos de desarrollo de la conducta prosocial y la conducta antisocial. Dentro de las conductas antisociales se incluyen no sólo la delincuencia legalmente definida, sino también el consumo de drogas y otros comportamientos que violan las normas consensuadas en un sistema social.

Los comportamientos prosociales y antisociales se generan cuando el individuo se vincula a medios sociales en los cuales predominan esas conductas. Por ejemplo, el apego a una familia en la que predominan los comportamientos antisociales propiciará el desarrollo de conductas antisociales. Por contra, el apego a una familia prosocial generará comportamientos prosociales. Así pues el modelo de Catalano y Hawkins no se ajusta a las teorías más “puras” del control social (Hirschi), que sólo contemplan los vínculos sociales como inhibidores de la motivación “desviada” intrínseca al ser humano.

Para desarrollar apego a un entorno (familia, escuela, amigos), es necesario que interactúe con los miembros de ese medio y que esa implicación sea percibida como recompensante por el sujeto. Para Hirschi, el apego precede a la implicación, para Catalano y Hawkins es la implicación la que favorece la formación del apego. El desarrollo de estos vínculos prosociales o antisociales están condicionados por determinantes exógenos (p.ej., la pertenencia a estratos económicos desfavorecidos proporciona oportunidades para la interacción con grupos antisociales) como por la posesión de características psicobiológicas (p.ej., si un sujeto es hiperactivo puede determinar que sea incapaz de percibir oportunidades de interacción prosocial).

Catalano y Hawkins especifican “submodelos” según las distintas etapas del desarrollo: en la etapa preescolar, los vínculos a la familia y los cuidadores muy cercanos al niño son fundamentales, si las figuras familiares son antisociales propiciarán conductas agresivas o problemáticas en el niño. En la etapa escolar influyen la implicación en las actividades escolares, que si son gratificantes facilitará el desarrollo de conducta prosocial, mientras que si existe interacción con figuras antisociales se generarán conductas antisociales. En la etapa de la adolescencia los amigos se convierten en una fuerza socializadora de primer orden, las influencias pueden tener un signo prosocial o antisocial según las actitudes y conductas que dominen en dicho grupo.

Las etapas del desarrollo social no son independientes entre sí. Los procesos de una etapa influirán sobre lo que ocurra en la siguiente. Si en la etapa preescolar se adquieren comportamientos agresivos, al incorporarse a la escuela tendrá más oportunidad de implicarse con sujetos agresivos. Esta vinculación fortalece la conducta antisocial, por tanto, se reconoce la existencia de efectos recíprocos entre los elementos del modelo, idea recogida y compartida con Thornberry.

Por lo tanto, las intervenciones deben ir dirigidas a interrumpir los procesos que conducen a la actividad antisocial y fortalecer aquellos que conducen al comportamiento prosocial; adaptarlas al momento de desarrollo del individuo y realizarlas cuanto antes, ya que las conductas adquiridas en una etapa previa influye sobre los vínculos que se formen en la siguiente, debiéndose “romper” cuanto antes el ciclo del desarrollo antisocial.

2.3.16. Teoría de la tensión o de la frustración

Agnew (1990) hace un nivel de análisis más psicosocial y menos “estructural” que Merton y sus hipótesis muestran cierta proximidad a tradiciones psicosociales como las teorías de la frustración-agresión (Berkowitz, 1962), de la equidad (Adams, 1965) o del estrés (Compás y Phares, 1991; Pearlin, 1982). Agnew se centra en las relaciones interpersonales como fuentes de estrés, tensión o frustración. Las relaciones negativas con los demás dan lugar a que se desarrollen afectos negativos como la ira que hacen que aparezca la

delincuencia, alejándose de argumentos sociológicos para centrarse en “metas” más cotidianas y más próximas al sujeto. Así, las relaciones interpersonales pueden ser negativas por varias razones, distinguiendo así tres tipos principales de frustración que pueden llevar al crimen o la delincuencia:

- a) *Tensión derivada del fracaso en el logro de metas u objetivos apreciados positivamente* (popularidad entre amigos). Este fracaso puede mermar la autoestima provocando una valoración negativa del joven sobre sí mismo.
- b) *Tensión derivada del rechazo o la eliminación de logros positivos anteriormente alcanzados* (p. ej., ruptura de relaciones, enfermedad o muerte de amigos, etc.).
- c) *Tensión derivada de la exposición a estímulos negativos o nocivos* (p. ej., ser ridiculizado en clase, un accidente, malos tratos).

Un sujeto puede enfrentarse “cognitivamente” a estas experiencias minimizando el carácter aversivo de la situación (“No es tan importante”, “No es tan negativo”) o percibiéndose a sí mismo como “merecedor” de la situación. Agnew (1990) supone que las experiencias negativas crean tensión sólo cuando el sujeto considera que son injustas. Otras formas de afrontamiento pueden ser el abandono del entorno aversivo (faltando al colegio o escapándose de casa, por ejemplo), la venganza contra los responsables de esas experiencias o la alteración del estado emocional (a través de las drogas) para aliviar la tensión sentida. Al fin y al cabo, para este autor, la frustración sería el resultado de no ser tratado por los demás como a uno le gustaría serlo y el comportamiento desviado la solución para mejorar sus logros, aportar nuevos estímulos que sustituyan a los perdidos o para huir de estímulos negativos o nocivos.

La selección de estrategias antisociales o convencionales vendría condicionada por diversas variables: el temperamento, las creencias del individuo o la exposición previa a modelos delincuentes. El modelo de Agnew supone una revitalización de los temas relacionados con la anomia especialmente en Estados Unidos. Muchos trabajos exploran su validez e implicaciones como los de Broidy (1997) y Griffin (1997).

Agnew (1998) ha desarrollado en los últimos años su teoría indicando cómo su modelo podría explicar las diferentes tasas de delitos de las comunidades y cómo podría dar cuenta de cuestiones tan actuales como la estabilidad y el cambio de la conducta delictiva (Agnew, 1997). Así, la estabilidad se produciría porque ciertas características temperamentales son rasgos estables a lo largo de la vida, igualmente, la pertenencia a ciertos entornos sociales desfavorecidos da lugar a la vivencia de tensión desde edades tempranas, creándose el efecto “bola de nieve”. Sin embargo, el aumento de la conducta antisocial en la adolescencia, se debería a que el joven se encuentra con situaciones nuevas, muchas de ellas aversivas. Además, el adolescente carece todavía de recursos para cambiar su ambiente, con lo que es más probable que la conducta antisocial aparezca como vía de afrontamiento. Esto daría lugar al “pico” de delitos que aparece en la adolescencia y que desciende con la llegada de la vida adulta (Romero, 1998).

2.3.17. Teoría del autorrechazo de Kaplan

En el modelo de Kaplan la *autoestima* es el parámetro fundamental, desarrollado en una teoría “general” de la conducta desviada (Kaplan, 1972; Kaplan y Peck, 1992), según la cual éstas (consumo de drogas, delincuencia, actividad sexual arriesgada y prematura...)

responden a iguales determinantes y tienen el mismo tipo de consecuencias para el individuo, estando también relacionados con la autovaloración.

Todos tenemos una motivación por mantener una autoestima positiva y nos comportamos de modo que nuestra autovaloración se fortalezca, pero a lo largo del desarrollo se pueden generar actitudes de autorrechazo ante experiencias dentro de contextos sociales desfavorables (rechazo o negligencia de los padres, incapacidad de lograr éxito académico, situaciones de prejuicio social, falta de habilidades de afrontamiento, falta de apoyo social). Si las experiencias de autorrechazo se repiten, el sujeto no estará motivado para respetar las normas de los grupos que dañan su autoestima y se producirá la denominada “exacerbación del motivo de autoestima”, por lo que el individuo buscará cauces alternativos para recuperar la autovaloración.

El tipo de conducta desviada que se desarrolle dependerá de diversos factores. Por una parte de la visión de esas conductas en su entorno (si las drogas son accesibles y su uso es frecuente en su grupo se consumirá). Otro factor es la compatibilidad de cada conducta con los roles asumidos y aceptados por el sujeto (si el rol es importante para el sujeto optará por conductas que le permitan expresar ese papel y evitará comportamientos que amenacen esa identidad).

En la elección de la conducta influye también el “estilo de afrontamiento”. Si en situaciones problemáticas el sujeto reacciona con negación, abandono o negativismo (estilo de evitación), aparecerán conductas de consumo de drogas (que facilitan el escape, la retirada, la evasión). Si, por el contrario, el sujeto tiene un estilo de ataque (enfrentamiento, hostilidad abierta), aparecerán conductas de agresión y robo, que expresan la violencia hacia las instituciones convencionales.

La conducta desviada facilita la recuperación de la autoestima si se producen ciertas consecuencias. En primer lugar, que permita la *evitación* de las experiencias de autodevaluación (si consume drogas el individuo deja de percibir los atributos de sí mismo que antes rechazaba, amortiguando el malestar emocional que le producía el autorrechazo). En segundo lugar, la conducta desviada puede facilitar el *ataque* (el sujeto acomete contra los grupos que le rechazan, sintiéndose poderoso y eficaz) y, finalmente, que desempeñe un papel de *sustitución* (encontrando un entorno en el que reconstruye su autoestima). Cuando se producen la evitación, el ataque o la sustitución la autovaloración se recuperará y la conducta desviada se mantendrá, efecto que Kaplan denomina *self-enhancement*. Si la conducta elegida no permite restablecer la autoestima, el sujeto experimentará con otros tipos de comportamientos desviados.

El abandono de la conducta desviada se producirá cuando haya cambios (madurativos o sociales) que le permitan mantener la autoestima dentro de los grupos convencionales. El sujeto puede adquirir habilidades y pueden producirse cambios en sus redes de apoyo social, además, la incorporación al trabajo y a nuevos roles familiares dan oportunidades para la autovaloración al margen de la conducta desviada.

Otras líneas de trabajo han sido contradictorias con esta teoría (McCarthy y Hoge, 1984; Romero, Luengo, Carrillo y Otero, 1994a; Romero, Luengo y Otero, 1994b, Romero, Luengo y Otero, 1995a). Según estos autores, la prevención de la conducta desviada debería promover el desarrollo de una autovaloración favorable, creando climas sociales de

aceptación y apoyo hacia el adolescente, además de proporcionar habilidades y recursos personales que le permitan sostener una autoimagen positiva.

2.3.18. Teoría del autocontrol de Gottfredson y Hirschi

Hirschi y Gottfredson (1986), desarrollan una nueva visión de la teoría del control social, donde adquieren protagonismo las diferencias interpersonales, existiendo una “propensión” individual a la criminalidad que, combinada con otras situaciones, da lugar al crimen.

Éstas ideas se publican en 1990 en la obra *A general theory of crime*, donde Gottfredson y Hirschi acuden al “clasicismo” criminológico para entender la naturaleza del crimen (teorías de la elección racional). El delito es una manifestación de la naturaleza humana que es hedonista y egocéntrica. Todos buscamos el placer y tratamos de evitar el dolor. Al dirigir nuestro comportamiento hacemos un “cálculo” racional y según la relación coste-beneficio, decidimos. El delito no responde a motivaciones “perversas” o diferentes al resto de los comportamientos. La característica distintiva de los crímenes es que atiende a los placeres inmediatos ignorando sus costes. Así, el crimen es muy semejante a otras conductas “desviadas” (consumo de drogas, desviaciones sexuales, delincuencia) y a otros comportamientos “imprudentes” (accidentes por exceso de velocidad). De hecho, los individuos que cometen crímenes suelen manifestar esos otros comportamientos.

La idea básica de la teoría es que esos comportamientos se derivan de la interacción oportunidad-autocontrol. Muchas personas “contienen” su hedonismo, teniendo en cuenta las consecuencias negativas de su conducta, otros individuos no interiorizan esos mecanismos y carecen de autocontrol.

El *autocontrol* es el elemento central del modelo e integra una serie de características personales (orientación espacio-temporal, interés por experiencias arriesgadas, preferencia por tareas simples, incapacidad de planificación de comportamiento, planteamiento de objetivos a largo plazo, la indiferencia ante las necesidades o deseos de los demás, escasa tolerancia a la frustración, escasa tolerancia al dolor) que hacen que tendamos, o no, a ceder ante la tentación del delito.

El autocontrol se adquiere en las primera etapas de la vida, una vez “instaurado”, permanece estable e influye, durante toda la vida en la conducta desviada. La estabilidad del autocontrol explica por qué la conducta antisocial es estable a lo largo del tiempo y explica también la versatilidad de la conducta desviada (los delincuentes tienden a implicarse en actos “imprudentes”).

Hirschi y Gottfredson (1994) consideran relevantes para la comprensión de las conductas criminales las siguientes variables: a) el papel de la familia; b) la importancia de la oportunidad y c) el declive con la edad de la aparición de conductas antisociales. Critican, a su vez: a) la existencia de las carreras criminales; b) la existencia del crimen organizado; c) la diferenciación causal entre la delincuencia juvenil y la adulta; d) la diferenciación entre crímenes considerados de “guante blanco” y crímenes “ordinarios”; y e) la posibilidad de aprendizaje del crimen. Asimismo, niegan la importancia de “distinguir” entre tipos de delincuentes; negando incluso la importancia del grupo de iguales como “agente” de influencia sobre la conducta desviada. Sólo podemos saber si un individuo tiene bajo

autocontrol examinando sus conductas delictivas, con lo cual, la idea de que un bajo autocontrol conduce al delito no puede someterse a contraste empírico. Además el modelo no explica la curva de la delincuencia en función de la edad: en la adolescencia aumentan las cifras de delitos y con la edad declinan progresivamente. No obstante, muchos trabajos posteriores se han apoyado en esta teoría (Creechan, 1994; Moore y Sellers, 1997; Nakhaie, Silverman y LaGrange, 1997).

2.3.19. Teoría de la acción razonada de Fishbein y Azjen

A pesar de que la teoría de la acción razonada de Fishbein y Azjen (1975) ha estado más relacionada con el consumo de drogas, en la actualidad es aplicable a cualquier tipo de conducta desviada. El punto central de la teoría se basa en la existencia de influencias directas sobre la conducta problema de expectativas, actitudes creencias y variables de la cognición social.

La teoría plantea que la “causa” más inmediata del uso de drogas, por ejemplo, será la intención para consumir o no consumir. Ésta intención está determinada por dos componentes: la actitud hacia el consumo y las creencias normativas o “normas subjetivas” sobre el consumo. Así, la actitud viene dada por dos elementos: las consecuencias (positivas y negativas) que los adolescentes esperen del consumo de drogas y, por otra parte, el valor afectivo de esas consecuencias. El adolescente muestra una actitud positiva si da más valor a los beneficios que a los costes del consumo.

Las creencias normativas vienen determinadas por dos componentes: que el adolescente perciba que personas importantes para él aprueban esperan y desean su consumo y, por otro lado, la motivación del adolescentes para acomodarse a las expectativas o deseos de esas personas. Si cree que sus amigos esperan que consuma, lo hará; si cree que el consumo es aceptado en ese entorno, consumirá. Al tomar la decisión, el adolescente, no da igual valor a la actitud que a la norma; en unos individuos influyen los costes, beneficios y actitudes; en otros; las expectativas de los demás.

La teoría ha servido para predecir muy diferentes tipos de conducta, y entre ellas, el consumo de drogas (Azjen, Timko y White, 1982) y para realizar programas de prevención. En los últimos años el modelo es ampliado por Azjen (1988) introduciendo otro elemento: la percepción del sujeto sobre la capacidad de controlar su conducta, dando lugar así a la “Tª de la acción planificada”. Si cree que no es capaz de hacerlo, no lo intentará aunque su actitud sea positiva y crea que los demás aprueban su conducta. Esta percepción de control influye de dos maneras (Petratis, Flay y Miller, 1995). Si no tiene habilidad o recursos para conseguir drogas y utilizarlas, no consumirá; si cree que no resistirá la presión de los demás ni podrá enfrentarse a los mensajes del consumo, consumirá. El desarrollo de habilidades de resistencia es fundamental en la prevención.

2.3.20. Teoría del desarrollo moral y cognitivo

Los partidarios de dichas teorías atribuyen el comportamiento antisocial a ciertos procesos cognitivos: al modo de percibir el mundo, al propio contexto subjetivo, al grado de desarrollo y evolución moral, a sus normas y valores y a otras variables cognoscitivas de la personalidad. A pesar de que resulta difícil el acceso y evaluación de las mismas, son

imprescindibles para la comprensión e interpretación del comportamiento antisocial (Garrido, 1987).

Siguiendo los estudios de juicio moral iniciados por Piaget (1932), Kohlberg (1980) considera que la forma en que un individuo organiza sus razonamientos en torno a las leyes y normas genera patrones de conducta eventualmente delictivos. Desde una perspectiva evolutiva el autor resalta tres grandes estadios en el proceso de formación del razonamiento moral del individuo, que determinan su mayor o menor madurez: la etapa preconventional (se buscan gratificaciones inmediatas, tratando el sujeto tan sólo de evitar el castigo); etapa convencional (el individuo se conforma con el mero acatamiento formal de las reglas y el respeto a la autoridad); la de moralidad autónoma o etapa postconvencional, caracterizada por el profundo respeto a las opiniones y derechos de los iguales y a los principios morales universales. Clasificando delincuentes y no delincuentes en relación a su grado de evolución moral, Kohlberg halló diferencias significativas entre ambos grupos: mientras que la mayor parte de los no delincuentes pertenecían a estadios más avanzados, los delincuentes lo harían a un nivel llamativamente más bajo de razonamiento moral en comparación con los no delincuentes de su mismo medio social, encuadrándose, por lo general, en los estadios de menor dignidad evolutiva.

Así, la comprensión verdadera de la moralidad y la justicia se sitúa en la adolescencia, de ahí que la delincuencia suponga la detención en el desarrollo moral sobre los diez a trece años, quedando fijados en la etapa preconventional. La razón de este infradesarrollo se debe a una falta de estimulación social que impide a la niño tomar en consideración las repercusiones de sus conductas sobre los demás. En la actualidad, los modelos cognitivos han impulsado una gran variedad de programas terapéuticos y preventivos, ya que aun admitiendo ser una causa no suficiente si parece ser necesaria (Garrido, 1987).

2.3.21. Modelo integrador de Farrington

Pese a la multitud de teorías acerca de la delincuencia juvenil, ninguna de ellas ha sido capaz de explicar satisfactoriamente el fenómeno complejo de la violencia y la delincuencia juvenil. Partiendo de los resultados del estudio longitudinal de Cambridge, formula una teoría integradora para explicar la génesis del comportamiento delictivo (Farrington, Ohlin y Wilson, 1986). En líneas generales, esta teoría integra las aportaciones de otras como la de las subculturas, la del aprendizaje social, la de la asociación diferencial, la de la desigualdad de oportunidades y la del control.

Según Farrington (1992) la delincuencia surgiría por un proceso de interacción entre el individuo y el ambiente. Así, el surgimiento de la motivación para delinquir parte de los deseos de bienes materiales, del prestigio social o de la búsqueda de sensaciones. Posteriormente, se busca un método legal o ilegal para satisfacer los deseos personales. Obviamente, el pertenecer a una clase baja va a determinar con mayor probabilidad el recurrir a formas ilegales. No obstante, la motivación para cometer actos delictivos no es constante y puede modularse por las creencias o actitudes interiorizadas acerca de la ley. Pese a estos factores, el delinquir va a estar determinado por factores situacionales inmediatos, influyendo las consecuencias de delinquir en la tendencia criminal y en el proceso de cálculo ganancias-pérdidas para la comisión de futuros delitos.

Las aplicaciones prácticas de esta teoría son mostradas por Farrington, Ohlin y Wilson (1986), concluyendo al respecto que los jóvenes pertenecientes a familias de clase baja presentan mayor propensión antisocial, ya que no pueden alcanzar legalmente sus metas. Asimismo, los maltratados por sus padres tienen más probabilidades de cometer delitos en tanto en cuanto no han adquirido la autorregulación interna de su comportamiento. Finalmente, los niños provenientes de familias delincuentes y los que se relacionan con jóvenes delincuentes tenderían a desarrollar actitudes favorables al ejercicio de conductas antisociales y contra el sistema, por lo que la delincuencia tendría justificación.

Pero Farrington señala, además, que ante un mismo ambiente, determinadas personas son más proclives a ceder ante la oportunidad de delito. Estas diferencias para la implicación de conductas desviadas son recogidas por la expresión “tendencia antisocial”, que vendría a definirse como una predisposición general, estable y consistente en el individuo, que explicaría tanto la continuidad temporal de los comportamientos antisociales como la versatilidad de la conducta desviada, esto es, el hecho de que los individuos que cometan un tipo de delitos tienden a cometer otras conductas antinormativas. Así, Farrington (1992) identifica una serie de factores que influirán en la tendencia antisocial: a) impulsividad, hiperactividad, búsqueda de sensaciones, toma de riesgos y débil capacidad para demorar la gratificación; b) débil capacidad para manipular conceptos abstractos, bajo CI, bajo logro, baja autoestima; c) baja empatía, frialdad y dureza emocional, egocentrismo y egoísmo; d) débil conciencia, débiles sentimientos de culpa o remordimientos, débiles inhibiciones internas contra la conducta antisocial; e) normas y actitudes interiorizadas que favorecen la conducta antisocial y, f) factores motivadores a largo plazo.

En definitiva, Farrington proporciona un marco explicativo dentro del cual tanto los factores individuales o psicológicos como los situacionales interactúan entre sí para dar lugar a la conducta antisocial. De la misma forma, defenderá la necesidad de adoptar un enfoque evolutivo, pondrá de manifiesto la continuidad y versatilidad del comportamiento antisocial y considerará a los delitos como un subconjunto o expresión de una categoría más amplia de comportamientos antisociales o desviados.

2.3.22. Teoría “interaccional” de Thornberry.

De la misma forma que Moffitt, su teoría también contemplaba la dimensión evolutiva y dinámica de la conducta antisocial. Asimismo, subraya que la explicación de la delincuencia es mucho más compleja que lo que mostraban las teorías tradicionales, ya que el comportamiento antisocial no responde a una causa simple y unidireccional. La delincuencia se forja a través de complejos procesos *bidireccionales* a lo largo del desarrollo del individuo, que no se limita a “recibir” las influencias criminógenas de su medio (familia, colegio, amigos), sino que el propio comportamiento del sujeto influye sobre esos agentes “causales”.

Thornberry (1987, 1996) traza un esquema explicativo general de carácter “integrador”, en el que se aúnan los planteamientos del control social y de la asociación diferencial. Según él, la erosión del apego a la familia o a la escuela es uno de los factores más importantes en la génesis de la delincuencia, siendo necesario, además, un contexto de aprendizaje que refuerce la aparición y mantenimiento de las conductas antisociales y le facilite la interiorización de actitudes delictivas. En contraposición a las teorías integradoras

anteriores, las influencias, en su teoría, no son unidireccionales, sino recíprocas. De esta forma, el desapego a los espacios convencionales influye sobre la delincuencia; pero la propia delincuencia contribuye a debilitar, aún más, los vínculos con esos espacios. La implicación con amigos desviados aumenta la probabilidad de delincuencia en el individuo pero ésta le lleva a implicarse cada vez más con iguales delincuentes. Por eso la interpretación que se hace de muchos resultados criminológicos puede resultar sesgada.

Thornberry, al igual que Moffitt, cree necesario prestar atención a la edad del comienzo de la conducta antisocial, pero a diferencia de él cree conveniente hablar de un *continuo* en la edad de inicio, es decir, no hay dicotomía entre delincuentes “con inicios tempranos” y delincuentes “tardíos”, ya que hay otros que comienzan en edades intermedias.

La etiología de la conducta antisocial a edades muy tempranas (preescolar) presenta factores temperamentales, familiares (prácticas educativas inadecuadas), pedagógicos y estructurales (adversidad socioeconómica) que se entrecruzan e interactúan dando lugar a conductas desadaptativas ya en los primeros años de vida, que se mantendrán por las relaciones recíprocas entre la conducta desviada y otros factores. La conducta antisocial debilita la relación con la familia y con la escuela, fortalece la asociación con iguales desviados e impide una transición equilibrada a los roles adultos; debido a ello la actividad delictiva se perpetúa.

En la delincuencia de inicio “intermedio” (en los años de la escuela primaria), las condiciones socioeconómicas desempeñan un papel fundamental, creando estrés en la familia e impidiendo la creación de vínculos convencionales. Así, el éxito en la escuela se dificulta y aumenta la probabilidad de relacionarse con iguales delincuentes, pudiéndose perpetuar a lo largo del ciclo vital. Es evidente que cuanto más temprano sea su comienzo, más probable es que los déficits que experimenta el sujeto sean severos y, por tanto, más probable será la continuidad de la conducta antisocial.

No obstante, también existe cierta probabilidad de abandono de la carrera delictiva. Las condiciones de las que parten estos delincuentes escolares son menos extremas que las de los preescolares, teniendo mayores posibilidades de cambio. Además, en estos sujetos pueden existir factores de protección, como por ejemplo una alta inteligencia, que compensen las influencias negativas de un ambiente familiar tenso, deteniéndose así el “ciclo” acumulativo que fortalece la conducta antisocial. Según Thornberry el cambio hacia un estilo de vida convencional será más probable cuanto más tarde comience la actividad delictiva.

Para muchos individuos la delincuencia comienza en la adolescencia, en ellos la persistencia es muy poco común y, normalmente, abandonan la conducta antisocial al cabo de unos años. La base de esta delincuencia no se debe a la falta de recursos personales o sociales sino a fenómenos madurativos relacionados con la búsqueda de autonomía en la adolescencia y cuyo sentido reside únicamente en expresar la independencia personal del joven.

Concluyendo, la edad de inicio es un continuo que abarca desde la infancia hasta la adolescencia y cuanto antes aparezca la conducta antisocial, mayor probabilidad de que persista, ya que los efectos bidireccionales crearán un “bucle” de realimentación por el cual el estilo de vida delictivo se hará definitivo en la vida del sujeto.

2.3.23. Teoría de la conducta problema de Jessor y Jessor (1977)

Esta teoría integra una amplia cantidad de factores de riesgo y de protección comentados ya por varios modelos, destacando de los anteriores por su amplitud, ya que en él se explicitan y organizan hasta cincuenta factores de riesgo diferentes como la personalidad, los contextos socializadores o el entorno sociocultural. El modelo nace a finales de los años sesenta y, desde entonces, ha sido desarrollado, ampliando y consolidado en múltiples trabajos (Donovan, 1996; Donovan y Costa, 1990; Donovan, Jessor y Costa, 1991; Jessor, 1991, 1992, 1993).

El modelo explica el desarrollo de diferentes conductas desviadas en la adolescencia: el consumo de drogas, la delincuencia o las actividades sexuales prematuras y/o arriesgadas. La teoría fue una de las primeras en reconocer que estas conductas respondían a iguales determinantes. El modelo acuñó el término de “*conducta problema*” para referirse a diversos comportamientos reprobables por la sociedad convencional y que son explicados por los mismos factores de riesgo. Jessor las define como actividades socialmente problemáticas, que son fuente de preocupación o que son consideradas indeseables por las normas convencionales. Cuando ocurren, provocan una respuesta control que puede ser leve (amonestación, reprobación) o severa (encarcelamiento). Así, la conducta problema forma parte de un mismo “síndrome de desviación” o de un mismo “estilo de vida” (Jessor, 1992), por lo que se opone a que se explique o intervenga sobre ellas de un modo diferenciado, como si fuesen comportamientos de distinta naturaleza. Por tanto, sugiere la necesidad de abordar la intervención de un modo unificado sin hacer esfuerzos parciales.

De acuerdo con la teoría, la conducta problema es propositiva, instrumental y funcional: el adolescente se comporta así para lograr ciertas metas importantes en su desarrollo, siendo la conducta problema una vía para ganar respeto y aceptación en el grupo de amigos, obtener autonomía respecto de los padres y enfrentarse a la ansiedad, frustración o al fracaso. Dichos objetivos son característicos del desarrollo psicosocial y no conforman psicopatología alguna, por lo que la intervención debe proporcionar recursos para lograr esas mismas metas, pero de un modo saludable.

Para explicar la aparición de la conducta problema, existen distintos sistemas de influencia psicosocial, que actuarán siempre en interacción. Primero, hay variables “antecedentes” que servirán de base para que aparezcan otras influencias más directas. Entre esas variables hay factores de carácter estructural sociodemográfico (estructura familiar, ocupación y educación de los padres) y factores de socialización (ideología de los padres, clima familiar, exposición a los medios de comunicación). Sin embargo, el núcleo de la teoría está representado por la interacción de dos tipos de variables: personales y socioambientales, que reciben el nombre de “sistema de personalidad” y “sistema de ambientes percibidos”, y respectivamente, están configurados por diferentes factores, pudiendo ser distales o proximales o favorecedores o inhibidores de la conducta problema.

El *sistema de personalidad* está compuesto por tres conjuntos de variables:

- a) “*estructura motivacional*”, que hace referencia a los objetivos por los que lucha el individuo y expectativas para lograrlos (valor concedido al rendimiento académico o a la independencia);

b) “*estructura de creencias personales*” que integra creencias sobre la sociedad, sobre el propio individuo y sobre las relaciones entre los dos (autoestima, alienación, inconformismo) y

c) “*estructura personal de control*” referida a las actitudes que presenta el sujeto hacia la desviación (tolerancia a la desviación, religiosidad).

En cuanto al *sistema de ambiente percibido* hay dos subcomponentes: la *estructura “distal”* (orientación del adolescente hacia su familia o sus amigos, apoyo y control de padres y amigos, compatibilidad entre padres-amigos) y la *estructura “próxima”* que hace referencia a la prevalencia y aceptación de la conducta problema en los contextos psicosociales (influencia padres-amigos, apoyo ante conductas desviadas de los padres y amigos). La interacción entre los factores personales y el ambiente percibido generará dos patrones de conducta: uno desviado, llamado *estructura de conducta problema* (conductas desviadas) y otro ajustado a las normas, denominado *estructura de conducta convencional* (asistencia a la iglesia, rendimiento académico). Ambas se inhiben mutuamente.

Jessor (1991, 1992) ha propuesto una teoría más comprensiva y a la vez más compleja, bajo el nombre de “Teoría para la conducta de riesgo de los adolescentes”, que considera la existencia de una amplia gama de *factores de riesgo y de protección* interrelacionados entre sí de carácter biológico-genéticos (historia familiar de alcoholismo, y alta inteligencia, respectivamente), medio social (pobreza, desigualdad racial y de oportunidades como factores de riesgo y tener familias cohesionadas y escuelas de calidad serían ejemplos de factores de protección), medio percibido (modelos de conducta desviada y conflictos normativos entre padres y amigos serían factores de riesgo y de protección podríamos señalar la existencia de modelos convencionales y alto control sobre la conducta desviada), conductuales (bajo rendimiento escolar o problemas con el alcohol como factores de riesgo y la práctica religiosa y participación de asociaciones escolares o de voluntariado como ejemplos de factores de protección) y de personalidad (baja autoestima o alta propensión a correr riesgo como factores de riesgo, mientras que una valoración positiva de los logros conseguidos o de la salud serían ejemplos de factores de protección); que provocarán unas *conductas de riesgo* conformando un estilo de vida propio del adolescente caracterizado por la presencia de conductas problema (delincuencia, uso de drogas), relacionadas con la salud (consumo de tabaco, mala alimentación, no usar cinturón de seguridad) o conductas escolares (inasistencia o abandono) y; por último, unos *resultados de riesgo* relacionados con la salud (enfermedades, baja condición física), los roles sociales (fracaso escolar, problemas legales, aislamiento social, paternidad prematura), el desarrollo personal (autoconcepto inadecuado, depresión) y la preparación para la vida adulta (baja capacidad laboral y desempleo). Todos los elementos que componen dicha teoría se encuentran en continua interacción causal, recíproca y bidireccional.

Jessor defiende la idea de que las conductas de riesgos o conductas problema se deben considerar de forma conjunta, ya que son manifestaciones distintas de ese síndrome de conducta de riesgo propio de la adolescencia, por lo que la intervención debe dirigirse hacia ese estilo de vida como un todo y no sobre las conductas problema de forma independiente.

Recientemente los autores han sugerido la necesidad de ampliar el modelo incorporando nuevos elementos, como los patrones de disciplina familiar o variables personales relacionadas con el autocontrol (impulsividad, búsqueda de sensaciones, demora

de la gratificación) (Donovan,1996). La teoría de Jessor, hoy por hoy, ha inspirado múltiples programas de prevención y es uno de los modelos mas ambiciosos e influyentes que existen en la actualidad (Petraitis et al.,1995).

2.4. A modo de conclusión

Tras revisar de forma breve las principales teorías y propuestas teóricas más actuales sobre el origen de la conducta antisocial, podemos extraer ciertos temas emergentes y características clave en relación al estudio de dichos comportamientos:

a) *La multicausalidad de la conducta antisocial*: las últimas teorías de carácter integrador como las propuestas por Catalano y Hawkins, Thornberry o Jessor y Jessor, ponen en evidencia que sólo si se considera de forma conjunta la existencia de diferentes variables causales, especialmente de carácter psicológico y social, y su posible influencia diferencial sobre la aparición y mantenimiento del comportamiento antisocial, podremos llegar a tener una visión general y completa del mismo y crear programas de intervención y prevención útiles y eficaces en el manejo de dichas conductas.

b) *El desarrollo evolutivo de la conducta antisocial*: otras de las claves encontradas en el actual clima teórico es la necesidad de examinar la conducta antisocial desde una perspectiva evolutiva. Entender la delincuencia implica atender a muy diversos procesos que se van encadenando a lo largo de la historia vital del sujeto y no únicamente a características estáticas o a circunstancias inmediatas. Así, hemos visto como algunas de las teorías revisadas introducen la dimensión evolutiva en el estudio de dichos comportamientos. Autores como Moffitt, Patterson, Catalano y Hawkins o Thornberry, señalan que no todos los comportamientos antisociales emergen de forma súbita en la adolescencia, ya que los más graves se manifiestan desde los primeros años de vida, apareciendo conductas desadaptativas antes de las etapas escolares, que junto con la presencia de otras variables personales de predisposición o familiares, irán gestando un posible futuro delictivo. De la misma forma y, a través de la existencia de procesos acumulativos que van realimentando la conducta antisocial a lo largo del desarrollo evolutivo, pueden explicar el porque algunos individuos no solo mantienen este comportamiento sino que escalan hacia la llamada “carrera delictiva”. Asimismo, dichos patrones evolutivos de desarrollo conformaran también diferentes “tipologías” de la conducta antisocial en función de la edad de inicio y la persistencia de la conducta antisocial. Frente a ese delincuente “crónico” y afectado por la desventaja acumulativa, existirá otro delincuente “temporal” y no persistente, cuyas causas serán muy diferentes. Por tanto, los estudio sobre conducta antisocial deberían partir de un enfoque evolutivo, teniendo en cuenta siempre las características y diferencias propias de los comportamientos antisociales en relación a la etapa evolutiva en la que aparecen y plantear los programas de prevención dirigidos a etapas tempranas y previas a la adolescencia.

c) *Efectos de relación recíproca entre la conducta antisocial y los factores de riesgo*: frente a los modelos explicativos tradicionales donde el sujeto era un mero receptor pasivo de las influencias del medio, Thornberry va a ser quizás el autor más importante que junto con otros como Patterson, Catalano y Hawkins, Sampson y Laub o Agnew, van a defender la existencia de bucles o efectos recíprocos entre la conducta antisocial y los factores de riesgo que agravarán la situación del sujeto de tal forma que será difícil discernir si dichos comportamientos son efecto o causa, conllevando a que la conducta antisocial se afiance y cronifique hasta la etapa adulta. Así, la presencia de factores de riesgo tales como conflictos

familiares, fracaso escolar o asociación con amigos delincuentes, pueden influir sobre la aparición de la conducta antisocial, pero dichos comportamientos, a su vez, deterioran las relaciones sociales del individuo y potencian los factores de riesgo ya existentes. Por tanto, si se tiene en cuenta la existencia de estos mecanismos interactivos, las intervenciones han de realizarse principalmente en estadios tempranos, antes de que las conductas problema lleguen a afectar al entorno del sujeto y así poder romper el ciclo causal.

d) *Ampliación del objeto de estudio: de la delincuencia a la “conducta antisocial”*: hoy en día, la mayoría de las teorías han rebasado el límite de la “ilegalidad” de los comportamientos como objeto de estudio. Es decir, si la mayor parte de las teorías tradicionales se han centrado fundamentalmente en el estudio del crimen o el delito, sin embargo, las teorías actuales como la de Tittle, Gottfredson y Hirschi, Moffitt, Thornberry o Jessor y Jessor, amplían sus hipótesis explicativas hacia diferentes patrones de comportamientos tales como conductas desviadas, problemáticas o simplemente transgresoras de las normas sociales, independientemente de que sean delictivas o no. Es evidente que si se defiende la perspectiva evolutiva en el estudio de la conducta antisocial y el objetivo prioritario es la prevención de los comportamientos delictivos, se debe comenzar su estudio por aquellas conductas desadaptativas que aparecen en etapas tempranas y que serán los antecedentes más claros de la actividad criminal futura. En este sentido, podemos decir que en la actualidad predominan las teorías sobre la “conducta antisocial”, cuyo objetivo va a ser la explicación de los procesos a través de los cuales un individuo tiende a realizar conductas que violan las normas sociales, siendo la delincuencia una manifestación más de esa tendencia o estilo de vida alejado de lo convencional.

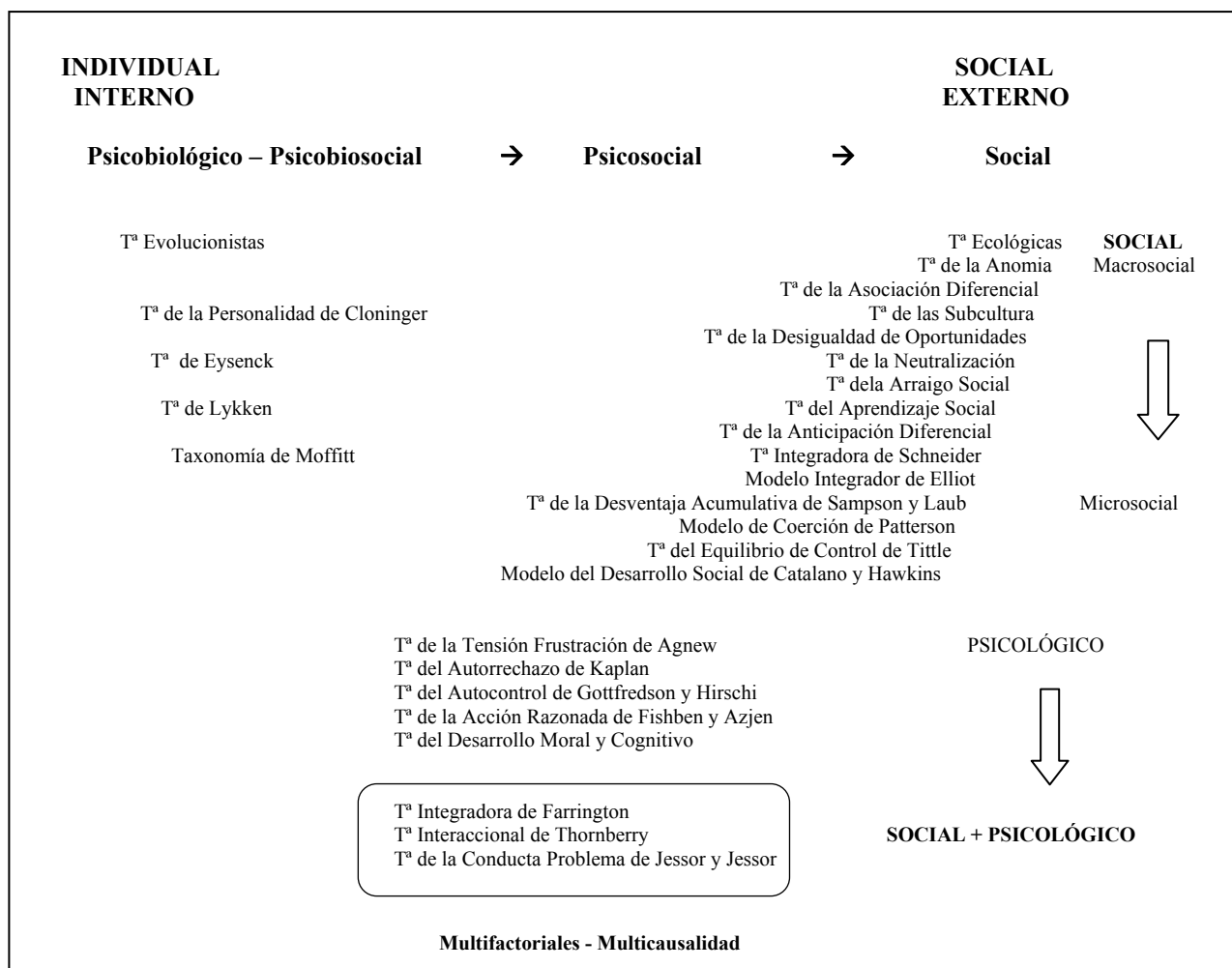
e) *Perspectiva psicosocial*: el estudio actual de la conducta antisocial debe partir de un enfoque claramente psicosocial. Aunque no se ignora el papel que puedan tener otras variables de tipo biológico o individual y las de entornos macrosociales, es la influencia conjunta de factores personales o psicológicos y de los entornos microsociales más próximos al individuo, como la familia, el entorno escolar y el grupo de amigos, los que parecen tener en la actualidad mayor poder explicativo sobre el comportamiento antisocial y en los que se basan los principales modelos teóricos y programas de intervención dentro del campo de la psicología.

f) *Estudios longitudinales*: de acuerdo con los planteamientos evolutivos o efectos recíprocos anteriormente expuestos, estudiar las causas de la conducta antisocial implica la necesidad de realizar amplios seguimientos a lo largo del desarrollo del individuo a través de estudios longitudinales para poder así analizar que tipo de variables aparecen en los distintos momentos del ciclo vital y constatar cuáles son sus efectos en el comportamiento final.

Después de haber hecho un recorrido por las principales teorías e hipótesis explicativas sobre la génesis y/o mantenimiento de la conducta antisocial o comportamientos delictivos, se puede evidenciar que ninguna de ellas por sí mismas ofrecen una explicación completa del origen y de las causas de la conducta antisocial. Sólo un enfoque teórico multifactorial e integrador como el propuesto por Jessor (1991), que defienda la confluencia de diferentes factores de riesgo y de protección integrados en las diferentes teorías (personales, familiares, escolares, sociales) podría acercarse de forma más realista al tema que nos ocupa. De la misma forma, a la hora de realizar programas preventivos, se ha de tener en cuenta el hecho multifactorial de la delincuencia y, por ello, deben sustentarse en modelos integrales que consideren todos los factores causales, ya sean internos o externos al individuo, e

Finalmente, y como dice Becoña (1999), *“la teoría sin la práctica se queda sólo en teoría”*, por lo que, la presente tesis doctoral intentará poner en práctica algunos de los aspectos claves de las últimas teorías comentadas, especialmente la Teoría de la conducta problema y/o de riesgo de Jessor.

Cuadro 2.1. Clasificación de las principales teorías en función de las variables a las que se recurre para explicar la conducta antisocial.



FACTORES DE RIESGO Y DE PROTECCIÓN DE LA CONDUCTA ANTISOCIAL

3.1. Introducción

En el presente capítulo se va a mostrar cómo la conducta antisocial puede verse desencadenada por multitud de factores, subrayándose, así, su multicausalidad. Cuando se estudia un fenómeno tan complejo y envuelto en una fuerte polémica conceptual, una de las estrategias más eficaces para comprenderlo consiste en conceptualizar sus determinantes, más que como *causas*, como factores de riesgo.

Para Berkowitz (1996), un factor de riesgo es una condición que aumenta la probabilidad de la ocurrencia de acciones agresivas aunque no de forma invariable. Loeber (1990), por otra parte, conceptualiza estos factores como eventos que ocurren con anterioridad al inicio del problema y que predicen el resultado posterior, incrementando la probabilidad de su ocurrencia por encima de los índices básicos de la población. Esta perspectiva es la que, a juicio de Berkowitz (1996), debería adoptarse al considerar todas las condiciones que pueden promover la conducta antisocial y delictiva en jóvenes y adolescentes.

Cuando se introduce el concepto de *factor de riesgo* suelen realizarse una serie de aclaraciones. En primer lugar, se dice que el concepto de factor de riesgo es “probabilístico”, no determinista. El que un individuo presente factores de riesgo no implica que *necesariamente* vaya a desarrollar conductas problemáticas; significa únicamente que, si lo comparamos con un individuo sin esos factores, tendrá una mayor probabilidad de llegar a implicarse en esas conductas. En relación con esta idea, es necesario matizar que los factores de riesgo no llegan a tener el estatus de “causas”, es decir, son elementos predictores, pero no implican una causación directa y lineal. Por otra parte, es necesario también tener en cuenta que, hoy por hoy, ningún factor de riesgo por sí solo permite predecir adecuadamente la conducta problema. Se tiende a admitir que estos factores actúan en interrelación; las distintas variables interactúan, se modulan y se influyen entre sí. Precisamente una de las dificultades con las que se encuentra la investigación sobre este tema hace referencia a cómo se articulan entre sí las distintas variables. Se conocen muchas variables predictoras de la conducta problema y, sin embargo, se sabe relativamente poco de cómo se ordenan y se relacionan esos factores entre sí (Luengo et al., 2002).

Así, cabe suponer que diferentes factores de riesgo tienen distintos mecanismos de influencia sobre la conducta. Algunos de ellos quizás ejerzan sus efectos de un modo

relativamente *directo*, sin mediadores: si los amigos refuerzan positivamente las conductas antisociales, el individuo podrá tener más probabilidades de llevarlas a cabo, quizás sin necesidad de ningún otro proceso intermedio. En otros casos, sin embargo, la influencia puede ser *indirecta*: un clima familiar deteriorado puede no incidir directamente sobre la actividad desviada, pero pueden dar lugar a que el adolescente pase más tiempo fuera de casa y tenga una mayor probabilidad de contactos con amigos problemáticos; éste sería el factor con efecto “próximo” o directo sobre la conducta desviada. En otras ocasiones, la influencia de los factores de riesgo puede ser “*condicional*”, es decir, pueden actuar haciendo que el sujeto sea más vulnerable a otros factores. Una baja asertividad, por ejemplo, podría facilitar la conducta antisocial no porque en sí misma induzca a ella, sino porque la baja asertividad puede hacer al sujeto más vulnerable a la influencia de los amigos.

Bien es cierto que no se pueden hacer simplificaciones con respecto a los factores específicos que codeterminan la conducta antisocial. Su complejidad, así como los distintos niveles de su influencia (biológicos, psicológicos, sociales y jurídicos), unidos a la heterogeneidad conceptual de los comportamientos antisociales, excluyen respuestas simples. No obstante, se puede decir mucho sobre las influencias que sitúan a jóvenes y adolescentes en riesgo de emitir conductas desviadas y de los posibles mecanismos en los que operan muchas de estas influencias. La cuestión de más interés es conocer quién es más propenso a convertirse en antisocial y cuáles son los factores que conducen a tal situación.

Asimismo, pensar en términos de probabilidad sobre las condiciones que pueden potenciar la conducta violenta es útil en muchos ámbitos de la vida, incluyendo las ciencias naturales, la educación y las ciencias sociales. Para tomar una decisión en cualquiera de estas áreas es necesario considerar la probabilidad de que cierto hecho se produzca o no, y en base al conocimiento e información disponibles, estimar la probabilidad (grande, moderada o pequeña) de que el suceso se produzca realmente. De este modo, la revisión de los factores que en este capítulo se exponen permitirá hacer estimaciones razonables o afirmaciones de probabilidad sobre las condiciones que promueven la conducta antisocial.

El objetivo principal de este capítulo es, por tanto, identificar los factores que colocan a los individuos bajo riesgo de comportamiento antisocial. Este *riesgo* hace fundamentalmente referencia al incremento de la probabilidad de la conducta sobre los índices básicos de la población (Kazdin y Bucla-Casal, 2002).

Se ha de tener en cuenta que, además de hablar de factores de riesgo de las conductas antisociales, que hacen referencia a aquellas características individuales y/o ambientales que aumentan la probabilidad de la aparición de dichas conductas o un mantenimiento de las mismas; existen los factores de protección. Un *factor de protección* es una característica individual que inhibe, reduce o atenúa la probabilidad del ejercicio y mantenimiento de las conductas antisociales. En este sentido, los factores de riesgo y de protección no son más que los extremos de un continuo y que un mismo factor será protector o de riesgo según el extremo de la escala en que esté situado. Así, por ejemplo, el rasgo *impulsividad* puede ser un factor de riesgo de conductas antisociales cuando tiene un valor elevado en los individuos, mientras que sería un factor de protección cuando su valor es muy bajo. La presencia o ausencia de los mismos no es una garantía de la presencia o ausencia de conductas antisociales respectivamente. Asimismo, a mayor número de factores de riesgo habrá mayor probabilidad de que aumente la probabilidad de aparición de conductas antisociales.

3.2. Clasificación de los factores de riesgo

Los factores de riesgo no son entidades que actúen aisladamente determinando unívocamente unas conductas sino que al interrelacionarse, predicen tendencias generales de actuación. Esto conduce a que la exposición de los principales factores de riesgo para el ejercicio de conductas antisociales se realice atendiendo a dos grandes grupos: 1) factores ambientales y/o contextuales y, 2) factores individuales. Asimismo, los factores individuales se subdividen, a su vez, en: a) mediadores biológicos y factores bioquímicos, b) factores biológico-evolutivos, c) factores psicológicos y, d) factores de socialización (familiares, grupo de iguales y escolares).

3.2.1. Factores ambientales y/o contextuales

La sociedad constituye el marco general donde cohabitan tanto los individuos como los grupos. Los medios de comunicación de masas, las diferencias entre zonas, el desempleo, la pobreza y una situación social desfavorecida, así como las propias variaciones étnicas, son claros factores de riesgo de cara a cometer comportamientos desadaptados y antisociales (véase resumen Tabla 3.1.).

3.2.1.1. Los medios de comunicación de masas

Aunque en algunos momentos se ha supuesto que contemplar imágenes violentas podría incluso reducir las conductas agresivas (la llamada hipótesis de la “catársis”, Lorenz, 1966), lo cierto es que se dispone en la actualidad de una amplia evidencia sobre el efecto contrario (Bushman y Anderson, 2001; Donnerstein, 2004; Huesmann, Moise y Podolski, 1997; Huesmann, Moise, Podolski y Eron, 2003; Meyers, 2003; Wheeler, 1993).

En 1975, la comunicación especial de Rothenberg sobre el “Efecto de la Violencia Televisada en Niños y Jóvenes” alertó a la comunidad sobre los efectos perniciosos de la visión de la violencia televisiva en el normal desarrollo del niño al incrementar tanto los niveles de agresividad física como la conducta antisocial. Esta comunicación, al igual que otras procedentes de organizaciones profesionales como la Academia Americana de Pediatría o la APA (Asociación de Psicología Americana) que llegaban a similares conclusiones, estaba fundamentada en los resultados obtenidos por la Comisión Nacional sobre las “Causas y Prevención de la Violencia” (Baker y Ball, 1969) y en el Informe sobre “Televisión y Desarrollo: El Impacto de la Violencia Televisada” (Surgeon General’s Scientific Advisory Committee on Television and Social Behavior, 1972). Con posterioridad, estos resultados fueron reforzados por el informe del Instituto Nacional de Salud Mental: “Televisión y conducta: Diez años de progreso científico e implicaciones para los ochenta” (Pearl, Bouthilet y Lazar, 1982) en el que, de nuevo, se exponía un amplio consenso desde la literatura científica acerca de que la exposición a la violencia televisiva incrementaba la agresividad física exhibida por niños y adolescentes (Brandon, 1996).

Es por ello que se ha hecho necesario regular legalmente cuales deben ser los programas, contenidos y horarios de emisión de la programación infantil. Para ello, la Ley 25/1994, del 12 de Julio, incorpora al ordenamiento jurídico español, la Directiva de la Unión Europea de 1989 sobre la coordinación de disposiciones legales, reglamentarias y administrativas de los Estados miembros, relativas al ejercicio de actividades de radiodifusión

televisiva, siendo el artículo 17 de dicha ley, el que se refiere expresamente a la protección de los menores frente a la programación (Vázquez, 2003).

De esta forma, el estudio científico de los efectos perniciosos de la observación de la violencia en la televisión fue desarrollándose hasta quedar conceptualizado hoy en día como un importante *factor de riesgo* del comportamiento agresivo (Donnerstein, 2004). Entendiendo éste como un conjunto de condiciones presentes en el individuo o en el ambiente que producen un aumento en la probabilidad de desarrollar un determinado problema como es, en este caso, la conducta violenta (Donnerstein, 1998; Drewer, Hawkins, Catalano y Neckerman, 1995; Huesmann et al., 2003; Lefkowitz, Eron, Walder y Huesmann, 1977; Meyers, 2003); llegando a conformarse lo que hoy en día se denomina la *Teoría del Efecto Causal* entre la visión de la violencia televisiva y la conducta agresiva. Aunque no hay suficiente evidencia empírica que la apoye (Freedman, 1984; Lynn, Hampson y Agahi, 1989), según Björkqvist (1986), la mayor parte de ésta parece estar a favor de la *Teoría del Aprendizaje Social* que postula que la observación de imágenes violentas provoca un incremento de la conducta agresiva debido a un proceso de aprendizaje por condicionamiento instrumental vicario (Bandura, 1973).

Del Barrio (2004b) señala que para explicar la acción de la televisión sobre la aparición de la agresión se recurre a varias teorías: 1) identificación, mediante aprendizaje vicario, 2) desensibilización, inhibiendo la respuesta de desagrado innata hacia la agresión y, 3) las condiciones personales, temporales, familiares y ambientales en las que el niño ve la televisión. Así, los mecanismos psicológicos a través de los cuales la observación de violencia televisada puede llegar a facilitar la expresión de la conducta agresiva o antisocial, implican el aprendizaje, por parte de los jóvenes, de que determinados tipos de agresión o violencia están justificados o son más aceptados bajo determinadas circunstancias, legitimando así la agresión a través de la violencia observada en los medios de comunicación (Watt y Krull, 1977). La exposición a la violencia incrementaría, por tanto, el nivel de tolerancia, enseñando a los niños observadores a elevar el nivel de la conducta agresiva considerada como “aceptable” (Donnerstein, Slaby y Eron, 1994; Drabman, Thomas y Jarvie, 1977; Huesmann y Miller, 1994; Huesmann, et al., 1997; Huesmann et al., 2003; Livingstone, 1996; Meyers, 2003; Molitor y Hirsch, 1994; Schneider, 1994) hasta llegar a relacionarse con la aparición de comportamientos altamente violentos, como puede ser el homicidio (Bushman y Anderson, 2001; Heide, 2004; Wheeler, 1993).

Entre la gran cantidad de factores que han sido analizados en diversas investigaciones con objeto de determinar los efectos de la observación de la televisión violenta en el comportamiento agresivo, caben destacar el carácter justificado o injustificado de ésta (Andreu, Madroño, Zamora y Ramírez, 1996; Berkowitz y Powers, 1979; Peña, Andreu y Muñoz-Rivas., 1999), la visión de la violencia recompensada o castigada y la presencia de armas (Paik y Comstock, 1994), la identificación personal con la agresión y sus consecuencias (Rowe y Herstand, 1986), las actitudes y creencias normativas hacia la agresión interpersonal y la visión de la violencia televisada (Huesmann, Eron, Czilli y Maxwell, 1996; Walker y Morley, 1991), la identificación personal con los personajes agresivos (Huesmann et al., 1984, 2003), las atribuciones y la evaluación moral de los perpetradores de la violencia (Rule y Ferguson, 1986) y la valoración de la agresión observada; especialmente relevante cuando definimos el límite entre la agresión aceptada y la agresión censurable (Mustonen y Pulkkinen, 1993). Asimismo, como ya señaló Gunter (1985), el contexto moral

del comportamiento debe ser un factor más a considerar ya que es un importante mediador en la percepción de la conducta antisocial.

Un trabajo reciente llevado a cabo por Huesmann et al. (2003) muestra que los niños que ven televisión violenta tienen una conducta más agresiva 15 años más tarde en comparación al grupo control, afectando más a los hombres que a las mujeres y a los niños más que a los adolescentes o a los adultos. Meyers (2003) encuentra resultados en la misma dirección, añadiendo cómo la agresión futura correlaciona más fuertemente con aquellos sujetos que previamente tenían altos niveles de agresión. En la misma investigación se encuentra que la educación paterna y el éxito escolar son las variables que presentan una mayor correlación negativa con la agresión y con ver televisión violenta, tanto en niños como en niñas, pudiendo ser consideradas como los factores de protección más importantes para estas variables.

Entre las últimas investigaciones sobre el tema, se ha encontrado otro efecto indeseable de la violencia televisiva, hasta ahora menos estudiado, como es la influencia que tiene en sujetos que no son agresivos. Parece ser que la visión de escenas violentas incrementa en ellos el miedo a ser víctima y temor a ser agredido en el mundo real y, este miedo, les puede llegar a convertir en objetivos de la agresión de compañeros agresivos o violentos (Del Barrio, 2004b; Donnerstein, 2004).

3.2.1.2. Diferencias entre zonas, comunidad y barrios

Quizás sean los estudios desarrollados por los representantes de la Escuela de Chicago (Burguess, Mckenzie, Thrasher, Shaw y McKay), dentro del marco teórico de las “Teorías Ecológicas”, los primeros en demostrar que la delincuencia era producida por la ciudad, e incluso cabía apreciar la existencia de áreas muy definidas, como la zona de fábricas, ferrocarriles, oficinas y almacenes del centro de la ciudad, suburbios, barrio chino; es decir, demostraron que la criminalidad aumentaba cuanto más se aproximaba al centro de la ciudad y a la zona industrializada (García-Pablos, 2001).

Parece evidente, desde un punto de vista social, que hay diferentes zonas en las que es más probable encontrar altos niveles de delincuencia. Hope y Hough (1988) y Mayhew, Aye Maung y Mirrless-Black (1993), por ejemplo, relacionan los índices de delincuencia con tres tipos de zonas: 1) sub-zonas de alto nivel en las zonas céntricas deprimidas de las ciudades (incluiría las casas de los ricos y las zonas de edificios de propiedad privada en ocupación múltiple); 2) zonas multirraciales que se corresponden con viviendas privadas en alquiler; y 3) complejos urbanísticos de subvención municipal en alquileres más reducidos/pobres, ubicados en zonas céntricas deprimidas o en el anillo exterior.

Es posible, por ejemplo, establecer un paralelismo en cualquier ciudad española con el estudio británico expuesto. Sirvan de ejemplo los registros de los barrios con altos índices de delincuencia juvenil aportados por González (1987) en Madrid y Barcelona. Así, en Madrid el orden de mayor a menor delincuencia sería: Canillejas, San Blas, Orcasitas y Vallecas; y en Barcelona, Las Ramblas o La Mina.

Numerosos estudios señalan que las características de los barrios influyen en un mayor desarrollo de violencia tanto en adultos como en niños y por igual en ambos sexos (Farrington,

Sampson y Wikström, 1993; Hawkins et al., 1999; Kupersmidt et al., 1995; Sampson y Lauritsen, 1994; Sampson, Raudenbush y Earls, 1997; Scott, 2004; Tremblay et al., 1997).

Simcha-Fagan y Schwartz (1986), se centraron en el estudio de los efectos contextuales del barrio en la delincuencia y encontraron que el nivel económico de la comunidad, la subcultura de criminalidad y la desorganización comunitaria, se relacionaban significativamente con la delincuencia registrada oficialmente.

Stouthamer-Loeber et al. (1993) apuntan que cuando la pobreza del barrio es extrema, el riesgo de que se produzca violencia urbana es muy alto. De la misma forma, algunos autores ponen en evidencia que los barrios más desfavorecidos están asociados a una mayor presencia de sucesos vitales estresantes y, a su vez, a una mayor presencia de conductas agresivas en los jóvenes. Attar, Guerra y Tolan (1994), confirman esto en sus investigaciones. En comparación con los jóvenes que vivían en otros barrios más favorecidos, éstos estaban expuestos a mayores sucesos estresantes, lo que provocaba un aumento de comportamientos agresivos constatados por el profesor durante el periodo de un año. Asimismo, es muy posible también que las condiciones de una vida estresante derivada de vivir en un barrio desfavorecido, que provoca incomodidades para los niños y muchos problemas a los padres, les dificulte la tarea de criar a sus hijos de un modo constructivo (Scott, 2004).

Pero el tipo de barrio también afecta en la edad de comienzo de las conductas antisociales de los chicos. Loeber y Wikström (1993) encontraron que aquellos barrios peores o más desfavorecidos se caracterizaban por un inicio más temprano de los comportamientos antisociales y violentos (10-12 años) respecto a otros barrios. Estos resultados también fueron confirmados por Sommers y Basking (1993).

Sampson y Lauritsen (1994), se han dirigido hacia la búsqueda de relaciones entre diversas características de los barrios y las tasas de crímenes violentos, incluyendo: rotación y cambios de comunidad, heterogeneidad en la composición racial, densidad habitacional y poblacional y desorganización social comunitaria. Los hallazgos sugieren que la desorganización social y los cambios comunitarios son los que más contribuyen a incrementar las tasas de violencia dentro de una comunidad.

Maguin et al. (1995), en el Proyecto de Desarrollo Social de Seattle, estudian prospectivamente en una muestra de adolescentes de 18 años, la influencia de diferentes variables relacionadas con el barrio o la comunidad sobre la delincuencia. En primer lugar, evaluaron la influencia de la *desorganización de la comunidad* a través de una escala autoinformada de 6 ítems que evaluaba la percepción que tenían los adolescentes sobre su barrio entre los 14 y los 16 años, encontrando una mayor variedad de actos violentos a los 18 años en aquellos jóvenes que crecieron en barrios desorganizados. En los mismos sujetos se midió el *grado de vinculación hacia el barrio* a las edades de 10, 14 y 16 años a través de autoinformes, resultando ser dicho factor menos predictor de la violencia que haber vivido en una comunidad desorganizada. En segundo lugar, evaluaron la influencia de vivir en un barrio donde existiera una alta *accesibilidad a las drogas*. Dicha variable se midió a través de una escala autoinformada de tres ítems que evaluaba la disponibilidad de los estudiantes a la marihuana a los 10 años y a la marihuana y a la cocaína a los 14 y 16 años. Los resultados mostraron que una mayor disponibilidad de drogas durante la niñez y la adolescencia predecía una mayor variedad de comportamientos violentos a los 18 años. En tercer lugar, y en relación con la *existencia de comportamientos delictivos llevados a cabo por adultos* dentro

de la comunidad, encontraron que los niños que conocían a una mayor cantidad de adultos que vendían drogas o que participaban en alguna otra actividad ilegal dentro del barrio, tenían una mayor probabilidad de involucrarse en comportamientos violentos a los 18 años. De la misma forma, Thornberry, Huizinga y Loeber (1995) y Paschall (1996), encuentran mayor prevalencia de comportamientos violentos autoinformados a la edad de 16 y 14-18 años respectivamente, en aquellos adolescentes que estuvieron expuestos a la violencia o a la delincuencia en sus barrios o comunidad.

Otros resultados a favor de la relación entre las características del barrio y la comunidad y la conducta antisocial son los ofrecidos por Brewer, Hawkins, Catalano y Neckerman (1995), encontrando que una baja vinculación hacia el barrio y la desorganización en la comunidad, la disponibilidad de drogas y armas de fuego, la exposición a violencia tanto en el barrio como en los medios, la exposición a prejuicios raciales y la existencia de leyes y normas comunitarias que favorecen la violencia son factores que pueden influir en la aparición de la violencia individual. De la misma forma, Herrenkohl et al. (2001), encuentran nuevamente, que una baja vinculación hacia el barrio y ser varón, serían los factores de riesgo más directos hacia el desarrollo posterior de la conducta antisocial.

Guerra, Huesmann y Spindler (2003) sugieren en su estudio que el ser testigo de violencia dentro la comunidad influye en el comportamiento agresivo de los niños a través de la imitación y el desarrollo de cogniciones favorables a la violencia a medida que los niños se hacen mayores.

En el estudio realizado por Sampson et al. (1997) se demostró que el grado de cohesión social y los mecanismos de control informal existentes entre los vecinos, eran factores determinante para la prevención de la violencia, incluso en los barrios más pobres. Así también, mudarse de un barrio desfavorecido a otra zona mejor, reduciría los comportamientos antisociales (Scott, 2004). Eamon (2001) encuentra, como otro factor protector, que cuando se vive en un barrio de alto riesgo, las prácticas educativas parentales de carácter autoritario reducían la futura conducta antisocial de sus hijos.

Otros estudios han focalizado su atención en buscar relaciones entre la conducta antisocial y el pertenecer a entornos urbanos o rurales (Elliot, Huizinga y Menard, 1989; Farrington, 1989b; Hawkins et al., 1999). Así, estudios recientes apuntan que a pesar de no encontrar una vinculación directa entre el tipo de hábitat (rural y urbano) y los comportamientos antisociales, existen otros factores observados en sus resultados que podrían hablar de un proceso de socialización defectuoso y ser estos los culpables indirectos de la aparición de dichas conductas, estos serían la escasa tendencia altruista (Holahan, 1996) y un menor grado de consideración hacia los demás (Arce, Seijo y Novo, 2004) encontrados en mayor proporción en individuos de ambientes urbanos frente a los rurales.

3.2.1.3. El desempleo

Parecen también evidentes las relaciones que existen entre la falta de empleo y la delincuencia. Farrington et al. (1986), en un estudio longitudinal de chicos procedentes de zonas deprimidas de Londres, encontraron resultados interesantes respecto al desempleo. La investigación arrojó tres resultados importantes: 1) los jóvenes que llevaban al menos tres meses parados cometieron casi tres veces más delitos que el muestreo en su conjunto; 2) el índice de delitos se incrementó cuando estaban sin trabajo; y 3) el efecto del desempleo en la

delincuencia sólo era evidente en aquellos chicos con un alto índice anterior de delincuencia. Podría suponerse que la experiencia del desempleo hiciese más probable el que los individuos antisociales robasen con más frecuencia, siendo el efecto del desempleo relativamente inmediato. Sampson y Laub (1993) apuntan la probabilidad de que el efecto del desempleo sea más a largo plazo, provocando una reducción de los vínculos de la persona con la sociedad y sus valores, lo que podría explicar que en muchos casos no existiera una estrecha relación temporal entre las épocas de desempleo y los índices de delincuencia.

Fergusson, Lynskey y Horwood (1997a), en el estudio longitudinal de Christchurch, compararon las prevalencias de delincuencia en jóvenes de 17 y 18 años con el tiempo que habían permanecido desempleados entre los 16 y 18 años. Los resultados apuntaron claras diferencias, encontrando que el 11-12% de los chicos condenados habían estado desempleados durante un periodo de menos de seis meses sin embargo, la prevalencia de delincuentes aumentaba al 19,7% a la misma vez que lo hacía el tiempo de desempleo, siendo en este caso más de seis meses. Por contra, sólo el 2,2% de los chicos empleados habían sido condenados por delito.

Rutter et al. (2000) concluyen, al respecto, que el desempleo predispondría a un incremento de las actividades delictivas protagonizadas por aquellos individuos que ya tenían un alto riesgo debido a su propia conducta anterior, características y antecedentes psicosociales. No obstante, añade que no se sabe mucho de los mecanismos implicados y se necesitan más estudios al respecto que ayuden a entender mejor la influencia de dicho factor sobre el desarrollo de la conducta antisocial.

3.2.1.4. La pobreza y/o situación social desfavorecida

La mayoría de las teorías sociológicas sobre los factores determinantes de la delincuencia tienen como punto de partida el que la mayoría de los delincuentes proceden de un medio socialmente desfavorecido (Rutter y Giller, 1983).

Los indicadores de la desventaja socioeconómica como la pobreza extrema y el hacinamiento, se han asociado repetidamente con el incremento del riesgo de exhibir conductas antisociales por parte de los adolescentes (Evans, 2004; Farrington et al., 1990; James, 1995; Pfeiffer, 1998, 2004; Pfeiffer, Brettfeld y Delzer, 1997; Wilmers et al., 2002).

De la misma forma, Mayor y Urra (1991) y West (1982) señalan que existe una relación significativa entre la emisión de conductas antisociales y las clases sociales más bajas. Sin embargo, la interpretación de estos datos es bastante compleja, posiblemente debido a la asociación que existe entre estas clases sociales y otras variables como el tamaño de la familia, el hacinamiento y/o la poca atención prestada a los niños, que constituyen otros factores de riesgo. Cuando el efecto de estos factores han sido controlados, se ha visto como la clase social muestra poca o ninguna relación con la conducta antisocial (Robins, 1978; Wadsworth, 1979).

Sin embargo, Elliott et al. (1989) encontraron entre los jóvenes urbanos pertenecientes a la Investigación Nacional Juvenil de los Estados Unidos, que la prevalencia autoinformada de asaltos con intimidación y robos, era el doble de alta en los jóvenes pobres y de clase media.

Farrington (1989a) en su estudio de Cambridge sobre el desarrollo de la delincuencia en Londres, encontró que los bajos ingresos económicos en la familia a la edad de 8 años, predecía la violencia posterior y los arrestos por faltas violentas en los jóvenes. En Estocolmo (Wikström, 1985), en Copenhague (Hogh y Wolf, 1983) y en Nueva Zelanda (Henry et al., 1996) se han obtenido resultados similares. En comparación con los datos longitudinales de Londres, en el estudio con jóvenes de Pittsburgh, encontró que el pertenecer a familias que dependían de la beneficencia aumentaba significativamente los niveles de conducta violenta.

Otros estudios a nivel comunitario han considerado cómo la pobreza contribuye al desarrollo de la violencia. Por ejemplo, Smith y Jarjoura (1988) encontraron que las comunidades que se caracterizaban por su pobreza y por una rápida rotación de la población tenían tasas de crímenes significativamente mayores en comparación con áreas pobres, pero estables o áreas de alta rotación, pero con mayores ingresos económicos (Sampson y Lauritsen, 1994).

Conger et al. (1994) encuentran que la presión económica afecta a la conducta antisocial, pero indirectamente, ya que estaría mediada por la depresión de algún progenitor, conflicto matrimonial u hostilidad de los progenitores. Un año más tarde Conger, Patterson y Ge (1995) analizaron el efecto de la tensión familiar en un estudio longitudinal, medido a través de una bajada en los ingresos o por enfermedad o lesión grave. Los efectos del estrés familiar estaban modulados por la depresión de los padres y la deficiente disciplina por parte de éstos. No obstante, hay que señalar que los conceptos de presión económica y de tensión familiar estaban definidos de forma general, hallándose una relación con la conducta antisocial muy débil.

Otros resultados a favor de la relación entre la situación social desfavorecida y la conducta antisocial son los ofrecidos por Piffner, McBurnett y Rathouz (2001), quienes hallaron un mayor índice de conducta antisocial en familias en las que el padre biológico no estaba en casa, correlacionando este hecho con el bajo estatus socioeconómico. La relación se invertía en aquellos casos en los que el padre sí que estaba en el hogar.

Dos estudios realizados en Alemania, el de Wetzels, Enzmann, Mecklenburg y Pfeiffer (2001) y Wilmers et al. (2002), ponen en evidencia un mayor prevalencia de violencia juvenil en grupos de extranjeros o inmigrantes, especialmente los de origen turco y yugoslavo, siendo éstos, los que habían sufrido un aumento de pobreza y desarraigo social mayor. Eamon (2001) señala que la relación encontrada en su estudio entre la conducta antisocial y la pobreza, estaba mediada por la influencia de la presión de los pares y vivir en un vecindario problemático.

Del Barrio (2004b) señala que no hay que olvidar que las clases sociales más bajas acumulan más factores de riesgo que hacen que se produzca un incremento de las conductas violentas y agresivas. El nivel de educación es más bajo por lo que no tienen acceso a una profesión segura, lo que les provocará niveles altos de frustración y la tentación de tomar por la fuerza lo que no se puede conseguir de otro modo. En un reciente trabajo, Evans (2004) demuestra cómo los bajos ingresos económicos correlacionan con un cúmulo de carencias de otro orden, entre las cuales estarían: menos supervisión de tareas escolares, más horas de televisión, menos acceso a libros y ordenadores, más familias rotas o desestructuradas, más violencia en el hogar, menos responsabilidad paterna y más autoritarismo, menos seguridad policial en los barrios, peores escuelas, menos recursos de ocio controlado, entornos más ruidosos y contaminados y peor salud.

Finalmente, Gelles y Cavanaugh (2004) señalan que la situación económica y las desigualdades son dos de los factores sociales más importantes vinculados con la violencia por varias razones. En primer lugar, por ser un poderoso estresor vital. En segundo lugar, por correlacionar con otra serie de estresores vitales como pueden ser el desempleo, la enfermedad, la carencia de una vivienda digna, la falta de asistencia sanitaria, factores que se agravan si además viven en vecindarios con un alto grado de delincuencia. Y en tercer lugar, porque puede influir a nivel psicológico, como señala Gilligan (1996), una persona que se encuentra en una situación de privación como es la pobreza, puede generar sentimientos de vergüenza e inferioridad que potencien aún más la aparición de la conducta antisocial.

3.2.1.5. Las variaciones étnicas

Las variaciones étnicas también se han postulado como factor de riesgo del comportamiento antisocial. A pesar de que los registros oficiales casi siempre reflejan la existencia de diferencias en los índices de delincuencia entre personas de diferentes etnias o razas, preferentemente en grupos minoritarios o inmigrantes socialmente marginados, lo cierto es que no hay que olvidar que éstos resultados pueden estar sesgados al menos por dos motivos, por un lado, llaman más la atención de la policía, por lo que son más arrestados (Hagan y Peterson, 1995; Mann, 1993) y por otro, parece que la raza o la etnia influye más sobre la decisión de los jueces a inculparlos (Pope y Feyerherm, 1993; Tonry, 1995). Los estudios que evalúan la prevalencia de conducta antisocial de forma autoinformada, no encuentran diferencias significativas entre diferentes razas (Farrington et al., 1996a). Parece ser que lo que si se evidencia en algunos estudios es que existen diferentes patrones de comportamiento antisocial entre la raza blanca y negra (LaFree, 1995). Así, parece que los sujetos de raza negra son más arrestados por delitos relacionados con el robo, homicidio involuntario y crímenes violentos, mientras que los blancos son más arrestados por el resto de los delitos (Snyder y Sickmund, 1995).

El FBI afirma en su informe del año 2002 que los varones jóvenes de raza negra (de entre 18 y 24 años) presentan las tasas más altas de homicidio, siendo sus víctimas habituales otros varones jóvenes de raza negra. Otros grupos minoritarios residentes en Estados Unidos como los indios americanos o nativos de Alaska, también presentan altas tasas de violencia (Gelles y Cavanaugh, 2004). Pero como añade este autor, la interpretación de estos datos no debe olvidar que los grupos minoritarios presentan mayor probabilidad de atraer más la atención de las autoridades oficiales, de recibir una sanción, o de tener problemas económicos. Sin embargo, aún controlando los factores pobreza o los ingresos las diferencias siguen apareciendo. Hampton, Carrillo y Kim (1998) hablan de la existencia de otros estresores a los que estarían sometidos estos grupos minoritarios y que podrían explicar dicha diferencia, entre otros, estarían el desempleo, la desestructuración familiar, la densidad de población y la discriminación individual e institucional.

De la misma forma, otros autores señalan que factores tales como el desempleo, la pobreza, los factores familiares de riesgo, normas culturales legitimadoras hacia la violencia o alguna combinación interfactorial, subyacerían a las diferencias encontradas en sus estudios (Pfeiffer, 1998, 2004; Wetzels et al., 2001; Wilmers et al., 2002). Así, el estudio de Peeples y Loeber (1994) halla que el índice de delincuencia de los afroamericanos que vivían en zonas que no eran de clase marginada no difería del de los blancos.

Por otra parte, McCord y Ensminger (1995) encontraron, en una muestra de estudiantes afroamericanos del estudio de Woodlawn, relaciones entre comportamientos violentos y haber sido víctima de discriminación racial, incluyendo haber tenido problemas para encontrar trabajo y casa. Asimismo, quienes informaron de estos incidentes de discriminación racial eran más violentos de adultos que los que no habían sido víctimas de estos prejuicios sociales.

Tabla 3.1. Resumen de los factores de riesgo contextuales-ambientales

FACTORES DE RIESGO	ESTUDIOS	HALLAZGOS EMPÍRICOS
1. Medios de comunicación de masas	Baker y Ball, 1969; Pearl et al., 1982; Brandon, 1996.	La exposición a la violencia televisiva incrementa tanto la agresividad física infantil como la conducta antisocial.
	Lefkowitz et al., 1977; Drewet et al., 1995; Donnerstein, 1998, 2004; Huesmann et al., 2003; Meyers, 2003	La observación de violencia televisada es un factor de riesgo para el comportamiento agresivo futuro.
	Bandura, 1973; Björkqvist, 1986	La observación de imágenes violentas provoca un incremento de la conducta agresiva debido a un proceso de aprendizaje por condicionamiento instrumental vicario.
	Watt y Krull, 1977 Drabman et al., 1977; Molitor y Hirsch, 1994; Schneider, 1994.	La exposición a la violencia incrementaría el nivel de tolerancia y enseñaría a los niños observadores a elevar el nivel de conducta antisocial considerada como aceptable
	Berkowitz y Powers, 1979; Andreu et al., 1996; Peña et al., 1999	El carácter justificado o injustificado de las escenas violentas observadas determina el comportamiento agresivo final
	Rowe y Herstand, 1986	La identificación personal con la agresión y sus consecuencias determina el comportamiento agresivo final
	Paik y Comstock, 1994	La visión de violencia recompensada o castigada y la presencia de armas determina el comportamiento agresivo final
	Walker y Morley, 1991; Huesmann et al., 1996	Las actitudes y creencias normativas hacia la agresión interpersonal y violencia televisada, determinan el comportamiento agresivo final
	Huesmann et al., 1984; 2003	La identificación personal con los personajes agresivos, determina el comportamiento agresivo final
	Rule y Ferguson, 1986	Las atribuciones y evaluación moral de los perpetradores de la violencia determina el comportamiento agresivo final
	Mustonen y Pulkkinen, 1993	La valoración de la agresión observada, como aceptada o censurables, determina el comportamiento agresivo final
	Griffiths, 1997	Las nuevas tecnologías permiten acceder fácilmente a material violento y pornográfico. Esta variante de la conducta de juego excita fisiológicamente al individuo reforzando su conducta futura y predisponiendo para el desarrollo de un amplio abanico de conductas antisociales
	Huesmann et al., 2003	La observación infantil de violencia televisada predice más conductas agresivas a los 15 años en varones y adolescentes, que en mujeres o adultos.
	Meyers et al., 2003	Añade que la agresión futura será más fuerte en aquellos sujetos que previamente eran más agresivos
	Wheeler, 1993; Bushman y Anderson, 2001; Heide, 2004	La exposición a violencia ha llegado a relacionarse con la aparición de comportamientos suicidas.
	Del Barrio, 2004b; Donnerstein, 2004	La visión de escenas violentas incrementa el miedo a ser víctimas y temor a ser agredido en el mundo real, lo que los convierte en claros objetivos de compañeros agresivos.

2. Diferencias entre zonas, comunidades y barrios.	Simcha-Fagan y Schwartz, 1986	El nivel económico de la comunidad y la subcultura de criminalidad y desorganización comunitaria del barrio, se relacionaban significativamente con la delincuencia registrada oficialmente.
	Hope y Hough, 1988; Mayhew, 1993	La delincuencia se relaciona con zonas no de alto nivel en las zonas céntricas deprimidas de las ciudades, zonas multirraciales que suelen ser viviendas privadas en alquiler y complejos urbanísticos de subvención municipal.
	González, 1987	Recoge registros de diferentes ciudades españolas. En Madrid las zonas de mayor delincuencia son: Canillejas, San Blas, Orcasitas, Vallecas...; y en Barcelona: Las Ramblas y La Mina.
	Stout-hamer-Loeber et al., 1993	Cuando la pobreza del barrio es extrema, el riesgo de que se produzca violencia urbana es muy alto.
	Attar et al., 1994	Los barrios más desfavorecidos están asociados a una mayor presencia de sucesos vitales estresantes y, a su vez, a una mayor presencia de conductas agresivas en los jóvenes.
	Sampson y Lauritsen, 1994	La desorganización social y los cambios comunitarios son los que más contribuyen a incrementar las tasas de violencia dentro de una comunidad.
	Maguin et al., 1995; Brewer et al., 1995	Encuentran mayor prevalencia de comportamientos violentos en aquellos adolescentes que crecieron en barrios desorganizados, con alta accesibilidad a drogas, alta violencia, baja vinculación al barrio, disponibilidad de armas.
	Thornberry, Huizinga y Loeber, 1995 y Paschall, 1996	Encuentran mayor prevalencia de comportamientos violentos en aquellos adolescentes que estuvieron expuestos a la violencia o a la delincuencia en sus barrios o comunidad.
	Herrenkohl et al., 2001	Encuentra que una baja vinculación al barrio y ser varón como los factores de riesgo más directos de las conductas antisociales futuras.
	Guerra, Huesmann y Spindler, 2003	El ser testigo de violencia dentro la comunidad influye en el comportamiento agresivo de los niños a través de la imitación y el desarrollo de cogniciones favorables a la violencia a medida que los niños se hacen mayores.
	Scott, 2004	Las condiciones de una vida estresante derivada de vivir en un barrio desfavorecido, provoca incomodidades para los niños y muchos problemas a los padres y les dificulta la tarea de criar a sus hijos de un modo constructivo.
	Sampson, Raudenbush y Earls, 1997; Eamon, 2001; Scott, 2004	El grado de cohesión social y los mecanismos de control informal existentes entre los vecinos, mudarse de un barrio desfavorecido a otra zona mejor y las prácticas educativas parentales de carácter autoritario eran factores determinante para la prevención de la violencia.

3. El desempleo	Farrington et al., 1986	Los jóvenes que llevaban tres meses desempleados cometieron el triple de delitos mientras estuvieron empleados. Asimismo, el índice de delitos se incrementaba cuando estaban en el paro. Pero este efecto del desempleo sólo era evidente cuando el joven tenía un elevado índice anterior de delincuencia
	Sampson y Laub, 1993	Apuntan la probabilidad de que el efecto del desempleo sea más a largo plazo, provocando una reducción de los vínculos de la persona con la sociedad y sus valores, lo que podría explicar que en muchos casos no existiera una estrecha relación temporal entre las épocas de desempleo y los índices de delincuencia.
	Fergusson, Lynskey y Horwood, 1997a.	Encontraron que el 11-12% de los chicos condenados habían estado desempleados durante un periodo de menos de seis meses sin embargo, la prevalencia de delinquentes aumentaba al 19,7% a la misma vez que lo hacía el tiempo de desempleo, siendo en este caso más de seis meses. Por contra, sólo el 2,2% de los chicos empleados habían sido condenados por delito.
	Rutter y cols, 2000	El desempleo predispone al incremento de las conductas delictivas en individuos que ya tienen un alto riesgo por su propia conducta y características.
4. La pobreza y/o situación social desfavorecida	Rutter y Giller, 1983	La mayoría de los delinquentes proceden de un medio socialmente desfavorecido
	Robins y Ratcliff, 1979; Bursik y Webb, 1982; Farrington et al., 1990; Wilmers et al., 2002; Pfeiffer, 2004; Evans, 2004.	La desventaja socioeconómica como la pobreza extrema y el hacinamiento, se han asociado repetidamente con el incremento del riesgo a exhibir conductas antisociales por parte de los adolescentes
	West, 1982; Mayor y Urra, 1991	Existe una relación significativa entre la emisión de conductas antisociales y las clases sociales más bajas
	Robins, 1978; Wadsworth, 1979	Cuando el efecto de factores asociados a la clase social baja (tamaño familia, hacinamiento) han sido controlados, se ha visto como la clase social muestra poca o ninguna relación con la conducta antisocial
	Hogh y Wolf, 1983; Wikström, 1985; Farrington, 1989a; Henry et al., 1996	Los bajos ingresos económicos o el pertenecer a familias que dependían de la beneficencia predecía la violencia posterior y los arrestos por faltas violentas en los jóvenes.
	Conger et al., 1994; Conger et al., 1995	La presión económica ejerce un efecto indirecto sobre la conducta antisocial, mediado por la depresión de algún progenitor, el conflicto matrimonial y la hostilidad de los progenitores. El estrés familiar estaría mediado por la depresión parental y una deficiente disciplina.
	Garret y cols, 1994	El alivio de la pobreza aporta beneficios al funcionamiento familiar y reduce la aparición de conducta antisocial.
	Pfiffner et al., 2001	Mayor índice de conducta antisocial en familias en que el padre no está en caso, correlacionando con un bajo estatus socioeconómico. La relación se invertía cuando el padre sí estaba en casa
	Del Barrio, 2004b; Evans, 2004	Las clases sociales más bajas acumulan más factores de riesgo que hacen que se produzca un incremento de las conductas violentas y agresivas.
	Gelles y Cavanaugh, 2004	La situación económica y las desigualdades son dos de los factores sociales más importantes vinculados con la violencia por varias razones: por ser un poderoso estresor vital, por correlacionar con otra serie de estresores vitales como pueden ser el desempleo, la enfermedad, la carencia de una vivienda digna, la falta de asistencia sanitaria, factores que se agravan si además viven en vecindarios con un alto grado de delincuencia y porque puede influir a nivel psicológico.

5. Las variaciones étnicas	Rutter et al., 2000	Hay diferencias en los índices de conducta antisocial entre personas de diferentes etnias (a favor de las minoritarias). Esto estaría mediado por factores como desempleo, factores familiares, etc.
	Peebles y Loeber, 1994	El índice de delincuencia de los afroamericanos que vivían en zonas no marginales no difería del de los blancos
	McCord y Ensminger, 1995	Encontraron relaciones entre comportamientos violentos y haber sido víctima de discriminación racial, incluyendo haber tenido problemas para encontrar trabajo y casa.
	Snyder y Sickmund, 1995	Los sujetos de raza negra son más arrestados por delitos relacionados con el robo, homicidio involuntario y crímenes violentos, mientras que los blancos son más arrestados por el resto de delitos.
	Farrington et al., 1996a.	No encuentran diferencias significativas entre diferentes razas
	Wetzels et al., 2001; Wilmers et al., 2002; Pfeiffer, 1998, 2004	Factores tales como el desempleo, la pobreza, los factores familiares de riesgo, normas culturales legitimadoras hacia la violencia o alguna combinación interfactorial, subyacerían a las diferencias encontradas entre etnias.
	Gelles y Cavanaugh, 2004	Los grupos minoritarios presentan mayor probabilidad de atraer más la atención de las autoridades oficiales, de recibir una sanción o de tener problemas económicos, motivos por los cuales los datos estadísticos hay que tomarlos con cautela.

3.2.2. Factores individuales

Hasta hace relativamente poco tiempo se consideraba que los modelos psicosociales y biológicos no sólo eran mutuamente excluyentes sino que, además, entraban en competencia. Sin embargo, hoy sabemos que todo comportamiento humano es, en mayor o menor medida, producto de la interacción entre determinadas experiencias vitales o variables psicosociales y un conglomerado de factores biológico-genéticos, por tanto, la aparición de la conducta antisocial estará modulada por dicha interacción.

3.2.2.1. Mediadores biológicos y factores genéticos

Rutter y Giller (1983) consideraron, entre otros, que no era demasiado útil buscar posibles influencias genéticas subyacentes a las diferencias individuales encontradas en la propensión hacia las conductas antisociales. No obstante, en la actualidad, el panorama es muy distinto, puesto que los factores de riesgo genéticos y biológicos (Lahey, McBurnett, Loeber y Hart, 1995; Raine, Brennan y Farrington, 1997; Susman y Finkelstein, 2001), los factores neuropsicológicos y la delincuencia (Milner, 1991), y, finalmente, los vínculos con el trastorno mental (Hodgins, 1993), han sido puestos claramente de relieve en el estudio del riesgo de comportamientos antisociales.

En este apartado se recogen aquellos estudios que relacionan determinadas anomalías bioquímicas, estructurales y funcionales que se han encontrado vinculadas a los comportamientos antisociales y violentos (véase resumen Tabla 3.2.).

3.2.2.1.1. Hormonas, neurotransmisores y toxinas

La investigación sobre hormonas y comportamiento agresivo y/o violento en humanos se ha centrado principalmente en dos tipos de estudios: a) el estudio de los trastornos endocrinos, básicamente en los síndromes hiper e hipogonadales y, b) los estudios correlacionales entre niveles de testosterona en plasma, saliva u orina y conducta agresiva medida a través de cuestionarios psicológicos y/o observaciones conductuales definidas.

Un estudio pionero sobre la relación entre la *testosterona* y la agresión auto-informada en hombres fue el realizado por Persky, Smith y Basu (1971). Se utilizaron sujetos varones normales a los que se les administraron diversos cuestionarios psicológicos, entre ellos, el *Inventario de Hostilidad* de Buss y Durkee -BDHI- (1957). Los resultados obtenidos mostraron una correlación significativa entre niveles superiores de testosterona, puntuaciones en el BDHI total y la testosterona plasmática total. El segundo factor obtenido en este cuestionario fue denominado *sentimientos agresivos* que también correlacionó significativamente con la producción de la hormona. Los autores sugirieron que la capacidad para experimentar sentimientos agresivos estaría asociada a la actividad gonadal masculina (Aluja, 1991). Sin embargo, estudios posteriores (Doering et al., 1975; Meyer-Bahlburg y cols, 1974) no llegaron a confirmar estos hallazgos obtenidos.

Aplicando el BDHI a un muestra de 101 voluntarios universitarios así como otras medidas de autoinforme, Monti, Brown y Corriveau (1977) no hallaron ninguna correlación significativa entre la escala total de este cuestionario y la testosterona, pero sí con la subescala *Suspicious*, aunque de forma moderada. Sin embargo, tampoco se hallaron correlaciones entre la estructura factorial del BDHI, compuesta por tres factores denominados *agresividad*, *súplica social* y *relajación*, con los niveles de testosterona plasmática.

Olweus, Mattsson, Schalling y Löw (1980) utilizando otros tipos de autoinformes, entre ellos el *Multifacet Aggression Inventory for Boys* (OMFAIB), obtuvieron una relación significativa y positiva entre las subescalas relacionadas con la agresión física y verbal y los niveles de testosterona. Estos resultados serían concordantes con los obtenidos por Persky et al. (1971), puesto que el Factor II del BDHI queda integrado por agresión indirecta, irritabilidad y agresión verbal.

Merece destacarse el hecho de que los trastornos agresivos constituyen una de las categorías principales en la que pueden agruparse los efectos psicológicos de la administración de esteroides androgénicos-anabolizantes como la testosterona (Salvador, Martínez-Sanchís, Moro y Suay, 1994). En esta línea de investigación, estudios realizados con sujetos transexuales han mostrado que la administración de testosterona aumenta la ira y la propensión a agredir, mientras que la administración de antiandrógenos las reduce (Van Goozen et al., 1995).

Para evaluar la agresividad de los sujetos, también se han empleado otros instrumentos diagnósticos, además de los cuestionarios psicológicos, mostrando que las relaciones entre hormonas y conducta agresiva son más consistentes cuando se emplean escalas de observación, historiales delictivos u otros criterios cumplimentados por terceras personas (Aluja, 1991).

Estas relaciones también parecen más consistentes en sujetos jóvenes, sobretodo, cuando se estudian poblaciones especialmente agresivas. Ontogenéticamente, la influencia de la testosterona estaría modulada por la edad, de tal forma, que en el periodo perinatal y en la adolescencia su influencia sería crucial, pero disminuiría conforme avanza el periodo de desarrollo (Buchanan, Eccles y Becker, 1992). Se ha de tener en cuenta, además, la relevancia creciente de los factores sociales a medida que el sujeto madura. Estos factores sociales y de aprendizaje son más importantes conforme vamos avanzando en la escala filogenética, llegando a desempeñar un papel particularmente importante que debe ser considerado.

En función de los resultados obtenidos dentro de esta línea de investigación, se sugiere que la propensión a experimentar sentimientos agresivos podría estar asociada con una mayor capacidad de las gónadas masculinas para producir testosterona mientras que, la expresión manifiesta de sentimientos de hostilidad, podría estar más asociada a los niveles circulantes de la hormona (Suay et al., 1996). También son de destacar los estudios realizados en situación de competición humana, en los que se muestra una clara relación positiva entre la testosterona y algunos aspectos de la conducta competitiva como la ambición, la dominancia, la respuesta agresiva a la amenaza o la implicación en la competición (Salvador et al., 1994; Suay et al., 1996).

Actualmente, existen pruebas convincentes del vínculo entre la alta concentración de testosterona y el aumento de la conducta agresiva en los adultos (Raine, 2002a), llegándose incluso a demostrar cómo las influencias ambientales también se relacionan tanto con la testosterona como con el cortisol (Tremblay et al., 1997). Así, estos autores encontraron en el estudio de Montreal, cómo los chicos clasificados como bravucones a los 13 años, presentaban niveles más altos de testosterona, sin embargo, los niveles bajaban en los clasificados como agresivos. Este resultado podría evidenciar el hallazgo de que el rechazo social reduce los niveles de testosterona. Sin embargo, a los 16 años y con el paso de los años, dichos niveles aumentaban en los chicos agresivos. Estos resultados son compatibles con la idea de que los andrógenos desempeñan algún papel mediador en las relaciones causales entre las experiencias sociales y la agresión (Rutter et al., 2000). A pesar de esto, pocos investigadores han estudiado la existencia de interacciones biosociales. Dabbs y Morris (1990) hallaron entre los sujetos de bajo estatus socioeconómico que aquellos que tenían altos niveles de testosterona presentaban mayores tasas de delincuencia, no ocurriendo esto con los que tenían un alto estatus. Scarpa et al. (1999) constató que los niños maltratados que presentaban mayor respuesta de cortisol, puntuaban más alto en agresión. De la misma forma, Teicher (2000) resalta que la presencia excesiva de cortisol en sangre encontrada en niños maltratados, puede acabar dañando el hipocampo, lugar fundamental en el control de la agresividad.

En relación a las hormonas femeninas, el papel que juegan en la agresión es sugerido por sus funciones. No se espera que una mujer que se preparara o estuviera a la mitad de un embarazo tuviera alguna disposición a ser agresiva así que deberíamos deducir que la *progesterona* tendría un efecto inhibitor o reductor de la agresión. De forma similar, cualquier mujer lactante haría bien en defenderse contra cualquier amenaza hacia su cría y no comprometerse fácilmente en otros encuentros agresivos que pudieran conllevar lesiones directas o indirectas.

Por tanto, podríamos sugerir que bajos niveles de *progesterona* podrían producir algún tipo de agresión, tal y como se constata en el *síndrome premenstrual*, donde algunas

mujeres muestran un aumento de su irritabilidad durante la semana previa a la menstruación y tales síntomas a menudo se alivian con suplementos de dicha hormona (Dalton, 1964). La administración de progesterona natural es, asimismo, efectiva para el control de la conducta sexual impulsiva y la agresión (Moyer, 1987). Así, la agresión entre hembras y particularmente conocida como *agresión materna*, está también modulada hormonalmente, de tal forma, que algunas hormonas gonadales y suprarrenales afectan a la agresividad durante el embarazo pero no durante la lactancia (Svare, 1981).

Por otra parte, Carroll y Steiner (1978) informaron que altos niveles de prolactina combinados con bajos niveles de progesterona, pueden causar ansiedad o agresión irritable. Dada la disminuida agresión asociada a las mujeres, esperaríamos que el *estrógeno*, hormona asociada con las características sexuales femeninas, promovería niveles más bajos de agresión.

Herrmann y Beach (1978) informaron que las inyecciones de progesterona reducen la irritabilidad en los sujetos. Este efecto ha sido utilizado con éxito para disminuir problemas asociados con el síndrome premenstrual. Además, Meyer-Bahlburg (1981) informó sobre algunos efectos en los fetos producidos por la administración de hormonas para ayudar a sostener un embarazo. Los excesos de progesterona prenatal producían niveles más bajos de agresión tanto en varones como en mujeres.

A modo de conclusión y en relación con las investigaciones realizadas entre testosterona y conducta agresiva y/o violenta, se puede afirmar en general, la existencia de un incremento de los niveles plasmáticos de testosterona y un mayor comportamiento antisocial en varones (Flores, 1987; Mattsson et al., 1980; Olweus et al., 1980; Raine 2002a; Tremblay et al., 1997). Así, se ha llegado a señalar incluso que la testosterona es el candidato más prometedor de todos los mediadores biológicos (Rubinow y Schmidt, 1996).

Respecto a los *neurotransmisores*, hay una amplia bibliografía basada en estudios que consideran a la *serotonina* como un aspecto central en la regulación de la conducta agresiva impulsiva (Coccaro, 1989; Pedersen, Orelund, Reynolds y McClearn, 1993; Sanmartín, 2004; Spont, 1992; Van Praag, 1991). A través de la enzima monoaminoxidasa (MAO) se han asociado niveles elevados de serotonina al comportamiento antisocial. Así, la baja actividad de la MAO en las plaquetas guarda relación con el delito violento (Belfrage, Lidberg y Orelund, 1992) y con la delincuencia persistente (Alm et al., 1994).

En este sentido, tal y como sugiere Gómez-Jarabo, Alcázar y Rubio, (1999), un posible marcador biológico de la agresividad podría ser la actividad monoamino-oxidasa (MAO) plaquetaria, una medida indirecta del funcionamiento serotoninérgico cerebral. Una disminución de la actividad MAO ha sido descrita en individuos violentos y en pacientes con trastornos del control de los impulsos (Buschbaum, Coursey y Murphy, 1976; Carrasco, Sáiz y Hollander, 1994). Los resultados obtenidos por Brunner et al., (1993) en una familia holandesa en la que catorce de sus miembros fueron detenidos por actos violentos continuados, indicaron la presencia de una mutación genética ligada al cromosoma X, que ocasionaba una alteración de la enzima MAO-A y que, a su vez, originaba una disfunción en la actividad serotoninérgica.

El hallazgo más común en sujetos con historia de conducta violenta o impulsiva, incluido el homicidio, es el nivel significativamente bajo del principal metabolito de la serotonina, el ácido 5-hidroxi-indolacético (Brown et al., 1979; Linnoila et al., 1983; Raine y

Venables, 1992). En la última década, la investigación se ha centrado en el hecho de que la disminución de la actividad serotoninérgica se acompaña de un déficit del control de los impulsos e irritabilidad, lo que se traduciría en una mayor probabilidad de comportamientos violentos y no tanto en que la serotonina sea la responsable directa de tal comportamiento agresivo (Moffitt et al., 1997; Pine et al., 1997; Sanmartín, 2004).

Himelstein (2003) encuentra en su estudio que el funcionamiento serotoninérgico en la infancia, ayudaba a predecir no sólo el comportamiento agresivo futuro sino la persistencia de éste, de tal forma, que aquellos que presentaban bajos niveles de serotonina mostraban un comportamiento antisocial persistente en la adolescencia y edad adulta, por contra, desistían de dicho comportamiento si sus niveles de serotonina eran normales.

Respecto a otros neurotransmisores, se ha encontrado que la *acetilcolina* aumenta la agresión cuando se administra en el lóbulo temporal, el hipotálamo y otras áreas neuronales en varias especies animales. La exposición accidental, general, a los agonistas colinérgicos también puede aumentar la agresividad humana. Otras observaciones y manipulaciones apoyan aún más el efecto facilitador de la acetilcolina sobre la agresión (Ebel, Mack, Stefanovic y Mandel, 1973; Grossman, 1963; MacLean y Delgado, 1953). En general, varios tipos de investigación apoyan la tesis de que la acetilcolina contribuye a la producción de comportamientos agresivos (Renfrew, 1997).

La *noradrenalina* (NA) también ha sido asociada con la agresión en experimentos psicofarmacológicos en los que la agresión se ve incrementada o reducida de manera paralela a los niveles de NA. También se produce una utilización elevada de la norepinefrina durante la agresión. En humanos, los estados maníacos se producen después de aumentos de NA o por agonistas, viéndose reducidos por la acción de los antagonistas (Eichelman y Barchas, 1975).

Finalmente, la *dopamina* (DA) es un neurotransmisor que se ha involucrado en los efectos placenteros relacionados con la función que limita la agresión durante la actividad del Sistema de Inhibición de la Agresión. También ha sido asociada con el aumento de agresión en experimentos que involucran su manipulación. El desacuerdo surge en los papeles relativos de la DA y la NA. Parte de este desacuerdo resulta del hecho de que la DA es un precursor de la NA y los fármacos que afectan a la agresión afectan a menudo a ambos neurotransmisores (Alpert, Cohen, Shaywitz y Piccirillo, 1981; Datla, Sen, Bhattacharya, 1992).

En cuanto a determinadas *toxinas y nutrientes*, éstas también se han vinculado a un aumento de la probabilidad de ejercer conductas antisociales. Así, los hijos de padres alcohólicos tienen un riesgo sustancialmente mayor de exhibir conductas antisociales, además de otros tipos de psicopatología (Scott, 2004; Steinhausen, 1995) y especialmente cuando el consumo de *alcohol* es realizado en las primeras etapas del embarazo por parte de la madre, pudiendo provocar serios problemas, entre ellos falta de atención e hiperactividad (Streissguth, 1993). Respecto a la exposición de la *nicotina*, existen estudios que han establecido un vínculo significativo entre el consumo de tabaco durante el embarazo y el trastorno disocial y la delincuencia violenta posterior (Raine, 2002b). De la misma forma se ha encontrado como el número de cigarrillos consumidos por la madre durante el embarazo correlacionaba con la delincuencia violenta posterior de sus hijos y, no sólo durante la etapa adolescente, sino a lo largo de la vida (Brennan, Grekin y Mednick, 1999; Fergusson, 1999; Rasanen et al., 1999). Otro factor asociado ha sido la ingestión de *plomo*. Unos niveles moderadamente elevados de plomo en el cuerpo van asociados a ligeras disminuciones del rendimiento cognitivo

(Fergusson, Horwood y Lynskey, 1997b). Sin embargo, su relación con la agresividad no está demasiado clara. Needleman et al. (1996) encontraron en niños de 11 años relación entre niveles elevados de plomo en huesos y la conducta agresiva y delictiva manifestada, pero no a la edad de 7 años. Otros estudios han puesto de manifiesto como diferentes *aditivos alimentarios* pueden ser causa de hiperactividad, por ejemplo, aquellos que presentan intolerancia a algún elemento de su dieta (Carter et al., 1993; Schulte-Korne et al., 1996; Taylor, 1991) o la deficiencia vitamínica (Eysenck y Schoenthaler, 1997) que puede reducir el rendimiento cognitivo.

3.2.2.1.2. Sistema nervioso autónomo y estudios neurofisiológicos

La baja reactividad autonómica ha sido asociada a la producción de conductas delictivas, principalmente a través del hallazgo del menor número de *pulsaciones* encontrado en jóvenes que cometen conductas antisociales respecto a aquellos que no las cometen (Lösel y Bender, 1994; McBurnett, Lahey, Capasso y Loeber, 1997; Raine, Venables y Williams, 1995; Raine, Venables y Mednick, 1997).

Wadsworth (1976) encontró en la encuesta Británica Nacional de Salud y Desarrollo, que el 81% de los delincuentes violentos y el 67% de los delincuentes sexuales tenían frecuencias cardíacas por debajo del promedio. Se cree que un bajo número de pulsaciones es indicador de un temperamento temerario y/o de un bajo nivel de arousal, que predispone a algunos individuos hacia la agresión y la violencia (Raine y Jones, 1987). Hasta hoy, la evidencia no es suficientemente fuerte para utilizar este indicador físico/médico como la baja frecuencia cardíaca, para identificar a aquellos que están en riesgo de ser violentos.

Hay anomalías neurofisiológicas que se han asociado también al aumento de la delincuencia. En este sentido, cobran importancia los estudios que relacionan determinadas anomalías en el *lóbulo frontal*, ya sean estructurales o funcionales, con la aparición de conductas antisociales (Bauer, 2000; Chang, 1999; Miller, 1998; Raine, 2002b). Estos estudios surgen a raíz de las investigaciones que relacionan la psicopatía con el lóbulo frontal. Así, las reducciones del volumen de corteza gris prefrontal en pruebas de resonancia magnética (RM) (Raine et al., 2000), se han asociado a un menor flujo sanguíneo cerebral relativo en áreas frontales mediante tomografía por emisión de fotones únicos (SPECT) (Brower y Price, 2001), aun menor consumo de glucosa frontal a través de la tomografía por emisión de positrones (TEP) (Raine, 2001) y a determinados potenciales evocados cerebrales, como la P300, pertenecientes a áreas frontales (Kiehl, Hare, Liddle y McDonald, 1999).

3.2.2.1.3. Embarazo y complicaciones en el parto

Los traumas prenatales y las complicaciones durante el embarazo están de alguna manera relacionados con comportamientos violentos en el futuro aunque los hallazgos varían según la muestra y los métodos utilizados para identificar dichos traumas prenatales. Kandel y Mednick (1991) encontraron que el 80% de los delincuentes violentos presentaron mayores complicaciones durante el parto comparado con el 30% de los delincuentes contra la propiedad y el 47% de los no delincuentes. Sin embargo, hay evidencia de que el trauma prenatal es predictor de la violencia sólo en los niños criados en ambientes familiares inestables (Mednick y Kandel, 1988), sugiriendo que un ambiente familiar estable podría servir como factor protector de la influencia de estos traumas. Además, los traumas prenatales también predicen un mayor riesgo de hiperactividad, lo que en sí mismo es un factor de riesgo

para la violencia, sugiriendo la existencia de diversos caminos para llegar a la conducta violenta después de haber padecido traumas prenatales. Se debe destacar que los traumas prenatales y las complicaciones en el parto están relacionados con el comportamiento violento posterior, pero no así con la conducta criminal no violenta (Mednick y Kandel, 1988), sugiriendo que podrían producirse daños sobre los mecanismos cerebrales que inhiben la conducta violenta de forma específica (Reiss y Roth, 1993).

No obstante, debemos resaltar que Denno (1990) no encontró que las complicaciones durante el embarazo y el parto fueran capaces de predecir arrestos por violencia hasta los 22 años, como tampoco se encontró en el estudio de Cambridge (Farrington, 1997b).

Varios estudios han mostrado que la influencia de haber padecido complicaciones en el parto sobre la conducta antisocial futura dependerá de la presencia de otros factores de riesgo de carácter psicosocial. Así, Raine, Brennan y Mednick (1994) encontraron como las complicaciones en el parto interactuaban con el rechazo materno durante el primer año de vida en la predicción de la delincuencia a los 18 años. Estos mismos autores, tras realizar un seguimiento de los chicos, encontraron que la influencia de dicha asociación de factores apareció sólo para la delincuencia de tipo violento (Raine, Brennan y Mednick, 1997). Piquero y Tibbetts (1999) en su estudio longitudinal encontró que aquellos sujetos que habían tenido complicaciones pre/perinatales como un entorno familiar desfavorable tenían mayor probabilidad de acabar siendo delincuentes violentos a la edad adulta. De modo similar, complicaciones durante el embarazo junto con malas prácticas de crianza (Hodgins, Kratzer y McNeil, 2001) o inestabilidad familiar (Arsenault, Tremblay, Boulerice y Saucier, 2002) también predecían mayor violencia adulta.

Por tanto, las complicaciones en el parto, tales como la privación del oxígeno, la extracción con fórceps y la preeclampsia, pueden contribuir a provocar daño cerebral y ser una de las causas tempranas que se dan en niños y adultos antisociales. Aun así, puede que las complicaciones en el parto no predispongan al delito por sí mismas, sino que requieran la presencia de circunstancias ambientales negativas para desencadenar la violencia posterior (Raine y Chi, 2004).

3.2.2.1.4. Anomalías cromosómicas

A mediados de los años 60, un estudio pionero llevado a cabo con delincuentes en prisión, halló en esta población una excesiva presencia de la anomalía cromosómica XYY (Jacobs et al., 1965). Aunque los comportamientos delictivos son claramente más numerosos en los individuos XYY, en comparación con los XY de la misma edad, peso, inteligencia y clase social, sus delitos son relativamente triviales (Witkin et al., 1976). Más recientemente, otros estudios han encontrado que los individuos XYY tienen un índice de delincuencia varias veces superior al de los individuos XXY, siendo el índice de estos últimos prácticamente igual al de la población general y no pudiendo atribuir las diferencias a un bajo CI (Götz, 1996; Walzer, Bashir y Silbert, 1991).

Como recogen Rutter et al. (2000), la presencia de XYY no causaría la delincuencia directamente sino que, junto a otros factores, incrementaría la probabilidad de ejercer conductas antisociales. La única evidencia genética con relativo poder explicativo subyace a un trastorno genéticamente vinculado al metabolismo de la monoaminoxidasa (Brunner et al., 1993; Brunner, 1996).

3.2.2.1.5. La transmisión familiar

Hoy en día se dispone de pruebas fehacientes que apoyan la influencia genética sobre el comportamiento antisocial (Cleveland, Wiebe, Van den Oord y Rowe, 2000; Eley, Lichtenstein y Stevenson, 1999; Ge et al., 1996; Rutter, 1997). A continuación, se presentan aquellos estudios que sitúan a la familia como piedra angular de la posible transmisión genética de una predisposición a realizar conductas antisociales.

1. **Estudios con familias.** Se ha observado que los padres antisociales tienen más probabilidad de tener hijos que desarrollen conductas delictivas. Un estudio clásico de Robins (1966) situaba el comportamiento criminal del padre como uno de los mejores predictores de la conducta antisocial del hijo.

En los últimos años se han acumulado evidencias a favor de una heredabilidad de las características biológicas moduladoras de la conducta delictiva. Farrington, Barnes y Lambert (1996) encuentran que la delincuencia se concentra marcadamente en algunas familias y se transmite en mayor grado de generación en generación. En esta línea, se ha demostrado que aunque las variables relacionadas con el entorno familiar van significativamente asociadas a la delincuencia de la descendencia, su efecto es más débil que el de la delincuencia paterna o materna después de considerar otras variables, pese a que ambas son estadísticamente importantes (Rowe y Farrington, 1997). Asimismo, está tomando fuerza la posición que incide en que habría un sustancial componente genético en la agresividad y en la conducta perturbadora, reduciéndose su importancia sobre la delincuencia (Van der Oord, Boomsma y Verhulst, 1994). Habitualmente se tiende a pensar que la influencia genética sobre el delito violento es más poderosa que sobre el delito insignificante. Sin embargo, los estudios revelan resultados opuestos a las creencias implícitas (Bohman, 1996; Cloninger y Gottesman, 1987).

2. **Los estudios con gemelos.** El primer estudio realizado con gemelos criminales fue realizado por el psiquiatra alemán Lange (1929), quien encontró un 77% de concordancia en la criminalidad de gemelos monozigoto (MZ) y un 12% para los dizigoto (DZ), concluyendo que la heredabilidad jugaba un papel preponderante como causa del crimen. Christiansen (1977) encontró una concordancia del 52% en una población de presos MZ (masculino-masculino) en comparación con el 22% en DZ (masculino-masculino).

3. **Los estudios de adopción.** Las limitaciones de los estudios con gemelos están vinculadas a su dificultad para separar las causas genéticas de las ambientales. Asimismo, el papel diferencial que podrían ejercer las propensiones genéticamente condicionadas en los niños situados en entornos de muy alto riesgo y sobre las que hay total incertidumbre acerca de su hipotética realidad, conducen a pensar en un enfoque no tan reduccionista como es el genético (Baumrind, 1993). Por tanto, los estudios con hijos adoptivos separan más adecuadamente las causas genéticas y ambientales. Crowe (1974) encuentra un incremento significativo de la criminalidad en jóvenes adoptados que tenían madres biológicas criminales.

El componente genético parece ser considerablemente más fuerte en el caso de la conducta antisocial que perdura en la vida adulta en comparación con las etapas

circunscritas a la niñez y a la adolescencia en hijos adoptivos (Miles y Carey, 1997). Los datos acerca de gemelos e hijos adoptivos que, en los últimos años, han proliferado (Bock y Goode, 1996; Carey y Goldman, 1997; Miles y Carey, 1997), evidencian eficazmente la influencia de los efectos genéticos frente a los ambientales. En estos estudios, la influencia genética aparece menos en las investigaciones llevadas a cabo con hijos adoptivos que con gemelos, apoyando la inferencia de un valor significativo de la genética en la conducta antisocial. Sin embargo, existen otros estudios de adopción que ponen de manifiesto que cuando se da una interacción entre los factores genéticos y los ambientales, aumenta la probabilidad de que aparezcan comportamientos delictivos (Cleveland et al., 2000). Así, con una muestra de varones adoptados, tener padres biológicos criminales y una crianza negativa por parte de los padres adoptivos, presentaba mayor tasa de delincuencia que si consideráramos ambos factores por separado (Cloninger et al., 1982). Los mismos resultados se obtuvieron con una muestra de mujeres (Cloninger y Gottesman, 1987). Otros estudios han confirmado también la interacción, encontrando mayores niveles de agresión en chicos que además de tener padres biológicos con trastorno de personalidad antisocial y/o alcoholismo, existía un ambiente familiar negativo en el hogar adoptivo (Cadoret et al., 1995).

Tabla 3. 2. Resumen de factores de riesgo: mediadores biológicos y factores genéticos

FACTORES DE RIESGO	ESTUDIOS	HALLAZGOS EMPÍRICOS
1. Hormonas, neurotransmisores y toxinas	Persky et al., 1971; Olweus et al., 1980	Relación entre la testosterona y la agresión auto-informada en varones
	Salvador et al., 1994; Rubinow y Schmidt, 1996; Raine 2002	Relación entre niveles altos de testosterona y comportamiento antisocial en varones
	Tremblay et al., 1997	Los líderes presentan mayores niveles de testosterona, reduciéndose los mismos en caso de rechazo social
	Scarp et al., 1999; Teicher, 2000;	La presencia excesiva de cortisol puede relacionarse con comportamientos agresivos.
	Dalton, 1964; Carrol y Steiner, 1978; Herrmann y Beach, 1978; Moyer 1987	Bajos niveles de progesterona pueden producir agresión
	Coccaro, 1989; Belfrage et al., 1992; Spooont, 1992; Pedersen et al., 1993; Alm et al., 1994; Moffitt et al., 1997; Pine et al., 1997; Gómez Jarabo et al., 1999; Himmelstein, 2003; Sanmartín, 2004.	Alteraciones de la serotonina predicen una mayor conducta agresiva
	Renfrew, 1997	La acetilcolina contribuye a la producción de los comportamientos agresivos
	Eichelman y Barchas, 1975; Alpert et al., 1981; Datla et al., 1992	Niveles altos de noradrenalina y dopamina se asocian a conductas agresivas.
	Streissguth, 1993; Steinhausen, 1995; Scott, 2004	El consumo de alcohol por parte de los padres predicen conductas antisociales en sus hijos, más grave durante el embarazo.
	Fergusson, 1999; Brennan et al., 1999; Rasanen et al., 1999; Raine, 2002	Existe un vínculo significativo entre el consumo de tabaco durante el embarazo y el trastorno disocial y la delincuencia violenta posterior de los hijos.
2. SNA y estudios neurofisiológicos	Fergusson et al., 1997; Needleman et al., 1996	Niveles moderadamente elevados de plomo en el cuerpo se asocian a disminuciones en rendimiento cognitivo y agresividad
	Taylor, 1991; Carter et al., 1993; Schulte-Korne et al., 1996; Eysenck y Schoenthaler, 1997	Diferentes aditivos alimentarios pueden ser causa de hiperactividad, por ejemplo, aquellos que presentan intolerancia a algún elemento de su dieta o la deficiencia vitamínica que puede reducir el rendimiento cognitivo.
	Raine et al., 1995; Raine, 1997; McBurnett et al., 1997; Lösel y Bender, 1994	Baja reactividad autonómica en aquellos sujetos que cometen conductas agresivas
	Miller, 1998; Chang, 1999; Bauer, 2000; Raine, 2002	Anormalidades del lóbulo frontal
	Raine et al., 2000	Reducciones del volumen de corteza gris prefrontal
	Brower y Price, 2001	Menor flujo sanguíneo cerebral relativo en áreas frontales
	Raine, 2001	Menor consumo de glucosa frontal
	Kiehl et al., 1999	Potenciales evocados reducidos como el P300

2. Embarazo y complicaciones en el parto	Kandel y Medenick, 1991	Los traumas prenatales y las complicaciones durante el embarazo están de alguna manera relacionados con comportamientos violentos en el futuro
	Raine, Brennan y Mednick, 1994; 1997	Encontraron como las complicaciones en el parto interactuaban con el rechazo materno durante el primer año de vida en la predicción de la delincuencia de tipo violento.
	Piquero y Tibbetts, 1999	Aquellos sujetos que habían tenido complicaciones pre/perinatales como un entorno familiar desfavorable tenían mayor probabilidad de acabar siendo delincuentes violentos a la edad adulta.
	Hodgins, Kratzer y McNeil, 2001; Arseneault, Tremblay, Boulerice y Saucier, 2002	Complicaciones durante el embarazo junto con malas prácticas de crianza o inestabilidad familiar también predecían mayor violencia adulta.
	Raine y Chi, 2004	Complicaciones en el parto, tales como la privación del oxígeno, la extracción con fórceps y la preeclampsia, pueden contribuir a provocar daño cerebral y ser una de las causas tempranas que se dan en niños y adultos antisociales. Aun así, puede que las complicaciones en el parto no predispongan al delito por sí mismas, sino que requieran la presencia de circunstancias ambientales negativas para desencadenar la violencia posterior.
3. Anomalías cromosómicas	Jacobs et al., 1965; Witkin et al., 1977; Walzer et al., 1991; Rutter et al., 2000	La anomalía cromosómica XYY está relacionada con una mayor aparición de conductas delictivas
	Bruner, 1996; Brunner et al., 1993	Habría un trastorno genéticamente vinculado al metabolismo de la monoaminooxidasa
4. La transmisión familiar		
a) Estudios con familias	Robins, 1966; Farrington, Barnes y Lambert, 1996; Rowe y Farrington, 1997	La delincuencia se concentra marcadamente en algunas familias
	Cloninger y Gottesman, 1987; Van der Oord et al., 1994; Bohman, 1996	La influencia genética es más habitual en conducta agresivas o delitos menores que en delitos violentos
b) Estudios con gemelos	Lange, 1929; Christiansen, 1977	Mayor concordancia en la criminalidad de gemelos MZ en comparación con los DZ
	Crowe, 1974	Incremento significativo en la criminalidad de jóvenes adoptados que tenían madres biológicas criminales
	Miles y Carey, 1997	El componente genético de la conducta antisocial parece ser más fuerte para las conductas que perduran en la adultez en comparación con las de la niñez y adolescencia
c) Estudios de adopción	Bock y Goode, 1996; Carey y Goldman, 1997; Miles y Carey, 1997	La influencia genética en la conducta antisocial aparece menos en los estudios de hijos adoptivos en comparación con los gemelos apoyando un valor significativo de la genética en la conducta antisocial
	Cloninger et al., 1982; Cloninger y Gottesman, 1987; Cadoret et al., 1995; Cleveland et al., 2000	Otros estudios de adopción que ponen de manifiesto que cuando se da una interacción entre los factores genéticos y ambientales, aumenta la probabilidad de que aparezcan comportamientos delictivos.

3.2.2.2. Factores biológico-evolutivos

El objetivo de este apartado es señalar aquellos factores vinculados a las diferencias sexuales y por edad, que tienen un indudable valor para la comprensión del desarrollo y mantenimiento de las conductas antisociales, así como también de su evolución temporal (véase resumen Tabla 3.3.).

3.2.2.2.1. Diferencias sexuales

Las estadísticas oficiales de todos los países muestran claramente que hay más varones que mujeres arrestados y hallados culpables de delitos (Defensor del Pueblo, 2000; Ministerio del Interior, 2003). Lo mismo ocurre con los estudios de investigación, uno de los resultados más repetidos sobre la conducta antisocial es que los varones la manifiestan con mayor frecuencia y de formas más graves que las mujeres, diferencia que se manifiesta desde la infancia y en cualquier contexto (Cabrera, 2002; Cowie, 2000; Del Barrio, 2004a; Díaz-Aguado y Martínez Arias, 2001; Flores, 1982; Garaigordobil, Álvarez y Carralero, 2004; Gelles y Cavanaugh, 2004; Moffitt, Caspi, Rutter y Silvia, 2001; Serrano, 1983; Smith, 1995; Sobral, Gómez-Fraguela, Romero y Luengo, 2000; Thornberry, 2004; Wilmers et al., 2002).

En la literatura existente se ha debatido principalmente sobre el papel que podrían tener en la agresividad distintos componentes biológicos asociados al género. Los andrógenos prenatales, que desempeñan una función organizadora en el desarrollo del cerebro en los seres humanos (Berkowitz, 1996; Swaab, 1991), podrían ser una fuente de explicación de la mayor agresividad observada en varones. Sin embargo, y a la luz de los datos actualmente disponibles, hay que considerar que las diferencias de andrógenos en la época del nacimiento pueden tener un mínimo papel en las diferencias de género existentes en la agresividad. Asimismo, el aumento de testosterona en la pubertad de los varones ha de ser visto como una sugerencia de investigación y no una conclusión firme (Rutter et al., 2000).

Los varones son más agresivos físicamente que las mujeres en la mayoría de los escenarios naturales (Eagly y Steffen, 1986), aunque no tienen más probabilidades de mostrar su agresividad dentro de la familia (Straus y Gelles, 1990). La diferencia de género determina una mayor agresividad física en los varones (Eagly y Steffen, 1986). Campbell (1995) señala, al respecto, que la agresividad de los varones es un mecanismo para afianzar su dominio y poder, mientras que en las mujeres lo sería para expresar sentimientos negativos. Así, Cummings y Leschied (2001) añaden que las mujeres afirman experimentar más sentimientos negativos antes de implicarse en peleas verbales o físicas. Pfeiffer y Wetzels (1999) aporta pruebas de que la crianza por parte de los padres es un factor clave en las diferencias entre los sexos, ya que los padres condenan los actos violentos más severamente cuando son cometidos por las chicas que por los chicos, sin embargo, parecen utilizar más el castigo físico con los varones (Del Barrio, 2004a).

El estudio tradicional del dimorfismo sexual en el comportamiento agresivo humano se ha conceptualizado desde un planteamiento operacionalmente cuantitativo: *quién es más agresivo en sus acciones o en sus disposiciones comportamentales*. Parece más prudente, sin embargo, analizar sus eventuales diferencias cualitativas: *de qué manera suelen expresar su agresividad cada uno de los sexos*. En la actualidad, el punto de partida del estudio de las diferencias sexuales en el comportamiento agresivo, se sitúa en el planteamiento general de que estas diferencias son más pronunciadas en aquellos tipos de agresión más extremos. A

tenor de múltiples estudios realizados en este sentido, los hombres muestran mayor agresión física que las mujeres mientras que existen menores diferencias en cuanto a la agresión verbal. Asimismo, los hombres expresan mayor impulsividad y hostilidad, siendo las diferencias existentes entre ambos sexos menores que para el caso anterior (Andreu et al., 1998; Archer, et al., 1995; Archer, 1998).

Estos resultados no significan que las mujeres sean menos agresivas que los varones sino que prefieren utilizar otro tipo de estrategias agresivas *no físicas*, tales como las conocidas como *agresión indirecta*, en las que no se produce un enfrentamiento agresor-víctima directo, *cara a cara*. Por otra parte, la representación social o la atribución hacia la agresión también diferiría: los hombres perciben la agresión de modo más instrumental, como una manera de controlar a los demás, mientras que las mujeres lo hacen de forma más expresiva, como pérdida de control (Campbell y Muncer, 1994). En otras expresiones agresivas, como la ira, apenas se constatarían diferencias entre ambos sexos (Andreu et al., 1998; Archer et al., 1995).

Las diferencias sexuales relacionadas con la conducta antisocial incluyen tanto los comportamientos comúnmente observados, como los estados psicopatológicos. Los comportamientos agresivos que ocurren más a menudo en los niños varones incluyen luchas físicas, agresión reactiva, imitación de la agresión de otros, juegos bruscos y fantasías agresivas (Meyer-Bahlburg, 1981). Cantwell (1981) anota que el *Trastorno de Personalidad Antisocial* se diagnostica, a una edad temprana, más a menudo en los niños que en las niñas; encontrándose, a su vez, que es subsecuente a los diagnósticos previos de *Déficit de Atención con Hiperactividad*.

Otra interpretación sería que es muy probable que los varones tengan una mayor predisposición a inmiscuirse en situaciones problemáticas (Rutter, 1970). Parece que los niños son más vulnerables a los riesgos psicológicos asociados a la discordia familiar (Rutter y Quinton, 1984). En esas situaciones, las conductas hostiles de los niños tienden a hacer que las madres se retraigan, fomentando, a su vez, una mayor hostilidad en los niños (Jacklin y Maccoby, 1978).

La cultura de los chicos y chicas difiere notablemente entre sí, desempeñando una indudable influencia en el posible desarrollo de conductas antisociales. Así: 1) desde la infancia, los chicos tienden a jugar más en lugares públicos que las chicas, las cuales juegan preferiblemente en recintos cerrados (Lever, 1976); 2) los chicos juegan en grupos grandes, mientras que las niñas se juntan en diadas y/o triadas (Brooks-Gunn y Schempp, 1979); 3) el juego de los varones es de un mayor contacto físico y rudeza en comparación con el de las niñas (De Pietro, 1981); 4) hay más peleas en los grupos de chicos (Luria y Herzog, 1985); 5) los encuentros sociales entre varones tienden a estar orientados a la dominancia o la formación de jerarquías (McLoyd, 1983); 6) el liderazgo en las mujeres es visto como algo favorable, imitable y que permite obtener buenos resultados, sin embargo, en los varones es visto como dominante y puede tomar formas agresivas o de humillación (DePietro, 1981); 7) el concepto de amistad es distinto en las mujeres que en los varones, predominando en ellas relaciones más profundas y emotivas (Lever, 1976); 8) no queda claro si es más fácil entrar en grupos de varones que en grupos de mujeres (McLoyd, 1983); 9) el contenido del discurso en las mujeres tiende a crear y mantener relaciones y, en caso de críticas, las realiza de forma aceptable frente a un estilo más agresivo en los varones (Lever, 1976).

3.2.2.2.2. Diferencias por edad

No es fácil determinar si con el tiempo los niños se hacen más o menos agresivos porque los actos agresivos o antisociales que se manifiestan a los dos años no se pueden comparar directamente con los de un niño de distinta edad. Como resultado, los investigadores han elegido estudiar cambios relacionados con la edad tanto en la forma de la conducta agresiva como en las situaciones que la provocan (Shaffer, 2002).

Aunque la conducta antisocial está más asociada a la etapa de la adolescencia, donde su presencia es más elevada, las primeras manifestaciones agresivas y violentas tienen su aparición a los dos o tres años de edad (Loeber y Farrington, 2001). A partir de ahí, y durante el transcurso de la infancia, la agresión física y otras formas de conducta antisocial manifiesta comienzan un declive a medida que los niños se van haciendo más competentes en resolver sus disputas de una manera más amigable (Loeber y Stouthamer-Loeber, 1998; Tremblay, 2000, 2001). Sin embargo, la agresión hostil, en especial entre los chicos y la agresión verbal en el caso de chicas, muestran un ligero incremento con la edad, aún cuando la agresión instrumental y otras formas de conducta alborotadora se hacen menos frecuentes. Progresivamente, la incidencia de peleas y otras formas de agresión manifiestas, fácilmente detectables, sigue disminuyendo desde la infancia a lo largo de toda la adolescencia, una tendencia válida para ambos sexos (Stanger, Achenbah y Verhulst, 1997; Tremblay, 2000). Para algunos niños, sin embargo, esta disminución no es todo lo rápida que debiera ser y continúan siendo mucho más agresivos, rebeldes y difíciles de manejar. Existe por tanto un fuerte continuo que va desde el comportamiento antisocial en la infancia a la conducta antisocial y la criminalidad en la edad adulta. Así pues, la mayor parte de las conductas antisociales graves tienen sus raíces en la infancia temprana, siendo muy pocas personas las que se convierten por primera vez en serios antisociales en la edad adulta (Scott, 2004).

Es evidente que no todos los niños conflictivos en edad preescolar llegan a ser delincuentes, así como el que no todos los delincuentes han sido conflictivos en sus etapas preescolares (Rutter et al., 2000). Moffit (1993), al respecto, distingue la conducta antisocial estática en la adolescencia y la persistente en la vida adulta. Obviamente, el presentar conductas antisociales en la niñez puede ser un factor de predisposición para una mayor inadaptación social en la adultez (Robins, 1986; Thornberry, 2004). Sin embargo, los resultados procedentes de estudios longitudinales han de ser observados a la luz de sus limitaciones para comprobar hipótesis causales.

Otra vertiente investigadora con estudios longitudinales ha sido la de las llamadas *carreras delictivas*. Garrido (1984) señala que estas carreras comienzan durante el inicio y la mitad de la adolescencia. Hay dos estudios clave en la comprensión de las carreras delictivas. Por un lado, estaría el de Filadelfia (Wolfgang, Figlio y Stelim, 1972) y, por el otro, el de Londres (Farrington, 1995). En el estudio de Filadelfia los chicos arrestados a la edad de trece años fueron más frecuentemente arrestados que aquellos apresados por primera vez cualquier otra edad. Además, aquellos muchachos definidos posteriormente como delincuentes crónicos sufrieron su primer arresto con una anticipación media de dos años en relación al resto de la muestra. En la misma línea, el estudio de Londres confirmaba que el índice de reincidencia se elevaba marcadamente desde la primera condena hasta la tercera y, posteriormente, solo aumentaba ligeramente; así como que unos sujetos, los que desistían, mostraban bajas probabilidades de reincidencia y otros, los que persistían, mostraban elevadas probabilidades.

No obstante, como señala Farrington (1986), *las carreras criminales adultas no emergen sin previo aviso*. La aparición temprana del comportamiento violento y la delincuencia predice una mayor cronicidad y gravedad del delito violento (Farrington, 1991; Krohn, Thornberry, Rivera y LeBlanc, 2001; Thornberry, Huizinga y Loeber, 1995; Thornberry, 2004; Tremblay, 2001), pero no está claro como esa pronta iniciación determina el posterior aumento de la violencia con el paso de los años.

Farrington (1986) encuentra que los jóvenes convictos o que admitían una historia previa de multitud de actos delictivos era identificados como problemáticos, deshonestos y agresivos por sus profesores, compañeros y profesores en edades tempranas, incidiendo estos datos en una posible continuidad del comportamiento antisocial. Asimismo, Farrington (1995) encuentra que la mitad de los jóvenes convictos por delitos violentos entre las edades de los 10 y los 16 estaban convictos por delitos similares a la edad de los 24, en comparación con el 8% de los que no habían sido convictos en la adolescencia. White et al. (1990) establecieron diferencias por sexos. Se evaluó la violencia auto-informada de 219 mujeres y 205 varones en tres edades distintas: los 15, 18 y 21 años. La violencia a los 15 años predecía violencia en los años posteriores en los varones, pero esta relación era menos consistente en el caso de las mujeres. Tras medir la violencia ejercida por niños de 6 años, Tremblay et al., (1992) obtuvieron resultados similares.

Para finalizar, resaltaremos los resultados obtenidos en el estudio de desarrollo juvenil de Rochester (Thornberry, 2004). Esta investigación longitudinal compara delincuentes infantiles o de “inicio temprano” con aquellos que empiezan a delinquir durante la adolescencia, encontrando claras diferencias tanto en la gravedad de los comportamientos como en la persistencia. Así, los delincuentes infantiles (de inicio temprano), además de presentar mayor presencia de factores de riesgo en el ámbito familiar, social, escolar y del grupo de iguales, se implicaban en un mayor número de actos antisociales y delictivos, en comportamientos más graves y violentos y en consumo de drogas, a la vez que también presentaban una mayor persistencia de su comportamiento hacia la adultez, relacionándose con una carrera delictiva y criminal más extensa.

Dicho esto, y aunque es evidente la fuerte relación que existe entre un inicio temprano y la mayor presencia y gravedad de comportamientos antisociales tanto en la adolescencia como en la adultez, cabe destacar que el inicio temprano no equivale invariablemente a la delincuencia, ya que la mayoría de estos delincuentes no terminan siendo adultos criminales, pero si es cierto que aumenta la probabilidad (Maahs, 2001; Thornberry, 2004).

Tabla 3.3. Resumen de factores de riesgo biológico-evolutivos

FACTORES DE RIESGO	ESTUDIOS	HALLAZGOS EMPÍRICOS
1. Diferencias asociadas al género	Rutter, 1970; Flores, 1982; Serrano, 1983; Smith, 1995	Los varones se inmiscuyen en situaciones problemáticas, son arrestados y hallados culpables de delitos en mayor proporción que las mujeres
	Rutter et al., 2000	Las diferencias en andrógenos en la época del nacimiento tienen un mínimo papel en las diferencias en género en agresividad. Asimismo, no hay resultados concluyentes en cuanto al aumento de testosterona en la pubertad
	Eagly y Steffen, 1986; Straus y Gelles, 1990	Los varones son más agresivos físicamente que las mujeres en la mayoría de los escenarios naturales; pero no tienen más probabilidades de mostrar su agresividad dentro de la familia
	Campbell, 1995	La agresividad de los varones juega un papel de dominio y poder
	Jacklin y Maccoby, 1978; Rutter y Quinton, 1984	Los niños son más vulnerables a la discordia familiar, comportándose hostilmente y provocando la retracción de las madres
	Lever, 1976	Los chicos tienden a jugar más en lugares públicos que las chicas; el concepto de amistad en las mujeres es más emotivo y profundo; el contenido del discurso en las mujeres tiende a crear y mantener relaciones frente al estilo agresivo de los varones
	Brooks-Gunn y Schemps, 1979	Los chicos juegan en grupos grandes, mientras que las niñas en diadas o triadas
	DePietro, 1981	El juego de los varones es de mayor contacto físico y rudeza; la percepción social del liderazgo en varones es como agresiva y humillante frente a la percepción como imitable y favorable por parte de las mujeres
	Luria y Herzog, 1985	Hay más peleas en los grupos de chicos que en los de chicas
	McLoyd, 1983	Los encuentros sociales de los varones tienden a la dominancia y jerarquía; no se ha demostrado claramente si es más fácil entrar en un grupo de varones que de mujeres
	Pfeiffer y Wetzels, 1999; Del Barrio, 2004.	La crianza por parte de los padres es un factor clave en las diferencias entre los sexos, ya que los padres condenan los actos violentos más severamente cuando son cometidos por las chicas que por los chicos, sin embargo, parecen utilizar más el castigo físico con los varones.
	Cummings y Leschied, 2001	Las mujeres afirman experimentar más sentimientos negativos antes de implicarse en peleas verbales o físicas
	Smith, 1995; Cowie, 2000; Sobral et al. 2000; Díaz-Aguado y Martínez Arias, 2001; Moffitt et al., 2001; Wilmers et al., 2002; Cabrera, 2002; Garaigordobil et al., 2004; Del Barrio, 2004; Gelles y Cavanaugh, 2004; Thornberry, 2004	Los varones manifiestan con mayor frecuencia conductas antisociales y de formas más graves que las mujeres, diferencia que se manifiesta desde la infancia y en cualquier contexto.

2. Diferencias asociadas a la edad	Loeber y Farrington, 2001	Las primeras manifestaciones agresivas y violentas tienen su aparición a los dos o tres años de edad.
	Robins, 1986; Moffit, 1993	Las conductas antisociales de la niñez / adolescencia pueden predisponer a una mayor inadaptación social en la adultez
	Wolfgang et al., 1972; Garrido, 1984; Farrington, 1995	Las carreras delictivas comienzan entre el inicio y la mitad de la adolescencia, caracterizándose por una elevada reincidencia y prontitud en la aparición de conductas antisociales.
	Farrington, 1991; Thornberry, Huizinga y Loeber, 1995; Tremblay, 2001; Krohn et al., 2001; Thornberry, 2004	La aparición temprana del comportamiento violento y la delincuencia predice una mayor cronicidad y gravedad del delito violento, pero no está claro como esa pronta iniciación determina el posterior aumento de la violencia con el paso de los años.
	Scott, 2004	La mayor parte de las conductas antisociales graves tienen sus raíces en la infancia temprana, siendo muy pocas personas las que se convierten por primera vez en serios antisociales en la edad adulta.
	Maahs, 2001; Thornberry, 2004	El inicio temprano no equivale invariablemente a la delincuencia, pero si es cierto que aumenta la probabilidad.

3.2.2.3. Factores psicológicos

Los factores psicológicos hacen referencia, básicamente, a una serie de variables y características de la personalidad, a determinados problemas de conducta y/o psicopatológicos, así como a la influencia diferencial de los estilos de afrontamiento y/o actitudes personales (véase resumen Tabla 3.4.).

3.2.2.3.1. Hiperactividad y déficit de atención y concentración

Multitud de estudios han relacionado una serie de características psicológicas tales como la hiperactividad y los déficits de atención y concentración, con una probabilidad incrementada de manifestar conductas antisociales en el futuro, a la vez que han corroborado las diferentes características que van asociadas a la presencia o ausencia de hiperactividad. Así, y siguiendo a Rutter et al., (2000), la conducta antisocial que va acompañada de hiperactividad y/o falta de atención se destaca del resto por la presencia de las siguientes características: a) un inicio temprano en la niñez (Campbell, 1997; Farrington et al., 1996b; Taylor, Chadwick, Heptinstall y Danckaerts, 1996; Thornberry, 2004), b) una fuerte asociación con disfunción social y déficit en las relaciones con sus coetáneos (Stattin y Magnusson, 1995), c) alta persistencia al entrar en la vida adulta (Farrington et al., 1996b; Loeber, Keenan y Zhang, 1997; Moffitt et al., 1996; Thornberry, 2004), d) asociación con problemas cognitivos (Fergusson, Horwood y Lyneskey, 1993; Hinshaw, 1992; Rutter et al., 1997), e) buena respuesta a la medicación estimulante (Taylor et al., 1987) y f) un fuerte componente genético (Eaves et al., 1997; Silberg et al., 1996).

El estudio de Loney, Whaley-Klahn, Kosier y Conboy (1983), indica que la hiperactividad es una característica individual que no se comparte con los hermanos. En su estudio, los niños diagnosticados como hiperactivos eran notablemente más violentos que el total de sus hermanos varones, aunque reconocen que aún no se comprenden bien los mecanismos por los cuales la hiperactividad se relaciona con la violencia posterior. Asimismo, añaden, que la evaluación de los profesores sobre los problemas de concentración que

presentaban los niños también predecía los comportamientos violentos posteriores, tanto en la adolescencia como en la adultez, en el caso de los varones. De la misma forma, y sugiriendo modelos multivariados para entender los comportamientos violentos, el tener problemas de concentración también predice dificultades académicas, lo que en sí mismo es un predictor de violencia posterior. Por último, la evaluación de los profesores sobre la presencia de inquietud o hiperactividad en los niños, incluyendo la dificultad para permanecer sentado, la tendencia a estar inquieto o agitarse y la frecuencia con la que hablaban estaban positivamente relacionados con la violencia posterior en el caso de los varones.

Farrington (1989a) encontró relación entre problemas de concentración, impulsividad y conductas de riesgo en niños de 8 y 10 años y una mayor probabilidad de autoinformar violencia entre los 16-18 años y con mayor probabilidad de haber realizado crímenes violentos entre los 10 y los 32 años. De la misma forma, Mannuzza, Klein, Konig y Giampino (1989) encontraron en un estudio prospectivo de niños varones de raza blanca, diagnosticados y tratados por hiperactividad durante la infancia frente a un grupo control, que en la edad adulta, entre los 19 a los 26 años, presentaban mayor porcentaje de delitos de robos y asaltos registrados oficialmente.

Por ejemplo, en el estudio longitudinal de Orebro en Suecia, también hallaron que el 15% de los chicos que presentaban problemas de hiperactividad y dificultades de concentración a los 13 años, fueron arrestados por comportamientos violentos a la edad de 26 años, frente al 3% de los demás chicos (Klinterberg, Andersson, Magnusson y Stattin, 1993). Así, los niños hiperactivos e inquietos, que tienen problemas de concentración en la escuela y que asumen conductas de riesgo, están en un mayor riesgo de desarrollar comportamientos violentos en el futuro que aquellos que no poseen estas características. Otro estudio longitudinal sueco señalaba la medida en que los niños con múltiples problemas como la hiperactividad, falta de concentración, baja motivación escolar, rendimiento por debajo del nivel exigido y las deficientes relaciones con los de su misma edad, presentaban mayor probabilidad de cometer conductas delictivas y abuso de alcohol en la etapa adulta (Stattin y Magnusson, 1995).

Maguin et al. (1995), en el Proyecto de Desarrollo Social de Seattle, estudian prospectivamente en una muestra de adolescentes, la influencia de diferentes variables individuales sobre la delincuencia, encontrando que el haber presentado a la edad de 10, 14 y 16 años problemas de hiperactividad y déficit de atención predecía comportamientos violentos autoinformados a la edad de 18 años.

La presencia de la hiperactividad también ha sido relacionada con la probabilidad de manifestar actos delictivos tempranos, así como con una mayor probabilidad de reincidencia en el delito en la vida adulta (Farrington et al., 1996c). Estudios complementarios realizados con niños hiperactivos y/o con déficit de atención han evidenciado también el posterior desarrollo en la adolescencia de conductas antisociales (Campbell, 1997; Taylor et al., 1996). Así, en el estudio longitudinal de Pittsburgh, se encontró que apesar de que la hiperactividad se asociaba con un mayor riesgo de presentar todas las formas o tipos de conducta antisocial, la asociación principal se daba con la persistencia de esas conductas más que con su gravedad (Loeber et al., 1997).

De la misma forma, estudios más recientes también confirman esta relación. Así, Himelstein (2003) encontró que tanto la presencia de conductas agresivas como problemas de

hiperactividad en la infancia contribuían a predecir la conducta antisocial en la adolescencia. Barkley, Fischer, Smallish, Fletcher (2004), han señalado que los niños hiperactivos cometen actos antisociales con más frecuencia y variedad frente a los no hiperactivos, mientras que Simonoff et al. (2004) resaltan tras sus hallazgos que, tanto la presencia de problemas de hiperactividad como de trastornos de conducta en la infancia, tienen un fuerte poder predictivo sobre la aparición posterior de trastorno antisocial de la personalidad y problemas de delincuencia en la etapa adulta.

3.2.2.3.2. Trastornos emocionales: ansiedad y depresión

Una segunda categoría de las características psicológicas investigadas en relación al comportamiento antisocial y/o violento son las emociones negativas en las que se incluyen, fundamentalmente, la ansiedad y la depresión. Muchos individuos que ejercen conductas antisociales manifiestan una alta comorbilidad con trastornos emocionales (Dishion, French y Patterson, 1995; Lahey y McBurnett, 1992). En varios estudios longitudinales y epidemiológicos en población general se ha podido comprobar la relación existente entre perturbaciones emocionales y una mayor probabilidad de ejercer conductas antisociales (Lund y Merrell, 2001; Nottelman y Jensen, 1995; Simonoff et al., 1997). Asimismo, Stefuerak, Calhoun y Glaser (2004) sugieren en su estudio que los trastorno emocionales podrían ser considerados como un canalizador hacia la delincuencia, así como también la personalidad antisocial.

En relación a diferencias sexuales, Smith (2002) encontró que los factores de riesgo emocionales afectarían más a las niñas que a los niños para el incremento de la conducta antisocial, encontrando también dichas diferencias para los factores de riesgo familiares.

En relación a la depresión, los hallazgos subrayan que en la medida de que la conducta antisocial va asociada a perturbaciones depresivas, aumenta el riesgo de que aparezcan conductas suicidas (Hinshaw et al., 1993; Rutter, Silberg y Simonoff, 1993; Rutter et al., 1997). Sin embargo, también ha parecido una correlación ligeramente negativa entre el nerviosismo y la ansiedad y la posibilidad de ejercer conductas antisociales (Mitchell y Rosa, 1979), e incluso estudios que no han mostrado tal relación (Farrington, 1989b; Vermeiren, Deboutte, Ruchkin y Schawab, 2002; Vermeiren et al., 2004).

Respecto a la depresión, no debemos olvidar que presenta una comorbilidad con la agresión en el 50% de los casos, por lo que muchos jóvenes deprimidos expresan su malestar mediante conductas oposicionistas o violentas, tanto verbalmente como hacia uno mismo, este el caso de la adicción a las drogas, conductas de riesgo o el suicidio (Del Barrio, 2004a). En esta dirección, Fombonne et al. (2001) encuentra como aquellos jóvenes que presentaban depresión y trastornos de conducta asociados, tenían mayor riesgo de cometer conductas suicidas, delictivas y presentaban mayor disfunción social en la vida adulta. Resultados similares fueron encontrados por Marmorstein y Iacono (2003).

Vermeiren et al. (2002) encuentran para ambos sexos y en tres ciudades de países distintos (Estados Unidos, Bélgica y Rusia), como la presencia de depresión, problemas de somatización, expectativas negativas sobre el futuro y búsqueda de sensaciones se incrementaba gradualmente y en función de la presencia de conducta antisocial y su severidad. Basándose en dos estudios longitudinales realizados con sujetos canadienses y de Nueva Zelanda, Fergusson et al. (2003) examinaron la relación entre depresión y relacionarse con

pares desviados. Ambos estudios llegaron a la conclusión de que el asociarse con pares desviados conllevaba a un aumento de comportamientos problemáticos y cuyas consecuencias negativas serían las que llevarían a la depresión.

Vermeiren et al. (2004), encuentran que los sujetos antisociales presentan más problemas emocionales, exceptuando la ansiedad, pero contrariamente a lo esperado, los antisociales que habían sido arrestados no presentaban mayor depresión que los no arrestados

Diversos estudios han mostrado también cómo los individuos con conductas antisociales presentan trastornos o síntomas emocionales concomitantes entre los que aparecería la depresión, características como el autoconcepto disminuido o desconfianza hacia el otro (Achenbach, 1991; Carrasco, Del Barrio y Rodríguez, 2001; Caron y Rutter, 1991; Del Barrio, 2004a; Muñoz-Rivas, Graña, Andreu y Peña, 2000; Thornberry, 2004; Wilde 1996). Estos elementos no son exclusivos de la depresión, ya que también se encuentran estrechamente vinculados a la conducta antisocial y a la agresión. Así, los adolescentes deprimidos y sin autoestima sienten que no tienen nada que perder cuando se embarcan en una conducta socialmente reprochable, a la vez que no valoran su vida, por lo que no temen ponerla en riesgo (Del Barrio, 2004a; Wilde 1996).

3.2.2.3.3. Asociación con trastornos mentales graves

a) Conducta antisocial y el consumo de sustancias

En la actualidad, existe suficiente bibliografía acumulativa acerca de la fuerte asociación que hay entre el consumo de sustancias y la conducta antisocial; además de los múltiples factores de riesgo que el consumo de drogas/alcohol y la violencia comparten (Boles y Miotto, 2003; Dorsey, Zawitz y Middleton, 2002; Hodgins, 1993; MacCoun, Kilmer y Reute, 2002; Marzuk, 1996; Nagin y Tremblay, 2001; Room y Rossow, 2001; White y Gorman, 2000; White, 2004). No obstante, existen varios modelos alternativos que intentan explicar por qué el consumo de drogas y alcohol es un factor de riesgo para la conducta antisocial en jóvenes y adolescentes. Por ejemplo, en algunos adolescentes, los efectos del consumo de alcohol degeneran, en ocasiones, en conductas violentas (*modelo psicofarmacológico*) (Boles y Miotto, 2003; Ito et al., 1996; MacCoun et al., 2002; Parker y Auerhahn, 1999). De la misma forma, las drogas pueden provocar delitos predatorios cuyo fin es obtener dinero para costear el consumo (*modelo de motivación económica*) (Anglin y Perrochet, 1998; Dorsey et al., 2002; Nadelmann, 1998); o porque el mismo sistema de distribución y consumo de drogas está inherentemente vinculado al delito (*modelo sistémico*) (Goldstein, 1998; Miczek et al., 1994). Para otros, sin embargo, la conducta antisocial debilitaría la adherencia a las normas sociales, incrementando la implicación del individuo en el consumo ilegal de las drogas lo que les proporcionaría oportunidades y refuerzos para el incremento del consumo de dichas sustancias (Farrington, 1995; White, Brick y Hansell, 1993). Finalmente, para otros, existirían grupos de factores comunes que incrementarían su implicación en todos los tipos de conducta desviada, incluyendo el consumo de drogas y la violencia (*modelo de causa común*) (Jessor y Jessor, 1977; White y Labouvie, 1994; White, 2004).

A continuación se revisarán algunas de las investigaciones empíricas que ponen de manifiesto la asociación entre la conducta antisocial y el consumo de drogas.

Uno de los primeros estudios que informó del consumo de drogas y la conducta delictiva en jóvenes fue el de Robins y Murphy (1967), quienes con una muestra de 235 varones seleccionados de registros de escuelas, mostraron que los sujetos consumidores de droga se iniciaban en la marihuana y, a su vez, los delincuentes tenían mayor probabilidad de implicarse en el consumo de drogas que los no delincuentes. Asimismo, una vez que comenzaban en dicho consumo, los delincuentes progresaban más rápido hacia el consumo de heroína. Desde estos resultados, se empezó a suponer que la conducta antisocial era un predictor significativo del consumo de drogas.

Otro de los trabajos pioneros en este campo fue el realizado por Jacoby, Weiner, Thornberry y Wolfgang (1973). Este estudio retrospectivo examinó la relación entre el consumo de marihuana/heroína y la manifestación posterior de actividades delictivas. La muestra estaba compuesta por 995 adolescentes con edades comprendidas entre los 10 y 18 años de edad, seleccionados a través de registros oficiales y entrevistas. Los hallazgos señalaron una relación positiva y significativa entre el consumo de drogas y la actividad delictiva. Se demostró que, en primer lugar, el consumo de drogas seguía a la actividad delictiva y, por tanto, el consumo de drogas como causa de la delincuencia no tenía suficiente apoyo empírico. También se halló que los consumidores de drogas manifestaban mayores conductas antisociales que los no consumidores y que ésta aumentaba progresivamente con la edad.

Goode (1972) investigó al respecto la relación entre el consumo de marihuana y la realización de actos delictivos en 559 hombres de la población general, de edades comprendidas entre los 15 y los 34 años de edad. Comprobó si entre el consumo de marihuana y la delincuencia existía una relación causal o no. Cuando se les preguntó a los sujetos sobre la comisión de delitos bajo el consumo de alcohol o marihuana en las últimas 24 horas, los jóvenes no habían consumido marihuana pero sí alcohol, especialmente en la realización de delitos violentos. También encontró una relación significativa entre el consumo de marihuana y la delincuencia autoinformada, pero rechazaron cualquier relación causal.

Siguiendo esta línea argumental, Gold y Reimer (1974) analizaron los datos de una muestra de 1395 adolescentes entre 11 y 18 años. Se les aplicó un cuestionario que medía la comisión de delitos (desde leves a graves) y el consumo de marihuana y otras drogas. Encontraron que el consumo de sustancias, sobre todo marihuana, aumentaba con la edad, quizás porque los padres ya no lo veían como una delito grave y por el aumento de autonomía en el joven. No obstante, la delincuencia disminuyó tanto en hombres como en mujeres según aumentaba la edad de los jóvenes. Estos datos apoyaban la hipótesis causal, ya que el consumo de marihuana correlacionó con el mismo tipo de variables predictoras y con la frecuencia de realización de conductas antisociales.

En el estudio de ÓDonnell et al. (1976) la muestra estuvo compuesta por 3.024 hombres con edades comprendidas entre los 20 y 30 años. Este estudio analizó la relación entre droga y conducta antisocial de modo retrospectivo pidiendo a los sujetos que recordasen la realización de estas conductas desde los 12 años de edad. Los resultados indicaron que ambas secuencias temporales –consumo de marihuana/delincuencia o delincuencia/consumo de marihuana- son posibles. Si los jóvenes habían consumido a los 16 años, este consumo precedía a la realización de actos antisociales (robar); si los sujetos habían consumido a partir de los 17 años, ya habían realizado delitos previos (robar un coche). De este estudio, se

dedujo, entre otras cuestiones, la dificultad de encontrar una relación causal definitiva entre ambos comportamientos.

Otros trabajos como el de Inciardi (1980), con una muestra de 514 escolares (con edad media de 19,3 años) y otra muestra compuesta por 166 consumidores localizados en la calle (19,8 años de media), evidenció que, en los estudiantes, el consumo se iniciaba a los 15 años y la delincuencia a los 14 años, mientras que en los jóvenes de la calle, el consumo de heroína comenzaba a los 13 y los delitos a partir de los 14 años. Estos resultados evidenciaron que los patrones de consumo y de actividad delictiva variaban en función del tipo de consumidores considerados, del lugar y de la influencia de otras variables tales como el nivel socioeconómico, el lugar de residencia y de otros factores socioambientales.

Windle (1990) encontró que manifestar de forma temprana conductas antisociales, no relacionadas con el consumo de drogas, predecía prospectivamente diversas formas de uso de sustancias en la postadolescencia, especialmente el consumo de alcohol. Otros estudios, sin embargo, han mostrado una relación recíproca baja o ausente entre el uso de sustancias y la delincuencia (Dembo, Williams, Wothke y Schmeidler, 1994, Dembo et al., 1995).

White y Labouvie (1994) examinaron la estructura de la conducta problema a través del análisis de los datos de un muestreo longitudinal prospectivo recogidos de una muestra compuesta por preadolescentes o adolescencia temprana (12 años), mediana adolescencia (15 años) y adolescencia tardía (18 años), en ambos sexos. Los modelos estructurales revelaron que el uso de sustancias y la delincuencia representaban dos dimensiones distintas de la “conducta problema”. Así, los hallazgos de estos estudios desafían la tendencia que existe a intentar comprender los problemas de conducta de forma independiente.

Estudios más novedosos como los realizados por Van Kammen, Loeber y Stouthamer-Loeber (1991), mostraron la existencia de una progresión de los jóvenes en las distintas sustancias (cerveza, vino-tabaco, licores-marihuana y otras drogas ilegales). Además, a mayor involucración en el consumo, mayor era la posibilidad de ocurrencia de problemas y conductas antisociales en los de mayor edad. Por tanto, habría una coexistencia de consumo de sustancias y delincuencia, e incluso una progresiva implicación en ambas.

Los estudios llevados a cabo por la NHSDA en Estados Unidos (SAMHSA, 1997), con amplias muestras de adolescentes entre los 12 y los 17 años, obtuvieron porcentajes de jóvenes que manifestaron cometer delitos por consumo de sustancias. Los mayores porcentajes giraron en torno al 73,7% de haber cometido un delito contra la propiedad habiendo consumido cocaína, alcohol y cannabis; seguido del 69,1% de haber cometido cualquier delito violento habiendo consumido alcohol, cannabis y cocaína; así como de un 21,2% que afirmaron cometer delitos violentos sólo con consumo de alcohol. Parece, por tanto, evidente la relación lineal entre el consumo de drogas y la conducta antisocial.

De la misma forma, y teniendo en cuenta algunos resultados obtenidos en España, Otero (1997), utilizó en su estudio varias muestras, una de escolarizados, otra de jóvenes institucionalizados, otra en tratamiento y por último de consumidores de la calle. Aquí sólo se comentarán los resultados encontrados en la muestra de población general escolarizados, compuesta de 3.982 sujetos (1.972 varones y 2.010 mujeres) con edades comprendidas entre los 14 y 18 años, dada fundamentalmente su aplicación a los resultados obtenidos en la presente investigación doctoral. En este estudio, las variables utilizadas fueron el consumo de

drogas (legales, ilegales y médicas), la frecuencia de consumo, las conductas delictivas y su frecuencia como variables dependientes, y variables familiares, grupo de iguales y personales como independientes. Los resultados de este estudio indican que : a) el alcohol es el tipo de consumo que mayor relación estadística muestra con todas las actividades delictivas; b) la conducta contra normas es la actividad delictiva que, excepto para la heroína, presenta una mayor covariación con todos los tipos de consumo; c) el cannabis aparece como la sustancia ilegal más relacionada con las actividades delictivas; d) el consumo de heroína alcanza la mayor asociación con la conducta de vandalismo. A modo de resumen, parece evidente que la relación droga-conducta antisocial y delictiva no puede entenderse de forma global, sino que es necesario contextualizar en función del tipo de muestra, e, incluso, a qué sustancia y conducta delictiva se está haciendo mención. Teniendo en cuenta el resto de muestras del trabajo de Otero (1997), la explicación de la necesidad económica en la delincuencia-droga, únicamente parece razonable para el grupo de adolescentes en tratamiento, pero no se cumple para los adolescentes escolarizados, institucionalizados o de la calle.

Más recientemente, el estudio realizado por Mason y Windle (2002) examinó la existencia de relaciones recíprocas entre el uso de sustancias y la delincuencia autoinformada a través de una muestra de 1.218 estudiantes de secundaria. Se utilizó un longitudinal para investigar las interrelaciones entre los patrones dentro de la generalización de las dos conductas-problemas. Los análisis revelaron que el modelo de ecuaciones estructurales entre el policonsumo de sustancias y la delincuencia, en general, era evidente en los varones pero no en las mujeres. En los varones, el efecto de la delincuencia sobre el abuso de sustancias fue relativamente bajo pero consistente en el tiempo, mientras que el efecto del uso de sustancias sobre la delincuencia fue mayor pero restringido a aquellos adolescentes de menor edad.

Finalmente, se puede afirmar que existe una asociación positiva entre el consumo de drogas y la conducta antisocial y delictiva. Además, la involucración en el consumo de drogas de los adolescentes se asocia diferencialmente con distintas conductas contra las normas sociales y de convivencia en el caso de los sujetos escolarizados (Otero, 1997).

b) Conducta antisocial y otros trastornos psicopatológicos

También los trastornos psicóticos se han relacionado con la comisión de determinados delitos (destrucción de propiedad y crímenes violentos) que pueden tener su origen en procesos mentales anormales como las percepciones distorsionadas, el razonamiento defectuoso y la regulación afectiva defectuosa de las psicosis (Hersh y Borum, 1998; Marzuk, 1996; Taylor, 1993). Es conveniente señalar que el riesgo no se derivaría del propio diagnóstico de psicosis sino de los propios síntomas. La psicosis no solo se ha relacionado como el origen de conductas antisociales, sino que ha sido considerada como posterior al comienzo de las conductas antisociales en la niñez (Robins, 1966). Psicopatológicamente, este hallazgo sería comprensible en términos de una conducta antisocial intrínseca a las manifestaciones precoces de la esquizofrenia.

En relación a otros diagnósticos como el autismo o el síndrome de Asperger, la proporción de delitos asociados es todavía más pequeña y ocasional (Tantam, 1988; Wolff, 1995), aunque algunos delitos parecen derivarse de la insensibilidad a los estímulos sociales, típico del autismo.

Sin embargo, los trastornos psicopatológicos más asociados a la conducta antisocial son el trastorno por déficit de atención con hiperactividad, trastorno disocial, el trastorno negativista desafiante, bien porque ponen en riesgo al niño o adolescente para que las desarrolle o porque dichos diagnósticos conllevan en si mismo la presencia de estas conductas (APA, 2002; Kazdin y Buela-Casal, 2002; Lahey, Waldman y McBurnett, 1999; Loeber et al., 2000; Rutter et al., 2000). De la misma forma, la presencia de trastornos de la personalidad, y más concretamente la psicopatía, en la edad adulta, correlacionan con una mayor delincuencia violenta (Hare, 1991; Hare, 1998; Hare, Clark, Grann y Thornton, 2000 Moltó, Poy y Torrubia, 2000), mayor reincidencia (Rice y Harris, 1997) y quebrantamiento de la pena (Torrubia et al., 2000).

3.2.2.3.4. Iniciación temprana en la delincuencia, conductas violentas y otras conductas antisociales

La temprana aparición de la conducta violenta y delincuencia, predicen comportamientos violentos más serios y una mayor cronicidad de los mismos (Farrington, 1991; Krohn et al., 2001; Pfeiffer, 2004; Thornberry et al., 1995; Thornberry, 2004; Tolan y Thomas, 1995; Tremblay, 2001).

White (1992) evaluó la violencia autoinformada por 219 chicas y 205 chicos a los 15, 18 y 21 años, en el proyecto de Salud y Desarrollo Humano de Rutgers. La violencia a los 15 años predecía violencia en los años posteriores en el caso de los chicos, pero de forma menos consistente en el caso de las chicas.

Existe un grado de continuidad en el comportamiento violento. Hamparian, Davis, Jacobson y McGraw (1985) encontraron que el 59% de los jóvenes violentos eran arrestados en la edad adulta, y el 42% de estos delincuentes adultos recibían cargos por delitos violentos. Farrington (1995) encontró que la mitad de los jóvenes detenidos por un acto violento entre los 10 y 16 años, eran detenidos nuevamente por actos violentos a la edad de 24 años. Mitchell y Rosa (1979) encontraron que tanto el robo como los comportamientos destructivos llevados a cabo entre los 5 y los 15 años predecían delitos violentos en la adultez, mientras que la desobediencia informada por los padres no era un predictor de violencia posterior en su muestra. Robins (1966) consideró la conducta desviada en la infancia y la violencia en la adultez en su estudio de 524 pacientes psiquiátricos y encontró que los hombres con una historia de comportamiento antisocial entre los 6 y 17 años, eran culpados con mayor frecuencia de robo, violación, asesinato y crímenes sexuales en la edad adulta. Sin embargo, este patrón no se encontró en el caso de las mujeres, lo que sugiere que hay menor consistencia en la conducta antisocial de las mujeres en comparación a los hombres.

En el estudio de Cambridge, Farrington (1989a) encontró que la presencia de problemas de disciplina entre los 8 y 10 años, la delincuencia autoinformada, el fumar regularmente cigarrillos y las relaciones sexuales tempranas a los 14 años, predecían violencia posterior en el caso de los chicos. Maguin y cols (1995) encontraron que los jóvenes que informaban haber vendido drogas entre los 14 y 16 años, mostraban una mayor variedad de comportamientos violentos a los 18. Farrington (2001) señala que haber sufrido detenciones por delitos no violentos en la adolescencia era mayor predictor de la violencia en la etapa adulta que las detenciones por delitos violentos, aun cuando ambas ejercían como factores de riesgo importantes para la violencia posterior. De la misma forma, Himelstein (2003) encuentra en su estudio que el factor de riesgo que más proporción de la varianza explicaba

sobre la conducta antisocial en la adolescencia, era haber mostrado agresividad durante la infancia.

Existen, por tanto, consistentes evidencias que sugieren que el involucrarse en cualquier forma de comportamiento antisocial en la infancia o adolescencia, está asociado con un mayor riesgo de violencia futura, especialmente en el caso de los chicos, sin embargo, y como apunta Maahs (2001), sería insuficiente como causa única.

Por último, Thornberry (2004), en su investigación longitudinal de Rochester compara delinquentes infantiles o de “inicio temprano” con aquellos que empiezan a delinquir durante la adolescencia, encontrando claras diferencias tanto en la gravedad de los comportamientos como en la persistencia. Así, los delinquentes infantiles (de inicio temprano), no sólo se implicaban en un mayor número de actos antisociales y delictivos, sino también en el consumo de drogas, en relaciones sexuales a edades tempranas y comportamientos más graves y violentos, además de presentar una mayor persistencia de su comportamiento hacia la adultez, relacionándose con la aparición de una carrera delictiva y criminal más extensa.

3.2.2.3.5. Variables de personalidad: impulsividad, búsqueda de sensaciones, empatía, autoestima y agresividad

Numerosos estudios han relacionado determinadas características de la personalidad con la conducta antisocial. Son varias las teorías psicológicas que señalan los rasgos de personalidad diferenciales de los delinquentes (Cloninger, 1987; Eysenck, 1977; McCrae y Costa, 1985; Zuckerman, 1994) y muchas han sido las variables de personalidad asociadas al riesgo de implicación en conductas delictivas.

Cuando se analiza la estructura de la personalidad de niños y adolescentes se hallan distintas variables en función de los distintos marcos teóricos de partida. Existen dos modelos bastantes próximos: las tres dimensiones de Eysenck y Eysenck (1978) (neuroticismo, extraversión y psicoticismo) y los cinco grandes o Big-Five de McCrae y Costa (1985) (amabilidad, apertura a la experiencia, neuroticismo, extraversión y responsabilidad).

El neuroticismo y la extraversión han sido las estructuras básicas constantemente relacionadas con la conducta antisocial, delincuencia o violencia. Así, Del Barrio (2004b), señala que la *extraversión* propicia en sí misma una forma de vida en la que el comportamiento antisocial florece con más probabilidad debido a las siguientes características: búsqueda de sensaciones, baja percepción del riesgo y baja capacidad para la gratificación. Respecto al *neuroticismo*, se ha encontrado también en población española asociación con la delincuencia, tanto en adultos como en niños (Del Barrio, Moreno y López, 2001; Sobral, Romero, Luengo y Marzoa, 2000). Respecto a los nuevos factores de Big-Five, los hallazgos son parecidos, los jóvenes violentos tienen niveles más bajos de *responsabilidad* y *amabilidad* (John et al., 1994). La conducta antisocial, por tanto, estaría positivamente relacionada con los factores de *neuroticismo*, *extraversión* y *psicoticismo*, mientras que, por el contrario, se muestra negativamente relacionada con *responsabilidad*, *amabilidad* y *apertura a la experiencia* (Del Barrio, 2004b).

Sin embargo, se prestará exclusivamente atención a aquellas variables procedentes de las teorías de la activación, la impulsividad y la búsqueda de sensaciones, empatía, autoestima,

así como a la agresividad, puesto que son las que han generado un cuerpo de resultados con mayor solidez y consistencia.

Puesto que, como se ha señalado en repetidas ocasiones, la conducta antisocial constituye un fenómeno multicausal, son necesarios acercamientos no fragmentarios y parcialistas, que den cabida a agrupaciones de distintos factores (Elliot et al., 1985). En este sentido, se ha subrayado la conveniencia de realizar acercamientos longitudinales que tengan en cuenta la consistencia y estabilidad de los rasgos de la personalidad (Barnea, Teichman y Rahav, 1992).

• *La impulsividad*

Eysenck y Eysenck (1978) relacionaron la impulsividad con su teoría de los tres super-rasgos de personalidad: *extraversión*, *neuroticismo* y *psicoticismo*. La impulsividad, en una definición amplia (impulsividad como asunción de riesgos, no planificación e irreflexión) correlacionaría positivamente con la extraversión y psicoticismo mientras que, la impulsividad en una definición más restringida correlacionaría positivamente con el neuroticismo y el psicoticismo. En un sentido amplio de la definición de impulsividad ésta correlacionaría con la delincuencia. Sin embargo, las predicciones son matizables en tanto en cuanto Eysenck y Eysenck (1978) admiten que el término psicoticismo usado por ellos no se corresponde con el contenido general del concepto. Existen estudios al respecto que parecen constatar que la impulsividad presenta una relación más potente con el neuroticismo que con la extraversión (Romero, Luengo, Carrillo y Otero, 1994c; Schweizer, 2002).

Se entiende por impulsividad la tendencia a responder rápidamente y sin reflexión a los estímulos, cometiendo por ello un alto porcentaje de errores en la respuesta (Schweizer, 2002). Aunque la confusión conceptual es una de las características más dominantes del constructo impulsividad, si está claro que conjuga aspectos como las dificultades para considerar las consecuencias de la propia conducta, un estilo rápido o precipitado y poco meditado a la hora de tomar decisiones, las dificultades para planificar el propio comportamiento y la incapacidad para ejercer un control sobre él (McCown y DeSimone, 1993), sin olvidar un aspecto especial de la impulsividad, que es la incapacidad que el sujeto tiene para diferir la gratificación (Roberts y Erikson, 1968). De esta forma, todas estas características que implica la impulsividad incrementarían la probabilidad de aparición de conductas antisociales y violentas, siendo considerada como uno de los factores de riesgo más potentes de tales conductas (Huang et al., 2001; Patterson, 1992).

En cualquier caso, habría una estrecha covariación entre la impulsividad y la delincuencia tanto en muestras de sujetos institucionalizados (Eysenck y McGurk, 1980; Royse y Wiehe, 1988), como en la población general (Eysenck, 1981; Farrington, 1989a; Rigby, Mak y Slee, 1989) o autoinformada (Carrillo, Romero, Otero y Luengo, 1994; Sobral et al., 2000b). Asimismo, a través de estudios longitudinales se ha puesto de relieve la capacidad de la impulsividad para predecir la evolución de la conducta antisocial de los jóvenes (Luengo, Carrillo, Otero y Romero, 1994).

El análisis del estudio de Cambridge de 411 chicos de Londres, realizado por Farrington (1989a) encontró también que la impulsividad en la niñez era predictora tanto de la violencia autoinformada como de la violencia registrada oficialmente. La evidencia de estos estudios revela, consistentemente, una relación positiva entre hiperactividad, problemas de atención y concentración, impulsividad y conductas de riesgo, con posteriores conductas violentas. Cuando estos factores se combinan resultan particularmente más relevantes en la predicción de la violencia.

Caspi et al. (1994), en un estudio con doble muestreo para varones y mujeres, asociaban la delincuencia a un débil autocontrol o a una elevada impulsividad, así como a una emotividad negativa (tendencia a estar enojado, ansioso o irritable). Tremblay, Pihl, Vitaro y Dobkin (1994) demostraron la relación existente entre la impulsividad mostrada por los niños en el jardín de infancia y su posterior predicción de la delincuencia a los 13 años. White et al., (1994) encontraron que la impulsividad conductual era un predictor de la delincuencia más fuerte que la impulsividad cognitiva. Así, Krueger, Caspi, Moffitt y White (1996) encontraron que los niños que manifestaban dificultades para retrasar las satisfacciones o bajo autocontrol a la edad de 12 años, se asociaba a la presencia de conductas antisociales y no con dificultades emocionales. Stuewig (2001) encuentra que la impulsividad está relacionada con la conducta antisocial junto con otros factores como la búsqueda de sensaciones, el temperamento, logro académico y uso de sustancias por parte de los pares, de tal forma que, de sus modificaciones dependerá de que dicha conducta desista o persista en el tiempo.

Estudios con muestra española también confirman dicha relación. Así, Sobral et al. (2000a) confirman en su estudio como la impulsividad se muestra como una variable de suma importancia en la explicación de la conducta antisocial. Pero además, encuentran como puede potenciar los efectos de una serie de factores de riesgo cuando se asocia a ellos, como bajo apoyo parental y apego escolar, pertenencia a grupos desviados, y en el caso de las chicas, déficits socioeconómicos. También encuentran como los varones presentan mayores niveles de impulsividad y, por tanto, de conducta antisocial. De la misma forma, Mestre, Samper y Frías (2002) encontraron en una muestra de adolescentes que aquellos que eran más impulsivos e inestables emocionalmente, eran los más propensos a emitir comportamientos agresivos y antisociales. A resultados similares han llegado Garaigordobil et al. (2004) en una muestra infantil de 10 a 12 años. Estos resultados apoyan los encontrados por Bandura (1999); Eisenberg, Fabes, Guthrie y Reiser (2000).

Luengo et al. (2002) señalan que la impulsividad aparece asociada a otra serie de variables que potencian su poder predictivo sobre la conducta antisocial. Por un lado, estos jóvenes impulsivos presentan dificultades en la resolución de problemas y la toma de decisiones, en la demora de la gratificación y en tener una perspectiva temporal a largo plazo que les ayudaría a prestar atención a las consecuencias de sus conductas. De la misma forma, Schweizer (2002) ha encontrado pruebas que demuestran que la impulsividad correlaciona negativamente con el razonamiento. Dichas dificultades pondrían al adolescente en riesgo de implicarse en conductas problemáticas.

• *La búsqueda de sensaciones*

En líneas generales, este rasgo de personalidad representa *la necesidad de buscar y experimentar sensaciones novedosas, variadas y complejas, de las que pueden derivarse riesgos físicos y/o sociales* (Zuckerman, 1979; p. 10). Zuckerman relaciona la búsqueda de sensaciones con el componente impulsivo de la extraversión, la carencia de acuerdo con las normas sociales, la irresponsabilidad y el bajo auto-control. De forma contraria, la ausencia de búsqueda de sensaciones indica conformidad con las normas sociales y un comportamiento controlado y convencional.

La búsqueda de sensaciones ha mostrado su relación con estar involucrado en actividades desviadas (Del Barrio, 2004a; Levine y Singer, 1988; Newcomb y McGee, 1991). Son muchos los estudios que muestran una relación positiva entre la búsqueda de sensaciones y la conducta antisocial autoinformada en sujetos de población general. Esta interrelación se hace evidente, además, tanto en muestras de adultos (Levenson, Kiehl y Fizpatrick, 1995; Pérez y Torrubia, 1985) como en muestras de adolescentes (Luengo, Otero, Mirón y Romero, 1995; Romero, 1996; Simó y Pérez, 1991) y de niños (Kafry, 1982).

Agnew (1990), encontró en sus trabajos que la búsqueda de riesgo y aventuras, la curiosidad y el deseo de superar el aburrimiento eran las razones más frecuentes dadas por los jóvenes a la hora de explicar su conducta delictiva.

Maguin et al. (1995), en el Proyecto de Desarrollo Social de Seattle, estudian prospectivamente en una muestra de adolescentes, la influencia de diferentes variables individuales sobre la delincuencia, encontrando que el haber llevado a cabo conductas de riesgo a la edad de 14 y 16 años, predecía los comportamientos violentos autoinformados a la edad de 18 años.

En un estudio realizado por Otero, Romero y Luengo (1994), utilizando la técnica de análisis de datos de los modelos de ecuaciones estructurales, se pudo verificar que la puntuación total en la búsqueda de sensaciones posibilitaba la predicción de la conducta antisocial en un periodo de seguimiento de tres años. De la misma forma, Schmeck y Poustka (2001) confirman la relación entre el temperamento difícil y los problemas de agresión y violencia en niños y jóvenes, pero sobre todo cuando este tipo de temperamento se asocia con una alta necesidad de búsqueda de sensaciones.

Herrero, Ordoñez, Salas y Colom (2002) constatan, a través de una muestra de delincuentes en prisión y adolescentes, como aquellas personalidades antisociales puntuaban más alto en ausencia de miedo, búsqueda de sensaciones e impulsividad, no encontrando diferencias en estas variables al comparar los adolescentes con los presos, llegando incluso los adolescentes a puntuar más alto en impulsividad, rasgo propio de esta etapa.

Para finalizar, Romero et al. (1999) proponen la conveniencia de examinar por separado los distintos factores que forman parte del constructo “búsqueda de sensaciones” y, en especial, la “desinhibición” y “búsqueda de experiencias” que parecen ser las dimensiones más estrechamente ligadas a la conducta antisocial, sobre

todo en muestras de adolescentes. Por el contrario, la “búsqueda de emociones y aventuras” estarían más débilmente relacionadas con dichas conductas.

• ***La Empatía***

En el área de la delincuencia se han desarrollado amplias líneas de trabajo en torno a un componente específico de la habilidad social: la empatía. Se define como una respuesta afectiva para la aprehensión y comprensión del estado emocional del otro (Eisenberg et al., 1996) o la capacidad para “ponerse en lugar” del otro. Gladstein (1984) (cit. en Del Barrio, 2004a) añadiría otra faceta, la de sentir necesidad de ayudar al que lo necesita. Estudios con niños o jóvenes antisociales y delincuentes han mostrado que éstos presentan ciertos déficits a la hora de identificar y comprender los estados internos de los otros (pensamientos, perspectivas, sentimientos) (Bandura, Barbarelli, Caprara y Pastorelli, 1996; Del Barrio, Mestre y Carrasco, 2003; Del Barrio, 2004b; Garaigordobil et al., 2004; Mestre et al., 2002; Sezov, 2002). Este déficit parece especialmente acusado en la capacidad para “sentir” los afectos de los demás (Calvo, González y Martorell, 2001; Mirón, Otero y Luengo, 1989; Romero, 1996). Los individuos antisociales parecen mostrar una menor capacidad para “identificarse” con los sentimientos de otras personas. Esto supondrá una menor inhibición a la hora de infligir algún daño a los demás.

En contraposición, la empatía es la base de la conducta altruista, que resulta incompatible con agredir al otro, es lo que se considera *conducta prosocial*. Numerosos estudios han demostrado empíricamente la relación positiva que existe entre empatía y la conducta prosocial (Bandura et al., 1996; Fuentes et al., 1993; Hoffman, 1990). Así pues, la empatía favorecería los actos altruistas y limitaría la conducta antisocial (Hoffman, 1990; Sobral et al., 2000b). En relación a esto, Mestre et al. (2002) encuentran en su estudio que la empatía aparece como el principal motivador de la conducta prosocial, tanto en sus componentes cognitivos como emocionales, e inhibidora de la conducta agresiva.

Una de las razones por las que las chicas son menos agresivas que los chicos se debe a sus altos niveles de empatía (Worthen, 2000) y las consecuentes capacidades para hacer amigos y pertenecer a grupos. Por tanto, si se promueve la empatía, ésta facilitará la conducta afectiva hacia los demás, el respeto hacia la propiedad ajena y la medición para evitar las agresiones y la violencia, conformándose como un factor de protección de la conducta antisocial.

• ***La Autoestima***

En el campo de la conducta problema, muchos autores han asumido que, en alguna medida, la autoimagen y la autovaloración son factores implicados en la etiología de la conducta desviada. Ya en los años 50, ciertos representantes de las teorías del control social (Reckless, Dinitz y Murray, 1956) sostuvieron que en condiciones sociales de alto riesgo, los individuos con un autoconcepto positivo mostraban una menor vulnerabilidad hacia la conducta antisocial. Utilizando términos actuales, el autoconcepto sería un “factor de protección” que amortigua los efectos de una situación de riesgo. Otros autores han teorizado sobre la autoestima postulando mecanismos de compensación, donde la conducta problema (violencia, consumo de

drogas) sería un medio para restaurar una autoestima deteriorada (Kaplan, 1984; Steffenhagen, 1980; Toch, 1992). En contraposición, otros consideran que la sobrevaloración de sí mismos también puede provocar el mismo efecto, fundamentalmente en la infancia media (Edens, 1999, cit. en Del Barrio, 2004b), ya que produce percepciones narcisistas que dificultan una buena integración en el grupo. De la misma forma, Baumeister, Smart y Boden, (1996) confirma esta idea, añadiendo como una alta autoestima puede llevar al adolescente a responder de forma agresiva ante cualquier situación que el considere inaceptable o que amenace su ego.

La evidencia empírica sobre la relación autoestima-conducta problema ha mostrado aspectos contradictorios. Algunos trabajos han apoyado la hipótesis de la compensación (Kaplan, 1978) aunque, en general, la correlación entre autoestima y conducta desviada se muestra débil (McCarthy y Hoge, 1984). No obstante, existen diversos trabajos que han hallado correlaciones entre bajo autoconcepto o baja autoestima y mayor presencia de conductas amenazantes y agresivas (Calvo et al., 2001; Garaigordobil et al., 2004; Marsh, Parada, Yeung y Healey, 2001; O'Moore y Kirkham, 2001) y otros que han encontrado una relación positiva entre autoimagen negativa y algunos factores de riesgo de la conducta antisocial, como son la depresión, el bajo rendimiento académico, falta de vínculos familiares, pocas habilidades sociales y baja autoeficacia (Alonso y Román, 2003; Bosacki, 2003; Carrasco y del Barrio, 2003; Del Barrio, Frías y Mestre, 1994; Simons, Partenite y Shore, 2001).

Sin embargo, en los últimos años, se ha sugerido que para entender adecuadamente tal relación, habrá que atender a la naturaleza multidimensional de la autoestima (Romero et al., 1995a). Desde esta perspectiva, se plantea la necesidad de tener en cuenta que las personas podemos mantener autovaloraciones distintas en diferentes campos de nuestra experiencia; por ejemplo, un individuo puede valorarse positivamente en cuanto a sus capacidades académicas y, sin embargo, autorrechazarse en el campo de la interacción social. Por tanto, para examinar la asociación entre la autoestima y la conducta desviada, habrá que evaluar esas diferentes dimensiones, por lo que los trabajos que se limitan a analizar la autoestima "global" pueden enmascarar el tejido de relaciones entre la conducta y los distintos "campos" de la autoestima. De hecho, cuando se examinan diferentes dimensiones se encuentra que la conducta problema se relaciona negativamente con la autoestima en la familia y en la escuela; sin embargo, se relaciona positivamente con la autoestima en el ámbito de los amigos (Romero, Luengo y Otero, 1998). Se ha sugerido que las hipótesis relacionadas con la "autocompensación" podrían ser reconsideradas en sintonía con estos hallazgos (Leung y Lau, 1989). Quizás, efectivamente, una baja autoestima sirva de motivación a la conducta problema, es decir, una baja autoestima en la familia y en la escuela la que conduciría a rechazar las normas convencionales. La conducta problemática podría restaurar en alguna medida la autovaloración pero únicamente en el ámbito de los amigos.

• *La agresividad*

Muchos investigadores han encontrado cierta relación y continuidad desde la agresividad temprana hacia la conducta antisocial en la adolescencia y la presencia de crímenes violentos (Loeber, 1990; Loeber y Hay, 1996; Olweus, 1979; Pfeiffer, 2004; Thornberry, 2004; Tremblay, 2001; Velázquez et al., 2002).

Es obvio que la agresividad es un atributo bastante estable, los niños que hacia los 2 años son agresivos tienden a seguir siéndolo cuando tienen 5 años de edad (Cummings, Iannotti y Zahn-Waxler, 1989; cit. en Shaffer, 2002). Estudios longitudinales realizados en Islandia, Nueva Zelanda y EE.UU. revelan, además, que la cantidad de conducta agresiva que muestran los niños entre 3 y 10 años de edad, es un predictor de sus inclinaciones agresivas y antisociales a lo largo de su vida (Hart et al., 1997; Henry et al., 1996; Newman et al., 1997). Huessmann et al. (1984), por ejemplo, realizaron un estudio longitudinal durante 22 años en un grupo de 600 participantes. En conclusión, los niños de 8 años muy agresivos presentaron a los 30 años de edad, mayores tasas de hostilidad y agresiones a sus parejas e hijos, así como condenas por delitos criminales.

Otros estudios también han señalado que el comportamiento agresivo medido entre la edad de los 6 y los 13 años predice consistentemente la violencia en varones (Farrington, 1989a; Olweus, 1979). En la misma línea, Stattin y Magnusson (1989) encontraron que dos tercios de los niños que ejercen agresiones contra los profesores entre los 10 y los 13 años presentan posteriormente historias de delitos violentos a la edad de 26 años. Sin embargo, esta relación no aparecía en el caso de las mujeres.

Mc Cord y Ensminger (1995) encontró que casi la mitad de los niños que habían sido clasificados como agresivos por sus profesores a los 6 años, habían sido arrestados por crímenes violentos a la edad de 33, comparado con un tercio de sus compañeros no agresivos. Estos autores, encontraron resultados similares en chicas, en contraposición a los hallazgos de Stattin y Magnusson (1989). Estos estudios muestran una relación consistente entre la agresividad en los chicos desde los 6 años y el comportamiento violento posterior, manteniéndose, incluso en muestras hiperactivas (Loney, Kramer y Milich, 1983). De la misma forma, Barrera et al., (2002) y Hilmstein (2003) encuentran que la agresividad infanto-juvenil predecía comportamientos antisociales en un futuro próximo. A pesar de que muchos de los chicos que presentan un comportamiento agresivo durante la infancia no llegan a cometer crímenes violentos, lo cierto es que la conducta agresiva temprana y persistente, es una característica individual maleable que predice violencia futura (Thornberry, 2004).

Magnusson y Bergman (1990) encontraron al respecto que la agresividad se relacionaba con la delincuencia solamente cuando formaba parte de una constelación de problemas de comportamiento, sugiriendo así que era necesario considerar la conducta en términos de patrones generales y no solo de unos supuestos rasgos aparte. De forma semejante, Quinsey, Book y Lalumiere (2001) y Garaigordobil et al. (2004) encuentran altas correlaciones entre medidas de agresividad y conductas agresivas y puntuaciones en conducta antisocial.

Para terminar, señalar que la subdivisión de la agresividad en diferentes tipologías parece potencialmente muy útil (Ramírez y Andreu, 2003), pero se sabe poco acerca de la validez de los subtipos o de su importancia relativa para la conducta antisocial (Vitiello y Stoff, 1997).

3.2.2.3.6. Inteligencia

Se ha indicado en numerosas ocasiones que los comportamientos antisociales o violentos correlacionan negativamente con el cociente intelectual. Diversos estudios han mostrado la relación que existe entre déficits intelectuales y violencia, tanto en muestras de delincuentes (Rutter y Giller, 1988) como de estudiantes (Huesman, Eron y Yarmel, 1987), encontrando en este último correlación con bajos logros académicos. Otros autores han propuesto que la inteligencia modula el tipo de conducta antisocial (Heilbrum, 1982), encontrando violencia más impulsivas en psicópatas con un CI bajo frente a delitos de tipo sádico en aquellos que eran más inteligentes. Otros, han mostrado cómo el desarrollo cognitivo facilita la integración social y su deficiencia la dificulta (Donnellan, Ge y Wenk, 2002). Así, algunos han puesto en evidencia que una baja inteligencia se asocia a una peor adaptación al ámbito penitenciario, tanto en jóvenes como en adultos (Ardil, 1998; Forcadell, 1998; Miranda, 1998).

Los delincuentes, especialmente los reincidentes, tienden a presentar un cociente intelectual (CI) ligeramente inferior - cerca de 8 puntos en general- al de los no delincuentes. Esta asociación ha sido confirmada en estudios epidemiológicos y longitudinales recientes (Lynam, Moffit y Stouthamer-Loeber, 1993; Maguin y Loeber, 1996; Moffitt, 1993). Así, se ha visto que un bajo CI va asociado a la conducta antisocial incluso después de tener en cuenta el nivel de logro académico, aunque puede que la asociación sea un tanto reducida. La relación entre el CI, dificultades de lectura y perturbaciones del comportamiento y conducta antisocial se aplica en buena medida a aquellas de inicio temprano y no a las que comienzan en la adolescencia (Robins y Hill, 1966; Stattin y Magnusson, 1995). Scott (2004) añade que un bajo CI por sí solo, no aumenta mucho el riesgo de comportamientos antisociales, pero en combinación con prácticas de crianza inadecuadas y otros factores de riesgo como la hiperactividad, sí tienen un efecto interactivo.

Aunque la relación entre el CI y la delincuencia ha resultado ser muy sólida, a tenor de los datos existentes no permite extraer ninguna conclusión firme. La investigación actual pone un mayor énfasis en el estudio de las diferencias individuales en los procesos cognitivos que generan un sesgo en las evaluaciones de los sucesos interpersonales (Ross y Fabiano, 1985). Así por ejemplo, se ha constatado que los jóvenes agresivos se muestran más inexactos en la interpretación de las conductas de los otros en situaciones poco ambiguas y tienden a percibir intenciones hostiles en las interacciones interpersonales ambiguas (Dodge, 1986). Se ha puesto de manifiesto asimismo, que estos sujetos generan muy pocas soluciones afectivas a las situaciones interpersonales problemáticas y tienden a producir soluciones más agresivas cuando sufren rechazo social (Asarnow y Callan, 1985). Por otra parte, un buen desarrollo de las habilidades cognitivas, en especial las verbales, podría actuar como un factor de protección en el desarrollo de la conducta antisocial (Lynam et al., 1993). En este sentido, Isaza y Pineda (2000), encontraron en una muestra de jóvenes delincuentes un ejecución deficiente en pruebas que exigían habilidades verbales, como fluidez verbal y memoria verbal, poniendo de relieve las alteraciones en el cociente intelectual verbal que presentan los adolescentes infractores. Raine et al., (2002) también encontraron una asociación entre déficits verbales a la edad de 11 años y comportamientos antisociales en la adolescencia, presentando además, en edades más tempranas, déficits espaciales. De la misma forma, Garaigordobil et al. (2004) encuentran mayores deficiencias en las capacidades verbales en aquellos niños que presentan más conducta antisocial.

Por tanto, los individuos con bajas capacidades intelectuales y con ciertos sesgos cognitivos poseen peores habilidades interpersonales, siendo éstas las que dificultarían el proceso de socialización y facilitarían la aparición de la conducta antisocial (Torrubia, 2004).

Rutter et al. (2000, p. 205) concluyen al respecto: “*es posible que las deficiencias cognitivas que incrementan el riesgo lo hacen porque suponen alguna deficiencia en la detección intención-estímulo o en la planificación previa al decidir cómo responder a los desafíos sociales*”. Esto podría interpretarse en términos de una deficiencia cognitiva que causaría riesgos no por ser deficiencia intelectual, sino porque el CI inferior estaría asociado a hiperactividad e impulsividad. Así, el riesgo de desarrollar conductas antisociales provendría de esos rasgos más que del propio nivel cognitivo en sí.

3.2.2.3.7. Actitudes y creencias normativas

Las denominadas *teorías cognitivas del procesamiento de la información* enfatizan la importancia que las actitudes, creencias y otras cogniciones sociales que se desarrollan durante la infancia y la adolescencia desempeñan en el comportamiento antisocial. En particular, Huesmann (1988), Huesmann y Eron (1989) y Huesmann et al., (1996), conceptualizan las creencias normativas como aquellas que hacen referencia a la aceptabilidad, justificación o adecuación del comportamiento agresivo, que son importantes mediadores y/o moduladores, contribuyendo de forma considerable al éxito de programas preventivos contra este tipo de comportamientos antisociales en jóvenes y adolescentes. Según los resultados obtenidos hasta el momento con el programa de prevención que estos autores realizaron en los EE.UU., las creencias normativas pueden verse modificadas a lo largo de la infancia y adolescencia bajo determinadas condiciones de intervención familiar, escolar y social. Por consiguiente, estos cambios afectarán posteriormente al comportamiento agresivo y, consecuentemente, podrán prevenirse determinados tipos de violencia y conducta antisocial.

En este sentido, determinados patrones de repuesta como la deshonestidad, las actitudes y creencias normativas y las actitudes favorables a la violencia, han sido relacionadas como predictores de violencia posterior (Ageton, 1983; Elliot, 1994; Farrington, 1989; Maguin et al., 1995; Thornberry, 2004; Williams, 1994; Zhang, Loeber, y Stouthamer-Loeber, 1997), siendo estas correlaciones más débiles en el caso de las chicas (Williams, 1994). Es posible que las actitudes antisociales sean síntomas del mismo constructo subyacente de violencia y que persista durante toda la vida.

Asimismo, se ha encontrado que un amplio rango de procesos cognitivo-sociales están distorsionados o son deficitarios en los niños agresivos (Coie y Dodge, 1997; Dodge y Schwartz, 1997; Lochman y Dodge, 1994). Así, presentan deficiencias en la atribución (con un locus de control típicamente externo), en la solución de problemas, la tendencia a considerar que el daño que se produce en circunstancias ambiguas o neutras deriva de un intento hostil por parte de quien lo provoca, lo que llaman sesgo atribucional hostil (Crick y Dodge, 1996; Guerra y Slaby, 1990), en la evaluación de conductas que favorecen la agresión, en la baja valoración de las características típicas de los jóvenes agresivos, abrigando ideas positivas acerca de la agresividad, considerándola socialmente normativa (Dodge y Schwartz, 1997). Estas distorsiones cognitivas se agudizan a medida que sus iguales los rechazan, mostrando al final de la adolescencia actitudes recelosas y llevándoles a reaccionar de forma explosiva y desviada (Scott, 2004). De la misma forma, Thorberry, (2004) también ha

encontrado como aquellos chicos antisociales de inicio temprano presentaban más actitudes favorables al uso de la violencia y la delincuencia como forma de solucionar los problemas, frente a los de inicio tardío o los no delincuentes.

Un interesante estudio llevado a cabo en nuestro país, describe el papel que juega la percepción de las figuras de autoridad formales e informales en la inclinación a la conducta delictiva (Molpeceres, Llinares y Bernad, 1999). Los resultados sugieren que: a) la percepción de mayor o menor actividad en las figuras de autoridad relevantes apenas tiene incidencia en la mayor o menor implicación en conductas delictivas y transgresoras; b) que la percepción de competencia y firmeza es relevante en relación a las figuras de autoridad formales pero no en relación al padre; c) que la mayor o menor violencia y crueldad percibida es relevante en relación a todas las figuras de autoridad y, d) que tienden a aparecer diferencias en el juicio afectivo y moral de las tres figuras de autoridad en función de la tendencia a la transgresión, aunque estas diferencias son más acusadas en relación a las figuras de autoridad formal.

Los resultados de estos estudios sugieren que un patrón de conductas y actitudes tempranas que desafíen las reglas básicas del comportamiento tales como la honestidad y la veracidad estará asociado con conductas violentas posteriores. Por lo tanto, las intervenciones que busquen ayudar a los jóvenes a desarrollar creencias positivas y modelos de conducta que rechacen la violencia, la mentira y el desobedecer a las reglas y a las leyes, así como también actitudes positivas hacia el cumplimiento de las normas, serían prometedoras para la reducción de los riesgos hacia la violencia. Estos hallazgos destacan la importancia de lo que algunos han denominado “alfabetización” social y emocional (Goleman, 1995), esto es, el proceso de desarrollo social por el cual los niños aprenden a participar exitosamente en la vida social, aprendiendo a respetar turnos, esperar en cola o decir la verdad.

No obstante, son muchas las formas en las que la violencia puede expresarse y muchas también las que se aducen para llegar a justificarla o legitimarla. Bandura (1973), al respecto, destaca una serie de situaciones que consistentemente se han implicado en la mayor producción de manifestaciones agresivas y antisociales en los sujetos: a) la *atenuación de la agresión por comparación ventajosa*, que consiste en disminuir los alcances de las propias acciones agresivas; b) la *justificación de la agresión en función de principios elevados*, fundamentándose la agresión en función de una serie de valores más elevados; c) el *desplazamiento de la responsabilidad*, logrando que la gente se conduzca de manera más agresiva cuando cualquier figura de autoridad asume la responsabilidad; d) la *difusión de la responsabilidad*, ocultando y difundiendo la propia responsabilidad por realizar prácticas agresivas; e) la *deshumanización de las víctimas*, desvalorizando a las víctimas se les puede agredir cruelmente sin que haya sentimientos de culpabilización o arrepentimiento; f) el *falseamiento de las consecuencias*, reduciendo al mínimo las consecuencias lesivas producidas en el agredido; y g) la *desensibilización graduada*, proceso incremental a través del cual, tras la ejecución repetida de actos agresivos, se van extinguendo el malestar y el autorreproche, aumentando así el nivel de agresión de forma progresiva hasta que, por último, se llegan a cometer actos violentos y antisociales sin el menor remordimiento.

Asimismo, las investigaciones llevadas a cabo por Luengo (1985) y Romero (1996) ponen de manifiesto que la conducta desviada correlaciona con ciertas preferencias de valores con relevancia personal inmediata (placer, tiempo libre, sexo) y presentan un menor aprecio de los valores con trascendencia social más a largo plazo (solidaridad, justicia) o aquellos ligados a la socialización más convencional (religión, familia, orden, salud). Es importante

señalar, que los valores anteriormente relacionados con la conducta antisocial, también lo están con variables tales como la impulsividad o la búsqueda de sensaciones (Luengo et al., 2002).

3.2.2.3.8. Recursos personales y valores ético-morales

Es obvio que no todos los individuos que están expuestos a la acción de diferentes factores de riesgo manifiestan comportamientos antisociales. Existen un conjunto de variables cuyas influencias pueden cancelar o atenuar el efecto de los factores de riesgo conocidos y así, incrementar de algún modo la resistencia hacia ellos. Este sería el caso de la práctica y participación en asociaciones culturales, deportivas o religiosas y valores ético-morales.

Son muchos los estudios que ponen en relevancia la acción protectora de la religión o religiosidad y la moralidad frente a la conducta antisocial de los adolescentes (Barber, 2001; Fabian, 2001; Jang y Jhonson, 2003; Lozano et al., 1992; Oetting, Donnermeyer y Deffenbacher, 1998; Peiró, Del Barrio y Carpintero, 1983; Regnerus, 2001; Ruiz, Lozano y Polaino, 1994).

Ruiz et al. (1994), señalaron que entre los adolescentes encuestados que no manifestaban conductas antisociales, había un numero mayor de creyentes, tanto practicantes como no practicantes, que en el grupo que manifestaban algún comportamiento antisocial. Estos datos confirmaron los encontrados con anterioridad por Peiró et al. (1983), quienes mostraron que la religión y la moral podrían ser entendidos como factores de protección, al constituir un marco de referencia para los jóvenes en el que predominaban los valores prosociales y en el que coexistían grupos de referencia ajenos a la práctica de la conducta desviada.

En esta misma linea, Fabian (2001) señala que ha pesar de los numerosos estudios que se han llevado a cabo sobre que factores predicen el comportamiento antisocial, se ha prestado poca atención a la moral como un posible factor de riesgo. Así, en su estudio con adultos, encuentra que aquellos que habían cometido actos delictivos puntuaban más bajo en razonamiento moral que los no delincuentes, sin embargo, no había diferencias entre delincuentes violentos y no violentos. También añaden que el tener un alto razonamiento moral estaría asociado a diversos factores protectores, entre ellos, una buena educación familiar y la importancia otorgada a la religión.

Oetting et al. (1998) resaltan que tanto el uso de sustancias como otras conductas desviadas se aprenderían a través de tres ámbitos principales o fuentes primarias, la familia, el colegio y los amigos. Sin embargo, habría otras fuentes de socialización secundarias, entre ellas la religión, que influirían en el proceso de socialización de las fuentes primarias reduciendo su impacto y, por lo tanto, disminuyendo o frenando la manifestación de comportamientos desviados. De la misma forma, Jang y Johnson (2003) señalan como la presencia de emociones negativas o trastornos emocionales serían un factor de riesgo hacia el comportamiento desviado, actuando aquí la religión como un importante neutralizador de dichas emociones. Barber (2001) encuentra en una muestra de niños palestinos, que el tener creencias religiosas actuaba como un factor protector de la conducta desviada, amortiguando el efecto de los factores de riesgo a los que estaban expuestos.

Regnerus (2001), añade que la religión protege a los adolescentes de que se involucren en la delincuencia a través de tres vías: 1) la proximidad paterno filial que existe entre familias religiosas, 2) a través de limitar o disminuir la influencia de los pares, 3) a través del contexto de la comunidad.

Es importante resaltar, que no sólo hay evidencias de su poder protector, sino que su ausencia podría actuar como factor de riesgo hacia una mayor involucración en comportamientos antisociales. Así, Stack, Wasserman y Kern (2004) evalúan la presencia de actos antisociales consistentes en la visión de pornografía a través de la red. Postulan que las creencias más convencionales estarían asociadas con menos conductas desviadas, entre ellas, las creencias políticas, las creencias favorables hacia el matrimonio y las creencias religiosas. Los resultados señalaron que de todos los factores propuestos, el mejor predictor del uso de pornografía era la ausencia de creencias religiosas.

Por otra parte, el realizar o participar en actividades deportivas ha sido considerado como otra fuente de comportamientos prosociales que, de la misma forma que la religión, actuarían como inhibidores de la conducta antisocial, asociándose a otras fuentes de enseñanza, ya que el deporte en sí mismo no garantiza que se desarrollen dichas conductas prosociales (Mckenney y Dattilo, 2001). Así, Stronski et al. (2000) encontraron en su estudio que unos de los factores protectores frente al consumo de drogas era el participar de forma regular en asociaciones deportivas junto con presentar buenos logros académicos, el tipo de educación recibida y el contar con un confidente dentro de la familia.

Duncan, Duncan, Strycker y Chaumeton (2002) examinaron en una muestra de niños de 10, 12 y 14 años la relación existentes entre las actividades antisociales (consumo de sustancias y otras conductas) y prosociales (actividad física, deporte organizados, actividades no deportivas organizadas, voluntariado y actividades religiosas). Encontraron que el participar en deportes organizados y actividades físicas estaba inversamente relacionado con el consumo de sustancias para todas las edades.

Langbein y Bess (2002) señalan que los colegios con un elevado nº de alumnos presentaban más problemas de conductas antisociales entre el alumnado, disminuyendo éstas, si se aumentaba la programación de actividades deportivas.

Otros autores han señalado el importante papel que pueden tener los deportes de riesgo como forma de canalizar de forma socializada la alta necesidad de búsqueda de sensaciones y desinhibición, factores que aparecen asociados a la adolescencia y a la manifestación de conductas antisociales (Sánchez y Cantón, 2001).

Tabla 3.4. Resumen de factores de riesgo psicológicos

FACTORES DE RIESGO	ESTUDIOS	HALLAZGOS EMPÍRICOS
1. Hiperactividad, déficit de atención, impulsividad y toma de riesgos.	Farrington, 1989; Manuza et al., 1989; Maguin et al., 1995	Los problemas de concentración, hiperactividad, impulsividad y las conductas de riesgo en niños se han relacionado con una mayor probabilidad de autoinformar violencia como con haber realizado crímenes violentos en edades posteriores.
	Farrington et al., 1996; Taylor et al., 1996; Campbell, 1997	La hiperactividad se relaciona con la posibilidad de realizar actos delictivos y antisociales tempranos
	Klinterberg et al., 1993; Stattin y Magnusson, 1995	Estudios longitudinales que relacionan variables como la hiperactividad, desánimo y/o baja motivación escolar, dificultades de concentración, déficits en las relaciones sociales y un bajo rendimiento con el aumento de la probabilidad de ejercer conductas violentas en la etapa adulta
	Himelstein, 2003	Tanto la presencia de conductas agresivas como problemas de hiperactividad en la infancia contribuían a predecir la conducta antisocial en la adolescencia.
	Barkley, Fischer, Smallish, Fletcher, 2004	Los niños hiperactivos cometen actos antisociales con más frecuencia y variedad frente a los no hiperactivos.
	Simonoff, Elander, Holmshaw, Pickles, Murray y Rutter, 2004	Tanto la presencia de problemas de hiperactividad como de trastornos de conducta en la infancia, tienen un fuerte poder predictivo sobre la aparición posterior de trastorno antisocial de la personalidad y problemas de delincuencia en la etapa adulta.
2. Desórdenes internalizantes: nerviosismo / ansiedad y depresión	Lahey y McBurnett, 1992; Dishion et al., 1995	Los individuos que ejercen conductas antisociales suelen manifestar comórbidamente trastornos emocionales
	Farrington, 1989b	El nerviosismo y la ansiedad muestran una ligera correlación negativa con la posibilidad de ejercer conductas antisociales
	Achenbach, 1991; Caron y Rutter, 1991	Los individuos con conductas antisociales presentan concomitante la depresión y características como el autoconcepto disminuido
	Stefurak, Calhoun y Glaser, 2004	Los trastorno emocionales podrían ser considerados como un canalizador hacia la delincuencia, así como también la personalidad antisocial.
	Smith, 2002	Los factores de riesgo emocionales afectarían más a las niñas que a los niños para el incremento de la conducta antisocial, encontrando también dichas diferencias para los factores de riesgo familiares.
	Del Barrio, 2004	La depresión presenta una comorbilidad con la agresión en el 50% de los casos, por lo que muchos jóvenes deprimidos expresan su malestar mediante conductas oposicionistas o violentas, tanto verbalmente como hacia uno mismo, este el caso de la adicción a las drogas, conductas de riesgo o el suicidio.
	Fombonne, Wostear, Cooper, Harrington y Rutter, 2001; Marmorstein y Iacono, 2003.	Aquellos jóvenes que presentaban depresión y trastornos de conducta asociados, tenían mayor riesgo de cometer conductas suicidas, delictivas y presentaban mayor disfunción social en la vida adulta.
	Fergusson, Wanner, Vitaro, Horwood y Swain, 2003	El asociarse con pares desviados conllevaba a un aumento de comportamientos problemáticos y cuyas consecuencias negativas serían las que llevarían a la depresión.
	Vermeiren, Jones, Ruchkin, Deboutte y Schawab, 2004	Los sujetos antisociales presentan más problemas emocionales, exceptuando la ansiedad, pero contrariamente a lo esperado, los antisociales que habían sido arrestados no presentaban mayor depresión que los no arrestados
	Achenbach, 1991; Caron y Rutter, 1991; Wilde 1996; Muñoz-Rivas, Graña, Andreu y Peña, 2000; Carrasco et al., 2001; Del Barrio, 2004; Thornberry, 2004	Los individuos con conductas antisociales presentan trastornos o síntomas emocionales concomitantes entre los que aparecería la depresión, características como el autoconcepto disminuido o desconfianza hacia el otro.

3. Asociación con trastornos mentales a) consumo de drogas	Hodgins, 1993; Marzuk, 1996; Otero, 1997; Leonard, 2000; Room y Rossow, 2001; Nagin y Tremblay, 2001; Dorsey et al., 2002; MacCoun et al., 2002; White et al., 2002; Boles y Miotto, 2003; Thornberry, 2004; White, 2004	El alcoholismo y los problemas de drogas son las psicopatologías más relacionadas con la delincuencia juvenil
	Jessor y Jessor, 1977; White y Labouvie, 1994; White, 2004	La conducta antisocial aumenta la probabilidad de consumo de sustancias y viceversa, compartiendo ciertas causas comunes.
	Windle, 1990; White et al., 1993; Farrington, 1995; Dembo et al., 1994, 1995	La presencia de conducta antisocial en la infancia y adolescencia aumenta el riesgo de problemas con el alcohol y las drogas más adelante
	Ito et al., 1996; Parker y Auerhahn, 1999; MacCoun et al., 2002; Boles y Miotto, 2003	El consumo de grandes cantidades de alcohol aumenta la probabilidad de que aparezcan conductas criminales debido a su efecto desinhibidor, estando asociado con una serie de delitos conflictivos y violentos.
	Anglin y Perrochet, 1998; Nadelmann, 1998; Goldstein, 1998; Dorsey et al., 2002; MacCoun et al., 2002	El consumo de drogas, hace que aumenten los robos y delitos no violentos encaminados a obtener dinero para la compra de drogas, mientras que los traficantes pueden emplear la violencia para proteger su negocio.
b) Otros trastornos psicopatológicos	Mason y Windle (2002)	El policonsumo de sustancias y la delincuencia, en general, era evidente en los varones pero no en las mujeres. En los varones, el efecto de la delincuencia sobre el abuso de sustancias fue relativamente bajo pero consistente en el tiempo, mientras que el efecto del uso de sustancias sobre la delincuencia fue mayor pero restringido a aquellos adolescentes de menor edad.
	Robins, 1966	Las conductas antisociales podrían actuar de factor de riesgo infantil con respecto a un posterior desarrollo de esquizofrenia.
	Taylor, 1993; Marzuk, 1996; Hersh y Borum, 1998	Los trastornos psicóticos se han relacionado con la comisión de determinados delitos (destrucción de propiedad y crímenes violentos) que pueden tener su origen en procesos mentales anormales como las percepciones distorsionadas, el razonamiento defectuoso y la regulación afectiva defectuosa de las psicosis.
	Lahey, Waldman y McBurnett, 1999; Loeber, Burke, Lahey, Winters y Zera, 2000; Rutter et al., 2000; Kazdin y Buela-Casal, 2001; APA, 2002	Los trastornos psicopatológicos más asociados a la conducta antisocial son el trastorno por déficit de atención con hiperactividad, trastorno disocial, el trastorno negativista desafiante, bien porque ponen en riesgo al niño o adolescente para que las desarrolle o porque dichos diagnósticos conllevan en si mismo la presencia de estas conductas.
	Hare, 1991; Hare, 1998; Moltó, Poy y Torrubia, 2000; Hare, Clark, Grann y Thornton, 2000	La presencia de trastornos de la personalidad, y más concretamente la psicopatía, en la edad adulta, correlacionan con una mayor delincuencia violenta.
4. Iniciación temprana en la violencia y delincuencia	Farrington, 1986, 1991; 1995; Thornberry et al., 1995	El comportamiento violento y la delincuencia, los comportamientos deshonestos y agresivos en la escuela, el estar convicto en la adolescencia, son predictores de comportamiento violento y/o delictivo en la etapa adulta
	White et al., 1992	La contigüidad entre las manifestaciones violentas en la adolescencia y la etapa adulta se da de forma más consistente en los varones con respecto a las mujeres
	Farrington, 1991; Thornberry, Huizinga y Loeber, 1995; Tolan y Thomas, 1995; Tremblay, 2001; Krohn y col., 2001; Pfeiffer, 2004;	La temprana aparición de la conducta violenta y delincuencia, predicen comportamientos violentos más serios y una mayor cronicidad de los mismos.
	Thornberry, 2004	Los delincuentes infantiles (de inicio temprano), no sólo se implicaban en un mayor número de actos antisociales y delictivos, sino también en el consumo de drogas, en relaciones sexuales a edades tempranas y conductas más graves y violentas, además de presentar una mayor persistencia de su comportamiento hacia la adultez, relacionándose con la aparición de una carrera delictiva y criminal más extensa.

5. Variables de personalidad	Eysenck y Eysenck, 1978	La impulsividad (impulsividad propiamente dicha, asunción de riesgos, no-planificación e irreflexión) correlacionaría positivamente con la extraversión y el psicoticismo, así como con la manifestación de conductas delictivas
a) Impulsividad	Eysenck y McGurk, 1980; Royse y Wiehe, 1988	Hay una estrecha covariación entre la impulsividad y la delincuencia, demostrada en muestras de institucionalizados
	Eysenck, 1981; Farrington, 1989; Rigby et al., 1989; Carrillo et al., 1994	Hay una estrecha covariación entre la impulsividad y la conducta antisocial, demostrada en la población general
	Caspi et al., 1994	La delincuencia se asociaba a un débil autocontrol o a una elevada impulsividad, así como a una emotividad negativa
	Tremblay et al., 1994	Hay relación entre la impulsividad de los niños en el jardín de infancia y la predicción de delincuencia a los 13 años
	Sobral et al., 2000; Eisenberg et al., 2000; Mestre, Samper y Frias, 2002; Luengo et al., 2002; Garaigordobil, Alvarez y Carralero, 2004.	La impulsividad se muestra como una variable de suma importancia en la explicación de la conducta antisocial y potencian los efectos de una serie de factores de riesgo cuando se asocia a ellos, como bajo apoyo parental y apego escolar, pertenencia a grupos desviados, y en el caso de las chicas, déficits socioeconómicos. También encuentran como los varones presentan mayores niveles de impulsividad
b) Búsqueda de sensaciones	Zuckerman, 1979	La búsqueda de sensaciones se relaciona con la carencia de acuerdo con las normas sociales, responsabilidad y auto-control.
	Levine y Singer, 1988; Newcomb y McGee, 1991; Del Barrio, 2004; Simó y Pérez, 1991; Luengo et al., 1995; Romero, 1996; Schmeck y Poustka, 2001	La búsqueda de sensaciones se relaciona con la implicación en actividades desviadas o antisociales.
	Herrero et al., 2002	Aquellas personalidades antisociales puntuaban más alto en ausencia de miedo, búsqueda de sensaciones e impulsividad, no encontrando diferencias en estas variables al comparar los adolescentes con los presos, llegando incluso los adolescentes a puntuar más alto en impulsividad, rasgo propio de esta etapa.
	Romero, Sobral y Luengo, 1999	La “desinhibición” y “búsqueda de experiencias” que parecen ser las dimensiones más estrechamente ligadas a la conducta antisocial, sobre todo en muestras de adolescentes..
c) Empatía	Bandura et al., 1996; Mestre et al., 2002; Sezov, 2002; Del Barrio et al., 2003; Del Barrio, 2004b; Garaigordobil, Alvarez y Carralero, 2004	Estudios con niños o jóvenes antisociales y delincuentes han mostrado que éstos presentan ciertos déficits a la hora de identificar y comprender los estados internos de los otros (pensamientos, perspectivas, sentimientos).
	Mirón, Otero y Luengo, 1989; Romero, 1996; Calvo, González y Martorell, 2001	Este déficit parece especialmente acusado en la capacidad para “sentir” los afectos de los demás.
	Hoffman, 1990; Fuentes, Apodaka, Etxebarria et al., 1993; Bandura, Barbaranelli, Caprara y Pastorelli, 1996; Hoffman, 1989, 1990; Sobral et al., 2000	Existe una relación positiva entre empatía y la conducta prosocial. Así pues, la empatía favorecería los actos altruistas y limitaría la conducta antisocial
	Worthen, 2000	Una de las razones por las que las chicas son menos agresivas que los chicos se debe a sus altos niveles de empatía y las consecuentes capacidades para hacer amigos y pertenecer a grupos.
d) Autoestima	Baumeister et al., 1996.	Una alta autoestima puede llevar al adolescente a responder de forma agresiva ante cualquier situación que el considere inaceptable o que amenace su ego.
	Calvo y cols., 2001; O'Moore y Kirkham, 2001; Marsh et al., 2001; Garaigordobil et al., 2004	Existen correlaciones entre bajo autoconcepto o baja autoestima y mayor presencia de conductas amenazantes y agresivas
e) Agresividad	Del Barrio et al., 1994; Simons et al., 2001; Bosacki, 2003; Alonso y Román, 2003; Carrasco y del Barrio, 2003.	Otros han encontrado una relación positiva entre autoimagen negativa y algunos factores de riesgo de la conducta antisocial, como son la depresión, el bajo rendimiento académico, falta de vínculos familiares, pocas habilidades sociales y baja autoeficacia
	Olweus, 1979; Farrington, 1989; Loeber, 1990; Loeber y Hay, 1996; Tremblay, 2001; Velázquez, Cabrera, Chaine, Caso-López y Torres, 2002; Thornberry, 2004; Pfeiffer, 2004	Es apreciable una continuidad entre el comportamiento antisocial y muestras de agresividad temprana con respecto a un posterior ejercicio de delitos más graves y violentos.
	Taylor et al., 2003 y Hilmstein, 2003; Thornberry, 2004	La agresividad infanto-juvenil predice comportamientos antisociales en un futuro. A pesar de que muchos de los chicos que presentan un comportamiento agresivo durante la infancia no llegan a cometer crímenes violentos, lo cierto es que la conducta agresiva temprana y persistente, es una característica individual maleable que predice violencia futura.

6. Inteligencia	Maguin y Loeber, 1996	Los delincuentes, sobre todo los reincidentes, tienden a tener un CI ligeramente inferior a los no delincuentes
	Robins y Hill, 1966; Stattin y Magnusson, 1995	La relación entre el bajo CI y dificultades de lectura con la manifestación de conductas antisociales se aplica a variedades de comportamiento antisocial de inicio temprano y no a las que comienzan en la adolescencia
	Rutter et al., 2000	Aunque la relación CI-delincuencia ha resultado muy firme, puede que las deficiencias cognitivas se asocien a la hiperactividad o impulsividad y no directamente a las conductas delictivas
	Isaza y Pineda, 2000	Los jóvenes delincuentes presentan una ejecución deficiente en pruebas que exigían habilidades verbales, como fluidez verbal y memoria verbal, poniendo de relieve las alteraciones en el cociente intelectual verbal que presentan los adolescentes infractores.
	Raine, Yaralian, Reynolds, Venables y Mednick, 2002	Existe una asociación entre déficits verbales a la edad de 11 años y comportamientos antisociales en la adolescencia, presentando además, en edades más tempranas, déficits espaciales.
	Garaigordobil, Álvarez y Carralero, 2004	Existen mayores deficiencias en las capacidades verbales en aquellos niños que presentan más conducta antisocial
7. Actitudes y creencias	Farrington, 1989; Elliot, 1994; Maguin y Loeber, 1995	La deshonestidad, las actitudes y creencias antisociales, las actitudes favorables a la violencia y la hostilidad contra la policía son predictores de la violencia posterior en varones
	Lochman y Dodge, 1994	Un amplio rango de procesos cognitivo-sociales están distorsionados o son deficitarios en los niños agresivos: atribución típicamente externa, solución de problemas, evaluación de conductas que favorecen la agresión y una baja valoración de las características típicas de los jóvenes agresivos
	Molpeceres et al., 1999	La percepción de las figuras de autoridad formales e informales modula la aparición de conductas delictivas
	Ageton, 1983; Farrington, 1989; Elliot, 1994; Williams, 1994; Maguin et al., 1995; Zhang, Loeber, y Stouthamer-Loeber, 1997; Thornberry, 2004	La deshonestidad, las actitudes y creencias normativas y las actitudes favorables a la violencia han sido relacionadas como predictores de violencia posterior.
	Romero, 1996	La conducta desviada correlaciona con ciertas preferencias de valores con relevancia personal inmediata (placer, tiempo libre, sexo) y presentan un menor aprecio de los valores con trascendencia social más a largo plazo (solidaridad, justicia) o aquellos ligados a la socialización más convencional (religión, familia, orden, salud)

8. Recursos personales y valores ético-morales	Peiró et al.,1983	La religión y la moral podrían ser entendidos como factores de protección, al constituir un marco de referencia para los jóvenes en el que predominaban los valores prosociales y en el que coexistían grupos de referencia ajenos a la práctica de la conducta desviada.
	Ruiz, Lozano y Polaino,1994	Los adolescentes encuestados que no manifestaban conductas antisociales, había un número mayor de creyentes, tanto practicantes como no practicantes, que en el grupo que manifestaban algún comportamiento antisocial.
	Fabian, 2001	Aquellos que habían cometido actos delictivos puntuaban más bajo en razonamiento moral que los no delincuentes, sin embargo, no había diferencias entre delincuentes violentos y no violentos. El tener un alto razonamiento moral estaría asociado a diversos factores protectores, entre ellos, una buena educación familiar y la importancia otorgada a la religión.
	Oetting et al., 1998	El uso de sustancias como otras conductas desviadas se aprenderían a través de tres ámbitos principales o fuentes primarias, la familia, el colegio y los amigos. Sin embargo, habría otras fuentes de socialización secundarias, entre ellas la religión, que influirían en el proceso de socialización de las fuentes primarias reduciendo su impacto y, por lo tanto, disminuyendo o frenando la manifestación de comportamientos desviados.
	Jang y Johnson, 2003	La presencia de emociones negativas o trastornos emocionales serían un factor de riesgo hacia el comportamiento desviado, actuando aquí la religión como un importante neutralizador de dichas emociones.
	Barber, 2001	El tener creencias religiosas actuaba como un factor protector de la conducta desviada, amortiguando el efecto de los factores de riesgo a los que estaban expuestos una muestra de niños palestinos.
	Regnerus, 2001	La religión protege a los adolescentes de que se involucren en la delincuencia a través de tres vías: 1) la proximidad paternofilial que existe entre familias religiosas, 2) a través de limitar o disminuir la influencia de los pares, 3) a través del contexto de la comunidad.
	Stack, Wasserman y Kern,2004	Las creencias más convencionales estarían asociadas con menos conductas desviadas, entre ellas, las creencias políticas, las creencias favorables hacia el matrimonio y las creencias religiosas. Los resultados señalaron que de todos los factores propuestos, el mejor predictor del uso de pornografía era la ausencia de creencias religiosas.
	Mckenney y Dattilo, 2001	El realizar o participar en actividades deportivas es una fuente de comportamientos prosociales que actuarían como inhibidores de la conducta antisocial.
	Stronski, Ireland, Michaud, Narring y Resnick, 2000	Uno de los factores protectores frente al consumo de drogas era el participar de forma regular en asociaciones deportivas junto con presentar buenos logros académicos, el tipo de educación recibida y el contar con un confidente dentro de la familia.
	Duncan, Duncan, Strycker y Chaumeton, 2002	El participar en deportes organizados y actividades físicas estaba inversamente relacionado con el consumo de sustancias.
	Langbein y Bess, 2002	Los colegios con un elevado nº de alumnos presentaban más problemas de conductas antisociales entre el alumnado, disminuyendo éstas, si se aumentaba la programación de actividades deportivas.
	Sánchez y Cantón, 2001	Los deportes de riesgo como forma de canalizar de forma socializada la alta necesidad de búsqueda de sensaciones y desinhibición, factores que aparecen asociados a la adolescencia y a la manifestación de conductas antisociales.

3.2.3. Factores de socialización

La manifestación de conductas antisociales queda también bajo la acción de una compleja interacción entre la características intrínsecas de los individuos y las influencias provenientes de diversos grupos sociales. Esta afirmación es claramente encuadrable en la teoría del aprendizaje social de Bandura (1969, 1977), que considera el proceso de socialización como una adquisición de conductas y valores determinada, en su mayor parte, por un conglomerado de relaciones sociales en las que el individuo está inmerso.

Las variables sociales más inmediatas o propias del entorno específico de relación interpersonal del adolescente, pueden constituir factores de riesgo, en tanto en cuanto, pueden modular la conducta del individuo por simple imitación u observación de una figura o modelo “inadecuado”, reforzando finalmente aquellas conductas concordantes con las del modelo, claramente inadecuadas o impidiendo que se lleve a cabo de forma adecuada el proceso de socialización de éste.

3.2.3.1. Factores familiares

La familia es el primer ámbito social para el individuo y el contexto más primario de socialización, ya que transmite valores y visiones del mundo e instaura las primeras normas de conducta. Las experiencias familiares en la niñez determinan comportamientos adultos. Al respecto, los tipos de comportamiento que han sido estudiados como consecuencia de las experiencias familiares han sido los llamados “problemáticos”, tales como psicopatologías, agresión y delincuencia. Se ha prestado, sin embargo, menos atención a características positivas de los individuos. Así, por ejemplo, la responsabilidad y el altruismo han sido obviadas en la mayoría de las ocasiones. Aunque se incida en factores de riesgo para conductas problemáticas, la familia también puede ejercer de factor protector enseñando o reforzando actitudes prosociales (véase resumen Tabla 3.5.).

3.2.3.1.1. Criminalidad de los padres

La comisión de delitos por parte de los padres es un factor de riesgo para el ejercicio de conductas antisociales en sus hijos (Farrington, 1995; Loeber y Farrington, 2000).

A pesar de que McCord (1979) no encontró una relación positiva entre los comportamientos desviados paternos, medidos por la presencia de conductas tales como alcoholismo o haber sido arrestado por embriaguez o delitos serios y las conductas violentas manifestadas por sus hijos, existen numerosos estudios que ponen en evidencia dicha relación. Así, Baker y Mednick (1984) compararon las tasas de arrestos por delitos violentos que presentaban los jóvenes daneses cuyos padres no eran delincuentes con aquellos cuyos padres habían tenido dos o más delitos criminales registrados en el registro de policía nacional de Dinamarca. Los chicos entre 18 y 23 años con padres criminales eran más propensos a cometer delitos violentos que aquellos cuyos padres no eran delincuentes.

En el estudio de Cambridge, Farrington (1989a) encontró relación entre el arresto parental, antes del décimo cumpleaños de sus hijos y, el aumento de los delitos violentos autoinformados y registrados oficialmente por parte de los últimos en la adolescencia.

Moffitt (1987) investigó la posible existencia de un componente biológico en la influencia de la criminalidad parental en las conductas violentas de los hijos. Ella estudió los registros criminales de 5.659 niños daneses adoptados (cuyos padres adoptivos no tenían historia criminal) y los registros de sus padres biológicos, encontrando que los chicos en la etapa adulta cuyos padres eran criminales no presentaban mayores registros de delitos violentos que aquellos con padres no criminales. Sus hallazgos no apoyan una relación biológica entre la criminalidad del padre y la conducta violenta del hijo, sugiriendo que las normas violentas y o conductas violentas deben ser aprendidos en la familia.

3.2.3.1.2. Maltrato infantil

Se han llevado a cabo estudios que se centran en el maltrato infantil como un factor de riesgo en el posterior desarrollo de las conductas antisociales (Carrasco, Rodríguez y del Barrio, 2001; De Bellis et al., 2002; Gregg y Siegel, 2001; Ito et al., 1993; Malinosky-Rummell y Hansen, 1993; Pfeiffer, 1998, 2004; Pincus, 2003; Riggs, 1997; Stein, 1997; Teicher, 2004; Wilmers et al., 2002).

En su estudio, Widom (1989), consideró los índices de arrestos criminales por delitos violentos (asesinato, homicidio, violación, asalto y robo) de adultos que habían sufrido abusos o negligencias a partir de registros oficiales. Cuando se compararon con sujetos que no tenían historia de abuso previo, aquellos adultos que habían sufrido abusos sexuales tenían una tendencia ligeramente mayor de comisión de delitos violentos. Aquellos que habían sufrido abusos físicos tenían también una tendencia ligeramente superior de haber sido arrestados por violencia, mientras que aquellos que habían sido objeto de negligencias eran los más proclives a cometer delitos violentos en la adolescencia.

Zingraff, Leiter, Mayers y Johnson (1993) utilizando el registro central de abuso infantil y negligencia de Carolina del Norte, encontraron resultados similares al analizar las tasas de arresto por delitos violentos en jóvenes con historia de abuso o negligencia y aquellos sin historia de maltrato. También encontraron una asociación positiva entre la frecuencia del maltrato y la violencia. Smith y Thornberry (1995) mostraron que los adolescentes con historia de abuso y de negligencia eran más violentos según sus autoinformes. Esta relación permanece aún cuando se controla el género, la raza, el estatus socioeconómico, la estructura familiar y la movilidad familiar.

Estos hallazgos han sido apoyados por el Estudio Nacional de Comorbilidad en los Estados Unidos (Kessler, Davis y Kendler, 1997). La agresión por parte del padre en ausencia de otras problemáticas tenía un índice de probabilidades del 2,5 para el trastorno de conducta antisocial en los niños y del 4,4 para el trastorno de personalidad antisocial en los adultos. Es posible deducir al respecto que los malos tratos o desatención en la infancia, son un factor de riesgo de la conducta antisocial y que es así, especialmente, cuando la conducta antisocial forma parte de un trastorno de personalidad más general.

En el estudio longitudinal realizado por Widom y Maxfield (1996), recogieron entre 1967 y 1971, una muestra de 908 niños de edades preescolares hasta los once años, a partir de registros judiciales de malos tratos físicos, abusos sexuales o abandono. Se emparejaron con niños controles de la misma edad, raza, vecindario, escuela y hospital de nacimiento y sin antecedentes de malos tratos. Entre 1987 y 1988 se efectuaron las primeras medidas de la conducta en los registros de delincuencia y criminalidad, que incluía cualquier tipo de arresto,

salvo los derivados de infracciones de tráfico. En 1994 se repitieron las medidas, para garantizar que más del noventa y nueve por ciento de los individuos hubiera superado ya el pico de máxima incidencia de actos delictivos (que se sitúa entre los veinte y los veinticinco años). Los resultados concluyen que los niños y las niñas (estas últimas con menor incidencia) con historias de malos tratos infantiles, tienen una mayor probabilidad de presentar delincuencia y criminalidad que los controles, tanto en las etapas juveniles como al pasar a la edad adulta.

En una investigación sobre la predicción de las conductas de los niños, realizada por Egeland, Yates, Appleyard y Van Dulmen (2002), concluyeron que el maltrato físico en la infancia, la negligencia emocional y la enajenación, predecía problemas de comportamiento en los primeros años de escuela y conllevaría a una conducta antisocial en la adolescencia. De acuerdo con el planteamiento de Serbin y Karp (2004) existiría una transferencia intergeneracional en la cual los niños agredidos presentarían secuelas que incluirían fracaso escolar, mayores conductas de riesgo, embarazos adolescentes y pobreza familiar; estilos que estarían mas relacionados con conductas agresivas y crueles hacia los demás, incluidos sus propios hijos.

Según estudios recientes, las víctimas de maltrato físico infantil tiene mayor riesgo de ser violentos con los iguales (Manly, Kim, Rogosch y Cicchetti, 2001), con la pareja en estudiantes de colegio y universidad (Wolfe, Scott, Wekerle y Pittman, 2001), para la agresión sexual en la edad adulta (Merrill, Thomsen, Gold y Milner, 2001) y para el abuso sexual y maltrato físico a sus propios hijos (Milner y Crouch, 1999).

Herrenkohl, Herrenkohl y Egolf (2003) encuentran en su estudio que el haber sufrido maltrato en la infancia, era un factor de riesgo para el desarrollo posterior de conductas antisociales, aumentando dicho riesgo si se daba conjuntamente con inestabilidad familiar. Wilmers et al., (2002), también encuentra correlaciones entre la victimización por violencia física parental sufrida por los jóvenes y la violencia activa autoinformada. De la misma forma, Pfeiffer, Delzer, Enzmann y Wetzels (1998) encuentran que la violencia intrafamiliar correlaciona con la situación económica. Así, los menores cuyos padres estaban en el desempleo o recibían subsidios, eran maltratados dos veces más que los menores cuyas familias no pasaban por esta clase de dificultades. Los resultados también reflejan que cuanto más intensa y continuada era la violencia parental mayor era la tasa de violencia autoinformada (Wilmers et al., 2002).

En relación al maltrato psicológico, Glaser, Prior y Lynch (2001), informaron de una serie de problemas encontrados en niños maltratados emocionalmente, dentro de los cuales el comportamiento antisocial y/o delictivo estaba presente, a la vez que otros considerados como factores de riesgo de dichas conductas, como baja autoestima, ansiedad, bajo rendimiento académico, agresividad e inasistencia al colegio, entre otros.

Las situaciones violentas como puede ser el maltrato, pueden repercutir en la víctima a través del estrés producido a nivel cerebral, lesionando áreas relacionadas con el control de las respuestas agresivas o violentas . El estrés continuado es una variable que puede determinar cambios sociales, neurofisiológicos y neuropsicológicos antes de que una persona exhiba conductas delictivas y hacerles más vulnerables. Al respecto, la investigación con niños y adolescentes llevadas a cabo por De Bellis et al. (2002), obtuvo resultados que sugieren que el Trastorno por Estrés Postraumático, relacionado con el maltrato, está asociado

con adversidades en el desarrollo del cerebro, concretamente, una reducción del volumen intracraneal de la corteza prefrontal, siendo los niños más vulnerables a estos efectos que las niñas. De la misma forma, Ito et al., (1993) confirman la asociación existente entre haber sido maltratado, la presencia de anomalías EEG y un incremento marcado de la frecuencia de violencia autoinflingida y dirigida hacia los demás. Recientemente se ha descubierto que la reducción del área del cuerpo calloso está fuertemente vinculada a un historial de negligencia en varones y abuso sexual en mujeres (Teicher, Dumont e Ito, 2004). También, una hipersecreción de cortisol puede ser consecuencia directa de estar sufriendo maltrato y es cierto que, la presencia excesiva de esta hormona en sangre puede acabar dañando el hipocampo, lugar que juega un papel decisivo en el despliegue de la agresividad (Teicher, 2000). Otros tipos de deficiencias neurológicas relacionadas con el maltrato infantil, son las anomalías en el EEG, disfunción en el sistema límbico, deficiencias en la interconexión entre hemisferios o reducción del volumen del hipocampo y la amígdala, que pueden llevar a la aparición de conductas violentas o problemas psiquiátricos en la edad adulta (Teicher, 2004).

3.2.3.1.3. Prácticas educativas inadecuadas

La dificultad de los padres para desarrollar expectativas claras en el comportamiento de sus hijos, la pobre supervisión parental hacia los niños y la disciplina excesivamente severa, permisiva o inconsistente, representan una constelación de pautas educativas familiares que predicen la posterior conducta antisocial (Capaldi y Patterson, 1996; Hawkins, Arthur y Catalano, 1995; Jang y Smith, 1991; Loeber y Farrington, 2000; Molinuevo, Pardo, Andion y Torrubia, 2004; Patterson et al., 1992; Villar, Luengo, Gómez-Fraguela y Romero, 2003). De hecho, el maltrato infantil se ha llegado a interpretar como una forma extrema de las pobres pautas educativas (Loeber y Farrington, 1999). Así, los padres de los adolescentes problemáticos emplean la fuerza y aplican o amenazan con el castigo físico, utilizando una disciplina drástica y caracterizada por la pérdida del control emocional de los padres, la exhibición irracional de la fuerza y las palizas repentinas. El castigo es inconsistente, con una manifestación errática que combina restricciones excesivas y tolerancia inadecuada.

En lo que se refiere a las prácticas educativas, se ha hallado que la conducta antisocial se relacionan con un menor grado de supervisión parental (Jang y Smith, 1991). De acuerdo con Diana Baumrind (1978) (cit. Luengo et al., 2002), existirían tres grandes “tipos” de prácticas educativas. Un primer tipo sería el “*autoritario*” (o “represivo”, “coercitivo”), que estaría fundamentado en el castigo y la amenaza, donde las normas se imponen por la fuerza, de forma que se prima la obediencia y no la comprensión del sentido de las reglas, es decir, se caracterizaría por un elevado control y un bajo apoyo. Un segundo tipo sería el estilo “*permisivo*”: las normas y los límites a la conducta están difusos y el control parental es escaso. Finalmente, nos encontraríamos con un estilo llamado “*con autoridad*” (McKenzie, 1997) o “autorizado”. En este caso, se produce una combinación de control y apoyo. El control es firme, pero no rígido y las normas son comunicadas de un modo claro y razonado; se estimula la participación de los hijos en la toma de decisiones y se fomenta progresivamente la adquisición de la autonomía. En diversos trabajos se ha puesto de relieve que la conducta problema se relaciona tanto con un estilo excesivamente permisivo (Dishion, Andrews y Crosby, 1995) como con patrones basados en la amenaza y la hostilidad (Shedler y Brook, 1990; cit. Luengo et al., 2002). El estilo “con autoridad” es el que se ha mostrado “protector” contra diversos tipos de conductas desadaptadas. El enfoque autoritario fomenta o bien la sumisión ansiosa o bien la hostilidad por parte del adolescente, dificultando en todo caso la asunción del autocontrol. El enfoque permisivo tampoco favorece el autocontrol (para

que éste se genere deben existir previamente un control externo y unos límites claros). Mientras que el estilo “con autoridad”, favorece una adquisición gradual de responsabilidad y control interno, ya que las normas se acompañan de razonamiento, negociación y apoyo, siendo interiorizadas con mayor eficacia.

Además, en lo que a prácticas educativas se refiere, un resultado frecuente es la importancia de la consistencia en la transmisión y aplicación de las normas (Reilly, 1979). Cuando las normas se aplican con diferente criterio en diferentes puntos del tiempo o cuando existen diferencias en su aplicación entre las distintas figuras de autoridad, perderán utilidad como reguladoras del comportamiento.

En el estudio de Cambridge-Somerville, McCord et al. (1959, cit. Loeber y Farrington, 1999) encontraron que tanto un estilo permisivo como un estilo punitivo de disciplina parental predecían arrestos por violencia entre jóvenes varones. En un seguimiento de la misma muestra, McCord (1979) encontró que una pobre supervisión parental y el nivel de agresividad utilizado por los padres como disciplina, predecían arrestos por delitos personales a la edad de 40 años.

Wells y Rankin (1988) encontraron una relación curvilínea entre la rigidez parental y la violencia autoinformada en una muestra de chicos de 10º grado. Los niños con padres muy estrictos informaban niveles más altos de violencia. Los niños con padres muy permisivos informaron los segundos niveles más altos de violencia y los niños cuyos padres no eran ni demasiados estrictos ni demasiados permisivos, informaron de los niveles más bajos de violencia. En su estudio la regulación-restricción parental (supervisión) no fue predictora de violencia posterior. Sin embargo, era menos probable que los chicos cuyos padres les castigaban de una forma consistente, cometieran delitos contra las personas en comparación con aquellos cuyos padres les castigaban de forma inconsistente. En este sentido, Farrington (1989a) encontró que un estilo de crianza pobre, un estilo parental autoritario, una pobre supervisión, una disciplina parental dura, una actitud parental cruel-pasiva-negligente y discrepancias parentales sobre la crianza de los niños, predecían violencia posterior, ya fueran medidos por autoinformes o por arrestos oficiales por delitos violentos.

En el Proyecto de Desarrollo Social de Seattle, Maguin et al. (1995) investigaron las prácticas de manejo familiar a las edades de 10, 14 y 16 años, utilizando autoinformes a través de los cuales los niños valoraban las prácticas de crianza de sus padres (establecimiento de reglas claras, supervisión y el uso de premios y refuerzos). Se encontró que un pobre manejo familiar a la edad de 14 y 16 años era predictor de la violencia autoinformada por los jóvenes a la edad de 18 pero, sin embargo, los informes de un pobre manejo familiar que proporcionaban los niños de 10 años no eran predictores significativos de violencia a esa misma edad. En un análisis realizado en una submuestra del estudio de Seattle, Williams (1994) encontró que el manejo familiar proactivo a la edad de 14 años era un predictor negativo de violencia autoinformada a la edad de 18 años, tanto en afroamericanos como euroamericanos de ambos sexos. Así, Serbin y Karp (2004) plantean que un estilo parental constructivo caracterizado por calidez emocional y prácticas disciplinarias consistentes, actuaría como un factor protector de la conducta antisocial.

En relación al comportamiento estricto de los padres con sus hijos se ha encontrado un patrón de contigüidad entre ambos (Wells y Rankin, 1991). Así, los jóvenes cuyos padres habían sido severos informaban del mismo tipo de comportamiento. Los chicos con padres

muy permisivos informaban de un menor comportamiento violento que los anteriores, pero mayor que aquellos cuyos padres no habían sido ni muy flexibles ni muy estrictos. En cualquier caso, los chicos cuyos padres habían sido consistentes en sus castigos predecían una menor posibilidad de comisión de delitos por sus hijos, frente a aquellos padres que habían sido inconsistentes. De la misma forma, Ardel y Day (2002) encuentra que la consistencia de las prácticas educativas parentales así como una buena supervisión adulta, estarían asociados negativamente con la conducta antisocial en adolescentes. Shek y Tang (2003) señalan que un buen funcionamiento familiar asociado a estilos parentales positivos, así como a un apoyo interpersonal dentro de la familia estaría asociado con menos niveles de conducta antisocial en la adolescencia.

Por contra, un estilo parental coercitivo utilizado durante la niñez y adolescencia aumentaba el riesgo de conducta antisocial para ambos sexos así como el riesgo de depresión en el caso de las niñas (Compton et al., 2003).

Recientemente, Molinuevo et al. (2004) han encontrado también que una escasa monitorización y supervisión por parte de los padres evaluada de forma retrospectiva, se mostró relacionada con la presencia de conducta antisocial autoinformada en tres muestras diferentes: delincuentes juveniles y estudiantes y niños.

Xie, Cairns y Cairns (2001) muestran en su estudio longitudinal que la calidad de las relaciones de crianza correlaciona negativamente con la agresión y positivamente con un buen nivel de adaptación de los hijos, popularidad, competencia académica y calidad del grupo de amigos. En población española, se ha encontrado datos que apoyan un estilo de crianza paterno “autorizado”, que da apoyo, controla la conducta de sus hijos y es flexible en las normas, produce efectos beneficiosos sobre la conducta agresiva de sus hijos (Roa y Del Barrio, 2002; Del Barrio, 2004b). Así, entre todas las posibles combinaciones, aquella que une la falta de afecto y la ausencia de normas es la que produce consecuencias más desastrosas en el proceso de socialización.

3.2.3.1.4. Relaciones afectivas e interacción entre padres-hijos

La presencia de vínculos afectivos débiles, la falta de confianza en los padres, patrones de comunicación poco fluidos o relaciones tensas y conflictivas entre padres e hijos, son también un claro factor de riesgo para el desarrollo de comportamientos problemáticos o antisociales (Brody y Forehand, 1993; Brook et al., 1990; Frías, Corral, López, Díaz y Peña, 2001; Hanson, Henggeler, Haeefe y Rodick, 1984; Loeber y Farrington, 2000; Mirón, Luengo, Sobral y Otero-López, 1988; Romero, Luengo, Gómez-Fraguela y Otero, 1998).

La calidad de las relaciones entre los padres y los hijos es fundamental. Si la relación es cálida y afectuosa, el índice de delincuencia juvenil disminuye (Loeber y Dishion, 1983). Sin embargo, las pautas educativas erróneas han sido típicamente relacionadas con un aumento del riesgo de cometer delitos en los hijos mientras que la interacción padres-hijos y el fuerte apego familiar han sido considerados habitualmente como factores que protegerían potencialmente a los hijos contra el desarrollo del comportamiento delictivo (Catalano y Hawkins, 1996). No obstante, la evidencia disponible ha llevado a postular que no es posible determinar consistentemente cómo ejercen su efecto protector estos dos últimos factores (Farrington, 1993a).

Más allá de las estrategias parentales que se utilicen para el manejo de los hijos, el grado en que los padres interactúan y se compenetran con sus hijos, también ha sido hipotéticamente considerado como un predictor del comportamiento delictivo y violento. Williams (1994) encontró que la comunicación paterno-filial y la compenetración a la edad de 14 años, estaba inversamente relacionado con la violencia autoinformada a la edad de 16 años. Esta relación era relativamente consistente en los varones, en los afroamericanos y en los euroamericanos, pero era notablemente más débil en el caso de las chicas.

De forma similar, Farrington (1989a) encontró que los hijos (de 12 años en el momento de la investigación) cuyos padres no se comprometían en las actividades de ocio de sus hijos, reportaban más conductas violentas durante la adolescencia y la adultez y era más probable que fuesen detenidos por delitos violentos. Un bajo compromiso parental en la educación de sus hijos a la edad de 8 años también predecía violencia posterior, al igual que una carencia de interacción y de compenetración parental en la vida de sus hijos parecía contribuir al riesgo de manifestar comportamientos violentos futuros.

Un estudio longitudinal reciente ha hallado que el tener relaciones positivas con los padres y profesores así como el establecer compromisos, actúa como factor protector a la hora de mostrar problemas comportamentales (Crosnoe, Glasgow y Dornbusch, 2002). Estos descubrimientos indican, en general, que los adolescentes que informan relaciones cálidas con sus padres se muestran mejor organizados en casa, se sienten emocionalmente vinculados a los profesores, actúan adecuadamente en la escuela, valoran los logros académicos y, a la vez, se protegen de las influencias negativas de sus posibles compañeros con conductas antisociales, aunque estas diferencias no son uniformes en relación al género y a los distintos tipos de comportamiento. Para finalizar, Laird, Pettit, Dodge y Bates (2003), señalan que los padres que informan mantener una buena relación con sus hijos y pasan mucho tiempo juntos, se asocia con menos comportamientos antisociales, encontrándose también estos resultados a la inversa.

3.2.3.1.5. Vinculación o Apego familiar

De acuerdo con la teoría del control social de Hirschi (1969), el apego a la familia inhibe en general el crimen y la delincuencia. No obstante, hay que ser cauto con esta afirmación ya que son pocos los estudios que han investigado específicamente la relación entre el apego familiar y el comportamiento violento. Williams (1994) encontró que la vinculación o apego familiar autoinformado por los jóvenes a la edad de 14 años, no predecía violencia posterior en los autoinformes.

Elliott (1994) también encontró que no existía una relación significativa entre la vinculación familiar y la violencia. Considerando que se ha encontrado en algunos estudios una relación entre la criminalidad parental y la violencia posterior de los hijos, los estudios que buscan una relación entre la vinculación familiar y la conducta violenta deberían distinguir entre la vinculación hacia una familia con miembros prosociales y la vinculación hacia una familia con miembros antisociales o delincuentes, para así determinar si la vinculación a una familia con miembros prosociales podría inhibir una violencia posterior, tal como se hipotetiza en la teoría del control (Foshee y Bauman, 1992).

Ageton (1983) investigó la relación entre una variable relacionada denominada “etiquetamiento familiar negativo” y las agresiones sexuales en una muestra de varones del

Estudio Nacional Juvenil. La agresión sexual fue medida a través de autoinformes sobre haber intentado tener relaciones sexuales con alguien en contra de su voluntad, presionar a un amigo o pareja para realizar un acto sexual o amenazar o herir físicamente a alguien para tener sexo. Un alto nivel de “etiquetamiento familiar negativo” medido uno y dos años antes, estaba positivamente asociado con haber ejercido agresiones sexuales en varones entre los 13 y 19 años.

En un estudio realizado por Contastino (1996), se observa que la mayor parte de los niños diagnosticados de conductas agresivas patológicas, muestran un apego inseguro a la vez que presentan puntuaciones más altas en conductas agresivas y violentas a través del CBCL de Achenbach y Edelbrock (1983). Otro estudio longitudinal ha mostrado que un apego inseguro entre los seis meses y los tres años de vida es un buen predictor de la agresividad escolar mostrada a los 9 años y sobre todo, si se combina con hostilidad materna (Egeland, Carlson y Sroufe, 1993). En esa misma dirección apuntan los datos de Simons et al. (2001), demostrando que el apego está mediando en el desarrollo de características tales como la cognición social y la autoestima, al tiempo que también lo hace con la agresión. De esta forma, los adolescentes con bajo apego tienen también bajos niveles de cognición social, autoestima y alta conducta agresiva.

Otros estudios, como el realizado con adolescentes alemanes por Werner y Silbereisen (2003) encontraron que la cohesión familiar se asociaba con comportamientos antisociales sólo en el caso de las chicas y no para los chicos, lo que podría explicar como las chicas tienen una mayor sensibilidad a los estresores familiares y al rol parental en el desarrollo comportamental. Finalmente, Thornberry (2004) ha encontrado como los niños o adolescentes que inician sus primeras conductas antisociales en edades tempranas se caracterizan por mostrar un débil vínculo de apego entre padres e hijos, frente aquellos que se inician en la adolescencia.

3.2.3.1.6. Conflictos maritales

Muchas investigaciones han mostrado que la inexistencia de una adecuada relación entre el padre y la madre o la existencia de relaciones tensas y conflictivas en el medio familiar, ha sido relacionada consistentemente con la manifestación de actividades antisociales por parte de los hijos (Borduin, Pruitt y Henggeler, 1986; Brody y Forehand, 1993; Cantón, Cortés y Justicia, 2002; Farrington, 1989a; Rutter y Giller, 1983; Wells y Rankin, 1991). Estas correlaciones se observan tanto en familias “íntactas” (ambos padres presentes en el hogar) como en “hogares rotos” (Hawkins, Catalano y Miller, 1992).

Farrington (1989a) encontró correlaciones moderadas entre la desarmonía parental, la violencia autoinformada y los arrestos por crímenes violentos en los adolescentes. McCord (1979) también encontró una relación entre los conflictos maritales medidos a través de registros de casos y los registros oficiales de delitos violentos en una muestra de 201 niños; equiparándose a los hallazgos del estudio juvenil de Cambridge-Somerville, el cual mostraba que los niños criados en familias con altos niveles de conflicto tenían mayor probabilidad de ser arrestados por delitos violentos.

Maguin et al. (1995) encontraron que los conflictos familiares vividos a la edad de 10 años, no estaban asociados con la violencia autoinformada a la edad de 18 años. Sin embargo, altos niveles de conflicto familiar a las edades de 14 y 16 años eran predictores de conductas

violentas autoinformadas por los jóvenes a la edad de 18 años. Elliott (1994) encontró que los individuos que habían estado expuestos a episodios violentos entre sus padres eran más violentos en su etapa adulta. El ser testigo de violencia del padre hacia la madre era tan perjudicial para los menores como el recibir la violencia directamente (Frías et al., 2001). Estos resultados vienen a confirmar que la exposición a niveles elevados de conflicto familiar/marital incrementa notablemente el riesgo de violencia.

Villar et al. (2003) encuentran que un alto grado de conflictividad familiar unido a un bajo nivel de comunicación o un estilo educativo permisivo se relacionaba con una mayor probabilidad de que los adolescentes se implicaran en conductas antisociales. Por el contrario, un bajo grado de conflictividad familiar y una alta comunicación entre adolescentes y padres, se presentaban como factores protectores de dichas conductas.

Thornberry (2004) ha encontrado una relación constante entre el inicio temprano de la delincuencia y la adversidad familiar. Así, los delincuentes infantiles o de inicio temprano tienen una mayor probabilidad de proceder de familias muy conflictivas y con alto grado de hostilidad entre ellos, frente aquellos que se inician en la adolescencia.

3.2.3.1.7. Actitudes parentales favorables hacia la violencia

Existen estudios que evidencian que las actitudes que tienen los padres sobre los problemas de conducta y de salud tales como, abuso de alcohol y drogas en la adolescencia, predicen las conductas de los adolescentes (Peterson, Hawkins, Abbott y Catalano, 1994). Sin embargo, este tópico ha sido muy poco investigado en relación a los efectos de las actitudes parentales en la conducta violenta de los niños. En el proyecto de desarrollo social de Seattle, cuando los niños tenían 10 años, se les preguntaba a los padres una única pregunta acerca del grado en el que ellos aprobaban la conducta violenta en los niños. Los hijos de los padres que eran mas tolerantes en cuanto a la conducta violenta, tenían una mayor probabilidad de informar comportamientos violentos a los 18 años (Maguin et al., 1995). Resultados similares fueron encontrados por Herrenkohl et al. (2001). Sin embargo, se necesita más investigación sobre la relación entre las actitudes parentales acerca de la violencia y la violencia manifestada en la adolescencia.

3.2.3.1.8. Eventos familiares estresantes

Los sucesos estresantes familiares han sido relacionados con un amplio rango de trastornos psiquiátricos y psicopatológicos. La influencia de los sucesos familiares estresantes sobre el comportamiento violento de los hijos fue explorada por Elliot (1994) en adolescentes con edades comprendidas entre los 11 y los 17 años. Utilizó una escala de 15 ítems para evaluar los estresores familiares que incluía desde enfermedades graves, como desempleo, separación y divorcio hasta accidentes graves. Elliott encontró que no existía una relación entre el número de estresores familiares y la violencia infantil posterior. Los hallazgos de Elliot, confirmaron algunos estudios previos en los que factores como la pérdida de un progenitor condicionaban mínimamente el desarrollo de conductas antisociales (Rutter, 1971; Rutter y Giller, 1983).

Sin embargo, hay algún hallazgo que puede ayudar a comprender el papel de un estresor en el origen y/o mantenimiento de las conductas antisociales. Se ha encontrado que muchos niños de padres en proceso de divorcio muestran un alto nivel de perturbación

comportamental antes de que el divorcio tenga lugar pero no después (Block, Block y Gjerde, 1986). En este sentido, estudios como el de Conger et al. (1994) vienen a confirmar estos resultados hallando un aumento de las conductas antisociales “durante” y no “después” de un evento estresante. Así, la relación entre la presión económica y la conducta antisocial sería indirecta y estaría mediatizada por factores como la depresión de algún progenitor, el conflicto matrimonial y la hostilidad de los progenitores.

También se ha sugerido que los cambios de residencia pueden ser un factor de estrés predictor del comportamiento violento. Sin embargo, se ha evidenciado que podrían estar relacionados con otros factores tales como la pobreza o inestabilidad familiar que inhibirían al niño a desarrollar lazos con el colegio y vecindad y, contribuir esto, a aumentar el riesgo de violencia. Existe muy poca investigación en relación a este tema. En los datos de Seattle, Maguin et al. (1995) encontraron que el número de cambios de residencia vividos en el año anterior por los niños de 16 años, predecía las conductas violentas autoinformadas a la edad de 18, no siendo predictores significativos los cambios de residencia vividos a los 14 años. Estos hallazgos podrían indicar que estos cambios tienen un efecto a corto plazo en la conducta interrumpiendo los lazos afectivos con el colegio o el barrio y que estos efectos disminuyen con el tiempo al formarse nuevos vínculos en el nuevo ambiente. Se necesita más investigación para determinar la contribución que tiene el cambio de residencia en el comportamiento violento.

Por último, Robertson (2003) encuentra que aquellos sujetos que estuvieron sometidos a estrés durante la etapa escolar, presentaban mayor prevalencia de delincuencia, depresión o consumo de alcohol, siendo ésta última menos frecuente. Asimismo, la influencia negativa de los pares sería la variable que mediaría entre el estrés y la comisión de delitos, mientras una baja autoestima mediaría hacia la depresión. El estudio de Shek y Tang (2003) confirma de nuevo que altos niveles de estrés percibido por los adolescentes estaría asociado con mayores signos de violencia futura.

3.2.3.1.9. Separación de los padres y de las relaciones paterno-filiales

La evidencia de que los delincuentes juveniles proceden en general de hogares desintegrados ha sido mostrada por multitud de estudios (Borduin et al., 1986; Farrington, 1989; Rutter y Giller, 1983; Wells y Rankin, 1991). Sin embargo, no está nada claro que ese tipo de familias faciliten en todos los casos un mayor riesgo de conductas antisociales (Loeber y Dishion, 1983).

La ruptura de la relación entre padres-hijos está relacionada con el comportamiento violento de los hijos, aunque como ha sido comentado anteriormente, parece que la relación con la violencia se establece precisamente durante el evento estresante, no siendo un factor determinante en el futuro de dicho comportamiento (Block et al., 1986). No obstante, Farrington (1989a) encontró que la separación de padres-hijos antes de los 10 años predecía la violencia autoinformada en la adolescencia y en la etapa adulta así como los arrestos por delitos violentos, confirmando así, los resultados obtenidos en el estudio nacional británico anterior (Wadsworth, 1979), que mostraban que las familias “rotas” antes de los 10 años, eran predictoras de arrestos por delitos violentos antes de los 21 años. De forma similar, en el estudio de Dunedin, las familias monoparentales a la edad de 13 años predecían arrestos por violencia a la edad de 18 años (Henry et al., 1996).

En esta línea, Pffiffer et al. (2001) examinaron las características de familias con conductas antisociales. La conclusión más relevante de este estudio fue que en aquellas familias en las que el padre biológico estaba en casa, había una menor sintomatología vinculada con conductas antisociales en el padre, madre e hijos y un estatus socioeconómico más elevado. Por el contrario, aquellas familias que registraban una ausencia del padre, tenían mayor probabilidad de aparición de conductas antisociales, así como un estatus socioeconómico más bajo. Asimismo, en un estudio sobre la estabilidad del comportamiento antisocial, se encontró que el pertenecer a una familia monoparental estaba asociado a un incremento del comportamiento antisocial (Pevalin, Wade y Brannigan, 2003).

Gordon (2003) encuentra que la separación y divorcio de los padres junto con el hecho de que los padres se volvieran a casar después, fueron factores significativos a largo plazo de un aumento de problemas comportamentales y psicológicas en los hijos, encontrando diferencias en cuanto al género. Así, las mujeres presentaban más depresión y los varones más problemas de conducta. Sin embargo, resalta que dicha influencia estaría mediada por distintos factores tales como el apoyo social percibido y la cohesión familiar.

De la misma forma, Del Barrio (2004b) señala que los hogares monoparentales son la estructura familiar que mayor relación guarda con la agresión, ya que la mayor parte de las veces esta situación se produce por abandono o por divorcio de los padres, quedando el hogar a cargo de la mujer. En líneas generales, se supone que el divorcio, el abandono o viudedad no producen directamente efectos negativos en los niños, pero sí lo hacen las circunstancias que suelen acompañarlos: malas relaciones entre los padres, deterioro de la situación económica, falta de tiempo para una adecuada supervisión y sobrecarga laboral, siendo en estos casos donde aparecen la indisciplina, los problemas de conducta y el bajo rendimiento escolar.

En un seguimiento realizado del estudio de Woodlawn, McCord y Ensminger (1995) investigaron la relación entre el abandono temprano del hogar de los niños y su posterior violencia. Los investigadores, utilizando datos retrospectivos, determinaron si los participantes del estudio abandonaron inicialmente sus casas antes o después de los 16 años y encontraron que el abandono temprano del hogar estaba asociado con mayores niveles de violencia posterior, tanto en mujeres como varones.

Así, vemos como la separación padre-hijos se puede producir por múltiples causas, siendo éstas las que predicen un comportamiento violento posterior de los jóvenes y sugiriendo, además, la importancia que cobran los estudios multivariados sobre la relación entre la familia y otros constructos en la predicción de la violencia.

3.2.3.1.10. Padres adolescentes

La conducta antisocial se ha visto asociada también con la maternidad adolescente y con aquellas relaciones con hombres antisociales, viéndose seguidas estas conductas de un alto índice de ruptura de la relación de cohabitación, de dificultades de crianza y de un mayor índice de interrupción de la misma (Quinton y Rutter, 1988; Quinton, Pickles, Maughan y Rutter, 1993).

Conseur, Rivara, Barnoski y Emanuel (1997), encontraron que ser hijo de madre soltera, está asociado a más del doble de riesgo de llegar a ser un infractor crónico; mientras

que el haber nacido de una madre menor de 18 años, está asociado a un aumento de más del triple en el riesgo de llegar a ser un infractor crónico. El grupo más alto de riesgo se concentra precisamente en aquellos varones nacidos de madres que tienen menos de 18 años cuando se produjo el nacimiento, siendo su riesgo de acabar siendo un infractor crónico, once veces mayor que el del grupo de más bajo riesgo. Otros estudios obtienen resultados muy comparables (Kolvin et al., 1990; Loeber y Farrington, 2000; Maynard, 1997; Moffitt y Caspi, 1997).

Finalmente, Rutter et al., (2000) señalan que dado que todos los estudios dejan de ver que el ser padre o madre en la adolescencia va asociado a otros factores de riesgo, entre ellos, dificultades de crianza, acortamiento de la educación, pobreza, falta de apoyo de una pareja, es probable que gran parte del riesgo que afecta al niño se deba al efecto de estos factores más que a la edad de los padres en sí misma.

3.2.3.1.11. El tamaño de la familia

El tamaño de la familia, como el número de hermanos o la presencia de ambos padres en el hogar, se ha relacionado con un aumento de la probabilidad de ejercer conductas antisociales. Sin embargo, con el tiempo se ha visto que el poder predictivo de estas variables depende o está en función de otras relativas al funcionamiento del hogar, como las prácticas de crianza o la calidad de las relaciones. Es decir, un mayor número de hijos conllevará un menor grado de supervisión, lo cual incidirá sobre la conducta problema, al igual que un hogar roto donde falta uno de los padres conlleva mayores conflictos (Pevalin et al., 2003). Por lo tanto, lo importante no es la cantidad de personas presentes en el núcleo familiar sino la calidad de las relaciones (Luengo et al., 2002).

Al respecto, Offord (1982) postuló que el riesgo se origina, no en las pautas de crianza sino en la influencia de hermanos o hermanas delincuentes, a través de algún tipo de efecto de “contagio”. Estos datos son concordantes con diversos estudios en los que se aprecia que el riesgo de delincuencia está en función del número de hermanos y hermanas delincuentes (Farrington et al., 1996b; Rowe y Farrington, 1997).

Sin embargo, Rowe y Farrington (1997) ofrecen una visión alternativa, postulando que el mecanismo explicativo reside en una tendencia de los individuos antisociales a tener familias grandes, estando el riesgo, en parte, genéticamente mediado. Parece que existe una asociación más directa con la delincuencia familiar que con el tamaño de la familia, por lo que podría considerarse más correcto el papel de la familia numerosa como un factor asociado casualmente al riesgo de conducta antisocial.

Tabla 3.5. Resumen de factores de riesgo familiares

FACTORES DE RIESGO	ESTUDIOS	HALLAZGOS EMPÍRICOS
1. Criminalidad de los padres	McCord, 1982	Habría una relación positiva entre los comportamientos desviados paternos, medidos por la presencia de conductas como alcoholismo del padre o el haber estado convicto por embriaguez y/o un crimen grave, y las conductas violentas registradas de sus hijos
	Farrington, 1989a	Existe relación entre el arresto parental antes del décimo cumpleaños de sus hijos y el aumento de los crímenes violentos registrados oficialmente y autoinformados por parte de los jóvenes en la adolescencia
2. Maltrato infantil	Widom, 1989	Los sujetos que habían sufrido abusos sexuales por parte de sus padres tenían una tendencia ligeramente mayor a cometer delitos violentos. Los que habían sufrido abusos físicos tenían una tendencia aumentada a haber sido arrestados por violencia. Finalmente, los que habían sufrido negligencias eran los más proclives a cometer delitos violentos en la adolescencia
	Kessler et al., 1997	Los malos tratos o desatención son un factor de riesgo de conducta antisocial, siendo así sobre todo, cuando la conducta antisocial forma parte de un trastorno de personalidad más general
	Gregg y Siegel, 2001; Pincus, 2001; De Bellis et al., 2002; Wilmers et al., 2002; Teicher, 2002, 2003, 2004.	El maltrato infantil como un factor de riesgo en el posterior desarrollo de las conductas antisociales.
	Egeland, Yates, Appleyard y Van Dulmen, 2002	El maltrato físico en la infancia, la negligencia emocional y la enajenación, predecía problemas de comportamiento en los primeros años de escuela y conllevaría a una conducta antisocial en la adolescencia.
	Serbin y Karp, 2004	Existiría una trasferencia intergeneracional en la cual los niños agredidos presentarían secuelas que incluirían fracaso escolar, mayores conductas de riesgo, embarazos adolescentes y pobreza familiar; estilos que estarían mas relacionados con conductas agresivas y crueles hacia los demás, incluidos sus propios hijos.
	Herrenkohl, Herrenkohl y Egolf, 2003	El haber sufrido maltrato en la infancia, era un factor de riesgo para el desarrollo posterior de conductas antisociales, aumentando dicho riesgo si se daba conjuntamente con inestabilidad familiar.
	Wilmers et al. 2002	Existen correlaciones entre la victimización por violencia física parental sufrida por los jóvenes y la violencia activa autoinformada.
	Teicher, 2004	Existen deficiencias neurológicas relacionadas con el maltrato infantil, como anomalías en el EEG, disfunción en el sistema límbico, deficiencias en la interconexión entre hemisferios o reducción del volumen del hipocampo y la amígdala, que pueden llevar a la aparición de conductas violentas o problemas psiquiátricos en la edad adulta.

3. Pautas educativas inadecuadas	Patterson, 1982; Patterson et al., 1984; Capaldi y Patterson, 1996	El fracaso de los padres para crear expectativas claras en el comportamiento de los hijos, la pobre monitorización y supervisión, así como la disciplina severa e inconsistente, predicen la posterior delincuencia y abuso de sustancias
	Farrington, 1989a	Los niños con mala pauta de crianza, estilo parental autoritario, pobre supervisión, actitud parental cruel / pasiva / negligente y un desacuerdo de los progenitores acerca de la pauta de crianza, son predictores de violencia posterior medida a través de auto-informes o el registro de crímenes violentos
	Wells y Rankin, 1991	Los jóvenes cuyos padres habían sido estrictos tienen mayor probabilidad de ejercer dichas conductas, exhibiendo mayores conductas violentas
	Xie, Cairns y Cairns, 2001	La calidad de las relaciones de crianza correlaciona negativamente con la agresión y positivamente con un buen nivel de adaptación de los hijos, popularidad, competencia académica y calidad del grupo de amigos.
	Roa y Del Barrio, 2002; Del Barrio 2004.	Un estilo de crianza paterno “autorizado”, que da apoyo, controla la conducta de sus hijos y es flexible en las normas, produce efectos beneficiosos sobre la conducta agresiva de sus hijos. Así, entre todas las posibles combinaciones, aquella que une la falta de afecto y la ausencia de normas es la que produce consecuencias más desastrosas en el proceso de socialización.
	Ardelt y Day, 2002	La consistencia de las prácticas educativas parentales así como una buena supervisión adulta, estarían asociados negativamente con la conducta antisocial en adolescentes.
	Shek y Tang, 2003	Un buen funcionamiento familiar asociado a estilos parentales positivos, así como a un apoyo interpersonal dentro de la familia estaría asociado con menos niveles de conducta antisocial en la adolescencia.
	Serbin y Karp, 2004	Un estilo parental constructivo caracterizado por calidez emocional y prácticas disciplinarias consistentes, actuaría como un factor protector de la conducta antisocial.
	Compton, Snyder, Schrepferman, Bank y Shortt, 2003	Un estilo parental coercitivo utilizado durante la niñez y adolescencia aumentaba el riesgo de conducta antisocial para ambos sexos así como el riesgo de depresión en el caso de las niñas.
4. Interacción padres-hijos	Molinuevo, Pardo, Andion y Torrubia, 2004	Una escasa monitorización y supervisión por parte de los padres evaluada de forma retrospectiva, se mostró relacionada con la presencia de conducta antisocial autoinformada en tres muestras diferentes: delincuentes juveniles y estudiantes y niños.
	Hanson et al., 1984; Mirón et al., 1988; Frías et al., 2001	Los vínculos afectivos débiles entre el hijo y los padres predicen el desarrollo de comportamientos antisociales
	Loeber y Dishion, 1983	Una relación con los padres cálida y afectuosa predice un índice de delincuencia juvenil baja
	Farrington, 1993	Pese a que el apego familiar y la interacción padres-hijos son considerados factores protectores, no se ha determinado consistentemente cómo ejercen este efecto
	Catalano y Hawkins, 1996	Las pautas educativas erróneas se relacionan con un aumento del riesgo de cometer crímenes por los hijos. Sin embargo, el fuerte apego familiar y la interacción padres-hijos son factores protectores frente al desarrollo de conducta delictiva
	Crosnoe et al., 2002	El tener relaciones positivas con los padres y profesores, así como el establecer compromisos, actúa de factor protector a la hora de mostrar problemas comportamentales
	Laird, Pettit, Dodge y Bates, 2003	Los padres que informan mantener una buena relación con sus hijos y pasan mucho tiempo juntos, se asocia con menos comportamientos antisociales, encontrándose también estos resultados a la inversa.

5. Apego familiar	Hirschi, 1969	El apego a la familia inhibe el crimen y la delincuencia
	Elliot, 1994	No hay relación significativa entre la falta de apego familiar y la violencia.
	Simons et al., 2001	El apego está mediando en el desarrollo de características tales como la cognición social y la autoestima, al tiempo que también lo hace con la agresión. De esta forma, los adolescentes con bajo apego tienen también bajos niveles de cognición social, autoestima y alta conducta agresiva.
	Wernet y Silbereisen, 2003	La cohesión familiar se asociaba con comportamientos antisociales sólo en el caso de las chicas y no para los chicos, lo que podría explicar como las chicas tienen una mayor sensibilidad a los estresores familiares y al rol parental en el desarrollo comportamental.
	Thornberry, 2004	Los niños o adolescentes que inician sus primeras conductas antisociales en edades tempranas se caracterizan por mostrar un débil vínculo de apego entre padres e hijos, frente aquellos que se inician en la adolescencia.
6. Conflictos maritales	Rutter y Giller, 1983; Borduin et al., 1986; Farrington, 1989a; Wells y Rankin, 1991	La inexistencia de una adecuada relación entre el padre y la madre se relaciona con la manifestación de actividades antisociales por parte de los hijos
	Elliot, 1994	Los individuos que han sido expuestos a episodios violentos entre sus padres son más violentos en su etapa adulta
	Maguin et al., 1995	Los conflictos familiares vividos a la edad de 10 años, no estaban asociados con la violencia autoinformada a la edad de 18 años. Sin embargo, altos niveles de conflicto familiar a las edades de 14 y 16 años eran predictores de conductas violentas autoinformadas por los jóvenes a la edad de 18 años.
	Frias et al., 2001	El ser testigo de violencia del padre hacia la madre era tan perjudicial para los menores como el recibir la violencia directamente. Estos resultados vienen a confirmar que la exposición a niveles elevados de conflicto familiar/marital incrementa notablemente el riesgo de violencia.
	Villar et al., 2003	Un alto grado de conflictividad familiar unido a un bajo nivel de comunicación o un estilo educativo permisivo se relacionaba con una mayor probabilidad de que los adolescentes se implicaran en conductas antisociales. Por el contrario, un bajo grado de conflictividad familiar y una alta comunicación entre adolescentes y padres, se presentaban como factores protectores de dichas conductas.
7. Actitud parental favorable hacia la violencia	Peterson et al, 1994.	Las actitudes que tienen los padres sobre los problemas de conducta y de salud tales como, abuso de alcohol y drogas en la adolescencia, predicen las conductas de los adolescentes
	Maguin et al., 1995; Herrenkohl et al., 2001.	Cuando los niños tenían 10 años, se les preguntaba a los padres una única pregunta acerca del grado en el que ellos aprobaban la conducta violenta en los niños. Los hijos de los padres que eran mas tolerantes en cuanto a la conducta violenta, tenían una mayor probabilidad de informar comportamientos violentos a los 18 años
8. Eventos familiares estresantes	Rutter, 1971; Rutter y Giller, 1983; Elliot, 1994	Los sucesos vitales estresantes tienen una influencia mínima en el desarrollo de conductas antisociales
	Block et al., 1986; Conger et al., 1994	El efecto de los eventos estresantes en la predicción de comportamiento antisocial es “durante” y no “después”
	Maguin et al., 1995	El numero de cambios de residencia vividos en el año anterior por los niños de 16 años, predecía las conductas violentas autoinformadas a la edad de 18, no siendo predictores significativos los cambios de residencia vividos a los 14 años. Estos hallazgos podrían indicar que estos cambios tienen un efecto a corto plazo en la conducta interrumpiendo los lazos afectivos con el colegio o el barrio y que estos efectos disminuyen con el tiempo al formarse nuevos vínculos en el nuevo ambiente.
	Robertson 2003; Shek y Tang, 2003.	Aquellos sujetos que estuvieron sometidos a estrés durante la etapa escolar, presentaban mayor prevalencia de delincuencia, depresión o consumo de alcohol, siendo ésta última menos frecuente. Asimismo, la influencia negativa de los pares sería la variable que mediaría entre el estrés y la comisión de delitos, mientras una baja autoestima mediaría hacia la depresión. El estudio de confirma de nuevo que altos niveles de estrés percibido por los adolescentes estaría asociado con mayores signos de violencia futura.

9. Separación de los padres	Rutter y Giller, 1983; Borduin et al., 1986; Farrington, 1989; Wells y Rankin, 1991	En líneas generales, los delincuentes juveniles provienen de hogares desintegrados.
	Loeber y Dishion, 1982	El provenir de un hogar desintegrado no va a determinar unívocamente la aparición de conductas delictivas.
	Block et al., 1986	La relación entre la ruptura matrimonial y el aumento de la manifestación de comportamientos violentos es durante dicho acontecimiento y no después.
	Farrington, 1989	La separación padres-hijos antes de los 10 años predecía violencia auto-informada en chicos londinenses en la adolescencia y etapa adulta, así como en las estadísticas oficiales por crímenes violentos.
	Gove y Crutchfield, 1982; Cerbkwich y Giordano, 1987; Laub y Sampson, 1988	La desintegración del hogar no predice de forma significativa la aparición de conductas antisociales.
	Mirón, 1990	En la predicción de las conductas antisociales s más importante la calidad de las relaciones que la presencia o ausencia de uno de los padres.
	Henry et al., 1996	Las familias monoparentales a la edad de 13 años predecían arrestos por violencia a la edad de 18 años.
	Pfiffner et al., 2001	Las familias con el padre biológico en casa muestran una menor sintomatología vinculada a conductas antisociales en el padre, madre e hijos. Asimismo, el estatus socioeconómico solía ser más elevado. Estas relaciones se invertían en el caso que el padre estuviese ausente.
	Pevalin, Wade y Brannigan, 2003	El pertenecer a una familia monoparental estaba asociado a un incremento del comportamiento antisocial.
	Gordon, 2003	La separación y divorcio de los padres junto con el hecho de que los padres se volvieran a casar después, fueron factores significativos a largo plazo de un aumento de problemas comportamentales y psicológicas en los hijos, encontrando diferencias en cuanto al género. Así, las mujeres presentaban más depresión y los varones más problemas de conducta. Sin embargo, resalta que dicha influencia estaría mediada por distintos factores tales como el apoyo social percibido y la cohesión familiar.
	Del Barrio, 2004b	Los hogares monoparentales son la estructura familiar que mayor relación guarda con la agresión, ya que la mayor parte de las veces esta situación se produce por abandono o por divorcio de los padres, quedando el hogar a cargo de la mujer.
10. Padres adolescentes	Quinton y Rutter, 1988; Quinton et al., 1993	La conducta antisocial de muchas jóvenes se asocia con la maternidad adolescente y con relaciones compulsivas con hombres antisociales. Además, hay un alto índice de ruptura de la relación de cohabitación junto con dificultades de crianza y un mayor índice de interrupción de la misma
	Rutter et al., 1990	El patrón de relación entre conducta antisocial y paternidad adolescente, así como las consecuencias derivadas de la misma, es menos consistente en los varones
	Conseur et al., 1997; Kolvin et al., 1990; Maynard, 1997; Moffitt y Caspi, 1997; Loeber y Farrington, 2000	El ser hijo de madres soltera está relacionado con el doble de riesgo de llegar a ser un infractor crónico. El haber nacido de una madre menor de 18 años se asocia a un aumento de más del triple en el riesgo de llegar a ser un infractor crónico. El mayor riesgo se da cuando se ha nacido de una madre que era menor de 18 años, llegando el riesgo a once veces mayor con respecto al grupo de más bajo riesgo
11. El gran tamaño de la familia	Offord, 1982	El formar parte de familias numerosas es un factor de riesgo debido a la influencia por efecto de contagio” de los hermanos o hermanas delincuentes
	Farrington et al., 1996; Rowe y Farrington, 1997	El riesgo de delincuencia está modulado por el número de hermanos y hermanas delincuentes. Los resultados se atribuyen a factores genéticos
	Pevalin, Wade y Brannigan, 2003	Un mayor número de hijos conllevará un menor grado de supervisión, lo cual incidirá sobre la conducta problema, al igual que un hogar roto donde falta uno de los padres conlleva mayores conflictos

3.2.3.2. Factores escolares

El colegio es otro órgano de socialización prioritario, entre cuyas funciones no sólo se encuentra la formación para un funcionamiento socialmente adaptado sino que facilita las primeras interacciones con los iguales y figuras de autoridad distintas a las familiares y la consecución de sus primeros logros socialmente reconocidos.

El rendimiento académico, el bajo interés en la educación y la baja calidad de la escuela son indicadores de diferentes constructos relacionados con la escolarización. Se han postulado diversos mecanismos a través de los cuales los factores escolares influyen en el comportamiento antisocial y violento (véase resumen Tabla 3.6.).

En líneas generales, los factores escolares se han mostrado consistentemente más protectores que los factores familiares. Así, Crosnoe et al. (2002) encontraron que al apego hacia los profesores, los logros académicos, la orientación hacia la escuela, la supervisión de los padres, el vínculo con los padres y la organización familiar, son factores de protección frente al desarrollo de conductas violentas.

3.2.3.2.1. Fracaso académico

Farrington (1989a) encontró que bajos niveles de rendimiento académico durante la enseñanza primaria predecían futuros arrestos por violencia. El 20% de aquellos niños cuyos profesores informaban de un bajo nivel de rendimiento en la enseñanza primaria a la edad de 11 años, fueron arrestados por delitos violentos en la etapa adulta, frente a un 10% del resto de la muestra con rendimiento normal. Asimismo, el mantener bajos niveles de rendimiento en la etapa de educación secundaria, casi duplicaba la probabilidad de arrestos por violencia en la vida adulta.

Denno (1990) encontró que los logros académicos a la edad de 7 años y entre los 13 y 14 años, estaban inversamente relacionados con la emisión de delitos violentos tanto en varones como en mujeres. En contraste con los hallazgos encontrados para otras variables o factores de riesgo, la relación entre el rendimiento académico y la violencia posterior era más fuerte para las mujeres que para los varones.

Maguin et al. (1995) encontraron que los informes de los padres sobre un bajo rendimiento de sus hijos a la edad de 10, 14 y 16 años, predecían la violencia autoinformada por estos chicos a la edad de 18 años. El fracaso académico desde los primeros niveles era predictor de un incremento en el riesgo de llevar a cabo comportamientos violentos posteriores. Resultados semejantes fueron obtenidos por Maguin y Loeber (1996) quienes encontraron una relación significativa entre un pobre rendimiento académico y el comienzo o mayor prevalencia de la delincuencia, así como con la escalada en la frecuencia y gravedad de los actos antisociales.

A pesar de que el fracaso escolar es un factor de riesgo importante de la conducta antisocial, no es determinante. Sin embargo, ha de tenerse muy en cuenta en los niños y jóvenes que acumulan otros factores de riesgo, especialmente los referidos a problemas familiares, niveles bajos de desarrollo y consumo de drogas (Del Barrio, 2004a). Así, la peligrosidad del bajo rendimiento escolar tiene que ver con la percepción de futuro y con la pertenencia a un grupo, por lo que los sujetos con bajo rendimiento tienen problemas para

integrarse dentro de las normas sociales y junto con las bajas aspiraciones que presentan, la posibilidad de que aparezca el comportamiento agresivo o violento se incrementa.

No obstante, pese a la relación encontrada entre el fracaso académico y el riesgo de emitir conductas antisociales, no queda claro si el riesgo principal se deriva de las bajas capacidades cognitivas (bajo CI) o del propio fracaso escolar (Rutter et al., 2000). En cualquier caso, el fracaso académico es considerado como un factor de riesgo en numerosos estudios (Carrasco y del Barrio, 2002, 2003; Del Barrio, 2004a; Díaz-Aguado, 2004; Loeber y Farrington, 1999) y, el logro académico actuaría como claro factor de protección (Bandura, Barbarelli, Caprara y Pastorelli, 2001; Crosnoe et al., 2002).

3.2.3.2.2. Apego o vinculación escolar

La escuela presenta abundantes elementos positivos como institución social y pedagógica: a) los buenos modelos de comportamiento del profesorado; b) las expectativas de los alumnos adecuadamente altas con una respuesta eficaz; c) una enseñanza interesante y bien organizada; d) un buen uso de las tareas para casa y un seguimiento del progreso; e) unas buenas ocasiones de que los alumnos asuman responsabilidad y, f) una atmósfera ordenada y un estilo de liderazgo que proporcione dirección pero sea receptivo a las ideas de los demás y promueva una elevada moral en el personal y en los alumnos (Rutter et al., 1997). Es indudable que la presencia de estos factores incrementa el apego y el vínculo del joven con la escuela, reduciendo la posibilidad de aparición de conductas antisociales. Asimismo, las relaciones de apoyo mutuo entre el hogar y el colegio también son importantes.

Desde las teorías del control social (Hirschi, 1969) se ha enfatizado la importancia del apego o del compromiso hacia la escolarización y el colegio como importantes factores protectores contra el delito (Catalano y Hawkins, 1996). Los sujetos que presentan conductas problemáticas tienden a mostrar un cierto desapego emocional respecto al entorno escolar, actitudes más negativas hacia él y expectativas negativas respecto a su éxito académico a la vez que perciben la educación académica como poco útil o relevante (Marcos y Bahr, 1995; Swaim, 1991).

La evidencia disponible generalmente apoya la hipótesis de que un bajo nivel de vinculación con el colegio predice comportamientos violentos, aún cuando, de alguna manera, estos resultados puedan variar según qué indicadores de compromiso escolar se hayan utilizado (Loeber y Farrington, 1999).

En un análisis de una submuestra de afroamericanos y euroamericanos obtenida del proyecto de Desarrollo Social de Seattle, Williams (1994) encontró que el vínculo con el colegio está más fuertemente relacionado con la reducción de la violencia entre los afroamericanos varones y menos relacionado con la violencia entre los euroamericanos mujeres.

Maguin et al. (1995) investigaron a partir de los datos del estudio de Seattle, la relación entre el bajo compromiso con el colegio a los 10, 14 y 16 años y el comportamiento violento de forma autoinformada a la edad de 18 años. Un bajo nivel de compromiso hacia el colegio a la edad de 10 años no predecía violencia posterior pero a los 14 y 16 años, si lo predecía. De forma similar, bajas aspiraciones educacionales a la edad de 10 años no predecía violencia posterior, sin embargo, bajas aspiraciones educacionales a los 14 y 16 años, si

predecían comportamientos violentos a los 18 años; aunque con menos fuerza que el bajo compromiso hacia el colegio. En contraste, Elliott (1994) en el estudio juvenil nacional, informó que el vínculo escolar no era un predictor significativo de delitos violentos serios. De la misma forma, Mitchell y Rosa (1979) encontraron que no existía una asociación entre lo que informaban los padres sobre el nivel de agrado que sentían sus hijos por el colegio y los delitos contra las personas registrados oficialmente durante los 20 y 30 años.

Sin embargo, en la actualidad, Crosnoe et al. (2002) encontraron que aquellos adolescentes con un mayor vínculo hacia la escuela tenían menos posibilidades de verse inmiscuidos en situaciones problemáticas. Para esos alumnos, los costes percibidos por ejercer un comportamiento no aceptable eran suficientes para disuadirlos de realizar conductas antisociales. De la misma forma, Thornberry (2004) encuentra en delincuentes de inicio temprano un menor apego por los maestros y el centro escolar, en comparación con el grupo de inicio en la adolescencia y, en especial, con los no delincuentes.

3.2.3.2.3. Absentismo y abandono escolar

Hacer novillos y abandonar el colegio, podrían ser indicadores conductuales que ponen de manifiesto un bajo nivel de compromiso con la escolarización, pero también podrían haber otras razones por las que los niños faltan al colegio o lo abandonan de forma temprana (Janosz, Le Blanc, Boulerice y Tremblay, 1996).

Farrington (1989a) mostró cómo aquellos jóvenes con mayor índice de faltas a clase entre los 12 y los 14 años y aquellos que abandonaron el colegio antes de los 15 años, eran más propensos a desarrollar conductas violentas en la adolescencia y la etapa adulta. Los hallazgos de Farrington constituyen uno de los numerosos estudios que han mostrado como faltar a clase o *hacer novillos* constituye un factor de riesgo sustancial para la delincuencia. Ahora bien, podría considerarse que la falta de asistencia a clase es un factor de riesgo que contribuye a facilitar el paso a la delincuencia, en tanto en cuanto proporciona oportunidades adicionales para la conducta desviada (Farrington, 1995; Robins y Robertson, 1996).

Thornberry (2004) encuentra en delincuentes de inicio temprano un menor compromiso con los estudios y con la asistencia al colegio, en comparación con el grupo de inicio en la adolescencia y, en especial, con los no delincuentes.

3.2.3.2.4. Elevada delincuencia y vandalismo en la escuela

Con respecto a la delincuencia en la etapa escolar, Farrington (1989a) encontró que los chicos que tenían altos índices de delincuencia a la edad de 11 años informaban levemente, aunque significativamente, más comportamiento violento que otros jóvenes al llegar a la adolescencia y la etapa adulta.

El vandalismo escolar se puede manifestar en agresiones físicas por parte de los alumnos contra profesores o contra sus compañeros, violencia contra objetos y cosas de la escuela, amenazas, insultos, intimidación, aislamiento o acoso entre los propios escolares. Este último fenómeno ha venido a llamarse *bullying* (Lawrence, 1998; Schneider, 1993). El *bullying* es una forma de violencia entre niños que suele ocurrir en el colegio y en sus alrededores. Bajo este término se engloban tres formas de violencia: física (golpes, peleas,

escupir), verbal (insultos, menosprecios, amenazas) y psicológica (falsos rumores, intimidaciones).

Como conclusión, señalar que hay abundantes testimonios de que la conducta perturbadora, difícil o desafiante y el vandalismo en la etapa escolar son predictores de posteriores actividades antisociales y criminales (Loeber et al., 1997; Nagin y Tremblay; 1999; Raviv et al., 2001; Rutter et al., 2000; Trianes, 2004).

3.2.3.2.5. Traslados de colegio

En el estudio de Maguin et al. (1995), se les preguntó a los padres y jóvenes a los 14 y 16 años del Proyecto de Desarrollo Social de Seattle, que indicaran el número de veces en que los niños habían cambiado de colegio durante el año anterior. Los jóvenes que habían tenido más cambios de colegio eran más violentos a los 18 años frente a aquellos que no se habían cambiado. Nuevamente es importante no olvidar, que al igual que otros factores, los traslados de colegio se relacionan con otras variables que a su vez también predicen la violencia.

3.2.3.2.6. Aspiraciones o preferencias ocupacionales

Hogh y Wolf (1983) consideraron la relación entre las aspiraciones o preferencias ocupacionales y la violencia en una muestra de 7.917 varones. Se administró una prueba que evaluaba las preferencias ocupacionales de los participantes de 12 años, que consistía en valorar 51 ocupaciones de acuerdo a sus preferencias. Posteriormente, se organizaron por categorías jerarquizadas de acuerdo con el supuesto estatus profesional. Los investigadores encontraron que los participantes que mostraban preferencias por trabajos de menor estatus tenían una mayor probabilidad de estar registrados por la policía de Dinamarca por faltas violentas entre los 15 y 22 años.

Tabla 3.6. Resumen de factores de riesgo escolares

FACTORES DE RIESGO	ESTUDIOS	HALLAZGOS EMPÍRICOS
1. Fracaso académico	Farrington, 1989a; Maguin y Loeber, 1996	El pobre rendimiento académico se relaciona con el inicio y aumento en la frecuencia y en la gravedad de las conductas antisociales
	Gottfredson, 1991	Existe una relación inversa entre la habilidad intelectual y la delincuencia controlando el estatus socioeconómico
	Rutter et al., 2000	Aunque haya relación entre el fracaso académico y el riesgo de conductas antisociales, no está claro si es por las bajas capacidades cognitivas o por el fracaso escolar
	Crosnoe et al., 2002	El logro académico actuaría como factor protector de las conductas antisociales
	Del Barrio, 2004	La peligrosidad del bajo rendimiento escolar tiene que ver con la percepción de futuro y con la pertenencia a un grupo, por lo que los sujetos con bajo rendimiento tienen problemas para integrarse dentro de las normas sociales y junto con las bajas aspiraciones que presentan, la posibilidad de que aparezca el comportamiento agresivo o violento se incrementa.
	Rutter et al., 2000	Pese a la relación encontrada entre el fracaso académico y el riesgo de emitir conductas antisociales, no queda claro si el riesgo principal se deriva de las bajas capacidades cognitivas (bajo CI) o del propio fracaso escolar.
	Loeber y Farrington, 1999; Carrasco y del Barrio, 2002, 2003; Díaz-Aguado, 2004; Del Barrio, 2004.	El fracaso académico es considerado como un factor de riesgo en numerosos estudios.
	Bandura et al., 2001; Crosnoe et al., 2002	El logro académico actuaría como claro factor de protección
2. Apego escolar	Hirschi, 1969	El apego o compromiso hacia la escuela puede actuar de factor protector frente al crimen.
	Rutter et al., 1997	Hay una serie de factores que incrementan el apego y el vínculo del joven con la escuela, reduciendo la posibilidad de aparición de conductas antisociales. Estas son: buenos modelos de conducta en el profesorado, expectativas de los alumnos altas con respuestas eficaces, enseñanza interesante y bien organizada, buen uso de las tareas para casa, unas buenas ocasiones de que los alumnos asuman responsabilidad, una atmósfera ordenada y un estilo de liderazgo que proporcione dirección y promueva una elevada moral en los alumnos
	Maguin et al., 1995	Un bajo nivel de compromiso hacia el colegio a la edad de 10 años no predecía violencia posterior pero a los 14 y 16 años, si lo predecía. De forma similar, bajas aspiraciones educacionales a la edad de 10 años no predecía violencia posterior, sin embargo, baja aspiraciones educacionales a los 14 y 16 años, si predecían comportamientos violentos a los 18 años; aunque con menos fuerza que el bajo compromiso hacia el colegio.
	Catalano y Hawkins, 1996	Un bajo nivel de apego a la escuela predice un posterior comportamiento violento, y viceversa
	Loeber y Farrington, 1999	La evidencia disponible generalmente apoya la hipótesis de que un bajo nivel de vinculación con el colegio predice comportamientos violentos, aún cuando, de alguna manera, estos resultados puedan variar según qué indicadores de compromiso escolar se hayan utilizado.
	Crosnoe et al., 2002	Los adolescentes con mayor vínculo hacia la escuela tienen menos posibilidades de ejercer conductas problemáticas debido a los constes percibidos por ejercer dichos comportamientos
	Thornberry, 2004	Los delincuentes de inicio temprano presentan un menor apego por los maestros y el centro escolar, en comparación con el grupo de inicio en la adolescencia y, en especial, con los no delincuentes.

3. “Hacer novillos”	Farrington, 1989a	Los jóvenes con mayor índice de absentismo escolar entre los 12 y los 14 años son más propensos a desarrollar conductas violentas en la etapa adulta, así como a estar convictos por delitos violentos
	Farrington, 1995; Robins y Robertson, 1996	La inasistencia a clase sería un factor que contribuiría a facilitar el paso a la delincuencia al proporcionar oportunidades adicionales para la mala conducta
	Thornberry, 2004	Los delinquentes de inicio temprano presentan un menor compromiso con los estudios y con la asistencia al colegio, en comparación con el grupo de inicio en la adolescencia y, en especial, con los no delinquentes.
4. Elevada delincuencia y vandalismo en la escuela	Farrington, 1989a	Los jóvenes con altos índices de delincuencia a los 11 años informaban levemente, aunque significativamente, más comportamiento violento que otros jóvenes en la adolescencia y etapa adulta
	Schneider, 1993	El vandalismo escolar consiste en agresiones físicas por parte de los alumnos contra profesores o compañeros; violencia contra objetos y cosas de la escuela; violencia entre los propios escolares.
	Lawrence, 1998	Las amenazas, insultos, intimidación, aislamiento o acoso entre los propios escolares se denomina <i>bullying</i>
	Rutter et al., 2000	La conducta perturbadora, difícil o desafiante y el vandalismo, constituyen importantes precursores de actividades antisociales y criminales posteriores
	Loeber, Keen y Zhang, 1997; Nagin y Tremblay, 1999; Rutter et al., 2000; Raviv et al., 2001; Trianes, 2004	La conducta perturbadora, difícil o desafiante y el vandalismo en la etapa escolar son predictores de posteriores actividades antisociales y criminales.
5. Traslados del colegio	Maguin et al., 1995.	Los jóvenes que habían tenido más cambios de colegio eran más violentos a los 18 años frente a aquellos que no se habían cambiado.
6. Aspiraciones o preferencias ocupacionales	Hogh y Wolf, 1983.	Los investigadores encontraron que los participantes que mostraban preferencias por trabajos de menor estatus tenían una mayor probabilidad de estar registrados por la policía de Dinamarca por faltas violentas entre los 15 y 22 años.

3.2.3.3. Relación con el grupo de iguales

En este apartado se muestra finalmente la relación existente entre la manifestación de conductas antisociales y la existencia de las mismas en grupos similares (hermanos, compañeros y pandillas). Es indudable que el tener hermanos y/o amigos implicados en estas conductas influirá en la conducta de los sujetos expuestos a las mismas (véase resumen Tabla 3. 7.).

3.2.3.3.1. Hermanos delinquentes

Como ya ha quedado expuesto anteriormente, el que los padres sean criminales es un factor de riesgo para la violencia. Además, ya ha sido comentado cómo el formar parte de una familia numerosa puede influir en la presencia de conductas antisociales (Farrington et al., 1996; Offord, 1982; Rutter y Giller, 1983).

Farrington (1989a) encontró que tener hermanos delinquentes a la edad de 10 años, predecía arrestos por violencia pero no predecía la violencia cuando ésta era autoinformada en la adolescencia y en la adultez. Un 26 % de los chicos del estudio de Cambridge que tenían hermanos delinquentes a la edad de 10 años eran arrestados por violencia frente al 10% del resto de la muestra. Farrington también encontró una asociación positiva entre la frecuencia

de los problemas conductuales de los hermanos cuando los sujetos tenían 10 años y posteriores arrestos por violencia.

Los datos del estudio de Seattle sugieren que la relación entre la delincuencia de los hermanos y la violencia de los sujetos es más fuerte cuando la medida de la delincuencia de los hermanos es más próxima a la medida de la violencia del sujeto y más cercano a la adolescencia (Maguin et al., 1995). Esto puede reflejar los cambios de las influencias que tienen los hermanos durante el proceso del desarrollo. Tal como los amigos delincuentes, los hermanos antisociales y delincuentes, aparentemente, tienen su mayor correlación con la violencia en los sujetos durante la adolescencia. Sorprendentemente, Williams (1994) encontró que la influencia que ejercen los hermanos delincuentes era más fuerte en las chicas que en los chicos.

Parece que el riesgo de delinquir puede estar determinado por el número de hermanos o hermanas delincuentes. Sin embargo, Offord (1982), mostró cómo el riesgo sólo está asociado al número de hermanos y no de hermanas.

Rowe y Farrington (1997), encuentran al respecto datos relativamente concordantes. La asociación se daba más con la delincuencia de los hermanos o hermanas mayores que de los menores y también más con la de los hermanos del mismo sexo que con los del sexo opuesto. Semejantes resultados obtiene el estudio llevado a cabo por Ardelt y Day (2002), donde el tener hermanos mayores delincuentes constituía el factor de riesgo de mayor peso del comportamiento antisocial posterior, aunque también, pero con menor peso, el tener amigos delincuentes.

3.2.3.3.2. Compañeros o amigos delincuentes

Mientras que en los años preescolares la familia es el entorno dominante y el colegio pasa a serlo en la posterior infancia y preadolescencia, en la adolescencia, los amigos constituyen la principal fuente de influencia (Catalano y Hawkins, 1996). Así, el grupo de iguales va siendo cada vez más importante a la hora de desarrollar y establecer sus actitudes y normas sociales. Esto es así, tanto en lo positivo (red de apoyo social) como en lo negativo, favoreciendo la delincuencia (Fuchs, Lamnek y Luedtke, 1996; Tillmann et al., 1999).

Ya Sutherland (1939, cit. en Luengo et al., 2002), partiendo de su teoría de la asociación diferencial decía que las conductas desviadas se adquieren en la relación con los grupos más próximos al sujeto, donde se expone a conductas y actitudes de carácter desviado, lo que dará lugar a que interiorice más “definiciones” favorables a la transgresión que “definiciones” favorables a lo convencional.

Parece que los individuos que cometen actos delictivos tienden a tener amigos delincuentes y muchas actividades consideradas antisociales se emprenden junto con otras personas (Reiss, 1988). Así, Otero et al. (1994) constatan que la desviación de los amigos suele ser uno de los factores de riesgo con mayor capacidad de determinación de la conducta antisocial del adolescente.

Ageton (1983), encontró que los adolescentes cuyos amigos no aprobaban los comportamientos delincuentes tenían menor probabilidad de informar haber cometido asaltos sexuales posteriores. Elliott (1994) informó, resultados similares en todas las formas de

violencia. El asociarse con pares que desapruaban el comportamiento delincuente podría inhibir la violencia posterior.

Dishion et al. (1995), hallaron en varones de 13 y 14 años de edad que las interacciones positivas con amigos no correlacionan con el comportamiento antisocial. Sin embargo, el tener amigos antisociales correlacionaba positivamente con una mayor probabilidad de ejercer conductas antisociales por parte de los adolescentes. La existencia de amigos antisociales proporcionaría el contexto adecuado para poder realizar conductas coercitivas. Asimismo, el aumento de la probabilidad de ejercer dichas conductas no sería tanto por la observación directa de las mismas sino por la falta de habilidades sociales. Por otra parte, Patterson et al. (1992) señalan que el tener compañeros o amigos antisociales podría estar mediado por una ausencia de supervisión parental, lo que le permitiría al joven permanecer más tiempo bajo su influencia, apareciendo así la relación con la delincuencia futura.

Moffitt (1993) resalta que los amigos delincuentes pueden contribuir en la divulgación de la violencia durante la adolescencia, pero podrían ser menos relevantes en predecir la conducta violenta persistente durante el curso de la vida en aquellos infractores que inician tempranamente su comportamiento agresivo y violento. En la misma dirección, algunos estudios al respecto indican que, aunque las influencias son operativas a todas las edades, son más intensas durante la etapa adolescente (Bartusch, Lynam, Moffitt y Silva, 1997; Thornberry y Krohn, 1997). Estudios recientes confirman estos hallazgos. Laird et al. (2001) muestran que el rechazo temprano de los compañeros influye en la precocidad de la aparición de conductas delictivas, mientras que la asociación con compañeros agresivos es más frecuente en los casos donde se da la aparición más tardía de la delincuencia. Por contra, Thornberry (2004) encuentra que los delincuentes infantiles o de inicio temprano tienden a asociarse más con iguales delincuentes que aquellos que comienzan a desviarse en la adolescencia.

Herrenkohl et al. (2001) también confirman en su estudio que el relacionarse con pares antisociales tendrían grandes y persistentes efectos sobre el comportamiento violento posterior, así como también que la relación con los pares a la edad de 14 años, sería uno de los mediadores más potentes de los factores de riesgo tempranos.

Fergusson, Swain-Campbell y Horwood (2002), recientemente ha encontrado a partir de una investigación longitudinal, que el tener amigos con comportamientos desviados estaba asociado positivamente al ejercicio por parte de sujetos de entre 14 y 21 años de crímenes violentos, crímenes contra la propiedad, abuso de alcohol, abuso de cannabis y dependencia a la nicotina. De la misma forma, Wilmers et al. (2002) encontró en su encuesta con escolares alemanes, que la mayoría de los delitos violentos cometidos autoinformados se daban en aquellos chicos que previamente habían dicho tener amigos desviados, siendo responsables del 54,3% de todos los actos delincuentes violentos informados por los alumnos en 1999. El estudio también señaló que a mayor frecuencia e intensidad de exposición a la violencia intrafamiliar y peor estatus socioeconómico, mayor tasa de menores que decían tener amigos desviados.

3.2.3.3.3. Pertenencia a bandas

Cairns, Cadwallader, Estell y Neckerman (1997) postularon tres vías fundamentales para referirse a la importancia de las bandas en la comisión de las conductas antisociales: a) representan la reunión de individuos agresivos y dominantes que tienen un papel de control de las redes sociales en las que operan; b) muchos individuos que ingresan en bandas son jóvenes desarraigados y alienados que se escapan de casa y se convierten en personas sin techo; c) algunas bandas operan como prósperos negocios que están edificados sobre el tráfico de drogas ilegales o al menos participan intensamente en él.

En relación a la diferencia que existe entre las *bandas* y los “simples” grupos de adolescentes antisociales, Klein (1995) señala que las primeras tendrían una mayor identidad y liderazgo. Thornberry (1999) concluyó al respecto que las bandas se diferenciaban de los grupos de coetáneos delincuentes en que tienen una asociación mucho más fuerte con las conductas antisociales y una mayor probabilidad de cometer delitos violentos.

Numerosos estudios con adolescentes han encontrado claras evidencias de la relación que existe entre la manifestación de comportamientos antisociales o desviados y el ser miembro de una banda. Por ejemplo, el pertenecer a una banda se ha relacionado con presentar mayor promiscuidad sexual (Bjerregaard y Smith, 1993; Le Blanc y Lanctot, 1999), mayor consumo de alcohol y drogas (Bjerregaard y Smith, 1993; Cohen, Williamns, Bekelman y Crosse, 1994; Thornberry, Krohn, Lizotte y Chard-Wierschem, 1993), mayor violencia (Friedman, Mann y Friedman, 1975; Le Blanc y Lanctot, 1999), pertenencia de un arma (Bjerregaard y Lizotte, 1995) y más delincuencia general (Curry y Spengel, 1992; Esbensen y Huizinga, 1993; Le Blanc y Lanctot, 1999).

Estudios recientes sugieren que el pertenecer a una banda contribuye a la delincuencia más allá de la mera influencia de tener pares delincuentes (Battin et al., 1997). La investigación también sugiere que está asociado con delitos más serios y violentos en la juventud (Thornberry, 1999). Como se demostró a través de los datos de Seattle, el pertenecer a una banda a los 14 y 16 años predecía comportamientos violentos a los 18 años (Maguin et al., 1995). Así, tres de los estudios longitudinales más importantes llevados a cabo con adolescentes, el de Rochester (Thornberry, 1996), el de Seattle (Hill, Howell, Hawkins y Battin, 1996) y el de Denver (Huizinga, 1997) confirmaron que los jóvenes que presentaban conductas antisociales presentaban mayor probabilidad de pertenecer o ser miembro de una banda, a la vez que participaban en más actos delictivos y violentos.

Thornberry (2004) ha encontrado que los delincuentes infantiles o de inicio temprano tienden más asociarse con iguales delincuentes y a formar parte de bandas, que los que inician su comportamiento antisocial en la adolescencia o los jóvenes no antisociales.

Tabla 3. 7. Resumen de factores de riesgo del grupo de iguales

FACTORES DE RIESGO	ESTUDIOS	HALLAZGOS EMPÍRICOS
1. Hermanos delincuentes	Offord, 1982; Rutter y Giller, 1983; Farrington et al., 1996	El formar parte de una familia numerosa podría influir en la presencia de conductas antisociales
	Farrington, 1989a	La delincuencia de los hermanos a los 10 años predice el estar convicto por violencia, pero no la violencia auto-informada en la adolescencia y etapa adulta
	Offord, 1982; Rowe y Farrington, 1997	El riesgo de mayores conductas antisociales estaba asociado al número de hermanos y no de hermanas. Además, se vincula más a los hermanos mayores y a los del mismo sexo.
	Maguin et al., 1995	La relación entre la delincuencia de los hermanos y la violencia de los sujetos es más fuerte cuando la medida de la delincuencia de los hermanos es más próxima a la medida de la violencia del sujeto y más cercano a la adolescencia.
	Ardelt y Day, 2002.	El tener hermanos mayores delincuentes constituía el factor de riesgo de mayor peso del comportamiento antisocial posterior, aunque también, pero con menor peso, el tener amigos delincuentes.
2. Compañeros delincuentes	Reiss, 1988	Los individuos que cometen actos delictivos tienden a tener amigos delincuentes emprendiendo muchas actividades antisociales junto a ellos
	Elliot, 1994	Aquellos adolescentes con compañeros desfavorables hacia las conductas delictivas tienen menos probabilidades de cometer delitos violentos
	Dishion et al., 1995	El tener amigos antisociales correlaciona positivamente con una mayor probabilidad de ejercer conductas antisociales por parte de los adolescentes, reflejando una falta de habilidades sociales. Sin embargo, las interacciones positivas con los amigos no correlacionan con el comportamiento antisocial
	Thornberry y Krohn, 1997	Las influencias de los coetáneos son más intensas durante la etapa adolescente
	Fuchs, Lamnek y Luedtke, 1996; Tillmann et al., 1999.	El grupo de iguales va siendo cada vez más importante a la hora de desarrollar y establecer sus actitudes y normas sociales. Esto es así, tanto en lo positivo (red de apoyo social) como en lo negativo, favoreciendo la delincuencia
	Fergusson et al., 2002	El tener amigos con comportamientos desviados se asocia positivamente con ejercer crímenes violentos y contra la propiedad, abuso de alcohol y de cannabis, y dependencia a la nicotina entre los 14 y los 21 años
	Laird et al., 2001	El rechazo temprano de los compañeros influye en la precocidad de la aparición de conductas delictivas, mientras que la asociación con compañeros agresivos es más frecuente en los casos donde se da la aparición más tardía de la delincuencia.
	Herrenkohl et al.; 2001	El relacionarse con pares antisociales tendrían grandes y persistentes efectos sobre el comportamiento violento posterior
	Thornberry, 2004	Los delincuentes infantiles o de inicio temprano tienden a asociarse más con iguales delincuentes que aquellos que comienzan a desviarse en la adolescencia.
3. Las bandas	Cairns et al., 1997	Las bandas representan la reunión de individuos agresivos y dominantes que tienen un papel de control de las redes sociales en las que operan., agrupando a jóvenes desarraigados que escapan de casa. Algunas operan como negocios prósperos al ampara del tráfico de drogas y la participación intensa en él
	Klein, 1995	Las bandas se diferencian de los grupos de adolescentes antisociales en que tienen una identidad y liderazgo claros
	Battin et al, 1997	El pertenecer a una banda contribuye a la delincuencia más allá de la mera influencia de tener pares delincuentes.
	Thornberry, 2003, 2004	El pertenecer a una banda está asociado con delitos más serios y violentos en la juventud.

Como conclusión y tras la revisión efectuada de los factores de riesgo y de protección relacionados con la conducta antisocial, parecen poner de relieve que dichos comportamientos sólo pueden ser entendidos desde una perspectiva multicausal, en la que van a confluír factores de riesgo de diversa índole. Además, dichos factores no son estáticos sino que están en continua interacción, afectándose mutuamente y, afianzando, realimentando y cronificando la conducta antisocial.

Segunda Parte

Investigación Empírica

METODOLOGÍA DE INVESTIGACIÓN

4.1. Planteamiento general

Como se expuso en el primer capítulo, el comportamiento antisocial presenta una considerable heterogeneidad. Dicho reconocimiento puede llevar a plantear la cuestión de si es posible o no distinguir entre diferentes tipos de conducta antisocial o por el contrario, considerarla como un único patrón de comportamiento con diferentes manifestaciones. Esto se hace evidente en la variabilidad que existe en cuanto a la presencia y persistencia de las conductas antisociales así como en la gravedad de dichos comportamientos. Por ejemplo, la mayoría de la población a lo largo de la vida, ha tomado parte al menos en una actividad antisocial, por lo que podríamos encontrar un tipo de conducta antisocial de carácter “normativo”. Sin embargo, sólo un grupo minoritario mostraría dicho comportamiento de forma persistente, pudiendo incluso ir asociado a una disfunción social y psicológica que desembocaría en una etiqueta diagnóstica, como por ejemplo, “trastorno disocial o antisocial de la personalidad”. De la misma forma, si los comportamientos llegan a infringir las normas legales, tendríamos otras consideradas como “delito”, dentro de las cuales también sería posible evidenciar dicha heterogeneidad. Por ejemplo, el robo, el vandalismo, el uso de armas o agresión sexual, son todas ellas conductas antisociales-delictivas, sin embargo varían considerablemente en cuanto a la gravedad y sus consecuencias.

A pesar de que la gran mayoría de los investigadores han puesto de manifiesto la existencia de dicha heterogeneidad, no parece haber acuerdo en cómo subdividir o clasificar dichos comportamientos. En los últimos años, se han desarrollado numerosas investigaciones basadas en validar empíricamente distintas clasificaciones en función de la presencia de claves claramente diferenciadoras, que explicarían las diferentes manifestaciones del comportamiento antisocial (Catalano y Hawkins, 1996; Jessor, 1991,1992; Moffitt et al., 2001; Thornberry, 2004).

Actualmente, existen dentro del cuerpo teórico y científico del área, dos factores clave que aparecen asociados a la conducta antisocial y determinarían su manifestación externa conformando posibles subtipos diferenciados, es el caso de la presencia o ausencia de *conductas agresivas o violentas* o la presencia o ausencia del *consumo de drogas*, que a pesar de la existencia de múltiples estudios que apoyan su asociación, no han conseguido la suficiente evidencia empírica como para especificar concretamente el tipo de relación existente entre dichos comportamientos, ni tampoco el poder explicativo y diferenciador de la conducta antisocial al respecto.

Si se hace un recorrido por los principales estudios en torno a la conducta antisocial, se puede evidenciar una marcada tendencia a asociar estos comportamientos con el consumo de drogas (Dorsey et al., 2002; Elliott et al., 1989; Swanson, 1994; Thornberry et al., 1995; White, Loeber, Stouthamer-Loeber y Padina, 2002; White, 2004). Pero la cuestión clave está en determinar los mecanismos que subyacen a esta asociación, ya que tanto la conducta antisocial como los problemas de drogas implican una serie de factores de riesgo similares, por lo que parece razonable considerar ambos comportamientos como reflejo de la misma propensión general a desarrollar una conducta socialmente desadaptada (Catalano y Hawkins, 1996; Elliott et al., 1985; Ferguson, Lynskey y Horwood, 1996; Gottfredson y Hirschi, 1990; Jessor, 1992; Jessor, Donovan y Windmer, 1980; Krug et al., 2002).

Asimismo, los datos de estudios retrospectivos sugieren que en todas las edades del transcurso de la adolescencia aparece una relación sistemática entre el número de problemas de conducta antisocial y la probabilidad de que el individuo consuma drogas en años posteriores (Dobkin, Tremblay y Sacchitelle, 1997; Hawkins, Catalano y Miller, 1992; Robins y McEvoy, 1990). Por ejemplo, la *Teoría de las Conductas Problema* sostiene al respecto que existe una predisposición de base hacia la desviación social, explicando así la correlación existente entre las distintas conductas antisociales (Jessor y Jessor, 1977; Donovan y Jessor, 1985; Donovan, Jessor y Costa, 1988; Jessor, 1992). Desde esta perspectiva, las conductas problema estarían relacionadas no porque esas conductas estén causalmente relacionadas entre sí, sino porque comparten una etiología de riesgo común.

En este sentido, el estudio longitudinal de Cohen y Brook, realizado con niños de escuela elemental del norte del estado de Nueva York (Brook, Whiteman, Finch y Cohen, 1996; Cohen y Brook, 1987), puso de manifiesto cómo la agresión infantil se asociaba a un elevado riesgo de posterior consumo de drogas y que, a su vez, el consumo adolescente iba asociado a una posterior conducta antisocial más grave y violenta, muy por encima de la estabilidad de ambas conductas. Los autores sugirieron que, además de procesos causales compartidos como los factores de riesgo personales y familiares, el uso de drogas predisponía a conductas delictivas por reducir las inhibiciones, crear una necesidad de dinero para comprar drogas, causar dificultades en las relaciones familiares, interferir en el desarrollo de las capacidades de trato social y establecer un grupo cultural de coetáneos que fomenta tanto el posterior consumo de drogas como las actividades delictivas.

De la misma forma, la elevada predisposición para manifestar conductas agresivas suele ser un aspecto más, no el único, de un patrón de comportamiento antisocial, siendo muy difícil encontrar variables que ejerzan una influencia selectiva en la aparición de conductas agresivas y no lo hagan en la de otros comportamientos antinormativos. Asimismo, la mayoría de delincuentes que muestran conductas violentas de manera persistente suelen presentar, además, una amplia abanico de conductas antisociales. Por esta razón, el estudio de la mayor parte de los delincuentes violentos debería abordarse desde el mismo marco metodológico y conceptual que el utilizado para toda la conducta antisocial. Así, se podría considerar que la conducta agresiva es sólo una, aunque muy grave, de las múltiples manifestaciones de un estilo de vida “socialmente desviado” (Torrubia, 2004).

Por tanto y teniendo presentes estas consideraciones, el estudio descriptivo de la conducta antisocial y sus diferentes manifestaciones como el consumo de drogas y la presencia de comportamientos más graves, agresivos y/o violentos, así como sus

interrelaciones y la identificación de sus principales factores de riesgo y de protección, va a ser el punto de partida de la presente investigación doctoral.

En primer lugar, se realizará un análisis descriptivo de la muestra de estudio (capítulo V), con el objetivo de reflejar las prevalencias de la conducta antisocial en función tanto de la edad como del sexo de los adolescentes, diferenciando ésta en dos de sus manifestaciones más importantes como son el consumo de drogas y la presencia de conductas graves y/o violentas típicas de la adolescencia.

En el capítulo VI, se analizará el valor predictivo de un amplio conjunto de variables o factores de tipo psicosocial para determinar el valor y peso específico de los principales factores de riesgo y de protección que, según la literatura al respecto, parecen mantener una relación significativa con el inicio de conductas antisociales en la adolescencia. Por último, en el capítulo VII, partiendo de aquellas variables que han mostrado una mayor relevancia predictiva en el estudio anterior, se determinará el valor explicativo de cada una de ellas sobre la compleja interrelación entre la conducta antisocial y el consumo de drogas.

4.2. Muestra

4.2.1. Selección de los centros escolares

Para la presente investigación doctoral se contó con la participación de un total de seis centros de enseñanza pertenecientes al Municipio de Majadahonda. Estos centros fueron los siguientes:

- Instituto de Bachillerato Carlos Bousoño.
- Instituto de Bachillerato Leonardo da Vinci.
- Instituto de Bachillerato Margarita Salas.
- Instituto de Bachillerato María de Zayas.
- Colegio Sagrado Corazón.
- Colegio San Luis Gonzaga.

Los centros escolares fueron seleccionados al azar de un total de diez que fueron propuestos inicialmente como posibles participantes por tener características similares y contar con la colaboración de los respectivos Departamentos de Orientación.

4.2.2. Selección de la muestra

Dentro de cada uno de los centros de enseñanza públicos y privados seleccionados, el muestreo se realizó por conglomerados tomando el aula como unidad muestral, hasta completar una muestra representativa de sujetos en función tanto de su curso escolar, como de su edad y sexo. Se eligió al azar las aulas participantes de cada curso de Enseñanza Secundaria Obligatoria y Bachillerato tomando en consideración la disponibilidad de los profesores y de los alumnos dependiendo del programa de la asignatura.

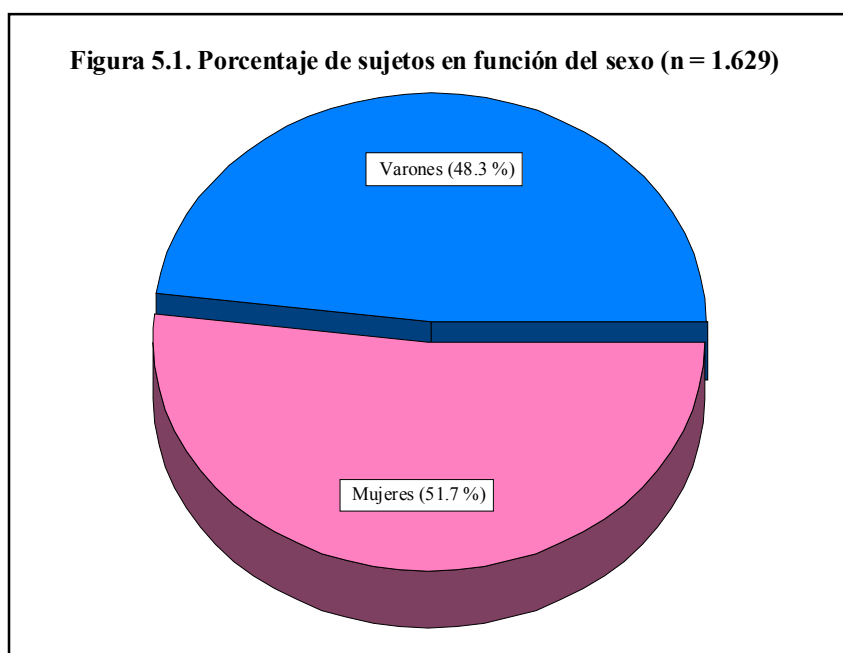
Todos los sujetos participaron de forma voluntaria en el desarrollo de la prueba y eran conocedores de que ésta formaba parte de una investigación realizada desde la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid.

Se ha de tener en cuenta que se eliminaron un total de 116 encuestas por no haber sido contestadas correctamente en cada uno de los ítems o tests diseñados al efecto, o por carecer de alguno de los datos necesarios para su codificación. Asimismo, tampoco se incluyeron las encuestas pertenecientes a los participantes que sobrepasaron el punto de corte en cuanto al rango de edad de los 14 a los 17 años. De esta forma, se obtuvo una muestra final de 1.629 sujetos (786 hombres y 843 mujeres), con edades comprendidas entre los 14 y los 17 años de edad. La edad media de toda la muestra fue de 15,6; siendo la desv. típ. de 1,05. Por sexos, tanto la edad media de los varones como de las mujeres fue de 15,6; siendo la desv. típ. de 1,03 para los hombres, y de 1,07 para las mujeres.

4.2.3. Características sociodemográficas de la muestra

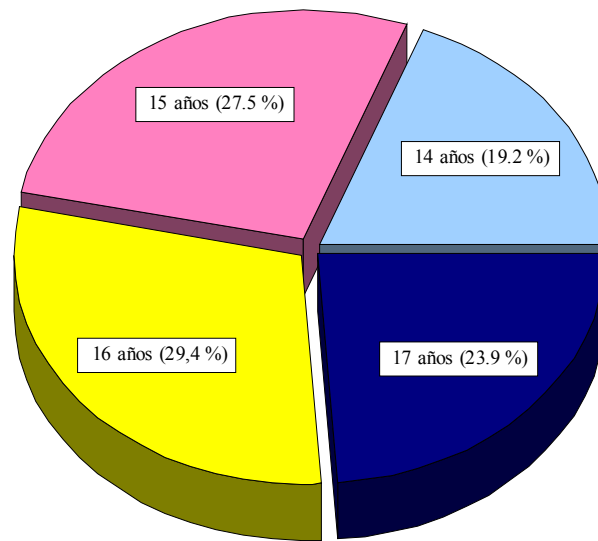
Los siguientes gráficos representan las características descriptivas y sociodemográficas de la muestra objeto de estudio en función del sexo, edad, curso y centro escolar al que pertenecían los sujetos. También se presentan las distintas ocupaciones profesionales y nivel de estudios para cada uno de los padres.

Tal y como se observa en la Figura 5.1, el 48,3% de los sujetos fueron adolescentes varones y el 51,7% mujeres. De un total de 1629 adolescentes, 786 fueron hombres y 843 mujeres.



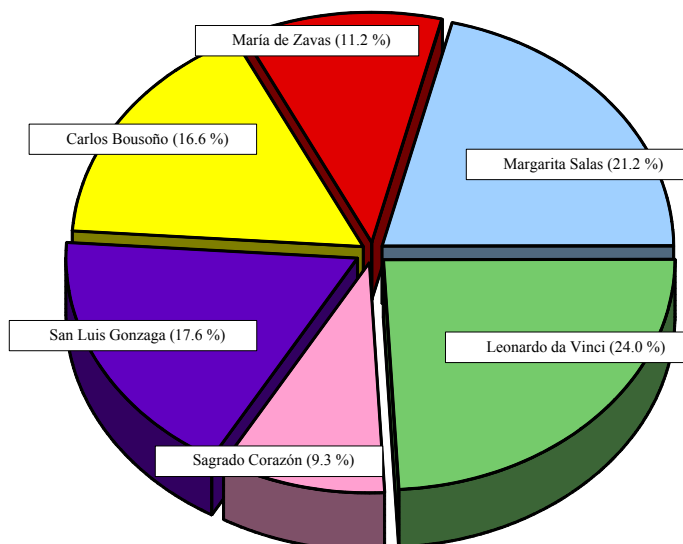
El rango de edad de los adolescentes estuvo comprendido entre los 14 y los 17 años de edad, siendo el grupo de los 16 años el de mayor porcentaje, al estar compuesto por el 29,4% de la muestra total (Figura 5.2). La edad media de todos los grupos fue de 15,6 años; siendo la desv. típ. de 1,05.

Figura 5.2. Porcentaje de sujetos en función de la edad (n = 1.629)

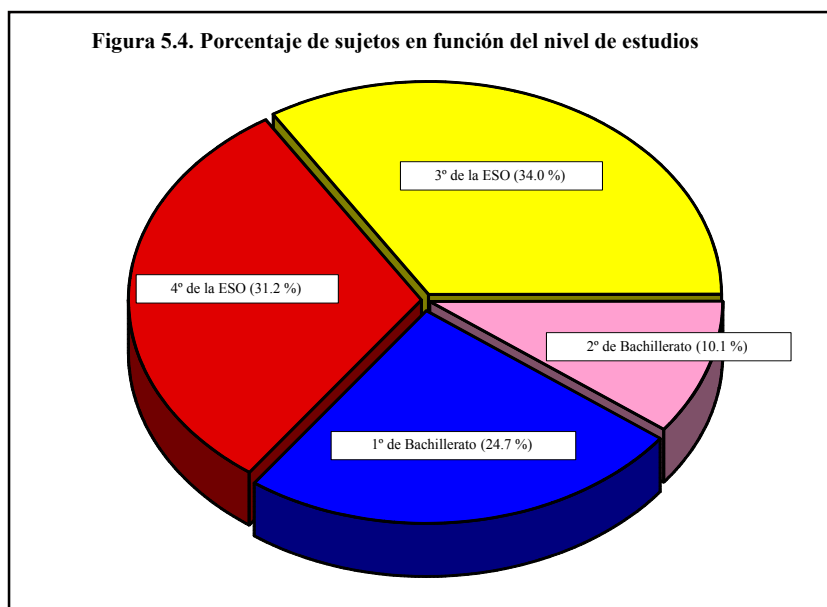


En la Figura 5.3, se presenta la distribución del total de los 1.629 adolescentes participantes en función de su procedencia según los centros escolares que han participado en la investigación.

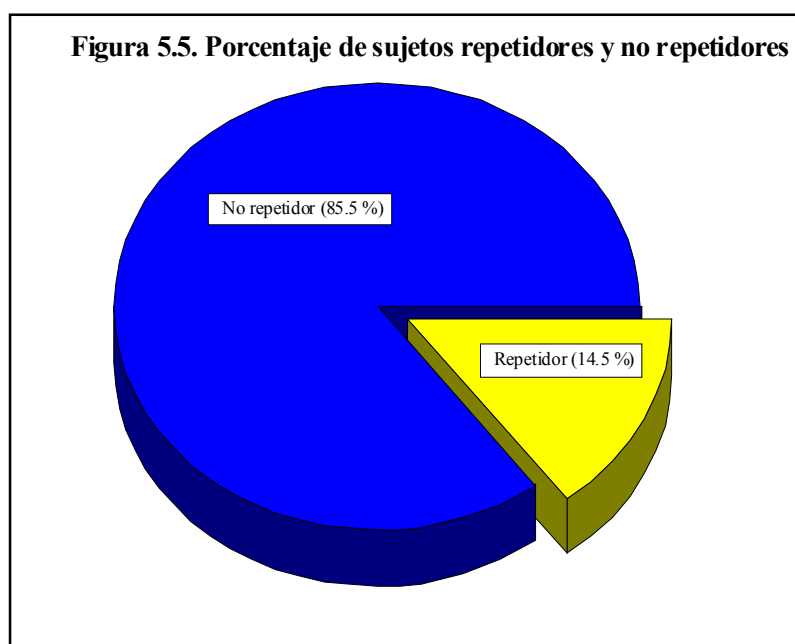
Figura 5.3. Porcentaje de sujetos en función de los centros escolares



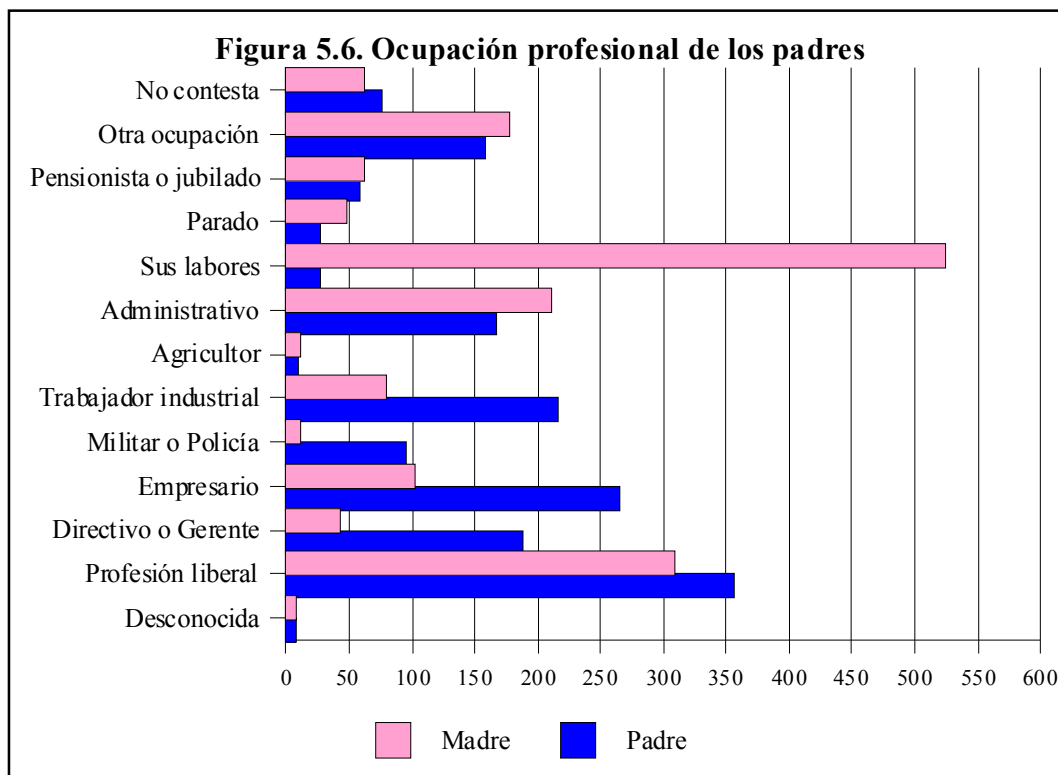
En función del nivel de estudios, 1.062 adolescentes de la muestra total cursaba 3º o 4º curso de Enseñanza Secundaria Obligatoria; mientras que 567 de ellos estaban llevando a cabo sus estudios de 1º y 2º de Bachillerato (Figura 5.4).



Del total de los 1.629 adolescentes participantes, el 14,5% (237 alumnos) eran repetidores (Figura 5.5.).

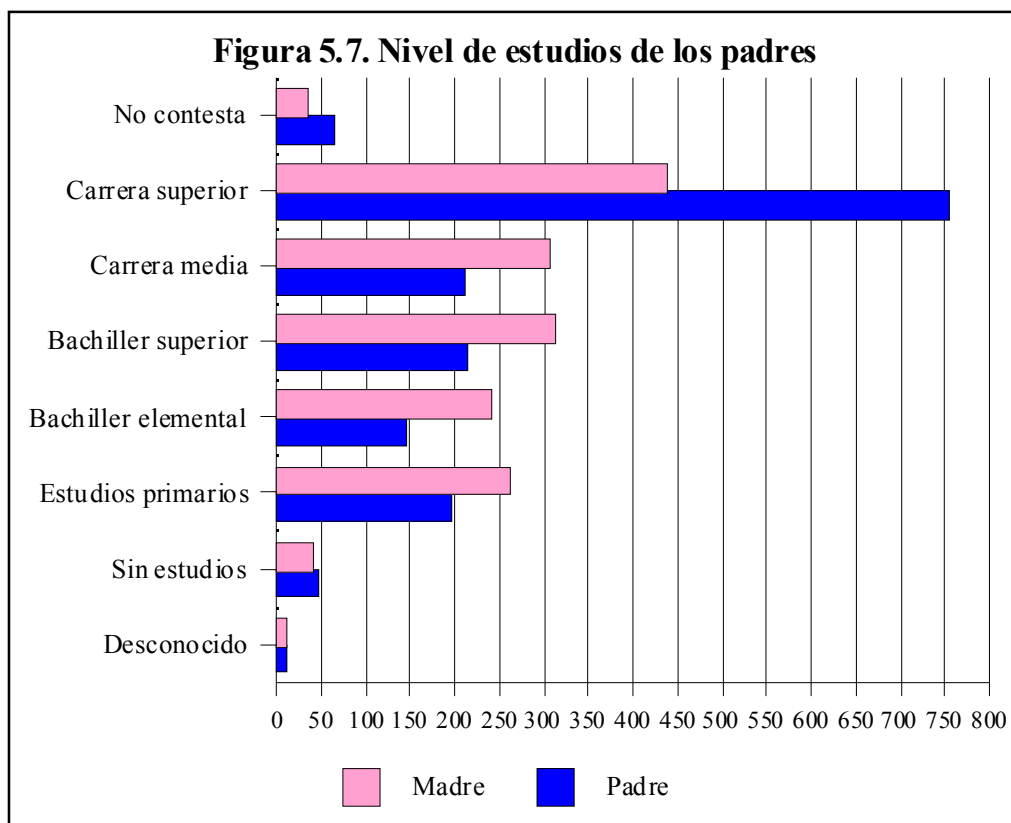


A continuación, las Figuras 5.6. y 5.7. presentan los datos descriptivos en cuanto a la ocupación profesional y el nivel de estudios de cada uno de los padres.



Tal y como se observa en la Figura 5.6, la ocupación profesional del padre con mayor prevalencia fue la de profesional liberal (médico, abogado y otros) con un total del 21,7%; seguida por la de empresario o propietario de negocio (16,1%), y por la de trabajador industrial, de hostelería, comercio, construcción o similar (13,2%). En relación a la ocupación profesional de la madre, destaca considerablemente el hecho de dedicarse a sus labores (32,0%), seguida por aquellas profesiones liberales tales como la de médico o abogado (18,8%), y la de administrativo (12,8%).

En relación con el nivel de estudios del padre (Figura 5.7.), la mayor prevalencia obtenida corresponde al nivel universitario superior (46,2%), seguida por la carrera universitaria de grado medio (12,9%) y Bachiller Superior (13,0%). Sólo un 2,8% de los padres no tiene estudios. Finalmente, el nivel de estudios de la madre con mayor porcentaje, correspondió igualmente al universitario superior (26,7%), seguido por el universitario medio (18,7%) y el Bachiller superior (19,0%). Sólo el 2,3% de las madres de los adolescentes estudiados, no tenía estudios.



4.2.4. Elaboración del instrumento de evaluación

Teniendo en cuenta los criterios generales de la investigación, se creó un instrumento de evaluación que se adecuase a los objetivos perseguidos. La idea fundamental era proponer un formato que pudiera incluir cuestiones referidas tanto a la conducta antisocial, agresión y violencia, así como el consumo de sustancias y que además, permitiera el análisis de la presencia de determinados factores psicológicos, familiares y escolares que, según la literatura, ayudarían a explicar el inicio de dichos comportamientos, lo que implicaba la necesidad de incluir escalas de evaluación psicológica que no habían sido consideradas por instrumentos similares. Así pues, en primer lugar, se realizó una revisión de las encuestas o cuestionarios más relevantes empleados en nuestro país para el análisis de éstos u otros factores ligados a la conducta antisocial, agresión, violencia y uso/abuso de drogas, con el objetivo de adecuar el instrumento de evaluación y facilitar el posible contraste de los resultados que se obtuviesen. En segundo lugar, era necesario considerar tanto la población de referencia como la amplitud del instrumento (iba a incluir un numeroso conjunto de variables), por lo que se buscó una forma de presentación lo más amena posible, intercalando para ello distintos formatos de presentación.

El resultado final fue un cuestionario que incluyó una primera parte presentada en forma de encuesta y creada ex profeso para la presente investigación (véase Anexo I) y, una segunda parte, en la que se presentaban un total de cinco escalas de evaluación psicológica. Además, en la primera página se incluyeron distintos datos que facilitarían su posterior

codificación (un nombre ficticio, una letra y un número) y aquellos referidos a la edad, el sexo y el curso de los sujetos, especificando si se era o no repetidor. Las características y objetivos perseguidos con cada uno de los apartados se presentan a continuación:

A) Encuesta

Esta primera parte consta de un total de 57 ítems. Dentro de este tipo de formato se incluyó la evaluación de las siguientes variables:

1) *Variables relacionadas con el consumo de drogas* (Ítems 1-6). Se evalúa, en primer lugar, el consumo de drogas, diferenciando entre drogas denominadas de comercio legal, como el tabaco y el alcohol (a pesar de que en la población de estudio y hasta los 16 años, la venta de este tipo de sustancias se considera ilegal) y otras llamadas de comercio ilegal, entre las que se incluyeron el cannabis, la cocaína, la heroína, las drogas de síntesis, las anfetaminas y un grupo de drogas médicas como fármacos antirreumáticos, tranquilizantes y derivados morfinicos (denominadas así por su alto poder adictivo y por necesitar de prescripción médica para su obtención). Asimismo, se evalúan dichas drogas a través de diversos parámetros temporales como el uso de cada una de ellas alguna vez en la vida, en los últimos seis meses o en los últimos treinta días, donde el sujeto debe contestar afirmativa o negativamente y, en el caso de utilizarlas con asiduidad, indicar la frecuencia con que lo hace. Además, debe anotar la edad en la que comenzó el consumo en el caso de haber probado cualquiera de las sustancias indicadas. En el caso del alcohol y del tabaco, por ser las sustancias de uso más común, se diferencia el uso diario del de fin de semana, registrándose la cantidad que los sujetos consumen en uno u otro caso. Se completa esta información con los tres últimos ítems de esta parte que hacen referencia a distintos parámetros indirectos del consumo como son los motivos que llevan al uso de drogas, el canal de información que los sujetos poseen sobre las drogas y el dinero semanal invertido en el consumo de las mismas.

2) *Variables psicológicas y de socialización* (Ítems 7-46). En este caso, la mayor parte de los ítems tienen un formato de respuesta tipo likert con 3, 5 o más alternativas de respuesta en los que el sujeto debe marcar aquella que se adecue más a su caso. Existen algunos casos, como el de los ítems 11, 14 ó 36 en los que las posibilidades de respuesta han sido presentadas en tablas para poder recoger una mayor información y simplificar la respuesta a los mismos. A través de esta segunda parte de la encuesta, se exploran distintas áreas: (a) *la psicológica*, en la que se consideran aspectos como la existencia de problemas de conducta que pueden señalar una personalidad de tipo antisocial (este tipo de sintomatología queda completada con la recogida de forma más específica a través de las escalas que se incluyen al final de la prueba); (b) *la familiar*, en la que se evalúan los relacionados con el vínculo afectivo paterno-filial, la comunicación familiar o las actitudes de la familia hacia el consumo de drogas; (c) *la interpersonal*, en la que se consideran aquellos factores relacionados con la influencia del grupo de iguales como la identificación con grupos desviados o la asociación con compañeros que consumen y, (d) los relacionados con el *ambiente escolar* como el fracaso académico o el tipo de enseñanza.

3) *Variables relacionadas con comportamientos antisociales graves y/o violentos* (Ítems 47-59). La mayor parte de los ítems tienen un formato de respuesta tipo likert

con 4 alternativas de respuesta (de nunca a casi siempre) en los que el sujeto debe marcar aquella opción que se adecue más a su caso. Existen algunos ítems (56 al 59) en los que las posibilidades de respuesta son múltiples. A través de esta parte de la encuesta, se exploran tanto la *influencia de pares violentos* como distintas áreas relacionadas con la conducta antisocial grave y/o violenta.

B) Escalas

En esta última parte se incluyeron una serie de escalas de evaluación validadas y adaptadas para la población adolescente, que recogen información sobre aquellas variables de carácter psicológico que tienen en la literatura un peso específico en el inicio de la conducta antisocial. A continuación, se exponen las características más relevantes de cada una de las escalas incluidas en el presente instrumento de evaluación:

* ***Escala de conducta antisocial (ASB)*** (Silva, Martorell y Clemente, 1986). Versión adaptada de la escala ASB desarrollada por Allsop y Feldman (1976). Consta de un total de 46 ítems y tiene por objetivo detectar aquellas conductas desviadas de las normas de comportamiento social típicas de la edad así como algunas conductas predelictivas en niños y adolescentes. Todos los ítems hacen referencia a conductas autoobservables en las que el sujeto no debe hacer ninguna inferencia relacionada con su estado interno. Para cada uno de ellos, la alternativa de respuesta es SI o NO. El sujeto debe responder marcando con un aspa sobre la respuesta que mejor se adecue a su caso. La escala ofrece una puntuación total que supone la suma de todas las respuestas afirmativas, otorgándoles el valor 1 a cada una de ellas.

Para el estudio de la fiabilidad del instrumento, se tuvo en cuenta tanto la consistencia interna del mismo aplicando el coeficiente alfa de Cronbach, obteniéndose un índice de 0,92, como la estabilidad temporal, que ofreció un índice de 0,67 para un intervalo temporal de 4 meses y de 0,62 para el de un año.

* ***Cuestionario de Agresión (AQ)*** (Andreu, 2001). Esta escala consta de un total de 29 ítems con un formato de escala likert de 0-4 puntos, que evalúan la agresividad física y verbal así como la irascibilidad y hostilidad en jóvenes y adolescentes. En el estudio de la fiabilidad del instrumento se tuvo en cuenta, en primer lugar, la consistencia interna a través del coeficiente alfa de Cronbach, siendo los valores obtenidos de 0,87 para la escala de Agresión Física, de 0,69 para la de Agresión Verbal, de 0,78 para la escala de la Ira, de 0,74 para la escala de Hostilidad y, finalmente, de 0,90 para la escala total de Agresión.

* ***Escala de Búsqueda de Sensaciones para niños y adolescentes (EBS-J)*** (Pérez, Ortet, Plá y Simó, 1987). Esta escala consta de un total de 50 ítems para la medida del rasgo de personalidad denominado "búsqueda de sensaciones" en niños y adolescentes de 11 a 15 años. Consta de cinco subescalas con 10 ítems cada una que definen distintos parámetros del rasgo general estudiado. La fiabilidad de las escalas se calculó para ambos sexos con el coeficiente alfa de Cronbach, obteniéndose los siguientes índices: (a) *Búsqueda de emociones* (0,81 para los chicos y 0,84 para las chicas); (b) *Búsqueda de excitación* (0,65 para los varones y 0,55 para las mujeres); (c) *Desinhibición* (0,76 y 0,73 respectivamente); (d) *Susceptibilidad al aburrimiento* (0,61 para los chicos y 0,66 para las chicas) y, (e) *Sinceridad* (0,84 y 0,83 respectivamente).

* ***Escala de Impulsividad, Afán de Aventura y Empatía (IVE-J)***(Martorell y Silva, 1991). Versión adaptada del IVE-J (*Impulsiveness, Venturesomeness y Emphaty*) de Eysenck, Easting y Pearson (1984), que recoge diferentes aspectos de personalidad, profundizando en algunas de las dimensiones más básicas de la misma. Consta de un total de 77 ítems para los que las alternativas de respuesta son en todos los casos: SI y NO, y en los que el sujeto debe marcar con un aspa aquella que mejor le identifique. La escala se compone de tres subescalas que poseen un total de 23 ítems cada una. Son las siguientes:

- (a) *Escala "Impulsividad"*. Evalúa el constructo impulsividad en sentido estricto, uno de los cuatro componentes de la Extraversión que hace referencia a la actuación en el momento sin que medie la consciencia del posible riesgo que pueda representar la ejecución.
- (b) *Escala "Afán de Aventura"*. Surge de un segundo factor de Extraversión, la conducta arriesgada, y de la Escala de Búsqueda de Sensaciones de Zuckerman (Eysenck y Zuckerman, 1978). Esta escala participa de algunas de las características de la impulsividad pero también añade otros aspectos diferenciales como la toma de conciencia y el estar preparado para el cambio.
- (c) *Escala "Empatía"*. Proviene de la Escala de Empatía de Mehrabian y Epstein (1972), destinada a evaluar los componentes afectivos del constructo.

Para el estudio de la fiabilidad, en primer lugar se evaluó la consistencia interna del instrumento aplicando el coeficiente alfa de Cronbach en ambos sexos, alcanzando los siguientes índices en cada una de las escalas: (a) 0,80 en chicos y 0,77 en chicas para la escala de Impulsividad; (b) 0,81 en varones y 0,78 en mujeres para la escala de Afán de Aventura y, (c) 0,76 y 0,70 respectivamente para la escala de Empatía. En segundo lugar, se calculó la estabilidad temporal considerando un intervalo de 4 meses y los índices fueron de 0,68 para Impulsividad, 0,70 para Afán de Aventura y 0,69 para Empatía.

* ***Cuestionario de Evaluación del Autoconcepto (AC)***(Martorell, Aloy, Gómez y Silva, 1993). Consta de 38 ítems con cuatro alternativas de respuesta comprendidas entre las categorías "nunca" y "siempre" (de 1 a 4 puntos). Para facilitar las respuestas, junto a cada uno de los ítems figura una casilla que se corresponde con las distintas alternativas de respuesta donde el sujeto sólo debe señalar con un aspa la alternativa elegida. El cuestionario ofrece tres puntuaciones que corresponden a tres subescalas y una puntuación total que es la suma de las obtenidas en las anteriores. Las tres subescalas son:

- (a) *Autoconcepto Negativo*. Está formada por un total de 18 ítems y su contenido refleja lo que se ha denominado hipersensibilidad negativa o autodepreciación.
- (b) *Autoconcepto Positivo*. Consta de 15 ítems en los que se consideran aspectos relacionados con la importancia que uno se da a sí mismo en relación con los demás.
- (c) *Autoconcepto-Autoestima*. Consta de 8 ítems cuyo contenido hace referencia a la percepción que el individuo tiene sobre su propia forma de ser, es decir, "lo que él piensa que los demás piensan de él".

En el estudio de la fiabilidad del instrumento se tuvo en cuenta, en primer lugar, la consistencia interna a través del coeficiente alfa de Cronbach, siendo los valores obtenidos de 0,88 para la escala de Autoconcepto Negativo, de 0,88 para la de Autoconcepto Positivo y, por último, de 0,85 para la escala de Autoconcepto-Autoestima. En segundo lugar, se consideró la estabilidad temporal alcanzando un valor medio de 0,75.

* ***Escala de evaluación de la depresión (EED)*** (Del Barrio y Silva, 1993). Es una escala de autoinforme aplicable entre los 10 y los 18 años con el objetivo de detectar distintos niveles de depresión en la población infantil y juvenil y la evaluación del proceso de evolución de los sujetos sometidos a tratamiento. Consta de 39 ítems referentes tanto a sentimientos y actos relacionados con el optimismo y la felicidad como a sentimientos y conductas de tipo negativo. La ponderación de los ítems está graduada de cero a tres en función de la frecuencia de aparición del sentimiento o la conducta descritos en el ítem. Para su corrección se utilizan tres plantillas sobre el mismo protocolo que ofrecen puntuaciones para tres subescalas:

(a) *Escala "Depresión"*. Está compuesta por 24 ítems en los que la frecuencia de "nunca" se valora con 0 y la de "casi siempre" con 3. Una puntuación alta en esta escala indica que el sujeto está en una situación emocional caracterizada por aquellos elementos que constituyen el constructo depresión como la tristeza, el desanimo, la baja autoestima, la dificultad para el disfrute y el cansancio.

(b) *Escala "Felicidad"*. Compuesta por 14 ítems que recogen las conductas positivas ponderadas de forma directa donde el valor 0 corresponde a la frecuencia "nunca" y la ponderación 3 a la frecuencia "casi siempre". Una puntuación alta en esta escala indica que el sujeto está en una situación emocional caracterizada por sentirse plétórico, satisfecho de sí mismo, querido por los otros y alegre.

(c) *Escala "Total"*. Recoge la suma de las puntuaciones directas e inversas del total de los ítems de la prueba. Una puntuación alta en esta escala es el resultado de la combinación del peso de los factores depresión y felicidad, interaccionando en la dirección de la sintomatología depresiva. El punto de corte que permite suponer la existencia de depresión en un sujeto corresponde a la puntuación 52 (centil 95), que se aproxima también a la prevalencia estimada de la depresión en la población infantil.

Para el estudio de la fiabilidad de la escala se aplicó el coeficiente alfa de Cronbach a cada uno de los factores y a la puntuación total de la escala. Como resultado, se obtuvo un índice de 0,89 para la escala "Total" y valores de 0,88 y 0,78 para las escalas "Depresión" y "Felicidad", respectivamente.

4.2.5. Procedimiento

A continuación, se detalla el procedimiento llevado a cabo para el desarrollo de la investigación, que fue siempre el mismo tanto para la implementación del proyecto en los centros escolares como para la evaluación de los sujetos participantes.

Una vez seleccionados los centros colaboradores tal y como se ha señalado en apartados anteriores, se procedió a la selección de las aulas, eligiendo una al azar de todas las posibles que correspondían a cada uno de los cursos de Enseñanza Secundaria Obligatoria y Bachillerato. Una vez seleccionadas, el tutor del curso y un miembro del departamento de orientación del centro organizaron el calendario de las horas disponibles para la evaluación de los sujetos en función de la disponibilidad de los alumnos o del desarrollo del programa escolar.

El proceso de evaluación se llevó a cabo en los centros escolares en los días y horas marcados por los coordinadores. La aplicación del instrumento de evaluación se realizó siempre de forma colectiva contando con aquellos alumnos que estuvieran presentes en ese momento, ya que se pidió a los tutores que no avisaran al grupo hasta el mismo día de la aplicación. En cada aula estaban siempre presentes dos de los evaluadores entrenados en ausencia de los profesores para evitar que el alumnado se sintiera influido de alguna manera, por su presencia a la hora de contestar a ciertas preguntas relacionadas con el consumo o con el ambiente escolar. La duración de la prueba era aproximadamente de 50 minutos, pero se dispuso, en los casos en que fue necesario, de los 10 minutos disponibles para el descanso entre clases.

Una vez que se les entregaba el cuestionario a los jóvenes, se les ofrecían una serie de instrucciones para su cumplimentación. Éstas eran siempre las mismas, poniendo especial énfasis en la confidencialidad de los datos obtenidos. A continuación, se realizaban algunas aclaraciones de forma colectiva con respecto a varios ítems del cuestionario que podían despertar alguna duda para su cumplimentación y podían interrumpir el óptimo desarrollo de la prueba. Los cuestionarios eran recogidos en el momento en el que los sujetos iban terminando, para así, evitar la posibilidad de doble respuesta. Una vez recogidas todas las pruebas, los evaluadores se ofrecían para contestar cualquier duda y realizar todas las aclaraciones posibles en relación al desarrollo de las mismas o con el proyecto de investigación en su totalidad.

ANÁLISIS DESCRIPTIVO DE LA CONDUCTA ANTISOCIAL EN FUNCIÓN DE DIFERENTES PARÁMETROS

5.1. Introducción

El término de *conducta antisocial* se emplea en la presente investigación para hacer referencia fundamentalmente a cualquier tipo de conducta que infrinja las reglas o normas sociales y/o sea una acción contra los demás, independientemente de las consecuencias que a nivel clínico o jurídico pueda conllevar. Consecuentemente, se prima el criterio conductual sobre el estrictamente jurídico, con la intención de ampliar el campo de análisis de la violación de las normas jurídicas, a la violación de todas las normas que regulan la vida colectiva, comprendiendo así las normas sociales y culturales.

En este sentido, el termino *conducta antisocial* engloba una amplia gama de actividades o conductas tales como absentismo escolar, huidas de casa, mentiras, consumo de drogas, hurtos, vandalismo, piromanía o acciones agresivas y violentas. Se trataría, por tanto, de un continuo de conductas que iría desde las menos graves o también llamadas *conductas problemáticas*, a las de mayor gravedad, como pueden ser el robo, vandalismo o agresión sexual, recibiendo denominaciones tales como *conductas antisociales*, *predelictivas* y/o *delictivas*.

Teniendo en cuenta las anteriores consideraciones, toda esta serie de conductas antisociales, aun con sus diferencias específicas, tienden a aparecer de forma conjunta y a manifestarse de diferentes formas durante el desarrollo evolutivo del niño y el adolescente.

Sin embargo, existen dos factores clave que aparecen asociados a la conducta antisocial y determinarían su manifestación externa conformando posibles subtipos diferenciados, es el caso de la presencia o ausencia de *conductas graves*, *agresivas* y/o *violentas* o la presencia o ausencia del *consumo de drogas*, que a pesar de la existencia de múltiples estudios que apoyan su asociación, no han conseguido la suficiente evidencia empírica como para especificar concretamente el tipo de relación existente entre dichos comportamientos y la conducta antisocial definida como cualquier tipo de conducta que infrinja las reglas o normas sociales y/o sea una acción contra los demás.

Debido a la complejidad conceptual que presenta este constructo y con el objetivo de describir la conducta antisocial que presentan los adolescentes de la Comunidad de Madrid,

pertenecientes al Municipio de Majadahonda, parece necesario llevar a cabo este estudio en función de los factores clave anteriormente mencionados:

- a) Los comportamientos graves y/o violentos como manifestación y/o comportamiento asociado a la conducta antisocial.
- b) El consumo de sustancias de comercio legal e ilegal como manifestación y/o comportamiento asociado a la conducta antisocial.
- c) Conductas agresivas situacionales como manifestación y/o comportamiento asociado a la conducta antisocial.
- d) La conducta antisocial definida como cualquier tipo de conducta que infrinja las reglas o normas sociales y/o sea una acción contra los demás (independientemente de la gravedad de éstas).

El análisis descriptivo realizado sobre la conducta antisocial en función de estos parámetros o dimensiones, permitirá también conceptualizar los análisis estadísticos realizados sobre los principales factores de riesgo y de protección de la conducta antisocial (Capítulo VI), además de los modelos explicativos estructurales que se describirán en el Capítulo VII.

5.2. Objetivos

El primer estudio de la presente investigación doctoral tiene como principales objetivos los siguientes:

OBJETIVO 1.- Analizar las distintas manifestaciones de la conducta antisocial (comportamientos antisociales graves y/o violentos y consumo de sustancias) en función de la edad y el sexo de los adolescentes.

OBJETIVO 2.- Comparar a su vez los patrones de consumo de sustancias y prevalencias de conductas agresivas situacionales en función del alto o bajo nivel de conducta antisocial mostrada por los adolescentes.

5.3. Hipótesis

En relación con los objetivos propuestos se proponen las siguientes *hipótesis de trabajo*:

HIPÓTESIS 1: se darán diferencias estadísticamente significativas en las prevalencias de conductas antisociales graves y/o violentas en función del sexo de los adolescentes en cada rango de edad.

Corolario 1: existiría una mayor prevalencia de destrucción de propiedades o mobiliarios de todo tipo a favor de los adolescentes varones.

Corolario 1: existiría una mayor prevalencia de robo, vandalismo, uso de armas y agresión sexual a favor de los adolescentes varones.

Corolario 3: los adolescentes varones presentarán significativamente mayores actitudes violentas hacia colectivos minoritarios.

Corolario 4: se presentarán mayores prevalencias a favor de los adolescentes varones en aquellas conductas agresivas de tipo situacional.

Corolario 5: la mayor prevalencia de conductas agresivas y/o violentas en el caso de los adolescentes será superior y variará en función de los rangos de edad considerados, de modo que ésta aumentará a medida que aumente la edad de los adolescentes.

HIPÓTESIS 2: se presentarán diferencias significativas en las prevalencias de consumo frecuente, durante los últimos treinta días, de cada una de las sustancias de comercio legal e ilegal en función de la edad y sexo de los adolescentes.

Corolario 1: se presentarán mayores prevalencias de consumo para el tabaco y el alcohol que para el resto de las sustancias.

Corolario 2: aparecerán mayores prevalencias de consumo en el caso del cannabis que en cualquiera de las restantes drogas de comercio ilegal.

Corolario 3: la proporción de hombres consumidores de sustancias de comercio legal e ilegal será superior a la de las mujeres, excepto para el consumo de tabaco en la que la tendencia quedará invertida.

HIPÓTESIS 3: se presentarán diferencias significativas en el consumo de las distintas sustancias y las conductas agresivas situacionales en función del nivel de conducta antisocial de los adolescentes.

Corolario 1: habrá mayor prevalencia de consumo de las diferentes sustancias en aquellos adolescentes que presentan altos niveles de conducta antisocial.

Corolario 2: habrá mayor prevalencia de comportamientos agresivos situacionales en aquellos adolescentes con altos niveles de conducta antisocial.

5.4. Muestra

Para el presente estudio, se utilizó una muestra final de 1.629 participantes (786 hombres y 843 mujeres), con edades comprendidas entre los 14 y los 17 años de edad. La edad media de toda la muestra fue de 15,6; siendo la desv. típ. de 1,05. Por sexos, tanto la edad media de los varones como de las mujeres fue de 15,6; siendo la desv. típ. de 1,03 para los hombres, y de 1,07 para las mujeres. El total de los participantes fue extraído de seis Centros Escolares (Colegios e Institutos) de Madrid, pertenecientes al Municipio de Majadahonda.

5.5. Análisis de datos

Para el presente estudio, se utilizó tanto la primera parte con formato de *encuesta* del instrumento de evaluación (Anexo I) con el objetivo de obtener información sobre el consumo de drogas y comportamientos graves, agresivos y/o violentos, como la *Escala de conducta antisocial (ASB)* de Silva, Martorell y Clemente (1986) para clasificar a los adolescentes según el nivel de conducta antisocial manifestado, entendida ésta como cualquier tipo de conducta que infrinja las reglas o normas sociales y/o sea una acción contra los demás (independientemente de la gravedad de éstas).

Las instrucciones para su cumplimentación y las condiciones bajo las cuales debía realizarse la evaluación son las mismas que se expusieron para el instrumento de evaluación en su totalidad.

Una vez recogidos todos los cuestionarios, el primer paso fue proceder a la eliminación de todos aquellos que no habían sido correctamente cumplimentados, bien por no haber contestado a todos los ítems necesarios para el presente estudio o bien por contar con la indicación expresa de cualquiera de los miembros del equipo de investigación que dudara sobre la veracidad de los datos aportados. Posteriormente, se pasó a codificar todas las variables con sus alternativas de respuesta, introduciendo los resultados en una base de datos creada para este fin. Finalmente, se utilizó el paquete estadístico SPSS (v. 11) para analizar estadísticamente los datos.

El análisis de los datos se realizó en función de los objetivos de trabajo propuestos. Así pues, se utilizó el estadístico χ^2 de Pearson tanto para el estudio de los porcentajes de prevalencias del consumo de drogas y comportamientos graves y/o violentos en función de la edad y el sexo de los adolescentes, como para analizar los porcentajes de prevalencias del consumo de drogas y conductas agresivas situacionales en función del nivel de conducta antisocial manifestada por los adolescentes de la muestra.

5.6. Resultados

5.6.1. Análisis de la prevalencia de los comportamientos graves y/o violentos, en función de la edad y el sexo de los adolescentes.

A continuación, se exponen los resultados obtenidos en relación a la prevalencia de los comportamientos graves y/o violentos ejercidos alguna vez, en función de la edad y sexo.

Tal y como se observa en la Tabla 5.1., los adolescentes varones informaron una prevalencia significativamente mayor de destrucción de mobiliario urbano u otros objetos en la calle, parques o jardines en comparación a las adolescentes mujeres en todos los rangos de edad. A su vez, esta tendencia aumenta del 16,3% a la edad de 14 años, al 20,1% a los 17 años de edad para ambos sexos.

Tabla 5.1. Prevalencia de destrucción de mobiliario urbano u otros objetos en la calle, parques o jardines en función de la edad y el sexo

Edad	Sexo		Total	Chi-cuadrado	p
	Hombre	Mujer			
14 años	34 23,8%	17 10,0%	51 16,3%	10,81	***
15 años	56 25,0%	30 13,4%	86 19,2%	9,73	***
16 años	64 26,6%	25 10,5%	89 18,6%	20,40	****
17 años	52 29,2%	26 12,3%	78 20,1%	17,18	****

**** p< 0,001 / *** p< 0,005

Respecto a la prevalencia de destrucción de mobiliario u otros objetos en casa, en función de la edad y sexo de los adolescentes, no se dio diferencia significativa alguna en ningún rango de edad, llegando a ser la prevalencia más alta de esta conducta antisocial a los 15 años de edad con un 11,6% y reduciéndose al 9% en ambos sexos a los 17 años.

La Tabla 5.2, presenta la prevalencia de destrucción de mobiliario u otros objetos en centros escolares en función de la edad y sexo de los adolescentes. Así, los adolescentes varones manifestaron mayor prevalencia de esta conducta antisocial que las mujeres en todos los rangos de edad, siendo significativo a partir de los 15 años. Comparando porcentualmente estos resultados con los obtenidos anteriormente, sólo un 7,2% de los adolescentes de ambos sexos, informaron de esta conducta a la edad de 17 años.

Tabla 5.2. Prevalencia de destrucción de mobiliario u otros objetos en centros escolares en función de la edad y el sexo

Edad	Sexo		Total	Chi-cuadrado	p
	Hombre	Mujer			
14 años	11 7,7%	5 2,9%	16 5,1%	3,61	n.s.
15 años	30 13,4%	13 5,8%	43 9,6%	7,44	**
16 años	30 12,4%	16 6,7%	46 9,6%	4,52	*
17 años	18 10,1%	10 4,7%	28 7,2%	4,17	*

** p< 0,01 / * p< 0,05

En relación con la prevalencia de robos en tiendas o coches, la Tabla 5.3. muestra que a los 17 años de edad, los adolescentes varones mostraron mayor prevalencia de este tipo de conducta antisocial que las adolescentes mujeres.

Tabla 5.3. Prevalencia de robos en tiendas o coches en función de la edad y el sexo

Edad	Sexo		Total	Chi-cuadrado	p
	Hombre	Mujer			
14 años	31 22,1%	40 23,5%	71 22,9%	0,08	n.s.
15 años	54 24,8%	46 21,2%	100 23%	0,78	n.s.
16 años	68 28,8%	59 25,1%	127 27%	0,82	n.s.
17 años	53 29,9%	39 19,2%	92 24,2%	5,93	*

* p< 0,05

En relación con la prevalencia de robos en el colegio (Tabla 5.4.), los adolescentes varones mostraron significativamente mayores prevalencias de esta conducta antisocial en todos los rangos de edad, en comparación con las mujeres.

Tabla 5.4. Prevalencia de robos en el colegio en función de la edad y el sexo.

Edad	Sexo		Total	Chi-cuadrado	p
	Hombre	Mujer			
14 años	15 10,7%	7 4,1%	22 7,1%	5,06	*
15 años	36 16,5%	22 10,1%	58 13,3%	3,82	*
16 años	37 15,7%	16 6,8%	53 11,3%	9,37	***
17 años	28 15,8%	12 5,9%	40 10,5%	9,85	***

*** p< 0,005 / * p< 0,05

La Tabla 5.5, muestra la prevalencia de robo de dinero en función de la edad y sexo de los adolescentes; observándose diferencias estadísticamente significativas a favor de los varones a la edad de 16 y 17 años. Asimismo se observa un incremento de dicha conducta antisocial del 8,4% a los 14 años, al 17,8% a los 17 años de edad.

Tabla 5.5. Prevalencia de robo de dinero en función de la edad y el sexo

Edad	Sexo		Total	Chi-cuadrado	p
	Hombre	Mujer			
14 años	12 8,6%	14 8,3%	26 8,4%	0,006	n.s.
15 años	30 13,9%	24 11,2%	54 12,5%	0,73	n.s.
16 años	45 19,2%	27 11,5%	72 15,5%	5,31	*
17 años	41 23,6%	26 12,9%	67 17,8%	7,29	**

** p< 0,01 / * p< 0,05

Tabla 5.6. Prevalencia de allanamiento y robo en función de la edad y el sexo

Edad	Sexo		Total	Chi-cuadrado	p
	Hombre	Mujer			
14 años	8 5,7%	2 1,2%	10 3,2%	5,06	*
15 años	18 8,3%	6 2,8%	24 5,5%	6,29	*
16 años	19 8,2%	4 1,7%	23 4,9%	10,42	***
17 años	12 6,8%	9 4,4%	21 5,5%	1,02	n.s.

*** p< 0,005 / * p< 0,05

En relación con la prevalencia de allanamiento y robo en propiedades ajenas, la Tabla 5.6. muestra una mayor prevalencia a favor de los adolescentes varones a los 14, 15 y 16 años de edad, en comparación con las adolescentes mujeres de la misma edad.

La prevalencia de actos vandálicos fue significativamente mayor en los adolescentes varones en todos los rangos de edad (Tabla 5.7.).

Tabla 5.7. Prevalencia de vandalismo en función de la edad y el sexo

Edad	Sexo		Total	Chi-cuadrado	p
	Hombre	Mujer			
14 años	21 15,1%	7 4,2%	28 9,1%	9,70	***
15 años	38 17,7%	9 4,2%	47 10,9%	20,08	****
16 años	32 13,7%	7 3%	39 8,4%	17,37	****
17 años	29 16,6%	7 3,5%	36 9,5%	18,64	****

**** p< 0,001 / *** p< 0,005

En relación con la prevalencia del uso de armas, en la Tabla 5.8. se observa como los adolescentes varones presentan significativamente esta conducta antisocial en mayor porcentaje que las adolescentes mujeres en todos los rangos de edad.

Tabla 5.8. Prevalencia de uso de armas en función de la edad y el sexo

Edad	Sexo		Total	Chi-cuadrado	p
	Hombre	Mujer			
14 años	12 8,6%	2 1,2%	14 4,5%	8,03	***
15 años	25 11,5%	9 4,1%	34 7,8%	8,08	***
16 años	28 11,9%	4 1,7%	32 6,8%	19,20	****
17 años	12 6,8%	4 2%	16 4,2%	5,43	*

**** p< 0,001 / *** p< 0,005 / * p< 0,05

En cuanto a las prevalencias informadas sobre las conductas de abuso o violencia sexual que los adolescentes manifiestan haber ejercido sobre otros, tampoco se evidenciaron diferencias estadísticamente significativas para hombres y mujeres en ningún rango de edad. No obstante, se observa que la tendencia a ejercer este tipo de violencia decrece desde el 6,2% a la edad de 14 años, al 1,8% a los 17 años de edad.

Dentro del análisis descriptivo realizado sobre la presencia de actitudes violentas en los adolescentes hacia 19 grupos étnicos diferentes y/o colectivos sociales, se presentan a continuación aquellos tres que presentaron mayor prevalencia.

Tal y como se observa en la Tabla 5.9, los adolescentes varones manifestaron en mayor medida actitudes negativas sobre el colectivo de los “pijos”, en comparación con las

adolescentes mujeres. Estas diferencias se dieron de forma estadísticamente significativa, tanto a los 14 y 15 años, como a los 17. En total, para ambos sexos, el 8,3% de los adolescentes menores de 16 años informó de que ejercerían o han ejercido cualquier tipo de violencia sobre este colectivo.

Tabla 5.9. Prevalencia de actitudes violentas hacia el grupo de “pijos” en función de la edad y el sexo de los sujetos.

Edad	Sexo		Total	Chi-cuadrado	p
	Hombre	Mujer			
14 años	20 14,0%	6 3,5%	26 8,3%	11,15	***
15 años	28 12,5%	9 4,0%	37 8,3%	10,64	***
16 años	19 7,9%	12 5,0%	31 6,5%	1,60	n.s.
17 años	20 11,2%	6 2,8%	26 6,7%	10,90	***

*** p< 0,005

En relación a si los adolescentes han ejercido o ejercerían violencia sobre el colectivo étnico de los gitanos, los varones manifestaron mayores prevalencias en comparación con las mujeres; siendo tales diferencias significativas hasta los 17 años de edad. Sobre este colectivo, la prevalencia de actitudes violentas alcanza el 6,4% a los 17 años de edad para ambos sexos (Tabla 5.10.).

Tabla 5.10. Prevalencia de actitudes violentas hacia el grupo étnico de los gitanos

Edad	Sexo		Total	Chi-cuadrado	p
	Hombre	Mujer			
14 años	15 10,5%	5 2,9%	20 6,4%	7,40	***
15 años	23 10,3%	4 1,8%	27 6,0%	14,23	****
16 años	19 7,9%	8 3,4%	27 5,6%	4,60	*
17 años	16 9,0%	9 4,3%	25 6,4%	3,58	n.s.

**** p< 0,001 / *** p< 0,005 / * p< 0,05

En relación con la violencia que los adolescentes manifiestan haber ejercido o ejercerían sobre el colectivo de la población árabe, los adolescentes varones mostraron significativamente mayores prevalencias de esta conducta antisocial a los 14, 15 y 17 años de edad frente a las mujeres; mientras que, sin embargo, es a los 15 años de edad cuando la prevalencia total para ambos sexos alcanza su mayor valor, siendo del 7,6% (Tabla 5.11.).

Tabla 5.11. Prevalencia de actitudes violentas hacia el grupo étnico de los árabes

Edad	Sexo		Total	Chi-cuadrado	p
	Hombre	Mujer			
14 años	11 7,7%	3 1,8%	14 4,5%	6,39	*
15 años	24 10,7%	10 4,5%	34 7,6%	6,24	*
16 años	14 5,8%	10 4,2%	24 5,0%	0,65	n.s.
17 años	17 9,6%	9 4,3%	26 6,7%	4,32	*

* p < 0,05

Tal y como se observa en la Tabla 5.12, los adolescentes varones presentaron mayor prevalencia de conductas agresivas ejercidas ante situaciones de ansiedad o estrés que las mujeres; siendo significativas desde los 14 a los 16 años. A su vez, tales conductas agresivas disminuyeron para ambos sexos, desde el 40,3% a los 14 años, al 35,9% a los 17 años.

Tabla 512. Prevalencia de conductas agresivas ejercidas ante situaciones de ansiedad o estrés en función de la edad y el sexo

Edad	Sexo		Total	Chi-cuadrado	p
	Hombre	Mujer			
14 años	68 48,9%	56 33,1%	124 40,3%	7,90	**
15 años	112 50,0%	84 37,7%	196 43,8%	6,90	**
16 años	113 47,5%	90 38,0%	203 42,7%	4,38	*
17 años	67 38,3%	71 34,0%	138 35,9%	0,77	n.s.

** p < 0,01 / * p < 0,05

Respecto a la prevalencia de conductas agresivas hostiles ejercidas ante problemas afectivos, no hubo diferencia significativa alguna entre adolescentes varones y mujeres en ningún rango de edad. Para ambos sexos, también estas conductas agresivas se redujeron desde el 30,3% a los 14 años, al 24,9% a la edad de 17 años.

La Tabla 5.13. presenta las prevalencias de conductas agresivas reactivas a una provocación en función de la edad y sexo de los adolescentes. Tal y como puede observarse, los varones presentaron mayor prevalencia de estas conductas agresivas en todos los rangos de edad, siendo estadísticamente significativas a la edad de 16 y 17 años.

Tabla 5.13. Prevalencia de conductas agresivas reactivas en función de la edad y el sexo

Edad	Sexo		Total	Chi-cuadrado	p
	Hombre	Mujer			
14 años	102 73,9%	112 66,7%	214 69,9%	1,89	n.s.
15 años	171 76,3%	166 74,8%	337 75,6%	0,15	n.s.
16 años	196 82,7%	164 69,5%	360 76,1%	11,35	***
17 años	136 76,8%	136 65,1%	272 70,5%	6,37	*

*** p< 0,005 / * p< 0,05

En relación con la prevalencia de conductas agresivas en defensa de otras personas (Tabla 5.14.), los adolescentes varones informaron de prevalencias significativamente mayores de estas conductas agresivas defensivas en todos los rangos de edad; disminuyendo esta tendencia para ambos sexos desde el 20,6% a los 14 años, al 15,4% a los 17 años.

Tabla 5.14. Prevalencia de conductas agresivas en defensa de otra persona en función de la edad y el sexo

Edad	Sexo		Total	Chi-cuadrado	p
	Hombre	Mujer			
14 años	42 30,0%	22 12,9%	64 20,6%	13,64	****
15 años	50 22,5%	28 12,6%	78 17,6%	7,53	**
16 años	50 21,3%	26 11,0%	76 16,1%	9,28	***
17 años	35 20,3%	24 11,4%	59 15,4%	5,76	**

**** p< 0,001 / *** p< 0,005 / ** p< 0,01

La Tabla 5.15 presenta las prevalencias informadas por los adolescentes sobre las conductas violentas ejercidas por sus amigos. Tal y como puede observarse, los varones informaron significativamente de mayores prevalencias en todos los rangos de edad, sobre la presencia de estas conductas agresivas en los amigos.

Respecto a la prevalencia de conductas agresivas planificadas, es decir, si analizan detalladamente la situación o piensan en las consecuencias antes de ejercer violencia, no se dio ninguna diferencia estadísticamente significativa entre hombres y mujeres en ningún rango de edad. No obstante, se produce una disminución en ambos sexos en relación a la edad de aquellos que manifestaron no valorar las consecuencias que se producirían si llegasen a ser violentos, pasando del 91, 8% a los 14 años al 85,5% a los 17 años de edad.

Tabla 5.15. Prevalencia de conductas violentas ejercidas or los amigos en función de la edad y el sexo

Edad	Sexo		Total	Chi-cuadrado	p
	Hombre	Mujer			
14 años	68 48,2%	51 30,0%	119 38,3%	10,84	***
15 años	112 50,0%	74 33,2%	186 41,6%	13,01	****
16 años	123 51,9%	79 33,2%	202 42,5%	17,00	****
17 años	83 47,4%	68 32,2%	151 39,1%	9,28	***

**** p< 0,001 / *** p< 0,005

De la misma forma, las prevalencias sobre las conductas agresivas impulsivas en adolescentes tampoco evidenciaron diferencias estadísticamente significativas para hombres y mujeres en ningún rango de edad. No obstante, se observó que la tendencia a dejarse llevar por los impulsos aumentaba hasta un 80,2% en los adolescentes de ambos sexos a los 17 años.

5.6.2. Análisis de la prevalencia de consumo de las diferentes sustancias en función de la edad y el sexo de los adolescentes

A continuación, se exponen los resultados obtenidos en relación con la prevalencia de consumo frecuente en los últimos 30 días de las diferentes sustancias de comercio legal e ilegal en función de la edad y sexo de los adolescentes.

Tabla 5.16. Prevalencia de consumo de tabaco en los últimos treinta días.

Edad	Sexo		Total	Chi-cuadrado	p
	Hombre	Mujer			
14 años	38 29,9%	66 40,7%	104 36%	3,62	*
15 años	80 39,4%	122 57,0%	202 48,4%	12,92	****
16 años	113 49,1%	134 58,5%	247 53,8%	4,07	*
17 años	94 54,3%	141 68,4%	235 62%	7,95	***

**** p< 0,001 / *** p< 0,005 / * p< 0,05

Tal y como se observa en la Tabla 5.16, las adolescentes mujeres, en comparación con los varones, presentaron significativamente una mayor prevalencia de consumo frecuente de tabaco en todos los rangos de edad; aumentando para ambos sexos el porcentaje de consumo de tabaco desde el 36%, a la edad de 14 años, hasta el 62% a los 17 años.

Tabla 5.17. Prevalencia de consumo de cerveza en los últimos treinta días

Edad	Sexo		Total	Chi-cuadrado	p
	Hombre	Mujer			
14 años	30 24,6%	28 17,9%	58 20,9%	1,83	n.s.
15 años	72 35,1%	72 34,6%	144 34,9%	0,01	n.s.
16 años	125 54,3%	103 45,8%	228 50,1%	3,34	*
17 años	113 66,1%	94 46,3%	207 55,3%	14,69	****

**** p< 0,001 / * p< 0,05

Los adolescentes varones, en comparación con los mujeres, presentaron significativamente mayor prevalencia de consumo de cerveza en los últimos treinta días, sólo a la edad de 16 y 17 años; aumentando para ambos sexos el porcentaje de consumo de cerveza desde el 20,9%, a la edad de 14 años, hasta el 55,3% a los 17 años (Tabla 5.17).

Los adolescentes varones presentaron significativamente mayor prevalencia de consumo de vino en los últimos treinta días, pero sólo a los 17 años de edad; aumentando para ambos sexos el porcentaje de consumo de vino desde el 36%, a la edad de 14 años, hasta el 60,7% a los 17 años de edad (Tabla 5.18).

Tabla 5.18. Prevalencia de consumo de vino en los últimos treinta días

Edad	Sexo		Total	Chi-cuadrado	p
	Hombre	Mujer			
14 años	46 35,7%	57 36,3%	103 36%	0,01	n.s.
15 años	89 42,4%	102 46,6%	191 44,5%	0,76	n.s.
16 años	129 55,4%	114 50,7%	243 53,1%	1,01	n.s.
17 años	114 66,3%	116 56,0%	230 60,7%	4,12	*

* p< 0,05

Respecto al consumo de licores en los últimos treinta días, no existió un consumo diferencial significativo de licores, tanto en varones como en mujeres, en ningún rango de edad. No obstante, se observó un aumento para ambos sexos de la prevalencia de consumo de licores desde el 35,9%, a la edad de 14 años, hasta el 65,3% a los 17 años.

En relación al consumo de combinados en los últimos treinta días, las adolescentes mujeres presentaron significativamente mayor prevalencia de su consumo, pero sólo a los 15 años de edad; aumentando para ambos sexos el porcentaje de consumo de combinados desde el 35,2%, a la edad de 14 años, hasta el 79,8% a los 17 años de edad (Tabla 5.19).

Tabla 5.19. Prevalencia de consumo de combinados en los últimos treinta días.

Edad	Sexo		Total	Chi-cuadrado	p
	Hombre	Mujer			
14 años	42 33,3%	57 36,8%	99 35,2%	0,30	n.s.
15 años	96 45,3%	126 57,8%	222 51,6%	6,74	***
16 años	160 68,7%	159 69,1%	319 68,9%	0,01	n.s.
17 años	142 82,1%	162 77,9%	304 79,8%	1,03	n.s.

*** p< 0,005

Los adolescentes varones presentaron significativamente mayor prevalencia de consumo de cannabis que las mujeres, tanto a los 14 como a los 16 años de edad; aumentando para ambos sexos el porcentaje de consumo de esta sustancia desde el 12,1%, a la edad de 14 años, hasta el 41,6% a los 17 años de edad (Tabla 5.20).

Tabla 5.20. Prevalencia de consumo de cannabis en los últimos treinta días

Edad	Sexo		Total	Chi-cuadrado	p
	Hombre	Mujer			
14 años	23 17,8%	11 7,2%	34 12,1%	7,36	***
15 años	45 22,0%	46 21,5%	91 21,7%	0,01	n.s.
16 años	88 37,8%	66 29,1%	154 33,5%	3,90	*
17 años	75 44,6%	80 39,0%	155 41,6%	1,20	n.s.

*** p< 0,005 / * p< 0,05

En cuanto al consumo frecuente de anfetaminas durante los últimos treinta días, las adolescentes mujeres de 17 años de edad presentaron significativamente mayor prevalencia de consumo de esta sustancia que los varones; aumentando para ambos sexos el porcentaje de consumo de esta sustancia desde el 1,1%, a la edad de 14 años, hasta el 7,8% a los 17 años de edad (Tabla 5.21).

En relación con el consumo de medicamentos antirreumáticos en los últimos treinta días, no existió diferencia significativa alguna entre adolescentes varones y mujeres. No obstante, el consumo de esta droga médica aumentó, para ambos sexos, desde el 13,8%, a la edad de 14 años, hasta el 20,6% a los 17 años de edad.

Tampoco se encontraron diferencias significativas entre adolescentes varones y mujeres en relación con el consumo de derivados morfínicos en los últimos treinta días. No obstante, el consumo de esta sustancia aumentó, para ambos sexos, desde el 4,1%, a la edad de 14 años, hasta el 7,8% a los 17 años de edad.

Tabla 5.21. Prevalencia de consumo de anfetaminas en los últimos treinta días

Edad	Sexo		Total	Chi-cuadrado	p
	Hombre	Mujer			
14 años	1 0,8%	2 1,4%	3 1,1%	0,19	n.s.
15 años	2 1,0%	5 2,4%	7 1,7%	1,15	n.s.
16 años	6 2,6%	9 4,2%	15 3,4%	0,80	n.s.
17 años	5 3,1%	23 11,7%	28 7,8%	9,02	***

*** p< 0,005

De la misma forma y respecto al consumo de medicamentos tranquilizantes, no hubo diferencia significativa alguna entre adolescentes varones y mujeres en relación con el consumo de esta sustancia en los últimos treinta días. Sin embargo, el consumo de esta sustancia aumentó, para ambos sexos, desde el 2,6%, a la edad de 14 años, hasta el 6,8% a los 17 años de edad.

La Tabla 5.22, presenta las prevalencias de consumo de cocaína en los últimos treinta días. La única diferencia estadísticamente significativa se produjo en los adolescentes de 16 años de edad, dándose una mayor prevalencia de consumo a favor de los varones. Asimismo, el consumo de esta sustancia aumentó para ambos sexos del 1,1% a los 14 años, al 6,2% a los 17 años de edad.

Tabla 5.22. Prevalencia de consumo de cocaína en los últimos treinta días

Edad	Sexo		Total	Chi-cuadrado	p
	Hombre	Mujer			
14 años	1 0,8%	2 1,4%	3 1,1%	0,21	n.s.
15 años	5 2,5%	6 2,8%	11 2,7%	0,04	n.s.
16 años	14 6,1%	4 1,9%	18 4,1%	5,07	*
17 años	11 6,8%	11 5,6%	22 6,2%	0,22	n.s.

* p< 0,05

Respecto al consumo de alucinógenos, no hubo diferencias significativas entre adolescentes varones y mujeres en relación con el consumo de esta sustancia en los últimos treinta días. Sin embargo, el consumo de esta sustancia aumentó para ambos sexos, desde el 1,1%, a la edad de 14 años hasta el 5,8% a los 17 años de edad.

Dado el escaso número de consumidores de heroína en los últimos treinta días en función de la edad y sexo de los adolescentes, no se produjo diferencia significativa alguna entre las comparaciones para cada uno de los rangos de edad; siendo, por otra parte, inexistente en el caso de las adolescentes mujeres de 15 a 17 años de edad.

Respecto a las prevalencias de consumo de drogas de síntesis en los últimos treinta días, no se observaron diferencias significativas en función del sexo de los adolescentes en las comparaciones realizadas para cada uno de los rangos de edad; siendo, por otra parte, inexistente el consumo de esta sustancia en las adolescentes mujeres de 14 años y alcanzando la mayor prevalencia del 2,5%, en ambos sexos, a los 17 años de edad.

Finalmente, respecto a las prevalencias de consumo de inhalantes en los últimos treinta días, tampoco se encontraron diferencias significativas en las comparaciones por sexo, aunque se percibe una disminución del consumo con la edad, pasando del 5,9% a los 14 años al 2% a los 17 años.

5.6.3. Análisis descriptivo del consumo de sustancias y las conductas agresivas situacionales en función del nivel de conducta antisocial de los adolescentes

A continuación, se presentan los resultados obtenidos del análisis de las conductas agresivas situacionales y consumo de sustancias, en función del nivel de conducta antisocial de los adolescentes. Para ello, se seleccionaron de la muestra total ($n=1629$), aquellos adolescentes con *bajos niveles de conducta antisocial*, por debajo del percentil 25 en la escala de Conducta Antisocial ASB, ($n = 418$; 176 hombres y 242 mujeres), y aquellos otros con *altos niveles de conducta antisocial*, por encima del percentil 75 en dicha escala ($n = 436$; 262 hombres y 174 mujeres). Asimismo, se utilizó la clasificación de drogas de comercio legal, ilegal y medicamentosas, siguiendo para ello los resultados previos obtenidos por Muñoz-Rivas, Graña y Cruzado (2000).

Con el objetivo de evidenciar si las diferentes manifestaciones de la conducta antisocial tienden a aparecer de forma conjunta o no, fue comparado el alto o bajo nivel de conducta antisocial de los adolescentes con dos de los parámetros que se utilizaron en los apartados anteriores: a) la prevalencia de consumo de drogas legales, ilegales y medicamentosas; y b) la prevalencia de comportamientos agresivos situacionales, desechando los otros comportamientos graves o violentos por estar ya medidos como una conducta antisocial más dentro de la ASB.

De los resultados obtenidos, tras analizar la prevalencia del consumo de drogas ilegales en función del nivel de conducta antisocial (Tabla 5.23) se extraen las siguientes conclusiones:

- a) El 52,2% de los adolescentes con altos niveles de conducta antisocial, consumen frecuentemente *cannabis*, mientras que sólo el 10,1% de los sujetos con baja conducta antisocial lo hacen (10,1% vs. 52,2%, $\chi^2 = 163,81$; $p < 0,001$).
- b) Existieron diferencias significativas en cuanto al consumo frecuente de *anfetaminas* en función del nivel de conducta antisocial de los sujetos (1,6% vs. 7,2%, $\chi^2 = 14,51$; $p < 0,001$), de forma que los adolescentes con un mayor nivel de conducta antisocial presentaron mayor consumo frecuente de anfetaminas.
- c) El 9,6% de los adolescentes con altos niveles de conducta antisocial manifestaron consumir frecuentemente *cocaína*, frente a el 0,5% de los adolescentes con bajos niveles de conducta antisocial (0,5% vs. 9,6%, $\chi^2 = 33,01$; n.s.).

- d) Los adolescentes con alto nivel de conducta antisocial manifestaron consumir frecuentemente *alucinógenos* en un 8,5%, frente al 1% de los adolescentes con bajo nivel de conducta antisocial (1% vs. 8,5%, $\chi^2 = 23,62$; n.s.)
- e) Ningún adolescente con bajos niveles de conducta antisocial refiere consumir frecuentemente *heroína*, mientras que el 1,5% con altos niveles de conducta antisocial sí lo hacen (0% vs. 1,5%).
- f) En relación al consumo frecuente de *drogas sintéticas*, el 4,9% de los adolescentes con altos niveles de conducta antisocial manifestaron consumir esta sustancia, frente a un 0,3% de aquellos con bajos niveles de conducta antisocial (0,3% vs. 4,9%, $\chi^2 = 16,36$; n.s.).
- g) En relación al consumo frecuente de *inhalantes*, no se dieron diferencias significativas en cuanto al nivel de conducta antisocial de los sujetos (4,2% vs. 5,7%, $\chi^2 = 0,92$; n.s.).

Tabla 5.23. Prevalencia de consumo de drogas de comercio ilegal en función del nivel de conducta antisocial

	Baja conducta antisocial	Alta conducta antisocial	Total
<i>Cannabis</i>	39 10,1%	221 52,2%	260 32,2%
<i>Anfetaminas</i>	6 1,6%	29 7,2%	35 4,4%
<i>Cocaína</i>	2 0,5%	39 9,6%	41 5,2%
<i>Alucinógenos</i>	4 1%	35 8,5%	39 4,9%
<i>Heroína</i>	0 0%	6 1,5%	6 0,8%
<i>Drogas sintéticas</i>	1 0,3%	20 4,9%	21 2,7%
<i>Inhalantes</i>	16 4,2%	23 5,7%	39 5%

De los resultados obtenidos, tras analizar la prevalencia del consumo de drogas medicamentosas en función del nivel de conducta antisocial (Tabla 5.24) se extraen las siguientes conclusiones:

- a) El 20,5% de adolescentes con altos niveles de conductas antisocial manifestaron consumir frecuentemente *antirreumáticos*, mientras que sólo lo hacían el 12% de los adolescentes con un bajo nivel de conducta antisocial (12% vs. 20,5%, $\chi^2 = 10,52$; $p < 0,005$).
- b) Sólo un 4,7% de los adolescentes con bajo nivel de conducta antisocial refiere consumir frecuentemente *derivados morfinicos*, mientras que el 8,6% con altos

niveles de conducta antisocial consume frecuentemente esta sustancia (4,7% vs. 8,6%, $\chi^2 = 4,67$; $p < 0,05$).

- c) Sin embargo, no existieron diferencias estadísticamente significativas en el consumo frecuente de medicamentos *tranquilizantes* en función del grado de conducta antisocial de los adolescentes (4,2% vs. 7,3%, $\chi^2 = 3,50$; n.s.).

Tabla 5.24. Prevalencia de consumo de drogas medicamentosas en función del nivel de conducta antisocial

	Baja conducta antisocial	Alta conducta antisocial	Total
<i>Antirreumáticos</i>	46 12%	85 20,5%	131 16,4%
<i>Derivados morfinicos</i>	18 4,7%	35 8,6%	53 6,8%
<i>Tranquilizantes</i>	16 4,2%	30 7,3%	46 5,8%

De los resultados obtenidos, tras analizar la prevalencia del consumo de drogas legales en función del nivel de conducta antisocial (Tabla 5.25) se extraen las siguientes conclusiones:

- a) *Muy significativamente, el 73,6% de los adolescentes con altos niveles de conducta antisocial, manifestaron consumir frecuentemente tabaco*, frente a un 23,1% de aquellos con bajos niveles de conducta antisocial (23,1% vs. 73,6%, $\chi^2 = 206,72$; $p < 0,001$).
- b) El 67,7% de los adolescentes con conducta antisocial elevada, consumen frecuentemente *cerveza* en comparación con los adolescentes de bajo nivel de conducta antisocial, que tan sólo consumen en un 17,9% (17,9% vs. 67,7%, $\chi^2 = 200,26$; $p < 0,001$).
- c) Igualmente, se dieron importantes diferencias significativas en cuanto al consumo referido de *vino*, de modo que los adolescentes con altos niveles de conducta antisocial informaron de mayor consumo frecuente de vino que aquellos con bajos niveles (22,1% vs. 70,7%, $\chi^2 = 191,79$; $p < 0,001$).
- d) El 77,9% de los adolescentes con altos niveles de conducta antisocial manifestaron consumir *licores*, frente al 26% de los adolescentes con bajos niveles de conducta antisocial (26% vs. 77,9%, $\chi^2 = 218,99$; $p < 0,001$).
- e) Finalmente, un 82,5% de aquellos adolescentes con altos niveles de conducta antisocial manifestaron consumir frecuentemente *combinados*, mientras que sólo un 34,9% de aquellos adolescentes con bajos niveles de conducta antisocial, lo afirmaron (34,9% vs. 82,5%, $\chi^2 = 191,93$; $p < 0,001$).

Tabla 5.25. Prevalencia de consumo de drogas de comercio legal en función del nivel de conducta antisocial

	Baja conducta antisocial	Alta conducta antisocial	Total
Tabaco	89 23,1%	310 73,6%	399 49,4%
Cerveza	68 17,9%	285 67,7%	353 44,1%
Vino	86 22,1%	299 70,7%	385 47,4%
Licores	101 26%	331 77,9%	432 53,1%
Combinados	136 34,9%	350 82,5%	486 59,7%

De los resultados obtenidos, tras analizar la prevalencia de conductas agresivas situacionales en función del nivel de conducta antisocial (Tabla 5.26) se extraen las siguientes conclusiones:

- Los adolescentes con altos niveles de conducta antisocial manifestaron significativamente mayor prevalencia de conductas agresivas reactivas, hostiles, por ansiedad/estrés y defensivas que aquellos con bajos niveles de conducta antisocial (65,4% vs. 85%, $\chi^2 = 43,53$; $p < 0,001$ / 16,2% vs. 44,9%, $\chi^2 = 81,64$; $p < 0,001$ / 25,7% vs. 59,8%, $\chi^2 = 99,98$; $p < 0,001$ / 51,9% vs. 84,1%, $\chi^2 = 99,60$; $p < 0,001$).
- Los adolescentes con altos niveles de conducta antisocial, por el contrario, manifestaron significativamente en menor medida conductas agresivas planificadas (92,3% vs. 83,8%, $\chi^2 = 14,30$; $p < 0,001$); y mayores conductas agresivas impulsivas que los adolescentes con bajos niveles de conducta antisocial (64,6% vs. 86,1%, $\chi^2 = 53,3$; $p < 0,001$).

Tabla 5.26. Prevalencia de conductas agresivas situacionales en función del nivel de conducta antisocial

	Baja conducta antisocial	Alta conducta antisocial	Total
Agresión reactiva	268 65,4%	367 85%	635 75,4%
Agresión hostil	67 16,2%	195 44,9%	262 30,9%
Agresión por ansiedad o estrés	106 25,7%	259 59,8%	365 43,2%
Agresión defensiva	209 51,9%	359 84,1%	568 68,4%
Agresión planificada	372 92,3%	361 83,8%	733 87,9%
Agresión impulsiva	266 64,6%	373 86,1%	639 75,6%

5.7. Resumen de resultados

A continuación se presentan los principales resultados que se han obtenido en el presente estudio centrado en el análisis descriptivo de la conducta antisocial en adolescentes en función de sus diversas manifestaciones.

En relación a la prevalencia de comportamientos graves y/o violentos en función de la edad y sexo en los adolescentes:

a) Los adolescentes varones presentaron porcentualmente una mayor prevalencia que las adolescentes mujeres en todos los rangos de edad, en *destrucción de mobiliario urbano u otros objetos en la calle, parques o jardines y en el ámbito escolar*, siendo para éste último significativo de los 15 a los 17 años.

b) Los adolescentes varones mostraron significativamente, en todos los rangos de edad, mayor prevalencia de *robos en colegios*; mayor prevalencia de *robo en tiendas o coches* a los 17 años de edad; de *robo de dinero* a la edad de 16 y 17 años y, finalmente, una mayor prevalencia de *allanamiento y robo en propiedades ajenas* a los 14, 15 y 16 años de edad.

c) La prevalencia de *actos vandálicos y uso de armas* fue significativamente mayor en los adolescentes varones en todos los rangos de edad.

d) En general, los adolescentes varones manifestaron en mayor medida *actitudes violentas hacia el colectivo de los “pijos”*, en comparación con las adolescentes mujeres, tanto a los 14 y 15 años, como a los 17; hacia el colectivo étnico de los *gitanos* desde los 14 a los 16 años de edad y, finalmente, hacia la *población árabe* a los 14, 15 y 17 años de edad.

e) Los adolescentes varones presentaron mayor prevalencia de *conductas agresivas en situaciones de ansiedad o estrés* que las mujeres; siendo significativas tales prevalencias desde los 14 a los 16 años de edad.

f) Los varones presentaron, a su vez, mayor prevalencia de *conductas agresivas reactivas en respuesta a una agresión previa* en todos los rangos de edad, siendo significativas a los 16 y 17 años.

g) Los adolescentes varones informaron significativamente de mayores prevalencias de *conductas agresivas en defensa de otras personas* en todos los rangos de edad.

h) Los varones significativamente informaron de mayor prevalencia de *conductas agresivas realizadas por sus amigos o conocidos* en todos los rangos de edad.

En relación a la prevalencia de consumo de sustancias en función de la edad y sexo en los adolescentes:

a) Las adolescentes mujeres, en comparación con los varones, presentaron significativamente mayor prevalencia de consumo frecuente de *tabaco* en todos los rangos de edad, de *combinados* a los 15 años y, finalmente, de *anfetaminas* a los 17 años de edad.

b) Los adolescentes varones, en comparación con los mujeres, presentaron significativamente mayor prevalencia de consumo de *cerveza* en los últimos treinta días a la edad de 16 y 17 años y, de *vino* a los 17 años de edad.

c) Los adolescentes varones presentaron significativamente mayor prevalencia de consumo de *cannabis* que las mujeres, tanto a los 14 como a los 16 años de edad

d) En cuanto a las drogas ilegales, la única diferencia estadísticamente significativa se produjo en los adolescentes de 16 años de edad, dándose una mayor prevalencia de consumo de *cocaína* a favor de los varones.

En relación a la prevalencia de consumo de sustancias y conductas agresivas situacionales en relación con el nivel de conducta antisocial de los adolescentes:

En último lugar, con respecto al consumo de sustancias y conductas agresivas situacionales en función con el nivel de conducta antisocial presente en los adolescente, las conclusiones más relevantes del estudio realizado son:

a) El 52,2% de los adolescentes con altos niveles de conducta antisocial, consumen frecuentemente *cannabis*.

b) El 9,6% de los adolescentes con altos niveles de conducta antisocial manifestaron consumir frecuentemente *cocaína*, en un 7,2% un consumo frecuente de *anfetaminas*, *alucinógenos* en un 8,5%, *heroína* en un 1,5% y, finalmente, *drogas sintéticas* en un 4,9%.

c) El 20,5% de adolescentes con niveles de conducta antisocial elevada manifestaron consumir frecuentemente *antirreumáticos* y *derivados morfinicos* en un 8,6%.

d) El 73,6% de los adolescentes con altos niveles de conducta antisocial manifestaron consumir frecuentemente *tabaco*, el 67,7% de los adolescentes con conducta antisocial elevada consumen frecuentemente *cerveza*, el 70,7% consumen *vino y licores* en un 77,9% y, finalmente, el 82,5% de los encuestados consumen *combinados*.

e) Los adolescentes con altos niveles de conducta antisocial manifestaron significativamente mayor prevalencia de *agresiones reactivas*, *hostiles*, *por ansiedad/estrés* y *defensivas* que aquellos con bajos niveles de conducta antisocial

f) Los adolescentes con altos niveles de conducta antisocial manifestaron significativamente y en menor medida *agresiones planificadas* y mayor *agresiones impulsivas* que los adolescentes con bajos niveles de conducta antisocial.

Como conclusiones generales, señalar que los resultados han puesto de manifiesto la existencia de diferencias significativas entre los niveles de conducta antisocial manifestada por los adolescentes de la muestra, el consumo de drogas legales e ilegales y la manifestación de comportamientos graves, agresivos y/o violentos.

Se evidenció que fueron aquellos adolescentes con altos niveles de conducta antisocial los que mayores prevalencias de consumo para todas las sustancias y conductas agresivas

situacionales presentaron, apoyando la idea de que las diferentes manifestaciones de la conducta antisocial tienden a parecer de forma conjunta.

Si tenemos en cuenta la edad y el sexo de los adolescentes, también se encontraron diferencias significativas para cada una de las manifestaciones analizadas en relación al comportamiento antisocial. El sexo varón, en general, es el que mas conductas antisociales presenta en relación a la prevalencia de conductas graves y/o violentas. Respecto al consumo de sustancias, y a pesar de que el varón también presenta mayores prevalencias respecto a las mujeres, se observa como las diferencias son cada vez menos significativas, llegando incluso a superar a los varones en el consumo de tabaco, combinados y anfetaminas.

De la misma forma, y sin olvidar las limitaciones que presenta un estudio transversal de estas características, podemos observar en general, como las prevalencias obtenidas para el consumo de drogas va siendo más frecuente según aumenta el rango de edad evaluado y, por el contrario, la manifestación de conductas agresivas y/o violentas, aunque presentan su mayor aumento durante la adolescencia (14-15 años), se observa un ligera tendencia hacia la disminución con la edad, sobre todo a partir de la adolescencia más tardía (17 años).

Para finalizar, se exponen dos Tablas Resumen, donde se reflejan, por un lado (Tabla Resumen 5.27.), las conductas antisociales que han mostrado en sus prevalencias diferencias significativas en relación con la edad y el sexo de los adolescentes en función de los parámetros o manifestaciones de la conducta antisocial: consumo de drogas y conductas graves y/o violentas; y, por otro, las prevalencias más relevantes en cuanto al consumo de sustancias y la presencia de conductas agresivas situacionales también en función de los niveles de conducta antisocial presentados por los adolescentes (Tabla Resumen 5.28).

Tabla 5.27. Diferencias significativas en las prevalencias de las diferentes manifestaciones de la conducta antisocial en función del sexo y la edad

Conductas antisociales		Diferencias en la prevalencia de conductas antisociales en función de la edad y sexo							
		14 años		15 años		16 años		17 años	
		Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer
Consumo de Drogas	tabaco	29,9	40,7*	39,4	57****	49,1	58,5*	54,3	68,4***
	cerveza	24,6	17,9	35,1	34,6	54,3*	45,8	66,1****	46,3
	vino	35,7	36,3	42,4	46,6	55,4	50,7	66,3*	56
	combinados	33,3	36,8	45,3	57,8***	68,7	69,1	82,1	77,9
	cannabis	17,8***	7,2	22	21,5	37,8*	29,1	44,6	39
	anfetaminas	0,8	1,4	1	2,4	2,6	4,2	3,1	11,7***
	cocaína	0,8	1,4	2,5	2,8	6,1*	1,9	6,8	5,6
Conductas graves y/o violentas	agresión en respuesta a ansiedad o estrés	48,9**	33,1	50**	37,7	47,5*	38	38,3	34
	agresión reactiva	73,9	66,7	76,3	74,8	82,7***	69,5	76,8*	65,1
	agresión en defensa de otras personas	30****	12,9	22,5**	12,6	21,3***	11	20,3**	11,4
	agresión ejercida por los amigos	48,2***	30	50****	33,2	51,9****	33,2	47,4***	32,2
	destrucción de mobiliario urbano y objetos en la calle, parques, jardines	23,8***	10	25***	13,4	26,6****	10,5	29,2****	12,3
	destrucción mobiliario-objetos en los colegios	7,7	2,9	13,4**	5,8	12,4*	6,7	10,1*	4,7
	robo en tiendas o coches	22,1	23,5	24,8	21,2	28,8	25,1	29,9*	19,2
	robo en el colegio	10,7*	4,1	16,5*	10,1	15,7***	6,8	15,8***	5,9
	robo de dinero	8,6	8,3	13,9	11,2	19,2*	11,5	23,6**	12,9
	allanamiento en propiedades ajenas y robo	5,7*	1,2	8,3*	2,8	8,2***	1,7	6,8	4,4
	vandalismo	15,1***	4,2	17,7****	4,2	13,7****	3	16,6****	3,5
	uso de armas	8,6***	1,2	11,5***	4,1	11,9****	1,7	6,8*	2
	actitudes violentas hacia los "pijos"	14***	3,5	12,5***	4	7,9	5	11,2***	2,8
	actitudes violentas hacia los "gitanos"	10,5***	2,9	10,3****	1,8	7,9*	3,4	9	4,3
	actitudes violentas hacia los "árabes"	7,7*	1,8	10,7*	4,5	5,8	4,2	9,6*	4,3

**** p< 0,001 / *** p< 0,005 / ** p< 0,01 / * p< 0,05

Tabla 5.28. Prevalencias de las diferentes manifestaciones de la conducta antisocial en función de su nivel general

Parámetros de la conducta antisocial		Niveles de conducta antisocial		
		CA baja	CA alta	Total
Consumo de drogas ilegales	Cannabis	10,1****	52,2****	32,2%
	Anfetaminas	1,6****	7,2****	4,4%
	Cocaína	0,5%	9,6%	5,2%
	Alucinógenos	1%	8,5%	4,9%
	Heroína	0%	1,5%	0,8%
	Drogas sintéticas	0,3%	4,9%	2,7%
	Inhalantes	4,2%	5,7%	5%
Consumo de drogas legales	Tabaco	23,1****	73,6****	49,4%
	Cerveza	17,9****	67,7****	44,1%
	Vino	22,1****	70,7****	47,4%
	Licores	26****	77,9****	53,1%
	Combinados	34,9****	82,5****	59,7%
Drogas medicamentosas	Antirreumáticos	12***	20,5***	16,4%
	Derivados morfínicos	4,7*	8,6*	6,8%
	Tranquilizantes	4,2%	7,3%	5,8%
Conductas agresivas situacionales	Agresión reactiva	65,4****	85****	75,4%
	Agresión hostil	16,2****	44,9****	30,9%
	Agresión por ansiedad o estrés	25,7****	59,8****	43,2%
	Agresión defensiva	51,9****	84,1****	68,4%
	Agresión planificada	92,3****	83,8****	87,9%
	Agresión impulsiva	64,6****	86,1****	75,6%

**** p< 0,001 / *** p< 0,005 / ** p< 0,01 / * p< 0,05

VALOR PREDICTIVO DE LOS FACTORES PSICOSOCIALES ASOCIADOS A LA CONDUCTA ANTISOCIAL

6.1. Introducción

La conducta antisocial, en la actualidad, es entendida como un fenómeno de múltiples causas y determinantes, por lo que, desde la prevención, conseguir un modelo integrador de todos aquellos factores que de una forma u otra pueden contribuir no sólo a su mantenimiento sino a su inicio, es todavía un reto para todos los profesionales interesados en este campo.

Son muchas las variables que se han asociado repetidamente a la conducta antisocial adolescente señalando el papel que éstas podían ocupar como importantes factores de riesgo, al asumir que muchas de ellas parecen, con mayor o menor consistencia, incrementar o reducir la probabilidad de que el adolescente desarrolle este tipo de comportamientos. La investigación en este campo abarca diversas áreas de estudio que van desde un ámbito más ambiental o contextual hasta otros más cercanos al individuo y a su entorno familiar, de amigos o escolar. A pesar de todo el trabajo ya realizado, la diversidad de los resultados obtenidos hace necesario seguir aportando datos que puedan matizar los existentes, aclarando y especificando el valor y el peso específico de cada una de estas variables, con el objetivo de alcanzar un mayor ajuste en la explicación de tales conductas y, sobre todo, en los programas preventivos destinados a los adolescentes.

Es éste el punto de partida del presente trabajo, cuya propuesta se centra de forma genérica, en determinar la existencia y el valor predictivo de algunos de los factores de riesgo y de protección que parecen mantener una relación con el inicio de conductas antisociales en una muestra de jóvenes de la Comunidad de Madrid.

De esta forma, se han tomado en consideración exclusivamente variables de carácter psicosocial, por ser éstas las que han mostrado una mayor relevancia en la comprensión y explicación de la conducta antisocial y además, por ser posiblemente las que mejor puedan ser manejadas desde el ámbito de la prevención dentro la psicología.

En los siguientes apartados, se presentan de forma detallada tanto los objetivos perseguidos como aquellos datos referentes a la metodología y diseño utilizados en la presente investigación.

6.2. Objetivos

El segundo estudio empírico tiene cuatro objetivos básicos:

OBJETIVO 1: determinar en primer lugar la forma en la que se asocian los consumos de las diferentes sustancias consideradas (tabaco, alcohol, cannabis, fármacos antiirreumáticos y tranquilizantes, derivados morfínicos, estimulantes, cocaína, heroína, inhalantes y drogas de síntesis), aislando aquellos grupos cuyo uso tiende a presentarse de un modo conjunto en la muestra de adolescentes.

OBJETIVO 2: determinar la capacidad predictiva de cada una de las variables consideradas, estimando el peso específico de cada una de ellas, en el intento de establecer un perfil específico o un conjunto de factores especialmente asociados a la conducta antisocial.

OBJETIVO 3: presentar distintos modelos de riesgo y protección en función de su valor predictivo, que sirvan como base para la construcción y diseño de distintos modelos explicativos en función del sexo y rango de edad de los adolescentes.

6.3. Hipótesis

En primer lugar, con respecto a la forma en la que se presentan las **sustancias de consumo** tal y como son utilizadas por los adolescentes que realizan un uso frecuente de las mismas y su relación con la conducta antisocial, se propusieron las siguientes hipótesis:

HIPÓTESIS 1: se presentará un patrón típico en el que el uso de cada una de las sustancias de análisis no aparecerá de forma aislada sino conjuntamente con otras, señalando tendencias más cercanas al policonsumo que al consumo único y exclusivo de cualquiera de las drogas de estudio.

HIPÓTESIS 2: las sustancias de consumo aparecerán agrupadas en función de la naturaleza de las mismas obteniéndose, así, un grupo conformado por aquellas que suponen un primer paso hacia el consumo de drogas (alcohol y tabaco), un segundo grupo formado por fármacos (estimulantes, antiirreumáticos y tranquilizantes) y, el tercero, por sustancias que integran la última etapa de involucración del adolescente en el consumo de drogas (cannabis, cocaína y drogas de síntesis).

HIPÓTESIS 3: el consumo de sustancias será pronosticador significativo de la conducta antisocial.

En segundo lugar, en relación a las principales **variables bioevolutivas** como son el sexo y la edad y su relación con la conducta antisocial, se planteó la siguiente hipótesis:

HIPÓTESIS 4: ser varón y tener un mayor rango de edad predecirán una mayor tendencia hacia la conducta antisocial.

En tercer lugar, teniendo en consideración los datos empíricos presentados en la parte de conceptualización que avalan la relación entre diversas **variables de carácter psicosocial**

y la conducta antisocial en población adolescente, se plantearon las siguientes hipótesis de trabajo:

a) Variables psicológicas

HIPÓTESIS 5: el autoconcepto, la empatía y la depresión son pronosticadores significativos de la conducta antisocial, de tal forma que la presencia de un autoconcepto negativo, baja autoestima, baja empatía y depresión predecirán un mayor comportamiento antisocial.

HIPÓTESIS 6: la búsqueda de sensaciones entendida como característica de la personalidad es un pronosticador significativo de la conducta antisocial.

Corolario 1: la desinhibición predice un mayor comportamiento antisocial.

Corolario 2: la búsqueda de excitación y emociones predicen un mayor comportamiento antisocial.

HIPÓTESIS 7: la agresividad, la impulsividad y el autocontrol son pronosticadores significativos de la conducta antisocial, por lo que la presencia de alta agresividad, alta impulsividad y bajo autocontrol predecirán una mayor tendencia hacia los comportamientos antisociales.

HIPÓTESIS 8: los recursos personales y valores ético-morales son pronosticadores significativos de la conducta antisocial, en el sentido de que su presencia reduce la tendencia de conductas antisociales.

Corolario 1: la práctica religiosa y actividades deportivas predecirán un menor comportamiento antisocial.

b) Variables familiares

HIPÓTESIS 9: la estructura y situación actual de convivencia familiar son pronosticadores significativos del comportamiento antisocial.

Corolario 1: el convivir con personas distintas a los padres o con uno solo de los progenitores, predice una mayor tendencia de conductas antisociales.

Corolario 2: el ser hijo único predice también mayor conducta antisocial.

HIPÓTESIS 10: la existencia de reglas y normas explícitas de convivencia familiar son un pronosticador significativo de la conducta antisocial, por lo que su presencia predecirán una menor tendencia de conducta antisocial.

HIPÓTESIS 11: la satisfacción de las relaciones familiares es un pronosticador significativo de la conducta antisocial, por lo que su presencia predecirá una menor tendencia hacia comportamientos antisociales.

HIPÓTESIS 12: la comunicación familiar es un pronosticador significativo del comportamiento antisocial, en el sentido de que la existencia de comunicación positiva entre el adolescente y sus padres predecirá una menor frecuencia de las mismas.

HIPÓTESIS 13: el conflicto familiar es un pronosticador significativo del comportamiento antisocial, de tal forma que su existencia predice una mayor conducta antisocial en los hijos.

c) Variables escolares

HIPÓTESIS 14: el fracaso académico y el absentismo escolar es un pronosticador significativo de la conducta antisocial, por lo que su presencia predecirán una mayor tendencia hacia la conducta antisocial.

HIPÓTESIS 15: la implicación del adolescente con el centro escolar es un pronosticador significativo de la conducta antisocial, de modo que una buena valoración de la enseñanza escolar predice una menor tasa de conductas antisociales.

c) Variables relacionadas con el grupo de iguales

HIPÓTESIS 16: el tener amigos violentos y el participar en peleas junto a ellos por dejarte convencer, no diferenciarte o no quedar mal frente a ellos predecirán una mayor tendencia hacia la conducta antisocial.

6.4. Método

6.4.1. Muestra

Para el presente estudio, se utilizó una muestra final de 1.629 participantes (786 hombres y 843 mujeres), con edades comprendidas entre los 14 y los 17 años de edad. La edad media de toda la muestra fue de 15,6; siendo la desv. típ. de 1,05. Por sexos, tanto la edad media de los varones como de las mujeres fue de 15,6; siendo la desv. típ. de 1,03 para los hombres, y de 1,07 para las mujeres. El total de los participantes fue extraído de seis Centros Escolares (Colegios e Institutos) de Madrid, pertenecientes al Municipio de Majadahonda.

Los centros escolares fueron seleccionados al azar de un total de diez que fueron propuestos inicialmente como posibles participantes por tener características similares y contar con la colaboración de los respectivos Departamentos de Orientación. Dentro de cada uno de los centros de enseñanza, el muestreo se realizó por conglomerados tomando el aula como unidad muestral. Se eligió al azar las aulas participantes de cada curso de Enseñanza Secundaria Obligatoria y Bachillerato tomando en consideración la disponibilidad de los profesores y de los alumnos dependiendo del programa de la asignatura.

Todos los sujetos participaron de forma voluntaria en el desarrollo de la prueba y eran conocedores de que ésta formaba parte de una investigación realizada desde la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid.

Para cualquier duda sobre el proceso de selección de los centros incluidos en la investigación o de la población objeto de estudio, consultar el capítulo IV, en el que se expone detalladamente los datos referentes al muestreo y la caracterización de la muestra utilizada.

6.4.2. Diseño

Este segundo estudio empírico de naturaleza predictiva, responde a un diseño de corte transversal, ya que en el momento de realizar el estudio parte de los componentes de la muestra seleccionada presentaban conductas antisociales. Además, en este caso, por la naturaleza de los análisis llevados a cabo, se ajustó a un diseño multivariante en el que se estimó, por una parte, las relaciones que guardan entre sí las distintas variables analizadas, y por otra, el poder predictivo de los factores de riesgo psicobioevolutivos, personales, familiares, escolares y de personalidad en la conducta antisocial de los adolescentes.

6.4.3. Instrumentos

Para el presente estudio se utilizó, por un lado, la primera parte con formato de *encuesta* del instrumento de evaluación comentado detalladamente en el capítulo IV de la presente tesis doctoral (véase Anexo I), que hace referencia al análisis de distintas variables psicológicas y de socialización (familiares, escolares y del grupo de iguales). Por otra, se utilizaron las cinco escalas de evaluación psicológica y sus correspondientes subescalas incluidas en el instrumento general de evaluación. Estas son: la *Escala de conducta antisocial (ASB)*; el *Cuestionario de Agresión (AQ)*; la *Escala de búsqueda de sensaciones para niños y adolescentes (EBS-J)* y, finalmente, la *Escala de impulsividad, afán de aventura y empatía (IVE-J)* con las subescalas: escala de impulsividad, escala de afán de aventura y escala de empatía; el *Cuestionario de evaluación del autoconcepto (AC)* con las subescalas: Autoconcepto negativo, Autoconcepto positivo y Autoconcepto-Autoestima y, finalmente, la *Escala de evaluación de la depresión (EED)* con las subescalas: escala de depresión y escala de felicidad.

6.4.4. Variables

• Variables a predecir

Como variable criterio se eligió la manifestación durante el último año de conductas que infringen las reglas o normas sociales y/o sean una acción contra los demás, englobando así tanto conductas meramente problemáticas como otras propiamente predelictivas o delictivas, medidas por la *Escala de Conducta Antisocial* (Silva et al., 1986), versión adaptada de la escala ASB desarrollada por Allsop y Feldman (1976).

Para el estudio de la fiabilidad del instrumento, se tuvo en cuenta tanto la consistencia interna del mismo, aplicando el coeficiente alfa de Cronbach, obteniéndose un índice de 0,92, como la estabilidad temporal, que ofreció un índice de 0,67 para un intervalo temporal de 4 meses y de 0,62 para el de un año.

• Variables predictoras

A continuación, se presenta el listado de todas las variables agrupadas en función de los factores globales a los que hacen referencia, presentando su correspondencia con cada uno de los ítems o de las escalas a través de los que se realizó su estimación (Cuadro 6.1.).

a) Variables bioevolutivas

Se utilizaron como principales variables bioevolutivas, por su contrastado valor modulador de la conducta antisocial, la edad y el sexo de los sujetos.

c) Consumo de sustancias

En el estudio se utilizaron un total de 15 sustancias de comercio legal, ilegal así como de drogas médicas, consideradas cada una de ellas en función de la frecuencia de consumo frecuente de las mismas (llevado a cabo por los adolescentes encuestados durante el mes previo a la realización de la encuesta). Para determinar cómo estaban relacionadas dichas sustancias entre sí, se realizó un Análisis Factorial como primer paso para el desarrollo del presente trabajo, que se presenta de forma pormenorizada en el apartado siguiente de resultados. Asimismo, dichas sustancias quedaron agrupadas de la siguiente forma:

1. *Drogas legales*. Es el grupo conformado por aquellas sustancias que saturaron en un primer factor denominado de esta forma porque en él aparecieron incluidas la totalidad de las drogas de comercio legal (tabaco, cerveza, vino, licores y combinados) consideradas en el estudio además del cannabis.
2. *Drogas médicas*. Es el grupo conformado por aquellas sustancias que saturaron en un segundo factor denominado de esta forma porque en él se incluyeron la mayor parte de los fármacos y sustancias incluidas en el estudio que requieren una prescripción médica para su obtención. Así pues, esta segunda variable estuvo compuesta por los fármacos antirreumáticos y tranquilizantes, estimulantes y derivados morfinicos.
3. *Drogas ilegales*. Es el grupo formado por aquellas sustancias que saturaron en un tercer factor denominado así porque en él resultaron todas aquellas drogas de comercio ilegal consideradas en el presente estudio: cannabis, cocaína y drogas de síntesis.

d) Recursos personales y valores ético-morales

- Participación en asociaciones políticas, culturales o deportivas.
- Práctica de deportes.
- Práctica religiosa.

e) Variables escolares

- Nota media global en el último curso.
- Repetición de curso.
- Valoración de la enseñanza escolar.
- Absentismo.
- Adaptación escolar (relaciones positivas con profesores y compañeros).

f) Variables familiares

- Situación actual de convivencia.
- Estructura familiar.
- Grado de satisfacción con las relaciones familiares.

- Grado de conflictividad familiar.
- Nivel de comunicación familiar.
- Reglas y normas a nivel familiar.

g) Variables relacionadas con el grupo de iguales

- Tener amigos violentos
- Ejercer violencia por la presión del grupo
- Ejercer violencia por no diferenciarte del grupo
- Participar en peleas por no quedar mal frente al grupo

h) Variables personales

- Relaciones sexuales tempranas.
- Autocontrol.
- Autoconcepto/autoestima.
- Autoconcepto positivo.
- Autoconcepto negativo.
- Depresión.
- Felicidad.
- Impulsividad.
- Afán de aventura.
- Empatía.
- Agresividad.
- Búsqueda de emociones.
- Búsqueda de excitación.
- Desinhibición.
- Susceptibilidad al aburrimiento.

En conjunto, se consideraron un total de seis grupos de variables que se evaluaron a través de los ítems integrados en el cuestionario con formato de encuesta, escalas y sub-escalas de evaluación psicológica. A continuación, se presenta el listado de todas ellas agrupadas en función de los factores globales a los que hacen referencia, presentando su correspondencia con cada uno de los ítems o de las escalas a través de los que se realizó su estimación (Cuadro 6.1.).

Cuadro 6.1. Listado de variables predictoras y predictivas para el análisis de regresión

Variables predictoras	
1. Conductas antisociales.	Escala ASB
Variables predictivas	
1. Variables bioevolutivas. - Edad. - Sexo. 2. Consumo de sustancias: - Drogas legales. - Drogas ilegales. - Drogas médicas 3. Recursos personales y valores ético-morales: - Participación en asociaciones políticas, culturales o deportivas. - Práctica de deportes. - Práctica religiosa. 4. Variables escolares. - Nota media global en el último curso. - Repetición de curso. - Valoración de la enseñanza escolar. - Absentismo. - Adaptación escolar (relación con profesores y compañeros). 5. Variables familiares. - Situación actual de convivencia. - Estructura familiar. - Grado de satisfacción en la relación familiar. - Grado de conflictividad familiar. - Nivel de comunicación familiar. - Reglas y normas. 6. Variables relacionadas con el grupo de iguales - Tener amigos violentos - Ejercer violencia por la presión del grupo - Ejercer violencia por no diferenciarse del grupo - Participar en peleas por no quedar mal frente al grupo 6. Variables personales. - Relaciones sexuales tempranas. - Autocontrol. - Autoconcepto/autoestima. - Autoconcepto positivo. - Autoconcepto negativo. - Depresión. - Felicidad. - Impulsividad. - Afán de aventura. - Empatía. - Agresividad. - Búsqueda de emociones. - Búsqueda de excitación. - Desinhibición. - Susceptibilidad al aburrimiento.	- Datos sociodemográficos. - Análisis factorial de las sustancias. - Ítems 8, 9 y 10. - Ítem 37. - Ítem 36. - Ítem 38. - Dato sociodemográfico. - Ítem 39. - Ítem 43. - Ítems 41 y 42. - Ítem 11. - Ítem 12. - Ítem 13. - Ítem 14. - Ítem 19 a 28. - Ítem 29. - Ítem 48 - Ítem 47 - Ítem 49 - Ítem 50 - Ítem 44. - Ítems 50a, 53a, 53b y 53c. - Escala AC. - Escala AC. - Escala AC. - Escala EED. - Escala EED. - Escala IVE-J. - Escala IVE-J. - Escala IVE-J. - Escala AQ. - Escala EBS-J. - Escala EBS-J. - Escala EBS-J. - Escala EBS-J.

6.4.5. Análisis de datos

Se llevaron a cabo diversos análisis estadísticos en fases consecutivas en función de los objetivos de investigación propuestos, empleando el paquete estadístico SPSS v.11. A continuación, se presentan en el orden en el que fueron realizados y su correspondencia con los objetivos generales propuestos:

- En primer lugar, para dar respuesta al primero de los objetivos planteados, se llevó a cabo un análisis factorial de las sustancias de consumo. El objetivo fue, además de intentar reducir el número de variables de estudio de una forma empírica, llegar a identificar un número de factores, inferior al número de variables con las que se contaban, mediante los que se pudiera describir de manera simplificada la forma real en la que se agrupan las sustancias de consumo tal y como son utilizadas por los adolescentes con un uso reciente de las mismas (realizado en el último mes). En este caso, se utilizó el método de rotación Varimax, que tiende a minimizar el número de variables que tienen saturaciones altas en un factor facilitando la interpretación de los resultados y el manejo de los mismos para los análisis posteriores.
- En segundo lugar, en relación al segundo de los objetivos de investigación propuestos y como paso previo al análisis de regresión, se llevó a cabo un análisis de las correlaciones para, por una parte, comprobar si existían altas interrelaciones entre las variables predictoras y la conducta antisocial, con la finalidad de detectar, en el caso de que existieran, una situación de multicolinealidad que podría afectar a los resultados y a las estimaciones posteriores. Y por otra, clarificar la importancia de los distintos grupos de variables considerados (psicológicos, familiares, escolares y del grupo de iguales) y conocer aquellas variables que, dentro de cada grupo, tuvieran una vinculación mayor con el comportamiento antisocial.
- En tercer lugar, se realizaron diversos análisis de regresión para determinar en qué medida las variables psicosociales consideradas podían explicar la implicación de los jóvenes en la conducta antisocial y aquellas con una mayor capacidad predictiva del fenómeno. En todos los casos, se utilizó el análisis de regresión múltiple a través del método *stepwise* (por pasos) puesto que permite detectar la contribución tanto de cada uno de los conjuntos de variables como de cada una de las variables de forma específica, iniciando un proceso de selección de variables “paso a paso” en el que en cada uno de ellos se introduce una nueva variable en la ecuación de regresión, finalizando éste cuando no queda ninguna fuera de la misma que satisfaga el criterio de selección ni tampoco dentro de la ecuación que satisfaga el criterio de eliminación.

6.5. Resultados

Se presentan a continuación los resultados obtenidos tras realizar los análisis estadísticos comentados con anterioridad. Con el objetivo de facilitar su descripción, se han propuesto dos apartados diferenciados que responden también a la secuencia temporal en la que fueron llevados a cabo. En primer lugar, se exponen los datos resultantes del análisis factorial realizado con el total de las sustancias de consumo consideradas en este estudio y, en segundo lugar, se presentan los resultados de los análisis de regresión aplicados para la predicción del comportamiento antisocial.

6.5.1. Análisis factorial de las sustancias de consumo

El primero de los pasos llevados a cabo en el presente estudio tiene un doble objetivo. En primer lugar, determinar el modo en el que se agrupan las múltiples sustancias de consumo consideradas (tabaco, alcohol, cannabis, fármacos antiinflamatorios, tranquilizantes y derivados morfinicos, estimulantes, cocaína, heroína, inhalantes y drogas de síntesis) en función del uso frecuente de las mismas. Para ello, a pesar de que existen modelos teóricos que podrían responder a los fines perseguidos (Elliot et al., 1985; Kandel, 1978), se optó por realizar una prueba estadística que lograra exponer de una forma empírica el patrón tipo de las agrupaciones de las distintas drogas tal y como los adolescentes las utilizan de forma habitual que, según las hipótesis de trabajo de la presente investigación, estaría más cercano al policonsumo que al consumo exclusivo de cualquiera de las sustancias de análisis. En segundo lugar, puesto que se partía de un considerable número de drogas estimadas, lograr, en la medida de lo posible, una reducción justificada de las mismas que se aproximara a la realidad de la muestra de estudio y supusiera una pérdida mínima de información y, finalmente, facilitara su uso para la predicción del consumo realizada con posterioridad.

Considerando los aspectos comentados, los resultados obtenidos referentes a la estructura subyacente del conjunto de drogas consideradas en función del uso habitual de las mismas se presentan en la tabla 6.1.

Tabla 6.1. Matriz factorial rotada (VARIMAX) de todas las sustancias de consumo en función del uso frecuente de las mismas (últimos 30 días).

Sustancias	Factor 1	Factor 2	Factor 3
Cannabis	0,625		
Tabaco	0,636		
Cerveza	0,739		
Vino	0,743		
Licor	0,777		
Combinados	0,783		
Anfetaminas		0,490	
Cocaína		0,762	
Alucinógenos		0,767	
Heroína		0,733	
Drogas sintéticas		0,708	
Inhalantes		0,497	
Antiinflamatorios			0,648
Derivados morfinicos			0,703
Tranquilizantes			0,640
Eigenvalues	3,205	2,825	1,42
% Varianza explicada	21,366	40,197	49,675

Nota: No se incluyen saturaciones inferiores a 0,35.

En conjunto, se extrajeron tres factores con eigenvalues superiores a la unidad que explicaron conjuntamente el 49,675% de la varianza total. De forma específica, el primero de ellos, es el que explica el mayor porcentaje de la variabilidad (concretamente el 21,366%), posiblemente porque se trata del conjunto de drogas más consumidas por los jóvenes encuestados y por tratarse de las sustancias a través de las que la gran mayoría de ellos se inicia en el consumo. Así pues, tal y como planteaba la primera de las hipótesis de trabajo

(H1), este primer factor, denominado *Drogas legales*, agrupa a sustancias como el alcohol en sus diversas formas (cerveza, licor, vino y combinados), el tabaco y el cannabis. Estos resultados señalan la existencia de un patrón de policonsumo conformado por todas aquellas sustancias de comercio legal entre sí y entre éstas y el cannabis, lo que confirma la difusión generalizada de ésta última entre los consumidores de alcohol y tabaco.

En segundo lugar, se constató la presencia de un grupo de sustancias conformado por anfetaminas, cocaína, alucinógenos, heroína, drogas de síntesis e inhalantes, que también son consumidas de forma conjunta por los adolescentes y que obtuvieron una carga factorial elevada en el segundo de los factores extraídos, denominado *Drogas ilegales*, llegando a explicar el 18,831% de la variabilidad observada en el consumo del total de las sustancias estimadas.

El tercero de los factores obtenidos, denominado *Drogas Médicas*, conformado por todos aquellos fármacos cuyo consumo se realiza sin una prescripción médica que lo justifique (fármacos tranquilizantes, antiirreumáticos y cualquier derivado morfínico), llegó a explicar el 9,478% de la varianza total.

6.5.2. Predicción de la conducta antisocial

En este apartado se presentan los resultados obtenidos de los distintos análisis de regresión realizados para determinar el valor predictivo de diversas variables bioevolutivas, de consumo, personales, escolares y familiares para la conducta antisocial de los adolescentes de la muestra analizada.

6.5.2.1. Análisis de las correlaciones entre las variables de estudio

Antes de proceder a los análisis comentados y como paso previo a los mismos, se calcularon las correlaciones existentes entre cada uno de los diversos grupos de variables independientes incluidos en el presente estudio y la conducta antisocial, con el objetivo, por una parte, de detectar, en el caso de que existieran, altas interrelaciones entre las variables utilizadas que pudieran afectar a los resultados de los estudios de regresión posteriores y, por otra, analizar la naturaleza de las relaciones entre las variables de riesgo y la conducta antisocial.

En cualquier caso, los resultados mostraron la inexistencia de multicolinealidad entre las variables analizadas (se obtuvieron en todos los casos correlaciones inferiores a 0,80) señalando su adecuación inicial para el estudio predictivo.

Los resultados obtenidos del cálculo de las correlaciones existentes entre las variables consideradas y las sustancias de consumo se presentan en las siguientes tablas.

Respecto a la relación entre las variables psicobioevolutivas y la conducta antisocial, puede apreciarse (Tabla 6.2.) la correlación significativa entre la edad, el sexo y la conducta antisocial, siendo tales correlaciones positivas en el sentido de que a mayor edad, y sexo varón, mayor es la manifestación de conductas antisociales. No obstante, la relación entre las variables mencionadas es relativamente pequeña.

Tabla 6.2. Correlaciones entre las variables psicobioevolutivas y la conducta antisocial (n=1629)

Variables psicobioevolutivas	Conducta antisocial
<i>Edad</i>	0,104***
<i>Sexo</i>	0,159***

* p < 0,05 ** p < 0,01 *** p < 0,001

Respecto a la relación entre el consumo de sustancias y la conducta antisocial, puede apreciarse (Tabla 6.3.) la correlación significativa y positiva encontrada entre el consumo de drogas legales e ilegales y la conducta antisocial, sin darse una correlación significativa entre las denominadas drogas médicas. Especialmente, destaca el tamaño de la correlación entre drogas legales y la conducta antisocial ($r = 0,484$; $p < 0,001$), llegando a explicar un 0,23% de la variabilidad total.

Tabla 6.3. Correlaciones entre consumo de sustancias conducta antisocial (n=1629)

Consumo de sustancias	Conducta antisocial
<i>Drogas legales</i>	0,484***
<i>Drogas ilegales</i>	0,117***
<i>Drogas médicas</i>	0,025

* p < 0,05 ** p < 0,01 *** p < 0,001

En cuanto a la relación entre los recursos personales, valores ético-morales y la conducta antisocial, se aprecia en la Tabla 6.4., la correlación significativa y negativa entre la participación en asociaciones culturales, políticas y deportivas, así como la práctica religiosa y la conducta antisocial. No obstante, ambas correlaciones son relativamente pequeñas, sin que la práctica de alguna actividad deportiva correlacione significativamente con la conducta antisocial.

Tabla 6.4. Correlaciones entre recursos personales y valores ético-morales y conducta antisocial (n=1629)

Recursos personales y valores ético-morales	Conducta antisocial
<i>Participación en asociaciones</i>	-0,075**
<i>Práctica de deportes</i>	-0,025
<i>Práctica religiosa</i>	-0,151***

* p < 0,05 ** p < 0,01 *** p < 0,001

Respecto a la relación entre las variables escolares y la conducta antisocial (Tabla 6.5.), se aprecia que todas las variables correlacionan significativamente con la conducta antisocial. No obstante, atendiendo al tamaño de la correlación, sólo el absentismo escolar mostró un tamaño relativamente considerable ($r = 0,363$; $p < 0,001$).

Tabla 6.5. Correlaciones entre variables escolares y conducta antisocial (n=1629)

Variables escolares	Conducta antisocial
<i>Nota media global en el último curso</i>	-0,156***
<i>Repetición de curso</i>	0,140***
<i>Valoración de la enseñanza escolar</i>	-0,236***
<i>Absentismo</i>	0,363***
<i>Adaptación escolar</i>	-0,179***

* p < 0,05 ** p < 0,01 *** p < 0,001

En cuanto a la relación entre las variables familiares y la conducta antisocial, se observa en la Tabla 6.6. las correlaciones significativas que se encontraron tuvieron que ver con el grado de satisfacción con las relaciones y comunicación familiar y un menor nivel de conducta antisocial; así como la existencia de mayores reglas y normas a nivel familiar. No obstante, las correlaciones obtenidas, en cuanto a su tamaño, son relativamente pequeñas.

Tabla 6.6. Correlaciones entre variables familiares y conducta antisocial (n=1629)

Variables familiares	Conducta antisocial
<i>Situación actual de convivencia.</i>	
- Con ambos padres	-0,036
- Sólo con uno de ellos	0,020
- Otros familiares	0,019
- Sólo	0,021
<i>Estructura familiar</i>	
- Único	-0,035
- Mayor	-0,060
- En medio	-0,049
- Pequeño	0,044
<i>Grado de satisfacción relaciones familiares</i>	-0,260***
<i>Grado de conflictividad familiar</i>	0,266***
<i>Nivel de comunicación familiar</i>	-0,270***
<i>Reglas y normas</i>	-0,074*

* p < 0,05 *** p < 0,001

Respecto a la relación entre las variables del grupo de iguales y la conducta antisocial (Tabla 6.7.), se aprecia que todas las variables correlacionan significativamente con la conducta antisocial. No obstante, atendiendo al tamaño de la correlación, sólo el tener amigos violentos mostró un tamaño relativamente considerable ($r = 0,305$; $p < 0,001$).

Finalmente, las variables personales correlacionaron mayoritariamente con la conducta antisocial. Destacan (Tabla 6.8), en cuanto al tamaño de la correlación obtenido, la impulsividad ($r = 0,500$; $p < 0,001$), la agresividad ($r = 0,445$; $p < 0,001$), la búsqueda de excitación ($r = 0,494$; $p < 0,001$) y, especialmente, la desinhibición ($r = 0,638$; $p < 0,001$), que llega a explicar por sí sola un 40% de la variabilidad de la conducta antisocial.

Tabla 6.7. Correlaciones entre variables relacionadas con el grupo de iguales y la conducta antisocial (n=1629)

Variables escolares	Conducta antisocial
<i>Tener amigos violentos</i>	0,305***
<i>Ejercer violencia por presión del grupo</i>	0,203***
<i>Ejercer violencia por no diferenciarte del grupo</i>	0,106***
<i>Participar en peleas por no quedar mal frente al grupo</i>	0,186***

* p < 0,05 ** p < 0,01 *** p < 0,001

Tabla 6.8. Correlaciones entre variables personales y conducta antisocial (n=1629)

Variables personales	Conducta antisocial
<i>Autocontrol</i>	-0,267***
<i>Autoconcepto/autoestima</i>	0,112***
<i>Autoconcepto positivo</i>	-0,276***
<i>Autoconcepto negativo</i>	0,034
<i>Depresión</i>	0,231***
<i>Felicidad</i>	-0,032
<i>Impulsividad</i>	0,500***
<i>Afán de aventura</i>	0,256***
<i>Empatía</i>	-0,175***
<i>Agresividad</i>	0,445***
<i>Búsqueda de emociones</i>	0,202***
<i>Búsqueda de excitación.</i>	0,494***
<i>Desinhibición</i>	0,638***
<i>Susceptibilidad al aburrimiento</i>	0,261***

* p < 0,05 ** p < 0,01 *** p < 0,001

Los resultados descritos hasta el momento, vienen a indicar la inexistencia de multicolinealidad entre las variables analizadas, señalándose así su adecuación inicial para el estudio predictivo que se describirá a continuación. Se ha de tener además en cuenta, que el análisis de la correlación, a través del *Coefficiente de Correlación de Pearson*, está sometido a la acción de otras variables moduladoras, así como a un considerable error de medida, por lo que los datos correlacionales anteriormente descritos sólo pretenden contextualizar el análisis de la regresión múltiple para la determinación de los principales factores de riesgo y de protección de la conducta antisocial.

6.5.2.2. Análisis de regresión: predicción de la conducta antisocial

A continuación, se presentan los resultados obtenidos de los diversos análisis de regresión realizados con el objetivo de detectar los mejores pronosticadores del comportamiento antisocial. Debido al gran número de variables con las que se contaban en cada caso, se optó por realizar un análisis de regresión por pasos con todas las variables integrantes de cada uno de los subgrupos que constituían los seis grandes bloques de variables pronosticadoras (bioevolutivas, consumo de sustancias, recursos personales y valores ético-morales, escolares, familiares y personales).

De todos ellos, en un intento de facilitar la exposición de la gran cantidad de datos resultantes, fueron seleccionados los modelos obtenidos que resultaron ser estadísticamente significativos y que explicaban un mayor porcentaje de la varianza del criterio (para ello, se consideraron dos índices, el coeficiente de determinación (R^2) y el coeficiente ajustado de determinación (R^2 ajustado), así como los estadísticos indicativos del ajuste de las ecuaciones a los datos y la significación estadística de los mismos.

Así pues, se expone un resumen de los modelos resultantes (denominados parciales) presentando, para cada uno de los casos: el coeficiente de determinación (R^2) que explica la proporción de la variabilidad del criterio (conducta antisocial) explicada por las variables pronosticadoras; el coeficiente ajustado de determinación (R^2 ajustado) que corrige las sobrestimaciones del ajuste a los modelos producto de la inclusión de nuevas variables, incrementándose sólo en el caso de que éstas supongan un mejor ajuste de los datos; el coeficiente β y, finalmente, la significación obtenida por cada modelo que informa del grado en que éste se ajusta a los datos utilizados (F).

6.5.2.2.1. Análisis de regresión de los grupos de variables predictivas

Las Tablas 6.9 a la 6.14 presentan los análisis de regresión para cada uno de los grupos de variables predictoras, descritos con anterioridad, de la conducta antisocial en adolescentes de 14 a 17 años. Tal y como se observa, todos los modelos obtenidos para cada uno de los grupos de variables resultan ser pronosticadores significativos de las conductas antisociales, llegando a explicar entre el 3,5% y el 52,4% de la varianza del comportamiento antisocial.

La Tabla 6.9. presenta el análisis de regresión en función de las variables psicobioevolutivas, llegando a explicar el 3,5% de la variabilidad de la conducta antisocial de los adolescentes (R^2 ajustado = 0,035). Atendiendo al signo del Coeficiente *Beta*, tanto la edad ($\beta = 0,104$) como el sexo varón de los adolescentes ($\beta = 0,159$) serían pronosticadores significativos de una mayor tendencia a la conducta antisocial. Específicamente, dentro de este modelo de predicción, es la variable sexo la que mayor peso relativo presenta, puesto que explica, por sí sola, el 2,5% de la variabilidad encontrada en la manifestación de la conducta antisocial (Cambio en $R^2 = 0,025$).

Tabla 6.9. Predicción de la conducta antisocial en función de las variables psicobioevolutivas (n=1629)

Variables psicobioevolutivas	β	R^2	R^2 ajustado	Cambio en R^2	F del Cambio	F
<i>Sexo</i>	0,159	0,125	0,125	0,025	41,988***	41,988***
<i>Edad</i>	0,104	0,036	0,035	0,011	18,177***	30,304***

* $p < 0,05$ ** $p < 0,01$ *** $p < 0,001$

La Tabla 6.10, presenta el análisis de regresión en función del consumo de sustancias clasificadas en drogas legales, ilegales y médicas. Este modelo llegó a explicar el 24,7% de la variabilidad de la conducta antisocial de los adolescentes (R^2 ajustado = 0,247). Atendiendo al signo del Coeficiente *Beta*, el consumo de drogas legales ($\beta = 0,484$) e ilegales ($\beta = 0,117$) serían pronosticadores significativos de una mayor tendencia a la conducta antisocial.

Específicamente, dentro de este modelo de predicción, es el consumo de drogas legales y cannabis la que mayor peso relativo presenta, puesto que explica, por sí sola, el 23,4% de la variabilidad encontrada en la manifestación de la conducta antisocial (Cambio en $R^2 = 0,234$).

Tabla 6.10. Predicción de la conducta antisocial en función del consumo de sustancias (n=1629)

Consumo de sustancias	β	R^2	R^2 ajustado	Cambio en R^2	F del Cambio	F
<i>Drogas legales</i>	0,484	0,234	0,234	0,234	497,151***	497,151***
<i>Drogas ilegales</i>	0,117	0,248	0,247	0,014	29,809***	267,881***

* $p < 0,05$ ** $p < 0,01$ *** $p < 0,001$

La Tabla 6.11. presenta el análisis de regresión en función de los recursos personales y valores ético-morales. Este modelo llegó a explicar el 2,8% de la variabilidad de la conducta antisocial de los adolescentes (R^2 ajustado = 0,028). Atendiendo al signo del Coeficiente *Beta*, la práctica religiosa ($\beta = -0,154$) y la participación en asociaciones culturales o deportivas ($\beta = -0,080$) serían pronosticadores significativos de una menor tendencia a la conducta antisocial. Específicamente, dentro de este modelo de predicción, es la creencia o práctica de una religión la que mayor peso relativo presenta, puesto que explica, por sí sola, el 2,3% de la variabilidad encontrada en la manifestación de la conducta antisocial (Cambio en $R^2 = 0,023$).

Tabla 6.11. Predicción de la conducta antisocial en función de los recursos personales y valores ético-morales (n=1629)

Recursos personales y valores ético-morales	β	R^2	R^2 ajustado	Cambio en R^2	F del Cambio	F
<i>Práctica religiosa</i>	-0,154	0,023	0,023	0,023	38,157***	38,157***
<i>Participación en asociaciones</i>	-0,080	0,029	0,028	0,007	10,954**	24,672***

* $p < 0,05$ ** $p < 0,01$ *** $p < 0,001$

La Tabla 6.12. presenta el análisis de regresión en función de las variables escolares. Este modelo llegó a explicar el 16,5% de la variabilidad de la conducta antisocial de los adolescentes (R^2 ajustado = 0,165). Atendiendo al Coeficiente *Beta*, el absentismo escolar ($\beta = 0,304$) y la repetición de curso ($\beta = 0,060$) serían pronosticadores significativos de una mayor tendencia a la conducta antisocial; mientras que la valoración de la enseñanza escolar ($\beta = -0,149$) y la nota media global ($\beta = -0,083$) serían pronosticadores de una menor tendencia. No obstante, dentro de este modelo de predicción, es el absentismo escolar el que mayor peso relativo presenta, puesto que explica, por sí solo, el 13,2% de la variabilidad encontrada en la manifestación de la conducta antisocial (Cambio en $R^2 = 0,132$).

Tabla 6.12. Predicción de la conducta antisocial en función de las variables escolares (n=1629)

Variables escolares	β	R2	R2 ajustado	Cambio en R2	F del Cambio	F
<i>Absentismo escolar</i>	0,304	0,132	0,131	0,132	247,430***	247,430***
<i>Valoración enseñanza</i>	-0,149	0,154	0,153	0,022	41,695***	147,657***
<i>Nota media global</i>	-0,083	0,164	0,162	0,010	19,510***	106,062***
<i>Repetición de curso</i>	0,060	0,167	0,165	0,003	6,165**	81,341**

* p < 0,05 ** p < 0,01 *** p < 0,001

En relación con el análisis de regresión en función de las variables familiares (Tabla 6.13), este modelo llegó a explicar el 11,8% de la variabilidad de la conducta antisocial de los adolescentes (R^2 ajustado = 0,118). Atendiendo al Coeficiente *Beta*, el nivel de comunicación familiar (β = - 0,172), el grado de satisfacción con las relaciones familiares (β = -0,079) y ser hijo mayor (β = -0,058) serían pronosticadores significativos de una menor tendencia a la conducta antisocial; mientras que el grado de conflictividad familiar (β = 0,188) sería pronosticador de una mayor tendencia. No obstante, dentro de este modelo de predicción, es el nivel de comunicación familiar y la conflictividad familiar las que mayor peso relativo presentan, puesto que explican, por sí solo, el 7,3% y el 4,1% respectivamente de la variabilidad encontrada en la manifestación de la conducta antisocial (Cambio en R^2 = 0,073 y 0,041; respectivamente).

Tabla 6.13. Predicción de la conducta antisocial en función de las variables familiares (n=1629)

Variables familiares	β	R2	R2 ajustado	Cambio en R2	F del Cambio	F
<i>Nivel de comunicación familiar</i>	-0,172	0,073	0,072	0,073	128,211***	128,211***
<i>Grado de conflictividad familiar</i>	0,188	0,114	0,112	0,041	74,329***	104,159***
<i>Grado de satisfacción familiar</i>	-0,079	0,117	0,116	0,004	6,606*	71,881***
<i>Estructura familiar - Hijo mayor</i>	-0,058	0,120	0,118	0,003	6,099*	55,604***

* p < 0,05 ** p < 0,01 *** p < 0,001

La Tabla 6.14. presenta el análisis de regresión en función de las variables del grupo de iguales. Este modelo llegó a explicar el 10,3% de la variabilidad de la conducta antisocial de los adolescentes (R^2 ajustado = 0,103). Atendiendo al Coeficiente *Beta*, el tener amigos violentos (β = 0,274) y el participar en peleas por no quedar mal frente al grupo de amigos (β = 0,114) serían pronosticadores significativos de una mayor tendencia a la conducta antisocial. Específicamente, dentro de este modelo de predicción, es el tener amigos violentos el que mayor peso relativo presenta, puesto que explica, por sí solo, el 9,2% de la variabilidad encontrada en la manifestación de la conducta antisocial (Cambio en R^2 = 0,92).

Tabla 6.14. Predicción de la conducta antisocial en función de las variables del grupo de iguales (n=1629)

Variables escolares	β	R2	R2 ajustado	Cambio en R2	F del Cambio	F
<i>Tener amigos violentos</i>	0,274	0,092	0,092	0,92	159,207	159,207***
<i>Participar en peleas por no quedar mal frente al grupo</i>	0,114	0,104	0,103	0,012	21,331	91,301***

* p < 0,05 ** p < 0,01 *** p < 0,001

Finalmente, en relación con el análisis de regresión en función de las variables personales (Tabla 6.15), este modelo predictivo llegó a explicar el 52,4% de la variabilidad de la conducta antisocial de los adolescentes (R2 ajustado = 0,524). Atendiendo al Coeficiente Beta, la desinhibición ($\beta = 0,383$), la agresividad ($\beta = 0,163$), la impulsividad ($\beta = 0,150$), la búsqueda de excitación ($\beta = 0,140$) y el autoconcepto/autoestima ($\beta = 0,105$) serían pronosticadores significativos de una mayor tendencia a la conducta antisocial; mientras que la empatía ($\beta = -0,068$), el autoconcepto positivo ($\beta = -0,098$) y el autocontrol ($\beta = -0,056$) serían pronosticadores de una menor tendencia. No obstante, dentro de este modelo de predicción, son la desinhibición, agresividad, impulsividad y búsqueda de excitación las que mayor peso relativo presentan, puesto que explican, por sí solas, el 41,1%, el 6%, 2,3% y 1,2% respectivamente de la variabilidad encontrada en la manifestación de la conducta antisocial (Cambio en R² = 0,411; 0,060; 0,023; 0,012, respectivamente).

Tabla 6.15. Predicción de la conducta antisocial en función de las variables personales (n=1629)

Variables personales	β	R2	R2 ajustado	Cambio en R2	F del Cambio	F
<i>Desinhibición</i>	0,383	0,411	0,410	0,411	1113,376***	1113,376***
<i>Agresividad</i>	0,163	0,470	0,469	0,060	179,398***	708,534***
<i>Impulsividad</i>	0,150	0,493	0,493	0,023	73,560***	518,388***
<i>Búsqueda de excitación</i>	0,140	0,505	0,504	0,012	38,319***	407,423***
<i>Empatía</i>	-0,068	0,513	0,511	0,008	24,552***	335,662***
<i>Autoconcepto /autoestima</i>	0,105	0,517	0,515	0,004	12,454***	283,804***
<i>Autoconcepto positivo</i>	-0,098	0,524	0,522	0,007	24,257***	250,277***
<i>Autocontrol</i>	-0,056	0,527	0,524	0,003	9,242**	221,282***

* p < 0,05 ** p < 0,01 *** p < 0,001

6.5.2.2.2. Análisis de regresión de las variables predictivas en función del grupo de edad: 14-15 y 16-17 años.

Dada la importancia moduladora y predictiva de la edad y sexo de los adolescentes en la mayor o menor manifestación de la conducta antisocial, así como de la importancia que jurídicamente presenta el desarrollo evolutivo de los menores, se van a presentar a continuación los modelos de regresión para las mismas variables predictoras pero en función de dos grupos de edad: 14-15 y 16-17 años, tanto para hombres como para mujeres.

a) Grupo de edad de 14 - 15 años

Las Tablas 6.16. y 6.17. presentan el análisis de regresión en función del consumo de sustancias en el grupo de edad de 14-15 años, tanto para varones como para mujeres. Este modelo llegó a explicar el 27,5% de la variabilidad de la conducta antisocial de los varones adolescentes (R^2 ajustado = 0,275) y el 29,5% en el caso de las mujeres (R^2 ajustado = 0,295). Atendiendo al signo del Coeficiente *Beta*, el consumo de drogas legales e ilegales serían pronosticadores significativos de una mayor tendencia a la conducta antisocial. Específicamente, dentro de estos modelos de predicción, es el consumo de drogas legales (alcohol y tabaco) y cannabis la que mayor peso relativo presenta, puesto que explica, por sí sola, el 27,1% y 27,7% de la variabilidad encontrada en la manifestación de la conducta antisocial en varones y mujeres adolescentes de 14-15 años de edad (Cambio en R^2 = 0,271 y 0,277, respectivamente).

Tabla 6.16. Predicción de la conducta antisocial en función del consumo de sustancias en adolescentes varones de 14-15 años (n=367)

Consumo de sustancias	β	R^2	R^2 ajustado	Cambio en R^2	F del Cambio	F
<i>Drogas legales</i>	0,512	0,271	0,269	0,271	135,738***	135,738***
<i>Drogas ilegales</i>	0,088	0,279	0,275	0,008	3,906*	70,362***

* $p < 0,05$ ** $p < 0,01$ *** $p < 0,001$

Tabla 6.17. Predicción de la conducta antisocial en función del consumo de sustancias en adolescentes mujeres de 14-15 años (n=394)

Consumo de sustancias	β	R^2	R^2 ajustado	Cambio en R^2	F del Cambio	F
<i>Drogas legales</i>	0,545	0,277	0,275	0,277	150,015***	150,015***
<i>Drogas ilegales</i>	0,150	0,299	0,295	0,022	12,305**	83,223***

* $p < 0,05$ ** $p < 0,01$ *** $p < 0,001$

Las Tablas 6.18. y 6.19. presentan el análisis de regresión en función de los recursos personales y valores ético-morales de los adolescentes. Este modelo llegó a explicar sólo el 1,2% de la variabilidad de la conducta antisocial en varones (R^2 ajustado = 0,012); mientras que en mujeres llegó a explicar un 2,3% (R^2 ajustado = 0,023). Atendiendo al signo del Coeficiente *Beta*, la práctica religiosa sería un pronosticador significativo de una menor tendencia a la conducta antisocial tanto en varones (β = -0,120), como en mujeres (β = -0,159).

Tabla 6.18. Predicción de la conducta antisocial en función de los recursos personales y valores ético-morales en adolescentes varones de 14-15 años (n=367)

Recursos personales y valores ético-morales	β	R^2	R^2 ajustado	Cambio en R^2	F del Cambio	F
<i>Práctica religiosa</i>	-0,12	0,014	0,012	0,014	5,367*	5,367*

* $p < 0,05$ ** $p < 0,01$ *** $p < 0,001$

Tabla 6.19. Predicción de la conducta antisocial en función de los recursos personales y valores ético-morales en adolescentes mujeres de 14-15 años (n=394)

Recursos personales y valores ético-morales	β	R2	R2 ajustado	Cambio en R2	F del Cambio	F
<i>Práctica religiosa</i>	-0,159	0,03	0,023	0,025	10,189**	10,189**

* p < 0,05 ** p < 0,01 *** p < 0,001

Las Tablas 6.20. y 6.21. presentan el análisis de regresión en función de las variables escolares en varones y mujeres adolescentes de 14-15 años de edad. Este modelo llegó a explicar el 16,7% de la variabilidad de la conducta antisocial de los adolescentes varones (R^2 ajustado = 0,167) y el 20,6% (R^2 ajustado = 0,206) en las adolescentes mujeres. Atendiendo al Coeficiente *Beta*, el absentismo escolar sería un pronosticador de una mayor tendencia de la conducta antisocial tanto en varones ($\beta = 0,267$), como en mujeres ($\beta = 0,391$). La valoración de la enseñanza escolar ($\beta = -0,204$) y la nota media global ($\beta = -0,150$) serían factores pronosticadores de una menor conducta antisocial en varones; mientras que en el caso de las mujeres sólo lo sería la valoración de la propia enseñanza escolar ($\beta = -0,184$). Dentro de este modelo de predicción de las variables escolares, es el absentismo escolar el que mayor peso relativo presenta, puesto que explica, por sí solo, el 10,9% de la variabilidad encontrada en varones y el 17,7% en mujeres sobre la conducta antisocial (Cambio en $R^2 = 0,109$ y $0,177$ respectivamente).

Tabla 6.20. Predicción de la conducta antisocial en función de las variables escolares en adolescentes varones de 14-15 años (n=367)

Variables escolares	β	R2	R2 ajustado	Cambio en R2	F del Cambio	F
<i>Absentismo escolar</i>	0,267	0,109	0,106	0,109	44,589***	44,589***
<i>Valoración enseñanza</i>	-0,204	0,152	0,147	0,043	18,586***	32,662***
<i>Nota media global</i>	-0,150	0,174	0,167	0,022	9,735**	25,542***

* p < 0,05 ** p < 0,01 *** p < 0,001

Tabla 6.21. Predicción de la conducta antisocial en función de las variables escolares en adolescentes mujeres de 14-15 años (n=394)

Variables escolares	β	R2	R2 ajustado	Cambio en R2	F del Cambio	F
<i>Absentismo escolar</i>	0,391	0,177	0,175	0,177	84,504***	84,504***
<i>Valoración enseñanza</i>	-0,184	0,210	0,206	0,033	16,293***	52,047***

* p < 0,05 ** p < 0,01 *** p < 0,001

En relación con el análisis de regresión en función de las variables familiares en los adolescentes de 14-15 años (Tablas 6.22 y 6.23), este modelo llegó a explicar el 15% de la variabilidad de la conducta antisocial de los adolescentes varones (R^2 ajustado = 0,150) y el 13% en las adolescentes mujeres (R^2 ajustado = 0,130). Atendiendo al Coeficiente *Beta*, en el caso de los varones, el nivel de comunicación familiar ($\beta = -0,211$) y ser hijo mayor ($\beta = -0,106$) serían pronosticadores significativos de una menor tendencia a la conducta antisocial, mientras que el grado de conflictividad familiar ($\beta = 0,262$) sería pronosticador de una mayor

tendencia. En el caso de las mujeres de 14-15 años, el grado de satisfacción con las relaciones familiares fue un pronosticador significativo de una menor conducta antisocial ($\beta = -0,237$); mientras que el grado de conflictividad familiar y ser la hija menor pronosticarían positivamente una mayor tendencia antisocial. No obstante, dentro de este modelo de predicción, es la conflictividad familiar, en varones, y la satisfacción con las relaciones familiares en mujeres, las que mayor peso relativo presentan, puesto que explican, por sí solos, el 10,2% y el 10,1% de la variabilidad encontrada en la manifestación de la conducta antisocial (Cambio en $R^2 = 0,102$ y $0,101$, respectivamente).

Tabla 6.22 Predicción de la conducta antisocial en función de las variables familiares en adolescentes varones de 14-15 años (n=367)

Variables familiares	β	R^2	R^2 ajustado	Cambio en R^2	F del Cambio	F
<i>Grado de conflictividad familiar</i>	0,262	0,102	0,100	0,102	41,444***	41,444***
<i>Nivel de comunicación familiar</i>	-0,211	0,146	0,141	0,044	18,715***	31,085***
<i>Estructura familiar - Hijo mayor</i>	-0,106	0,157	0,150	0,011	4,791*	22,536***

* $p < 0,05$ ** $p < 0,01$ *** $p < 0,001$

Tabla 6.23 Predicción de la conducta antisocial en función de las variables familiares en adolescentes mujeres de 14-15 años (n=394)

Variables familiares	β	R^2	R^2 ajustado	Cambio en R^2	F del Cambio	F
<i>Grado de satisfacción familiar</i>	-0,237	0,101	0,098	0,101	43,933***	43,933***
<i>Grado de conflictividad familiar</i>	0,169	0,120	0,115	0,019	8,398**	26,580***
<i>Estructura familiar - Hijo pequeño</i>	0,129	0,136	0,130	0,017	7,500**	20,514***

* $p < 0,05$ ** $p < 0,01$ *** $p < 0,001$

Las Tablas 6.24. y 6.25. presentan el análisis de regresión en función de las variables relacionadas con el grupo de iguales en el grupo de edad de 14-15 años, tanto para varones como para mujeres. Este modelo llegó a explicar el 13,8% de la variabilidad de la conducta antisocial de los varones adolescentes (R^2 ajustado = $0,138$) y el 6,4% en el caso de las mujeres (R^2 ajustado = $0,064$). Atendiendo al signo del Coeficiente *Beta*, el tener amigos violentos sería un pronosticador de una mayor tendencia a la conducta antisocial tanto en varones ($\beta = 0,289$) como en mujeres ($\beta = 0,257$), mientras que el participar en peleas por no quedar mal frente al grupo sólo lo sería para el grupo de los varones ($\beta = 0,189$). Sin embargo, dentro de este modelo de predicción es el tener amigos violentos el que mayor peso relativo presenta, puesto que explica por sí solo el 10,8% de la variabilidad encontrada en varones y el 6,6 % en mujeres sobre la conducta antisocial (Cambio en $R^2 = 0,108$ y $0,066$, respectivamente).

Tabla 6.24. Predicción de la conducta antisocial en función de las variables del grupo de iguales en adolescentes varones de 14-15 años (n=367)

Variables escolares	β	R2	R2 ajustado	Cambio en R2	F del Cambio	F
<i>Tener amigos violentos</i>	0,289	0,108	0,106	0,108	42,596	42,596***
<i>Participar en peleas por no quedar mal frente al grupo</i>	0,189	0,142	0,138	0,034	13,812	28,984***

* p < 0,05 ** p < 0,01 *** p < 0,001

Tabla 6.25. Predicción de la conducta antisocial en función de las variables del grupo de iguales en adolescentes mujeres de 14-15 años (n=394)

Variables escolares	β	R2	R2 ajustado	Cambio en R2	F del Cambio	F
<i>Tener amigos violentos</i>	0,257	0,066	0,064	0,066	26,905	26,905***

* p < 0,05 ** p < 0,01 *** p < 0,001

Finalmente, en relación con el análisis de regresión en función de las variables personales en adolescentes de 14-15 años de edad (Tabla 6.26. y 6.27.), este modelo predictivo llegó a explicar el 60% de la variabilidad de la conducta antisocial de los adolescentes varones (R2 ajustado = 0,600) y el 50,4% en las adolescentes mujeres (R2 ajustado = 0,504). Lo más destacable en comparación con el modelo general predictivo para todas las edades, es que en el caso de los varones de 14-15 años, los dos factores más importantes como pronosticadores de una mayor conducta antisocial sean la desinhibición y la agresividad, llegando a explicar el 43,2% y el 10,4% de la variabilidad de dicho comportamiento (Cambio en R2 = 0,432 y 0,104); mientras que la desinhibición y la impulsividad lo fueron para las mujeres, llegando a explicar el 40,3% y el 8,2% de dicha variabilidad (Cambio en R2 = 0,403 y 0,082).

Tabla 6.26. Predicción de la conducta antisocial en función de las variables personales en adolescentes varones de 14-15 años (n=367)

Variables personales	β	R2	R2 ajustado	Cambio en R2	F del Cambio	F
<i>Desinhibición</i>	0,364	0,432	0,430	0,432	277,397***	277,397***
<i>Agresividad</i>	0,229	0,536	0,533	0,104	81,562***	210,092***
<i>Búsqueda de excitación</i>	0,134	0,557	0,553	0,021	17,091***	151,950***
<i>Empatía</i>	-0,117	0,573	0,568	0,016	13,383***	121,196***
<i>Impulsividad</i>	0,139	0,589	0,583	0,017	14,529***	103,486***
<i>Autoconcepto- autoestima</i>	0,142	0,596	0,589	0,007	5,798*	88,351***
<i>Autoconcepto positivo</i>	-0,105	0,604	0,596	0,008	7,560*	78,189***
<i>Depresión</i>	0,085	0,609	0,600	0,005	4,780*	69,733***

* p < 0,05 ** p < 0,01 *** p < 0,001

Tabla 6.27. Predicción de la conducta antisocial en función de las variables personales en adolescentes mujeres de 14-15 años (n=394)

Variables personales	β	R2	R2 ajustado	Cambio en R2	F del Cambio	F
<i>Desinhibición</i>	0,377	0,403	0,401	0,403	264,633***	264,633***
<i>Impulsividad</i>	0,274	0,485	0,482		62,020***	189,923***
<i>Búsqueda de excitación</i>	0,180	0,504	0,500	0,082 0,019	14,777***	131,861***
<i>Autocontrol</i>	-0,080	0,509	0,504	0,006	4,458*	100,888***

* $p < 0,05$ ** $p < 0,01$ *** $p < 0,001$

b) Grupo de edad de 16 - 17 años

Las Tablas 6.28. y 6.29. presentan el análisis de regresión en función del consumo de sustancias en el grupo de adolescentes de 16-17 años. Este modelo llegó a explicar el 21,1% de la variabilidad de la conducta antisocial de los varones adolescentes (R^2 ajustado = 0,211) y el 25,1% en el caso de las mujeres (R^2 ajustado = 0,251). Al igual que en los modelos de regresión precedentes para el conjunto de variables de consumo, el factor compuesto por drogas legales (alcohol y tabaco), conjuntamente con el cannabis, fue el que mayor poder predictivo presentó, al explicar, por sí solo, el 19,7% de la variabilidad en el caso de los varones y el 20,9% en el de las mujeres (Cambio en R^2 = 0,197 y 0,209, respectivamente).

Tabla 6.28. Predicción de la conducta antisocial en función del consumo de sustancias en adolescentes varones de 16-17 años (n=419)

Consumo de sustancias	β	R2	R2 ajustado	Cambio en R2	F del Cambio	F
<i>Drogas legales</i>	0,441	0,197	0,195	0,197	102,492***	102,492***
<i>Drogas ilegales</i>	0,133	0,215	0,211	0,018	9,421**	56,992***

* $p < 0,05$ ** $p < 0,01$ *** $p < 0,001$

Tabla 6.29. Predicción de la conducta antisocial en función del consumo de sustancias en adolescentes mujeres de 16-17 años (n=449)

Consumo de sustancias	β	R2	R2 ajustado	Cambio en R2	F del Cambio	F
<i>Drogas legales</i>	0,471	0,209	0,207	0,209	117,870***	117,870***
<i>Drogas médicas</i>	0,163	0,237	0,234	0,029	16,813***	69,427***
<i>Drogas ilegales</i>	0,137	0,256	0,251	0,019	11,111**	51,037***

* $p < 0,05$ ** $p < 0,01$ *** $p < 0,001$

Las Tablas 6.30. y 6.31. presentan el análisis de regresión en función de los recursos personales y valores ético-morales de los adolescentes de 16-17 años. Este modelo llegó a explicar sólo el 1,3% de la variabilidad de la conducta antisocial en varones (R^2 ajustado = 0,013); mientras que en mujeres llegó a explicar un 2,4% (R^2 ajustado = 0,024). Atendiendo al signo del Coeficiente *Beta*, la práctica deportiva sería un pronosticador significativo de una menor tendencia a la conducta antisocial en varones (β = -0,120) y la práctica religiosa en mujeres (β = -0,162). En este modelo, en comparación con los obtenidos con anterioridad para

el conjunto de variables relacionadas con los recursos personales y valores ético-morales, es la práctica deportiva y religiosa las variables que aparecen como factor de protección en adolescentes de 16-17 años de edad.

Tabla 6.30. Predicción de la conducta antisocial en función de los recursos personales y valores ético-morales en adolescentes varones de 16-17 años (n=419)

Recursos personales y valores ético-morales	β	R2	R2 ajustado	Cambio en R2	F del Cambio	F
<i>Práctica deportiva</i>	-0,12	0,02	0,013	0,015	6,341*	6,341*

* p < 0,05 ** p < 0,01 *** p < 0,001

Tabla 6.31. Predicción de la conducta antisocial en función de los recursos personales y valores ético-morales en adolescentes mujeres de 16-17 años (n=449)

Recursos personales y valores ético-morales	β	R2	R2 ajustado	Cambio en R2	F del Cambio	F
<i>Práctica religiosa</i>	-0,162	0,03	0,024	0,026	12,070**	12,070**

* p < 0,05 ** p < 0,01 *** p < 0,001

Las Tablas 6.32 y 6.33 presentan el análisis de regresión en función de las variables escolares en varones y mujeres adolescentes de 14-15 años de edad. Este modelo llegó a explicar el 13,6% de la variabilidad de la conducta antisocial de los adolescentes tanto varones como mujeres (R2 ajustado = 0,136). Atendiendo al Coeficiente *Beta*, el absentismo escolar sería el pronosticador de una mayor tendencia hacia la conducta antisocial tanto en varones ($\beta = 0,319$) como en mujeres ($\beta = 0,342$). La nota media global ($\beta = -0,119$) sería un factor pronosticador de una menor conducta antisocial en mujeres; mientras que en el caso de los varones sólo lo sería la adaptación al propio contexto escolar ($\beta = -0,139$). Dentro de este modelo de predicción de las variables escolares, es el absentismo escolar el que mayor peso relativo presenta, puesto que explica, por sí solo, el 12,2% de la variabilidad encontrada en varones y el 12,6% en mujeres, de la manifestación de la conducta antisocial (Cambio en R2 = 0,122 y 0,126, respectivamente).

Tabla 6.32. Predicción de la conducta antisocial en función de las variables escolares en adolescentes varones de 16-17 años (n=419)

Variables escolares	β	R2	R2 ajustado	Cambio en R2	F del Cambio	F
<i>Absentismo escolar</i>	0,319	0,122	0,120	0,122	57,930***	57,930***
<i>Adaptación escolar</i>	-0,139	0,140	0,136	0,018	8,922**	33,976***

* p < 0,05 ** p < 0,01 *** p < 0,001

Tabla 6.33. Predicción de la conducta antisocial en función de las variables escolares en adolescentes mujeres de 16-17 años (n=449)

Variables escolares	β	R2	R2 ajustado	Cambio en R2	F del Cambio	F
<i>Absentismo escolar</i>	0,342	0,126	0,124	0,126	64,235***	64,235***
<i>Nota media global</i>	-0,119	0,140	0,136	0,014	7,277**	36,207***

* p < 0,05 ** p < 0,01 *** p < 0,001

En relación con el análisis de regresión en función de las variables familiares en los adolescentes de 14-15 años (Tablas 6.34. y 6.35.), este modelo llegó a explicar el 13,4% de la variabilidad de la conducta antisocial de los adolescentes varones (R^2 ajustado = 0,134) y el 9,2% en las adolescentes mujeres (R^2 ajustado = 0,092). Atendiendo al Coeficiente *Beta*, el nivel de comunicación familiar ($\beta = -0,219$), la existencia de reglas y normas ($\beta = -0,097$) y ser hijo único ($\beta = -0,096$) serían pronosticadores significativos de una menor tendencia a la conducta antisocial por parte de los varones; mientras que el grado de conflictividad familiar ($\beta = 0,198$) sería pronosticador de una mayor tendencia. En el caso de las mujeres de 16-17 años, el grado de satisfacción con las relaciones familiares ($\beta = -0,186$) y ser el hijo mayor fueron pronosticadores significativos de una menor conducta antisocial ($\beta = -0,098$); mientras que el grado de conflictividad familiar ($\beta = 0,171$) pronosticaría positivamente una mayor tendencia hacia la conducta antisocial. Dentro de este modelo de predicción, es el nivel de comunicación para los varones y grado de satisfacción familiar para las mujeres, los que mayor peso relativo presentan, puesto que explican, por sí solos, el 8,3% y el 6,8% de la variabilidad encontrada en la manifestación de la conducta antisocial (Cambio en $R^2 = 0,083$ y 0,068, respectivamente).

Tabla 6.34. Predicción de la conducta antisocial en función de las variables familiares en adolescentes varones de 16-17 años (n=419)

Variables familiares	β	R^2	R^2 ajustado	Cambio en R^2	F del Cambio	F
Nivel de comunicación familiar	-0,219	0,083	0,080	0,083	37,573***	37,573***
Grado de conflictividad familiar	0,198	0,125	0,121	0,042	20,095***	29,694***
Reglas y normas	-0,097	0,133	0,127	0,008	3,911*	21,238***
Estructura familiar: - Hijo único	-0,096	0,142	0,134	0,009	4,385*	17,155***

* $p < 0,05$ ** $p < 0,01$ *** $p < 0,001$

Tabla 6.35. Predicción de la conducta antisocial en función de las variables familiares en adolescentes mujeres de 16-17 años (n=449)

Variables familiares	β	R^2	R^2 ajustado	Cambio en R^2	F del Cambio	F
Grado de satisfacción familiar	-0,186	0,068	0,066	0,068	32,797***	32,797***
Grado de conflictividad familiar	0,171	0,089	0,085	0,020	9,962**	21,708***
Estructura familiar: - Hijo mayor	-0,098	0,098	0,092	0,009	4,670*	16,148***

* $p < 0,05$ ** $p < 0,01$ *** $p < 0,001$

Las Tablas 6.36. y 6.37. presentan el análisis de regresión en función de las variables relacionadas con el grupo de iguales en el grupo de edad de 16-17 años, tanto para varones como para mujeres. Este modelo llegó a explicar el 12,7% de la variabilidad de la conducta antisocial de los varones adolescentes (R^2 ajustado = 0,127) y el 3,8% en el caso de las mujeres (R^2 ajustado = 0,038). Atendiendo al signo del Coeficiente *Beta*, el tener amigos violentos sería un pronosticador de una mayor tendencia a la conducta antisocial tanto en

varones ($\beta = 0,266$) como en mujeres ($\beta = 0,200$), mientras que el participar en peleas por no quedar mal frente al grupo sólo lo sería para el grupo de los varones ($\beta = 0,187$). Sin embargo, dentro de este modelo de predicción es el tener amigos violentos el que mayor peso relativo presenta, puesto que explica por sí solo el 9,9% de la variabilidad encontrada en varones y el 4 % en mujeres sobre la conducta antisocial (Cambio en $R^2 = 0,099$ y $0,040$, respectivamente).

Tabla 6.36. Predicción de la conducta antisocial en función de las variables del grupo de iguales en adolescentes varones de 16-17 años (n=419)

Variables escolares	β	R^2	R^2 ajustado	Cambio en R^2	F del Cambio	F
<i>Tener amigos violentos</i>	0,266	0,099	0,096	0,099	43,442	43,442***
<i>Participar en peleas por no quedar mal frente al grupo</i>	0,187	0,131	0,127	0,033	14,959	29,965***

* $p < 0,05$ ** $p < 0,01$ *** $p < 0,001$

Tabla 6.37. Predicción de la conducta antisocial en función de las variables del grupo de iguales en adolescentes mujeres de 16-17 años (n=449)

Variables escolares	β	R^2	R^2 ajustado	Cambio en R^2	F del Cambio	F
<i>Tener amigos violentos</i>	0,2	0,04	0,038	0,04	18,019	18,019***

* $p < 0,05$ ** $p < 0,01$ *** $p < 0,001$

Finalmente, en relación con el análisis de regresión en función de las variables personales en adolescentes de 16-17 años de edad (Tabla 6.38 y 6.39.), este modelo predictivo llegó a explicar el 49,6% de la variabilidad de la conducta antisocial de los adolescentes varones (R^2 ajustado = $0,496$) y el 44,1% en las adolescentes mujeres (R^2 ajustado = $0,441$). Lo más destacable en comparación con el modelo general predictivo para todas las edades, es que en el caso tanto de los varones de 16-17 años como de las mujeres los dos factores más importantes como pronosticadores de una mayor conducta antisocial fueron la desinhibición llegando a explicar en los varones el 40,8% y el 33,1% en mujeres y la agresividad, explicando el 5,6% en varones y el 7,5 en mujeres, de la variabilidad de dicho comportamiento (Cambio en $R^2 = 0,408$ y $0,331$; $0,056$ y $0,075$, respectivamente).

Tabla 6.38. Predicción de la conducta antisocial en función de las variables personales en adolescentes varones de 16-17 años (n=419)

Variables personales	β	R^2	R^2 ajustado	Cambio en R^2	F del Cambio	F
<i>Desinhibición</i>	0,447	0,408	0,407	0,408	287,722***	287,722***
<i>Agresividad</i>	0,186	0,464	0,462	0,056	43,423***	180,208***
<i>Impulsividad</i>	0,157	0,483	0,479	0,019	14,987***	129,174***
<i>Búsqueda de excitación</i>	0,130	0,489	0,484	0,006	4,899*	99,015***
<i>Búsqueda de emociones</i>	-0,084	0,494	0,488	0,006	4,503*	80,783***
<i>Autoconcepto negativo</i>	-0,079	0,499	0,492	0,005	3,976*	68,467***
<i>Autoconcepto positivo</i>	-0,078	0,505	0,496	0,006	4,647*	59,869***

* $p < 0,05$ ** $p < 0,01$ *** $p < 0,001$

Tabla 6.39. Predicción de la conducta antisocial en función de las variables personales en adolescentes mujeres de 16-17 años (n=449)

Variables personales	β	R^2	R^2 ajustado	Cambio en R^2	F del Cambio	F
<i>Desinhibición</i>	0,370	0,331	0,330	0,331	221,538***	221,538***
<i>Agresividad</i>	0,248	0,406	0,403	0,075	55,932***	152,347***
<i>Búsqueda de excitación</i>	0,164	0,425	0,421	0,019	14,579***	109,517***
<i>Felicidad</i>	0,136	0,435	0,430	0,010	7,803*	85,344***
<i>Autoconcepto positivo</i>	-0,084	0,443	0,437	0,009	6,843*	70,542***
<i>Impulsividad</i>	0,087	0,448	0,441	0,005	4,053*	59,866***

* $p < 0,05$ ** $p < 0,01$ *** $p < 0,001$

6.5.3. Resumen de los resultados obtenidos

A) En relación a los modelos de predicción realizados para los adolescentes varones y mujeres de edades comprendidas entre los 14 y los 17 años de edad:

* Tanto el aumento de la edad como el sexo varón de los adolescentes serían pronosticadores significativos de una mayor tendencia a la conducta antisocial.

* El consumo de drogas legales e ilegales serían pronosticadores significativos de una mayor tendencia a la conducta antisocial, siendo mayor para las drogas legales.

* La práctica religiosa y la participación en asociaciones culturales o deportivas serían pronosticadores significativos de una menor tendencia a la conducta antisocial

* El absentismo escolar y la repetición de curso serían pronosticadores significativos de una mayor tendencia a la conducta antisocial; mientras que una valoración positiva de la enseñanza escolar y la nota media global serían pronosticadores de una menor tendencia antisocial.

* El nivel de comunicación familiar, el grado de satisfacción con las relaciones familiares y ser el hijo mayor serían pronosticadores significativos de una menor tendencia a la conducta antisocial; mientras que el grado de conflictividad familiar sería pronosticador de una mayor tendencia antisocial.

* El tener amigos violentos o participar en peleas por no quedar mal frente al grupo de iguales serían pronosticadores significativos de una mayor conducta antisocial.

* La desinhibición, la agresividad, la impulsividad, la búsqueda de excitación y el autoconcepto/autoestima serían pronosticadores significativos de una mayor tendencia a la conducta antisocial; mientras que la empatía, el autoconcepto positivo y el autocontrol serían pronosticadores de una menor tendencia antisocial.

B) En relación a los modelos de predicción realizados para los adolescentes varones y mujeres de edades de 14 y 15 años de edad:

* El consumo de drogas legales e ilegales serían pronosticadores significativos de una mayor tendencia hacia la conducta antisocial en el grupo de adolescentes varones y mujeres de 14-15 años de edad, siendo, no obstante, mayor para las drogas legales.

* La práctica religiosa sería un pronosticador significativo hacia una menor tendencia a la conducta antisocial tanto en varones como en mujeres.

* El absentismo escolar sería un pronosticador de una mayor tendencia de la conducta antisocial tanto en varones, como en mujeres. La valoración positiva de la enseñanza escolar y la nota media global serían factores pronosticadores de una menor conducta antisocial en varones; mientras que en el caso de las mujeres sólo lo sería la valoración positiva de la enseñanza escolar.

* En el caso de los varones de 14-15 años, el nivel de comunicación familiar y ser hijo mayor serían pronosticadores significativos de una menor tendencia a la conducta antisocial; mientras que el grado de conflictividad familiar sería pronosticador de una mayor tendencia. En el caso de las mujeres, el grado de satisfacción con las relaciones familiares fue un pronosticador significativo de una menor conducta antisocial; mientras que el grado de conflictividad familiar y ser la hija menor pronosticarían positivamente una mayor tendencia antisocial.

* El tener amigos violentos sería un pronosticador significativo de una mayor conducta antisocial tanto en varones como en mujeres, mientras que el participar en peleas por no quedar mal frente al grupo de iguales sólo lo sería en el caso de los varones.

* La desinhibición y la agresividad fueron los predictores con mayor peso en el modelo de regresión para los varones; mientras que la desinhibición y la impulsividad lo fueron para las mujeres adolescentes de 14-15 años de edad.

C) En relación a los modelos de predicción realizados para los adolescentes varones y mujeres de edades de 16 y 17 años de edad:

* El factor compuesto por drogas legales (alcohol y tabaco), conjuntamente con el cannabis, fue el que mayor poder predictivo presentó tanto para los adolescentes varones como mujeres.

* La práctica deportiva sería un pronosticador significativo de una menor tendencia a la conducta antisocial en varones y la práctica religiosa en mujeres.

* El absentismo escolar sería un pronosticador de una mayor tendencia de la conducta antisocial tanto en varones, como en mujeres. La adaptación a la escuela medida a través de la existencia de buenas relaciones con los profesores y compañeros sería el factor pronosticador de una menor conducta antisocial en varones; mientras que en el caso de las mujeres lo sería la nota media global.

* En los varones, el nivel de comunicación familiar, la existencia de reglas y normas y ser hijo único serían pronosticadores significativos de una menor tendencia a la conducta antisocial; mientras que el grado de conflictividad familiar sería pronosticador de una mayor tendencia. En el caso de las mujeres de 16-17 años, el grado de satisfacción con las relaciones familiares y ser el hijo mayor fueron pronosticadores significativos de una menor conducta antisocial; mientras que el grado de conflictividad familiar pronosticaría una mayor tendencia antisocial.

* El tener amigos violentos sería un pronosticador significativo de una mayor conducta antisocial tanto en varones como en mujeres, mientras que el participar en peleas por no quedar mal frente al grupo de iguales sólo lo sería en el caso de los varones.

* En relación con las variables personales, tanto en los varones de 16-17 años como en las mujeres, los dos factores más importantes como pronosticadores de una mayor conducta antisocial fueron la desinhibición y la agresividad.

Finalmente, se presenta tabla resumen 6.40. donde se recogen aquellas variables que han aparecido como predictoras de la conducta antisocial, consideradas tanto como *factores de riesgo* (↑), es decir, que aumentan la conducta antisocial, o como *factores de protección* (↓), que disminuyen dicho comportamiento, así como el porcentaje de varianza explicada en función del sexo y grupos de edad de los adolescentes encuestados.

Tabla Resumen 6. 40. Principales predictores psicosociales de la conducta antisocial obtenidos en el estudio

Variables Predictoras de la CA	Grupos de edad				General
	14 - 15 años		16 - 17 años		14 - 17 años
	Varones	Mujeres	Varones	Mujeres	Hombres y Mujeres
Bioevolutivas	----	---	---	---	↑ Sexo varón (2,5%) ↑ Mayor edad (1,1%)
Consumo de sustancias	↑ Drogas legales (27,1%) ↑ Drogas ilegales (0,8%)	↑ Drogas legales (27,7%) ↑ Drogas ilegales (2,2%)	↑ Drogas legales (19,7%) ↑ Drogas ilegales (1,8%)	↑ Drogas legales (20,9%) ↑ Drogas médicas (2,9%) ↑ Drogas ilegales (1,9%)	↑ Drogas legales (23,4%) ↑ Drogas ilegales (1,4%)
Recursos personales y valores ético-morales	↓ Práctica religiosa (1,4%)	↓ Práctica religiosa (2,5%)	↓ Práctica deportiva (1,5%)	↓ Práctica religiosa (2,6%)	↓ Práctica religiosa (2,3%) ↓ Participación en asociaciones culturales o deportivas (0,7%)
Escolares	↑ Absentismo escolar (10,9%) ↓ Valoración colegio (4,3%) ↓ Nota media global (2,2%)	↑ Absentismo escolar (17,7%) ↓ Valoración colegio (3,3%)	↑ Absentismo escolar (12,2%) ↓ Adaptación escolar (1,8%)	↑ Absentismo escolar (12,6%) ↓ Nota media global (1,4%)	↑ Absentismo escolar (13,2%) ↓ Valoración colegio (2,2%) ↓ Nota media global (1%) ↑ Repetición de curso (0,3%)
Familiares	↑ Conflictividad (10,2%) ↓ Comunicación (4,4%) ↓ Hijo mayor (1,1%)	↓ Satisfacción (10,1%) ↑ Conflictividad (1,9%) ↑ Hijo pequeño (1,7%)	↓ Comunicación (8,3%) ↑ Conflictividad (4,2%) ↓ Reglas y normas (0,8%) ↓ Hijo único (0,9%)	↓ Satisfacción (6,8%) ↑ Conflictividad (2%) ↓ Hijo mayor (0,9%)	↓ Comunicación (7,3%) ↑ Conflictividad (4,1%) ↓ Satisfacción (0,4%) ↓ Hijo mayor (0,3%)
Grupo de iguales	↑ Tener amigos violetos (10,8%) ↑ Participar en peleas por no quedar mal frente al grupo (3,4%)	↑ Tener amigos violetos (6,6%)	↑ Tener amigos violetos (9,9%) ↑ Participar en peleas por no quedar mal frente al grupo (3,3%)	↑ Tener amigos violetos (4%)	↑ Tener amigos violetos (9,2%) ↑ Participar en peleas por no quedar mal frente al grupo (1,2%)
Personales	↑ Desinhibición (43,2%) ↑ Agresividad (10,4%) ↑ Búsqueda de excitación (2,1%) ↓ Empatía (1,6%) ↑ Impulsividad (1,7%) ↑ Autoconcepto/Autoestima (0,7%) ↓ Autoconcepto positivo (0,8%) ↑ Depresión (0,5%)	↑ Desinhibición (40,3%) ↑ Impulsividad (8,2%) ↑ Búsqueda de excitación (1,9%) ↓ Autocontrol (0,6%)	↑ Desinhibición (40,8%) ↑ Agresividad (5,6%) ↑ Impulsividad (1,9%) ↑ Búsqueda de excitación (0,6%) ↓ Búsqueda de emociones (0,6%) ↓ Autoconcepto negativo (0,5%) ↓ Autoconcepto positivo (0,6%)	↑ Desinhibición (33,1%) ↑ Agresividad (7,5%) ↑ Búsqueda de excitación (1,9%) ↑ Felicidad (1%) ↓ Autoconcepto positivo (0,9%) ↑ Impulsividad (0,5%)	↑ Desinhibición (41,1%) ↑ Agresividad (6%) ↑ Impulsividad (2,3%) ↑ Búsqueda de excitación (1,2%) ↓ Empatía (0,8%) ↑ Autoconcepto/Autoestima (0,4%) ↓ Autoconcepto positivo (0,7%) ↓ Autocontrol (0,3%)

MODELOS EXPLICATIVOS DE LA CONDUCTA ANTISOCIAL Y CONSUMO DE SUSTANCIAS EN ADOLESCENTES

7.1. Introducción

La conducta antisocial se entiende hoy día como un fenómeno de múltiples causas y determinantes que, en mayor o menor medida, aumentan la probabilidad de que los sujetos lleguen a expresar, bajo determinadas condiciones, dicho comportamiento. De ahí que resulte un reto para todos los profesionales involucrados en su estudio el obtener un modelo integrador de todos aquellos factores que de una forma u otra pueden contribuir no sólo a su mantenimiento sino a su inicio. Son muchos los factores que se han asociado repetidamente con la conducta antisocial y que han llegado a constituirse como importantes factores de riesgo, en cuanto que parecen incrementar o reducir la probabilidad de desarrollar este tipo de conductas con serias consecuencias a nivel personal, familiar y social.

Como se ha comentado en capítulos anteriores, la investigación en este campo abarca diversas áreas de estudio que van desde un ámbito mas bien ambiental (social y cultural) hasta otros más cercanos al individuo (cognitivos, emocionales y psicobiológicos). A pesar de todo el trabajo ya realizado, la diversidad de los resultados obtenidos hace necesario seguir aportando datos que puedan matizar los existentes, aclarando y especificando el valor y el peso específico de cada una de estas variables, con el objetivo de alcanzar un mayor ajuste de los programas de intervención y prevención, especialmente, si se destinan al sector de población de mayor riesgo, los adolescentes.

Tras haber realizado un estudio previo sobre los principales factores de riesgo y de protección de la conducta antisocial en adolescentes, se añade en la presente investigación doctoral un tercer estudio sobre cómo los diferentes factores de personalidad, del grupo de iguales, escolares, familiares y recursos personales y valores ético-morales modulan el comportamiento antisocial y el consumo de sustancias en adolescentes de 14 a 17 años de edad de ambos sexos. Éste es el punto de partida del presente estudio, cuya propuesta se centrará, de forma genérica, en determinar el valor explicativo de algunos de los factores que parecen mantener una relación de cierta causalidad con el incremento de la conducta antisocial. Para ello, se tomarán en consideración las variables que han mostrado una mayor relevancia predictiva en el estudio anterior y, además, por ser posiblemente las que mejor puedan ser manejadas desde el ámbito de la intervención y prevención.

7.2. Objetivos

El presente estudio cubre dos objetivos fundamentales:

OBJETIVO 1: Contrastar la validez de diferentes modelos explicativos en relación con los diferentes factores de riesgo asociados a la conducta antisocial, que ayuden, por una parte, a la explicación de la conducta antisocial en adolescentes, y, por otra, que contribuyan a diseñar e idear programas de intervención y prevención que se ajusten a la realidad de esta población de riesgo en función de aquellos aspectos que favorecen o, por el contrario, inhiben su implicación en el mismo.

OBJETIVO 2: Aclarar las complejas relaciones existentes entre la conducta antisocial y el consumo de sustancias de comercio legal e ilegal en los adolescentes, así como su posible efecto por la acción conjunta de los mismos factores explicativos comunes o específicos.

7.3. Hipótesis

HIPÓTESIS 1: La conducta antisocial conformará un patrón comportamental específico sobre el que tendrán efectos significativos directos los factores de personalidad, escolares, familiares, del grupo de iguales y los recursos personales y valores ético-morales.

HIPÓTESIS 2: Los factores personales, escolares, familiares, del grupo de iguales y de personalidad ejercerán también un efecto directo sobre el consumo de sustancias legales e ilegales.

HIPÓTESIS 3: La conducta antisocial y el consumo de sustancias conformarán un patrón de comportamiento subyacente a la acción común de los factores personales, escolares, familiares, del grupo de iguales y de personalidad tenidos en cuenta en este estudio.

Corolario 1: La edad y el sexo de los sujetos modularán los efectos directos de los factores personales, familiares, escolares, del grupo de iguales y de personalidad en la explicación de la conducta antisocial y consumo de sustancias en los adolescentes.

Corolario 2: Existirán, a su vez, factores específicos, no comunes, en la explicación de la conducta antisocial y el consumo de sustancias legales e ilegales.

7.4. Método

7.4.1. Muestra

Para el presente estudio, al igual que en el precedente, se utilizó la muestra final de 1629 participantes (786 hombres y 843 mujeres), con edades comprendidas entre los 14 y los 17 años de edad. La edad media de toda la muestra fue de 15,6; siendo la desv. típ. de 1,05. Por sexos, tanto la edad media de los varones como de las mujeres fue de 15,6; siendo la desv. típ. de 1,03 para los hombres, y de 1,07 para las mujeres. El total de los participantes fue

extraído de seis Centros Escolares (Colegios e Institutos) de Madrid, pertenecientes al Municipio de Majadahonda.

7.4.2. Diseño

Este estudio empírico es de naturaleza transversal y por la naturaleza de los análisis estructurales llevados a cabo, se ajusta a un diseño comparativo multivariante en el que se estiman, por una parte, las relaciones que guardan entre sí los factores de riesgo y, por otra, su capacidad explicativa sobre la conducta antisocial y el consumo de sustancias.

7.4.3. Instrumentos

Para el presente estudio se utilizó la primera parte con formato de *encuesta* del instrumento de evaluación comentado detalladamente en la presente tesis doctoral (véase, Anexo I), que hace referencia al análisis de distintas variables psicológicas de personalidad y de socialización (recursos personales, familiares, relacionadas con la influencia del grupo de iguales y escolares). Por otra, se utilizaron las cinco escalas de evaluación psicológica y sus correspondientes subescalas incluidas en el instrumento general de evaluación. Estas son: el *Cuestionario de evaluación del autoconcepto (AC)* con las subescalas: Autoconcepto negativo, Autoconcepto positivo y Autoconcepto-Autoestima; la *Escala de conducta antisocial (ASB)*; la *Escala de evaluación de la depresión (EED)* con las subescalas: escala de depresión y escala de felicidad; la *Escala de búsqueda de sensaciones para niños y adolescentes (EBS-J)* y, finalmente, la *Escala de impulsividad, afán de aventura y empatía (IVE-J)* con las subescalas: escala de impulsividad, escala de afán de aventura y escala de empatía.

7.4.4. Análisis de datos

Teniendo en cuenta los resultados obtenidos por el procedimiento de regresión múltiple en el estudio anterior, se diseñó un modelo teórico sobre los principales factores explicativos de la conducta antisocial y el consumo de sustancias, con el objeto de poder validarlo a través de la técnica estadística AMOS 4.01 (Arbuckle, 1999) que permite el análisis de modelos causales a través de ecuaciones estructurales. El AMOS constituye una de las herramientas más potentes para el estudio de relaciones causales sobre datos no experimentales cuando estas relaciones son de tipo lineal. Tal y como Batista y Coenders (2000) exponen, los modelos de ecuaciones estructurales permiten al investigador: a) abordar los fenómenos en toda su globalidad, teniendo en cuenta su gran complejidad, considerando sus múltiples causas y sus numerosos aspectos; b) simplificar las grandes matrices multivariantes, que pecan de un excesivo volumen de datos lo que poco menos que imposibilita extraer de ellos información; c) especificar el modelo por parte del propio investigador de acuerdo con su propio criterio y conocimientos, modificándolo de forma flexible según se ajuste a los datos; y d) eliminar el efecto del error de medida de las relaciones entre las variables, puesto que los fenómenos reales y los fenómenos medidos son realidades distintas.

7.5. Resultados

De los múltiples modelos contrastados en relación con el efecto directo y significativo de los factores personales, escolares, familiares, del grupo de iguales y de personalidad sobre la conducta antisocial y el consumo de sustancias, se presentan a continuación aquellos

modelos estructurales que mejor ajuste mostraron entre la teoría y la realidad empírica, de cara a la explicación de la compleja relación existente entre conducta antisocial y consumo de drogas.

El modelo estructural que mejor ajuste mostró entre la teoría y la práctica, es decir, el que presentó una menor discrepancia entre lo observado y lo propuesto por el modelo, fue el que consideró a la conducta antisocial y el consumo de sustancias como manifestaciones de un patrón conductual común, sobre el que ejercen su acción, tanto de forma conjunta como específica, los diferentes factores de riesgo y de protección (personales, escolares, familiares, de personalidad y del grupo de iguales), apoyando así, el modelo explicativo de “causa común” (Jessor y Jessor, 1980; White, 2004) . De la misma forma, es de resaltar, que ninguno de los modelos estructurales que se propusieron siguiendo los modelos explicativos de tipo “causal” entre la conducta antisocial y el consumo de drogas, presentaron los índices de bondad de ajuste adecuados y necesarios para considerarlos como contrastados.

Se presentan de esta forma, y teniendo presente las limitaciones propias de los estudios transversales, una serie de modelos explicativos sobre las complejas relaciones entre los factores de riesgo y de protección en la conducta antisocial y el consumo de drogas. Los modelos teóricos se construyeron a partir de los resultados obtenidos en los modelos de regresión expuestos en el capítulo precedente. Hay que tener en cuenta además que para su validación empírica, es necesario que estén basados en teorías y/o resultados empíricos que permitan su posterior validez. Si el modelo no está bien fundamentado, todo el análisis posterior perdería gran parte de su validez (Bisquerra, 1989).

Para contrastar su validez empírica en adolescentes de 14 a 17 años de edad, se realizaron una serie de modelos de ecuaciones estructurales mediante el programa estadístico AMOS 4.01. Los modelos que mejor bondad de ajuste presentaron (véase Tabla 7.1. los índices de ajuste correspondientes) se reproducen en las siguientes Figuras.

Tabla 7.1. Índices de bondad de ajuste de los modelos estructurales

	<i>GFI</i>	<i>AGFI</i>	<i>RMSEA</i>
Conducta antisocial y drogas legales en adolescentes de 14-17 años	,94	,92	,05
Conducta antisocial y drogas ilegales en adolescentes de 14-17 años	,94	,91	,05
Conducta antisocial y drogas legales en varones de 14-15 años	,92	,88	,05
Conducta antisocial y drogas ilegales en varones de 14-15 años	,92	,89	,05
Conducta antisocial y drogas legales en mujeres de 14-15 años	,92	,88	,05
Conducta antisocial y drogas ilegales en mujeres de 14-15 años	,92	,89	,05
Conducta antisocial y drogas legales en varones de 16-17 años	,91	,88	,05
Conducta antisocial y drogas ilegales en varones de 16-17 años	,91	,88	,05
Conducta antisocial y drogas legales en mujeres de 16-17 años	,93	,90	,05
Conducta antisocial y drogas ilegales en mujeres de 16-17 años	,93	,90	,05

El diagnóstico de la bondad de ajuste de un modelo estructural, en el que se intenta determinar si el modelo es correcto y útil para los objetivos de la investigación, es controvertido. Siguiendo a Batista y Coenders (2000), se entiende por modelo correcto aquél que incorpora aquellas restricciones y supuestos implícitos que se cumplen en la población y por lo tanto, especifica correctamente las relaciones entre las variables. En consecuencia, un modelo correcto predice adecuadamente la realidad.

Dado que no hay un acuerdo sobre cuál de estos índices representa mejor la bondad de ajuste de un modelo, se presenta una combinación de los índices de bondad de ajuste de todos los modelos explicativos planteados (Hu y Bentler, 1999). En este sentido, se eligieron los siguientes índices por ser los de uso más frecuente:

a) **Índice de Bondad de Ajuste (GFI)**: este índice de bondad de ajuste es una medida de la variabilidad explicada por el modelo. Su valor puede oscilar de cero a uno, de forma que cuando se aproxima a uno el ajuste es bueno y a cero en caso contrario (Jöreskog y Sörbom, 1984). Es independiente del tamaño de la muestra y menos sensible que los índices basados en el estadístico chi-cuadrado a las desviaciones de la normalidad.

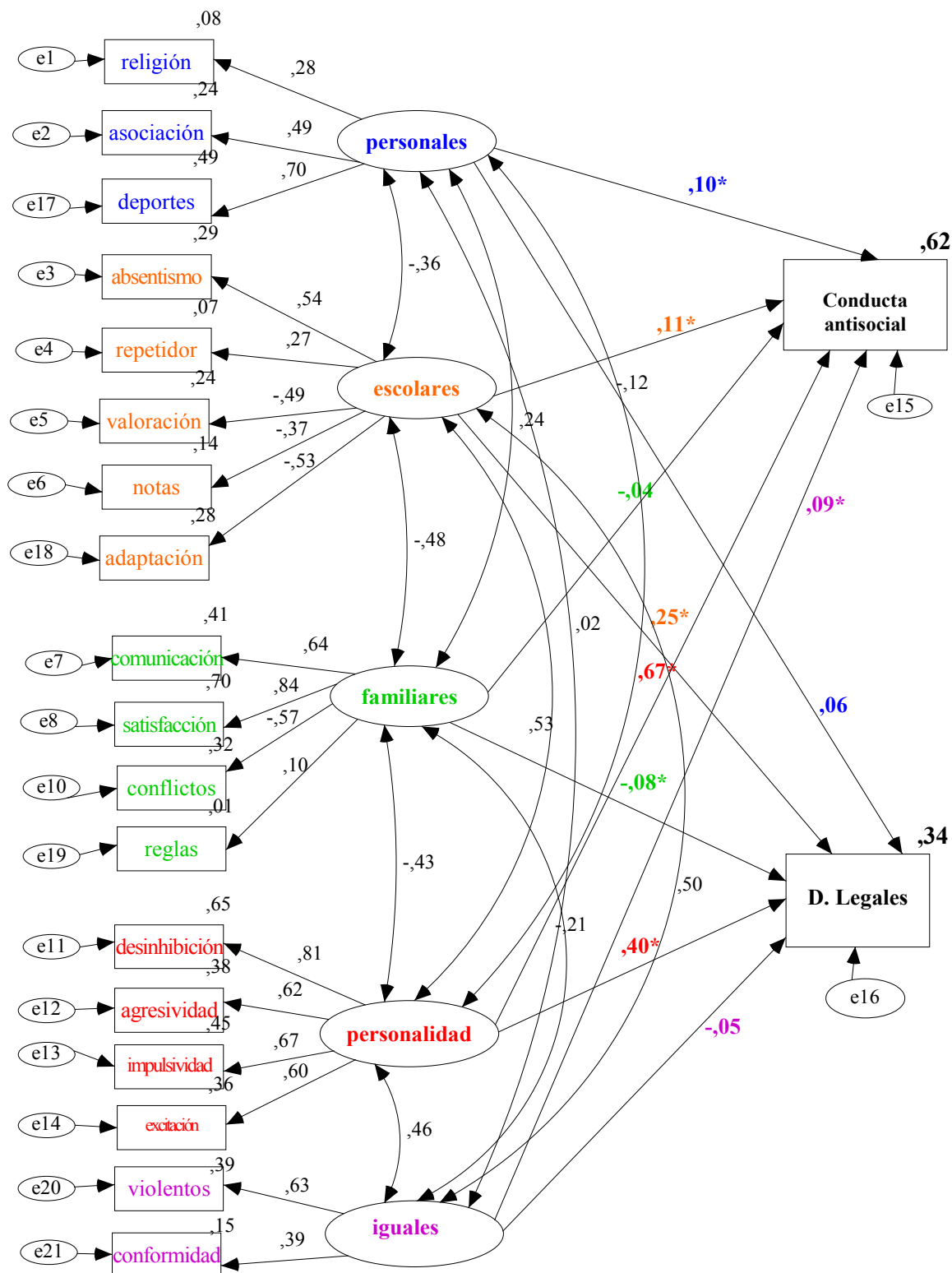
b) **Índice ajustado (AGFI)**: este índice de bondad de ajuste también varía de cero a uno, siendo el uno el valor que refleja el ajuste perfecto del modelo.

c) **Error cuadrático medio de aproximación (RMSEA)**: este índice se puede interpretar como el error de aproximación por grado de libertad. Valores en torno a 0,08 o menores se consideran aceptables (Browne y Cudeck, 1993).

Las Figuras 7.1 y 7.2 representan los modelos explicativos generales para la conducta antisocial y consumo de sustancias legales e ilegales en los 1.629 adolescentes de ambos sexos y con edades comprendidas entre los 14 y los 17 años de edad. Como se observa en el primer modelo (Figura 7.1.), la conducta antisocial fue explicada en un 62% de su variabilidad, mientras que el propio consumo de sustancias legales (alcohol, tabaco) y cannabis lo fue en un 34%. Sobre ambos patrones de conducta tuvieron un efecto significativo y directo los factores relacionados con los *recursos personales y valores éticos* (creencias religiosas, participación en asociaciones y práctica deportiva), los *factores escolares* (absentismo, repetición de curso, valoración de la enseñanza escolar, rendimiento y adaptación al medio escolar a través de la existencia de relaciones positivas con los profesores y compañeros), *familiares* (comunicación, satisfacción en las relaciones familiares, conflictividad, y existencia de normas y reglas dentro de la familia), de *personalidad* (desinhibición, agresividad, impulsividad y búsqueda de excitación) y del *grupo de iguales* (tener amigos violentos y participar en peleas por no quedar mal ante el grupo). Específicamente, los asteriscos indican los coeficientes estructurales significativos ($p < .05$).

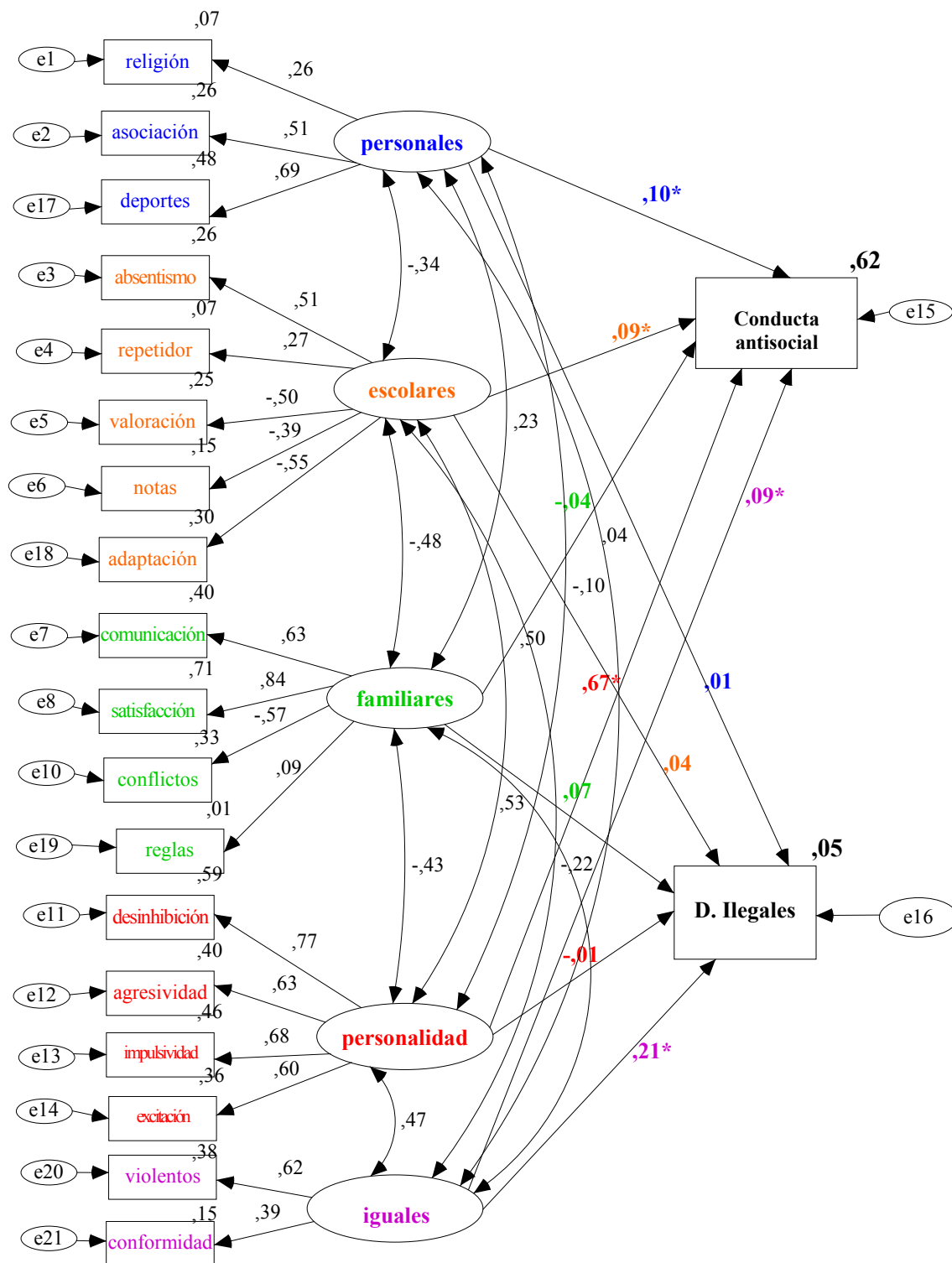
En la Figura 7.2. se representa el modelo estructural sobre la influencia de los factores personales, escolares, familiares, de personalidad y del grupo de iguales sobre la conducta antisocial y el consumo de sustancias ilegales (anfetaminas, cocaína, heroína, drogas sintéticas, inhalantes y alucinógenos) en adolescentes de ambos sexos y de 14 a 17 años de edad. Al igual que en el modelo precedente, dichos factores ejercieron una influencia directa común o general sobre la conducta antisocial y el consumo de dichas sustancias. Sin embargo, aunque la conducta antisocial fue explicada satisfactoriamente por el modelo en un 62% de la varianza, el consumo de drogas ilegales sólo lo fue en un 5%.

Figura 7.1. Influencia de los factores personales, escolares, familiares y de personalidad en la conducta antisocial y consumo de drogas legales (alcohol, tabaco y cannabis) en adolescentes, varones y mujeres, de 14 a 17 años de edad.



* Coeficientes estructurales significativos ($p < 0,05$)

Figura 7.2. Influencia de los factores personales, escolares, familiares y de personalidad en la conducta antisocial y consumo de drogas ilegales en adolescentes, varones y mujeres, de 14 a 17 años de edad.



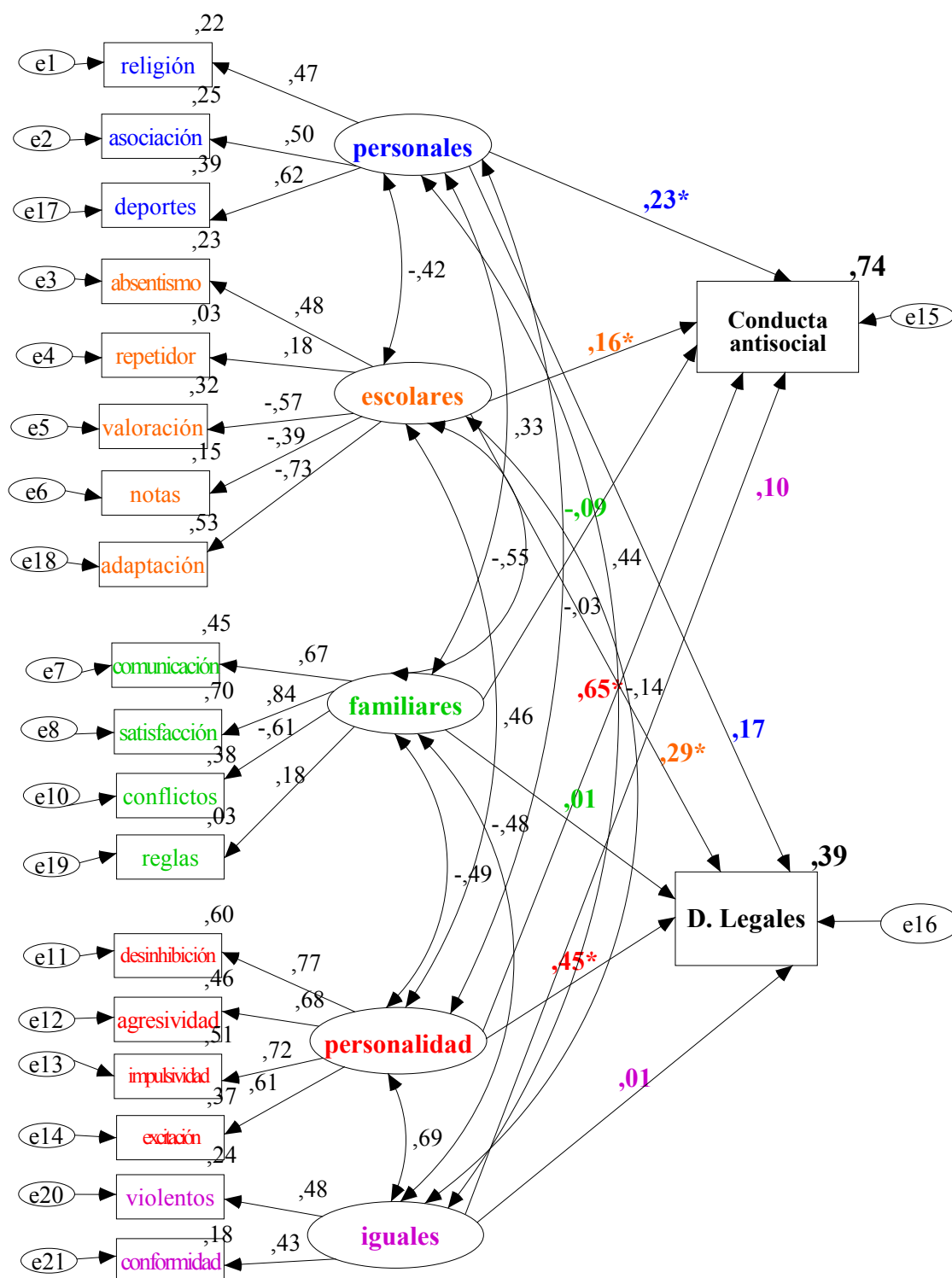
* Coeficientes estructurales significativos ($p < 0,05$)

Las Figuras 7.3 a 7.6 representan los modelos explicativos para la conducta antisocial y consumo de sustancias legales e ilegales en adolescentes varones y mujeres con edades comprendidas entre los 14 y los 15 años de edad, respectivamente.

Como se observa en las Figuras 7.3 y 7.5, los modelos estructurales realizados para varones y mujeres fueron altamente satisfactorios en la explicación de la variabilidad tanto de la conducta antisocial, que fue explicada en un 74 % y 64 %, respectivamente, como del consumo de drogas legales y cannabis, explicado en un 39 % y 38 % respectivamente. Sobre ambos patrones de conducta tuvieron un efecto significativo y directo los factores relacionados con los *recursos personales* y *valores éticos* (creencias religiosas, participación en asociaciones y práctica deportiva), los *factores escolares* (absentismo, repetición de curso, valoración de la enseñanza escolar, rendimiento y adaptación al medio escolar a través de la existencia de relaciones positivas con los profesores y compañeros), *familiares* (comunicación, satisfacción en las relaciones familiares, conflictividad, y existencia de normas y reglas dentro de la familia), de *personalidad* (desinhibición, agresividad, impulsividad y búsqueda de excitación) y del *grupo de iguales* (tener amigos violentos y participar en peleas por no quedar mal ante el grupo). Específicamente, los asteriscos indican los coeficientes estructurales significativos ($p < .05$).

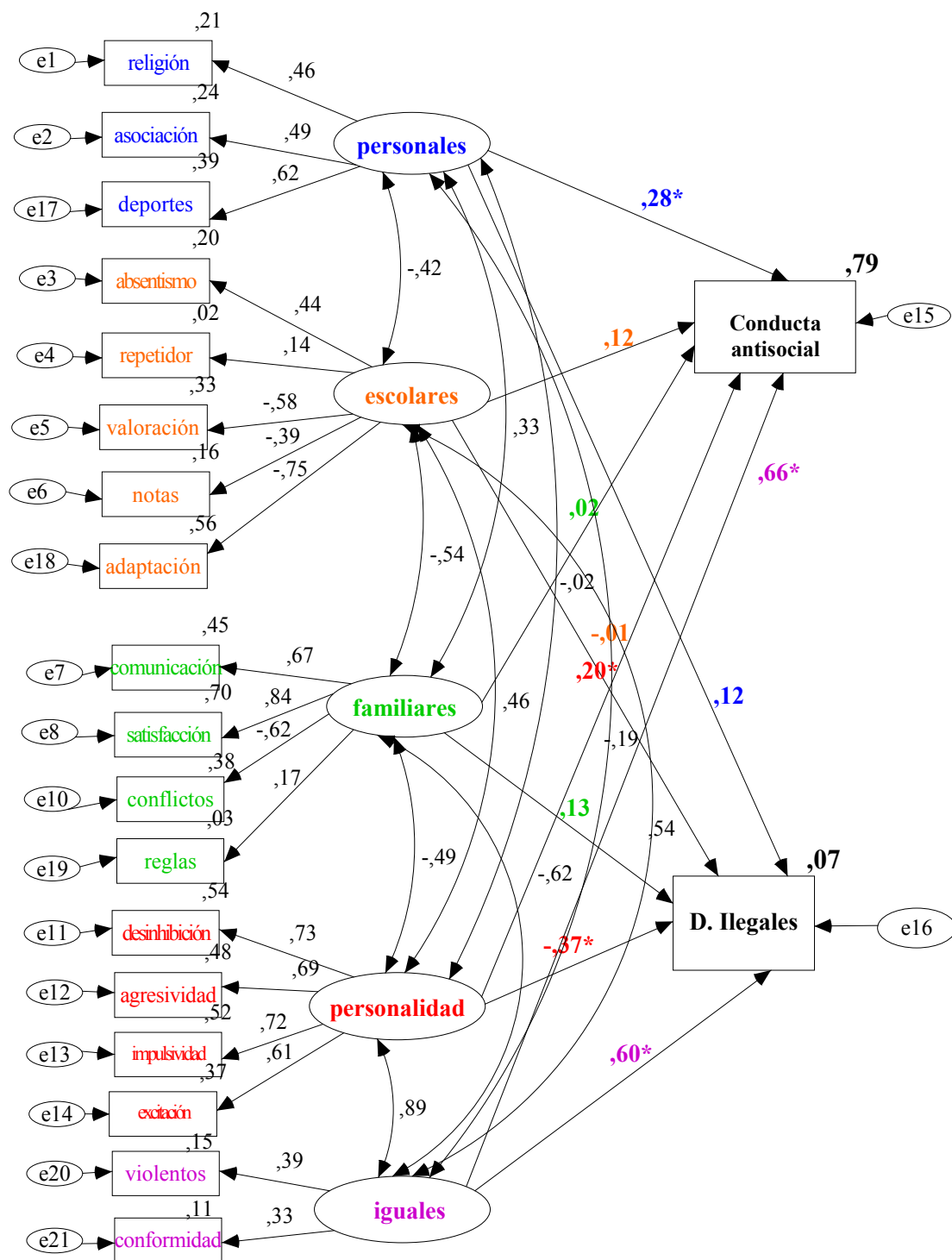
En las Figuras 7.4 y 7.6 se representan los modelos estructurales sobre la influencia de los factores personales, escolares, familiares, de personalidad y del grupo de iguales sobre la conducta antisocial y el consumo de sustancias ilegales (anfetaminas, cocaína, heroína, drogas sintéticas, inhalantes y alucinógenos) en adolescentes varones y mujeres de 14 a 15 años de edad. Al igual que en el modelo precedente, dichos factores ejercieron una influencia directa común o general sobre la conducta antisocial y el consumo de dichas sustancias. Sin embargo, aunque la conducta antisocial fue explicada satisfactoriamente por los modelos en un 79 % y 63 % de la varianza, respectivamente, el consumo de drogas ilegales sólo lo fue en un 7% y 2 %.

Figura 7.3. Influencia de los factores personales, escolares, familiares y de personalidad en la conducta antisocial y consumo de drogas legales (alcohol, tabaco y cannabis) en adolescentes varones de 14-15 años de edad.



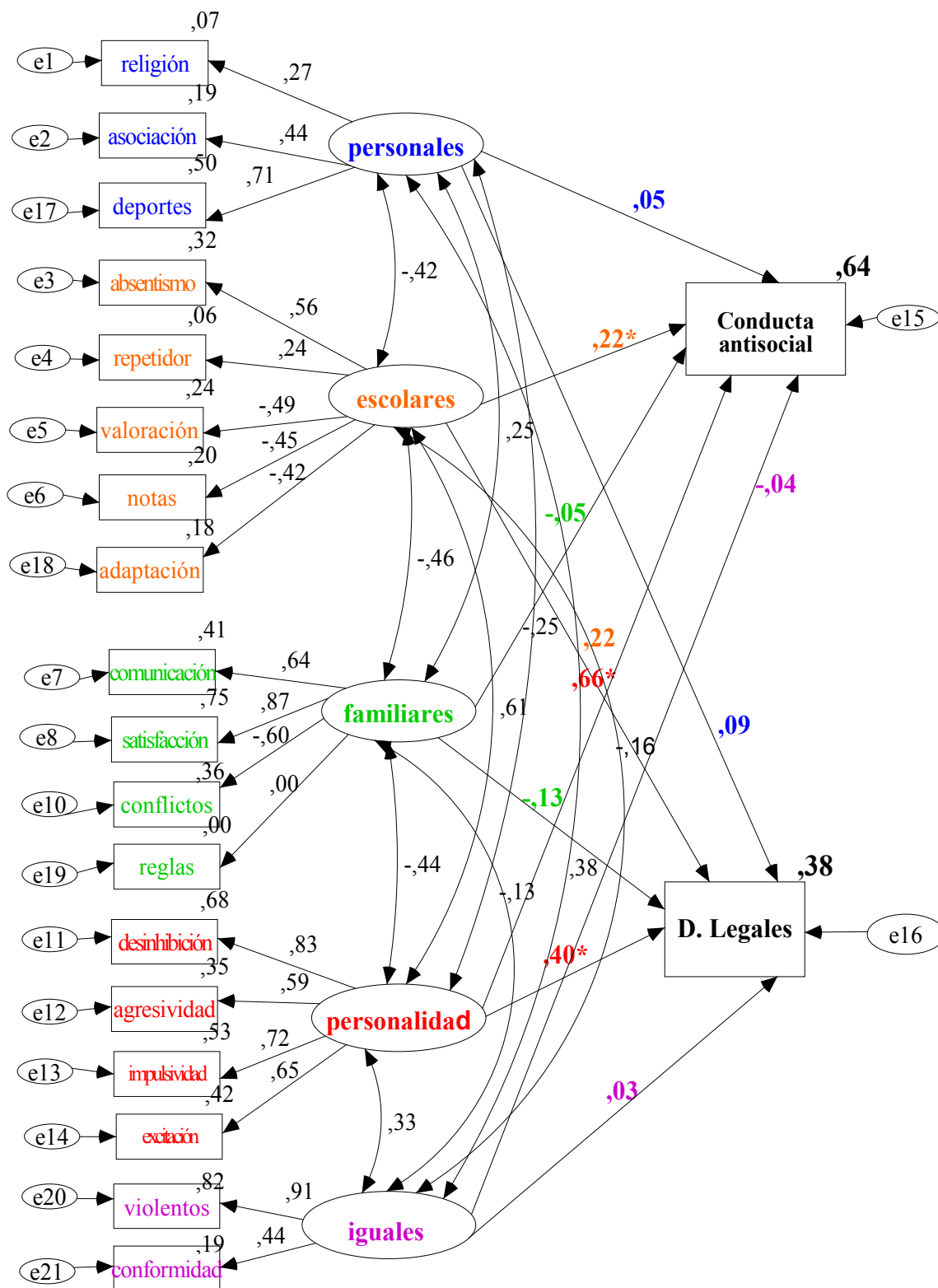
* Coeficientes estructurales significativos ($p < 0,05$)

Figura 7.4. Influencia de los factores personales, escolares, familiares y de personalidad en la conducta antisocial y consumo de drogas ilegales en adolescentes varones de 14-15 años de edad



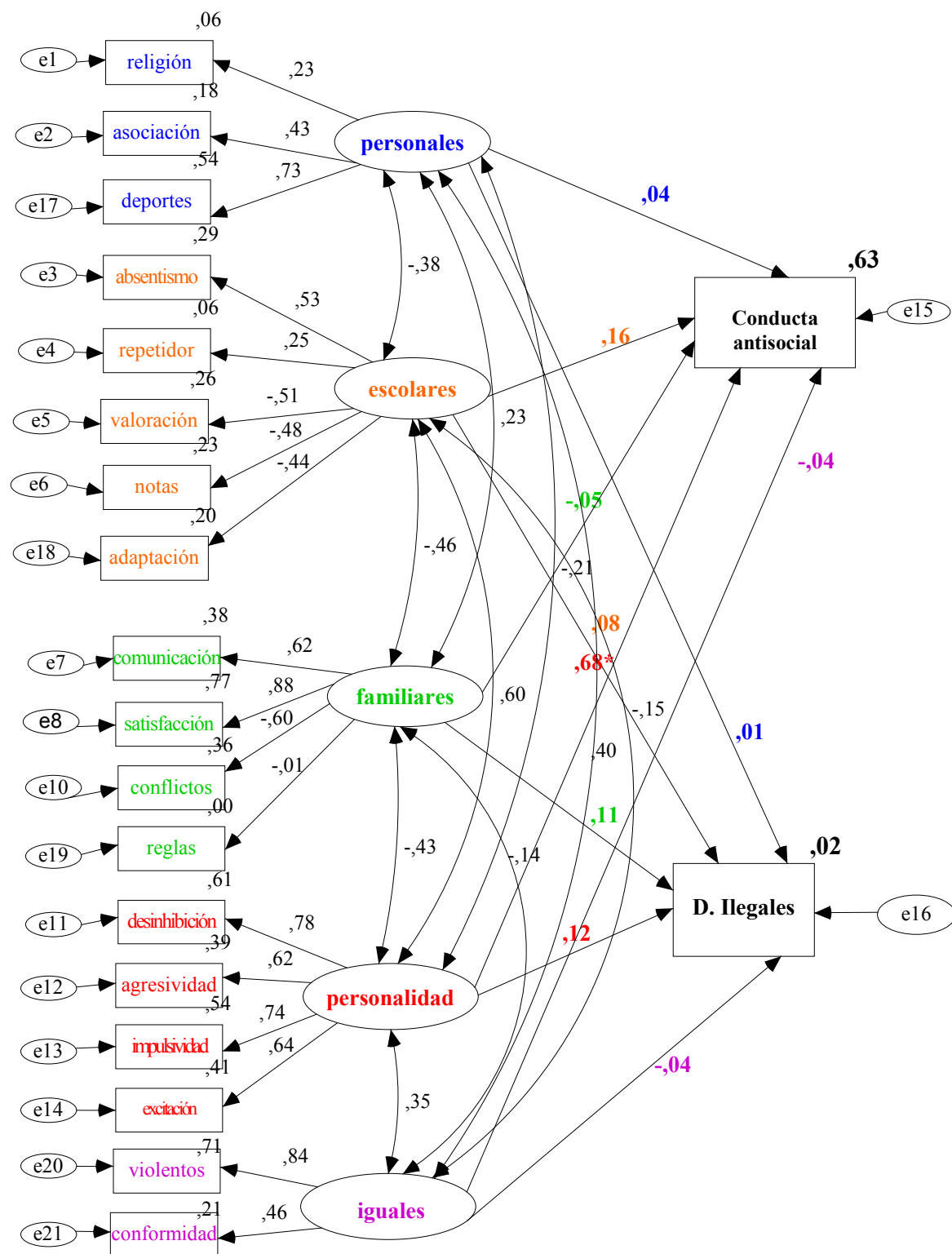
* Coeficientes estructurales significativos ($p < 0,05$)

Figura 7.5. Influencia de los factores personales, escolares, familiares y de personalidad en la conducta antisocial y consumo de drogas legales en adolescentes mujeres de 14-15 años de edad



* Coeficientes estructurales significativos ($p < 0,05$)

Figura 7.6. Influencia de los factores personales, escolares, familiares y de personalidad en la conducta antisocial y consumo de drogas ilegales en adolescentes mujeres de 14-15 años de edad



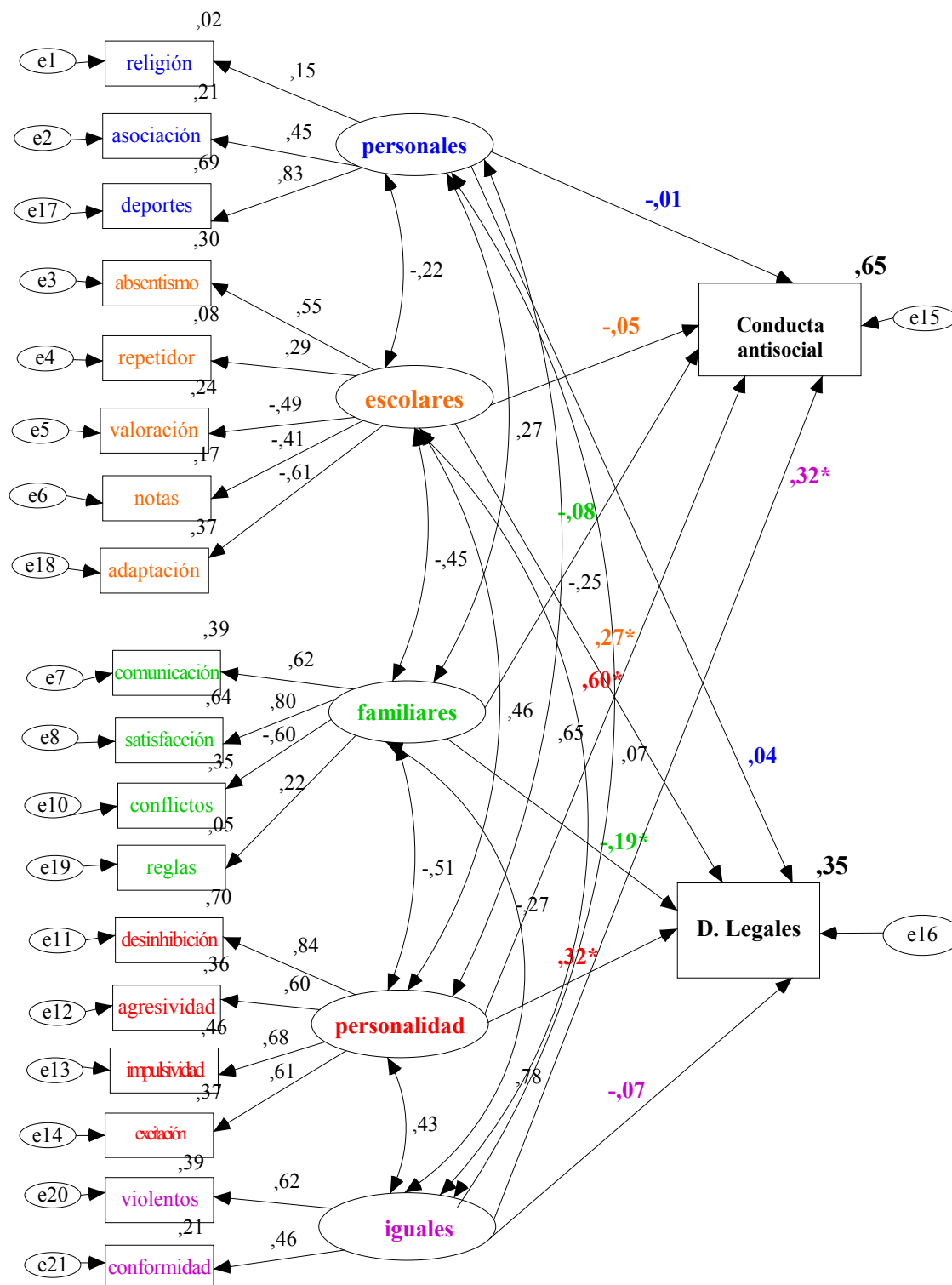
* Coeficientes estructurales significativos ($p < 0,05$)

Las Figuras 7.7. a 7.10. representan los modelos explicativos para la conducta antisocial y consumo de sustancias legales e ilegales en adolescentes varones y mujeres con edades comprendidas entre los 16 y 17 años de edad.

Como se observa en las Figuras 7.7. y 7.9., los modelos estructurales realizados fueron altamente satisfactorias en la explicación de la variabilidad tanto de la conducta antisocial, que fue explicada en un 65 % y 55 %, respectivamente, como del consumo de drogas legales y cannabis, explicado en un 35 % y 34% respectivamente. Sobre ambos patrones de conducta tuvieron un efecto significativo y directo los factores relacionados con los *recursos personales y valores éticos* (creencias religiosas, participación en asociaciones y práctica deportiva), los *factores escolares* (absentismo, repetición de curso, valoración de la enseñanza escolar, rendimiento y adaptación al medio escolar a través de la existencia de relaciones positivas con los profesores y compañeros), *familiares* (comunicación, satisfacción en las relaciones familiares, conflictividad, y existencia de normas y reglas dentro de la familia), de *personalidad* (desinhibición, agresividad, impulsividad y búsqueda de excitación) y del *grupo de iguales* (tener amigos violentos y participar en peleas por no quedar mal ante el grupo). Específicamente, los asteriscos indican los coeficientes estructurales significativos ($p < .05$).

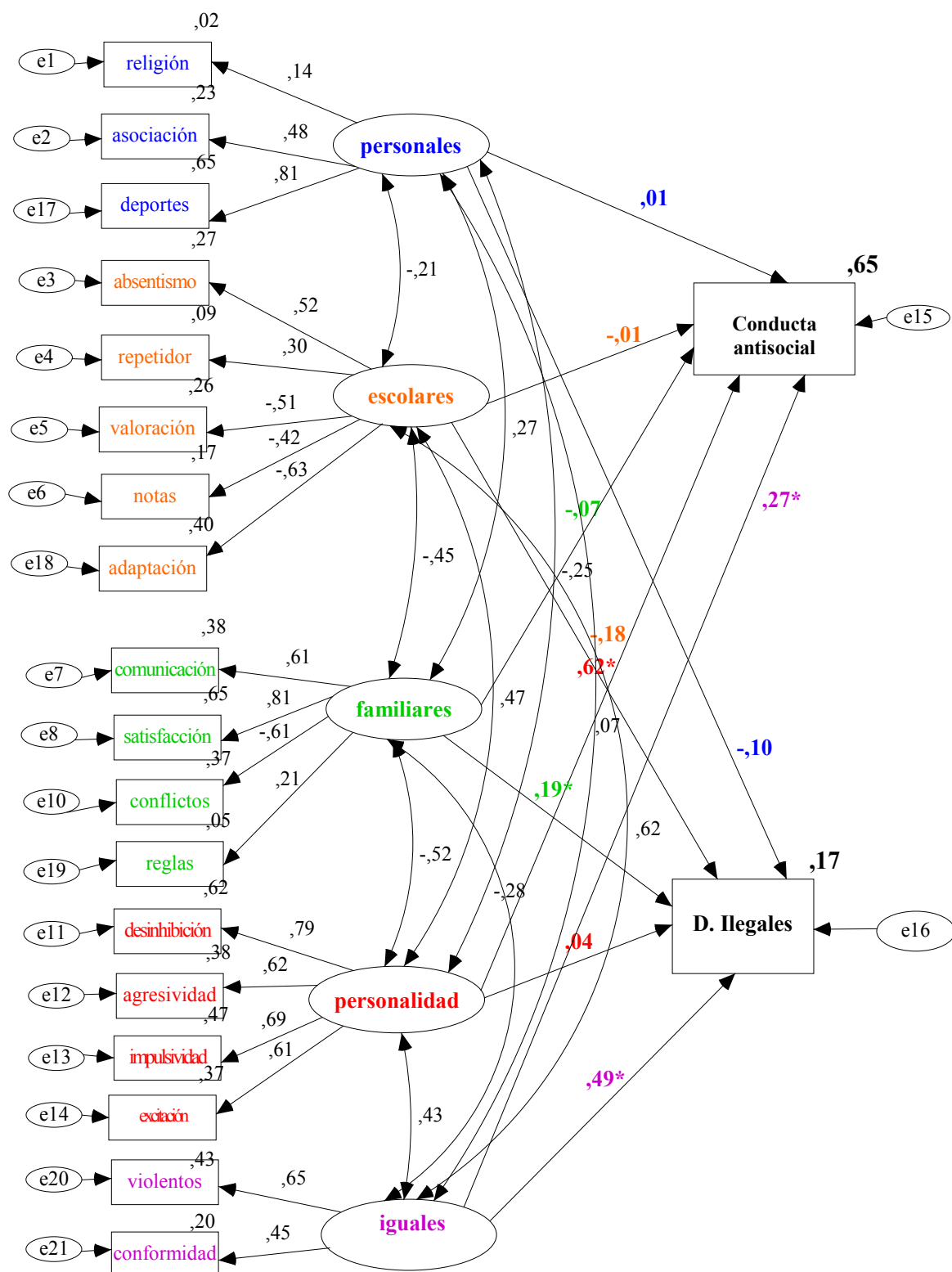
En las Figuras 7.8. y 7.10. se representan los modelos estructurales sobre la influencia de los factores personales, escolares, familiares, de personalidad y del grupo de iguales sobre la conducta antisocial y el consumo de sustancias ilegales (anfetaminas, cocaína, heroína, drogas sintéticas, inhalantes y alucinógenos) en adolescentes varones y mujeres de 16 a 17 años de edad. Al igual que en el modelo precedente, dichos factores ejercieron una influencia directa común o general sobre la conducta antisocial y el consumo de dichas sustancias. Sin embargo, aunque la conducta antisocial fue explicada satisfactoriamente por los modelo en un 65% y 55% de la varianza, el consumo de drogas ilegales sólo lo fue en un 17% y 5%, respectivamente.

Figura 7.7. Influencia de los factores personales, escolares, familiares y de personalidad en la conducta antisocial y consumo de drogas legales en adolescentes varones de 16-17 años de edad.



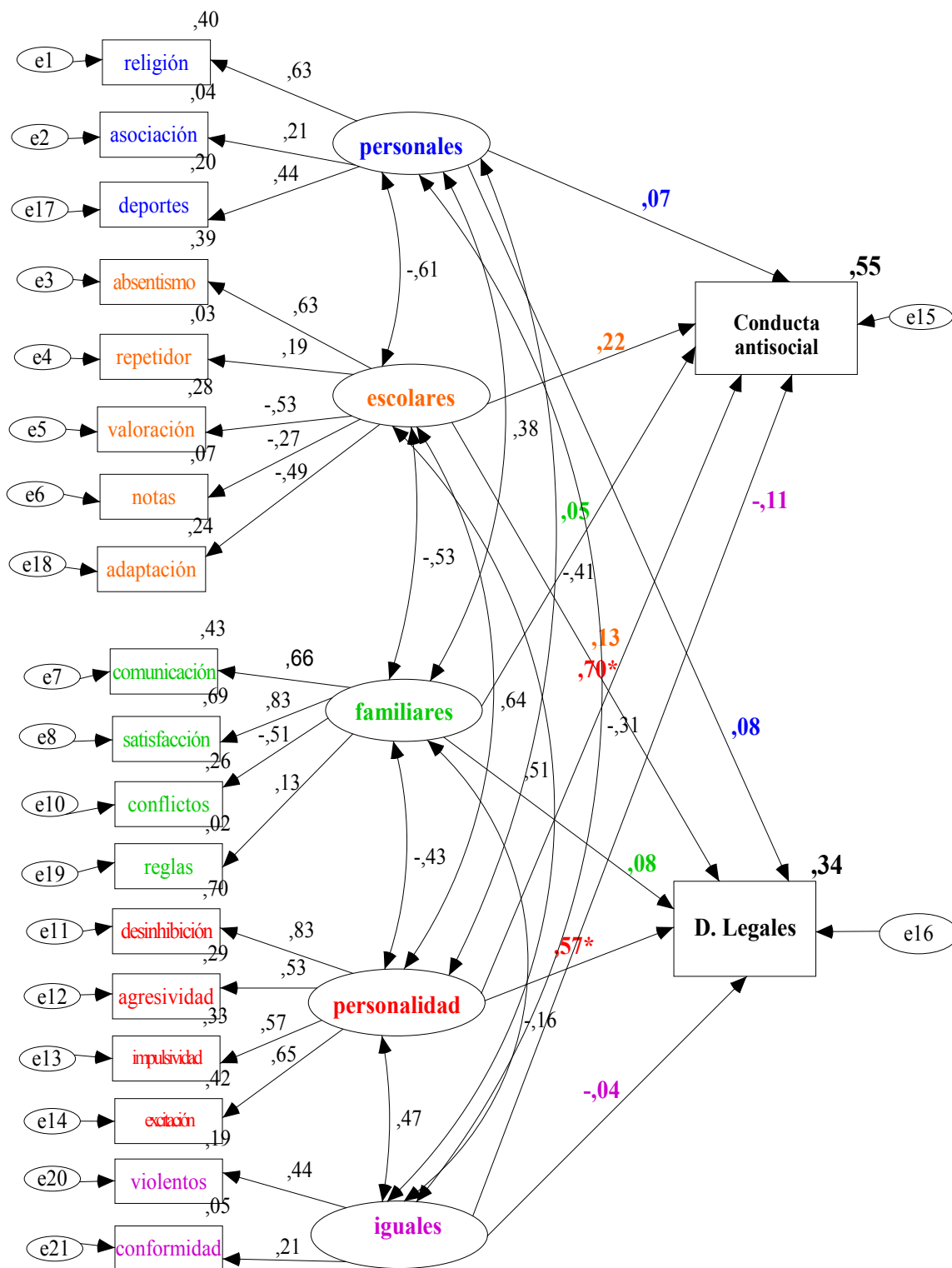
* Coeficientes estructurales significativos ($p < 0,05$)

Figura 7.8. Influencia de los factores personales, escolares, familiares y de personalidad en la conducta antisocial y consumo de drogas ilegales en adolescentes varones de 16-17 años de edad.



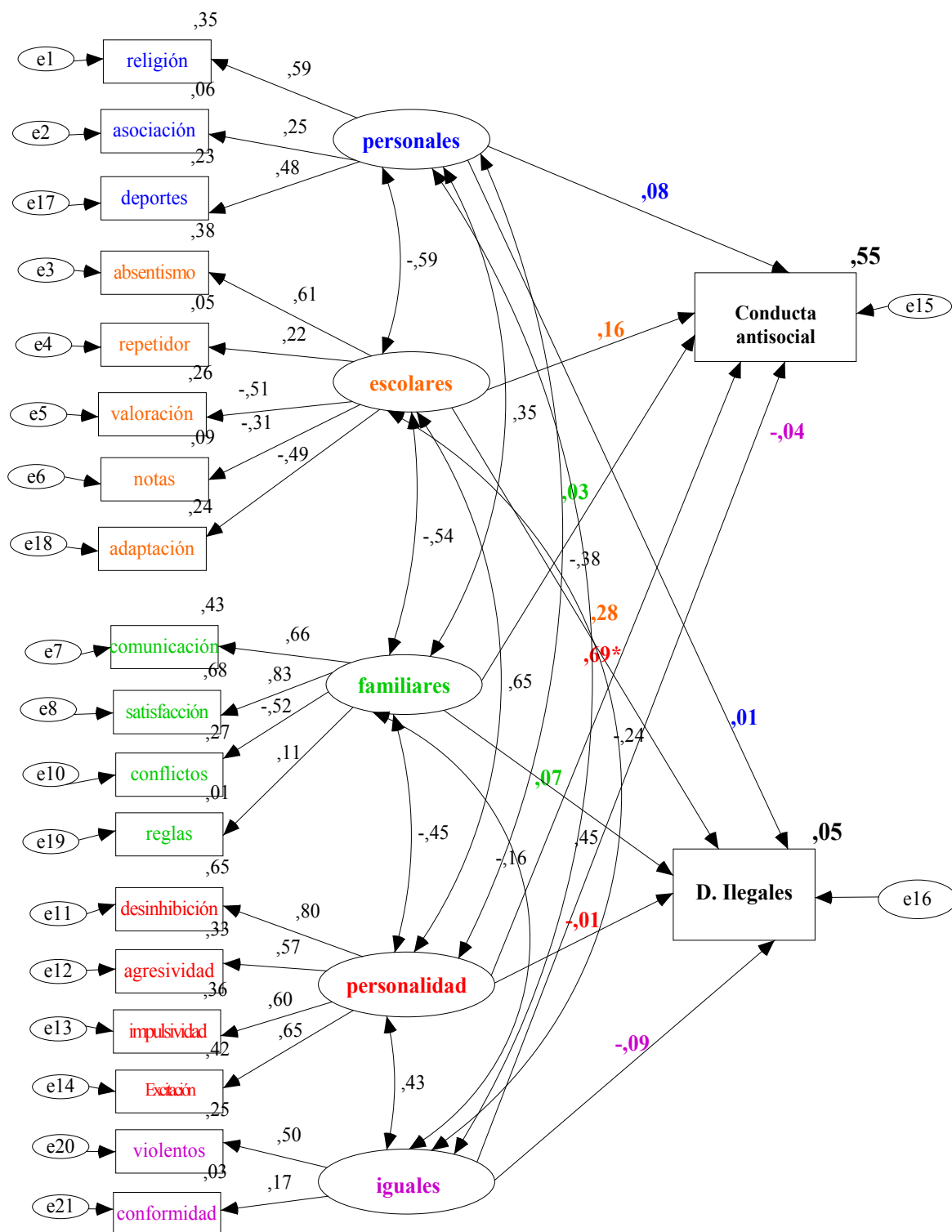
* Coeficientes estructurales significativos ($p < 0,05$)

Figura 7.9. Influencia de los factores personales, escolares, familiares y de personalidad en la conducta antisocial y consumo de drogas legales en adolescentes mujeres de 16-17 años de edad.



* Coeficientes estructurales significativos ($p < 0,05$)

Figura 7.10. Influencia de los factores personales, escolares, familiares y de personalidad en la conducta antisocial y consumo de drogas ilegales en adolescentes mujeres de 16-17 años de edad



* Coeficientes estructurales significativos ($p < 0,05$)

7.6. Resumen de los resultados obtenidos

A tenor de los diferentes modelos estructurales diseñados para valorar la influencia de los factores personales (recursos y valores éticos), escolares, familiares, de personalidad y del grupo de iguales, se destacan las siguientes consideraciones en función de su poder explicativo de la conducta antisocial en adolescentes.

1. Los modelos explicativos estructurales realizados tanto en función del sexo como de la edad de los adolescentes fueron, en todos los casos, altamente satisfactorios en la explicación de la variabilidad de la conducta antisocial y el consumo de drogas legales (alcohol y tabaco) y cannabis.

2. Los modelos explicativos estructurales realizados en función del sexo y edad de los adolescentes no fueron, sin embargo, satisfactorios en cuanto a la escasa variabilidad explicada sobre el consumo de drogas ilegales.

3. En general, los *recursos personales* y *valores éticos* (creencias religiosas, participación en asociaciones y práctica deportiva), los *factores escolares* (absentismo, repetición de curso, valoración de la enseñanza escolar, rendimiento y adaptación al medio escolar a través de la existencia de relaciones positivas con los profesores y compañeros), *familiares* (comunicación, satisfacción en las relaciones familiares, conflictividad, y existencia de normas y reglas dentro de la familia), de *personalidad* (desinhibición, agresividad, impulsividad y búsqueda de excitación) y del *grupo de iguales* (tener amigos violentos y participar en peleas por no quedar mal ante el grupo) ejercieron una influencia significativa y común tanto en la explicación de la variabilidad de la conducta antisocial como del consumo de drogas.

4. La influencia común o específica de los factores personales, escolares, familiares de personalidad y del grupo de iguales sobre la conducta antisocial y consumo de sustancias varió en función del sexo y la edad de los adolescentes.

5. El modelo explicativo general que ponen en relación la conducta antisocial y el *consumo de drogas legales y cannabis* en *varones y mujeres de 14 a 17 años de edad*, han mostrado suficiente evidencia empírica como para poder afirmar la existencia de una influencia directa, significativa y común de las variables escolares, familiares y de personalidad sobre la conducta antisocial y consumo de sustancias legales de los adolescentes. De la misma forma, también se ha evidenciado una influencia específica, directa y significativa de los recursos personales y valores ético-morales sobre la conducta antisocial y del grupo de iguales sobre el consumo de sustancias legales y cannabis en los adolescentes.

6. De la misma forma, y haciendo referencia a los distintos grupos de edad y sexo en relación a la *conducta antisocial y consumo de drogas legales y cannabis*, podemos observar como los factores escolares y de personalidad son los que ejercen una influencia común y significativa sobre ambas conductas, apareciendo los factores personales como significativos de forma específica hacia la conducta antisocial en el caso de los *varones de 14-15 años*. En el caso de los adolescentes *varones de 16-17 años*, sólo los factores de personalidad ejercerían una influencia significativa y común sobre la conducta antisocial y el consumo de drogas legales y cannabis, mientras que de forma específica, los factores escolares y familiares actuarían sobre el consumo de estas sustancias y el grupo de iguales sobre la conducta

antisocial. Respecto a las adolescentes *mujeres de 14-15 años*, también son los factores de personalidad los que ejercen una influencia significativa y común sobre las dos conductas, apareciendo los factores escolares como específicos hacia la conducta antisocial. Finalmente, en el caso de las *adolescentes mujeres de 16-17 años*, vuelven a ser los factores de personalidad los que ejercen influencia de forma única, significativa y común tanto sobre el consumo de droga legales y cannabis como la conducta antisocial.

7. El modelo explicativo general que ponen en relación la conducta antisocial y el *consumo de drogas ilegales en varones y mujeres de 14 a 17 años de edad*, han mostrado la suficiente evidencia empírica como para poder afirmar la existencia de una influencia directa, significativa y común de las variables relacionadas con el grupo de iguales sobre la conducta antisocial y el consumo de sustancias ilegales de los adolescentes. De la misma forma, también se ha evidenciado una influencia significativa y específica de los recursos personales y valores ético-morales, escolares y de personalidad sobre la conducta antisocial.

8. De la misma forma, y haciendo referencia a los distintos grupos de edad y sexo en relación a la *conducta antisocial y consumo de drogas ilegales*, podemos observar como los factores de personalidad y del grupo de iguales son los que ejercen una influencia común y significativa sobre ambas conductas, apareciendo los factores personales como significativos de forma específica hacia la conducta antisocial en el caso de los *varones de 14-15 años*. En el caso de los adolescentes *varones de 16-17 años*, sólo los factores relacionados con el grupo de iguales ejercerían una influencia significativa y común sobre la conducta antisocial y el consumo de drogas ilegales, mientras que de forma específica, los factores familiares actuarían sobre el consumo de estas sustancias y los de personalidad sobre la conducta antisocial. Finalmente, y tanto para las *adolescentes mujeres de 14-15 años como para las de 16-17 años*, sólo los factores de personalidad ejercen influencia de forma única, significativa y específica sobre la conducta antisocial, no apareciendo ninguna variable como significativa hacia el consumo de drogas ilegales.

DISCUSIÓN GENERAL Y CONCLUSIONES

El presente trabajo surge prioritariamente desde un enfoque preventivo de la conducta antisocial. Tomando como referencia una muestra de adolescentes escolarizados con edades comprendidas entre los 14 y 17 años pertenecientes al Municipio de Majadahonda, la investigación realizada considera tres aspectos principales: en primer lugar, el análisis descriptivo de las diferentes manifestaciones de la conducta antisocial en función de la edad y el sexo; en segundo lugar, determinar la capacidad predictiva de diversas variables de carácter psicológico, familiar, grupal y escolar sobre la conducta antisocial; y en tercer lugar, contrastar diferentes modelos explicativos sobre la manifestación conjunta entre la conducta antisocial y el consumo de drogas.

8.1 .Análisis descriptivo de la conducta antisocial en los adolescentes

Si tomamos en consideración el concepto de “conducta antisocial” desde un enfoque amplio, que prime el componente conductual sobre el estrictamente jurídico, éste quedaría definido como cualquier tipo de conducta que infringe las reglas o normas sociales y/o una acción contra los demás, independientemente de las consecuencias que a nivel jurídico pudiera conllevar. Dentro de esta conceptualización, quedarían englobadas las conductas antisociales evaluadas en este estudio, tales como: a) conductas antisociales que infringen las normas sociales típicas de la adolescencia; b) uso de conductas graves, agresivas y violentas y, c) consumo de diferentes sustancias de comercial legal e ilegal; teniendo en cuenta además, las diferencias producidas en función del alto o bajo nivel de conducta antisocial presentado por los adolescentes.

En relación con la prevalencia de las conductas antisociales manifestadas por los adolescentes, son los varones en todos los rangos de edad analizados, los que mostraron mayores índices de prevalencias en todas sus manifestaciones. Así, destacan aquellas que, infringiendo las normas sociales de forma grave y/o violenta, van dirigidas a la destrucción de la propiedad u objetos, la destrucción de mobiliario urbano u otros objetos de la calle, parques o jardines, los robos en colegios o en tiendas, el robo de coches o dinero, el allanamiento y robo en propiedades privadas, los actos vandálicos y, finalmente, el uso de armas. De la misma forma, los adolescentes con altos niveles de conducta antisocial manifestaron significativamente mayor prevalencia de dichas conductas frente aquellos otros con bajos niveles de conducta antisocial. Estos resultados, además de confirmar las hipótesis de partida del estudio, parecen ser consistentes con los encontrados por otras investigaciones (Kirkpatrick, 2003; Moffitt et al., 2001; Thornberry, 2004 Wilmer et al., 2002) e incluso, las

realizadas en el mismo Municipio (Graña, Muñoz-Rivas y Delgado, 2000) o a nivel nacional (Ministerio del Interior, 2003); siendo las prevalencias, por otra parte, notablemente inferiores en todos los casos a los promedios que otras investigaciones han mostrado a nivel nacional (Rechea, Barberet, Montañes y Arroyo, 1995).

Respecto a la manifestación de *conductas agresivas ante determinadas situaciones*, los adolescentes varones presentaron mayores prevalencias, tanto en situaciones de ansiedad o estrés, en respuesta a una agresión previa, como en defensa de otras personas; datos consistentes con los obtenidos por otras investigaciones sobre los estilos de conducta agresiva en hombres y mujeres (Andreu, Peña y Martín, 1999; Andreu, 2001; Archer, 1998; Peña, Andreu y Muñoz-Rivas, 1997). Asimismo, los adolescentes con altos niveles de conducta antisocial manifestaron un número significativamente superior de agresiones reactivas ante una provocación, hostiles, por ansiedad/estrés y defensivas, que aquellos otros con bajos niveles de conducta antisocial. Estas diferencias encontradas en cuanto a la proporción de los diferentes tipos de agresión en los adolescentes de 14 a 17 años de edad es también consistente con las hipótesis planteadas en la presente investigación y los resultados obtenidos por otros estudios (Garaigordobil et al., 2004; Quinsey et al., 2001).

Numerosos autores han puesto en evidencia como las conductas antisociales tiende a incrementarse paulatinamente en la adolescencia temprana, llegan al máximo en la adolescencia media y decrece gradualmente en la adolescencia tardía (Farrington, 1986; Loeber y Stouthamer-Loeber, 1998; Tremblay 2000; 2001; Windle, 2000). Así, en la muestra de estudio se observó cómo la mayor parte de las prevalencias referidas a conductas antisociales graves, agresivas y/o violentas, se incrementaban entre los 14 y 16 años, observándose en la mayoría de los casos un declive en esta tendencia a partir de los 17 años, apoyando, por tanto, las hipótesis de partida y los estudios realizados al respecto. Sin embargo, para el consumo de drogas, los resultados fueron totalmente opuestos, apareciendo un incremento significativo de las prevalencias con la edad para todas las sustancias. Resultados similares han encontrado otros estudios de investigación (Maes et al., 2001; Simonoff et al., 1997) resaltando que las tendencias de edad en el consumo de drogas diferían de las referentes a la delincuencia, comenzando los comportamientos antisociales varios años antes que el consumo de drogas y culminando también mucho antes. De la misma forma, Becoña (2002) señala como el consumo de drogas se mantiene durante la adolescencia y adultez emergente, entendida ésta última, como al periodo de edad de los 18 a los 25 años, donde aumentan ciertas conductas de riesgo como el sexo sin protección y el consumo de sustancias, antes de entrar a formar parte del rol de adulto. Si además tenemos en cuenta que en la sociedad actual, la mayoría de los jóvenes permanecen en sus casas hasta los 30 años, la posibilidad de que adquieran las responsabilidades propias de los adultos se dilata en el tiempo, lo que ayuda a que el consumo de sustancias se mantenga por más tiempo.

En cuanto a los porcentajes de consumidores de las diferentes drogas, éstos son muy similares y, en algunos casos, ligeramente inferiores a los mostrados por otros trabajos realizados en el propio Municipio de Majadahonda (Graña et al., 2000). Por otra parte, en relación con el consumo de sustancias, se obtuvieron tres agrupaciones bien diferenciadas (drogas legales, ilegales y medicas) que dan respuesta a la forma real en la que los consumidores más habituales hacen uso de las mismas, confirmando así las hipótesis planteadas en el estudio y las observaciones ya señaladas por otros autores (Graña et al., 2000; Muñoz-Rivas, Graña y Cruzado, 2000; Otero, 1997), encontrandonos, por tanto, ante una situación en la que el monoconsumo es prácticamente inexistente y lo que prevalece es

una pauta general a consumir varias sustancias de forma conjunta que, por la naturaleza de las mismas, bien podría ser reflejo de la involucración de los adolescentes en diferentes etapas de consumo de forma escalada.

Así pues, en el primero de los grupos extraídos, *Drogas legales*, aparecen asociados tanto el alcohol, el tabaco como el cannabis, lo que pone de manifiesto nuevamente el hecho constatado de la existencia de una fuerte relación entre el consumo de las drogas convencionales (Aubà y Villalbí, 1993; Campins et al., 1996; Elzo et al., 1992; Otero, 1997) y el uso de sustancias ilegales, siendo la más habitual el cannabis. Este último aspecto también ha sido corroborado de forma sistemática por diferentes estudios desde comienzos de la década de los 90 (Bobes y Calafat, 2000; Bobes y Calafat, 2000; Comas, 1990; Elzo et al., 1992; Itza, 1992; Luengo et al., 1992; Otero, 1997; PNSD, 2002, 2004). Así, el 41,6% de los adolescentes de la muestra de estudio consumían cannabis en los últimos 30 días, siendo más prevalente en el caso de los varones, y configurándose, después de el tabaco y el alcohol, como la sustancia que presentaba mayor asociación con aquellos chicos con altos niveles de conducta antisocial.

Estos resultados apoyan la idea de que los jóvenes perciben la marihuana o el cannabis como diferente al resto de las otras drogas ilegales, considerándolas igual de aceptable que el consumo de las drogas legales (Bobes y Calafat, 2000; Shiner y Newburn, 1997). Becoña (2002) señala respecto a este tipo de sustancias que, el no producir importantes problemas de dependencia, el existir una gran disponibilidad de la misma y grupos que defienden su consumo y legalización, el ser considerada como menos peligrosa que la heroína y el no existir un número de adictos a la misma problemáticos, han favorecido el que en los últimos años se haya reducido la idea de que el consumo de cannabis y/o marihuana acarrea graves problemas y por lo tanto haya aumentado su consumo. De la misma forma, y como ponen en evidencia las últimas encuestas escolares realizadas por el Plan Nacional sobre Drogas (2002, 2004) en una muestra de adolescentes de enseñanza secundaria con edades comprendidas entre los 14 y 18 años de edad, el consumo de cannabis se ha duplicado en los últimos diez años, alcanzando prevalencias más próximas al consumo de alcohol y tabaco que a las drogas ilegales, a la vez que resaltan como los adolescentes tienen cada vez menos percepción de riesgo a la hora de consumir dicha sustancia de forma habitual aunque se jactan de estar más informados. Es por tanto, que el abordaje preventivo más lógico y adecuado debe dirigirse fundamentalmente hacia las drogas legales y cannabis, no sólo por ser las sustancias más consumidas, sino porque son la puerta de acceso al consumo de drogas ilegales (Becoña, 2002).

En cuanto al *consumo de alcohol*, las bebidas preferidas por los adolescentes de la muestra de estudio son los combinados (79,8%), los licores (65,3%) y el vino (60,7%), constatándose la tendencia señalada por otros estudios sobre la consolidación de un patrón de consumo centrado en el uso de sustancias de mayor graduación, desplazando así a otras que han sido tradicionalmente las bebidas de referencia (cerveza o sidra). De la misma forma, la encuesta realizada por el PNSD (2004) con población escolar también refleja la preferencia de los adolescentes por los combinados, alcanzando la prevalencia más alta de consumo en los últimos 30 días (56,9%), seguido de la cerveza, vino y licores. Asimismo, se evidencia un mayor consumo de alcohol en el caso de las mujeres, dato también constatado en el presente estudio para el consumo de combinados, sustancia que, curiosamente, ha presentado las mayores prevalencias. Por otra parte, se encontraron en el presente estudio relaciones estadísticamente significativas entre el consumo de alcohol y los diferentes patrones de

conducta antisocial, constatándose que el 67,7% de los adolescentes de la muestra que presentaban altos niveles de conducta antisocial consumían frecuentemente cerveza, el 70,7% consumían vino, un 77,9% licores y, finalmente, el 82,5% combinados.

Respecto al *consumo del tabaco*, la edad vuelve a ser determinante, tanto para los varones como para las mujeres (Graña et al., 2000). Así, se confirmaron las hipótesis planteadas en el diseño de investigación, observándose que, como en el resto de las sustancias, el porcentaje de fumadores habituales aumenta considerablemente con la edad, siendo a los 17 años el rango en el que alcanza sus mayores valores y encontrándose diferencias claramente significativas en favor de las mujeres (54,3% vs. 68,4%). Resultados similares aunque inferiores (33,1% vs. 24,2% // 32,4% vs. 25,1%) fueron obtenidos por el Plan Nacional sobre Drogas en su encuesta con población escolar durante el año 2002 y 2004 respectivamente. Por otra parte, la presente investigación también evidenció que su consumo asciende al 73,6% en aquellos adolescentes con altos niveles de conducta antisocial en comparación con el 23,1% de los adolescentes con bajos niveles de conducta antisocial.

De la misma forma, se constató la importante relación existente entre las diferentes sustancias de consumo ilegal, apareciendo de forma conjunta el uso de cocaína, drogas de síntesis, heroína, anfetaminas e inhalantes y conformando así el grupo de *Drogas ilegales*. Otros estudios han llegado a resultados similares, señalando la clara asociación de estas sustancias de comercio ilegal (Comas, 1990; Luengo et al., 1992; Muñoz-Rivas et al., 2000; Otero, 1997). Es de resaltar, que a pesar que los varones siguen presentando las mayores prevalencias para el consumo de todas las sustancias en general, las diferencias son cada vez menores, e incluso, a veces superiores, como pone de manifiesto los resultados encontrados en la presente investigación, donde existen diferencias significativas en cuanto al consumo de anfetaminas en los últimos 30 días en favor a las mujeres de 17 años (11,7% vs. 3,1%), resultado no evidenciado por las últimas encuestas escolares a nivel nacional (PNSD, 2002, 2004), aunque para el resto de las sustancias, las prevalencias son similares.

Los resultados obtenidos en el presente estudio sobre los patrones de consumo de sustancias ilegales y los altos niveles de comportamiento antisocial en los adolescentes, reflejan que el cannabis es la sustancia más consumida por los adolescentes con altos niveles de conducta antisocial, apareciendo en el 52,2% de los casos, asemejándose su consumo más a las prevalencias de las sustancias legales que al resto de las ilegales. Así, el 9,6% de los adolescentes con altos niveles de conducta antisocial manifestaron consumir frecuentemente *cocaína*, un 8,5% alucinógenos, *anfetaminas* en un 7,2%, *drogas sintéticas* en un 4,9% y, finalmente, *heroína* en un 1,5% .

El hecho de que en el tercero de los grupos de sustancias obtenidos, aparezcan asociados de forma conjunta todos los fármacos o derivados farmacológicos, *Drogas médicas*, estaría también en consonancia con las conclusiones a las que llegan otras investigaciones que subrayan la asociación de este tipo de drogas entre sí (Itza, 1992; Luengo et al., 1992; Muñoz-Rivas et al., 2000; Otero, 1997). A pesar de que la última encuesta escolar realizada por el Plan Nacional sobre Drogas (2004) evidencia un mayor consumo de estas sustancias en las mujeres frente a los varones (3% v.s 1,8%), en el presente estudio, no se encontraron diferencias significativas en cuanto al sexo de los adolescentes, siendo, no obstante, las prevalencias de consumo en los últimos 30 días superiores a las mostradas a nivel nacional (3,3 v.s. 6,8%).

Existe un patrón de consumo de estas sustancias, propio de los jóvenes y/o adolescentes, que consiste en consumirlas para potenciar o disminuir el efecto de otras drogas (Becoña, 2002). En cualquier caso, teniendo en cuenta que el consumo de drogas médicas es cada vez mayor en la población más joven y que el uso de éstas y de otras sustancias no se adecua a patrones fijos en la mayor parte de los casos, sería necesario una mayor investigación en este sentido que lograra esclarecer este tipo de planteamientos y, en consecuencia, obtener mayor información sobre la forma en la que se produce la implicación del adolescente en el consumo de sustancias psicoactivas y drogas médicas.

8.2. Factores de riesgo y de protección de la conducta antisocial

Tomando en consideración la complejidad de la propia conducta antisocial, parece aún más importante llegar a conocer sus determinantes específicos, ya que sólo a partir de este conocimiento es posible determinar aquellas claves de actuación que son lo suficientemente relevantes para conseguir resultados preventivos eficaces. En este sentido, y partiendo de la idea de que la conducta antisocial en la adolescencia sólo puede ser entendida desde una perspectiva multicausal en la que influyen factores de diversa índole, se planteó el segundo estudio empírico con el objetivo de comprobar la capacidad predictiva de una serie de factores de carácter psicosocial sobre la presencia de conductas antisociales entre los adolescentes escolarizados en diferentes centros del Municipio de Majadahonda.

Con respecto a la naturaleza de las variables consideradas, los resultados obtenidos en el presente estudio señalan la estrecha relación existente entre muchas de ellas y la conducta antisocial, corroborando la adecuación de su inclusión en este tipo de trabajos y el valor de las mismas a la hora de ofrecer una explicación de este fenómeno desadaptado en la población adolescente. En este sentido, un número importante de variables han demostrado mantener una relación tanto positiva (indicando una mayor probabilidad de que el joven se involucre en comportamientos antisociales) como negativa (señalando una menor probabilidad de que lo haga) con la manifestación de conductas antisociales. Así pues, destacarían aspectos relacionados con: (a) el área psicológica del joven, como son la desinhibición y la agresividad (como facetas de la personalidad); (b) el ambiente familiar en el que el adolescente se desarrolla, especialmente la naturaleza de las relaciones entre éste y los integrantes de su núcleo familiar y la vinculación afectiva que los une; (c) los recursos personales (participación en asociaciones deportivas, culturales o de otro tipo) y valores ético-morales; (d) el entorno escolar, como el hecho de que el joven falte habitualmente a las clases o que esté insatisfecho con el centro de enseñanza; y (e) la influencia del grupo de iguales (el tener amigos violentos o participar en peleas por no quedar mal frente al grupo).

De esta forma, y desde un punto de vista genérico, los datos obtenidos en la presente investigación respecto a relación que existe entre las variables psicosociales y la conducta antisocial también confirman muchas de las hipótesis de partida, configurándose dichas variables como predictores de la implicación de los jóvenes en comportamientos antisociales. Además, este hecho toma especial relevancia al constatar que, como se comentará más adelante, tanto el peso de la relación que se establece entre muchas de estas variables y la conducta antisocial varía en función del sexo y de los grupos de edad, tal y como se planteó en el diseño de investigación.

En primer lugar, con respecto a las *variables bioevolutivas*, resaltar como el sexo varón y la mayor edad resultaron ser predictores de la conducta antisocial, resultados ampliamente contrastados por otros estudios de investigación (Moffitt et al., 2001; Pfeiffer, 2004; Thornberry, 2004; Wilmers et al., 2002).

El *consumo de sustancias*, destaca por su valor predictivo sobre la presencia de conductas desviadas de las normas sociales y muy especialmente, el de las drogas legales (*alcohol y tabaco*) junto con el *cannabis*, frente a las diferentes sustancias ilegales, tal y como ya habían propuesto muchos otros trabajos en el área (Barnea et al., 1992; Brook et al., 1990; Elliott et al., 1989; Johnson, Wish, Schmeidler y Huizinga, 1991; Loeber, 1988; Luengo et al., 1992; White, 2004). Esta relación predictiva del consumo de sustancias legales y el cannabis sobre la conducta antisocial es además consistente para ambos sexos y en cualquier rango de edad evaluado; confirmando de este modo las hipótesis planteadas al respecto.

En relación a los *recursos personales y valores ético-morales*, destacan, en general, la *práctica religiosa* y la participación en *actividades culturales o deportivas* como factores protectores de la conducta antisocial, contrastando así las hipótesis de partida. De la misma forma, otros estudios (Barber, 2001; Catalano y Hawkins, 1996; Jang y Johnson, 2003; Jessor, 1991; Moradillo, 1995; Regnerus, 2001; Ruiz et al., 1994; Stack et al., 2004) han contrastado en sus investigaciones como la religiosidad y la presencia de valores morales y sociales protegen al adolescente de involucrarse en comportamientos desviados. Actualmente, muchos expertos están recomendando la reintroducción de pautas de educación moral en la educación de los hijos (Keltikangas-Jaervinen, 2001) como medio para combatir la conducta antisocial. De la misma forma, otras investigaciones recientes (Duncan et al., 2002; Langbein y Bess, 2002; Mckenney y Dattilo, 2001; Stronski et al., 2000) también han puesto de manifiesto el poder protector de las actividades deportivas sobre el comportamiento antisocial. Así, Sánchez y Cantón (2001) han señalado el importante papel que pueden tener los deportes de riesgo como forma de canalizar de forma socializada la alta necesidad de búsqueda de sensaciones y desinhibición, factores de personalidad que aparecen asociados a la adolescencia y a la manifestación de conductas antisociales.

El *entorno escolar* también ha mostrado un impacto relevante en la conducta antisocial puesto que, en consonancia con otros estudios, el *absentismo escolar* se consolida en ambos sexos y para todos los rangos de edad, como uno de los más importantes factores de riesgo en la medida que contribuye a proporcionar oportunidades adicionales hacia la conducta desviada (Farrington, 1995; Janosz et al., 1996; Thornberry, 2004). Además, y en el sentido planteado por las hipótesis de investigación, el manifestar una *valoración positiva del centro escolar y de la educación que se recibe*, se erige como un pronosticador fiable de la menor implicación del joven en comportamientos antisociales, siendo éste un aspecto que se repite como factor protector de la conducta antisocial (Crosnoe et al., 2002; Loeber y Farrington, 1999; Thornberry, 2004). De la misma forma, un buen *rendimiento académico* medido a través de la nota media global obtenida por el adolescente, aparece como factor protector del comportamiento antisocial (Bandura et al., 2001; Crosnoe et al., 2002). Estos resultados ponen en evidencia que el fracaso por ajustarse al medio donde se tiene la oportunidad de conseguir los primeros logros socialmente reconocidos y donde se promueven estilos de vida convencionales, deja al adolescente en una situación de vulnerabilidad ante la conducta desviada.

Atendiendo a las *variables familiares* pronosticadoras del comportamiento antisocial, es posible observar cómo mayoritariamente las dimensiones relacionadas con el grado de *comunicación familiar* y la *existencia de conflictos* entre el adolescente y sus padres, son las que en mayor medida predicen que el joven se implique en conductas socialmente desviadas. El hecho de que existan disputas frecuentes entre el adolescente y sus padres y/o de los padres entre sí, predice una probabilidad mayor de presentar conductas antisociales e, incluso, de que el adolescente beba, fume o consuma sustancias ilegales (Frías et al., 2001; Loeber y Farrington, 2000; Romero et al., 1998; Villar et al., 2003). En lo que se refiere a la protección frente a dichas conductas, la existencia de patrones de comunicación familiar fluidos y la confianza entre sus miembros, protegerían potencialmente a los hijos contra el desarrollo de comportamientos antisociales, aspecto que de forma consistente también se ve reflejado en la literatura al respecto (Catalano y Hawkins, 1996; Crosnoe et al., 2002; Jessor, 1991; Laird et al., 2003).

Respecto a las *variables relacionadas con el grupo de iguales*, destacan aquellas que tienen que ver con *tener amigos violentos* y *ejercer violencia dentro del grupo por no quedar mal frente a ellos*. Mientras que en los años preescolares la familia es el entorno dominante y el colegio pasa a serlo en la posterior infancia y preadolescencia, en la adolescencia, los amigos constituyen la principal fuente de influencia (Catalano y Hawkins, 1996) y, especialmente, durante la adolescencia media (Steinberg y Morris, 2001). Así, el grupo de iguales va siendo cada vez más importante a la hora de desarrollar y establecer sus actitudes y normas sociales. Esto es así, tanto en lo positivo (red de apoyo social) como en lo negativo, favoreciendo la aparición de comportamientos antisociales (Fergusson et al., 2002; Fuchs et al., 1996; Herrenkohl et al., 2001; Tillmann et al., 1999; Wilmers et al., 2002). De esta forma, la existencia de amigos antisociales proporcionaría el contexto adecuado para poder realizar conductas coercitivas, aunque no hay que olvidar un aspecto fundamental dentro de esta relación, y es la falta de habilidades sociales para hacer frente a la presión del grupo, aspecto muy trabajado en los actuales programas de prevención.

En cuanto al amplio conjunto de *variables de personalidad* tomadas en consideración en el presente estudio, destacaríamos de forma general el poder predictivo de cuatro de ellas: la *desinhibición* y la *búsqueda de excitación* (propias del constructo “búsqueda de sensaciones”), la *impulsividad* y la *agresividad*. Estos factores representan dimensiones básicas y personales del sujeto que actuarían como filtros de lo que sucede en su entorno, pudiendo incluso sufrir modificaciones en su interacción con el ambiente donde se desarrolla el adolescente.

La “búsqueda de sensaciones” ha sido conceptualizada históricamente como una de las variables con más clara asociación con la conducta antisocial en la adolescencia en muy diferentes muestras en cuanto a género, edad y contexto sociocultural (Chico, 2000; Romero et al., 1999). Además de confirmar las hipótesis de partida, el resultado más llamativo obtenido en la presente investigación, es precisamente el que hace referencia al importante papel predictor que desempeña la *desinhibición* y, muy secundariamente, la *búsqueda de excitación*; definidas por Zuckerman (1994), respectivamente, como la necesidad de buscar la liberación en actividades sociales desinhibidas y, el deseo de encontrar sensaciones y experiencias nuevas a través de estilos de vida o actividades inconformistas o poco convencionales con personas de inclinación similar. En este sentido, la desinhibición, tal y como fue conceptualizada por Gorenstein y Newman en 1980 (cit. Aluja, 1991), hace fundamentalmente referencia a una disminución de los controles en las tendencias de

respuestas y, lo que es más importante, suele aparecer comúnmente ligada a un amplio conjunto de síndromes conductuales “desinhibitorios” como la psicopatía, la hiperactividad, el alcoholismo y, especialmente, el comportamiento antisocial o delictivo. Desde una perspectiva fundamentalmente psicométrica, que pone en relación la personalidad y la conducta antisocial, se ha encontrado al respecto suficiente apoyo de la asociación entre la conducta antisocial y una constelación de dimensiones definida por un patrón conductual desinhibido, con fuertes tendencias de aproximación a las situaciones gratificantes y con débiles procesos de control ante la aparición de estímulos amenazadores. Un patrón conductual que dificultaría el aprendizaje de las normas y que, por tanto, facilitaría el desarrollo de conductas antisociales (Cloninger, 1987; Romero et al., 1999).

Al respecto, hay que señalar también que los otros dos componentes del rasgo, la *búsqueda de emoción y aventura* y la *susceptibilidad al aburrimiento*, no presentaron ningún papel modulador de la conducta antisocial, lo que matiza que el rasgo general de la búsqueda de sensaciones desempeña un papel diferencial en la conducta antisocial en función de sus componentes. Estos mismos resultados han sido puestos en evidencia por numerosas investigaciones, tanto con muestras de delincuentes institucionalizados (Aluja, 1991; Blackburn, 1987; Haapasalo, 1990), como con adolescentes escolarizados (Levenson et al., 1995; Pérez y Torrubia, 1985; Romero, 1996; Simó y Pérez, 1991) e incluso, a través de estudios longitudinales (Luengo, Otero, Romero y Gómez-Fraguela, 1996; Newcomb y McGee, 1991; Otero, Romero y Luengo, 1994; White, Labouvie y Bates, 1985), que corroboraron que la dimensión de la desinhibición, y en menor medida la búsqueda de excitación, no sólo eran las más relacionadas con la conducta antisocial en todo tipo de muestras, rangos de edad y género, sino que además, permitían predecir los patrones futuros de estabilidad y cambios producidos en los niveles de la misma.

Estos resultados sintonizan con las hipótesis formuladas por Zukerman (1979), autor que ya había anticipado que posiblemente la búsqueda de emociones y el afán de aventura reflejaba una modalidad dentro de la búsqueda de sensaciones más “socializada”, mientras que la desinhibición y la búsqueda de excitación podían conformar tipos de búsqueda de sensaciones más sociopáticos, menos convencionales y, por lo tanto, menos aceptables en nuestro entorno sociocultural. Por otra parte, la firmeza que ofrecen tanto los resultados del presente estudio como las investigaciones llevadas a cabo sobre estas variables, sugieren la conveniencia de tenerlas en cuenta a la hora de diseñar intervenciones de carácter preventivo, proporcionando al sujeto canales alternativos para desplazar la búsqueda de sensaciones propia de la adolescencia, de modo que pueda vivir emociones intensas y desafiar el riesgo dentro de los márgenes de lo socialmente establecido, por ejemplo y siguiendo a Sánchez y Cantón (2001), fomentando la práctica de deportes de riesgo.

Otra de las variables que ha presentado un significativo valor predictivo en el presente estudio ha sido la *impulsividad*, cuyo papel se ha puesto de relieve durante mucho tiempo, y si bien, la investigación nos muestra en ocasiones resultados contradictorios, como consecuencia de los diferentes conceptos y métodos para medir dicho constructo (Rutter et al., 2000), lo cierto es que existen numerosos estudios empíricos que avalan la relación de la conducta antisocial con la impulsividad en diferentes tipos de muestra, sexo y edad (Carrillo et al., 1994; Caspi et al., 1994; Krueger et al., 1996; Mestre et al., 2002; Schweizer, 2002; Silva, Martorell y Clemente, 1987; Stuewig, 2001) y otros que, van más allá de la simple relación, demostrando su utilidad como predictores a nivel prospectivo de la conducta antisocial de los jóvenes (Luengo et al., 1994; White et al., 1994). Aunque la confusión conceptual es una de

las características propias de la impulsividad, en él se conjugan una serie de aspectos cognitivo-conductuales tales como dificultades para considerar las consecuencias de la propia conducta, un estilo rápido y poco meditado a la hora de tomar decisiones, dificultades para demorar las gratificaciones, dificultades para planificar el propio comportamiento e incapacidad para ejercer un autocontrol sobre él (McCown y De Simone, 1993). Subyacente a este rasgo se encuentra también una perspectiva temporal más orientada hacia el presente que hacia el futuro y hacia lo personal frente al futuro social, que a pesar de ser propia de la adolescencia, se encuentra más acentuada en aquellos chicos antisociales. Por tanto el sujeto impulsivo va a tender a priorizar lo inmediato y lo personal y a prestar menos atención a las consecuencias y costes a largo plazo, apareciendo estos como menos relevantes y difusos. Así, algunos autores han considerado que son estas características los elementos fundamentales para explicar la conducta desviada de los adolescentes (Gottfredson y Hirschi, 1990). De esta forma, Luengo et al. (2002), además de confirmar la estrecha relación que existe entre la impulsividad y la conducta antisocial, señala el poder potenciador que tiene la primera sobre el efecto de otros factores de riesgo asociados a estos comportamientos.

Debido a esto, los programas de prevención deberían ir dirigidos básicamente al manejo del control los impulsos mediante una inhibición de las respuestas emocionales que permita al niño tener el tiempo necesario para dar una respuesta adecuada, objetiva y autocontrolada, lo que conllevará la posibilidad de que evalúe las consecuencias que pueden tener sus conductas.

Continuando con el resto de variables de personalidad consideradas en el presente estudio, es necesario subrayar la *agresividad* como la segunda variable predictora de una mayor implicación de los adolescentes en la conducta antisocial. Numerosos estudios han puesto en evidencia como la presencia de la agresividad predice más comportamientos antisociales futuros y, lo que es más importante, está asociada a la manifestación de comportamientos más graves y violentos (Loeber y Hay, 1996; McCord y Ensminger, 1995; Pfeiffer, 2004; Thornberry, 2004; Tremblay, 2001).

La agresividad, para ser entendida, debe considerarse dentro del continuo ira-hostilidad-agresión, progresión que fue denominada como *síndrome del AHI* por Spielberger et al. (1988) y que actualmente ha sido retomado por Beck (2003). Así, la ira es el concepto más simple y conforma el primer escalón de los tres, implicando un conjunto de emociones o sentimientos que siguen a la percepción de haber sido dañado. La hostilidad, por contra, implica una actitud que usualmente va acompañada de sentimientos de enfado o ira y que predispone hacia la emisión de conductas agresivas dirigidas principalmente a la destrucción de objetos, al insulto o a la producción de algún daño. Si la ira y la hostilidad se refieren a sentimientos y actitudes, la agresión implica un paso más allá, puesto que conlleva la aparición de comportamientos destructivos, lesivos o punitivos dirigidos a otras personas u objetos (Miguel-Tobal et al., 1997). Si hablamos de la agresividad como factor de personalidad, lo definiríamos como la disposición previa que tiene el individuo a dar una respuesta, caracterizada ésta por un alto nivel de emocionalidad negativa y un alto nivel de actividad (Mesman y Koot, 2000), que junto con altos niveles de impulsividad y un patrón comportamental caracterizado por la desinhibición llevarían invariablemente a la conducta antisocial. Así, la investigación está encontrando continuamente pruebas que confirman que existe una relación entre la agresividad y la presencia de conductas antisociales, sobre todo cuando se asocia con una alta necesidad de búsqueda de sensaciones (Carrasco et al., 2001; Schmeck y Poustka, 2001).

Desde el ámbito de la prevención y dentro de la línea de terapia cognitivo conductual, se encuentran los trabajos de Kendal (2000), quien propone un programa focalizado específicamente en el control de la ira, que como hemos dicho antes es el primer escalón de la agresividad, atendiendo fundamentalmente al control de los estímulos que elicitán dicha emoción, tanto externos como internos, mediante la técnica de inoculación de estrés.

De la misma forma, Johnson (2001), ha desarrollado un programa concreto de intervención para inhibir el comportamiento agresivo, resaltando los siguientes pasos a conseguir: a) reconocer los elementos relacionados con el comienzo de la agresión, b) expresar de forma adecuada la emoción, c) llevar a cabo situaciones con conductas no agresivas, d) considerar las consecuencias de las conductas agresivas, e) prepararse para aguantar el acoso, y f) encauzar la energía hacia la ejecución adecuada.

8.3. Modelos explicativos de la conducta antisocial y el consumo de sustancias en adolescentes

En la actualidad, existe suficiente bibliografía acumulativa acerca de la fuerte asociación que hay entre el consumo de sustancias y la conducta antisocial; además de los múltiples factores de riesgo que el consumo de drogas/alcohol y la violencia comparten (Boles y Miotto, 2003; Catalano y Hawkins, 1996; Jessor, 1991; MacCoun et al., 2002; White y Gorman, 2000; White, 2004). No obstante, existen varios modelos alternativos que intentan explicar por qué el consumo de drogas y alcohol es un factor de riesgo para la conducta antisocial en jóvenes y adolescentes. Por ejemplo, en algunos adolescentes, los efectos del consumo de alcohol degeneran, en ocasiones, en conductas antisociales violentas (*modelo psicofarmacológico*). De la misma forma, las drogas pueden provocar delitos predatorios cuyo fin es obtener dinero para costear el consumo (*modelo de motivación económica*); o porque el mismo sistema de distribución y consumo de drogas, está inherentemente vinculado al delito y al uso de armas (*modelo sistémico*). Para otros, sin embargo, la conducta antisocial debilitaría la adherencia a las normas sociales, incrementando la implicación del individuo en el consumo ilegal de las drogas lo que les proporcionaría oportunidades y refuerzos para el incremento del consumo de dichas sustancias. Finalmente, para otros, descartando una relación causal entre ambas conductas, defienden la existencia de factores comunes que incrementarían su implicación en todos los tipos de conducta desviada, incluyendo el consumo de drogas y la violencia (*modelo de causa común*) (Elliott et al., 1985; Ferguson et al., 1996; Gottfredson y Hirschi, 1990; Jessor y Jessor, 1977; Jessor, 1991, 1992; Kandel, 1978).

Debido a la compleja relación existente entre la conducta antisocial y el consumo de sustancias, algunas investigaciones en vez de focalizarse en el estudio de la relación entre los predictores y las variables criterio se han centrado en la explicación de la existencia de un patrón de covariación entre las diferentes conductas de riesgo (ej. uso de sustancias y conducta antisocial). A grandes rasgos, los hallazgos encontrados por los numerosos estudios que han utilizado modelos de ecuaciones estructurales, han mostrado que un factor común general puede dar cuenta de las correlaciones observadas entre las conductas de riesgo de los adolescentes (Donovan y Jessor, 1985; Donovan et al., 1988; Farrell, Danish y Howard, 1992; Gillmore et al., 1991; Jessor, 1991, 1992; McGee y Newcomb, 1992; White y Gorman, 2000; White, 2004). Esto sugiere que las distintas conductas problema están relacionadas entre sí, no porque una cause a la otra, sino por ser todas manifestaciones de una predisposición de

base hacia actitudes de violación de normas, que les llevaría a involucrarse en actividades poco convencionales, es decir, compartirían una etiología común.

De esta forma, el último estudio empírico realizado en la presente tesis doctoral también ha intentado clarificar cómo diversos factores psicológicos, escolares, familiares y del grupo de iguales ponen en riesgo conjuntamente a los adolescentes de cara a una mayor producción de conductas antisociales y de un mayor consumo de sustancias. Para ello, se utilizaron diversos modelos estructurales explicativos que profundizan y complementan los resultados obtenidos en el primero y segundo de los trabajos presentados puesto que, desde un planteamiento dirigido fundamentalmente a la prevención, no sólo es importante conocer la situación real de la problemática en la que se desea intervenir, sino que además es tanto o más necesario el tener un conocimiento preciso de los determinantes que conjuntamente la explican.

Los resultados obtenidos en este último estudio, evidenciaron cómo ambas conductas problemáticas pueden ser consideradas como diferentes manifestaciones de un mismo patrón de comportamiento general desviado, producto de la influencia de una serie de factores de riesgo comunes, apoyando así el *modelo de causa común*.

Los modelos explicativos estructurales realizados en la presente investigación, tanto en función del sexo como de la edad de los adolescentes fueron, en general, altamente satisfactorios en la explicación de la variabilidad conjunta entre la conducta antisocial y el consumo de drogas legales (alcohol y tabaco) y cannabis; aunque, sin embargo, lo fueron de forma muy débil para el consumo de drogas ilegales. Resultados similares han sido encontrados por otros estudios (Elliot y Ageton, 1976; Wei, Loeber y White, en prensa; White, Labouvie y Bates, 1985; White, 2004) quienes señalan que la hipótesis de que ambas conductas son causadas por los mismos factores explicaría sólo la relación entre la conducta antisocial o delictiva y el consumo de drogas legales (alcohol) y cannabis y/o marihuana.

De la misma forma, y a pesar de que los datos han confirmado la existencia de factores comunes en la explicación del consumo de drogas y la conducta antisocial, también ha aparecido ser significativa la influencia específica de ciertos factores de riesgo sobre una conducta y no sobre la otra. Estos resultados, vienen a confirmar los encontrados por otros estudios quienes resaltan que, además de la acción común de ciertos factores, existirían influencias específicas de algunos factores sobre conductas concretas; por lo que la consideración de los factores comunes y específicos de forma conjunta, serían lo que mayor poder explicativo presentarían sobre la conducta antisocial y el consumo de sustancias (Dembo et al., 1992; Grube y Morgan, 1990; Tildesley, Hops, Ary y Andrews, 1995; White y Labouvie, 1994). Por tanto, será la existencia de influencias específicas las que determinarán que un individuo se convierta en un consumidor crónico, en un agresor violento o en ambos (White y Labouvie, 1994).

En relación a la influencia significativa de los factores de riesgo obtenidos en la presente investigación, es de resaltar que son los factores de personalidad (desinhibición, agresividad, impulsividad y búsqueda de excitación) los únicos que subyacen de forma común en la explicación de la conducta antisocial y del consumo de drogas, tanto en hombres como en mujeres y en todos los rangos de edad. También se observa, como los factores de riesgo evaluados, ya sea de forma específica o común, van perdiendo su influencia o poder explicativo en el rango de edad de los 16-17 años, resultado que podría entenderse si tenemos

en cuenta que dichos comportamientos antisociales tienden a disminuir al final de la adolescencia (Farrington, 1986; Loeber y Stouthamer-Loeber, 1998; Tremblay 2000; 2001; Windle, 2000). Por contra, y para el consumo de drogas legales y cannabis, dicha influencia se mantiene con la edad en el caso de los varones, por ser quizás los que más consumen y por darse una evolución inversa a la que sucede con el comportamiento antisocial, es decir, tiende a aumentar durante la adolescencia y adultez emergente (Becoña, 2002; Maes et al., 2001; PNSD, 2002, 2004; Simonoff et al., 1997). Finalmente, es significativo resaltar como el grupo de iguales sólo parece influir en los adolescentes varones y de forma común en la conducta antisocial y en el consumo de drogas ilegales, evidenciándose éste, junto con los factores de personalidad, como las únicas variables importantes en la explicación del consumo de dichas sustancias.

No obstante, y sin despreciar los resultados obtenidos en el presente estudio, hay que tener en cuenta que esta metodología de trabajo no está exenta de limitaciones. Así, la relación consumo de drogas-conducta antisocial no puede entenderse de forma global, siendo necesario contextualizarla en relación al tipo de muestra, la etapa del ciclo vital, el sexo, e incluso, al tipo de sustancia y conducta delictiva a la que se esté haciendo referencia. En este caso, la consistencia de los modelos estructurales explicativos sobre la relación entre la conducta antisocial y el uso de sustancias aparece de forma específica para adolescentes escolarizados de 14 a 17 años y fundamentalmente para el consumo de drogas legales y cannabis, conformando dicha asociación lo que Jessor (1991, 1992) vino a denominar como el “síndrome de conducta problemática” o McGee y Newcomb (1992) como “síndrome de la desviación general”. Posiblemente, si tuviéramos en cuenta, por ejemplo, el consumo de drogas ilegales, conductas más violentas u otros rangos de edad, la consistencia de dichos modelos explicativos variaría debido a la existencia de otros factores de riesgo o variables subyacentes no contempladas en este estudio y que ya no formarían parte de este síndrome típico de la adolescencia.

Asimismo, y salvando las limitaciones de los estudios transversales sobre la influencia de la edad y maduración de los adolescentes, los estudios longitudinales han proporcionado, a su vez, sólidos testimonios sobre los efectos bidireccionales o relaciones recíprocas entre ambos constructos a lo largo del tiempo (Brook et al., 1996; Kerner, Weitekamp, Stelley y Thomas, 1996; Mason y Windle, 2002). Se puede afirmar, por tanto, que en términos generales, existe una covariación positiva entre el consumo de drogas y la conducta antisocial y/o delictiva. Además, la involucración en el consumo de drogas de los adolescentes escolarizados se ha visto asociada diferencialmente con distintos tipos de conductas que van, todas ellas, en contra de las normas sociales y de convivencia (Otero, 1997).

Indudablemente, tal y como señalan Mason y Windle (2002) o White (2004), la utilización de estudios longitudinales en la investigación sobre la conducta antisocial y el consumo de sustancias como constructos que covarían en función de una serie de factores tanto comunes como específicos, se vería enriquecida notablemente en su poder explicativo, incorporando diferentes intervalos de medida, tanto a corto como a largo plazo, abarcando todo el periodo evolutivo desde la primera infancia hasta la adolescencia tardía.

No obstante, y pesar de que la evidencia empírica apoya el modelo de causa común, el que compartan ciertas causas similares no supone invariablemente que ambas conductas sean causadas por los mismos grupos predictores, ni que los individuos que muestren ciertos factores de riesgo deban tomar necesariamente parte en cualquiera de las dos conductas o en

ambas. Más bien, hay experiencias en la vida y oportunidades, al igual que factores de protección, que mediarán la relación entre dichos factores y los problemas resultantes.

8.4. Conclusiones generales

Finalmente y a modo de conclusión, se exponen de forma concreta y resumida los resultados más importantes obtenidos en cada uno de los tres estudios empíricos realizados en la presente tesis doctoral.

Así, las conclusiones obtenidas a partir del *estudio descriptivo* resaltarían que:

- a) en general, la prevalencia de la conducta antisocial, en todas sus manifestaciones, es significativamente mayor en el caso de los varones, excepto para el consumo de tabaco y anfetaminas que presentan mayores índices en el caso de las mujeres,
- b) el patrón de comportamientos antisociales (violencia y consumo de sustancias) de las mujeres presenta cada vez menos diferencias respecto al de los varones,
- c) las prevalencias de la mayor parte de las conductas antisociales, y especialmente las conductas agresivas y/o violentas parecen aumentar entre los 14 y 16 años, sin embargo, se observa una disminución en los últimos años de la adolescencia, excepto para el consumo de sustancias, que por el contrario, se evidencia un claro aumento,
- d) las prevalencias de las conductas agresivas y/o violentas y el consumo de drogas son significativamente mayores en aquellos adolescentes que presentan altos niveles de conducta antisocial, apoyando así la idea de que las diferentes manifestaciones del comportamiento antisocial tienden a aparecer de forma conjunta.

Los *factores de riesgo* que mayor valor predictivo han presentado para ambos sexos y en todos los rangos de edad de la muestra de adolescentes analizada son:

- a) dentro de las variables bioevolutivas: el ser varón y tener edades más avanzadas dentro de la adolescencia,
- b) dentro de las variables de recursos personales y valores ético-morales: la ausencia de práctica religiosa y actividades culturales o deportivas,
- c) dentro de las variables escolares: el absentismo escolar, la valoración negativa de la enseñanza escolar y un bajo rendimiento académico,
- d) dentro de las variables familiares: la ausencia de comunicación y la conflictividad familiar,
- e) dentro del grupo de iguales: el tener amigos violentos y el participar en actos agresivos por no quedar mal frente al grupo,
- f) dentro de las variables personales: la desinhibición, la agresividad, la impulsividad y la búsqueda de excitación.

Los *modelos explicativos* realizados para evidenciar la relación que existe entre la conducta antisocial y el consumo de drogas reflejan que:

- a) no se confirmó, a nivel empírico, ningún modelo explicativo de tipo causal unidireccional o bidireccional entre el consumo de drogas y la conducta antisocial,
- b) se confirma el *modelo de causa común* como forma de explicar la relación existente entre la conducta antisocial y el consumo de drogas,
- c) los modelos explicativos estructurales realizados tanto en función del sexo como de la edad de los adolescentes fueron, en todos los casos, altamente satisfactorios en la explicación de la variabilidad de la conducta antisocial y el consumo de drogas legales (alcohol y tabaco) y cannabis, no siendo así para el consumo de drogas ilegales,
- d) los modelos explicativos estructurales realizados tanto en función del sexo como de la edad de los adolescentes reflejan la existencia tanto de factores comunes como específicos en la explicación de la variabilidad de la conducta antisocial y el consumo de drogas,
- e) la influencia común o específica de los factores personales, escolares, familiares de personalidad y del grupo de iguales sobre la conducta antisocial y consumo de sustancias varió en función del sexo y la edad de los adolescentes,
- f) estilos conductuales desinhibidos, agresivos e impulsivos han demostrado ser los que mas influencia han ejercido de forma significativa y común sobre ambas conductas desviadas.

IMPLICACIONES PARA LA PREVENCIÓN Y FUTURAS LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN

En primer lugar, la presente investigación doctoral corrobora la idoneidad de elaborar programas preventivos específicos en los que se consideren todas las dimensiones que, como se ha comprobado, explican en mayor o menor medida la conducta antisocial y el consumo de drogas en la adolescencia. En segundo lugar, si se consideran cada uno de los grupos de sustancias, conductas antisociales y las diferentes etapas evolutivas en la implicación de los mismos por parte de los jóvenes, deberían tenerse en cuenta las variables que han resultado tener un valor pronóstico importante y diferenciador para cada una de ellas, en el intento de ajustar lo más detalladamente posible cada una de las intervenciones preventivas.

A pesar de que en nuestro estudio haya sido el modelo de causa común el que finalmente ha sido contrastado, resulta obvio, que un sólo modelo no pueda llegar a explicar de forma global la relación existente entre el consumo de sustancias y la conducta antisocial en todos los adolescentes. Así, para algunos, los efectos psicofarmacológicos del consumo de sustancias fomentarían la conducta antisocial, especialmente la violenta, mientras que para otros, la conducta antisocial debilitaría la adherencia a las normas convencionales e incrementaría la implicación del individuo en las subculturas desviadas, lo cual proporcionaría oportunidades y refuerzos para el incremento del consumo de drogas. Finalmente, para otros adolescentes, sería la presencia de factores biopsicológicos en combinación con factores socioambientales, los que incrementarían el riesgo de implicarse en todos los tipos de conducta desviada, incluyendo el consumo de drogas y la violencia.

A la luz de los resultados comentados, parece claro que se necesitarían diferentes estrategias de prevención para cada grupo de riesgo. Así, para aquellos adolescentes cuya violencia se deriva de los efectos psicofarmacológicos del consumo de sustancias, las estrategias se encaminarían a la reducción del consumo excesivo de alcohol y producir un cambio tanto en la cultura como en el ambiente o lugares donde se consume. Para el segundo grupo, el cambio de grupo de amigos y las experiencias que impliquen una resocialización podrían resultar especialmente positivos, mientras que en aquellos adolescentes agresivos o en riesgo de desadaptación social, dirigiríamos nuestros esfuerzos preventivos al abordaje temprano de los múltiples factores de riesgo que justifican y mantienen la conducta antisocial (White, 2004).

En cuanto a este último aspecto, si se observan los patrones de riesgo y de protección extraídos en la presente investigación para la conducta antisocial, es posible observar, por ejemplo, cómo los factores psicológicos ocupan el primer lugar, especialmente en cuanto a su

valor explicativo. De cualquier forma, al considerar el gran número de variables que deben ser incluidas en los programas preventivos y contar, además, con que estamos ante un problema cambiante tanto por la propia dinámica social del fenómeno antisocial como por afectar, en este caso, a un sector de la población que también se encuentra en un período de múltiples cambios, podrían elaborarse programas de intervención que abarquen no sólo la adolescencia sino también la primera infancia y que fueran aplicándose en cada una de las etapas evolutivas, considerando de forma específica aquellas variables biopsicológicas y psicosociales más estrictamente implicadas en cada una de ellas.

De esta forma, se apoyaría la elaboración de programas preventivos que desde los primeros años de vida del futuro joven fueran atendiendo, por ejemplo, al desarrollo de sus características de personalidad detectando aquellos que podrían ser más vulnerables psicológicamente a la conducta antisocial (hiperactividad, agresividad, impulsividad), bien a través del seguimiento paterno (previamente deberían haber sido concienciados y entrenados para ellos), o bien, a través de los centros escolares o de salud que en estas edades tienen un contacto muy cercano con los jóvenes. Igualmente, deberían quizás centrarse en la responsabilización de los padres en la prevención del comportamiento antisocial y del uso de drogas, no sólo cuando éste ya existe y es problemático, sino aún cuando ni siquiera haya llegado a manifestarse. En este sentido, podría ser útil el implicar a las familias tanto a través de los centros de enseñanza (por ejemplo, vía asociación de padres conjuntamente con la dirección de los centros) como a través de los servicios asistenciales o de salud, a que conozcan detalladamente los resultados de estos estudios y de los factores que resultan ser más perjudiciales y también más beneficiosos relacionados con el ambiente familiar, junto con la forma en la que se pueden solucionar los primeros en el caso de que se den o comiencen a darse y promover los segundos para proteger a sus hijos de forma más adecuada.

Además de todo ello, sería necesario dirigir parte de los programas elaborados o diseñar algunos más específicos para afrontar y manejar, desde la prevención, la poderosa influencia que ejercen los iguales en la conducta antisocial y el consumo de sustancias. En este sentido, también podría ser útil el preparar a los adolescentes cuando todavía no lo son a tener recursos suficientes y eficaces para resistir las presiones del grupo cuando éstas comiencen a aparecer, incluyendo el entrenamiento en habilidades tanto generales (asertividad, habilidades sociales) como específicas (aprender a decir no, saber rechazar ofertas) dentro de los programas de enseñanza habituales e implicar nuevamente a la familia para que establezca, dentro del seno familiar, un contexto reforzante de cualquier comportamiento adecuado en este sentido complementando los logros obtenidos en el centro escolar.

Por otro lado, la importancia constatada de variables como el tipo de actividades que realiza el grupo de amigos señalaría la necesidad de aunar esfuerzos (desde la familia, la escuela, las instituciones oficiales) para incitar a los adolescentes desde muy pequeños a considerar alternativas saludables de ocio y tiempo libre que satisfagan sus necesidades personales (búsqueda de situaciones novedosas, curiosidad) y que logren, en alguna medida, crear otras fuentes distintas de gratificación, como puede ser a través de la participación en actividades deportivas, culturales y prosociales.

Sin duda alguna, la investigación básica de la conducta antisocial y los resultados obtenidos en los programas de prevención, derivados en parte, de los encontrados previamente en este tipo de investigaciones, posibilitará en el futuro una mejor comprensión

de la compleja expresión del comportamiento antisocial y el consumo de sustancias como dos manifestaciones de un mismo “*síndrome de conducta problemática*”, producto de la interacción conjunta de una serie de factores de riesgo subyacentes, requiriendo, por tanto, el desarrollo de programas de intervención dirigidos hacia el estilo de vida desviado del adolescente como un todo y no hacia conductas específicas e independientes.

Desde el punto de vista técnico y/o metodológico, los resultados obtenidos en este estudio nos han puesto sobre la pista de la importancia de diferentes factores de riesgo y de protección sobre el inicio y mantenimiento de la conducta antisocial, pero sólo un estudio de carácter longitudinal podría confirmar el poder causal de las mismas. De la misma forma, el poder llevar a cabo un estudio de estas características nos ayudaría a conocer los efectos derivados del proceso madurativo de los adolescentes, siendo imprescindible el contemplar el estudio de estas conductas desde un enfoque evolutivo y determinar así los factores causales propios de cada etapa y para cada conducta, cubriendo el ciclo desde la primera infancia hasta el inicio de la etapa adulta. No obstante, faltaría desarrollar estudios de intervención controlados experimentalmente para determinar definitivamente el estatus causal de los factores de riesgo y, en base a esto, ajustar los programas a los diferentes grupos y según la edad.

Si recordamos como algunas teorías (Agnew, 1990; Catalano y Hawkins, 1996; Jessor, 1991, 1992; Patterson y cols., 1992; Sampson y Laub, 1997; Thornberry, 1987) defendían la existencia de mecanismos interactivos o efectos recíprocos entre la conducta antisocial y los factores de riesgo a lo largo del desarrollo evolutivo del niño, es imprescindible que los programas de intervención se realicen principalmente en estadios tempranos, antes de que la conducta problema llegue a afectar al entorno del sujeto y así poder romper el ciclo causal, evitando que la conducta antisocial se afiance y cronifique hasta la etapa adulta.

Finalmente, sería importante resaltar la necesidad de llevar a cabo investigaciones derivadas de un cuerpo teórico, ya que como señala Becoña (2002), el partir de un buen modelo o teoría explicativa conllevará siempre la realización de buenos programas preventivos, estando siempre supeditada la efectividad de éstos a los cambios producidos por el desarrollo y evolución de los modelos teóricos.

Referencias

- Agnew, R. (1990). The origins of delinquent events: An examination of offender accounts. *Journal of Research in Crime and delinquency*.
- Agnew, R. (1997). Stability and change in crime over the life course: A strain theory explanations. En T. P. Thornberry (Ed.), *Developmental theories of crime and delinquency*. New Brunswick: Transaction.
- Agnew, R. (1998). *A macro-strain theory of crime and delinquency*. Manuscrito no publicado. Universidad de Emory, Atlanta.
- Alm, P. O., Alm, M., Humble, K., Leppert, J., Sörensen, S., Lidberg, L. y Orelund, L. (1994). Criminality and platelet monoamine oxidase activity in former juvenile delinquents as adults. *Acta Psychiatrica Scandinavica*, 89, 41-45.
- Alonso, J. y Roman, J. M. (2003). *Educación familiar y autoconcepto en los niños pequeños*, Madrid, Pirámide.
- Allsop, J. F. y Feldman, M. (1976). Personality and antisocial behavior in schoolboys: Item analysis of questionnaire measures. *British Journal Criminology*, 16, 337-351.
- Alpert, J.E., Cohen, D.J., Shaywitz, B.A., y Piccirillo, M. (1981): Neurochemical and behavioral organization: Disorders of attention, activity, and aggression. En D.O. Lewis (Ed.): *Vulnerabilities to delinquency* (pp. 109-171). New York: SP Medical and Scientific Books.
- Aluja, A. (1991): *Personalidad desinhibida, agresividad y conducta antisocial*. Barcelona: PPU.
- American Psychiatric Association (2002): *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders (DSM-IV-TR)*. Washington DC: American Psychiatric Association.
- Anderson, S. L.; Teicher, M. H. (2004). Delayed effects of early stress on hippocampal development. *Neuropsychopharmacology* in press.
- Andreu, J.M., Madroño, L., Zamora, A. y Ramírez, J.M. (1996): The effect of violent and non violent films on the solving of cooperative games in children. *XII World Meeting of ISRA*. August 25-30, Louis Pasteur University: Strasbourg, France.
- Andreu, J.M., Fujihara, T. y Ramírez, J.M. (1998): Cultural and sex differences in aggression: A comparison between Japanese and Spanish students. *XIII World Meeting of ISRA*. July 12-17, Ramapo College, New Jersey U.S.A.
- Andreu, J.M., Peña, M.E. y Martín, J. (1999). Diferenciación sexual en el grado de justificación de la agresión. *Boletín de Psicología*, 64, 45-56.
- Andreu, J.M. (2001): *Agresividad en jóvenes y adolescentes. Evaluación, tipología y modelos explicativos*. Madrid: Editorial Universidad Complutense.
- Andreu, J.M. y Graña, J.L. (2003): Evaluación en psicología forense. En M.V. del Barrio (Ed.): *Evaluación aplicada a contextos*. Madrid: UNED.
- Anglin, M.D. y Perrochet, B. (1998). Drug use and crime: A historical review of research conducted by the UCLA drug abuse research center. *Substance Use and Misuse*, 33, 1871-1914.
- Arbuckle, J.L. (1999). *Amos User's Guide. Version 4.01*. Chicago: SmallWaters Corporation.
- Arce, R., Seijo, D. y Novo, M. (2004). ¿Predice el hábitat un comportamiento disruptivo y una socialización distinta?. I Congreso de Psicología Jurídica en Red. Colegio oficial de Psicólogos de Madrid.
- Archer, J. y Browne, K. (1989): *Human Aggression*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Archer, J. (1994): Testosterone and aggression. En M. Hillbrand y N.J. Pallone (Eds.): *The Psychobiology of Aggression*. New York: Haworth Press.
- Archer, J., Holloway, R. y McLoughlin, K. (1995): Self-Reported physical aggression among young men. *Aggressive Behavior*, 21, 325-342.
- Archer, J. (1998): The physical aggression of women and men to their partners: A quantitative analysis. *XIII World Meeting of ISRA*. July 12-17, Ramapo College, New Jersey U.S.A.
- Ardelt, M. y Day, L. (2002). Parents, siblings, and peers: Close social relationship and adolescent deviance. *Journal of Early Adolescence*, 22, 3, 310-349.
- Ardil, A. (1998). *Intel·ligència i personalitat en el procés rehabilitador en una mostra de joves interns en règim tancat* (tesis doctoral), Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona.
- Arsenault, L.; Tremblay, R. E.; Boulerice, B. y Saucier, J. F. (2002). Obstetrical complications and violent delinquency: Testing two developmental pathways, *Child Development*, 73: 469-508.

- Asarnow, J. R. y Callan, J. W. (1985). Boys with peer adjustment problems: Social Cognitive Proceses. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 53, 80-87.
- Attar, B., Guerra, N.G. y Tolan, P. H. (1994). Neighborhood disadvantage, stressful life events, and adjustment in elementary school children, *Journal of Clinical Child Psychology*, 23, 394-400.
- Aubá, J. y Villalbí, J. R. (1993). Tabaco y adolescentes: influencias del entorno personal. *Medicina Clínica*, 100, 506-509.
- Aubá, J. y Villalbí, J. R. (1993). Consumo de bebidas alcohólicas en la adolescencia. *Atención Primaria*, 11, 26-31.
- Averill, J.R. (1983): Studies on anger and aggression. *American Psychologist* 38, 1145-1160.
- Azjen, I. (1988). *Attitudes, personality, and behavior*. Homewood, Illinois: Dorsey Press.
- Azjen, I.; Timko C. y White, J. B. (1982). Self- monitoring and the attitude-behavior relation. *Journal of Personality and social Psicology*, 42, 426-435.
- Baker, R.K. y Ball, S.J. (1969). *Violence and the Media: A Staff Report to the National Commission on the Causes and Prevention of Violence*. Washington: US Government Printing Office.
- Baker, R.L. y Mednick, B.R. (1984). *Influences on human development: a longitudinal perspective*. Boston: Kluwer-Nijhoff.
- Bandura, A. (1969). *Principles of Behaviour Modification*. New York: Holt, Rinehart y Winston.
- Bandura, A. (1973). *Aggression. A social learning analysis*. New York: Prentice Hall.
- Bandura, A. (1977). *Social learning theory*. New York: Prentice Hall.
- Bandura, A. (1986). *Social foundations of thought and action. A social cognitive theory*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall (Traducido al castellano: Barcelona: Martínez Roca, 1987).
- Bandura, A.; Barbarelli, C.; Caprara, V.; Pastorelli, C. (1996). Mechanism of Moral disengagement in the exercise of agency. *Journal of Personality and Social Psychology*, 2: 364-374.
- Bandura, A. (1999). Moral Disengagement in the Perpetration of Inhumanities. *Personality and Social Psychology Review*, 3 (3), 193-209.
- Bandura, A., Barbarelli, C., Caprara, V. y Pastorelli (2001). Self-efficacy beliefs as shapers of children's aspirations and career trajectories. *Child Development*, 72: 187-206.
- Barber, B.K. (2001). Political violence, social integration and youth functioning: Palestinian youth from the intifada. *Journal of community psychology*, 29, 3, 259-280.
- Barkley, R.A., Fischer, M., Smalish, L.y Fletcher, K.(2004). Young and adult follow-up of hyperactive children: antisocial activities and drug use. *Journal of Child Psychology and Psychiatry and Allied disciplines*, 45(2), 195-211.
- Barnea, Z., Teichman, M. y Rahav, G. (1992). Personality, cognitive and interpersonal factors in adolescent substance use: A longitudinal test of an integrative model. *Journal of Youth and Adolescence*, 21, 187-201.
- Barnes, G. E. (1975). Extraversion and pain. *British Journal of Social and Clinical Psychology*, 14, 303-308.
- Barrera, J. R., Biglan, A., Taylor, T. K., Gunn, B. K., Smolkowski, K., Black, C., Ary, D. y Fowler, R. C. (2002). Early elementary school intervention to reduce conduct problems: A Randomized trial with Hispanic and non-Hispanic children. *Prevention Science*, 3 (2), 83-94
- Bartusch, D. R., Lynam, D. R., Mofitt, T. E. y Silva, P. A. (1997). Is age important? Testing a general versus developmental theory of antisocial behavior. *Criminology*, 35, 13-48.
- Bates, M. E., Labouvie, E. W. y White, H. R. (1986). The effect of sensation seeking needs on alcohol and marijuana use in adolescence. *Bulletin of the Society of Psychologist in Addictive Behaviors*, 5, 29-36.
- Batista, J.M. y Coenders, G. (2000). *Modelos de Ecuaciones Estructurales*. Madrid: La Muralla.
- Battin, S. R., Hill, K.G., Abbott, R. D., Catalano, R. F. y Hawkins, J. D. (1997). The contribution of gang membership to delinquency beyond delinquent friends. *Criminology*.
- Bauer, C. M. (2000). *Performance on Neuropsychological Test Sensitive to Frontal-lobe Dysfunction in Violent and Non-violent Male Conduct-Disordered Adolescents*. Dissertation Abstracs International , Section B, The Sciences and Engineering, 60, (11-B), 5761.
- Baumeister, R. F., Smart, L. y Boden, J.D. (1996).Relation of threatened egoism to violence and aggression: The dark side of high esteem. *Psychological Review*, 103, 5-33.

- Baumrind, D. (1993). The average expectable environment is not good enough: A response to Scarr. *Child Development*, 64, 1299-1317.
- Beck, A. (2003). *Prisioneros del odio*. Madrid: Espasa.
- Becker, H. (1963). *Outsiders*. Nueva York: Free Press.
- Becoña, E. (1999). *Bases teóricas que sustentan los programas de prevención de drogas*. Madrid: Plan Nacional sobre Drogas, Ministerio del Interior.
- Becoña, E. (2002). *Bases científicas de la prevención de las drogodependencias*. Madrid: Plan Nacional sobre Drogas, Ministerio del Interior.
- Belfrage, H., Lidberg, L. y Orelund, L. (1992). Platelet monoamine-oxidase activity in mentally disordered violent offenders. *Acta Psychiatrica Scandinavica*, 85, 218-221.
- Belsky, J. (1993). Etiology of child maltreatment: A developmental-ecological analysis. *Psychological Bulletin*, 114, 413-434.
- Berger, R.J. (1990). Legal and extralegal factors in police and court processing of juveniles. En R.J. Berger (Ed.), *The sociology of juvenile delinquency*. Chicago: Nelson-Hall.
- Berkowitz, L. (1962). Aggression. Nueva York: McGraw-Hill.
- Berkowitz, L. (1965): The concept of aggressive drive: some additional considerations. En L. Berkowitz (Ed.): *Advances in experimental social psychology* (pp. 301-329). New York: Academic Press.
- Berkowitz, L. (1965). The concept of aggressive drive: some additional considerations. En L. Berkowitz (Ed.): *Advances in experimental social psychology* (pp. 301-329). New York: Academic Press.
- Berkowitz, L. y Powers, P.C. (1979): Effects of timing and justification of witnessed aggression on the observers punitiveness. *Journal of Research in Personality*, 13(1), 71-80.
- Berkowitz, L. (1986). Situational influences on reactions to observed violence. *Journal of Social Issues*, 42, 93-106.
- Berkowitz, L. (1989): Frustration-aggression hypothesis examination and reformulation. *Psychological Bulletin*, 105, 59-73.
- Berkowitz, L. (1996). *Agresión: causas, consecuencias y control*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Bideman, A.D. y Reiss, A.J. (1967). On exploring the dark figure of crime. *The Annals*, 374, 1-15.
- Binder, A. (1988). Juvenile delinquency. *Annual Review of Psychology*, 39, 253-282.
- Binder, A., Geis, G. y Bruce, D. D. (2001). *Juvenile delinquency. Historical, cultural and legal perspectives*. Cincinnati, OH: Anderson Publishing.
- Bisquerra, R.A. (1989). *Introducción conceptual al Análisis Multivariante. Un enfoque informático con los paquetes SPSS-X, BMDP, LISREL y SPAD* (Vol. I). Barcelona: PPU.
- Bjerregaard, B. y Lizotte, A. J. (1995). Gun Owner Ship and gang membership. *Journal of Criminal law and Criminology*, 86, 37-58.
- Bjerregaard, B. y Smith, C. (1993). Gender differences in gang participation, Delinquency and substance use. *Journal of Quantitative Criminology*, 9, 329-355.
- Björkqvist, K. (1986). The origin of aggression in the light of research on television violence. *Psykologia*, 21(6), 421-425.
- Björkqvist, K. y Niemela, P. (1992): New trends in the study of female aggression. En Björkqvist y P. Niemela (Eds.): *Of mice and women: aspects of female aggression*. San Diego, CA: Academic Press.
- Björkqvist, K. (1994): Sex differences in physical, verbal and indirect aggression: A review of recent research. *Sex Roles*, 30, 177-188.
- Blackburn, R. (1987). Two scales for the assessment of personality disorder in antisocial populations. *Personality and Individual Differences*, 8, 81-93.
- Blackburn, R. (1993). *The psychology of criminal conduct*. Nueva York: Wiley.
- Block, J. H., Block, J. y Gjerde, P. F. (1986). The personality of children prior to divorce: A prospective study. *Child Development*, 57, 827-840.
- Bobes, J. y Calafat, A. (2000). De la neurobiología a la psicosociología del uso-abuso de cannabis. *Adicciones*, 12, supl.2, 7-17.
- Bock, G. R. y Goode, J. A. (1996). *Genetics of criminal and antisocial behaviour*. Congreso de la Fundación Ciba. Chichester: Wiley.

- Bohman, M. (1996). Predisposition to criminality: Swedish adoption studies in retrospect. En G. R. Bock y J. A. Goode (eds.), *Genetics of criminal and antisocial behaviour*. Congreso de la Fundación Ciba. Chichester: Wiley.
- Boles, S. M. y Miotto, K. (2003). Substance abuse and violence: A review of the literature. *Aggression and Violent Behavior*, 8, 155-174.
- Borduin, C. M., Pruitt, J. A. y Henggeler, S. W. (1986). Family interactions in black, lower class families with delinquent and nondelinquent adolescent boys. *Journal of Genetic Psychology*, 147, 333-342.
- Bosaki, S. (2003). Psychological Pragmatics in Preadolescents: Sociomoral Understanding, Self-Worth, and the School Behavior. *Journal of Youth and Adolescence*, 32: 141-155.
- Brandon, S. (1996). Television and Violence. The scale of the problem and where to go from here. *Simposio Internacional de Valencia sobre Agresión y Violencia*, Valencia.
- Brennan, P. A. Grekin, E. R. y Mednick, S. A. (1999). Maternal smoking during pregnancy and adult male criminal outcomes. *Archives of General Psychiatry*, 56, 215-219.
- Brewer, D. D., Hawkins, J. D., Catalano, R.F. y Neckerman, H. J. (1995). Preventing serious, violent and chronic juvenile offending: A review of evaluations of selected strategies in childhood, adolescence, and the community. In J. C. Howell, B. Krisberg, J. D. Hawkins, y J. J. Wilson (Eds.). *Sourcebook on serious, violent, and chronic juvenile offenders* (p. 61-141). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Brody, G.H. y Forehand, R. (1993). Prospective associations among family form, family processes, and adolescents' alcohol and drug use. *Behaviour research and therapy*, 31, 6, 587-593.
- Broidy, L. M. (1997). *Gender and deviant outcomes: Using general strain theory to explain gender differences in deviant outcomes*. Comunicación presentada en la reunión anual de la Asociación Americana de Criminología. San Diego. California.
- Broidy, L.M., Nagin, D.S., Tremblay, R.E., Bates, J.E., Brame, B., Dodge, K.A. y cols. (2003). Developmental trajectories of childhood disruptive behaviours and adolescent delinquency: A six-site, cross-national study. *Developmental Psychology*, 39, 222-245.
- Brook, J. S., Brook, D. W., Gordon, A. S., Whiteman, M. y Cohen, P. (1990). The Psychosocial etiology of adolescents drug use: A family interactional approach. *Genetic, Social, and General Psychology Monographs*, 116,2.
- Brook, J.S., Whiteman, M.M., y Finch, S. (1991). Childhood aggression adolescent delinquency, and drug use: A longitudinal study. *Journal of Genetic Psychology*, 153 (4), 369-383.
- Brook, J.S., Whiteman, M.M., y Finch, S.J. Y Cohen, P. (1996). Young adult drug use and delinquency: Childhood antecedents and adolescent mediators. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 35, 1584-1592.
- Brook, J.S., Whiteman, M.M., Balka, E.B., Win, P.T. y Gursen, M.D. (1998). Similar and different precursors to drug use and delinquency among African Americans and Puerto Ricans. *Journal of Genetic Psychology*, 159 (1), 13-29.
- Brooks-Gunn, J. y Schempp, W. (1979). *He and she: How children develop their sex role identity*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Brower, M. C. y Price, B. H. (2001). Neuropsychiatry of frontal lobe dysfunction in violent and criminal Behaviour: a critical review. *Journal of Neurology and Neurosurgery Psychiatry*, 71, 720-726.
- Brown, G.L., Goodwin, F.K., Ballanger, J.C., Goyer, P.F. y Mayor, L.F. (1979). Aggression in humans correlates with cerebrospinal fluid amine metabolites. *Psychiatric Research*, 131-139.
- Browne, M.W. y Cudek, R. (1993): Alternative ways of assessing model fit. En K.A. Bollen y J.S. Long (Eds.): *Testing structural equation models*. Newbury Park, California: Sage
- Brunner, H.G., Nelen, M., Breakefield, X.O., Ropers, H.H. y van Oost, B.A. (1993). Abnormal behavior associated with a point mutation in the structural gene for monoamine oxidase A. *Science*, 262, 578-580.
- Brunner, H. G. (1996). MAOA deficiency and abnormal behaviour: Perspectives on an association. En R. G. Bock y J. A. Goode (Eds.). *Genetics of Criminal Antisocial Behaviour*, 194, 155-167.

- Buchanan, C., Eccles, J., y Becker J. (1992): Are adolescents the victims of raging hormones: evidence for activational effects of hormones on moods and behavior at adolescence. *Psychological Bulletin*, 111(1): 62-107.
- Bui, K.V.T., Ellickson, P.L., y Bell, R.M. (2000). Cross-lagged relationships among adolescent problem drug use, delinquent behavior, and emotional distress. *Journal of Drug Issues*, 30 (2), 283-304.
- Buschbaum, M.S., Coursey, R.D. y Murphy, D.L. (1976): The biochemical high-risk paradigm: behavioral and familial correlates of low platelet monoamine oxidase activity. *Science*, 339-341
- Bushman, B.J. y Anderson, C.A. (2001). Media violence and the american public: scientific facts versus media misinformation. *American Psychologist*, 56, 6/7, 477-489.
- Buss, A.H. (1961): *The Psychology of Aggression*. New York: Wiley.
- Buss, A.H. y Durkee, A. (1957): An inventory for assessing different kinds of hostility. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 21, 343-349.
- Buss, D.M. (1989): Sex differences in human mate preferences: Evolutionary hypotheses tested in 37 cultures. *Behavioral and Brain Sciences*, 12, 1-49.
- Buss, D.M. (1992): Mate preference mechanism: consequences for partner choice and intrasexual competition. En Barkow, J.H., Cosmides, L. y Tooby (Eds): *The Adapted Mind: Evolutionary Psychology and the Generation of Culture* (pp. 249-266). New York: Oxford University Press.
- Cabrera, O. (2002). Psychological and behavioral correlates of adolescent gang involvement. *Dissertation Abstract International: Section B: The Sciences and Engineering*. 62(11-B), 5405.
- Cadoret, R. J., Yates, W. R., Troughton, E., Woodworth, G. y Stewart, M. A. (1995). Genetic-environmental interaction in the genesis of aggressivity and conduct disorders. *Archives of General Psychiatry*, 52, 916-924.
- Cairns, R.B. y Cairns, B.D. (1986). The developmental-interactional view of social behavior. Four issues of adolescent aggression. In D. Olweus, J. Block and M. Radke-Yarrow (Eds.). *Development of antisocial and prosocial behavior: Research, theory and issues*. New York: Academic Press.
- Cairns, R. B., Cadwallader, T. W., Estell, D. y Neckerman, H. J. (1997). Groups to gangs: Developmental and criminological perspectives and relevance for prevention. En D. Stoff, J. Breiling y J. Maser (eds.), *Handbook of antisocial behavior* (pp. 194-205). Nueva York: Wiley.
- Calvo, A.; González, R.; Martorell, M.C. (2001). Variables relacionadas con la conducta prosocial en la infancia y adolescencia: personalidad, autoconcepto y género. *Infancia y Aprendizaje*, 24 (1), 95-111.
- Campbell, A. (1986): The streets and violence. En A. Campbell y J.J. Gibbs (Eds.): *Violent Transactions: The Limits of Personality* (pp. 115-132). Oxford: Blackwell.
- Campbell, A., Muncer, S. y Coyle, E. (1992): Social representation of aggression as an explanation of gender differences. *Aggressive Behavior*, 18, 95-108.
- Campbell, A., Muncer, S. y Gorman, B. (1993): Sex and social representations of aggression. *Aggressive Behavior*, 19, 125-135.
- Campbell, A. y Muncer, S. (1994): Men and the meaning of violence. En Archer, J. (Ed.): *Male Violence* (pp. 332-351). London: Routledge.
- Campbell, A. (1995): A few good men: Evolutionary psychology and female adolescent aggression. *Ethology and Sociobiology*, 16, 99-123.
- Campbell, S. B. (1997). Behavior problems in preschool children: Developmental and family issues. En T. O. Ollendick y R. J. Prinz (eds.), *Advances in clinical child psychology* (pp. 1-26). Nueva York: Plenum Press.
- Campins, M., Gasch, J., Hereu, P., Roselló, J. y Vaqué, J. (1996). Consumo y actitudes de los adolescentes frente a sustancias adictivas: Encuesta de prevalencia. *Anales de Pediatría*, 45, 5, 475-478.
- Cantón, J., Cortés, M.R. y Justicia, M.D. (2002). *Conflictos matrimoniales, divorcio y desarrollo de los hijos*. 2ª edición. Madrid: Pirámide.

- Cantwell, D.P. (1981): Hyperactivity and antisocial behavior revisited: A critical review of the literature. En D.O. Lewis (Ed.): *Vulnerabilities to delinquency* (pp. 21-38). New York: SP Medical and Scientific Books.
- Capaldi, D. M. y Patterson, G. R. (1996). Can violent offenders be distinguished from frequent offenders?: Prediction from childhood to adolescence. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 33, 206-231.
- Carey, G. y Goldman, D. (1997). The genetics of antisocial behavior. En D. M. Stoff, J. Breiling y J. D. Maser (eds.), *Handbook of antisocial behavior* (pp. 243-254). Nueva York: Wiley.
- Caron, C. y Rutter, M. (1991). Comorbidity in child psychopathology: Concepts, issues and Research strategies. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 32, 1063-1080.
- Carrasco, J.L., Sáiz, J. y Hollander, E. (1994): Low platelet monoamine oxidase activity in pathological gambling. *Acta Psychiatrica Scandinavica*, 90(6), 427-431.
- Carrasco, M. A., Del Barrio, V., Rodríguez, J. F. (2001). Autoeficacia y agresividad en población infantil adolescente. *Simpósio sobre Psicología Clínica Infantil*, Granada.
- Carrasco, M. A., Rodríguez, J. F. y Del Barrio, V. (2001). Delincuencia y psicopatología entre adolescentes maltratados. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 5, 4, 605-617.
- Carrasco, M. A. y Del Barrio, V. (2002). Evaluación de la autoeficacia en niños y adolescentes. *Psychothema*, 14: 323-332.
- Carrasco, M. A. y Del Barrio, V. (2003). *Self-Efficacy and Anger Expression and Coping in Spanish Children*, Lima, IV Congreso Iberoamericano de Evaluación Psicológica.
- Carrillo, J. M., y Pinillos, J. L. (1983). La correlación extraversión-paranoidismo en función de la inducción de agresividad. *Análisis y Modificación de Conducta*, 9, 169-184.
- Carrillo, M.T., Romero, E., Otero, J.M. y Luengo, M.A. (1994, Abril). Self-reported impulsivity and antisocial behaviour in adolescents. Comunicación presentada en The Fourth European Conference of Law and Psychology. Barcelona.
- Carroll, B.J. y Steiner, M. (1978): The psychobiology of premenstrual dysphoria: The role of prolactin. *Psychoneuroendocrinology*, 3, 171-180.
- Carter, C. M., Urbanowitz, M., Hemsley, R. Mantilla, L., Strobel, S., Graham, P. J. y Taylor, E. (1993). Effects of a new food diet in attention deficit disorder. *Archives of Disease in Childhood*, 69, 564-568.
- Caspi, A., Moffitt, T. E., Silva, P. A., Stouthamer-Loeber, M., Krueger, R. F. y Schmutte, P. S. (1994). Are some people crime-prone? Replications of the personality-crime relationship across countries, genders, races, and methods. *Criminology*, 32, 163-95.
- Catalano, R. F. y Hawkins, J. D.(1996). The social development model: A theory of antisocial behavior. En J. D. Hawkins (Ed.). *Delinquency and crime. Current theories*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Cerezo, F. (1998): *Conductas agresivas en la edad escolar*. Madrid: Pirámide.
- Chambliss, W. (1969). *Crimen and the legal process*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Chang, S. W. (1999). Frontal lobe functioning in adolescent conduct disorder. Disertation Abstracts International. Section B, *The Sciences and Engineering*, 59, 7, 3684.
- Christiansen, K. O. (1970). Crime in a Danish twin population. *Acta Geneticae Medicae et Gemellologiae*, 19, 232-236.
- Christiansen, K. O. (1977). A review of studies of criminality among twins. En S. A. Mednik y K. O. Christiansen (Eds.), *Biosocial bases of criminal behavior* (pp. 112-148). New York: Gardner Press.
- Charlesworth, W.R. (1988). Resources and resource acquisition during ontogeny. En K.B. MacDonald (Ed.), *Sociobiological perspectives in human development*. Nueva York: Springer-Verlag.
- Chico, E., (2000). Búsqueda de sensaciones. *Psychothema*, 12, 2, 229-235.
- Clemente, M. (1995). Marcos explicativos del delito. En M. Clemente (Coord.), *Fundamentos de la Psicología Jurídica*. Madrid: Pirámide.
- Cleveland, H. H; Wiebe, R. P.; Van den Oord E. J. C. G. y Rowe, D. C. (2000). Behavior problems among children from different family structures: The influence of genetic self-selections, *Child Development*, 71: 733-751.

- Cloninger, C.R., Segvardsson, S., Bohman, M. y Von Knorring, A. (1982). Predisposition to petty criminality Swedish adoptees II. Cross-fostering analysis of gene-environment interaction. *Archives of General Psychiatry*, 39, 1242-1247.
- Cloninger, C. R. (1987). A systematic method for clinical description and classification of personality variants. *Archives of General Psychiatry*, 44, 573-588.
- Cloninger, C. R. y Gottesman, I. I. (1987). Genetic and environmental factors in antisocial behavior disorders. En S. A. Mednik, T. E. Moffitt y S. A. Stack (eds.), *Causes of crime. New biological approaches* (pp. 92-109).
- Cloward, R. y Ohlin, H. (1960). *Delinquency and opportunity: A theory of delinquent gangs*. Nueva York: Free Press.
- Coccaro, E. F. (1989). Central serotonin and impulsive aggression. *British Journal of Psychiatry*, 155, 52-63.
- Cohen, A. K. (1955). *Delinquent boys: The culture of the gang*. New York: Free Press of Glencoe.
- Cohen, A.K. (1965). The sociology of the deviant act. Anomie theory and beyond. *American Sociological Review*, 30, 5-14.
- Cohen, P. y Brook, J. S. (1987). Family factors related to the persistence of psychopathology in childhood and adolescence. *Psychiatry*, 50, 332-345.
- Cohen, A. K., Williams, K., Bekelman, A. M. y Crosse, S. (1994). Evaluation of the National Youth Gang Drug Prevention Program. En M. W. Klein, C. Maxson y J. Miller (Eds.), *The Modern gang reader*, 266-282, Los Angeles: Roxbury.
- Coie, J. y Dodge, K.A. (1997). Aggression and antisocial behavior. En W. Damon y N. Eisenberg (eds.), *Handbook of child psychology*, vol.3. Nueva York: Wiley.
- Comas, D. (1990). La medida de la incidencia, prevalencia y problemas causados por drogas ilegales. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 34.
- Compas, B. E. y Phares, V. (1991). Stress during childhood and adolescence: Sources of risk and vulnerability. En E. M. Cummings, A. L. Greene y K. H. Karraker (Eds.), *Life span developmental psychology: Perspectives on stress and coping*. Hillsdale. Erlbaum.
- Compton, K., Snyder, J., Schrepferman, L., Bank, L. y Shortt, J. W. (2003). The contribution of parents and siblings to antisocial and depressive behavior in adolescent: A double jeopardy coercion model. *Development and Psychopathology*, 15, 1, 163-182.
- Conger, R. D., Patterson, G. R. y Ge, X. (1995). It takes two to replicate: A mediational model for the impact of parents' stress on adolescent adjustment. *Child Development*, 66, 80-97.
- Conger, R. D., Ge, X., Elder, G. H., Lorenz, F. O y Simons, R. L. (1994). Economic stress, coercive family processes and developmental problems of adolescents. *Child Development*, 65, 541-561.
- Conseur, A. Rivara, F. P., Barnowski, R. y Emmanuel, I. (1997). *Maternal and perinatal risk factors for later delinquency*. *Pediatrics*, 99, 785-790.
- Constantino, J. N. (1996). Attachment and aggression among children of the working poor, en Ferrys, C. T. y Grisso, T., *Understanding Aggressive Behavior in Children*, Nueva York, The New York Academy of Sciences
- Cota-Robles, S.; Neiss, M. y Rowe, D. (2002). The role of puberty in violent and no violent Anglo American, Mexican American and African American boys. *Journal of Adolescent Research*, 17: 364-376.
- Cowie, H. (2000). Bystanding or standing By: gender issues in coping with bullying in schools. *Aggressive behavior*, 26: 85-97.
- Creechan, J. H. (1994). A test of general theory of crime: Delinquency and school dropouts. En J. H. Creechan y R. A. Silverman (Eds.), *Canadian juvenile delinquency*. Montreal. Prentice Hall.
- Crick, N.R. y Dodge, K.A. (1996). Social information-processing mechanisms in reactive and proactive aggression. *Child Development*, 67, 993-1002.
- Crosnoe, R., Glasgow, K. y Dornbusch, S. M. (2002). Protective functions of family relationships and school factors on the deviant behavior of adolescent boys and girls. Reducing the impact of risky friendships. *Youth & Society*, 33, 515-544.

- Crowe, R. R. (1974). An adoption study of antisocial personality. *Archives of General Psychiatry*, 31, 785-791.
- DePietro, J. (1981). Rough and tumble play: A function of gender. *Developmental Psychology*, 17, 50-58.
- Cummings, A. L., Iannotti, R. J., Zahn-Waxler, C. (1989). Aggression between peers in early childhood: Individual continuity and developmental change. *Child Development*, 60, 887-895.
- Cummings, A. L. y Leschied, A. W. (2001). Understanding aggression with adolescents girls: Implications for policy and practice. *Canadian Journal of Community Mental Health*, 20, 43-57.
- Curry, G. D. y Spengel, I. A. (1992). Gang Involvement and delinquency among Hispanic and African-American adolescent males. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 29, 273-291.
- Dabbs, J. M. y Morris, R. (1990). Testosterone, social class and antisocial behavior in a sample of 4464 men. *Psychological Science*, 1, 209-211.
- Dalton, K. (1964): *The premenstrual syndrome*. Springfield: Ch. C. Thomas.
- Datla, K.P., Sen, A.P. y Bhattacharya, S.K. (1992): Dopaminergic modulation of footshock induced aggression in paired rats. *Indian Journal of Experimental Biology*, 30, 587-591.
- Daly, M., Wilson, M. y Weghorst, S.J. (1982): Male sexual jealousy. *Ethology and Sociobiology*, 3, 11-27.
- Daly, M. y Wilson, M. (1988): *Homicide*. New York: Aldine de Gruyter.
- Datesman, s. K. (1981). Women, crime and drugs. En J. A. Inciardi (ed.). *The drugs crime connection*. (pp. 85-105). Beverly Hills: Sage publications.
- Datla, K.P., Sen, A.P. y Bhattacharya, S.K. (1992): Dopaminergic modulation of footshock induced aggression in paired rats. *Indian Journal of Experimental Biology*, 30, 587-591.
- De Flores, T. (1991): La conducta agresiva. En J. Vallejo Ruiloba (Ed.): *Introducción a la psicopatología y la psiquiatría* (p. 261). Barcelona: Masson-Salvat.
- De Pietro, J. (1981). Rough and tumble play: A function of gender. *Developmental Psychology*, 17, 50-58.
- Del Barrio, M. V. y Silva, P. (1992). *Estudio de los factores de riesgo para el consumo de drogas: Análisis en varios centros de enseñanzas medias del distrito de Vallecas*. Madrid: FAD.
- Del Barrio, M.V. y Silva, F. (1993). *Escala de la Depresión*. Madrid:TEA.
- Del Barrio, V., Frías, D. y Mestre, V. (1994). Autoestima y depresión en niños. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 4, 471-476.
- Del Barrio, M. V.; Moreno, C. y López, R. (2001). Evaluación de la agresión y la inestabilidad emocional en niños españoles y su relación con la depresión. *Clínica y Salud*, 13: 33-50.
- Del Barrio, V., Mestre, V. y Carrasco, M. A. (2003). *Relaciones entre empatía y agresividad*, Lima, XXIX Congreso Interamericano de Psicología: Evaluación de problemas del comportamiento social en adolescentes.
- Del Barrio, M. V. (2004a). El joven violento. En J. Sanmartin (coord.). *El laberinto de la violencia*. Barcelona: Ariel.
- Del Barrio, M. V. (2004b). *Socialización inadecuada*. VIII Reunión Intenacional sobre Biología y Sociología de la Violencia. Valencia: Centro Reina Sofia para el Estudio de la Violencia.
- De Bellis, M.D., Keshavan, M.S., Shifflet, H., Iyengar, S., Beers, S., Hall, J. y Moritz, G. (2002). Brain structures in pediatric maltreatment-related posttraumatic stress disorder: a sociodemographically matched study. *Journal Biological Psychiatry*, 52, 11, 1066-1078.
- Defensor del Pueblo (2000). *Violencia escolar: el maltrato entre iguales en la Educación Secundaria Obligatoria*. Madrid, Publicaciones del Defensor del Pueblo.
- Dembo, R., Williams, L., Wothke, W., y Schmeidler, J., Getreu, A., Berry, E., y Wish, E.D. (1992). The generality of deviance: Replication of a structural model among high-risk youths. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 29, 2, 200-216.
- Dembo, R., Williams, L., Wothke, W., y Schmeidler, J., (1994). The relationship among family problems, friends' troubled behavior, and high risk youths' alcohol/other drug use and delinquent behavior: A longitudinal study. *International Journal of the Addictions*, 29, 11, 1419-1442.
- Dembo, R., Williams, L., Schmeidler, J., Berry, E., Wothke, W., Getreu, A., Wish, E.D. y Christensen, C. (1995). Delinquency and drugs use among high risk youths over time. In R.L. Taylor (Ed.),

- African-American youth: Their social and economic status in the United States* (pp. 247-279). New York: Praeger.
- Denno, D. W. (1990). *Biology and Violence: From Birth to Adulthood*. Cambridge UK: Cambridge University Press.
- Diamond, E.L. (1982): The role of anger and hostility in essential hypertension and coronary heart disease. *Psychological Bulletin*, 92, 410-433.
- Díaz-Aguado, M. J.; Martínez-Arias, R. (2001). *La construcción de la igualdad y la prevención de la violencia contra la mujer desde la educación secundaria*. Madrid, Instituto de la Mujer, Ministerio de Trabajos y Asuntos Sociales.
- Díaz-Aguado, M. J. (2004). Escuela. En J. Sanmartín (coord.). *El laberinto de la violencia*. Barcelona: Ariel.
- Dishion, T. J., Andrews, D. W. y Crosby, L. (1995). Antisocial boys and their friends in early adolescence: relationship characteristics, quality, and interactional process. *Child Development*, 66, 139-151.
- Dishion, T. J., French, D. C. y Patterson, G. R. (1995). The development and ecology of antisocial behavior. En C. Cicchetti y D. Cohen (eds.), *Manual of development psychopathology*, vol. 2: *Risk disorder and adaptation* (pp. 421-471). Nueva York: Wiley.
- Dobkin, P. L., Tremblay, R. E. y Saccitelle, C. (1997). Predicting Boys' early onset substance abuse from fathers' alcoholism, sons' disruptiveness, and mothers' parenting behavior. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 65, 86-92.
- Dodge, K. A. (1986). A social information processing model of social competence in children. En M. Perlmuter (ed.). *The Minnesota symposium on child psychology*, Hillsdale, NJ, Erlbaum, 1986, 18, 77-125.
- Dodge, K.A. y Schwartz, D. (1997). Social information processing mechanisms in aggressive behavior. En D. Stoff, J. Breiling y J.D. Maser (eds.), *Handbook of antisocial behavior*. Nueva York: Wiley.
- Doering, CH., Brodie, H., Kraemer, H., Becker, H y Hamburg, D. (1975): Negative effect and plasma testosterone: a longitudinal human study. *Psychosomatic Medicine*, 37, 481-491.
- Dollard, J., Dood, L.W., Miller, N.E., Mowrer, O.H., y Sears, R.R. (1939): *Frustration and aggression*. New Haven: Yale University Press.
- Donellan, M. B., Ge, X. y Wenk, E. (2002). Personality characteristics of juvenile offenders: Differences in the CPI by age at first arrest and frequency of offending, *Personality and Individual Differences*, 5, 727-740.
- Donnerstein, E.; Slaby, R. y Eron L. (1994). The mass media and youth violence, en Eron, L. y Gentry, J. (eds.), *Youth and Violence: Psychology's Response* (vol. 2), Washington, D. C., American Psychological Association.
- Donnerstein, E. (1998). ¿Qué tipos de violencia hay en los medios de comunicación?. El contenido de la televisión en los EEUU. En J. Sanmartín, J.S. Grisolia y S. Grisolia: *Violencia, televisión y cine*. Barcelona: Ariel.
- Donnerstein, E. (2004). Medios de comunicación. En J. Sanmartín (coord.). *El laberinto de la violencia*. Barcelona: Ariel.
- Donovan, J.E. y Jessor, R. (1985). Structure of problem behavior in adolescence and young adulthood. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 53, 6, 890-904.
- Donovan, J.E., Jessor, R. y Costa, F.M. (1988). Syndrome of problem in adolescence: A replication. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 56, 762-765.
- Donovan, J.E., Jessor, R. y Costa, F.M. (1991). Adolescent health behavior and conventionality-unconventionality: An extension of Problem Behavior Theory. *Health Psychology*, 10, 52-61.
- Donovan, J.(1996). Problem-behavior theory and the explanations of adolescent marijuana use. *Journal of Drug Issues*, 26, 379-404.
- Dorsey, T. L.; Zawitz, M. W. y Middleton, P. (2002). *Drug and crime facts* (NCJ165148) available online at: <http://www.ojp.usdoj.gov/bjs/pub/pdf/def.pdf>.
- Drabman, R.S., Thomas, M.H. y Jarvie, G.J. (1977): Will our children care?. New evidence concerning the effects of televised violence on our children. *Journal of Clinical Child Psychology*, 6(1), 44-46.

- Drewer, D., Hawkins, J.D., Catalano, R. y Neckerman, H. (1995): Preventing serious, violent, and chronic juvenile offending: A review of evaluations of selected strategies in childhood, adolescence and the community. En J.D. Hawkins y J.J. Wilson (Eds): *Serious, violent and chronic juvenile offenders* (pp. 61-141). Thousand Oaks: Sage.
- Duncan, S., Duncan, T., Strycker, L. y Chauneton, N.(2002). Relations between youth antisocial and prosocial activities. *Journal of Behavioral Medicine*, 25,5, 425-438.
- Durkheim, E. (1897). *Le suicide, Etude du sociologie*. Paris: Akal.
- Eagly, A. y Steffen, V. (1986). Gender and aggressive behavior: a meta-analytic review of the social psychological literature. *Psychological Bulletin*, 100, 309-330.
- Eamon, M. K. (2001). Poverty, parenting, peer and neighborhood influences on young adolescent antisocial behavior. *Journal of Social Service Research*. Vol 28 (1): 1-23.
- Eaves, L., Silberg, J., Maes, H., Simonoff, E., Pickles, A., Rutter, M., Neale, M.C., Reynolds, C. A., Erikson, M. T., Heath, A. C., Loeber, R., Truett, T. R. y Hewitt, J. K. (1997). Genetics and developmental psychopathology: 2: The main effects of gene and environment behavioral problems in the Virginia Twin Study of Adolescent Development. *Journal of child Psychology and Psychiatry*, 38, 965-980.
- Ebel, A., Mack, G., Stefanovic, V. y Mandel, P. (1973): Activity of choline acetyltransferase and acetylcholinesterase in the amygdala of spontaneous mouse-killer rats and in rats after olfactory bulb removal. *Brain Research*, 57, 248-251.
- Egeland, B., Carlson, E. y Sroufe, L.A. (1993). Resilience as process. *Development and Psychopathology*, 5,517-528.
- Egeland, B., Yates, T., Appleyard, K., Van Dulmen, M. (2002). The long-term consequences of maltreatment in the early years: a developmental pathway model to antisocial behavior. *Children's services social policy, research y practice*, 5,4, 249-260.
- Eichelman, B. y Barchas, J.D. (1975): Facilitated shock-induced aggression following antidepressive medication in the rat. *Pharmacology, Biochemistry and Behavior*, 3, 601-604.
- Eisemberg, N.; Fabes, R. A.; Murphy, B.;B.; Karbon, M.; Smith, M. y otros (1996). The relations of childrens Dispositional Empathy-Related Responding to their Emotionality Regulation, and Social functioning. *Developmental Psychology*, 32: 195-209.
- Eisemberg, N., Fabes, R. A., Guthrie, I. K. y Reiser, M. (2000). Dispositional emotionality and regulation: their role in predicting quality of social Functioning. *Journal Personality and Social Psychology*, 78, (1), 136-157.
- Eley, T. C.; Lichtenstein, P. y Stevenson J. (1999). Sex differences in the etiology of aggressive and nonaggressive antisocial behavior: results from two twin studies, *Child Development*, 70: 155-168.
- Elzo, J. y cols. (1992). *Drogas y Escuela IV*. BUP-FP. Donostia San Sebastian: Escuela Universitaria de Trabajo Social.
- Elliott, D. S. y Voss, H. (1974). *Delinquency and dropout*. Nueva York: Lexington.
- Elliott, d. S. y Ageton, A. R. (1976). The relationship between drug use and crime among adolescents. In rsearch Triangle Institute (eds.), *Appendix to Drug use and crime; report of the panel on drug use and criminal behavior*. (pp. 297-321). Springfield: National technical Information Service.
- Elliott, D. S. y Huizinga, D. (1983). Social class and delinquent behavior in a national youth panel: 1976-1980. *Criminology*, 21, 149-177.
- Elliot, D. S., Huizinga, D. y Ageton, S. S. (1985). *Explaining delinquency and drug use*. Newbury Park: Sage.
- Elliot, D. S., Huizinga, D. y Menard, S. (1989). *Multiple problem youth: Delinquency. substance use, and mental health problems*. New York: Springer-Verlag.
- Elliot, D. S. (1994). Serious violent offenders: onset, developmental course, and termination – The American Society of Criminology 1993 Presidential Address. *Criminology*, 32, 1-21.
- Ellis, B.J. (1992): The evolution of sexual attraction: Evaluative mechanism in women. En J.H. Barkow, L. Cosmides y J. Tooby (Eds): *The Adapted Mind: Evolutionary Psychology and the Generation of Culture* (pp. 267-288). New York: Oxford University Press.

- Ellis, L. y Walsh, A. (1997). Gene-based evolutionary theories in criminology. *Criminology*, 35, 229-276.
- Ellis, L. (1998). Neodarwinian theories of violent criminality and antisocial behavior: Photographic evidence from nonhuman animals and a review of the literature. *Aggression and Violent Behavior*, 3, 61-110.
- Elzo, J. y cols. (1992). Drogas y Escuela IV.BUP-FP. Donostia-San Sebastian. Escuela Universitaria de Trabajo Social.
- Empey, L.T. (1978). *American delinquency: Its meaning and construction*. Homewood: Dorsey Press.
- Esbensen, F. y Huizinga, D.(1993). Gang, drugs, and delinquency in a survey of urban youth. *Criminology*, 31, 565-589.
- Evans, G. (2004). The environment of childhood poverty. *American Psychologist*, 59, 77-92.
- Eysenck, H. J. (1964). *Crime and personality*. Londres: Routledge and Kegan Paul
- Eysenck, H. J. (1976). *The measurement of personality*. Lancaster: MTP Press Limited.
- Eysenck, H. J. (1977). *Crime and personality*. Londres: Paladin.
- Eysenck, S. B. y Eysenck, H. J. (1978). Impulsiveness and venturesomeness: their position in a dimensional system of personality description. *Psychological Reports*, 43, 1247-1255.
- Eysenck, S. B. y Zuckerman, M. (1978). The relationship between sensation seeking and Eysenck's dimensions of personality. *British Journal and Clinical Psychology*, 69, 483-487.
- Eysenck, S. B. y McGurk, B. J. (1980). Impulsiveness and venturesomeness in a detention center population. *Psychological Report*, 47, 1299-1306.
- Eysenck, S. B. (1981). Impulsiveness and antisocial behavior in children. *Current Psychological Research*, 1, 31-37.
- Eysenck, H.J. (1983). Personality, conditioning and antisocial behavior. En W.S. Laufer y J.M. Day (Eds.), *Personality theory, moral development, and criminal behavior*. Lexington, MA: Lexington Books.
- Eysenck, S. B., Easting, G. y Pearson, P. R. (1984). Age norms for impulsiveness. Venturesomeness and Empathy in children. *Personality and Individual Differences*, 5, 315-321.
- Eysenck, H.J. y Schoenthaler, S. J. (1997). Raising IQ level by vitamin and mineral supplementation. En R. J. Sternberg y E. L. Grigorenko (Eds.). *Intelligence, heredity and environment*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Fabian, J.M. (2001). Adult criminal behavior and morality: Analysis of moral reasoning in offenders and nonoffenders. *Dissertation Abstracts International Section A: Humanities and Social Sciences*, 61, (8-A): 3360.
- Farrell, A.D., Danish, S.J. y Howard, C.W. (1992). Relationship between drug use and other problem behaviors in urban adolescents. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 60,5, 705-712.
- Farrington, D. P. (1986). Age and crime. En M. Tonry y N. Morris (eds.), *Crime and justice* (pp. 189-250). Chicago: University of Chicago Press.
- Farrington, D. P., Gallagher, B., Morley, L. Ledger, R. J. y West, D. J. (1986). Unemployment, school leaving and crime. *British Journal of Criminology*, 26, 335-356.
- Farrington, D. P., Ohlin, L. E. y Wilson, J. Q. (1986). *Understanding and controlling crime. Toward a new research strategy*. New York: Springer-Verlag.
- Farrington, D.P. (1987). Epidemiology. En H.C. Quay (Ed.), *Handbook of juvenile delinquency*. Nueva York: Wiley.
- Farrington, D. P. (1989a). Early predictors of adolescent aggressions and adult violence. *Violence and victims*, 4, 79-100.
- Farrington, D. P. (1989b). Self-reported and official offending from adolescence to adulthood. En M. W. Klein (ed.), *Cross-national research in self-reported crime and delinquency*. Dordrecht: Kluwer.
- Farrington, D. P., Loeber, R., Elliot, D. S., Hawkins, J. D., Kandel, D. B., Klein, M. W., McCord, J., Rowe D. C. y Tremblay, R. E. (1990). Advancing knowledge about the onset delinquency and crime. In B. B. Lahey y E. Kazdin (Eds.). *Advances in clinical child pathology* (Vol. 13, 283-342). New York: Plenum.

- Farrington, D. P. (1991). Childhood aggression and adult violence: Early precursors and later life outcomes. En D. J. Pepler y K. H. Rubin (eds.), *The Development and treatment of childhood aggression* (pp. 5-29). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Farrington, D. P. (1992). Explaining the beginning, progress, and ending of antisocial behavior from birth to adulthood. En J. McCord (Ed.), *Facts, frameworks and forecasts. Advances in criminological theory*, Vol.3. New Brunswick, NJ: Transaction.
- Farrington, D. P. (1993a). Motivations for conduct disorder and delinquency. *Development and Psychopathology*, 5, 225-241.
- Farrington, D. P. (1993b). Understanding and preventing bullying. En M. Tonry y N. Morris (eds.), *Crime and justice* (pp. 381-458). Chicago: University of Chicago Press.
- Farrington, D.P., Sampson, R.J. y Wikström, P.-O.H. (1993). *Integrating individual and ecological aspects of crime*. Estocolmo, Consejo Nacional para la Prevención de la Delincuencia.
- Farrington, D. P. (1995). The twelfth Jack Tizard Memorial Lecture: The development of offending and antisocial behaviour from childhood: Key findings from the Cambridge study in delinquent development. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 36, 929-964.
- Farrington, D. P., Loeber, R., Stouthamer-Loeber, M., Van Kammen, W. B. y Schmidt, L. (1996a). Self-reported delinquency and a combined delinquency seriousness scale based on boys, mothers and teachers: Concurrent and predictive validity for African-Americans and Caucasians. *Criminology*, 34, 501-525.
- Farrington, D. P., Barnes, G. C. y Lambert, S. (1996b). The concentration of offending in families. *Legal and Criminological Psychology*, 1, 47-63.
- Farrington, D. P., Loeber, R., Elliott, D. S., Hawkins, J. D., Kandel, D. B., Klein, M. W., McCord, J., Rowe, D. C. y Tremblay, R. E. (1996c). Advancing knowledge about the onset of delinquency and crime. En B. B. Lahey y A. E. Kazdin (eds.), *Advances in clinical child psychology* (pp. 283-342). Nueva York: Plenum.
- Farrington, D. P. (1997). Early Prediction Of violent and non-violent youthful offending. *European Journal on Criminal Policy and Research*, 5, 51-66.
- Farrington, D. P. (2001). Predicting adult official and self-reported violence. En G. F. Pinard y L. Pagani (Eds.), *Clinical assessment of dangerousness: Empirical contributions*, 66-88. New York, NY. US: Cambridge University Press.
- Feingold, A. (1992). Gender differences in mate selection preferences: A test of the parental investment model. *Psychological Bulletin*, 112, 125-139.
- Feldman, P. (1978). *Criminal behavior: A psychological analysis*. London: Wiley and sons.
- Fergusson, D. M., Horwood, L. J. y Lynskey, M. T. (1993). The effects of conduct disorder and attention deficit in middle childhood on offending and scholastic ability at age 13. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 34, 899-916.
- Fergusson, D. M., Lynskey, M. T. y Horwood, L. J. (1996). Alcohol misuse and juvenile offending in adolescence. *Addiction*, 91, 4, 483-494.
- Fergusson, D. M., Lynskey, M. T. y Horwood, L. J. (1997a). The effects of unemployment on juvenile offending. *Criminal Behaviour and Mental Health*, 7, 49-68.
- Fergusson, D. M., Horwood, L. J. y Lynskey, M. T. (1997b). Early dentine lead levels and educational outcomes at 18 years. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 38, 471-478.
- Fergusson, D. M., (1999). Prenatal smoking and antisocial behavior. *Archives of General Psychiatry*, 56, 3, 223-224.
- Fergusson, D. M., Swain-Campbell, N. R. y Horwood, L. J. (2002). *Deviant peer affiliations, crime and substance use: a fixed regression analysis*.
- Fergusson, D. M., Wanner, B., Vitaro, F., Horwood, L. J. y Swain-Campbell, N. (2003). Deviant peer affiliations and depression: Confounding or causation?. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 31(6), 605-618.
- Fernández-Abascal, E.G. y Martín, M.D. (1994). El síndrome ¡AHI! y su relación con los trastornos coronarios. *Ansiedad y Estrés*, 0, 25-36.
- Fernández-Abascal, E.G. (1998). *Psicología General. Motivación y Emoción*. Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces.

- Feshbach, S. (1964): The function of aggression and the regulation of the aggressive drive. *Psychological Review*, 71, 257-272.
- Fishbein, M. y Azjen, I. (1975). *Belief, attitude intention and behavior*. Reading, M.A.: Addison-Wesley.
- Flores, T. (1982). *Paradigma de aggresió de Buss en relació a variables fisiològiques y Psicològiques*. Tesis doctoral no publicada. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona.
- Flores, T. (1987). Factores biológicos en la ontogenia de la agresión: Andrógenos y conducta agresiva en el modelo humano. En J. Pérez (Comp.), *Bases Psicológicas de la delincuencia y de la conducta antisocial*. Barcelona: PPU.
- Fombonne, E., Wostear, G., Cooper, V., Harrington, R. y Rutter, M. (2001). The Maudsley long-term follow-up of child and adolescent depression. 2. Suicidality, criminality and social dysfunction in adulthood. *British Journal of Psychiatry*, 179(3), 218-223.
- Forcadell, A. (1998). *Intel·ligència i personalitat en el procés rehabilitador en una mostra de joves internats en règim semiobert* (tesis doctoral), Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona.
- Foshee, V. y Bauman, K.E. (1992). Parental and peer characteristics as modifiers of the bond-behavior relationship: an elaboration of control theory. *Journal of Health and Social Behavior*, 33,1, 66-76.
- Fraczek, A., Torchalska, B. y Ramírez, J.M. (1985): Attitudes toward interpersonal aggression: some further data and comments on the influence of cultural variables. En F. LeMoli (Ed.): *Multidisciplinary approaches to conflict and appeasement in animals and man* (pp. 182-183). Parma: Istituto di Zoologia.
- Freedman, J.L. (1984). Effect of television violence on aggressiveness. *Psychological Bulletin*, 96(2), 227-246.
- Frías, M., Corral, V., López, A., Díaz, S. y Peña, E. (2001). Predictores familiares y conductuales de la problemática escolar en alumnos de secundaria y preparatoria. *Revista de Psicología de la PUCP*, XIX, 237-256.
- Friedman, C. J., Mann, F. y Friedman, A. S. (1975). A Profile of juvenile street gang members. *Adolescence*, 10, 563-607.
- Fuchs, M., Lamnek, S. y Luedtke, J. (1996). Schule und Gewalt. Realität und Wahrnehmung eines sozialen Problems, Opladen, Leske + Budrich.
- Fuentes, M. J., Apodaka, P., Etxebarria, I., Ledesma, A. R., López, F. y Ortiz, M. J. (1993). Empatía, role-taking y concepto de ser humano como factores asociados a la conducta prosocial-altruista. *Infancia y Aprendizaje*, 61, 73-87.
- García, M.P. (1994): Agresividad y violencia: Marco psicosocial para la prevención. En S. Delgado (Dtor.): *Psiquiatría Legal y Forense*. Vol. 1. Madrid: Colex.
- García Arás, M. (1987). El derecho penal de un estado democrático: Algunas cuestiones sobre su contenido y límites. En J. Pérez (Coord.). *Bases biológicas de la delincuencia y de la conducta antisocial*. Barcelona: PPU.
- García-Pablos de Molina, A. (2001): *Criminología. Una Introducción a sus Fundamentos Teóricos*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- García-Sevilla, L. (1985). *Vers el concepte d'agresió: la persona antisocial*. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona.
- Garaigordobil, M., Álvarez, Z. y Carralero, V. (2004). Conducta antisocial en niños de 10 a 12 años: factores de personalidad asociados y variables predictoras. *Análisis y Modificación de conducta*, Vol. 30, nº 130.
- Garrido Genovés, V. (1984). *Delincuencia y sociedad*. Madrid: Mezquita.
- Garrido Genovés, V. (1987). *Delincuencia Juvenil. Orígenes, prevención y tratamiento*. Madrid: Ed. Alhambra.
- Ge, X.; Conger, R. D.; Cadoret, R. J.; Niederhiser, J. M.; Yates, W.; Troughton, E. y Stewart, M. A. (1996). The developmental interface between nature and nurture: A mutual influence model of child antisocial behavior and parents behaviors. *Development Psychology*, 32: 574-589.
- Geist, V. (1971): *Mountain sheep*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Gelles, R. J. y Cavanaugh M. M. (2004). Factores sociales. En J. Sanmartin (coord.). *El laberinto de la violencia*. Barcelona: Ariel.

- Gilligan, J. (1996): *Violence: Our Deadly Epidemic and its causes*, Nueva York, G. P. Putnam's Sons.
- Gillmore, M.R., Hawkins, J.D., Catalano, R.F., Day, L.E. y Moore, M. (1991). Structure of problem behaviors in preadolescence. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 59, 4, 499-506.
- Glaser, D. (1979). A review of crime-causation theory and its application. *Crime and Justice*, V, 1, 203-237.
- Glaser, D., Prior, V. y Lynch, M. A. (2001). *Emotional abuse and emotional neglect: antecedents, operational definitions and consequences*. York: British Association for the Study and Prevention of Child Abuse and Neglect.
- Gold, M. y Reimer, D. J. (1974). Changing patterns of delinquent behavior among Americans 13 through 16 years old: 1967-72. *Crime and Delinquency Literature*, 7, 483-517.
- Goldstein, P. J. y Duchaine, N. S. (1979). Daily criminal activities of street drugs users: preliminary findings; documento presentado en The American Society of Criminology. Filadelfia.
- Goldstein, H. S. (1984). Parental composition, supervision and conduct problems in youths 12 to 17 years old. *Journal of the American Academy of Child Psychiatry*, 23, 769-685.
- Goldstein, P.J. (1998). Drugs, violence, and federal funding: a research odyssey. *Substance Use and Misuse*, 33, 1915-1936.
- Goleman, D. (1995). *Emotional intelligence*. New York: Bantam.
- Gómez-Fraguela, J.A., Luengo, M.A., Romero, E. y Otero, J.M. (1996, marzo). El papel de las habilidades de resolución de problemas interpersonales en la comprensión de las conductas de consumo de drogas de los adolescentes. Comunicación presentada en el II Congreso Iberoamericano de Salud y Conducta. Granada.
- Gómez-Jarabo, G., Álcazar, M.A. y Rubio, G. (1999): Aspectos psicobiológicos y psicosociales de la agresión y la violencia. En G. Gómez-Jarabo (Ed.): *Violencia: Antítesis de la Agresión* (pp.43-174). Valencia: Promolibro.
- González, E. (1987). *Delincuencia juvenil*. Madrid: Fundación Santa María.
- Goode, E. (1972). Excerpts from marijuana use and crime. En National Commission on Marijuana and Drug Abuse (ed.), *Marihuana: a signal of misunderstanding*. (pp. 184-214). Washington (D.C): U.S. Government Printing Office.
- Goode, E. (1978). *Deviant behavior: An interactionist approach*. Nueva York: Wiley Hall.
- Gordon, J.M. (2003). The long-term effects of divorce and remarriage. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, 63, (10-B): 4902.
- Gotz, M. (1996). The Psychiatric consequences of the sex chromosome abnormalities: A cohort study. Tesis doctoral, Universidad de Edimburgo.
- Gottfredson, M. y Hirschi, T. (1990). *A general theory of crime*. Palo Alto. Stanford University Press.
- Gottfredson, M. y Hirschi, T. (1994). A general theory of adolescent problem behavior. Problems and prospects. En R. D. Ketterlinus y M. E. Lamb (Eds.), *Adolescent problem behavior, Issues and research*. Hillsdale, Nueva Jersey. Erlbaum.
- Graña, J.L., Andreu, J.M. y Peña, M.E. (2001). Tipología del comportamiento agresivo en jóvenes y adolescentes. *Psicología Conductual*, 9, 2, 361-371.
- Graña, J.L., Muñoz-Rivas, M. J. y Delgado, S. (2000). *Investigación sobre el consumo de drogas en adolescentes de Majadahonda: factores de riesgo y de protección*. Madrid: Excmo. Ayuntamiento de Majadahonda.
- Gregg, T. R., Siegel, A. (2001). Brain structures and neurotransmitter regulating aggression in cats: implications for human aggression. *Progress in Neuropsychopharmacology and Biological Psychiatry*, 25, 91-140.
- Griffin, R. L. (1997). *Constraints, coping methods and general strain theory: A test and extension*. Comunicación presentada en la reunión anual de la Asociación Americana de Criminología. San Diego. California.
- Grossman, S.P. (1963): Chemically-induced epileptiform seizures in the cat. *Science*, 142, 409-411.
- Grube, J.W. y Morgan, M. (1990). The structure of problems behaviours among Irish adolescents. *British Journal of Addiction*, 85, 667-675.
- Guerra, N.G. y Slaby, R.G. (1990). Cognitive mediators of aggression in adolescent offenders: 2. Intervention. *Development Psychology*, 26, 269-277.

- Guerra, N.G, Huesmann, L.R. y Spindler, A. (2003). Community Violence Exposure, Social Cognition and Aggression Among Urban Elementary School Children. *Child Development*, 74, 5, 1561-1576.
- Gunter, B. (1985): *Dimensions of Television Violence*. Aldershot: Gover Publishing Company Limited.
- Haapasalo, J. (1990). Sensation seeking and Eysenck's personality dimensions in an offender population. *Personality and Individual Differences*, 11, 81-84.
- Hagan, J. y Peterson, R. (1995). Criminal Inequality in America: Patterns and consequences. In J. Hagan and R. Peterson (Eds.), *Crime and Inequality*. Stanford: Stanford University Press.
- Hamparian, D. M., Davis, J. M., Jacobson, J. M. y McGraw, R. E. (1985). *The young criminal years of the violent few*. Report prepared for the National Institute of Juvenile Justice and Delinquency Prevention. Washington, DC, US, Department of Justice.
- Hampton, R., Carrillo, R. y Kim, J. (1998). Violence in Communities of color. En R. Carrillo y J. Tello, (Eds.), *Family violence and men of color*, New York: Springer.
- Hanson, C. L., Henggeler, S. W., Haefele, W. F. y Rodick, J. D. (1984). Demographic, individual, and family relationship correlates of serious and repeated crime among adolescents and their siblings. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 52, 528-538.
- Hare, R. D. (1991). *The Psychopathy Checklist-Revised*, Toronto. Multi-Health Systems.
- Hare, R. D. (1998). Psychopaths and their nature: Implications for the mental health and criminal justice system. En Milon, T. y otros (Eds.), *Psychopathy: Antisocial, Criminal and Violent Behavior*, New York. Guilford Press, 188-212.
- Hare, R. D., Clark, D., Grann, M. y Thornton, D. (2000). Psychopathy and the predictive validity of the PCL-R: An international perspective. *Behavioral Sciences and the Law*, 18, 623-645
- Hart, D., Hofmann, V., Edelstein, W. y Keller, M. (1997). The relation of childhood personality types to adolescent behavior and development: A longitudinal study of Icelandic children. *Developmental Psychology*, 33, 195-205.
- Hartup, W.W. (1974): Aggression in childhood: developmental perspectives. *American Psychologist*, 29, 336-341.
- Hawkins, J.D., VonCleve, E. y Catalano, R.F. (1991). Reducing early childhood aggression: results of a primary prevention program. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 30, 208-217.
- Hawkins, J. D., Catalano, R. F., Miller, J. Y. (1992). Risk and protective factors for alcohol and others drugs problems in adolescence and early adulthood. Implications for substance abuse prevention. *Psychological Bulletin*, 112, 64-105.
- Hawkins, J.D., Arthur, M. W. y Catalano, R.F. (1995). Preventing substance abuse, En M. Tonry y D. P. Farrington (Eds.), *Building a safer society: Strategic approaches to crime prevention: Vol. 19. Crime and Justice: A review of research*, 343-427. Chicago: University of Chicago Press.
- Hawkins, J.D., Herrenkohl, T.I., Farrington, D.P. Brewer, D., Catalano, R.F., Harachi, (1999). A review of predictors of youth violence. In R. Loeber y D.P. Farrington (Eds), *Serious and violent juvenile offenders: Risk factors and successful interventions*. Thousand Oaks: Sage
- Hawkins, J.D., Laub, J. y Lauritsen, J. (1999). Race, ethnicity and serious juvenile offending. En R. Loeber y D. Farrington, (Ed.), *Serious and Violent Juvenile Offenders*. London: Sage.
- Hawkins, J.D., Herrenkohl, T.I., Farrington, D.P. Brewer, D., Catalano, R.F., Harachi, T.W. y Cothorn, L. (2000). Predictors of youth violence. *Juvenile Justice Bulletin, (OJJDP)*, abril.
- Heide, K. (2004). *Homicidio juvenil*. VIII Reunión Intenacional sobre Biología y Sociología de la Violencia. Valencia: Centro Reina Sofia para el Estudio de la Violencia.
- Heilbrun, A. B. (1982). Cognitive model of criminals violence based on intelligence and psychopathy levels. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 50, 546-557.
- Henry, B., Avshalom, C., Moffitt, T. E. y Silva, P. A. (1996). Temperamental and familial predictors of violent and nonviolent criminal convictions: Age 3 to age 18. *Developmental Psychology*, 32, 614-623.
- Herrenkohl, T. I., Guo, J., Kosterman, R., Hawkins J. D., Catalano, R. F. y Smith, B. H. (2001). Early adolescent predictors of youth violence as mediators of childhood risk. *Journal of Early Adolescence*, vol. 21 (4): 447-469.

- Herrenkohl, E.C., Herrenkohl, R.C. y Egolf, B.P. (2003). The Psychosocial consequences of living environment instability on maltreated children. *American Journal of Orthopsychiatry*, 73, 4, 367-380.
- Herrero, O. Ordoñez, F., Salas, A. y Colom, R. (2002). Adolescencia y comportamiento antisocial. *Psicothema*, 14, 2, 340-343.
- Herrmann, W.M. y Beach, R.C. (1978). The psychotropic properties of estrogens. *Psychopharmacologia*, 11, 164-176.
- Hersh, K. Y Borum, R. (1998). Command hallucinations, compliance and risk assessment. *Journal of the American Academy of Psychiatry and Law*, 26, 353-359.
- Higgins, P.C. y Buttler, R.R. (1982): *Understanding deviance*. Nueva York: McGraw Hill.
- Hill, K.G., Howell, J.C., Hawkins, J.D. y Battin, S.R. (1996). *Risk factors in childhood for adolescent gang membership: Results from the Seattle Social Developmental Project*. Manuscript under review.
- Himmelstein, J. (2003). Serotonin and aggression in children with attention deficit/Hyperactivity disorder: A prospective follow-up study. *Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering*, vol. 63 (9-B): 4372.
- Hinde, R. (1970): *Animal behavior, a synthesis of ethology and comparative psychology*. New York: McGraw-Hill.
- Hinshaw, S.P., Lahey, B.B. y Hart, E.L. (1993). Issues of taxonomy and comorbidity in the development of conduct disorder. *Development and Psychopathology*, 5, 31-49.
- Hinshaw, S. P.(1992). Externalizing behavior problems and academic underachievement in childhood and adolescence: Causal relationship and underlying mechanism. *Psychological Bulletin*, 111, 443-463.
- Hirschi, T. (1969). *Causes of delinquency*. Berkeley. University of California Press.
- Hirschi, T. y Gottfredson, M. (1986). The distinction between crime and criminality. En T.F. Hartnagel y R. Silverman (Eds.), *Critique and explanation: Essays in honor of Gwynne Nettler*. New Brunswick: Transaction.
- Hirschi, T. y Gottfredson, M. (1994). *The generality of deviance*. New Brunswick: Transaction Publishers.
- Hodgins, S. (1993). *Mental disorder and crime*. Newbury Park, CA: Sage.
- Hodgins, S., Kratzer, L. y McNeil, T. F.(2001). Obstetric Complications, Parenting and risk of criminal behavior. *Archives of General Psychiatry* 58. 746-752.
- Hoffman, M. L. (1990). Empathy and Justice Motivation. *Motivation and Emotion*, 14 (2), 151-172.
- Hogh, E. y Wolf, P. (1983). Violent crime in a birth cohort: Copenhagen 1953-1957. In K. T. Van Dusen and S. A. Mednick (Eds.), *Prospective studies of crime and delinquency*. Boston: Kluwer-Nijhoff.
- Holahan, C. J. (1996). *Psicología ambiental. Un enfoque general*. México: Limusa.
- Hope, T. y Hough, M. (1988). Area, crime and incivilities: A profile from the British Crime Survey. En T. Hope y M. Shaw (eds.), *Communities and crime reduction* (pp. 30-47). Londres: HMSO.
- Hoshmand, L.T. y Austin, G.W. (1987): Validation studies of a multifactor cognitive-behavioral Anger Control Inventory. *Journal of Personality Assessment*, 51, 417-432.
- Hu, L. y Bentler, P.M. (1999): Cutoff criteria for fit indices in covariance structure analysis. Conventional criteria versus new alternatives. *Structural Equation Modeling*, 6, 1-55.
- Huang, B.; White, H. R.; Kosterman, R.; Catalano, R. F. y Hawkins, J. D. (2001). Developmental Associations between Alcohol and interpersonal aggression during Adolescence. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 38: 64-83.
- Huesmann, R. y Eron, L. (1984): Cognitive processes and the persistence of aggressive behavior. *Aggressive Behavior*, 10, 243-251.
- Huesmann, R., Eron, L., Lefkowitz, M.M. y Walder, L.O. (1984). Stability of aggression overtime and generations. *Developmental Psychology*, 20, 1120-1134.
- Huesmann, R., Eron, L. y Yarmel, P. W. (1987). Intellectual functioning and aggression. *Journal of Personality and Social Psychology*, 52, 232-240.
- Huesmann, R. (1988): An information processing model for the development of aggression. *Aggressive Behavior*, 14, 13-24.

- Huesmann, R. y Eron, L. (1989): Individual differences and the trait of aggression. *European Journal of Personality*, 3, 95-106.
- Huesmann, L.R. y Miller, L.S. (1994). Long-term effects of repeated exposure to media violence in childhood. En L.R. Huesmann (Ed.) *Aggressive Behavior*. Nueva York: Plenum Press.
- Huesmann, R., Eron, L., Czilli, E. y Maxwell, C. (1996): Evaluating the role of normative beliefs as mediators and moderators in the prevention of aggression. *XII World Meeting of ISRA*. 25-30 August, Strasbourg, France.
- Huesmann, L. R., Moise, T.J. y Podolski, C.L.(1997). The effects of media violence on the development of antisocial behavior, en D. Stoff, J. Breiling y J. Maser (eds.), *Handbook of antisocial behavior*, Nueva York, Wiley.
- Huesmann, L. R., Moise, T.J., Podolski, C.L.y Eron, L.D.(2003). Longitudinal relations between children's exposure to TV violence and their aggressive and violent behavior in young adulthood. *Developmental Psychology*, 39, 2, 201-221.
- Huizinga, D. (1997). *Gans and the volume of crime*. Paper presented at the annual meeting of the Western Society of Criminology, Honolulu, HI.
- Hyde, J.S. (1984). How large are differences in aggression? A developmental meta-analysis. *Developmental Psychology*, 20, 722-736.
- Inciardi, J. A. (1980). Youth, drug, and street crime. En F. R. Scarpitti y S. K. Datesmen (eds.), *Drugs and the youth culture*. (pp. 175-204). Beverly Hills: Sage Publications.
- Inciardi, J. A. (1981). Drug use and criminal behavior: major research issues. En: J. A. Inciardi (ed.), *The drugs-crime connection* (pp. 7-17). Beverly Hills: Sage Publications.
- Isaza, A. y Pineda, D. (2000). Características neuropsicológicas, neurológicas y comportamentales en menores infractores del área metropolitana del Valle de Aburrá. Tesis doctoral. <http://usuarios.lycos.es/doliresa/index-11.html>
- Ito, Y.; Teicher, M. H.; Glod, C. A.; Harper, D.; Magnus, E.; Gelbard, H. A. (1993). Increased prevalence of electro physiological abnormalities in children with psychosocial, physical, sexual abuse. *Journal of Neuropsychiatry and Clinical Neurosciences*, 5: 401-408.
- Ito, T.A., Miller, N. y Pollock, V.E. (1996). Alcohol and aggression: A meta-analysis on the moderating effects of inhibitory cues, triggering events, and self-focused attention. *Psychological Bulletin*, 120, 60-82.
- Itza, L. (1992). *Las drogas no convencionales*. En J. Elzo (Ed.) *Drogas y Escuela IV*. San Sebastian. Escuela Universitaria de Trabajo Social.
- Izard, C.E. (1977): *Human emotions*. New York: Plenum Press.
- Jacobs, P. A., Brunton, M., Melville, M. M., Brittain, R. P. y McClermont, W. F. (1965). Aggressive behavior, mental subnormality, and the XYY male. *Nature*, 208, 1351-1352.
- Jacoby, J. E., Weiner, N., Thornberry, T. y Wolfgang, H. (1973). Drug use and criminality is an age cohort. En National Commission on Marihuana and Drug Abuse (ed.), *Drug use in America: problem in perspective*. (pp. 256-287). Washington: U.S. Government Printing Office.
- Jacklin, C. N. y Maccoby, E. E. (1978). Social behavior at thirty-three months in same-sex and mixed-sex dyads. *Child Development*, 49, 557-569.
- James, O.(1995). *Juvenile violence in a Winner-Loser-Culture: Socio-economic and Familiar Origins in the Rise of Violence Against the Person*. Londres: Free Association Books.
- Jang, S. J. y Smith, C.a. (1991). A test of reciprocal causal relationship among parental supervision, affective ties, and delinquency. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 34, 307-336.
- Jang, S.J. y Johnson, B.R. (2003). Strain, negative emotions and deviant coping among African Americans: A test of general strain theory. *Journal of Quantitative Criminology*, 19,1, 79-105.
- Janosz, M., Le Blanc, M., Boulerice, B. y Tremblay, R. E. (1996). *Disentangling the weight of school dropout predictors: A test on two longitudinal samples*. Unpublished manuscripts.
- Jeffery, C.R.(1990). *Criminology. An interdisciplinary approach*. Englewood Cliff s, NJ: Prentice-Hall.
- Jessor, R. y Jessor, S. (1977). *Problem behavior and psychosocial development: A longitudinal study of youth*. Nueva York: Academic Press.
- Jessor, R. y Jessor, S. (1980). A social psychological framework for studying drug use. En D. Lettieri, M. Sayers y H. W. Pearson (Eds.), *Theories on drug abuse. Selected contemporary perspectives* . Rockville, Maryland: National Institute on Drug Abuse.

- Jessor, R.E., Donovan, J.E. y Windmer, K. (1980). *Psychosocial factors in adolescents alcohol and drug use: The 1980 National Sample Study, and the 1974-78 Panel Study*. University of Colorado: Institute Of Behavioral Science.
- Jessor, R.E., Donovan, J.E. y Costa, F.M. (1990). Personality, life chances, and adolescent health behavior: An application of problem-behavior theory. En K. Hurrelmann y F. Lösel (Eds.), *Health hazards in adolescence*. Hawthorne, New York: Adline.
- Jessor, R. (1991). Risk behavior in adolescence: A psychosocial framework for understanding and action. *Journal of Adolescent Health*, 12, 597-605.
- Jessor, R. (1992). Risk behavior in adolescence: A psychosocial frame work for understanding and action. *Developmental Review*, 12, 374-390.
- Jessor, R. (1993). Sucessful adolescent development among youth in high-risk setting. *American Psychologist*, 48, 117-126.
- John, O. P., Caspi, A., Robins, R. W., Moffitt, T. E. y Stouthamer-Loeber, M. (1994). The big-five. Exploring the Normological Network Of the Five-Factor Model of Personality in Adolescent Boys. *Child Development*, 65, 160-178.
- Johnson, J.A. (1983). Criminality, creavity and craziness: Structural similarities in three types of nonconformity. En W.S. Laufer y J.M. Day (Eds.), *Personality theory, moral development, and criminal behavior*. Lexington, MA: Lexington Books.
- Johnson, B. D., Wish, E. D., Schmeidler, J. y Huizinga, D. (1991). Concentration of delinquent offending: serious drug involvement and high delinquency rates. *The Journal of Drug issues*, 21, 205-209.
- Johnson, C. B. (2001). Helping children to manage emotion which tigger aggressive acts: An approach through drama in school, *Early Child Development and Care*, 166, 109-118.
- Jöreskog, K.G. y Sörbom, D. (1984): *LISREL-VI user's guide* (3rd ed.). Mooresville, Indiana: Scientific Software
- Kafry, D. (1982). Sensation seeking of young children. *Personality and Individual Differences*, 3, 161-166.
- Kandel, D. B. (1978). *Longitudinal research on drug use: empirical findings and methodological issues*. Nueva York: Hemisphere-Halsted
- Kandel, D. B. , Kessler, R. y Margulies, R. S.(1978). Antecents of adolescent initiation into stages of drug use: A developmental analysis. *Journal of Youth and Adolescence*, 7, 13-40.
- Kandel, D. B. (1980). Developmental stages in adolescent drug involvement. En D. Lettieri; M. Sayers y H. W. Pearson (Eds.), *Theories on drug abuse*. Rockville, Maryland: National Institute on drug abuse.
- Kandel, D. B. (1982). Epidemiological and psychosocial perspectives on adolescent drug use. *Journal of American Academic Clinical Psychiatry*, 21, 328-347.
- Kandel, D., Simcha-Fagan, D. y Davies, M. (1986). Risk factors for the delinquency and illicit drug use from adolescence to young adulthood. *Journal of Drug Issuess*, 16, 67-90.
- Kandel, E.y Mednick, S. A. (1991). Perinatal complications predict violent offending. *Criminology*, 29, 519-529.
- Kaplan, H. B. (1972). Toward a general theory of psycosocial deviance. The case of aggressive behavior. *Social Science and Medicine*, 6, 593-617.
- Kaplan, H. B.(1978). Deviant behavior and self-enhancement in adolescence3. *Journal of Youth and Adolescence*, 7, 253-277.
- Kaplan, H.B. (1984). *Patterns of juvenile delinquency*. Beverly Hills, CA: Sage.
- Kaplan, H. B. y Peck, B.M (1992). Self-rejection, coping style, and mode of deviant response. *Social Science Quarterly*, 73, 909-919.
- Kaufmann, H. (1970): *Aggression and Altruism*. Holt: Rinehart and Winston.
- Kazdin, A.E. (1988): *Tratamiento de la conducta antisocial en la infancia y la adolescencia*. Madrid: Martínez Roca.
- Kazdin, A.E. y Buela-Casal, G. (2002): *Conducta antisocial: Evaluación, tratamiento y prevención en la infancia y adolescencia*. Madrid: Pirámide.

- Keltikangas-Jaervinen, L. (2001). Aggressive behavior and social problem-solving strategies: A review of findings of a seven-year follow-up from childhood to late adolescence. *Criminal Behavior and Mental Health*, 11, 236-250.
- Kendal, P. C. (2000). Managing anger in youth: A cognitive-behavioral intervention approach. En P. Kendal, *Child and Adolescent Therapy: Cognitive-behavioral Procedures*, New York. Guilford Press.
- Kerner, H.J., Weitekamp, E., Stelley, W. y Thomas, J. (1996). *Patterns of criminality and alcohol abuse: Results of the Tübingen Criminal Behavior Study*. Ponencia presentada en el Encuentro de la Life History Research Society, Londres, Octubre.
- Kessler, R. C., Davis, C. G. y Kendler, K. S. (1997). Childhood adversity and adult psychiatric disorder in the U. S. National Comorbidity Survey. *Psychological Medicine*, 27, 1101-1119.
- Kiehl, K. A., Hare, R. D., Liddle, P. F. y McDonald, J. J. (1999). Reduced P300 responses in criminal psychopaths during a visual oddball task. *Biological Psychiatry*, 45, 1498-1507.
- Kirkpatrick, J.B. (2003). Gender and juvenile offending: An exploratory study. *Dissertation-Abstract-International: Section B. The Sciences and Engineering*, vol, 63 (12-B): 6121.
- Klein, M. W. (1995). *The American street gang: Its nature, prevalence, and control*. New York. Oxford University Press.
- Klinterberg, B. A., Andersson, T., Magnusson, D. y Stattin, H. (1993). Hyperactive behavior in childhood as related to subsequent alcohol problems and violent offending: A longitudinal study of male subjects. *Personality and Individual Differences*, 15, 381-388.
- Kohlberg (1980). Stages of moral development as a basis for moral education. En Munsey (Ed.) *Moral development, moral education and Kohlberg*. Birmingham: Religious Educ. Press.
- Kolvin, I., Miller, F. J., Scott, D. M. Gatzains, S. R. y Fleeting, M. (1990). *Continuities of Depravations? The Newcastle Thousand-Family Survey*, Aldershot, Avebury.
- Krohn, M. D.; Thornberry, T. P.; Rivera, C. y LeBlanc, M. (2001). Later delinquency careers, en Loeber, R. y Farrington, D. P. (eds.), *Child delinquents: Development, intervention, and service needs*; Thousand Oaks, C. A. Sage.
- Krueger, R.F., Caspi, A., Moffitt, T. E. y White, J. (1996). Delay of gratifications psychopathology and personality: Is low self-control specific to externalizing problems?. *Journal of Personality*, 64, 107-129.
- Krug, E. G.; Dahlberg, L. L.; Mercy, J. A.; Zwi, A. B. y Lozano, R. (2002). World report on violence and health. Geneva, Switzerland, World Health Organization, available online at: http://www.who.int/violence_injury_prevention/violence/world_report/en/
- Kupersmidt, J.B., Griesler, P.C., De Rosier, M.E., Patterson, C.J. y Davis, P.W. (1995). Childhood aggression and peer relations in the context of family and neighborhood factors. *Child Development*, 66, 360-375.
- LaFree, G. (1995). Race and crime trends in the United States, 1946-1990. In D. F. Hawkins (Ed.), *Ethnicity, Race and Crime: Perspective across time and Place*. Albany: State University of New York Press.
- Lagerspetz, K., Björkqvist, K. y Peltonen, T. (1988): Is indirect aggression typical of females? Gender differences in aggressiveness in 11 to 12 year old children. *Aggressive Behavior*, 14, 403-414.
- Lahey, B.B., McBurnett, K. (1992). Behavioral and biological correlates of aggressive conduct disorder: Temporal stability. In D. Routh (Chair), *The Psychobiology of disruptive behavior disorders in children: Tribute to Herbert Quay*. Symposiums conducted at the annual meeting of the Society for Research in Child and Adolescent Psychopathology, Sarasota, F.L.
- Lahey, B.B., McBurnett, K., Loeber, R. y Hart, E. L. (1995). Psychobiology. En Sholevar, G. P. (Ed.), *Conduct Disorders in Children and Adolescents*. Washington DC: American Psychiatric Press.
- Lahey, B.B., Waldman, I. D. y McBurnett, K. (1999). Annotation: The development of antisocial behavior: an integrative causal model. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 40, 669-682.
- Laird, R.; Jordan, K.; Doge, K.; Pettit, G. y Bates, J. (2001). Peer Rejection in Childhood Involvement with Antisocial Peers in Early Adolescence, and the Development of Antisocial Behavior. *Development and Psychopathology*, 13: 337-354.

- Laird, R.; Pettit, G., Doge, K.; y Bates, J. (2003). Change in parents' monitoring knowledge: links with parenting, relationship quality, adolescent beliefs and antisocial behavior. *Social Development*, 12, 3, 401-419.
- Lange, J. (1929). *Verbrechen als schicksal*. Leipzig: George Thieme.
- Langbein, L. y Bess, R. (2002). Sports in school: source of amity or antipathy?. *Social Science Quarterly*, 83, 2, 436-454.
- Lanzos, A. (2001). La violencia doméstica (una visión general). En CGPJ, La violencia en el ámbito familiar. Aspectos sociológicos y jurídicos. *Cuadernos de Derecho Judicial*, V-2001 (p. 133-149). Madrid: Lerko Print, S.A.
- Laub, J. H. y Sampson, R. J. (1988). Unraveling families and delinquency: a reanalysis of the GluecksData. *Criminology*, 26, 355-380.
- Lawrence, R. (1998). *School crime and juvenile justice*. New York: Oxford University Press.
- Lázaro Pérez, M.C. (2001). Análisis de la ley orgánica 5/2000, reguladora de la responsabilidad penal del menor. *Anuario de Psicología Jurídica*, 11, 99-117.
- LeBlanc, M. y Lanctot, N. (1999). Social and Psychological characteristics of gang members according to de gang structure and its subcultural and ethnic makeup. *Journal of Gang Research*.
- Lefkowitz, M.M., Eron, L.D., Walder, L.O. y Huesmann, L.R. (1977): *Growing Up to Be Violent: A Longitudinal Study of the Development of Aggression*. New York: Pergamon.
- Leung, K. Ylau, S. (1989). Effects of self-concept and perceived disapproval of delinquent behavior in school children. *Journal of Youth and Adolescence*, 18, 345-359.
- Levenson, M.R., Kiehl, K.E. y Fiszpatrick, C.M. (1995). Assessing psychopathic attributes in a noninstitutionalized population. *Journal of Personality and Social Psychology*, 68, 151-158.
- Lever, J. (1976). Sex differences in the games children play. *Social Problems*, 23, 478-487.
- Levine, J. D. y Singer, S. I. (1988). Delinquency, substance abuse and risk taking in middle-class adolescents. *Behavioral Sciences and the Law*, 6, 385-400.
- Ley Orgánica 5/2000, 12 de enero, reguladora de la responsabilidad penal del menor.
- Linnoila, M., Virtukken, M., Scheinin, M., Neutila, A., Rimon, R. y Goodwin, F.K. (1983): Low cerebrospinal fluid 5-hydroxyindolacetic acid concentration differentiates impulsive from non-impulsive violent behavior. *Life Sciences*, 33, 2609-2614.
- Liska A. (1971). *Aspirations expectations and delinquency*: Stress and additive models. *Social Quarterly*, 12, 99 -107.
- Liska, A y Tausig, M. (1979). Theoretical interpretations of social class and race differentials in legal decision making for juveniles. *Sociological Quart*, 20,197-207.
- Livingstone, S. (1996). On the continuing problems of media effects. En J. Currant y M. Gurevich (Eds), *Mass Media and Society*. Londres: Arnold.
- Lochman, J. E. y Dodge, K. A. (1994). Social-cognitive processes of severely violent, moderately aggressive, and nonaggressive boys. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 62, 366-374.
- Loeber, R. y Dishion, T. J. (1983). Early predictors of male delinquency: A review. *Psychological Bulletin*, 94, 68-99.
- Loeber, R. y Schmalting, K.B. (1985). Empirical evidence for overt and covert patterns of antisocial conduct problems: A meta-analysis. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 13, 337-352.
- Loeber, R (1988). Natural histories of conduct problems, delinquency, and associated substance use: Evidence for developmental progressions. En B. B. Lahey y A. E. Kazdin (Eds.), *Advances in clinical child Psychology* (vol.11). New York Plenum Press.
- Loeber, R. (1990): Development and risk factors of juvenile antisocial behavior and delinquency. *Clinical Psychology Review*, 10, 1-41.
- Loeber, R., (1991). Antisocial behavior: more enduring than changeable?. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 30, 383-397.
- Loeber, R., Wung, P., Keenan, K., Giroux, B., Stouthamer-Loeber, M., Van Kammen, W.B., y Maughan, B. (1993). Developmental pathways in disruptive child behavior. *Development and Psychopathology*, 5, 103-133.

- Loeber, R. y Wikström P.-O. (1993). Individual pathways to crime in different types of neighborhood. En D.P. Farrington, R. J. Sampson y P. -O. Wikström (Eds.), *Integrating individual and ecological aspects of crime* (p. 169-204). Stockholm: Liber Forlag.
- Loeber, R. y Hay, d. f. (1996). Key issues in the development of aggression and violence from childhood to early adulthood. *Annual review of Psychology*, 48, 371-410.
- Loeber, R., Keenan, K. y Zhang, Q. (1997). Boys' experimentation and persistence in developmental pathways toward serious delinquency, *Journal of Child and Family Studies*, 6, 321-357.
- Loeber, R. y Stouthamer-Loeber, M. (1998). Development of juvenile aggression and violence: Some common misconceptions and controversies. *American Psychologist*, 53, 242-259.
- Loeber, R., Stouthamer-Loeber, M. y White, H.R. (1999). Developmental aspects of delinquency and internalizing problems and their association with persistent juvenile substance use between ages 7 and 18. *Journal of Clinical Child Psychology*, 28, 3, 322-332.
- Loeber, R. y Farrington, D.P. (1999). *Serious and Violent Juvenile Offenders. Risk Factors and Successful Intervention*. Thousand Oaks, London: Sage Publications.
- Loeber, R. y Farrington, D.P. (2000). Young children who commit crime: epidemiology, developmental origins, risk factors, early interventions, and policy implications. *Developmental and Psychopathology*, 12, 737-762.
- Loeber, R., Burke, J. D., Lahey, B. B., Winters, A. y Zera, B. A. (2000). Oppositional defiant and conduct disorder: a review of the past 10 years. Parte I, *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 39, 1468-1484.
- Loeber, R. y Farrington, D.P. (2001). *Child delinquents: Development, intervention, and service needs*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications.
- Loney, J., Kramer, J. y Milich, R. (1983). The hyperkinetic child grows up: Predictors of symptoms, delinquency, and achievement at follow-up: Birth and childhood cohorts. In S.A. Mednick, M. Harway y K. M. Finello (Eds.). *Handbook of longitudinal research*, 1, 426-447. New York: Praeger.
- Loney, J., Whaley-Klahn, M.A., Kosier, T. y Conboy, J. (1983). Hyperactive boys and their brothers at 21: Predictors of aggressive antisocial outcomes. In K.T. Van Dusen y S.A. Mednick (Eds.), *Prospective studies of crime and delinquency*, 181-207. Boston: Kluwer-Nijhoff.
- Lorenz, K. (1972): *Sobre la agresión: el pretendido mal*. Madrid: Siglo XXI.
- Lorenz, K. (1966). On aggression. Nueva York: Harcourt, Brace & World.
- Lösel, F. y Bender, D. (1994). Heart rate and psychosocial correlates of antisocial behavior in high-risk adolescents. En A. Raine, P. Brennan, D. P. Farrington y S. A. Mednick (Eds.), *Biosocial bases of violence*. New York: Plenum.
- Lozano, E. y cols. (1992). La vivencia religiosa en el enfermo alcohólico: un estudio actitudinal. *Anales de Psiquiatría*, 8, 258-264.
- Luengo, M.A. (1985). Values and personality: a survey of their relationship in the case of juvenile delinquency. *Personality and individual differences*, 6, 519-522.
- Luengo, M.A., Otero, J. M., Carrillo, M. T. y Romero, E. (1992). *Towards and explanation of juvenile delinquency: An evaluation of Elliott's model*. Comunicación presentada en la reunión anual de la Sociedad Americana de Criminología. Nueva Orleans.
- Luengo, M.A., Otero, J.M., Mirón, L. y Romero, E. (1992). *Análisis psicosocial del consumo de drogas en los adolescentes gallegos*. Junta de Galicia. Consejería de Sanidad y Servicios Sociales. Comisionado del Plan Autonómico sobre Drogodependencias.
- Luengo, M.A., Carrillo, M.T., Otero, J.M. y Romero, E. (1994). A short-term longitudinal study of impulsivity and antisocial behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 66, 542-548.
- Luengo, M.A., y Carrillo, M.T. (1995). La psicopatía. En A. Belloch, B. Sandín y F. Ramos (Eds.): *Manual de psicopatología*. Madrid: McGraw-Hill.
- Luengo, M. A., Otero-López, J. M., Mirón, L. y Romero, E. (1995). *Análisis psicosocial del consumo de drogas en los adolescentes gallegos*. Santiago de Compostela. Xunta de Galicia.
- Luengo, M.A., Otero, J.M., Romero, E. y Gómez-Fraguela, J.A. (1996). Efectos de la necesidad de búsqueda de sensaciones sobre la involucración en el consumo de drogas de los adolescentes. *Análisis y Modificación de Conducta*, 86, 679-833.

- Luengo, M. A., Otero, J. M., Romero, E., Gómez-Fraguela, J. y Tavares-Filho, E. T. (1999). Análisis de ítems para la evaluación de la conducta antisocial: un estudio transcultural. *Ridep*, 1: 21-36.
- Luengo, M. A., Romero, E., Gómez-Fraguela, J., Guerra, A. y Lence, M. (2002). *La prevención del consumo de drogas y la conducta antisocial en la escuela: análisis y evaluación de un programa*. Universidad de Santiago de Compostela. Ministerio de Educación y Cultura, Ministerio de Sanidad y Consumo, Ministerio del Interior.
- Lund, J. y Merrell, J. (2001). Social and anti social behavior of children with learning and behavioral disorders: Construct validity of the Home and Community Social Behavior Scales. *Journal of Psychoeducational Assessment*, 19(2), 112-122.
- Luria, Z. y Herzog, E. (1985). *Gender segregation across and within settings*. Documento presentado en los encuentros bienales de la *Society for Research in Child Development*. Toronto.
- Lykken, D. T. (1995). *The antisocial personalities*. Hillsdale: Erlbaum.
- Lynam, D., Moffitt, T. y Stouthamer-Loeber, M. (1993). Explaining the relation between IQ and delinquency: Class, race, test motivation, school failure or self-control?. *Journal of Abnormal Psychology*, 102, 187-196.
- Lynn, R., y Eysenck, H. J. (1961). Tolerance for pain, extraversion and neuroticism. *Perceptual and Motor Skills*, 12, 161-162.
- Lynn, R., Hampson, S. y Agahi, E. (1989): Television violence and aggression: A genotype-environment, correlation and interaction theory. *Social Behavior and Personality*, 17, 143-164.
- Maahs, J.-R. (2001). Maternal risk factors, early life events, and deviant outcomes: Assessing antisocial pathways from birth through adolescence. *Dissertation Abstracts International. Section A, Humanities and Social Sciences*, 62, (1-A), 339.
- MacCoun, R., Kilmer, B. y Reute, P. (2002). *Research on drugs-crime linkages: The next generation*. En National Institute of Justice, Towards a drugs and crime research agenda for the 21st Century, National Institute of Justice, available online at <http://www.ojp.usdoj.gov/nij/drugscrime/194616.htm>.
- MacLean, P.D. y Delgado, J.M.R. (1953): Electrical and chemical stimulation of frontotemporal portion of limbic system in the waking animal. *Electroencephalography and Clinical Neurophysiology*, 5, 29-55.
- Maes, H. H., Woodard, C. E., Murelle, L., Meyer, J. M., Silberg, J. L., Hewitt, J. K., Rutter, M., Simonoff, E., Pickles, A., Neale, M. C. y Eaves, L.J. (2001). Tobacco alcohol and drugs use in 8-16 years old twins: The Virginia Twin Study of Adolescent Behavioral Development (VTSABD). *Journal Studies on Alcohol*.
- Maguin, E., Hawkins, J. D., Catalano, R. F., Hill, K., Abbott, R. y Herrenkohl, T. (1995). *Risk factors measured at three ages for violence at age 17-18*. Paper presented at the American Society of criminology, Boston.
- Maguin, E. y Loeber, R. (1996). Academic performance and delinquency. En M. Tonry, y D. P. Farrington (eds.), *Crime and justice* (pp. 145-264). Chicago: University of Chicago Press.
- Magnusson, D. y Bergman, L. R. (1990). A Pattern approach to the study of pathways from childhood to adulthood, en L. Robins y M. Rutter (Eds.), *Straight and devious pathways from childhood*, New York, Cambridge University Press, 101-115.
- Malinowski-Rummell, R. y Hansen, D. J. (1993). Long-term consequences of childhood physical abuse. *Psychological Bulletin*, 114-68-79.
- Manly, J. T., Kim, J. E., Rogosch, F. A. y Cicchetti, D. (2001). Dimensions of child maltreatment and children's adjustment: Contributions of development timing and subtype. *Development and Psychopathology*, 13, 759-782.
- Mann, C. R. (1993). *Unequal Justice: The questions of color*. Bloomington; Indiana University Press.
- Mannuzza, S., Klein, R. G., Konig, P. H. y Giampino, T. L. (1989). Hyperactive boys almost grown up: IV. Criminality and its relationship to psychiatric status. *Archives of General Psychiatry*, 46, 1073-1079.
- Marcos, A. C. y Bahr, S. J. (1995). Drug progression model: A social control test. *International Journal of the Addictions*, 30, 1383-1405.

- Marmorstein, N. y Iacono, W. G. (2003). Major depression and conduct disorder in a twin sample: Gender, functioning, and risk for the future psychopathology. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 42, (2), 225-233.
- Marsh, H. W.; Parada, R.H.; Yeung, A.S. y Healey, J. (2001). Aggressive school troublemakers and victims: A Longitudinal model examining the pivotal role of self-concept. *Journal of Educational Psychology*, 93(2), 411-419.
- Martorell, M. C. y Silva, F. (1991). Adaptación española del cuestionario IVE-J de Eysenck, Easting y Pearson. En F. Silva y M. C. Martorell (Dir.), *Batería para la evaluación de la personalidad infanto-juvenil (EPIJ)*. Madrid: T.E.A.
- Martorell, M. C., Aloy, M., Gómez, O. y Silva, F. (1993). *Cuestionario de evaluación del autoconcepto*. Madrid: TEA.
- Marzuk P. M. (1996). Violence and crime, and mental illness: How strong a link?. *Archives of General Psychiatry*, 53, 22-54.
- Mason, W.A. y Windle, M. (2002). Reciprocal relations between adolescent substance use and delinquency: a longitudinal latent variable analysis. *Journal of Abnormal Psychology*, 11, 1, 63-76.
- Mattsson, A. Schalling, D., Olweus, D., Low, H. y Svensson, J. (1980). Plasma testosterone, aggressive behavior and personality dimensions in young male delinquents. *Journal of the American Academy of Child Psychiatry*, 19, 476-490.
- Matza, D. (1964). *Delinquency and drift*. New York: John Wiley.
- Mayhew, P., Aye Maung, N. y Mirrless-Black, C. (1993). *The 1992 British Crime Survey*. Londres: HMSO.
- Mayor, M. y Urra, J. (1991). Juzgado de menores. La figura del psicólogo. *Papeles del Psicólogo*, 48, 29-32.
- Maynard, R. A. (1997). *Kids having kids: Economic costs and social consequences of teen pregnancy*. Washington, DC, Urban Institute Press,.
- Mazzerolle, P. Brame, R. Paternoster, R. Piquero, A. R. y Dean, C. (1997, Noviembre). *Onset age and offending versatility: Comparison across gender*. Comunicación presentada en la reunión anual de la Asociación Americana de Criminología. San Diego. California.
- McBurnett, K., Lahey, B.B., Capasso, L. y Loeber, R. (1997). Aggressive symptoms and salivary cortisol in clinic-referred boys with conduct disorder. *Annals of the New York Academy of Sciences*, 794, 169-178.
- McCarthy, J.D. y Hoge, D.R. (1984). The dynamics of self-esteem and delinquency. *American Journal of Sociology*, 90, 396-410.
- McCord, J. (1979). Some child-rearing antecedents of criminal behavior in adult men. *Journal of Personality and Social Psychology*, 37, 1477-1486.
- McCord, J. y Ensminger, M. (1995). *Pathways from aggressive childhood to criminality*. Paper presented at the American Society of Criminology. Boston.
- McCord, J. (2001). Psychosocial contributions to psychopathy and violence. En Raine, A. y Sanmartin, J. (eds.), *Violence and psychopathy*, Nueva York, Kluwer Academic/plenum, pp. 141- 170.
- McCown, W. y DeSimone, P.A. (1993). Impulses, impulsivity, and impulsive behaviors: A historical review of a contemporary issue. En W. McCown, J.L. Johnson y M.B. Shure (Eds.), *The impulsive client. Theory, research, and treatment*. Washington: American Psychological Association.
- McCown, W., Johnson, J.L. y Shure, M.B. (Eds.), (1993). *The impulsive client. Theory, research, and treatment*. Washington: American Psychological Association.
- McCrae, R. R. y Costa, P. T. (1985). Comparison of EPI and Psychoticism Scales with measures of the Five-Factor Theory of Personality. *Personality and Individual Differences*, 6: 587-597.
- McGee, L. y Newcomb, M.D. (1992). General deviance syndrome: Expanded hierarchical evaluations at four ages from early adolescence to adulthood. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 60, 5, 766-776.
- McKenney, A. y Dattilo, J. (2001). Effects of an intervention within a sport context on the prosocial behavior and antisocial behavior of adolescents with disruptive behavior disorders. *Therapeutic Recreation Journal*, 35, 2, 123-140.

- McKenzie, R. (1997). *Señale los límites*. Madrid. Iberonet.
- McLoyd, V. (1983). The effects of structure of play objects on the pretend play of low-income preschool children. *Child Development*, 48, 1301-1313.
- Mednick, S. A. y Kandel, E. S. (1988). Congenital determinants of violence. *Bulletin of the American Academy of Psychiatry and the Law*, 16, 101-109.
- Mehrabian, A. y Epstein, N. A. (1972). A measure of emotional empathy. *Journal of Personality*, 40, 523-543.
- Merrill, L. L., Guimond, J. M., Thomsen, C. J., Gold, S. y Milner, J. S. (2001). Childhood abuse and premilitary sexual assault in male Navy recruits. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 69, 252-261.
- Merton, R. K. (1972). Estructura social y anomia: revisión y ampliación. En E. Fromm, M. Horkheimer, y T. Parsons: *La Familia*. Barcelona: Península.
- Mestre, V.; Samper, P. y Frías, M. D. (2002). Procesos cognitivos predictores de la conducta prosocial y agresiva: La empatía como factor modulador. *Psicothema*, 2: 227-232.
- Mesman, J. y Koot, H.M. (2000). Child-reported depression and anxiety in preadolescence: I associations with parent and teacher reported problems. *Journal of American Academy and Child and Adolescent Psychiatry*, 39, 1371-1378.
- Meyer-Bahlburg, H.F. (1981): Sex chromosomes and aggression in humans. En P.F. Brain y D. Benton (Eds.): *The Biology of Aggression* (pp. 109-123). Rockville: Sijthoff and Noordhoff.
- Meyer-Bahlburg, H.F., Rer, D., Boon, D., Sharma, M. y Edwards, J. (1974): Aggressiveness and testosterone measures in man. *Psychosomatic Medicine*, 36, 269-274.
- Meyers, K. (2003). *Television and Video Game Violence: Age Differences and the combined Effects of Passive and Interactive Violent Media*. Dissertation Abstract International, Section B, 63, 5551.
- Miczek, K.A.; DeBold, J.F.; Haney, M.; Tidey, J.; Vivian, J. y Weerts, E.M. (1994). Alcohol, drugs of abuse, aggression and violence. En A.J. Reiss y J.A. Roth (eds), *Understanding and preventing violence* 3, Washington, DC, National Academy Press, 377-468.
- Miguel-Tobal, J.J., Casado, M.I., Cano-Vindel, A. y Spielberger, C.D. (1997): El estudio de la ira en los trastornos cardiovasculares mediante el empleo del Inventario de Expresión de Ira Estado-Rasgo. *Ansiedad y Estrés*, 3(1), 5-20.
- Miles, D. R. y Carey, G. (1997). The genetic and environmental architecture of human aggression. *Journal of Personality and Social Psychology*, 72, 207-217.
- Milner, J. S. (1991). *Neuropsychology of aggression*. Boston: Kluwer.
- Milner, J. S. y Crouch, J. L. (1999). Child physical abuse: Theory and research. En R. L. Hampton (Ed.). *Family violence: Prevention and treatment* (2ª Ed.), Thousand Oaks, CA, Sage Publications, 33-65.
- Miller, W.B. (1958). Lower class culture as a generating milieu of gang delinquency. *Journal of Social Issues*, 14, 5-19.
- Miller, A. (1998). Executive functions deficits in incarcerated adolescent sexual offenders as measured by the Wisconsin card sorting test. *The Sciences and Engineering*, 58, 6817.
- Ministerio del Interior (2003). *Anuario Estadístico del Ministerio del Interior*. Secretaría General Técnica del Ministerio del Interior.
- Miranda, S. (1998). *Intel·ligència i personalitat en el procés rehabilitador en una mostra d'adults del Centre Penitenciari Ponent* (tesis doctoral), Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona
- Mirón, L., Luengo, M. A., Sobral, J. y Otero-López (1988). Un análisis de la relación entre ambiente familiar y delincuencia juvenil. *Revista de Psicología Social*, 3, 165-180.
- Mirón, L., Otero, J. M. y Luengo, M. A. (1989). Empatía y conducta antisocial. *Análisis y Modificación de Conducta*, 2, 239-254.
- Mirón, L. (1990). *Familia, grupo de iguales y empatía: hacia un modelo explicativo de la delincuencia juvenil*. Tesis Doctoral. Universidad de Santiago de Compostela.
- Mitchell, S. y Rosa, P. (1979). Boyhood behavior problems as precursors of criminality. A fifteen-year follow-up study. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 22, 19-33.
- Moffitt, T. E. (1987). Parental mental disorder and offspring criminal behavior: an adoption study. *Psychiatry*, 50, 346-360.

- Moffitt, T. E. (1993). Adolescence-limited and life-course-persistent antisocial behavior: A developmental taxonomy. *Psychological review*, 100, 674-701.
- Moffitt, T. E., Caspi, A., Dickson, N., Silva, P. y Stanton, W. (1996). Childhood-onset versus adolescent-onset antisocial conduct problems in males: Natural History from age 3 to 18 years. *Development and Psychopathology*, 9, 399-424.
- Moffitt, T. E. y Caspi, A. (1997). Comunicación personal.
- Moffitt, T. E., Caspi, A., Fawcett, P., Brammer, G. L., Raleigh, M., Yuwiler, A. y Silva P. A. (1997). Whole blood serotonin and family background related to male violence. En A. Raine, P. Brennan, D. P. Farrington y S. A. Mednick (Eds.) *Biosocial bases of violence*. New York: Plenum.
- Moffitt T. E.; Caspi, A.; Rutter, M. y Silva, P. A. (2001). *Sex differences in anti social behavior: Conduct disorder, delinquency, and violence in the Dunedin Longitudinal Study*, Cambridge, UK, Cambridge University Press.
- Moliner, M. (1979). *Diccionario de uso del Español*. Madrid: Gredos.
- Molinuevo, B., Pardo, Y., Andión, O. y Torrubia, (2004). *Els estils educatius familiars com a factor de risc per a la inadaptació social i la conducta delictiva: Un estudi retrospectiu en joves delinqüents en postres normatives*. Memòria d'investigació de l'ajut concedit pel Centre d'Estudis Jurídics i Formació Especialitzada, convocatòria 2003. Bellaterra: Treball no publicat.
- Molitor, F. y Hirsch, K.W. (1994). Children's toleration of real-life aggression after exposure to media violence: A replication of the Drabman and Thomas studies. *Child Study Journal*, 24(3), 191-207.
- Molpeceres, M. A., Llinares, L. I. y Bernad, J. C. (1999). La percepción de las figuras de autoridad formales e informales y la inclinación a la conducta delictiva en la adolescencia: un análisis preliminar de sus relaciones. *Intervención Psicosocial*, 8, 349-367.
- Moltó, J., Poy, R. y Torrubia, R. (2000). Standarization of the Hare Psychopathy Check-list revised in a Spanish prison sample. *Journal of Personality Disorders*, 14, 84-96.
- Montagu, A. (1974). *La naturaleza de la agresividad humana*. Madrid: Alianza Editorial.
- Monti, P., Brown, W., y Corriveau, D. (1977). Testosterone and components of aggressive and sexual behavior in man. *American Journal of Psychiatry*, 134, 692-694.
- Moore, C. L. y Sellers, C. S. (1997). *Self control opportunity and choice: A predictive model of gang membership*. Comunicación presentada en la reunión anual de la Asociación Americana de Criminología. San Diego. California.
- Moradillo, F. (1995). Adolescentes, valores y drogas. Proyecto, 15 (*Dossier 16*), 1-16.
- Moyer, K. E. (1987): *Violence and Aggression. A Physiological Perspective*. Paragon House.
- Muñoz-Rivas, M. J., Graña, J. L. y Cruzado, J. A. (2000). *Factores de riesgo en drogodependencias: consumo de drogas en adolescentes*. Madrid: Sociedad Española de Psicología Clínica, Legal y Forense.
- Muñoz-Rivas, M. J., Graña, J. L., Andreu, J. M. y Peña, M. E. (2000). Variables psicológicas relacionadas con el consumo de drogas en adolescentes: depresión y autoconcepto. *Revista Española de Drogodependencias*, 25(2), 170-181.
- Mustonen, A. y Pulkkinen, L. (1993). Aggression in television programs in Finland. *Aggressive Behavior*, 19, 175-183.
- Nadelmann, E. (1998). Challenging the global prohibition regime. *International Journal of Drug Policy*, 9, 85-93.
- Nagin, D. S. y Tremblay, R. E. (2001). Analyzing developmental trajectories of distinct but related behaviors: A group-based method: *Psychological Methods*, 6, 18-34.
- Nagin, D. y Tremblay, R. E. (1999). Trajectories of boys' physical aggression, opposition and hyperactivity of the path to physical violent and non violent juvenile delinquency. *Child Development*, 70, 1181-1196.
- Nakhaie, M. R., Silverman R. A. y La Grange T. C. (1997, Noviembre). *Self-control and social control. An examination of gender, ethnicity, class and delinquency*. Comunicación presentada en la reunión anual de la Asociación Americana de Criminología. San Diego. California.
- Needleman, H. L., Riess, J. A., Tobin, M. J., Biesecker, G. E. y Greenhouse, J. B. (1996). Bone lead levels and delinquent behavior. *Journal of the American Medical Association*, 275, 363-369.

- Newcomb, M. D. y McGee, L. (1991). Influence of sensation seeking on general deviance and specific problem behaviors from adolescence to young adulthood. *Journal of Personality and Social Psychology*, 61, 614-628.
- Newman, J.P. y Kosson, D.S. (1986). Passive avoidance learning in psychopathic and nonpsychopathic offenders. *Journal of Abnormal Psychology*, 95, 252-256.
- Newman, D.L., Caspi, A., Moffitt, T.E. y Silva, P.A. (1997). Antecedents of adult interpersonal functioning: Effects of individual differences in age 3 temperament. *Developmental Psychology*, 33, 206-217.
- Notteleman, E. E., y Jensen, P. S. (1995). Comorbidity of disorders in children and adolescent: Development perspectives. En T. H. Ollendick y R. J. Prinz (Eds.). *Advances in clinical psychology*, New York, Plenum, 17, 109-155.
- ÓDonell, J. A., Voss, H. L., Clayton, R. R., Slaton, G. T. y Room, R. G. (1976). *Young men and drug a nationwide survey*. Rockville: National Institute on Drug Abuse.
- Oetting, E.R., Donnermeyer, J.F. y Deffenbacher, J.L. (1998). Primary socialization theory. The influence of the community on drug use and deviance. III. *Substance Use and Misuse*, 33, 8, 1629-1665.
- ÓMoore, M. y Kikham, C. (2001). Self-esteem and its relationship to bullying behavior. *Aggressive-Behavior*, 27(4), 269-283.
- Offord, D. R. (1982). Family backgrounds of male and female delinquents. En J. Gunn y D. P. Farrington (eds.), *Abnormal offenders: Delinquency and the criminal justice system* (pp. 129-151). Chichester: Wiley.
- Olweus, D. (1978). *Aggression in the Schools: Bullies and Whipping Boys*. Washington, D.C.: Hemisphere.
- Olweus, D. (1979). Stability of aggressive reaction patterns in males: A review. *Psychological Bulletin*, 86, 852-875.
- Olweus, D., Mattsson, A., Schalling, D. y Löw, H. (1980). Testosterone, aggression, physical, and personality dimensions in normal adolescent males. *Psychosomatic Medicine*, 42, 253-269.
- Olweus, D. (1986). Aggression and hormones. En D. Olweus y J. Block (Eds.), *Development of Antisocial and Prosocial Behavior*. New York: Academic Press.
- Olweus, D. (1993). *Bullying at school: What we know and what we can do*. Oxford: Blackwell.
- Olczak, P.V., Parcell, S.R. y Stott, M.W. (1983). Defining juvenile delinquency: Specificity of the research sample and the right to treatment. *Journal of Clinical Psychology*, 39, 1007-1012.
- Otero López, J.M. (1997). *Droga y Delincuencia: un acercamiento a la realidad*. Madrid: Pirámide.
- Otero, J. M., Romero, E. y Luengo, M. A. (1994). Identificación de factores de riesgo de la conducta delictiva: Hacia un modelo integrador. *Análisis y Modificación de Conducta*, 20, 675-709.
- Paik, H. y Comstock, G. (1994). The effects of television violence on antisocial behavior: A meta-analysis. *Communication Research*, 21 (4): 516-546.
- Parker, R.N. y Auerhahn, K. (1999). Drugs, alcohol y homicide: Issues in theory and research. En M.D. Smith and M.A. Zahn (eds.), *A sourcebook of social research*. Beverly Hills, CA: Sage, 176-191.
- Paschall, M. J. (1996). *Exposure to violence and the onset of violent behavior and substance use among black male youth: An Assessment of independent effects and psychosocial mediators*. Paper presented at the society for prevention research, San Juan, PR.
- Patterson, G. R. (1982). *Coercitive family process*. Eugene, OR: Castalia.
- Patterson, G. R., Dishion, T. J. y Bank, L. (1984). Family interaction: a process model of deviancy training. *Aggressive Behavior*, 10, 253-267.
- Patterson, G. R., Reid, J. B. y Dishion, T. J. (1992). *Antisocial boys*. Eugene: Castalia.
- Patterson, G. R. (1992). Developmental changes in Antisocial Behavior. En P. Ray (Eds.). *Aggression and Violence throughout Life Span*, 52-82. Newbury Park, Sage publications.
- Patterson, G. R., Yoerger, K. (2002). A developmental model for early and late onset delinquency. En G.R. Patterson y J. B. Reid (eds.) *Antisocial behavior in children and adolescents: A Developmental Analysis and model for intervention*. Washington: American Psychological Association.

- Pearl, D., Bouthilet, L. y Lazar, J. (1982): *Television and Behavior: Ten Years of Scientific Progress and Implications for the Eighties*. Rockville: National Institute of Mental Health.
- Pearling, L. I. (1982). The social contexts of the stress. En L. Godberger y S. Berznitz (Eds.). *Handbook and stress*. Nueva York: Free Press.
- Pearson, G. (1991). Drug control policies in Britain. En M. Tonry y N. Morris (eds.), *Crime and justice: A review of research* (pp. 167-227). Chicago: University of Chicago Press.
- Pedersen, N. L., Orelund, L., Reynolds, C. y McClearn, G. E. (1993). Importance of genetics effects for monoamine oxidase activity in thrombocytes in twins reared apart and twins reared together. *Psychiatry Research*, 46, 239-251.
- Pedreria, J.L. (2004): Agresión y comportamiento en la adolescencia. *Monografías de Psiquiatría*, 1, 1-20.
- Peiró, J. M., Del Barrio, H. y Carpintero, H. (1983). *Conductas, actitudes y valores en la juventud*. Valencia: Asociación de Padres de alumnos del Instituto de Bachillerato de Torrent.
- Pellegrini, A.D. (2001). A longitudinal study of heterosexual relationship, aggression and sexual harassment during transition from primary school through middle school. *Journal of Applied Developmental Psychology*, 22: 119-133.
- Pepples, F. y Loeber, R. (1994). Do Individual factors and neighborhood context explain ethnic differences in juvenile delinquency?. *Journal of Quantitative Criminology*, 10, 141-158.
- Peña, M.E., Andreu, J.M. y Muñoz-Rivas, M.J. (1997): Diferencias Sexuales en el Comportamiento Agresivo Humano. *Revista Española de Psiquiatría Forense y Criminología*, 3, 41-46.
- Peña, M.E., Andreu, J.M. y Muñoz-Rivas, M.J. (1999): Efectos de la visión de escenas violentas en la conducta agresiva infantil. *Psicothema*, 11(1), 27-36.
- Peña, M.E., Andreu, J.M. y Graña, J.L. (2000): Análisis epidemiológico del comportamiento agresivo, violento y antisocial en jóvenes y adolescentes de la Comunidad de Madrid. *XXX Congress of the European Association for Behavioural & Cognitive Therapies*. 26-28 de Septiembre, Granada, España.
- Peterson, P. L., Hawkins, J. D., Abott, R. D. y Catalano, R. F. (1994). Disentangling the effects of parental drinking, family management, and parenteral alcohol norms on curen drinking by black and white adolescents. *Journal of Research on Adolescence*, 4, 203-227.
- Petratis, J., Flay, B. R. y Miller, T.Q. (1995). Reviewing theories of adolescent substance use: Organizing pieces in the puzzle. *Psychological Bulletin*, 117, 67-86.
- Pérez, J. (1984). *Variables de personalidad y delincuencia, Vol 4*. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona.
- Pérez, J., Amado, G., Ortet, G, Pla, S. y Simo, S. (1984). *Necesidad de estimulación y conducta antisocial*. Madrid: Papel presentado al I Congreso del Colegio Oficial de Psicólogos.
- Pérez, J.y Torrubia, R.(1985). Sensation seeking and antisocial behaviour in a student sample. *Personality and Individual Differences*, 6, 401-403.
- Pérez, J. (1987). *Bases psicológicas de la delincuencia y de la conducta antisocial*. Barcelona: PPU.
- Pérez, J., Ortet, G., Plá, S. y Simó, S.(1987). Escala de búsqueda de sensaciones para niños y adolescentes (EBS-J). *Evaluación Psicológica*, 3, 2, 283-290.
- Persky, H., Smith, K. y Basu, M. (1971): Relation of psychology measures of aggression and hostility to testosterone production in man. *Psychosomatic Medicine*, 33, 265-277.
- Pevalin, D., Wade, T.-J. y Brannigan, A.(2003). Precursors, consequences and implications for stability and change in preadolescent antisocial Behaviors. *Prevention Science*, 4, 2, 123-136.
- Pfeiffer, C.; Brettfeld, K. y Delzer, I (1997). Kriminalität in Niedersachsen - 1985 bis 1996. *Eine Analyse auf Basis der Polizeilichen Kriminalstatistik*, Hannover, KFN research report no. 60.
- Pfeiffer, C. (1998). Juvenile Crime and Violence in Europe, en *Crime and Justice - A Review of Research*, 23. The University of Chicago.
- Pfeiffer, C., Delzer, I., Enzmann, D. y Wetzels, P. (1998). *Ausgrenzung, Gewalt und Kriminalität im Leben junger Menschen - Kinder und Jugendliche als Opfer und Täter* (Sonderdruck der DVJJ zum 24. Deutschen Jugendgerichtstag von 18,-22.9.98 in Hamburg.
- Pfeiffer, C., y Wetzels, P.(1999). *The structure and development of juvenile violence in Germany*. Hannover KFN, Research Report, 76.

- Pfeiffer, C. (2003). Medienverwahrlosung als ursache von Schulversagen und Jugenddelinquenz?, *Die Zeit*, 39.
- Pfeiffer, C. (2004). *Violencia juvenil: concepto, tipos e incidencia*. VIII Reunión Internacional sobre Biología y Sociología de la Violencia. Valencia: Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia
- Pfiffner, L. J., McBurnett, K., Rathouz, P. J. (2001). Father absence and familial antisocial characteristics. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 29, 357-367.
- Piaget (1932). *El juicio moral en el niño*. París.
- Pincus, J. H. (2003): *Instintos Básicos. Por qué matan los asesinos*. Madrid, Oberon.
- Pine, D. S., Coplan, J. D., Wasserman, G. A., Miller, L. S., Fried, J. E., Davies, M., Cooper, T. B., Greehill, L., Shaffer, D. y Parsons, B. (1997). Neuroendocrine response to fenfluramine challenge in boys: Associations with aggressive behavior and adverse rearing. *Archive of General Psychiatry*, 54, 839-846.
- Piquero, A. , Tibbetts, S. (1999). The impact of pre/perinatal disturbances and disadvantage familial environment in predicting criminal offending. *Studies on Crime y Crime Prevention*, 8, 52-70.
- Pitch, T. (1980). *Teoría de la desviación social*. México: Nueva Imagen.
- Plan Nacional sobre Drogas (2002). *Encuesta sobre drogas a población escolar 2002*. Observatorio Español sobre Drogas. Delegación de Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas, Ministerio del Interior.
- Plan Nacional sobre Drogas (2004). *Encuesta estatal sobre uso de drogas en Enseñanzas Secundarias 2004*. Observatorio Español sobre Drogas. Delegación de Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas, Ministerio de Sanidad y Consumo.
- Plomin, R., De Fries, J. C., McClearn, G. E. y Rutter, M. (1997). *Behavioral genetics*. Nueva York: Freeman.
- Plutchik, R.(1980): *Emotion: A psychoevolutionary synthesis*. New York: John Wiley.
- Pope, C. y Feyerherm, W. (1993). *Minorities and the juvenile justice system*. Washington, DC: Office of Juvenile Justice and Delinquency Prevention.
- Quinsey, V. L.; Book, A. y Lalumiere, M. L. (2001). A Factor analysis of traits related to individual differences in antisocial behavior. *Criminal Justice Behavior*, 28 (4), 33-42.
- Quinton, D.y Rutter, M. (1988). *Parenting breakdown: The making and breaking of inter-generational links*, Aldershot, Avebury.
- Quinton, D., Pickles, A., Maughan, B. y Rutter, M. (1993). Patterns, peers and pathways: Assortative pairing and continuities in conduct disorder. *Development and Psychopathology*, 5, 763-783.
- Rahav, G. y Ellis, L. (1990). International crime rates and evolutionary theory: An application of r/k selection concept to human populations. En L.Ellis y H. Hoffman (Eds.), *Crime in biological, social, and moral contexts*. Nueva York: Praeger.
- Raine,A. y Jones, F. (1987). Attention, autonomic arousal, and personality in behaviorally disordered children. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 15, 583-599.
- Raine, A. y Venables, P.H. (1992): Antisocial behavior: evolution, genetics, neuropsychology and psychophysiology. En A. Gale y M.W. Eysenck (Eds.): *Handbook of individual differences: Biological perspectives* (pp. 287-321). Chichester, England: John Wiley & Sons.
- Raine, A. (1993). *The psychopathology of crime. Criminal behavior as a clinical disorder*. Nueva York: Academic Press.
- Raine, A.; Brennan, P. y Mednick, S. A. (1994). Birth complications combined with early maternal rejection at age 1 year predispose to violent crime at age 18 years. *Archives of General Psychiatry*, 51, 984-988.
- Raine, A., Venables, P.H. y Williams, M. (1995). High autonomic arousal and electrodermal orienting at age 15 years as protective factors against criminal behavior at age 29 years. *American Journal of Psychiatry*, 152, 1595-1600.
- Raine, A.; Brennan, P.; Mednick, B. y Mednick, S. A. (1996). High rates of violence, crime, academic problems, and behavioral problems in males with both early neuromotor deficits and unstable family environments. *Archives of General Psychiatry*, 53: 544-549.

- Raine, A. (1997). Antisocial behavior and psychophysiology: A biosocial perspective and a prefrontal dysfunction hypothesis. En D. Stoff, J. Breiling y J. D. Maser (eds.), *Handbook of antisocial behavior* (pp. 289-304). Nueva York: Wiley.
- Raine, A., Venables, P.H. y Mednick, S. A. (1997). Low resting heart rate at age 3 years predisposes to aggression at age 11 years: Evidence from the Mauritius Child Health Project. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 36, 1457-1464.
- Raine, A.; Brennan, P.; Mednick, S. A. (1997). Interaction between birth complications and early maternal rejection in predisposing individuals to adult violence: Especificity to Serious, early-onset violence. *American Journal of Psychiatry*, 154, 1265-1271.
- Raine, A., Brennan, P. y Farrington, D. P. (1997). Biosocial bases of violence: Conceptual and theoretical issues. En A. Raine, P. Brennan, D. P. Farrington y S. A. Mednick (eds.), *Biosocial bases of violence* (pp. 1-20). Nueva York: Plenum.
- Raine, A., Lencz, T., Bihle, S., LaCasse, L. y Colletti, P. (2000). Reduced prefrontal gray matter volume and reduced autonomic activity in antisocial personality disorder. *Archives of General Psychiatry*, 57, 119-127.
- Raine, A. (2001). Into the mind of a killer. *Nature*, 410, 296-298.
- Raine, A. (2002a). The biological basis of crime. En J. Q. Wilson y J. Petersilia (Eds.), *Crime: Public Policies For Crime Control*. San Francisco: ICS Press.
- Raine, A. (2002b). Annotation: The role of prefrontal deficits, low autonomic arousal, and early health factors in the development of antisocial and aggressive behavior. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 43, 417-434.
- Raine, A., Yaralian, P., Reynolds, C., Venables, P.H. y Mednick, S.A. (2002). Spatial but not verbal cognitive deficits at age 3 years in persistently antisocial individuals. *Development and Psychopathology*, 14, 1, 25-44.
- Raine, A. y Chi, T. C. (2004). Factores biosociales. En J. Sanmartín (coord.). *El laberinto de la violencia*. Barcelona: Ariel.
- Ramírez, J. M. (1991). Similarities in attitudes toward interpersonal aggression in Finland, Poland and Spain. *Journal of Social Psychology*, 13, 737-739.
- Ramírez, J. M. (1993). Acceptability of aggression in four Spanish regions and a comparison with the other European countries. *Aggressive Behavior*, 19, 185-197.
- Ramírez, J.M. y Fernández-Rañada, A. (1997). *De la agresión a la guerra nuclear*. Oviedo: Nobel.
- Ramírez, J.M., Andreu, J.M. y Fujihara, T. (2001). Cultural and sex differences in aggression: A comparison between Japanese and Spanish students using two different inventories. *Aggressive Behavior*, 27, 313-322.
- Ramírez, J.M. y Andreu, J.M. (2003). Aggression's typologies. *International Review of Social Psychology*, 16, 3, 145-159.
- Rasanen, P., Hakko, H., Isohanni, M., Hodgins, S., Jarvelin, M. R. y Tiihonen, J. (1999). Maternal smoking during pregnancy and risk of criminal behavior among adult male offspring in the northern Finland 1996 birth cohort. *American Journal of Psychiatry*, 156, 857-862.
- Raskin White, H. y Bates M.E (1997, November). *Predicting onset and persistence of delinquency: A partial test of Moffitt's theory*, Comunicación presentada en la reunión anual de la Asociación Americana de Criminología. San Diego. California.
- Raviv, A., Osnar, E., Fox, N.A., Leavitt, L. A., Raviv, A., Dar, I., Shahinfar, A y Greenbaum, Ch.W. (2001). *Individual measurement of exposure to everyday violence among elementary schoolchildren across various settings*. *Journal of Community of Psychology*, 29, 2, 117-140.
- Rechea, C., Barberet, R., Montañés, J. y Arroyo, L. (1995). *Adolescencia: ¿Un sarampión? Delincuencia juvenil en Castilla la Mancha mediante autoinforme*. Universidad de Castilla la Mancha. Compobell.
- Reckless, W.C., Dinitz, S. y Murray, E. (1956). Self concept as an insulator against delinquency. *American Sociological Review*, 21, 744-746.
- Regnerus, M.D. (2001). Adolescent socialization and avoiding trouble: A perspective on religious influences. *Dissertation Abstracts International Section A: Humanities and Social Sciences*, 61, (11-A): 4556.

- Reilly, D.M. (1979). Family factors in the etiology and treatment of youthful drug abuse. *Family Therapy*, 11, 149-171.
- Reiss, A. J. (1988). Co-offending and criminal careers. En M. Tonry y N. Morris (eds.), *Crime and justice: A review of Research* (pp. 117-170). Chicago: University of Chicago Press.
- Reiss, A.J. y Roth, J. A. (1993). *Understanding and preventing violence*. Washington DC: National Academy Press.
- Renfrew, J.W. (1997): *Aggression and its causes*. New York: Oxford University Press.
- Rey, J.M. (1993). Oppositional defiant disorder. *American Journal of Psychiatry*, 150, 1769-1778.
- Rice, M. E. y Harris, G. T. (1997). Cross-validation and extension of the violence Risk Appraisal Guide for Child molesters and rapists. *Law and Human Behavior*, 21, 231-241.
- Riches, D. (1988): *El fenómeno de la violencia*. Madrid: Pirámide.
- Rigby, K., Mak, A. S. y Slee, P. T. (1989). Impulsiveness, orientation to institutions, authority and gender as factors in self-reported delinquency among Australian adolescents. *Personality and Individual Differences*, 10, 689-692.
- Riggs, D.S. (1997). Posttraumatic stress disorder and the perpetration of domestic violence. En NPC *Clinical Quarterly*, 7, 2.
- Roa, L. y Del Barrio, M. V. (2002). Cuestionario de Percepción de la crianza para niños y adolescentes. *Psicología Evolutiva*, 8: 37-51.
- Roberts, A. H. y Erikson, R. V. (1968). Delay of gratification, Porteus maze test performance and behavior adjustment in a delinquent group. *Journal of Abnormal Psychology*, 73, 449-453.
- Robertson, A. (2003). Stressors and strains, school context, and adolescent outcomes: A multi-level analysis. Dissertaton Abstract International. Section A. *Humanities and Social Sciences*, 64, (3-A), 1089.
- Robins, L. N. (1966). *Deviant children grown up: A sociological and psychiatric study of sociopathic personality*. Baltimore: Williams y Wilkins.
- Robins, L. N. y Murphy, G. E. (1967). Drug use in a normal population of young negro men. *American Journal of Public Health*, 57, 1580-1596.
- Robins, L.N. (1978). Study childhood predictors of adult antisocial behavior: Replications from longitudinal studies. *Psychological Medicine*, 8, 611-622.
- Robins, L. N. (1986). The consequences of conduct disorder on girls. En D. Olweus, J. Block y M. Radke-Yarrod (eds.), *Development of antisocial and prosocial behaviour: Research theories, and issues* (pp. 385-414).
- Robins, L. N., McEvoy, L., (1990). Conduct problems as predictors of substance abuse. En L. Robins y M. Rutter (Eds.). *Straigh and devious pathways from childhood to adulthood*. Cambridge University Press, 182-204.
- Robins, L. y Hill, S. Y. (1966). Assessing the contributions of family structure, class and peer groups to juvenile delinquency. *Journal of Criminal Law, Criminology and Police Science*, 57, 325-334.
- Robins, L. y Robertson, J. (1996). Truancy and later psychiatric disorder. En I. Berg y J. Nursden (eds.), *Unwillingly to school* (pp. 119-128). Londres: Gaskell.
- Romero, E., Luengo, M. A., Carrillo, M.T.y Otero, J. M. (1994a). Un análisis transversal y longitudinal de la relación entre autoestima y conducta antisocial en los adolescentes. *Análisis y Modificación de la Conducta*, 20, 645-668.
- Romero, E., Luengo, M.A. y Otero-López, J. A. (1994b). La relación entre autoestima y consumo de drogas en los adolescentes: un estudio longitudinal. *Revista de Psicología Social*, 10, 149-159.
- Romero, E., Luengo, M. A., Carrillo, M.T.y Otero, J. M. (1994c). The Act Frequency Approach to the study of impulsivity. *European Journal of Personality*, 8, 119-133.
- Romero, E., Luengo, M. A. y Otero, J. M. (1995a). La relación entre autoestima y consumo de drogas en los adolescentes. Un análisis longitudinal. *Revista de Psicología Social*, 19, 149-159.
- Romero, E., Luengo, M. A. y Otero, J. M. (1995b). Grupo de iguales y delincuencia juvenil. Un análisis de las variables afectivas conductuales. En E. Garrido y C. Herrera (Comps.), *Psicología jurídica, política y ambiental*. Madrid: Eudema.
- Romero, E. (1996). *La predicción de la conducta antisocial: Un análisis de las variables de personalidad*. Tesis doctoral. Universidad de Santiago de Compostela

- Romero, E. (1998). Teorías sobre delincuencia en los 90. *Anuario de Psicología Jurídica*, 8, 31-59.
- Romero, E., Luengo, M.A. y Otero, J.M. (1998). A longitudinal approach to the relationship between self-esteem and antisocial behaviour. En J. Bermúdez, B. De Raad, J. de Vries, A.M. Pérez, A. Sánchez and G.L. Van Heck (Eds.), *Personality Psychology in Europe, VI Volume*. Tilburg, Holanda: Tilburg University Press.
- Romero, E., Luengo, M.A., Gómez-Fraguela, J.A. y Otero, J.M. (1998). *Familia, iguales y conducta antisocial: Examen de un modelo interaccional*. Comunicación presentada en el congreso Crimes Ibéricos. Braga, Portugal.
- Romero, E., Sobral, J. y Luengo, M.A. (1999). *Personalidad y delincuencia. Entre la biología y la sociedad*. Grupo editorial universitario.
- Room, R. y Rossow, I. (2001). The share of violence attributable to drinking. *Journal of Substance Use*, 6, 218-228.
- Ross, R. y Fabiano, E. (1985). *Time to think. A Cognitive Model of Delinquency Prevention and Offender Rehabilitation*. Johnson City: Institute of Social Sciences and Arts.
- Rowe, D.C. y Herstand, S.E. (1986): Familial influences on television viewing and aggression: A sibling study. *Aggressive Behavior*, 12(2), 111-120.
- Rowe, D.C. (1996). An adaptative strategy theory of crime. En J.D. Hawkins (Ed.), *Delinquency and crime. Current theories*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Rowe, D. C. y Farrington, D. P. (1997). The familiar transmission of criminal convictions. *Criminology*, 35, 177-201.
- Royse, D. y Wiehe, V. R. (1988): Impulsivity in felons and unwed moth. *Psychological Reports*, 62, 335-336.
- Rubinow, D. R. y Schmidt, P. J. (1996). Androgens, brain, and behavior. *American Journal of Psychiatry*, 153, 974-984.
- Ruiz, P., Lozano, E. y Polaino, A. (1994). Variables personales, familiares y patrones de consumo de alcohol y drogas ilegales en el adolescente. *Anales de Psiquiatría*, 10, 4, 157-162.
- Rule, B.G. y Ferguson, T.J. (1986): The effects of media violence on attitudes, emotions and cognitions. *Journal of Social Issues*, 42(3), 29-50.
- Rushton, J.P. (1995). *Race, evolution and behavior: A life history perspective*. New Brunswick: Transaction.
- Rutter, M. (1970). Sex differences in children's responses to family stress. En E. J. Anthony y C. Koupernik (eds.), *The child in his family* (pp. 165-196). Nueva York: Academic Press.
- Rutter, M. (1971). Parent-child separation: psychological effects on the children. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 12, 233-260.
- Rutter, M. y Giller, H. (1983). *Juvenile delinquency: Trends and perspectives*. Harmondsworth: Penguin.
- Rutter, M. y Quinton, D. (1984). Parental Psychiatric disorder: Effects on children. *Psychological Medicine*, 14, 853-880.
- Rutter, M. y Giller, H. (1988): *Delincuencia juvenil*. Barcelona: Martínez Roca.
- Rutter, M. , Silberg, J. y Simonoff, E. (1993). Whither behavior genetics?. A Deveopmental psychopathology perspective. En R. Plomin y G. E. McClearn (Eds.), *Nature, murture and psychology*, Washington, DC, American Psychosocial Association, 433-456.
- Rutter, M., Maughan, B., Meyer, J., Pickles, A., Silberg, J., Simonoff, E. y Taylor, E. (1997). Heterogeneity of antisocial behavior: Causes, continuities, and consequences. En R. Dienstbier y D. W. Osgood (eds.), *Nebraska symposium on motivation, vol.44: Motivation and delinquency*. Lincoln: University of Nebraska.
- Rutter, M. (1997). Nature-murture integration: The Exaple of antisocial Behavior. *American Psychologist*, 52, 390-398.
- Rutter, M., Giller, H. y Hagell, A. (2000). *La conducta antisocial de los jóvenes*. Madrid: Cambridge University Press.
- Salvador, A., Martínez-Sanchís, S., Moro, M. y Suay, F. (1994): Esteroides anabolizantes y conducta agresiva. *Psicológica*, 15, 3.
- SAMHSA (1997). National Household Survey on Drug Abuse Main Findings 1995. Rockville, MD; U. S. Dept. of Health and Human Services.

- Sampson, R. J. y Laub, J. H. (1993). *Crime in the making: Pathways and turning points through life*. Cambridge: Harvard University Press
- Sampson, R.J. y Lauritsen, J.L. (1994). Violent victimization and offending: individual, situational, and community-level risk factors. En A.J. Reiss y J. Roth (Eds) *Understanding and the preventing violence*. Washington: National Academic Press.
- Sampson, R. J. y Laub, J.H. (1997). A life-course theory of cumulative disadvantage and the stability of delinquency. En T. P. Thornberry (Eds.). *Developmental theories of crime and delinquency*. New Brunswick. Transaction.
- Sampson, R.J., Raudenbush, S.W. y Earls, F. (1997). Neighborhoods and violent crime: A multilevel study of collective efficacy. *Science*, 277, 918-924.
- Sánchez, M.C. y Cantón, E. (2001). La práctica de actividad físico-deportiva de riesgo como herramienta preventiva de conductas desajustadas psicosocialmente. *Revista de Psicología del Deporte*, 10, 2, 225-236.
- Sanmartín, J. (2004). Agresividad y violencia. En J. Sanmartín (coord.). *El laberinto de la violencia*. Barcelona: Ariel.
- Schaller, G. B. (1977): *Mountain Monarchs*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Schalling, D. (1971). Tolerance for experimentally induced pain as related to personality. *Scandinavian Journal of Psychology*, 12, 271-281.
- Schmeck, K. y Poutska, F. (2001). Temperament and disruptive behavior disorders. *Psychopathology*, 34: 159-163.
- Schneider, H. J. (1993). Violencia en la escuela: preocupación por un fenómeno internacional. *Revista de Derecho Penal y Criminología*, 3, 37-52.
- Schneider, H. J. (1994). Causas de la delincuencia infantil y juvenil. *Revista de Derecho Penal y Criminología (Uned)*, nº 4.
- Schulte-Körne, G., Deimel, W., Gutenbrunner, C., Hennighausen, K., Blank, R., Reiger, C. y Renschmidt, H. (1996). Effect on oligo-antigen diet on the behavior of hyperkinetic children. *Zeitschrift für Kinder und Jugendpsychiatrie*, 24, 176-183.
- Schweizer, K. (2002). Does Impulsivity Influence Performance in Reasoning?. *Personality and Individuals Differences*, 33: 1031-1043.
- Scott, J.P. (1975): *Aggression*. University of Chicago Press.
- Scott, S. (2004). *Agresividad infantil grave: ¿es realmente posible prevenirla?*. VIII Reunión Internacional sobre Biología y Sociología de la Violencia. Valencia: Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia.
- Sears, R., Maccoby, E.E. y Levin, H. (1957): *Patterns of Child Rearing*. Illinois: Row Peterson.
- Serbin, L. A., Karp, J. (2004) *The integrational transfer of psychosocial risk: Mediators of vulnerability and resilience*. Annual Review of Psychology, 55, 333-363.
- Serrano, P. (1983). *Variables de personalitat y agressió instrumental*. Tesis de Licenciatura. Escuela Profesional de Psicología Clínica. Universidad de Barcelona.
- Sezov, D. D. (2002). The contribution of empathy to harmony in interpersonal relationship. Dissertations Abstract International: Section B: *The Sciences and Engineering*, 63 (6-B), 3046.
- Shaffer, D.R. (2002). Desarrollo Social y de la Personalidad. Madrid: Thomson.
- Shaw, C. R. y McKay, H. D. (1972). *Juvenile delinquency and urban areas*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Shek, D. y Tang, V. (2003). Violent behavior in Chinese adolescents with an economic disadvantage. Psychological family and interpersonal correlates. *International Journal of Adolescents Medicine and Health*, 15, 1, 219-233.
- Shoemaker, D.J. (1990). *Theories of delinquency: an examination of explanations of delinquent behaviour*. New York: Oxford University Press.
- Shiner, M. y Newburn, T. (1997). Definitely, maybe not? The normalisation of recreational drug use among young people. *Sociology*, 31, 511-529.
- Silberg, J., Meyer, J., Pickles, A., Simonoff, E., Eaves, L., Hewitt, J., Maes, H. y Rutter, M. (1996). Heterogeneity among juvenile antisocial behaviours: Findings from the Virginia Twin Study of Adolescent Behavioral Development. En G. R. Bock y J. A. Goode (Eds.). *Genetics of*

- Criminal and Antisocial Behaviour* (Congreso nº 194 de la Fundación Ciba) Chichester, Wiley, 76-85.
- Silva, F., Martorell, M. C. y Clemente, A. (1986). Adaptación Española de la escala de conducta antisocial (ASB): fiabilidad, validez y tipificación. *Evaluación Psicológica*, 2, 5, 39-55.
- Silva, F., Martorell, M.C. y Clemente, A. (1987). El cuestionario I.6 (Junior): Adaptación española. *Evaluación Psicológica*, 3, 55-78.
- Simcha-Fagan, O. y Schwartz, J. E. (1986). Neighborhood and delinquency; An assessment of contextual effects. *Criminology*, 24, 667-702.
- Simcha-Fagan, O. y Schwartz, J. E. (1992). *Familial socialization and the transmission of antisocial behavior*. Presentado en Fourth Biennial Meeting of the Society for Research on Adolescent.
- Simó, S. y Pérez, J. (1991). Sensation seeking and antisocial behavior in a junior high school sample. *Personality and Individual Differences*, 12, 965-966.
- Simonoff, E., Pickles, A., Meyer, J., Silberg, J. L., Maes, H. H., Loeber, R., Rutter, M., Hewitt, J. K. y Eaves, L. J. (1997). The Virginia Twin Study of Adolescent Behavioral Development: Influences of age, gender and impairment on rates of disorders. *Archives of General Psychiatry*, 54, 801-808.
- Simonoff, E., Elander, J.; Holmshaw, J., Pickles, A., Murray, R., Rutter, M. (2004). Predictors of antisocial personality: Continuities from childhood to adult life. *British Journal of Psychiatry*, Vol 184 (2): 118-127.
- Simons, R. L., Conger, R. D. y Whitbeck, L. B. (1988). A multistage social learning model of the influences of family and peers upon adolescent substance abuse. *Journal of drugs Issues*, 18, 293-315.
- Simons, R. L., Conger, R. D. y Whitbeck, L. B. (1998). A multistage social learning model of South, N. (1994). Drugs: Control, crime and criminological studies. En M. Maguire, R. Morgan y R. Reiner (eds.), *The Oxford handbook of Criminology* (pp. 392-440). Oxford: Clarendon.
- Simons, K. J.; Paternite, C. E. y Shore, C. (2001). Quality of Parent/Adolescent Attachment and Aggression in Young Adolescent. *Journal of Early Adolescence*, 21: 182-203.
- Smith, D. R. y Jarjoura, G. R. (1988). Social structure and criminal victimization. *Journal of Research in crime and delinquency*, 25, 27-52.
- Smith, P. K. y Sharp, S. (1994). *School bullying: Insights and perspectives*. Londres: Routledge
- Smith, C. y Thornberry, T. P. (1995). The relationship between childhood maltreatment and adolescent involvement in delinquency. *Criminology*, 33, 181-192.
- Smith, D. J. (1995). Youth crime and conduct disorders: Trends, patterns and causal explanations. En M. Rutter y D. J. Smith (eds.), *Psychosocial disorders in young people: Time trends and their causes* (pp. 389-489). Oxford: Clarendon.
- Smith, D.K. (2002). Gender differences in behavior change during treatment with chronically delinquent youths. *Dissertation Abstracts International, Section B. The Sciences and Engineering*, 63(3-B), 1575.
- Smuts, B.W. (1993). Male aggression and sexual coercion of females in nonhuman primates and other mammals: Evidence and theoretical implications. *Advances in the study of Behavior*, 22, 1-63.
- Snyder, H. y Sickmund, N. (1995). *Juvenile offenders and victims: A national report*. Washington, DC: Department of Justice, Office of Juvenile Justice and Delinquency Prevention.
- Sobral, J., Gómez-Fraguela, J. A., Romero, E. y Luengo, A. (2000). Impulsividad, género y contextos: Su Interacción en la conducta antisocial. *Anuario de Psicología Jurídica*, 79-91.
- Sobral, J., Romero, E., Luengo, A. y Marzoa, J. (2000). Personalidad y conducta antisocial: Amplificadores individuales de los efectos contextuales. *Psicothema*, 4, 661-670.
- Sommers, I. y Baskin, D. (1993). The situational context of violent female offending. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 30, 136-162.
- Spielberger, C.D., Jacobs, G., Russell, S.F. y Crane, R.S. (1983): Assessment of anger: The State-Trait Anger Scale. En J.N. Butcher y C.D. Spielberger (Eds.): *Advances in Personality Assessment* (vol. 2). Hillsdale, NJ: LEA.
- Spielberger, C.D., Johnson, E.H., Russell, S.F., Crane, R.S. Jacobs, G.A. y Worden, T.J. (1985): The experience and expression of anger: Construction and validation of Anger Expression Scale. En

- M.A. Chesney y R.H. Rosenman (Eds.): *Anger and Hostility in Cardiovascular and Behavioral Disorders*. New York: Hemisphere/McGraw-Hill.
- Spielberger, C.D., Krasner, S. y Solomon, E. (1988): The experience, expression, and control of anger. En M.P. Janisse (Eds.): *Individual Differences and Stress*. New York: Springer Verlag.
- Spoont, M. R. (1992). Modulatory role of serotonin in neural information processing: Implications for human psychopathology. *Psychological Bulletin*, 112, 330-350.
- Stack, S., Wasserman, I. Y Kern, R. (2004). Adult social bonds and use of internet pornography. *Social Science Quarterly*, 85, 1, 75-88.
- Stanger, C., Achembach, T. M. y Verhulst, F. C. (1997). Accelerated longitudinal comparisons of aggressive versus delinquent syndromes. *Development and Psychopathology*, 7, 43-58.
- Stattin, H., Magnusson, D. y Reichel, H. (1989). Criminal activity at different ages: A study based on a Swedish longitudinal research population.. *British Journal of Criminology*, 29, 368-385.
- Stattin, H. y Magnusson, D. (1989). The role of early aggressive behavior in the frequency, seriousness, and types of later crime. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 57, 710-718.
- Stattin, H. y Magnusson, D. (1995). Onset of official delinquency: Its co-occurrence in time with educational, behavioural, and interpersonal problems. *British Journal of Criminology*, 35, 417-449.
- Stefurak, T., Calhoun, G. B. y Glaser, B. A. (2004). Personality Typologies of Male Juvenile Offenders Using a Cluster Analysis of the Millon Adolescent Clinical Inventory Introduction. *International Journal of Offenders Therapy and Comparative Criminology*, 48, 96-110.
- Steffenhagen, R.A. (1980). Self-esteem theory of drug abuse. En D.J. Lettieri, M. Sayers y H.W. Pearson (Eds.), *Theories on drug abuse. Selected contemporary perspectives*. Rockville, Maryland: National Institute on Drug Abuse.
- Stein, M. B. (1997): Hippocampal volume in women victimized by childhood sexual abuse. *Psychological Medicine*, 27, 951-959.
- Steinberg, L. y Morris, A.S. (2001). Adolescent development. *Annual Review of Psychology*, 52, 83-110.
- Steinhausen, H. P. (1995). Children of alcoholic parents: A review. *European Journal of Child and Adolescent Psychiatry*, 4, 419-432.
- Stoff, D.M., Breiling, J. y Maser, J.D. (1997). Antisocial Behavior Research: An Introduction. En D.M. Stoff, Breiling, J. y J.D. Maser (eds.), *Handbook of Antisocial Behavior*. United States of America: Wiley.
- Stouthamer-Loeber, M. Loeber, R. Farrington, D.P.; Zhang, Q., Van Kammen, W. y Maguin, E. (1993). The double edge of protective and the risk factors for delinquency: Interrelations and developmental patterns. *Development and Psychopathology*, 5, 683-701.
- Straus, M.A. y Gelles, R.J. (1990): *Physical Violence in American Families: Risk Factors and Adaptations to Violence in 8,145 Families*. New Brunswick, N.J.: Transaction.
- Streissguth, A. P. (1993). Fetal alcohol syndrome in older patients. *Alcohol*, 2, 209-212.
- Stronski, S.M., Ireland, M., Michaud, P.A., Narring, F. y Resnick, M.D. (2000). Protective correlates of stages in adolescent substance use: a swiss national study. *Journal of Adolescent Health*, 26, 6, 420-427.
- Stuewig, J. (2001). Factors related to the desistance of crime in a longitudinal sample. Dissertation Abstracts International. Section B. *The Sciences and Engineering*, 61((-B), 442.
- Suay, F., Salvador, A., Gonzalez, E., Sanchis, C., Simon, V. y Montoro, J. (1996): Testosterona y evaluación de la conducta agresiva en judokas. *Revista de Psicología del deporte*, 9-10, 79-81.
- Susman, E. J. y Finkelstein, J. W. (2001). Biology development and dangerousness. En G. F. Pinard y L. Pagani (Eds.), *Clinical assessment of dangerousness: Empirical contributions*. New York: Cambridge University Press.
- Sutherland, E. H. (1947). *Principles of Criminology*. Philadelphia: Lippincott.
- Svare, B. (1981): Models of aggression employing female rodents. En Brain, P.F. y D. Benton, (Eds.): *The Biology of Aggression*. Alphen a/d Kijn, Sythoff y Noordhoff.
- Swaab, D. F. (1991). Relation between maturation of neurotransmitter systems in the human brain and psychosocial disorders. En M. Rutter y P. Casaer (eds.), *Biological risk factors for psychosocial disorders* (pp. 50-66). Cambridge: Cambridge University Press.

- Swaim, R. C. (1991). Childhood risk factors and adolescent drug and alcohol abuse. *Educational Psychology Review*, 3, 363-398.
- Swanson, J. W. (1994). Mental disorder, substance abuse, and community violence: An epidemiological approach. En J. Monahan y H. Steadman (Eds.), *Violence and mental disorders: Development in risk assessment*. Chicago: University of Chicago Press, 101-136.
- Tantam, D. (1988). Lifelong excentricity and social isolation: I. Psychiatric, social and forensic aspect, *British Journal of Psychiatry*, 153, 777-782.
- Taylor, E., Schacher, r., Thorley, G., Wieselberg, H. M., Everitt, B. y Rutter, M. (1987). Which boys respond to stimulant medication?. A Controlled trial of methylphenidate in boys with disruptive behaviour. *Psychological Medicine*, 17, 121-143.
- Taylor, E. (1991). Toxins and allergens. En M. Rutter y P. Casaer (Eds.) *Biological risk factors for psychosocial disorders*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Taylor, E., Chadwick, O., Heptinstall, E. y Danckaerts, M. (1996). Hyperactivity and conduct problems as risk factors for adolescent development. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 35, 1213-1226.
- Taylor, P. J. (1993). Schizophrenia and crime: Distinctive patterns in association. En S. Hodgins (ed.), *Mental disorder and crime* (pp. 63-85). Newbury Park, CA: Sage.
- Teicher, M. H. (2000): Wounds that time won't heal: the neurobiology of child abuse, *Cerebrum* (Dana Press), 2(4): 50-67.
- Teicher, M. H.; Polcari, A.; Andersen, S.L.; Vincow, E.; Volente, E. (2003). Effects of exposure to childhood sexual abuse hippocampal volume of young adults. *Society for Neuroscience*, Vol Abstract Viewer/Itinerary Planner. Washington, DC, Program No. 960.16.
- Teicher, M. H.; Dumont, N. L.; Ito, y otros (2004). Childhood neglect is associated with reduced corpus callosum area. *Biological psychiatry*, en prensa.
- Teicher, M. (2004). *Maltrato infantil, desarrollo cerebral y violencia juvenil*. VIII Reunión Intenacional sobre Biología y Sociología de la Violencia. Valencia: Centro Reina Sofia para el Estudio de la Violencia.
- Thornberry, T. P. (1987). Toward an interactional theory of delinquency, *Criminology*, 25, 863-891.
- Thornberry, T. P., Krohn, M. D., Lizotte, A. J. y Chard-Wierschem, D. (1993). The role of juvenile gangs in facilitating delinquent behavior. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 30, 55-87.
- Thornberry, T. P., Huizinga, D. y Loeber, R. (1995). The prevention of serious delinquency and violence: Implications for the program of research on the causes and correlates of delinquency. En J. C. Howell, B. Krisberg, D. Hawkins y J. J. Wilson (eds.), *Sourcebook on serious, violent, and chronic juvenile offenders* (pp. 213-237). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Thornberry, T. P. (1996). Empirican support for interactional theory: A review of the literarutre. En J. D. Hawkins (Eds.), *Delinquency and crime. Current theories*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Thornberry, T. P. (1997). *Developmental theories of crime and delinquency: Advances in criminological theory*, vol. 6. New Brunswick, NJ: Transaction Publishers
- Thornberry, T. P. y Krohn, M. D. (1997). Peers, drug use, and delinquency. En D. Stoff, J. Breiling y J. D. Maser (eds.), *Handbook of antisocial behavior* (pp. 218-233). Nueva York: Wiley.
- Thornberry, T. P. (1999). Membership i Youth Gangs and Involvement in serious and Violent Offending. En R. Loeber y D. P. Farrington (Eds.). *Serious and Violent Juvenile Offenders* Thousand Oaks, CA: Sage.
- Thornberry, T. P. (2004). *Delincuentes juveniles: características y consecuencias*. VIII Reunión Intenacional sobre Biología y Sociología de la Violencia. Valencia: Centro Reina Sofia para el Estudio de la Violencia.
- Thornhill, R. y Thornhill, N.W. (1992). The evolutionary psychology of men's coercive secuality. *Behavioral and Brain Sciences*, 15, 363-375.
- Tildesley, E.A., Hops, H., Ary, D. y Andrews, A. (1995). Multitrait-multimethod model of adolescent deviance, drug use, academic, and sexual behaviors. *Journal of Psychopathology and Behavioral Assessment*, 17, 2, 185-215.

- Tillmann, K. J., Holler-Nowitzky, B., Holtappels, G., Meier, U. y Popp, U. (1999). *Schülergewalt als schulproblem*. Weinheim, Juventa.
- Tittle, C. R. (1995). *Control balance: Toward a general theory of deviance*. Boulder: Westview.
- Tobeña, A. (2001). *Anatomía de la agresividad humana. De la violencia infantil al belicismo*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Toch, H. (1992). *Violent men. An inquiry into the psychology of violence*. Washington: American Psychological Association.
- Tolan., P.H. y Thomas, P. (1995). The implications of age of onset for delinquency risk II: Longitudinal data. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 23, 157-181.
- Tonry, M.(1995). *Malign neglect: Race, crime, and punishment in America*. New York: Oxford University Press.
- Torrubia, R.,Cuquerella, A., Genís, F., López, J. M. y Navarro J. C.(2000). *Propiedades psicométricas de la versión española del Hare Psychopathy Chek-list-revised*, SV (PCL-R:SV). Ponencia presentada en el 1º Congrese Hispano-Portugués de Psicología, Santiago de Compostela.
- Torrubia, R. (2004). El delincuente. En J. Sanmartin (coord.). *El laberinto de la violencia*. Barcelona: Ariel.
- Tremblay, R. E., Vitaro, F., Bertrand, L., Le Blanc, M., Beauchesne, H., Boileau, H. y David, H. (1992). Parent and child training to prevent early onset of delinquency: The Montreal Longitudinal-Experimental Study. En J. McCord y R. E. Tremblay (eds.), *Parenting antisocial behaviour: Interventions from birth through adolescence* (pp. 151-236). Nueva York: Guilford.
- Tremblay, R. E., Pihl, R. O., Vitaro, F. y Dobkin, P. L. (1994). Predicting early onset of male antisocial behavior from preschool behavior. *Archives of General Psychiatry*, 51, 732-739.
- Tremblay, R. E. y Craig, W. (1995). Developmental crime prevention. En M. Tonry y D. P. Farrington (eds.), *Building a safer society: Strategig approaches to crime prevention* (pp. 151-236). Chicago: University of Chicago Press.
- Tremblay, R. E., Boulerice, B., Harden,P.W., McDuff, P., Perusse, D., Pihl, R.O. y Zoccolillo, M. (1996). Do children in Canada become more aggressive as they approach adolescence? In Human Resource Development Canada and Statistics Canada (Eds.), *Growing up in Canada: National Longitudinal Survey of Children and Youth* (pp. 127-137). Ottawa, Ontario, Canada: Statistics Canada.
- Tremblay, R. E., Schall, B., Boulerice, B., Arseneault, L., Soussignan, R. y Perusse, D. (1997). Male physical aggression, social dominance and testosterone levels at puberty: A developmental perspective. En A. Raine, P. Brennan, D. P. Farrington y S. A. Mednick (eds.), *Biosocial bases of violence* (pp. 151-236). Nueva York: Plenum.
- Tremblay, R. E. (2000). The development of aggressive behaviour during childhood: Wath have we learned in the past century?. *International Journal of Behavioural Development*, 242, 129-141.
- Tremblay, R. E. (2001). The development of the physical aggression during childhood and the predictions of later dangerousness. En Pinard, G. Pagani, L. (Eds.) *Clinical Assessment of Dangerousness: Empirical Contributions*. New York, Cambridge University Press.
- Tremblay, R. E. (2003). Why socialization fails: The case of chronic physical aggression. En B.B. Lahey, T.E. Moffitt y A. Caspi (Coords). *Causes of conduct disorder and juvenile delinquency*, (pp.182-224), New York: The Guilford Press.
- Trianes, M. V.(2004). *Reflexiones sobre la violencia interpersonal en contextos escolares*. VIII Reunión Intenacional sobre Biología y Sociología de la Violencia. Valencia: Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia.
- Trivers, R.L. (1972): Parental investment and sexual selection. En B. Campbell (Ed.): *Sexual Selection and the Descent of Man* (pp 136-179). Chicago: Aldine.
- Trojanowicz, R.C. y Morash, M. (1992). *Juvenile delinquency. Concepts and control*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Van der Oord, E. J. C. G., Boomsma, D. I. y Verhulst, F. C. (1994). A study of problem behaviors in 19- to 15-year-old biologically related and unrelated international adoptes. *Behaviour Genetics*, 24, 193-205.

- Van Goozen, S.H., Frijda, N.C., Kindt, M. y Van de Poll, N.E. (1994): Anger proneness in women: Development and validation of the Anger Situation Questionnaire. *Aggressive Behavior*, 20, 79-100.
- Van Goozen, S., Cohen-Kettenis, P., Gooren, L., Frijda, N., Van de Poll, N. (1995): Gender differences in behavior. Activating effects of cross-sex hormones. *Psychoneuroendocrinology*, 20, 343-363.
- Van Kammen, W. B., Loeber, R. y Stouthamer-Loeber, M. (1991). Substance use and its relationship to conduct problems and delinquency in young boys. *Journal of Youth and Adolescence*, 20, 399-413.
- Van Praag, H. M (1991). Serotogenic dysfunction and aggression control. *Psychological Medicine*, 21, 15-19.
- Valverde, J. (1988). *El proceso de inadaptación social*. Madrid: Editorial Popular
- Valzelli, L. (1983): *Psicobiología de la agresión y la violencia*. Madrid: Alhambra.
- Vázquez González, C. (2003). *Delincuencia juvenil. Consideraciones penales y criminológicas*. Madrid: Colex.
- Velázquez, H. A. , Cabrera, F. P., Chaine, S. M., Caso-López, A. C. y Torres, N. B. (2002). Risk and proactive factors for aggressive behavior, and its generalization in a sample of Mexican school children . *Salud Mental*, 25(3), 27-40.
- Vermeiren, -R., Deboutte, D., Ruchkin, V. y Schwab-Stone, M. (2002). Antisocial Behavior and Mental Health: Findings from three communities. *European Child and Adolescent Psychiatry*, 11(4), 168-175.
- Vermeiren. -R., Jones, S., Ruchkin, V., Deboutte, D: y Schwab-Stone, M.(2004). Juvenile arrest: A cross-cultural comparison. *Journal of Child Psychology*, 45, 567-576.
- Villar, P., Luengo, M. A., Gómez Fraguera, J. A. y Romero, E. (2003). Una propuesta de evaluación de variables familiares en la prevención de la conducta problema. *Psychothema*, 15, 4, 581-588.
- Vitiello, B. y Stoff, D. (1997). Subtypes of aggression and their relevance to child Psychiatry. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 36,
- Wadsworth, M. E. J. (1976). Delinquency, pulse, rates and early emotional deprivation. *British Journal of criminology*, 16, 245-256.
- Wadsworth, M. (1979). *Roots of Delinquency: Infancy, Adolescence and Crime*. New York: Barnes and Noble.
- Walker, K.B. y Morley, D.D. (1991): Attitudes and parental factors as intervening variables in the television violence-aggression relation. *Communication Research Reports*, 8 (1-2), 41-47.
- Walker, L. (1999). Psychology and domestic violence around the world. *American Psychologist*, 54 (1), 21-29.
- Walther, F. (1974): Some reflexions on expressive behavior. Combat and courtship of certain horned ungulates. En V. Geist y F. Walther (Eds.): *The Behaviour of Ungulates and its Relation to Management Measures*. IUCN: Publication nº 24.
- Walzer, S., Bashir, A. S. y Silbert, A. R. (1991). Cognitive and behavioral factors in the learning disabilities of 47 XXY and 47 XYY boys. *Birth Defects Original Article Series*, 26, 45-58.
- Watt, J.M. y Krull, R. (1977): An examination of three models of television viewing and aggression. *Human Communication Research*, 3(2), 99-112.
- Wei, E; Loeber, R. Y White, H.R. (In press). Teasing apart developmental associations between alcohol and marijuana use and violence. *Contemporary Criminal Justice*.
- Wells, L. E. y Rankin, J. H. (1988). Direct parental controls and delinquency. *Criminology*, 26, 263-285.
- Wells, L. E. y Rankin, J. H. (1991). Families and delinquency: A meta-analysis of the impact of broken homes. *Social Problems*, 38, 71-93.
- Werner, E. y Silbereisen, K. (2003). Family relationship quality and contact with deviant peers as predictors of adolescent problem behaviors: The moderating role of gender. *Journal of Adolescent Research*, 18, 5, 454-480.
- West, D. J. y Farrington, D. P. (1973). *Who becomes delinquent*. Londres: Heinemann Educational Books, Ltd.

- West, D.J. (1982). *Delinquency: Its Roots, Careers and Prospects*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Wetzels, P.; Enzmann, D.; Mecklenburg, E. y Pfeiffer, C. (2001). *Jugend und Gewalt*, Baden-Baden, Nomos Verlagsgesellschaft.
- Wheeler, J.L. (1993). *Remote controlled: How TV affects you and your family*. Hagerstown: Review and Herald Publishing Company.
- White, H. R., Labouvie, E. W. y Bates, M. E. (1985). The relationship between sensation seeking and delinquency: a longitudinal analysis. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 22, 197-211.
- White, H.R. (1990). The drug-use delinquency connection in adolescence. In R. Weisheit (Ed.), *Drugs, crime, and criminal justice* (pp. 215-256).
- White, J. L., Moffitt, T. E., Earls, F., Robins, L. y Silva, P. A. (1990). How early can we tell? Predictors of childhood conduct disorder and adolescent delinquency. *Criminology*, 28, 507-533.
- White, H.R. (1991). Marijuana use and delinquency: A test of the "independent cause" hypothesis. *Journal of Drug Issues*, 21, 2, 231-256.
- White, H. R. (1992). Early problem behavior and later drug problems. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 29, 412-429.
- White, H.R., Brick, J. y Hansell, S. (1993). A longitudinal investigation of alcohol use and aggression in adolescence. *Journal of Studies on Alcohol*, 11, 62-77.
- White, H.R. y Labouvie, E.W. (1994). Generality versus specificity of problem behavior: Psychological and functional differences. *Journal of Drug Issues*, 24, 1, 55-74.
- White, J., Moffitt, T. E., Caspi, A., Bartusch, D. J., Needles, D.J. y Stouthamer-Loeber, M. (1994). Measuring Impulsivity and examining its relation to delinquency. *Journal of Abnormal Psychology*, 103, 192-205.
- White, H. R. y Gorman, D. M. (2000). *Dynamics of the drug crime relationship*. En G. LaFree (Ed.). *Criminal Justice 2000: The Nature of Crime. Continuity and change* Washington DC, US. Department of Justice, 151-218.
- White, H. R.; Loeber, R.; Stouthamer-Loeber, M. y Pandina, R. J. (2002). *Developmental trajectories of substance use and illegal activity: Examining Dual trajectory models*, Paper presented at the American Society of Criminology Annual Meeting, Chicago, IL.
- White, H. R. (2004). *Alcohol y Drogas*. VIII Reunión Internacional sobre Biología y Sociología de la Violencia. Valencia: Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia.
- Widom, C. S. (1989). The cycle of violence. *Science*, 244, 160-166.
- Widom, C. (1989). Does violence beget violence? A critical examination of the literature. *Psychological Bulletin*, 106, 3-28.
- Widom, C.S. y Maxfield, M.G. (1996). A prospective examination of risk for violence among abused and neglected children. En C.F. Ferris y T. Grisso (eds.), *Understanding aggressive behavior in children*. *Annals New York Academy of Sciences*, 794.
- Widom, C. (2000). Childhood Victimization: Early Adversity, Later Psychopathology. *National Institute of Justice Journal*, January: 2-9.
- Wikström, P. -O. H. (1985). *Everyday violence in contemporary Sweden*. Stockholm: National Council for Crime Prevention.
- Wilde, J. (1996). *Treating Anger, anxiety and depression in Children and Adolescents*. Washington, DC., Accelerated Development.
- Williams, T. M. (1986). *The impact of television: A natural experiment in three communities*. Nueva York: Academic Press.
- Williams, K.R. y Flewelling, R.L. (1988): The social production of criminal homicide: A comparative study of disaggregated rates in American cities. *American Sociological Review*, 53, 421-431.
- Williams, J.H. (1994). *Understanding substance use, delinquency involvement, and juvenile justice system involvement among African-American and European-American adolescents*. Unpublished dissertation, University of Washington, Seattle.
- Wills, T. A.; Sandy, J. M. y Yaeger, A. (2000). Temperament and Adolescent Substance Use: An Epigenetic Approach to Risk and Protection. *Journal of Personality*, 68: 1127-1151.

- Wilmers, N. y cols.(2002). *Jugendliche in Deutschland zur Jahrtausendwende: Gefährlich oder gefährdet? Ergebnisse wiederholter, repräsentativer Dunkelfelduntersuchungen zu Gewalt und Kriminalität im Leben junger Menschen 1998-2000*, Baden-Baden, Nomos Verlagsgesellschaft.
- Wilson, H. (1980). Parental supervision: a neglected aspect of delinquency. *British Journal of Criminology*, 20, 203-235.
- Wilson, J.Q. y Herrnstein, R.J. (1985). *Crime and human nature*. Nueva York: Simon & Schuster.
- Wilson, M. y Daly, M. (1993): Lethal confrontational violence among young men. En N.J. Bell y R.W. Bell (Eds.): *Adolescent Risk Taking* (pp 84-106). Newbury Park, CA: Sage.
- Windle, M. (1990). A longitudinal study of antisocial behaviors in early adolescence as predictors of late adolescent substance use: Gender and ethnic group differences. *Journal of Abnormal Psychology*, 99, 1, 86-91.
- Windle, R.C. y Windle, M. (1995). Longitudinal patterns of physical aggression: Asociation with adult social, psychiatric, and personality functioning and testosterone levels. *Development and Psychopathology*, 7, 563-585.
- Witkin, H. A., Mednick, S. A., Schulsinger, F., Bakkenstrom, E., Christianse, K. O., Goodenough, D. R., Hirschhorn, K., Lundsteen, C., Owen, D. R., Philip, J., Rubin, D. B. y Stocking, M. (1976). Criminality in XYY and XXY men. *Science*, 193, 547-555.
- Wolfe, D. A., Scott, K., Wekerle, C. y Pittman, A. (2001). Child maltreatment: Risk abd ajustement problem and dating violence in adolescence. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 40, 282-289.
- Wolff, S. (1995). *Loners: The life path of unusual children*, Londres, Routledge, 1995.
- Wolfgang, M. E. y Ferracuti, F. (1967). *The subculture of violence. Towards and integrated theory in criminology*. Londres: Tavistock.
- Wolfgang, M. E., Figlio, R. M. y Stelim, T. (1972). *Delinquency in a birth cohort*. Chicago: University of Chicago Press.
- Wood, W., Wong, F. Y. y Chachere, G. (1991). Effects on media violence on viewers aggression in unconstrained social interaction. *Psychological Bulletin*, 109, 371-383.
- Wood, P.B., Cochran, J.K., Pfefferbaum, B. y Arneklev, B.J. (1995). Sensation-seeking and delinquent substance use: An extension of learning theory. *The Journal of Drug Issues*, 25, 173-193.
- Worthen, J. (1996). *Treating Anger, Anxiety and Depression in Children and Adolescents*, Washington, DC. Accelerated Development.
- Worthen, M.F. (2000). The role of empathy in adolescents friendship. Dissertation Abstracts: Section B, *The Sciences and Engineering*, 61, 11-16.
- Wright, L. S. (1982). Parental permission to date and its relationship to drug use and suicidal thoughts among adolescents. *Adolescence*, 7, 409-419.
- Xie, H., Cairns, B. D. y Cairns, R. B. (2001). Predicting Teen Motherhood and Ten Fatherhood: Individual Characteristics and Peer Affiliations. *Social Development*, 10: 488-511.
- Zhang, Q., Loeber, R. y Stouthamer-Loeber, M. (1997). Developmental trends of delinquency attitudes and delinquency: replication and synthesis across time and samples. *Journal of Quantitative Criminology*, 13, 181-216.
- Zingraff, M. T., Leiter, J., Myers, K. A. y Johnson, M. C.(1993). Child maltreatment and youth ful problem behavior. *Criminology*,31,173-202.
- Zillman, D. (1979): *Hostility and Aggression*. New Jersey: LEA.
- Zuckerman, M. (1979). *Sensation seeking: Beyond the optimal level of arousal*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Zuckerman, M. (1991). *Psychobiology of personality*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Zuckerman, M. (1994). *Behavioral expressions and biosocial bases of sensation seeking*. Cambridge: Cambridge University Press.

Anexo I

PON UN NOMBRE FICTICIO

PON UN NUMERO ENTRE EL "1" Y EL "10.000"

EDAD _____ SEXO

CURSO

¿ERES REPETIDOR?

CENTRO DE
ENSEÑANZA.

Este estudio se realiza en la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense, para conocer de forma objetiva la opinión que tu tienes sobre una serie de aspectos relacionados con lo que haces o has hecho sobre determinados temas, como las drogas, tu familia, amigos, etc.

A continuación vamos a plantearte una serie de preguntas que son estrictamente confidenciales y te agradeceríamos que nos las contestases de forma sincera y objetiva.

No hay respuestas correctas ni erróneas, sino que es tu propia respuesta la que vale. Marca con una cruz, redondel o rellena el cuadro correspondiente para contestar a cada una de las preguntas. Puedes rectificar si quieres y en cualquier caso si tienes dudas pregunta al encargado.

RECUERDA QUE ESTE CUESTIONARIO ES ANÓNIMO

1. ¿Qué cantidad sueles tomar diariamente y los fines de semana de las siguientes sustancias? Señala con una X o rodea con un círculo la respuesta que corresponda a tu caso.

	DIARIAMENTE	FIN DE SEMANA Viernes, Sábado y Domingo	PRIMER USO
TABACO (número cigarrillos)	1. Nada 2. N° _____	1. Nada 2. N° _____	EDAD: _____
CERVEZA (número cañas, botellines, litrona)	1. Nada 2. N° _____	1. Nada 2. N° _____	EDAD: _____
VINO (número vasos o copas)	1. Nada 2. N° _____	1. Nada 2. N° _____	EDAD: _____
LICORES (número copas: vodka, coñac, ginebra, sidra, whisky, etc.)	1. Nada 2. N° _____	1. Nada 2. N° _____	EDAD: _____
COMBINADOS (número de cubalibres, gintonics, whiskies con coca-cola)	1. Nada 2. N° _____	1. Nada 2. N° _____	EDAD: _____

2. Indícanos, por favor, si has usado algunas de las siguientes sustancias y en caso afirmativo con qué frecuencia. Recuerda que los datos son confidenciales, sólo tendrá acceso a ellos los investigadores de la Facultad de Psicología. **SEÑALA CON UNA X LA RESPUESTA QUE MAS SE AJUSTE A TU CASO.**

	USO ¿Lo usó alguna vez?	USO RECIENTE ¿Lo usó los últimos 6 meses?	FRECUENCIA DE USO ¿Con qué frecuencia lo usó los últimos 30 días, es decir el último mes.	PRIMER USO Edad 1ª vez que la usó
CANNABIS (hachis, marihuana, porros)	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> Nada <input type="checkbox"/> Menos de una vez por semana <input type="checkbox"/> Una vez por semana <input type="checkbox"/> De dos a seis veces por semana <input type="checkbox"/> Una vez diariamente <input type="checkbox"/> Dos o más veces diariamente	EDAD:
ANFETAMINAS (pastillas para no dormir, para adelgazar, estimulantes, etc.)	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> Nada <input type="checkbox"/> Menos de una vez por semana <input type="checkbox"/> Una vez por semana <input type="checkbox"/> De dos a seis veces por semana <input type="checkbox"/> Una vez diariamente <input type="checkbox"/> Dos o más veces diariamente	EDAD:
ANTIINFLAMATORIOS (Voltarén, feldene, etc.)	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> Nada <input type="checkbox"/> Menos de una vez por semana <input type="checkbox"/> Una vez por semana <input type="checkbox"/> De dos a seis veces por semana <input type="checkbox"/> Una vez diariamente <input type="checkbox"/> Dos o más veces diariamente	EDAD:
DERIVADOS MORFINICOS (sosegón, morfina, codeína, bisolvón-compositum, tiltrate, buprex, etc.)	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> Nada <input type="checkbox"/> Menos de una vez por semana <input type="checkbox"/> Una vez por semana <input type="checkbox"/> De dos a seis veces por semana <input type="checkbox"/> Una vez diariamente <input type="checkbox"/> Dos o más veces diariamente	EDAD:

	USO ¿Lo usó alguna vez?	USO RECIENTE ¿Lo usó los últimos 6 meses?	FRECUENCIA DE USO ¿Con qué frecuencia lo usó los últimos 30 días, es decir el último mes.	PRIMER USO Edad 1ª vez que la usó
MEDICAMENTOS TRANQUILIZANTES (rohipnol, valium, tranxilium,tranquimazin, etc)	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> Nada <input type="checkbox"/> Menos de una vez por semana <input type="checkbox"/> Una vez por semana <input type="checkbox"/> De dos a seis veces por semana <input type="checkbox"/> Una vez diariamente <input type="checkbox"/> Dos o más veces diariamente	EDAD:
COCAÍNA	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> Nada <input type="checkbox"/> Menos de una vez por semana <input type="checkbox"/> Una vez por semana <input type="checkbox"/> De dos a seis veces por semana <input type="checkbox"/> Una vez diariamente <input type="checkbox"/> Dos o más veces diariamente	EDAD:
ALUCINÓGENOS (tripi)	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> Nada <input type="checkbox"/> Menos de una vez por semana <input type="checkbox"/> Una vez por semana <input type="checkbox"/> De dos a seis veces por semana <input type="checkbox"/> Una vez diariamente <input type="checkbox"/> Dos o más veces diariamente	EDAD:
HEROÍNA	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> Nada <input type="checkbox"/> Menos de una vez por semana <input type="checkbox"/> Una vez por semana <input type="checkbox"/> De dos a seis veces por semana <input type="checkbox"/> Una vez diariamente <input type="checkbox"/> Dos o más veces diariamente	EDAD:

	USO ¿Lo usó alguna vez?	USO RECIENTE ¿Lo usó los últimos 6 meses?	FRECUENCIA DE USO ¿Con qué frecuencia lo usó los últimos 30 días, es decir el último mes.	PRIMER USO Edad 1ª vez que la usó
DROGAS SINTÉTICAS (Speed, éxtasis, etc.)	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> Nada <input type="checkbox"/> Menos de una vez por semana <input type="checkbox"/> Una vez por semana <input type="checkbox"/> De dos a seis veces por semana <input type="checkbox"/> Una vez diariamente <input type="checkbox"/> Dos o más veces diariamente	EDAD:
INHALANTES (pegamentos, colas, etc.)	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> Nada <input type="checkbox"/> Menos de una vez por semana <input type="checkbox"/> Una vez por semana <input type="checkbox"/> De dos a seis veces por semana <input type="checkbox"/> Una vez diariamente <input type="checkbox"/> Dos o más veces diariamente	EDAD:

3. Indícanos, por favor, si has usado algunas de las siguientes sustancias y en caso afirmativo con qué frecuencia. Recuerda que los datos son confidenciales, sólo tendrá acceso a ellos los investigadores de la Facultad de Psicología. **Señala con una X la respuesta que más se ajusta a tu opinión.**

	USO ¿Lo usó alguna vez?	USO RECIENTE ¿Lo usó los últimos 6 meses?	FRECUENCIA DE USO ¿Con qué frecuencia lo usó los últimos 30 días, es decir el último mes.	PRIMER USO Edad 1ª vez que la usó
TABACO	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> Nada <input type="checkbox"/> Menos de una vez por semana <input type="checkbox"/> Una vez por semana <input type="checkbox"/> De dos a seis veces por semana <input type="checkbox"/> Una vez diariamente <input type="checkbox"/> Dos o más veces diariamente	EDAD:
CERVEZA	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> Nada <input type="checkbox"/> Menos de una vez por semana <input type="checkbox"/> Una vez por semana <input type="checkbox"/> De dos a seis veces por semana <input type="checkbox"/> Una vez diariamente <input type="checkbox"/> Dos o más veces diariamente	EDAD:

	USO ¿Lo usó alguna vez?	USO RECIENTE ¿Lo usó los últimos 6 meses?	FRECUENCIA DE USO ¿Con qué frecuencia lo usó los últimos 30 días, es decir el último mes.	PRIMER USO Edad 1ª vez que la usó
VINO	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> Nada <input type="checkbox"/> Menos de una vez por semana <input type="checkbox"/> Una vez por semana <input type="checkbox"/> De dos a seis veces por semana <input type="checkbox"/> Una vez diariamente <input type="checkbox"/> Dos o más veces diariamente	EDAD:
LICORES (vodka, ginebra, whisky, sidra, etc.)	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> Nada <input type="checkbox"/> Menos de una vez por semana <input type="checkbox"/> Una vez por semana <input type="checkbox"/> De dos a seis veces por semana <input type="checkbox"/> Una vez diariamente <input type="checkbox"/> Dos o más veces diariamente	EDAD:
COMBINADOS (cubalibres, gintonics, whiskies con coca-cola, etc.)	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> NO	<input type="checkbox"/> Nada <input type="checkbox"/> Menos de una vez por semana <input type="checkbox"/> Una vez por semana <input type="checkbox"/> De dos a seis veces por semana <input type="checkbox"/> Una vez diariamente <input type="checkbox"/> Dos o más veces diariamente	EDAD:

Por favor, contesta a continuación las siguientes cuestiones:

4. ¿Te has emborrachado alguna vez?

- ☐ SI
☐ NO

4a. En caso afirmativo. ¿Cuántas veces?

4b. ¿Cuánto tiempo hace desde la última vez que te emborrachaste?

5. ¿Has visto a alguien de tu familia ebrio?

- ☐ SI
☐ NO

6. ¿Cuánto dinero te gastas semanalmente en comprar las siguientes sustancias?

- _____ 1. Alcohol (cervezas, etc.)
- _____ 2. Tabaco
- _____ 3. Marihuana o "porros"
- _____ 4. Otras (Indica cuáles).....

7. Actualmente, ¿te encuentras satisfecho de cómo empleas tu tiempo libre y tu ocio?

- _____ Nada
- _____ Poco
- _____ Regular
- _____ Bastante
- _____ Mucho

8. ¿Participas en alguna asociación política, aunque no seas miembro?

- _____ Nada
- _____ Poco
- _____ Regular
- _____ Bastante
- _____ Mucho

9. ¿Participas en alguna asociación cultural, aunque no seas miembro?

- _____ Nada
- _____ Poco
- _____ Regular
- _____ Bastante
- _____ Mucho

10. ¿Participas en alguna asociación deportiva, aunque no seas miembro?

- _____ Nada
- _____ Poco
- _____ Regular
- _____ Bastante
- _____ Mucho

11. ¿Cuál es tu situación actual de convivencia?

- _____ Vivo con mi padre y con mi madre.
- _____ Vivo con mi padre o mi madre, pues el otro falta: especificar la causa
- _____ Vivo con mi padre o mi madre, ya que están separados o divorciados.
- _____ Vivo solo con familiares o parientes.
- _____ Vivo por mi cuenta o con unos amigos o en una residencia de estudiantes.

12. Lugar que ocupas entre los hermanos:

- _____ Hijo único
- _____ El mayor
- _____ Hermano de en medio
- _____ El pequeño

13. Según tu opinión, ¿cómo es la relación entre las siguientes personas que se especifican a continuación?

A. TU PADRE Y TU MADRE

- _____ Muy mala.....
- _____ Mala
- _____ Regular
- _____ Buena
- _____ Muy buena

B. TU PADRE Y TU

- _____ Muy mala
- _____ Mala
- _____ Regular
- _____ Buena
- _____ Muy buena

C. TU MADRE Y TU

- _____ Muy mala
- _____ Mala
- _____ Regular
- _____ Buena
- _____ Muy buena

D. TU Y TUS HERMANOS PEQUEÑOS

- _____ Muy mala
- _____ Mala
- _____ Regular
- _____ Buena
- _____ Muy buena

E. TU Y TUS HERMANOS MAYORES

- _____ Muy mala
- _____ Mala
- _____ Regular
- _____ Buena
- _____ Muy buena

14. ¿Con qué frecuencia se produce una discusión, problema o conflicto, entre las siguientes personas que se especifican a continuación?

A. TU PADRE Y TU MADRE

- _____ Nunca
- _____ Algunas veces
- _____ Con frecuencia
- _____ Con mucha frecuencia
- _____ Siempre

B. TU PADRE Y TU

- _____ Nunca
- _____ Algunas veces
- _____ Con frecuencia
- _____ Con mucha frecuencia
- _____ Siempre

C. TU MADRE Y TU

- ☐ Nunca
☐ Algunas veces
☐ Con frecuencia
☐ Con mucha frecuencia
☐ Siempre

E. TU Y TUS HERMANOS MAYORES

- ☐ Nunca
☐ Algunas veces
☐ Con frecuencia
☐ Con mucha frecuencia
☐ Siempre

D. TU Y TUS HERMANOS PEQUEÑOS

- ☐ Nunca
☐ Algunas veces
☐ Con frecuencia
☐ Con mucha frecuencia
☐ Siempre

15. ¿Han consumido alguno de tus familiares durante el último año tranquilizantes (por ejemplo, para dormir) recetados por el médico?

	MADRE	PADRE	HERMANOS
Nunca			
Algunas veces			
Una vez al mes			
Varias veces al mes			
Varias veces a la semana			
Todos los días			
No lo sé			

16. ¿Con qué frecuencia tus familiares han consumido alcohol durante el último año?

	MADRE	PADRE	HERMANOS
Nunca			
Menos de una vez al mes			
De una a tres veces al mes			
Una vez a la semana			
Varias veces a la semana			
De una a dos veces al día			
Más de tres veces al día			

17. ¿Con qué frecuencia tus familiares han consumido tabaco durante el último año?

	MADRE	PADRE	HERMANOS
Nunca			
Menos de una vez al mes			
De una a tres veces al mes			
Una vez a la semana			
Varias veces a la semana			
De una a dos veces al día			
Más de tres veces al día			

18. ¿Con qué frecuencia tus hermanos han consumido cannabis, cocaína o drogas de síntesis durante el último año?

	CANNABIS	COCAÍNA	D. SÍNTESIS
Nunca			
Algunas veces			
Una vez al mes			
Varias veces al mes			
Varias veces a la semana			
Todos los días			
No lo sé			

19. Cuando tengo alguna duda o dificultad con mi trabajo o mis estudios acudo a mi madre para que me diga lo que puedo hacer.

- ☐ Nunca
☐ Algunas veces
☐ Siempre

20. Cuando tengo alguna o duda o dificultad en mis relaciones sentimentales acudo a mi madre para que me diga lo que puedo hacer.

- ☐ Nunca
☐ Algunas veces
☐ Siempre

21. Me siento muy cercano a mi madre.

- ☐ Nunca
☐ Algunas veces
☐ Siempre

22. Mi madre acostumbra a elogiarme por las cosas que hago.

- ☐ Nunca
☐ Algunas veces
☐ Siempre

23. Hablo con sinceridad y confianza con mi madre sobre mis problemas personales.

- ☐ Nunca
☐ Algunas veces
☐ Siempre

24. Cuando tengo alguna duda o dificultad con mi trabajo o mis estudios acudo a mi padre para que me diga lo que puedo hacer.

- ☐ Nunca
☐ Algunas veces
☐ Siempre

25. Cuando tengo alguna o duda o dificultad en mis relaciones sentimentales acudo a mi padre para que me diga lo que puedo hacer.

- ☐ Nunca
☐ Algunas veces
☐ Siempre

26. Me siento muy cercano a mi padre.

- ☐ Nunca
☐ Algunas veces
☐ Siempre

27. Mi padre acostumbra a elogiarme por las cosas que hago.

- ☐ Nunca
☐ Algunas veces
☐ Siempre

28. Hablo con sinceridad y confianza con mi padre sobre mis problemas personales.

- ☐ Nunca
☐ Algunas veces
☐ Siempre

29. A continuación podrás leer algunas REGLAS O MODOS DE FUNCIONAMIENTO que se dan en ciertas familias. Para cada una de estas reglas, y de acuerdo con tu caso personal, intenta situar (**marcando** en cada caso **el número** que parezca describir mejor lo que tú opinas) la actitud de tus padres, de acuerdo con las opciones que te explicamos. Existen 5 opciones, que significan:

1. **No hay reglas establecidas sobre este asunto.** No se ha hablado de ello en casa.
2. **Actitud cambiante:** a veces tus padres consienten y a veces no.
3. **Actitud neutra:** tus padres no dan mucha importancia a esta regla. Te dejan hacer sin plantearte nada.
4. **Actitud comprensiva:** la regla existe, pero si alguna vez no la cumples tienes la posibilidad de dar una explicación.
5. **Actitud estricta:** se debe respetar la regla sistemáticamente. Toda infracción a esa regla supone un castigo.

Por ejemplo, si escogemos el caso de las "**salidas**" de tu casa por las noches sin tus padres, donde consideramos el caso de que la actitud de tus padres es cambiante, es decir, que a veces consienten que salgas y otras no. Entonces, debes marcar la casilla [2]:

[1] [2] [3] [4] [5]

Sin embargo, si considerases que la actitud de tus padres es estricta en este tema de las salidas, y que no es en absoluto fácil que haya excepciones, debes marcar la casilla [5]:

[1] [2] [3] [4] [5]

En la tabla que se presenta a continuación lee con detalle cada una de las frases y pon una X en la casilla que té crees que se ajusta mejor a tu caso concreto.

	1	2	3	4	5
1. Regresar a una hora fija por la noche					
2. Deberes del colegio					
3. Salidas					
4. Acostarse a una hora determinada por la noche					
5. Forma de vestir, aspecto, corte de pelo, etc.					
6. Amistades					
7. Comidas en familia					
8. Participación en las tareas domésticas					
9. Uso del tabaco					
10. Uso del alcohol					
11. Uso de drogas					

30. ¿Cómo es la relación con tus amigos?

- ☐ Muy mala
☐ Mala
☐ Regular
☐ Buena
☐ Muy buena

31. ¿Con qué frecuencia ves a tus mejores amigos?

- ☐ Nunca
☐ Ocasionalmente
☐ Los fines de semana
☐ Varios días en semana
☐ Todos los días

32. ¿Qué sueles hacer cuando sales con tus amigos? (Puedes elegir tres alternativas)

- ☐ Ir a pubs, bares, discotecas
☐ Estar en la calle, en una plaza o parque
☐ Ir al cine
☐ Practicar deportes
☐ Ir a conciertos
☐ Ir a la casa de alguno de ellos o a la tuya
☐ Participar en alguna asociación o grupo
☐ Ir de excursión

33. ¿Con qué frecuencia consumen alcohol tus amigos o conocidos?)

- ☐ Nada
☐ Menos de una vez por semana
☐ Una vez por semana
☐ De dos a seis veces por semana
☐ Una vez diariamente
☐ Dos o más veces diariamente

34. ¿Con qué frecuencia consumen tabaco tus amigos o conocidos?)

- ☐ Nada
☐ Menos de una vez por semana
☐ Una vez por semana
☐ De dos a seis veces por semana
☐ Una vez diariamente
☐ Dos o más veces diariamente

34. ¿Con qué frecuencia consumen medicamentos sin prescripción médica tus amigos o conocidos? (Señala todas las que consuman)

	ESTIMULANTES	TRANQUILIZANTES	MORFÍNICOS
Nunca			
Menos de una vez al mes			
Una vez por semana			
De dos a seis veces por semana			
Una vez diariamente			
Dos o más veces diariamente			

35. ¿Con qué frecuencia consumen drogas tus amigos o conocidos? (Señala todas las que consuman)

	ANFETAMINAS	COCAÍNA	HEROÍNA	D. SINTESIS
Nunca				
Menos de una vez al mes				
Una vez por semana				
De dos a seis veces por semana				
Una vez diariamente				
Dos o más veces diariamente				

36. ¿Cómo te consideras en materia de religión?

- ☐ No creyente, ateo
- ☐ No practicante
- ☐ Practicante ocasional
- ☐ Practicante frecuente
- ☐ Practicante muy frecuente

37. ¿Cómo te consideras en deportes?

- ☐ No practico
- ☐ Practico ocasionalmente con un grupo de amigos
- ☐ Practico los fines de semana
- ☐ Practico varias veces en semana
- ☐ Practico diariamente

38. En relación con tu rendimiento académico:
¿Cuál ha sido tu media global el último curso?.....

¿Cuál ha sido tu media global en la última evaluación

39. ¿Cuál es tu valoración del nivel de enseñanza que recibes en este Centro en las siguientes áreas?:

A. INTELECTUAL

- ☐ Muy mala
- ☐ Mala
- ☐ Regular
- ☐ Buena
- ☐ Muy buena

B. FÍSICA (Gimnasia, deportes, etc)

- ☐ Muy mala
- ☐ Mala
- ☐ Regular
- ☐ Buena
- ☐ Muy buena

C. ARTÍSTICA

- ☐ Muy mala
- ☐ Mala
- ☐ Regular
- ☐ Buena
- ☐ Muy buena

D. AFECTIVA

- ☐ Muy mala
- ☐ Mala
- ☐ Regular
- ☐ Buena

☐ Muy buena

40. ¿Qué tipo de estudiante te consideras?

- ☐ Muy malo
- ☐ Malo
- ☐ Regular
- ☐ Bueno
- ☐ Muy bueno

41. Generalmente, ¿cómo es tu relación con los profesores?

- ☐ Muy mala
- ☐ Mala
- ☐ Indiferente
- ☐ Buena
- ☐ Muy buena

42. Generalmente, ¿cómo es tu relación con los compañeros de clase?.....

- ☐ Muy mala
- ☐ Mala
- ☐ Indiferente
- ☐ Buena
- ☐ Muy buena

43. ¿Sueles faltar a clase sin motivo justificado?

- ☐ Nunca
- ☐ Algunas veces
- ☐ Con frecuencia
- ☐ Con mucha frecuencia
- ☐ Siempre

44. ¿Has tenido alguna relación sexual completa con una persona del otro sexo?

- ☐ Nunca
- ☐ Alguna vez
- ☐ Con frecuencia
- ☐ Con mucha frecuencia
- ☐ Siempre

En caso afirmativo, ¿cuántos años tenías la primera vez? _____

45. Indica para cada uno de los padres su ocupación profesional, marcando la casilla que corresponda en la columna **PADRE** y a la **MADRE** respectivamente.

	PADRE	MADRE
- Profesional liberal (médico, abogado, etc.)	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
- Directivo o gerente	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
- Empresario o propietario de negocio	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
- Militar, policía	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
- Trabajador industrial, de hostelería, comercio, construcción o similar	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
- Agricultor o campesino	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
- Administrativo (oficinas y bancos)	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
- Sus labores	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
- Parado	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
- Pensionista o jubilado	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
- Otra (si no se ve reflejado tu caso) especifica.....		

46. Indica para cada uno de los padres el número que le corresponde de la lista siguiente, de acuerdo a su más alto nivel de estudios.

	PADRE	MADRE
- Sin estudios	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
- Estudios primarios	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
- Bachiller elemental	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
- Bachiller superior (BUP, FP y COU)	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
- Carrera media	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
- Carrera universitaria superior	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>

47. ¿Crees que tus amigos te intentan convencer de que hagas algo agresivo/violento?

- ☐ Nunca
☐ Algunas veces
☐ Con frecuencia
☐ Con mucha frecuencia

48. ¿Son violentos tus amigos?

- ☐ Nunca
☐ Algunas veces
☐ Con frecuencia
☐ Con mucha frecuencia

49. Cuando sales con tus amigos a divertirte:

49a. ¿haces cosas que no deberías hacer, por no diferenciarte de ellos?

- ☐ Nunca
☐ Algunas veces
☐ Con frecuencia
☐ Con mucha frecuencia

49b. ¿si empieza una pelea te metes en la disputa por no quedar mal frente a ellos?

- ☐ Nunca
☐ Algunas veces
☐ Con frecuencia
☐ Con mucha frecuencia

49c. ¿si están pegando a un amigo, aunque él haya provocado la pelea, tú pegas para defenderle?

- ☐ Nunca
☐ Algunas veces
☐ Con frecuencia
☐ Con mucha frecuencia

50. Si alguna vez has deseado hacer algo violento:

50a. ¿piensas en las consecuencias?

- ☐ Nunca
☐ Algunas veces
☐ Con frecuencia
☐ Con mucha frecuencia

50b. ¿te dejas llevar por el impulso?

- ☐ Nunca
☐ Algunas veces
☐ Con frecuencia
☐ Con mucha frecuencia

51a. ¿Ejerces algún tipo de violencia para descargar te cuando estás en situaciones tensas y estresantes?

- ☐ Nunca
☐ Algunas veces
☐ Con frecuencia
☐ Con mucha frecuencia

51b. ¿Ejerces algún tipo de violencia para descargar te cuando tienes problemas afectivos ?

- ☐ Nunca
- ☐ Algunas veces
- ☐ Con frecuencia
- ☐ Con mucha frecuencia

51c. ¿Ejerces algún tipo de violencia para descargar te cuando ejercen violencia contra ti?

- ☐ Nunca
- ☐ Algunas veces
- ☐ Con frecuencia
- ☐ Con mucha frecuencia

52. Si has participado en la destrucción de mobiliario urbano u otros objetos, ¿dónde ha sido?

- ☐ En casa
- ☐ En centros escolares
- ☐ En pubs, bares o discotecas
- ☐ En la calle, parques o jardines
- ☐ En el metro u otro transporte público
- ☐ En concentraciones deportivas
- ☐ En conciertos o espectáculos
- ☐ En otro lugar

53. Antes de tomar una decisión:

53a. ¿analizas detalladamente la situación?

- ☐ Nunca
- ☐ Algunas veces
- ☐ Con frecuencia
- ☐ Con mucha frecuencia

53b. ¿te dejas llevar por tus corazonadas e intuición?

- ☐ Nunca
- ☐ Algunas veces
- ☐ Con frecuencia
- ☐ Con mucha frecuencia

53c. ¿decides de acuerdo con las decisiones que toma tu grupo?

- ☐ Nunca
- ☐ Algunas veces
- ☐ Con frecuencia
- ☐ Con mucha frecuencia

54. ¿Alguna vez has ejercido contra alguien alguna forma de abuso o violencia sexual?

- ☐ Nunca
- ☐ Algunas veces
- ☐ Con frecuencia
- ☐ Con mucha frecuencia

55. ¿Actualmente te relacionas y te sientes integrado en algún grupo de amigos/as y/o compañeros/as?

- ☐ Nunca
- ☐ Algunas veces
- ☐ Con frecuencia
- ☐ Con mucha frecuencia

56. De los siguientes grupos, señala aquellos con los que has ejercido o ejercerías agresión o violencia

- ☐ Norteamericanos
- ☐ Asiáticos
- ☐ De Europa del Este
- ☐ Gitanos
- ☐ Judíos
- ☐ De la Unión Europea
- ☐ Árabes
- ☐ Hispano Americanos
- ☐ Negros
- ☐ Homosexuales
- ☐ Mendigos
- ☐ Minusválidos
- ☐ Gordos
- ☐ Bajitos
- ☐ Pijos
- ☐ Drogadictos
- ☐ Alcohólicos
- ☐ Inmigrantes
- ☐ Ninguno

57. Señala por cual/es de los motivos que abajo se citan te han agredido en alguna ocasión (elige tres máximo)

- ☐ Por mirar mal a alguien
- ☐ Por tu forma de pensar
- ☐ Por tu forma de hablar o sonreír
- ☐ Por escupir al lado de otra persona
- ☐ Por hacer bromas de mal gusto
- ☐ Por insultar u ofender a alguien
- ☐ Por andar buscando pelea
- ☐ Por pertenecer a otro grupo o banda
- ☐ Por tu forma de vestir
- ☐ Por tu forma de caminar
- ☐ Por pisar a alguien
- ☐ Por amenazar a alguien
- ☐ Por defender a alguien
- ☐ Por robar algo o por intentarlo
- ☐ Por un chico/a
- ☐ Sin ningún motivo

58. Con respecto al uso o posesión de los siguientes objetos, señala el recuadro correspondiente

	Los has visto usar a alguien de tu grupo	Los llevas a veces	Los has usado	Los han usado contra ti
Muñequeras				
Puños americanos				
Botas con punta de acero				
Palos/Bates				
Cadenas				
Navajas/Cuchillos				
Pistolas				
"Spray agresor"				
Mosquetones				

59. ¿Alguna vez has sido víctima de maltrato físico, psíquico o abuso sexual por alguna de las siguientes personas?

	FÍSICO		PSÍQUICO		SEXUAL	
	De niño/a	Recientemente	De niño/a	Recientemente	De niño/a	Recientemente
Tu padre						
Tu madre						
Tu padrastro						
Tu madrastra						
Un hermano						
Una hermana						
Tu abuelo						
Un tío						
Una tía						
Un primo						
Una prima						
Otro familiar						
Un amigo de la familia						
Una amiga de la familia						
Un amigo tuyo						
Una amiga tuya						
Tu pareja						
Un profesor/monitor						
Una profesora/monitora						
Niñera/cuidador						
Un vecino/a						
Un extraño/a						
Nadie						